

Díaz de Tuesta



*Trazos
Secretos*

Trazos Secretos

Díaz de Tuesta

*A mis lectoras de Wattpad.
Gracias por vuestros ánimos.*

Índice

[Madrid, 5 de julio de 1870](#)

[Findon Downs, West Sussex, 6 de septiembre de 1873](#)

[Londres, 9 de junio 1874](#)

[Nápoles, marzo de 1875](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

Capítulo 11

Algún punto del Mar Cantábrico, 18 de septiembre de 1875

Capítulo 12

Madrid, 11 octubre de 1875

Londres, 5 de julio de 1881

Madrid, 5 de julio de 1870

Ana Cruz-Ortega, la hija del pintor Eugenio Cruz-Ortega, se sintió repentinamente indispuesta en la fiesta de la condesa de Talavera. Quiso atribuir el mareo al calor que hacía en el salón, completamente abarrotado; también trató de justificarlo con la voz de su padre, que empezaba a escucharse, alterada, por encima del rumor de la música, iniciando un nuevo y amargo discurso político, de esos que terminaban en fuerte discusión y en escándalo; o, quizá, a esa copita de vino dulce que había terminado aceptando, pese a que no le apetecía.

Todo, cualquier cosa, por no admitir que la causa era la imagen de Antonio Ramos, entrando por la puerta del brazo de su reciente esposa...

Pero, Ana nunca había sido capaz de engañarse durante demasiado tiempo. El calor, lo había soportado hasta ese momento, sin mayor problema, apenas había tocado el vino, y conocía demasiado bien a su padre como para imaginar que se comportaría durante mucho rato de otro modo, rodeado de aquella gente a la que tanto despreciaba. Solo quedaba, por tanto, Antonio, y Ana se odió a sí misma por otorgarle el poder de alterar de esa forma su estado de ánimo.

Ya no le quería, se recordó, si es que alguna vez lo hizo, y la idea le causó más enfado que tristeza. En realidad, la mayor parte de su fascinación, se reducía a un plano físico. Antonio era un joven guapo, muy buen mozo, siempre lo había sido, y en ello, de hecho, había terminado basando su fortuna. Poseía un enorme carisma, y una voz potente y agradable. A ella le encantaba escucharle, se sentía orgullosa cuando monopolizaba la tertulia, en el Café y Botillería de Pombo, en la calle Carretas. Ahora, solo pensar en eso, se ponía enferma.

La culpa la tenía la decepción, supuso. Nunca superaría el descubrimiento de que a Antonio no le importaban realmente los grandes ideales de los que hablaba, solo quería escucharse a sí mismo, embriagarse con los mil matices de su rica voz, disfrutar de la atención con la que sus oyentes le idolatraban. De otro modo, no hubiera traicionado en los últimos meses todo lo que había dicho en años anteriores. Trató de encontrar en aquel hombre elegante y seductor, que atrajo buen número de miradas femeninas con su entrada, al joven estudiante de leyes de camisas zurcidas, siempre tan dispuesto a iniciar una revolución que provocara una catarsis, y crear un mundo mejor y más justo para todos. Nada, no quedaba absolutamente nada de él.

El nuevo Antonio Ramos, orgulloso yerno de Norberto Peña, conde de Aranda, lo había ocupado todo.

Si al menos hubiera llegado cinco minutos antes, cuando estaba bailando con Pablo de Castro, el hijo del marqués de Castro... No se trataba de un hombre especialmente atractivo, pero sí era agradable, y rico, y su padre era muy poderoso en el enrevesado mundo de la política española. Al menos eso le hubiera dado algo que pensar a Antonio, y lo hubiera tenido más que merecido.

No, no, se recriminó, agitando con furia el abanico. No quería que Antonio pensase que ella era capaz de hacer lo mismo que había hecho él. Ella no se vendería, jamás. Por no hablar de que todo el

mundo sabía en Madrid que Pablo de Castro cortejaba a una joven de la baja nobleza rural en contra de la aprobación paterna, y que esa noche, en concreto, mientras bailaba con ella, no dejaba de mirar a su alrededor, preocupado. Cuando Ana le preguntó qué ocurría, había asegurado que nada, forzando una sonrisa, y había intentado bailar con mayor entusiasmo, pero su mente seguía en otra cosa, resultaba obvio.

Definitivamente, Antonio estaba empeñado en comprometerla. Captó su mirada ansiosa, desde el otro lado del salón, y no pudo sino sentir lástima por su joven esposa. Apenas llevaban cuatro meses casados, y Ana ya había oído comentar que Antonio tenía una amante establecida en un buen barrio, eso sin mencionar las numerosas notas que le había mandado a ella misma, y que se había negado a contestar. Cierto que Maribel Peña no era siquiera mínimamente bonita: tenía un rostro demasiado largo, una nariz demasiado grande, y unos ojos demasiado pequeños, todo ello sujeto a una figura regordeta, bajo un cabello escaso y sin brillo, pero, como todos sabían, Antonio no se había casado con ella, sino con su familia y con su fortuna. Si Maribel Peña, como persona, tenía alguna virtud, la tenía bien escondida, y su marido comprado no estaba interesado en buscarla.

Ana apartó los ojos de Antonio, dándole a entender con el gesto cuánto lo despreciaba. A su lado, su madre, María Vega, demasiado perspicaz como para no reparar en semejante intercambio, o en el oscuro estado de ánimo de Ana, agitó levemente la cabeza.

—Antonio ha supuesto una decepción para todos nosotros, querida —le dijo, cogiéndola cariñosamente del brazo—. No era el hombre que pensábamos, está claro. No te sientas mal, Ana. No merece la pena.

—No me siento mal. Me siento tonta.

—No lo eres. —Su madre se echó a reír, como si la sola idea le hiciera enorme gracia—. No tienes un pelo de tonta, hija mía. Fue Antonio el que no demostró ser muy listo, precisamente, al traicionar así tu confianza. Creo que pensaba que el precio no sería tan alto, y también que ahora espera no tener que pagarlo. Míralo. —Ana no obedeció, no quería verle—. Aún te busca. Lamentará toda la vida haberte perdido.

—Perdone, mamá, pero ni siquiera quiero hablar de él. Para mí no existe. Es como si estuviera muerto.

—Los jóvenes mencionan demasiado la muerte, para no saber nada de ella. —María se volvió, algo apurada, en dirección al corrillo que se había formado alrededor de su marido. El enérgico Cruz-Ortega estaba explicando al mundo, una vez más, lo hipócrita que era la sociedad española y las muchas cosas que debían cambiar de forma inmediata—. Y los mayores mencionan demasiado la vida, sin saber nada, tampoco.

Ana se ruborizó, avergonzada. A veces, odiaba a su padre con tanta intensidad como le amaba otras.

—Vaya, mamá, por favor —suplicó, empujándola ligeramente hacia allí—. Intente que no monte un escándalo. Me moriré si vuelve a hacerlo.

—Lo intentaré, pero... —María se mordió los labios, el mismo gesto que hacía siempre cuando se tragaba sus miedos, para no preocuparla. Ana sintió el impulso de besarla en la mejilla y lo hizo. Al menos, eso llevó algo de brillo a los ojos de su madre—. Caramba, ¿a qué se ha debido eso?

—A que la quiero muchísimo, mamá.

María sonrió y le acarició la mejilla, pero ya estaba pendiente otra vez de su esposo y empezó a alejarse.

—Quédate por aquí. Nos iremos enseguida, si consigo sacarle de ese corrillo —le dijo, antes de desaparecer en medio del grupo, cada vez más acalorado. Se oyó el nombre de Juan Prim, el de Amadeo de Saboya, y la palabra República, todo ello con gran revuelo y profusión de exclamaciones. *Pobre España*, pensó Ana. Demasiados tiburones para devorar los restos de un gran imperio atrapados en aguas estancadas. Disgustada, y sabiendo que ninguno de aquellos caballeros aceptaría la opinión de una mujer, se alejó del barullo y lanzó una mirada general por la sala.

Entonces, lo vio.

No supo por qué tuvo la sensación de que en su vida habría un antes y un después de aquel momento. Fue una idea absurda, y que, de hecho, no tardó en olvidar. Un individuo, alto y rubio, con ojos de un verde oscuro, muy cálido, la observaba fijamente, apoyado en la pared, cerca de las grandes puertas de cristal abiertas que conducían a los jardines. El elegante traje, de un suave tono gris perla, se ajustaba como un guante a sus anchas espaldas, y sus largas piernas.

Ana arqueó las cejas. Jamás, en toda su vida, había visto a un hombre tan guapo como ese. Sintió el conocido cosquilleo en sus dedos, la necesidad que surgía de su interior desde siempre y, lo sabía, para siempre: ese impulso artístico que había heredado de su padre y del que se sentía muy orgullosa. Hubiera deseado tener un pincel en la mano y un lienzo en blanco delante, para captar el reflejo de las velas en aquel cabello dorado, la fuerza inquebrantable que denotaba su barbilla y la expresión inteligente de los ojos.

En esos momentos, al darse cuenta de que había captado su atención, el desconocido sonrió e inclinó ligeramente la cabeza, con un gesto elegante que hablaba por sí mismo de su esmerada educación. Ella no correspondió al saludo. No habían sido presentados y no estaba segura de querer alentarle más de lo que evidentemente ya estaba. Aquellos ojos verdes, brillantes como esmeraldas pulidas, parecían observarla desde una posición ambigua, no incorrecta, desde luego, pero tampoco del todo decente. Tardó unos segundos en comprender dónde estribaba la diferencia: era el sutil brillo del deseo, sabiamente velado, pero incapaz de pasar desapercibido. Ana ya empezaba a acostumbrarse a las miradas de ese tipo, pero esta era distinta. Aunque ensombrecido, controlado, el brillo hablaba de una pasión devastadora, salvaje, que le resultaba totalmente novedosa.

Mientras pensaba en eso, los ojos del hombre giraron apenas. Ana se dio cuenta, sorprendida, de que le estaba mirando fijamente los labios, como si su visión fuera algo singularmente erótico. Molesta por su descaro, decidió darle una lección. Sacó la punta de la lengua y se los humedeció lentamente, aunque, ya mientras lo hacía, lamentó haber sido tan osada. El desconocido se sobresaltó. Sus pupilas se alzaron de nuevo para mirarla a los ojos. Durante un momento, pareció enfadado, y

hubo algo, un solapamiento en su aura, quizá, que le indicó que no era un hombre al que fuera conveniente enojar. Estaba tan abstraída en aquel intercambio, que la repentina llegada de Antonio la sobresaltó.

—Ana, mi adorada Ana, luz de mi vida —susurró, apremiante, cometiendo el error de apoyar su mano en la parte baja de su espalda. Ana se apartó de inmediato, pero él no pareció darse cuenta. Ni siquiera dio muestras de captar las miradas de las damas que formaban grupos cerca, controlando el baile de sus hijas. Les observaron con censura y Ana se sintió incómoda—. Me dijeron que la condesa os había invitado a ti y a tus padres, por eso he venido. Tengo que hablar contigo.

—No sé de qué. No tenemos nada de qué hablar, señor.

Al girar, tuvo la mala suerte de toparse de lleno con la mirada de la joven señora Ramos, pálida y evidentemente tan molesta como ella. Sintió una profunda pena, pese a que en su interior, la ira pugnaba todavía con la misma intensidad que el primer día. ¿Por qué debía tenerle lástima? ¿Por ser fea, absolutamente carente de cualquier belleza? ¿Por tener un esposo que claramente ni la amaba ni la amaría nunca? Ella se lo había buscado. Se había comprado un marido, uno de los hombres más guapos de Madrid, y había creído que, con entregarle su fortuna y su posición, había pagado todo el precio. Pobre Maribel Peña. Le quedaban muchos, muchos años, para seguir pagando, y el precio, el verdadero precio, la pérdida de ilusiones y sueños, iría subiendo, día a día. Ella no tenía nada que ver, no quería tener nada que ver en aquella burda trampa que les había tendido el destino, pero no pudo evitar ruborizarse, y sentirse insufriblemente culpable, además de mortificada por la situación.

Intentó alejarse de Antonio, pero él empezó a seguirla, sin tregua

—Por favor, déjeme, señor Ramos —insistió—. Creo que su esposa le está buscando.

—No seas así. —Intentó cogerle una mano y ella le golpeó con el abanico—. Ay. Maldita sea, Ana, estoy desesperado.

—¿Desesperado? —Lo miró irónica—. ¡Pero, señor Ramos...! ¿Se burla de mí? ¡Es usted un feliz recién casado y un hombre muy rico!

—Y muero de amor por ti —replicó Antonio, con el aire lánguido de un poeta de segunda, llevándose la mano golpeada al corazón.

—No siga por ese camino —ordenó, amenazándole con el abanico—. Ni se le ocurra. Es una descortesía para con su esposa y un ultraje para conmigo. Déjeme sola. —Puesto que sus padres estaban demasiado lejos y demasiado ocupados para acudir en su ayuda, decidió salir del salón. Dudaba que Antonio se atreviera a seguirla hasta el jardín, provocando un escándalo para el que aún no estaba preparado. Su suegro, el *Rugiente* Peña, le despellejaría vivo si se enteraba. Pero, al parecer, Antonio temía menos a su suegro de lo que había supuesto. Ni siquiera le oyó llegar. La agarró, la giró y la presionó contra la barandilla de piedra que protegía la balconada, intentando besarla—. ¡No! ¡Antonio!

—¿Por qué me tratas así? ¿Por qué? —gimió él, sujetándola por la nuca—. No me castigues más,

no me lo merezco. Lo he hecho todo por nosotros.

—¡Falso! —La indignación estuvo a punto de ahogarla. ¿Cómo se atrevía a mentir así?—. ¡Lo hiciste por ti mismo y ahora debes atenerte a las consecuencias! ¡Aléjate, suéltame, déjame! —Forcejeó con él, pero no consiguió separarle ni un centímetro. Al sentir sus labios en su cuello, sintió una profunda repugnancia—. ¡Antonio! ¡Basta! ¡Basta o gritaré, y organizaré un escándalo del que tendrás que arrepentirte!

Antonio no se mostró preocupado por sus amenazas. De sobra sabía que Ana jamás haría algo así, puesto que su reputación saldría mucho más dañada, de darse el caso. Él tendría problemas con su suegro, pero estaba respaldado por un matrimonio que le ataba para siempre a los Peña y, además, era hombre. Con el tiempo, se le solucionarían las cosas y Ana sería la única que pagaría amargamente por el escándalo.

—Nada tiene por qué cambiar entre nosotros, Ana, escúchame, nada —siguió diciendo, con los labios apoyados en su piel—. Ahora tengo riquezas, soy un hombre poderoso. Puedo mantenerte bien, puedo cubrirte de joyas, puedo regalarte una bonita casa en el barrio que quieras, puedo...

—¿Estás loco? —Quiso darle una bofetada, pero no tenía ángulo. Además, necesitaba ambos brazos para evitar que su cuerpo se pegara al suyo—. ¿Cómo te atreves a insinuar siquiera algo así? No voy a ser tu mantenida, Antonio. No voy a ser tu amante. Ni siquiera voy a ser tu amiga. No quiero ser nada tuyo.

—No me mientas. —Antonio frunció el ceño, irritado por su resistencia. Se apartó para mirarla a los ojos—. Me han dicho que ya no vivís en la buhardilla. ¿Es eso? Tu padre vende un par de cuadros, compra una casita, le invitan a reuniones como esta, ¿y ya crees que has salido de la miseria? ¿De verdad lo crees? Las modas vienen y se van, y Cruz-Ortega se perderá en el olvido. No tiene nada que ver con su talento, tiene que ver con su talante. —Sonrió, complacido consigo mismo por la elección de palabras—. Es demasiado desagradable como para que la buena sociedad lo soporte por mucho tiempo.

—¡Mi padre no es desagradable!

Él se echó a reír.

—Digamos *sincero*, entonces. No voy a discutirlo. Ya está discutiendo él bastante, ahí dentro. —Ana cerró los ojos, angustiada, pero volvió a abrirlos al momento, cuando Antonio la zarandeó—. No cierres los ojos, maldita sea, la realidad seguirá ahí quieras admitirla o no. Tu padre, no hará fortuna. Esta noche, perderá buenas oportunidades de negocio. Y mañana más. Y pasado, mi querida Ana, volverás a la buhardilla y a la miseria, y al hambre. —Pasó unos dedos por su mejilla—. Yo no quiero que sufras privaciones. Eres demasiado bella para perderte en esas calles cochambrosas, casada, con suerte, con algún tendero de poca monta que te llenará de hijos y de más miseria. Incluso eres demasiado hermosa para ese vestido barato que llevas —añadió, echando un desdeñoso vistazo al vestido que su madre había cosido con tanto esmero para esa ocasión. Ofendida, Ana abrió la boca para protestar, pero él apoyó los dedos en sus labios, silenciándola—. No. Basta de protestas, no tienen ningún sentido. Sé que me amas. Quiero que las cosas vuelvan a ser como antes, que...

avancemos en nuestra relación. Que seas mi amante.

—Ya tienes una amante, por lo que me han dicho —replicó, en un tono venenoso que lamentó. No quería hacerle creer que estaba celosa. Antonio hizo una mueca.

—Eva solo es una diversión pasajera, algo para aliviar el tedio y el horror de mi matrimonio. Podría manteneros a las dos. Pero serás la única, si eso es lo que deseas —aceptó graciosamente. Ana tuvo ganas de morderlo.

—Suéltame, Antonio. Te lo pido por última vez.

—Antes dime que...

—Ya ha oído a la señorita. Suéltela. —Antonio y ella miraron al unísono en dirección a la voz. El hombre rubio que la había estado observando en el salón se encontraba junto a la puerta acristalada. Hablaba el español con acento inglés, pero muy ligero, apenas perceptible. Sacó tranquilamente un cigarro y lo encendió con una cerilla que prendió en la pared de piedra. La luz del fuego arrancó una miríada de brillos del alfiler que llevaba en la corbata, en el que se podía leer la letra A, escrita con diamantes—. Está claro que no desea continuar con esa conversación.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó Antonio, enfadado y un tanto bravucón. No esperó la respuesta, dejando claro que no le importaba nada en absoluto—. Váyase. Este es un asunto privado.

—Sí. Ya lo veo. —Miró directamente a Ana—. ¿Quiere usted que me vaya? ¿O prefiere que le rompa la cara a este cretino?

Antes de que pudiera responder, Antonio la soltó, para poder apretar los puños.

—¿Cómo se atreve? —bramó, al mejor estilo de los Peña. En pocos años, sería indistinguible de los otros, como si siempre hubiese pertenecido a la familia—. Si no se encontrara una dama delante, le daría su merecido.

—Ah, ¿pero es una dama? —preguntó el otro, en absoluto afectado por su ira—. Mis disculpas. Al parecer, no conozco tan bien su país como pensaba. No sabía que, en España, a las damas se les hicieran propuestas como la que acabo de oír.

Antonio enrojeció, pillado en falta.

—Es... son... circunstancias especiales —logró decir con esfuerzo, tras varios intentos. El tartamudeo debió enfadarle más aún, porque se irguió, dignamente —La señorita Cruz-Ortega necesita pensar en su futuro. Necesita protección.

Al oír aquello, Ana estuvo a punto de gritar de rabia. El desconocido, por el contrario, sonrió despectivamente con media boca.

—Ah. Siendo así, una cuestión de generosidad gentil, me disculpará si decido entrar en la subasta y aumento la puja. La suya me ha parecido un tanto floja. Yo ofrezco una casa en Madrid y otra en

Londres. —Las pupilas verdes giraron hacia ella y la acariciaron lentamente, de una forma casi física, hasta clavarse en sus ojos —Y una en París. Y una en Roma...

Antonio abrió los ojos desmesuradamente, tan indignado que durante unos segundos fue incapaz de hablar.

—¡Esto es absolutamente inadmisible!

—¿Significa eso que no va a aumentar la puja? —replicó el inglés, sonriendo.

—¡Significa que no voy a consentir que Ana tenga que seguir escuchando sus impertinencias, caballero!

—Entiendo. ¿Hay alguna razón por la que deba seguir escuchando las tuyas? ¿O puedo invitarla a bailar? O mejor, para dejar claras las cosas, quizá la dama quiera decirnos si acepta mi puja. Eso, amigo mío, le liberaría del abnegado deber de protegerla. Bien sabe Dios que usted ya hace bastante por la humanidad, manteniendo a esa otra chica con el dinero de su esposa.

—¿Cómo se atreve...?

—Acepto.

Hasta Ana se sorprendió por la respuesta, rotunda y clara, que salió de sus labios. No había esperado decirlo y no sabía muy bien qué la había impulsado a hacerlo. Al menos la liberaría de la presión de Antonio, pero temía que no fuera ésa la única causa. Antonio la miró furioso y el desconocido se echó a reír.

—La dama ha decidido, Ramos —dijo, con evidente satisfacción. Antonio dio un respingo al oírle pronunciar su apellido—. Desaparece. —Como Antonio seguía reacio a obedecer, añadió, con una voz suave, pero tremendamente peligrosa—: Has colmado sobradamente mi paciencia. Si no vuelves con tu esposa ahora mismo, la ira de Peña no será nada comparada con la mía. Te doy mi palabra.

Aquello logró asustar a Antonio, aunque no lo suficiente como para evitar una última mirada de rencor dirigida a Ana. Giró dignamente sobre sus talones y volvió con paso firme al interior del edificio, justo a tiempo de coger una copa de champaña de las que ofrecía un criado cargado con una bandeja. Ana lo observó hasta que desapareció en el mundo que había escogido. Si sentía alguna lástima, era por la pérdida de un pasado, de un tiempo en el que se sintió tremendamente feliz, y que recordaría con nostalgia.

Cuando volvió a fijarse en él, comprobó que el inglés no se había movido. No lo hizo tampoco ahora, ni dijo nada. Siguió mirándola, fumando el cigarro.

—Gracias —dijo Ana, por fin. Él asintió, quitándole importancia—. Espero que no le parezca mal saber que no voy a aceptar su puja, ahora que estamos solos.

—Me hubiera sorprendido que lo hicieras. Gratamente, desde luego, pero asumí desde el principio que solo lo dijiste para quitarte de encima a Ramos. No te preocupes, niña, no te voy a obligar a

cumplir tu palabra.

—No soy una niña —protestó Ana, irritada por su tono condescendiente. El inglés dio una nueva calada y parpadeó, mirándola a través del humo.

—Insistir en tal afirmación sería peligroso, en un momento como éste. —Arrojó la colilla al suelo y la pisó —¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—Tremendamente joven —musitó él, con algo de pena—. Dentro de unos años, serás una mujer bellísima. Quizá sea una suerte que nuestros caminos no vayan a volver a cruzarse. Podrías meterme en serios problemas. —Dio un paso adelante, y la rodeó con los brazos. Ana ahogó una exclamación e intentó soltarse, pero lo impidió—. Tranquila. Solo voy a llevarme un recuerdo. Creo que me lo he ganado.

No esperó a conocer su opinión al respecto. Se inclinó sobre ella y atrapó su boca en un beso que tenía muy poco que ver con los que le había robado Antonio en otras épocas, cuando la acompañaba a su casa. Aquellos habían resultado blandos e insípidos en comparación con la dureza de este, a la vez exigente y cautivador, seductor e imperioso. Sabía a tabaco, a vino y, lejanamente, a menta. Aunque Ana no tenía apenas experiencia, supo que estaba con un hombre que conocía a fondo el mundo de los placeres y eso la excitó más incluso que el simple contacto. Sintió que un calor volcánico se extendía por todo su cuerpo y, cuando las manos del desconocido cubrieron sus senos, en una caricia que jamás había consentido en el pasado, ni se hubiera planteado permitir en un presente inmediato, se arqueó hacia él, ofreciéndose sin reservas.

Le sintió estremecerse, aceptar y el beso profundizó, se hizo incluso más salvaje. La aferró con más fuerza, hasta clavarle la barandilla en la espalda. Percibió la excitación que le embargaba, la dureza que surgió progresivamente en su bajo vientre. Quizá para asegurarse de que la captaba, el inglés la sujetó por las nalgas y la frotó lentamente, con firmeza, contra él, haciéndose presente a través de las capas y capas de ropa que les separaban. Ana jadeó, casi al borde del desmayo, embriagada por un remolino de sensaciones que no había creído posibles hasta entonces.

—¿Eres virgen? —le oyó preguntar como en un sueño. Pensó que debería ruborizarse, que debería indignarse con él por plantear semejante pregunta, absolutamente inadmisibles por parte de alguien de quien no conocía ni el nombre, pero resultaba absurdo ofenderse cuando sus labios y sus manos estaban por todas partes, y su aliento ya formaba parte de ella.

—Sí —susurró. Ni siquiera se le ocurrió la posibilidad de mentir. Él gruñó, frustrado. Se detuvo, aunque siguió aferrándola con fuerza.

—Maldita sea —murmuró, al cabo de unos momentos, respirando pesadamente—. Entonces, será mejor que paremos. Si no, esto va a acabar muy mal, Ana Cruz-Ortega. No quiero gozar de ti apresuradamente en el jardín y no tengo tiempo para nada más. —Intentó apartarse, pero Ana lo retuvo, alarmada, agarrándole por las solapas de la chaqueta—. No es eso lo que quieres, cielo, lo sabes tan bien como yo. No compliquemos las cosas.

Tenía razón. Ana intentó soltarle, lo intentó con todas sus fuerzas, pero sus manos temblaban violentamente y actuaban por cuenta propia. No querían que se fuera, no querían perder aquel atisbo de placer intenso que sabía que la esperaba en algún punto, muy cerca.

—Por favor... —susurró, un hilo de voz que apenas pudo oírse. Quizá ni siquiera lo había dicho en voz alta y hasta quizá fuera mejor, porque ni siquiera sabía qué estaba pidiendo. Él titubeó, mirándola de un modo que parecía capaz de leer en el fondo de su alma. Echó un rápido vistazo hacia las puertas de cristal y luego la empujó con algo de apremio hacia una zona más oscura, siguiendo la línea que formaba la barandilla. Cuando estuvieron en un lugar donde resultaría imposible que les descubrieran fácilmente, volvió a besarla con pasión,

—Déjame hacer a mí, hermosa Ana. Voy a hacerte sentir, como nunca antes. Voy a darte tu primer orgasmo.

De la garganta de Ana surgió algo, un sonido semejante a un gorjeo, avergonzada por aquella palabra prohibida e indecente, pero no se opuso cuando él comenzó a levantarle lentamente la falda del vestido, junto a las capas de enaguas que llevaba debajo. Sintió su palma, ardiente, estremecedora, apoyarse en el muslo desnudo, rozarla apenas, como el ala de un pájaro, para después tomar aquella carne con total dominio. Tembló, a la par ansiosa y ruborizada por su avance, y cerró los ojos cuando aquellos dedos rozaron el punto en el que se unían sus piernas.

—No —susurró él, mientras acariciaba los rizos que ningún otro hombre había tocado. Ana abrió los ojos, hubiera hecho cualquier cosa que le pidiera. Se había acostumbrado a la escasa luz y pudo ver el brillo de sus pupilas, muy cerca —Mírame, pequeña española. Mírame mientras te estremeces de placer. —Sus dedos eran mágicos. Se abrieron paso a través de los pliegues hasta alcanzar el tierno botón del que irradiaba la tensión de Ana. Ella se estremeció y lanzó una exclamación que el hombre sofocó en sus labios—. Separa las piernas. Vamos. Sepáralas un poco más. —Lo hizo, sin cuestionar la orden. Estaba tan perdida en aquel mundo de sensaciones, que ya no le importaban ni el bien ni el mal. Iba a entregarse a un hombre del que no sabía nada, absolutamente nada. Solo que su toque la volvía loca.

—No pares —suplicó, abochornada, pero decidida a encontrar el final. Él rio quedamente. Uno de sus dedos se deslizó en su interior, haciendo que sus entrañas palpitasen, se estremecieran por sí solas. Eso la distrajo del hecho de que, con la otra mano, le había soltado el corpiño, liberando sus senos, pero cuando atrapó uno de sus pezones con los labios, atormentándolo con la lengua, fue agudamente consciente de ello—. Oh, por favor, por favor, por favor. No pares...

—No pararé —la tranquilizó, besando su otro seno—. Por mis muertos, mujer, que no me iré de aquí hasta haberte dejado debidamente satisfecha. Pero iré lento, eso sí. —Obedeciendo las palabras, el dedo salió y volvió a entrar, con una lentitud que la sacaba de quicio, mientras el pulgar iniciaba una rotación enloquecedora sobre su clítoris—. Lento. Muy lento.

¿Había creído posible una tortura tan delicada? ¿Tan devastadora y subyugante? En toda su vida, no había imaginado que existiera un placer semejante, una dicha tan intensa. Su cuerpo tembló y tembló, al ritmo de aquellos dedos, de aquella sabia lengua sobre sus senos y su boca, de su voz, de la forma en que la miraba y tocaba, imponiendo aquel ritmo lánguido y desesperante. Ana se mordió

los labios cuando su cuerpo se tensó, aferrado al borde de algo que intuía sobrecogedor.

—No voy a poder soportarlo —gimió, con auténtica desesperación. La risa del inglés no logró turbarla. Estaba fuera del alcance de cualquier cosa que no fuera *aquello* que apenas atinaba a intuir.

—Podrás, te lo aseguro. —Se irguió, acariciándola mientras la miraba—. Estás muy cerca. Ahora, Ana. Ahora.

Quizá fue la orden, o la tensión acumulada, o el leve cambio de ritmo de sus dedos, pero de pronto, Ana se vio catapultada hacia arriba, alto, muy alto, mientras una sensación de intenso placer se extendía desde su vientre por todo su cuerpo. Abrumador, hubiera dicho, de poder darle un término. Subió y subió hacia un punto oscuro y luego más allá, y cuando creyó que había llegado a lo más alto, descubrió que aún le quedaba mucho por recorrer, hasta la explosión final, la liberación sorprendente y anhelada. Fue tan desconcertante, tan apabullante, que lanzó un grito desgarrador. Por suerte, él se había adelantado y consiguió atraparlo entre los labios.

Aparte de algunos gemidos apagados que hablaban de por sí de una profunda satisfacción, nada se oyó del placer de Ana Cruz-Ortega, en aquel jardín.

Cuando todo terminó, apenas disfrutó de un segundo de paz. La realidad se abrió paso demasiado rápido en su cerebro embotado. El inglés seguía mirándola. Lentamente, sacó la mano y sus faldas volvieron a caer pesadamente alrededor de sus tobillos. La noche era cálida, como buena noche española, pero la suave brisa enfrió el sudor que brillaba sobre su piel, y empezó a tiritar.

—Será mejor que te vistas —dijo el desconocido. Ella lo hizo, rápidamente. Lo hubiera hecho incluso si no hubiera tenido frío. Cuando acabó, se dio cuenta que era incapaz de mirarle. Avergonzada, se tapó el rostro con las manos, ahogando un sollozo—. No. No, por favor. No hagas eso. —La cogió por las muñecas y la obligó a alzar el rostro—. Jamás, jamás debes llorar después de hacer el amor, niña.

—¿No hemos hecho el amor! —protestó ella, alarmada. Por Dios, ¿y qué había hecho? Algo quizá mucho peor, aunque no dejara huella. Su confesor, el padre Romualdo, pondría el grito en el cielo si llegaba a enterarse. Y si no se enteraba, su alma inmortal pagaría el pecado por los siglos de los siglos. Estaba atrapada y el supersticioso terror aumentó al encontrar algo diabólico en la forma en que rio él. ¿Era aquel hombre un demonio, un íncubo, que había venido a perderla?

—Ya lo creo que sí. —Le costó recordar a qué se refería—. El amor es generosidad y entrega, ¿no es cierto? Y yo te he hecho gozar sin pedir nada a cambio y dejándote intacta. —En algún lugar, sonó un carillón, señalando las doce. El inglés maldijo suavemente—. Debo irme, pero quiero que tengas esto. —Se quitó el alfiler de corbata y lo prendió de su corpiño. Los diamantes chispearon entre las sombras—. Si lo conservas, perfecto, pero si tienes que venderlo, hazlo. Te permitirá vivir muy bien algún tiempo, o simplemente bien, toda una vida. Nunca tendrás que depender de idiotas como Ramos. —Se inclinó, para darle un último beso, rápido—. Créeme, mi hermosa española, ha sido un completo placer conocerte.

Hizo una elegante reverencia y regresó al salón, a buen paso, sin dedicarle ni un último vistazo.

Ana se quedó allí, petrificada, preguntándose qué extraño mal la había poseído en brazos de ese hombre. Volvió a llevarse las manos a la cara, horrorizada. ¿Era así como la habían educado? ¿Para entregarse como una vulgar ramera a un individuo del que ni sabía el nombre? Gracias al Cielo, su madre no se enteraría nunca, porque se llevaría un gran disgusto. Y su padre... su padre gritaría furioso y le buscaría para retarlo a duelo pese a que no sabía ni por qué extremo se cogía un arma. No, debía disimular, debía hacerles creer que no había ocurrido nada impropio. Se sintió sucia, nada más decidirlo. Ni siquiera ella escapaba a la doblez de la que acusaba antes a Antonio.

Estaba repasando su vestido y su peinado, cuando oyó un ligero crujido. Ana miró a la izquierda con auténtico sobresalto. Oscuridad, acentuada en muchos puntos por la profusión de luz que surgía de las grandes puertas acristaladas del salón. Sin embargo, a pesar de no ver realmente, percibió algo, una presencia. A medida que sus ojos se habituaron a la oscuridad de aquel rincón, captó más detalles: la gran maceta, el pequeño banco de hierro y el hombre sentado en él. Horrorizada al darse cuenta de que había sido testigo de lo ocurrido entre ella y el inglés, no fue capaz de moverse. Estaba como clavada en la tierra.

El individuo se puso en pie y avanzó en su dirección. Cuando la escasa luz reveló finalmente su rostro, lo reconoció con espanto. Era Stuart Beauchamp, de la Embajada Inglesa. Se lo habían presentado a su padre, al inicio de la velada, y Ana había sentido un instintivo desagrado desde el primer momento. Aunque era un hombre bastante atractivo, con un abundante pelo castaño y unas facciones aristocráticas acordes con su porte, no le gustaban sus ojos. Percibía algo astuto en ellos, al igual que parecía haber un quiebro sardónico tatuado en sus labios. No era alguien con el que se sintiera cómoda, de forma instintiva. Quizá él se había dado cuenta porque, entonces, sonrió con reserva y ahora con auténtica impudicia. La evaluó con los ojos, como si se preguntase si serviría para algo que Ana ni siquiera quería intentar imaginar.

—Señorita Cruz-Ortega, qué inesperado placer. Y qué inesperada sorpresa —añadió, mirándola con una mezcla inquietante de curiosidad y satisfacción—. Sería usted una embajadora excelente. Confraterniza muy bien con el elemento extranjero. —Ana no replicó. Incluso sin aquel comentario claramente soez, no hubiera podido decir nada. Tenía la garganta obstruida por la vergüenza. Dio media vuelta para irse, con el corazón palpitando a toda velocidad—. Espere. —Ana se detuvo y le miró aturdida. En esos momentos, Beauchamp carecía de toda expresión—. Deme ese alfiler. —Ella se llevó la mano al pecho, cubriendo la joya—. Vamos, démelo. Lo quiero y, a usted, la comprometería que lo encontrasen en su posesión. Quién sabe qué podrían pensar que ha ocurrido aquí esta noche, para que se lo haya ganado.

Tenía razón. Pero, aún así, no quería dárselo, no quería; era como arrancarse un trozo de piel, como perder un recuerdo muy íntimo, un trozo de alma irrecuperable. Pero sabía que no tenía más opciones. Estaba comprando su silencio.

—Debió hacer notar su presencia, caballero —consiguió decir, intentando quedar lo más dignamente posible, mientras se soltaba el alfiler y se lo tendía. Por desgracia, su voz sonó insufriblemente vulnerable—. Deslizarse entre las sombras para espiar...

—Yo estaba ya ahí y, en verdad, no me atreví a romper el hechizo del amor. Quién me iba a decir, cuando salí a tomar el aire, que vería algo así. —Giró el alfiler entre los dedos y se lo guardó en un

bolsillo. Ana supuso que lo empeñaría a primera hora de la mañana—. Como bien dijo su gran poeta, dichosos los que huyen del mundanal ruido, y tal y tal y tal... —Agitó una mano en el aire, con pereza—. No es que me guste mucho la poesía, pero está claro que, a veces, los que se apartan del barullo son testigos de excepción de momentos tremendamente... reveladores.

La despectiva referencia a Fray Luis de León la enojó lo suficiente como para hacerla salir de su estupor. Era aquello lo que no soportaba de Beauchamp, su aire de prepotencia. Casi parecía que el mundo hubiera sido puesto ahí para causarle un mínimo de gracia, para mantenerlo entretenido en su solitaria existencia de ser superior. Sin poder contenerse, empezó a recitar el comienzo de la *Vida Retirada* a la que había hecho referencia. Su voz, recuperado el tono y la fuerza, resonó en el jardín, trayendo de vuelta a la vida las palabras de un hombre muerto siglos atrás.

*Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido.*

Beauchamp entrecerró los ojos, evidentemente molesto por la inesperada corrección. La miró de arriba abajo, irguió los hombros, y terminó riendo suavemente. Eso la alivió, porque temió haber ido demasiado lejos.

—Además de encantadora, culta. Es usted un dechado de virtudes, señorita Cruz-Ortega. Y, además, ha tenido a bien corregir y aumentar mis conocimientos sobre su rica literatura. Qué amable. —El halago sonó de forma insultante—. No dude que recordaré todo lo aprendido aquí esta noche.

Ana abrió la boca, pero no supo qué decir. La indirecta estaba clara y había cumplido por completo su misión, cercenar de raíz su conato de rebeldía. Aquel hombre la había descubierto haciendo algo tremendamente vergonzoso y no pensaba permitir que se le olvidase. Se preguntó si aprovecharía su ventaja y le hubiera gustado preguntar cuáles eran sus intenciones, si es que tenía alguna, pero Beauchamp no parecía dispuesto a seguir hablando. Quizá fuera mejor, porque aquella podía ser una conversación peligrosa y necesitaba pensarlo bien todo antes de enfrentarse a ella, de verse obligada a hacerlo. Ana retrocedió, tambaleándose ligeramente y aprovechó la ocasión para escapar hacia el bullicio del salón.

Tras pasar un rato buscándolo disimuladamente con la mirada, encontró al inglés, en un rincón discreto, hablando con Pablo de Castro, el hijo del marqués de Castro, el principal mecenas de Cruz-Ortega. Como Ana pasaba largas temporadas en el palacio de Castro, conocía bastante a Pablo; era un joven muy agradable, igual que su hermana, Teresa, que tenía doce años y era un auténtico encanto.

Así que Pablo conocía al inglés. Estupendo, no podían ir mejor las cosas. Así podría preguntarle, indagar para descubrir cuál era su nombre y, quién podía decirlo, quizá volver a verle, si lograba reunir el valor para ello.

Pero no, no hablaban. Algo raro estaba pasando. El inglés escuchaba lo que Pablo tenía que decirle; lo vio hablar apresuradamente, con si cada segundo contase y, cuando el otro respondió con un sencillo asentimiento, se alejó de inmediato. El inglés se quedó pensativo, pero otro hombre, un calvo alemán de mejillas increíblemente rojas que también le habían presentado al principio de la fiesta, pero cuyo nombre había olvidado casi al momento, se le acercó y dijo algo que lo hizo reír.

Tenía una risa tan agradable...

Se hubiera quedado horas, simplemente mirándolo, enamorada como solo podía sentirse una niña en sus circunstancias, pero entonces llegó su madre, seguida de un irritado Eugenio Cruz-Ortega, y abandonaron la fiesta.

Al día siguiente, supo que habían asesinado a Pablo de Castro.

Findon Downs, West Sussex, 6 de septiembre de 1873

El duque de Oxford entrecerró los ojos, deslumbrado por la intensidad de la luz al abandonar la sombra que le habían proporcionado los árboles. Era justo mediodía, como le indicó el distante repicar de las campanas de la iglesia de San Juan Bautista de Findon, recientemente reformada por el arquitecto Sir Giles Gilbert Scott, y se preguntó si el párroco, el reverendo Robert Cholmeley, habría decidido ya si recular con la torre o mover el inquietante alfil que le había colocado amenazando a su reina. No es que fuera una partida brillante ni mucho menos, no tenían la emoción de las jugadas con su primo Omar, el *Bey* de *Kaifar* pero, al menos, ésta había servido para animarle la tarde anterior, lo cual ya era mucho.

Desde la distancia, y gracias a la privilegiada posición que le procuraba la colina en la que se encontraba, pudo ver el paisaje, compuesto en su mayor parte de campos labrados y despejadas extensiones de hierba, salpicadas aquí y allá por grupos de árboles, en algunos casos formando bosques, pequeños pero muy densos. Divisó la bonita villa de Findon, con sus casas blancas y pulcras destacando como puntos luminosos y, más allá, Nephote, y Gallops. A lo lejos, el Chanctonbury Ring dibujaba la línea del horizonte, uniendo la tierra con un cielo despejado, de un azul intenso. Andrew lo contempló en silencio, con el respeto que sus mayores le habían enseñado a sentir por la grandeza del mundo, la obra perfecta de Alá. Aquel era un paisaje hermoso, ciertamente, y verde, muy verde. Lo único malo, era que le hacía sentirse más extranjero que nunca.

Una ráfaga de viento recorrió de lado a lado la colina, ondulando la hierba, y Andrew se estremeció, algo incómodo. Hacía un bonito día, según los cánones ingleses, pero no se acercaba, ni con mucho, a la temperatura que él prefería; claro que esa temperatura solo podía encontrarse en *Kaifar*, en pleno verano, cuando la propia arena parecía derretirse bajo el sol y la luz reverberaba sobre las dunas, distorsionando las formas. Incluso en un día como ése, en el que el ya agónico verano parecía dispuesto a dejar su impronta, Inglaterra le resultaba insufriblemente fría. De los tres hermanos Arlington que habían ido a vivir allí hacía ya demasiados años, era el único que no lograba integrarse completamente.

También era el único que no podía elegir, puesto que recaía sobre su cabeza el pesado título de duque que había llevado su padre. Richard, siempre viajando y metido en sus continuas intrigas, y Charlie, demasiado joven como para tener claro qué quería realmente de la vida, encajaban bien en cualquier sitio y se sentían cómodos allí. Él no. Quizá tuviera que ver con el hecho de que ya era demasiado mayor cuando tuvo que ir a Inglaterra, consideró, con un suspiro. Esperaba poder escaparse un par de semanas a *Kaifar* en Octubre porque, si no, pasarían meses antes de volver a tener una oportunidad.

Oyó los lejanos ladridos de la jauría de perros y, algo más cerca, al otro lado del bosquecillo en el que había estado antes, las voces de otros cazadores, tres o cuatro, no más, que debían estar algo despistados, puesto que él había tratado de alejarse lo más posible de la zona de caza. Pero, bueno, a esas horas todo Findon Downs era terreno de caza. El gran grupo se había dividido poco después de

salir de Findon Place, y a esas alturas cada cual campaba por sus respetos, esperando ser los que encontraran al zorro. Pobre criatura. Andrew odiaba aquella forma cobarde y sanguinaria de entretenimiento, por eso se había separado de todos y marchaba a su propio aire, aprovechando el día para recorrer tranquilamente el lugar. En dos ocasiones, había visto entradas a madrigueras del zorro, taponadas por los criados antes de que los señores salieran a diseminar su violencia por aquellas tierras. En ambos casos, había quitado la obstrucción, cruzando los dedos para que el pobre bicho tuviera una oportunidad frente a aquellas fieras embrutecidas por el aburrimiento.

Giró ahora el caballo, alejándose de los hombres que andaban cerca, para evitar un encuentro. Lo hizo sin usar las riendas, presionando ligeramente las rodillas de una forma instintiva, pero el caballo era *Avizor*, nacido y entrenado en *Kaifar*, y comprendió enseguida la orden. Por lo general, Andrew solo lo montaba a él, porque, con otros caballos, caballos ingleses, no se entendía. Había aprendido a cabalgar sin silla y sin riendas y no acababa de acostumbrarse a aquellos extraños artilugios que lo alejaban tanto del animal, de la sensación gloriosa y salvaje de formar un único ser capaz de desafiar al viento.

Oh, demonios. Lo estaban devorando la nostalgia y la amargura de haber comprendido, definitivamente, que allí no sería feliz jamás. Inglaterra en sí no tenía nada de malo, era un país como otro cualquiera, con sus virtudes y sus defectos, pero no era su país. No lo era, pese a la sangre inglesa que corría por sus venas. Si pudiera renunciar al título... Lo hubiera hecho, a pesar del enorme disgusto que se llevaría su abuela, lady Arlington, pero Richard no lo quería, se lo había dejado muy claro, y hacerle eso al pobre Charlie le parecía una canallada.

Había avanzado varios metros cuando se dio cuenta de que le seguían, un solo caballo, un jinete ligero, supo, de oído. ¿Quizás el diminuto Belford, que le perseguía continuamente con la esperanza de que se compadeciese de su situación, ruinoso, según su extraño concepto de las medidas, puesto que como buen avaro era notablemente rico? Quería que le procurara el apoyo necesario para echarle mano a la fortuna de su incontrolable sobrina, de la que era tutor. Andrew no estaba dispuesto a hacerlo, es más, empezaba a considerar la posibilidad de casarse con la joven, no demasiado bonita, pero con un cuerpo bien formado, y darle así el ansiado heredero a su abuela, pero no quería comentarlo con Belford mientras tuvieran que convivir en Findon, se pondría demasiado pesado. Resignado, se volvió, dispuesto a mantener otra conversación soporífera más, y a sonreír tan falsamente como hacía siempre. Pero, por una vez, su sonrisa surgió espontánea y natural.

No podía ser menos, le seguía una mujer.

La había visto en Findon Place, cuando se iniciaba la cacería. Estaba sola en medio de la multitud, o esa impresión le dio, resaltando como una flor en medio de un montón de zarzas. Era una joven muy bonita, morena, española, según le dijo Henry, el hijo de lord Leconfield, y cercano lord Leconfield, a decir del aspecto macilento de su padre. No supo darle su nombre, ni ningún dato más, y la cacería empezó y, en el barullo de perros, gentes y cornetines, la perdió de vista. *Qué gran suerte*, se dijo ahora, esperando a que se le acercara, la espalda muy recta en una posición impecable, la larga falda extendida con estudiada elegancia a un lado del caballo, dejando a la vista un diminuto botín, tobillo incluido, con el que poder soñar. Flirtear con ella aliviaría sin duda el tedio del día y, quizá, calibró degustando la gracia de sus movimientos, el de toda la semana.

—Saludos, bella desconocida —le dijo, cuando ella detuvo el caballo, muy cerca. Solo por oír su risa, un sonido melodioso que le trajo recuerdos del muro que circundaba el Harén del palacio de *Kaifar*, mereció la pena haber dicho semejante tontería. Animado a decir muchas más, se quitó el sombrero y se lo llevó al pecho—. Diría que mi corazón late desbocado por su hermosura, pero me temo que sería mentira. No puedo saber si late o no, puesto que me lo ha robado.

—Decididamente, es usted un adulator, Su Gracia —replicó ella, en perfecto inglés, sin atisbo de acento, dándole el tratamiento habitual que conllevaba el título de duque, por lo que quedó claro que sabía quién era. Eso no le agradó, pero empezaba a acostumbrarse a que ocurriese—. Pero, adelante, alegre mis oídos. Al menos, si lo hace, podré decir que el día de hoy ha sido medianamente agradable.

—Veo que coincidimos en encontrar estas cacerías fastidiosas.

—Tremendamente. —Pareció conmovirse—. Ese pobre zorro... Lo siento, por más que me esfuerzo, no entiendo algunas de sus costumbres.

—Nadie las entiende, sospecho. —Ni siquiera él que, en realidad, era tan extranjero como ella—. Pero me perdonará si menciono su mal llamado “arte” de la tauromaquia y su famosa fiesta taurina. No es menos sangrienta.

—No, no lo es —convino ella—. Jamás he ido a los toros. Me repele. —Se encogió ligeramente de hombros—. En realidad, todo se reduce al hecho de disfrutar o no con el dolor y la muerte. Me siento tan incapaz de hacerlo como de entender que otros lo hagan.

Él la miró en silencio, intrigado por la bruma de tristeza que había velado sus ojos. Desde luego, no se estaba esforzando mucho en aquel galanteo, si en pocos minutos había puesto a la dama al borde del llanto. Tenía curiosidad por saber qué le ocurría, pero decidió dejarlo para más tarde. Se imaginó a sí mismo, con ella, en la cama, sudorosos y abrazados entre las sábanas revueltas, saciados por completo de placer... Ese sí sería un momento para confesiones, de ser absolutamente obligatorias. Mientras, se recordó, estaba de cacería y había avistado la mejor pieza de toda la jornada.

—¿Le apetece que caminemos un poco? —propuso. Si bajaban de los caballos, podría acercarse más y establecer algún contacto físico, aunque fuera uno totalmente inocente.

A veces, resultaba un incordio tener que ir tan lentamente con las mujeres occidentales. Estaba mal acostumbrado, supuso. En *Kaifar*, disponía del Harén del *Bey*, siempre bien provisto de esclavas más que dispuestas a atenderle. A ninguna de ellas, a ninguna, se le hubiera pasado por la cabeza oponerse a los deseos del príncipe Andrew, ni siquiera demorarlos. Pero con aquella española, no le quedaba otro remedio. Tampoco era cuestión de secuestrar a todas las mujeres que le gustaban y llevarlas a *Kaifar*.

—Muy bien —aceptó ella.

No esperó a que la ayudara a desmontar. Ágilmente, saltó al suelo, con la seguridad que solo

podía dar el haberlo hecho muchas, muchas veces. Claro que, cabalgar con una silla de mujer, fabricada para torturarlas en base a unos convencionalismos estúpidos, tenía su mérito, siempre. Indudablemente, era una buena amazona, y eso conquistó a Andrew con mayor efectividad que sus evidentes atractivos físicos. Él tenía tres pasiones absolutamente arrolladoras en la vida: la equitación, las armas de fuego y las mujeres, exactamente por ese orden. Admitía que, quizá, no estaba bien posponer a las mujeres en pro de las armas, puesto que realmente era un interés más relacionado con su mecánica que con su utilidad pero, en cuanto a los caballos, estaba totalmente convencido. No cambiaría a *Avizor*, ni por cien mujeres, ni por mil. Descabalgó lentamente y la contempló, mientras acariciaba la testuz del caballo.

—¿Cómo debo llamarla? —Varios nombres españoles pasaron por su mente, resultándole más musicales que nunca. Carmen, Teresa, Pilar, Blanca... ¿Quizá Inés? Sería católica, sin duda. Si al menos no pusiera reparos en cambiar de religión, y tuviera un linaje mínimamente aceptable... La sobrina de Bellford estaba perdiendo puestos a marchas forzadas. Al fin y al cabo, si era tan incontrolable, podría llegar a convertirse en una auténtica molestia. A él le gustaban las mujeres con temperamento, como a Omar, y como a todos los Arlington en realidad, pero en todo había un límite, excedido el cual, el asunto dejaba de ser divertido. La española sonrió, ganando más posiciones aún.

—No sé si será buena idea que le dé mi nombre. Me resisto a dejar de ser su Bella Desconocida.

Él lanzó una carcajada.

—Eso, no ocurrirá nunca. Ni siquiera cuando nazca nuestro décimo hijo.

—Pero qué cosas dice, Su Gracia. —Agitó la cabeza, llena de risa. Sus ojos se detuvieron en la escopeta, sujeta a la silla de montar en su funda de cuero, y la observó con interés—. Excelente arma, ¿puedo verla?

Andrew estuvo a punto de estallar de puro gozo. Aquella española compartía con él sus dos primeras pasiones y, siendo mujer, entraba de lleno en el campo de la tercera. Si no convenía para esposa, al menos sí estaba decidido a tomarla como amante y ofrecerle *Carta Blanca*, solo por eso.

—Claro. —Sacó la escopeta de la funda y se la tendió, pero se detuvo en el último momento—. ¿Está segura? ¿Ha cogido alguna vez un arma de fuego?

—Como esta, no —reconoció ella—. Pero es más segura de las que acostumbro a utilizar, se lo aseguro. Me temo que mi padre es un hombre contrario a los cambios y solo tiene modelos antiguos, en los que, como sin duda sabe, la posición elevada de los percutores ha ocasionado muchos accidentes. Pero ésta es una escopeta sin martillo. He oído hablar de ellas. El sistema de percusión va en el interior del arma. —Andrew arqueó una ceja, impresionado más allá de las palabras—. Pero si tiene dudas sobre mi capacidad, podría hablarle de... no sé...

—¿La llave de percusión, quizás? —No estaba seguro si lo preguntó por ayudarla a encontrar un tema cualquiera, por probarla, o simplemente porque fue lo primero que se le ocurrió. Un brillo divertido cruzó los ojos de la española.

—Quizás. —Se acercó a él, y pasó un dedo por el largo cañón de la escopeta, lentamente, en un gesto que produjo un efecto turbador en el miembro de Andrew—. ¿Por dónde podría empezar? ¿Quizá por el principio, allá por 1807, cuando la inventó el párroco escocés Alexander John Forsyth?

—¿El párroco...? —repitió Andrew, con un carraspeo, sintiendo que empezaba a sudar. De haber sabido que aquello iba a empeorar, hubiese mantenido la tranquilidad algo más, pero, ¿cómo iba a imaginar que ella llevaría aquel dedo a su boca, pasándolo por sus gloriosos labios, mordisqueándolo pensativamente?

—Así es. Los hombres de Dios, ya se sabe, expertos asesinos a través de la Historia. —Lo dijo con un resquicio de amargura que no le pasó desapercibido. De modo que, en el aspecto de la religión, no habría problemas. Mejor—. Pero no estamos hablando de eso, por suerte, porque es un tema demasiado extenso y desagradable. ¿Dónde estaba?

—Hablabas de la llave de percusión.

—Oh, sí. —La mano volvió a deslizarse por la escopeta, pero esta vez no se detuvo hasta alcanzar la culata, que se encontraba demasiado cerca del miembro viril de Andrew. O demasiado lejos, no estaba seguro—. Veamos, se compone de pletina, la pieza donde se monta el resto. —Dio un paso al frente, quedando tan cerca que, cuando alzó el rostro hacia él, pudo sentir su aliento en la barbilla. Andrew entornó los ojos—. Gatillo, o mejor dicho martillo, ya que estamos hablando de la llave de percusión. —El beso surgió de forma natural, dadas sus posiciones, y fue breve, pero solo porque ella se apartó, un tanto perezosa, para seguir hablando—. Muelle real, encargado de lanzar el martillo hacia delante, produciendo la percusión. —La otra mano, la que había permanecido olvidada e inocente hasta entonces, aleteó como una mariposa hasta apoyarse en su pecho. Al percibir el retumbar de su corazón, la española sonrió levemente—. Nuez, que atraviesa la pletina y ajusta el martillo. —La mano descendió y descendió, hasta alcanzar su cintura. Cuando empezó a soltar la hebilla del cinturón, Andrew la sujetó por la muñeca. Ella lo miró con curiosidad—. ¿Ocurre algo?

—En realidad, sí —respondió Andrew, entregándole la escopeta. Solo lo hizo para poder usar ambos brazos en la tarea de abrazarla con fuerza. Estampó un beso en sus labios, y la forzó a separar los dientes, a admitir su lengua enloquecida, ansiosa por recorrer el interior de su boca. La española besaba bien, también en aquello tenía ciertos conocimientos. Quizá otro hombre se hubiera sentido desanimado por ello, pero no Andrew. Siempre prefería que su compañera de juegos poseyera la experiencia necesaria como para saber cómo, cuándo, y de qué manera debía darle placer, pero sí que decidió, finalmente, el triunfo de la sobrina de Bellford en la cuestión del matrimonio. No se casaría con aquella española, puesto que no podía confiar en que no hiciera lo mismo con otro hombre. La alzó en el aire, sujetándola por las nalgas, estrechándola con fuerza, y la condujo al pie del bosquecillo.

—Fiador, la pieza que establece la posición de seguro o disparo —siguió ella, entre gemidos, cuando la tumbó sobre la hierba. Dejó la escopeta a su lado, y le rodeó el cuello con los brazos—. Brida, que sujeta fiador y nuez...

—Calla, no es necesario que sigas —dijo, demasiado ocupado en soltarle los botones de la chaqueta del traje de montar como para pensar en llaves de percusión, clérigos diseñadores de armas de fuego, ni nada por el estilo. Definitivamente, las mujeres iban a pasar a ser su segunda pasión, con aquella española como abanderada—. Me ha quedado totalmente claro que eres una experta en la materia.

—Estoy terminando —protestó, juguetona. Debajo de la chaqueta no llevaba nada, absolutamente nada. Andrew, contemplando aquellos senos coronados con pezones color cereza, estuvo a punto de morir de la impresión. Desde luego, si la tomaba como modelo, las españolas resultaban mucho más interesantes que las inglesas. Quizá fuera porque por sus venas, en mayor o menor medida, también corría sangre árabe—. Solo queda el guardacebo, pieza interpuesta entre la chimenea y la cabeza del martillo, y que por medio de un giro asegura el arma, para evitar disparos fortuitos. Claro que solo suele aparecer en las armas militares, y... ¡Ah!

Por fin había logrado interesarla en otra cosa, se dijo Andrew, disfrutando del sabor de sus bonitos pechos. Los tenía del tamaño justo, ni grandes ni pequeños; cabían perfectamente en sus manos, y esa era la prueba definitiva. Andrew los acarició, mirándola a los ojos, mientras pensaba en cuál de sus casas la albergaría. Posiblemente, en aquella tan bonita de... No, no recordaba el nombre de la calle, Londres se le hacía demasiado insufrible. Pero la casa era bonita, en definitiva, y ella podría esperarle allí cada día y compartir con él el lecho por las noches. Le pondría un buen coche de caballos y sería generoso en la asignación; la forma en la que se había acercado a él, lo merecía.

—Preciosa, juro que eres lo mejor que me ha pasado en Inglaterra —le dijo, con sinceridad. Ella pareció turbada durante un momento, turbada de un modo que no tenía nada que ver con el rubor que una auténtica dama hubiera debido mostrar en semejante situación. Claro que, a él, no le gustaban particularmente las damas y ella recuperó su luminosa sonrisa casi enseguida.

—¿Me besarás... más abajo, Su Gracia? —dijo, acariciándole la mejilla con un dedo. Benditas fueran, ella y su falta de inhibiciones. Definitivamente, si estaba en su mano, la llevaría a *Kaifar*. Allí podría experimentar todas las variantes del sexo sin ataduras morales de ningún tipo.

—Te besaré por todas partes, puedes jurarlo. —Y, ni corto ni perezoso, se deslizó hacia abajo, sumergiéndose en las amplias faldas del pesado traje de terciopelo.

Allí dentro estaba muy oscuro, pero el camino no tenía pérdida. Ella ya había abierto las piernas lo suficiente como para que su boca tocara sin molestia alguna el punto deseado, puesto que tampoco llevaba ropa interior, como descubrió con alborozo. A salvo de cualquier crítica, Andrew torció ligeramente el gesto cuando topó con los suaves rizos que lo custodiaban. En *Kaifar*, las mujeres siempre se depilaban el vello púbico y él, acostumbrado a esa práctica, siempre lo encontraba un poco extraño. Dudó un segundo sobre la conveniencia de sugerir una alternativa, pero la muchacha movió las caderas, le rodeó el cuello con las piernas, y gimió, esperando que cumpliera lo prometido. *Nobleza obliga*, se dijo Andrew.

Las cosas que se veía obligado a hacer un caballero inglés.

En realidad, no resultó desagradable, ni mucho menos. Ella olía a jabón, a piel limpia de mujer. Su sabor era dulce y los sonidos que emitía le encendían la sangre. Lamió el pequeño núcleo de carne tierna, introdujo la lengua cuanto pudo en la abertura en la que pronto encontraría él su propio placer y, en pocos minutos sollozaba, absolutamente descontrolada. Andrew sujetó cuidadosamente el clítoris entre los dientes y sorbió con fuerza, de la forma que le había enseñado Kalima, la esclava que fue encargada de adoctrinarle en los pormenores del sexo. La española vibró por completo y luego se tensó. Estuvo a punto de romperle el cuello, o de asfixiarle, no estuvo seguro, al estrechar con fuerza sus piernas, y lanzó un auténtico alarido de éxtasis que probablemente escuchó todo Findon, incluido el reverendo Cholmeley. Con un poco de suerte, le habría tomado por sorpresa, al pensar su próxima jugada, y optara confuso por mover la torre.

Andrew salió de debajo de las faldas, acalorado y sudoroso. Era un hombre perspicaz y durante un momento le pareció que la escopeta se encontraba en una posición distinta a como la había dejado la española en un principio, pero estaba excitado, demasiado obsesionado con lo que estaba haciendo y sintiendo como para concederle un segundo pensamiento a semejante detalle, y lo olvidó por completo. Ella tenía los ojos cerrados y una expresión de absoluta saciedad. Si pensaba que con aquello, estaba todo hecho, se equivocaba. Apresuradamente, le descubrió la mitad inferior del cuerpo, puesto que la superior estaba ya gloriosamente expuesta, se abrió el pantalón, y se tumbó sobre ella, penetrándola de una única embestida.

Maravilloso. Ese fue el término que se le ocurrió cuando estuvo dentro de aquel canal cálido y aterciopelado. Ella debió considerarlo también así, porque ronroneó suavemente y modificó algo su posición, para facilitarle la tarea. Andrew empezó a moverse, al principio lentamente, intentando alargar en lo posible aquel goce, pero estaba demasiado enardecido. Aceleró y aceleró, como un auténtico príncipe de *Kaifar*, atento al placer de su esclava, pero en su justa medida. Lo único que importaba, en definitiva, era su propia satisfacción, y ella estaba allí para dársela. Y se la daba, no podía negarlo.

La española le sujetó por las nalgas y le empujó, más adentro, más profundo, más rápido, más fuerte... Notó el inicio del orgasmo, devastador, violento. Aún lo retuvo unos segundos, apretando los dientes, porque se dio cuenta de que ella también estaba llegando al clímax. Cuando empezó a gritar, cuando sintió los espasmos de sus músculos internos, no pudo resistirlo más. Hincó los dedos en sus caderas, probablemente dejándole cardenales, la aplastó despiadadamente contra el suelo y gritó, gritó y gritó, en una eyaculación salvaje y demoledora, como no recordaba haber experimentado nunca antes.

Cuando pudo alzar la cabeza de su pecho, mucho después, quizá siglos, vio que ella sonreía. Como siempre. Y a Andrew le gustaba mucho, muchísimo, que sus mujeres sonrieran después de hacer el amor. Aquella española, pensó con algo de tristeza, amenazaba firmemente con destronar a los caballos a la segunda posición de sus pasiones. No a *Avizor*, por supuesto. Eso nunca.

Bueno, quizás...

—¿Me dirás tu nombre ahora?

—¿Es necesario? —preguntó a su vez, somnolienta.

Andrew movió las caderas, en un gesto muy elocuente.

—Todavía estoy dentro de ti, mujer. Creo que la pura cortesía te obliga a ello.

La risa brilló en sus maravillosos ojos, pero se apagó cuando se dio cuenta de que él esperaba una respuesta y que esta vez no iba a quedarse sin ella. Alzó la mano y le acarició la mejilla.

—Soy Eva —susurró, con profunda tristeza, y Andrew supo que estaba mintiendo—. Eva, la tentadora. Eva, la que destruyó a su hombre. —Luego, como cambiando de tema, a otro sin importancia—. Dime, Su Gracia, ¿a qué distancia eres capaz de acertar un blanco, con esa escopeta?

Londres, 9 de junio 1874

Richard Arlington, duque de Oxford, de pie en el despacho de su magnífica mansión londinense, miraba por la gran ventana que ocupaba prácticamente toda la pared del fondo.

Pese a lo que pudiera parecer a primera vista, no estaba interesado en absoluto en el conocido paisaje de su jardín privado. De hecho, apenas era consciente de la belleza clásica que poseía, deslumbrante bajo la luz del joven sol estival. Si el habitualmente inalterable duque de Oxford tenía los ojos fijos en él, era solo porque no se sentía capaz de dominar su expresión, y eso era algo que odiaba. A sus treinta y cinco años, con todo lo que había visto y todo lo que había vivido, había llegado a pensar que ya nada podría conmoverlo hasta ese punto. Como en tantas otras cosas, se equivocaba.

—¿Me estás diciendo que Charlie trabajaba para el Servicio Secreto, Lester? —preguntó con voz átona. A su espalda, Lester Pointer, lord Walls, carraspeó.

—Sí. Por supuesto, no directamente. Formaba parte del *Grupo*.

El *Grupo*. La pequeña organización de agentes que él mismo había ayudado a crear, especialistas en resolver rápidamente los asuntos delicados que, por lo general, ni se mencionaban de forma oficial. Dicho en otras palabras: contraespionaje. *Maldición, maldición, maldición*. Richard apretó los puños. Descubrir que como cabeza de familia no valía gran cosa, no era algo nuevo. Andrew siempre había sabido en qué andaban metidos sus hermanos pequeños, e incluso qué pensaban, con una extraña suerte de capacidad sobrenatural. Pero Andrew había muerto, demasiado pronto y demasiado repentinamente, en aquel absurdo accidente de caza, el año anterior, dejándole la tarea de simular saber cómo controlar una familia y con la carga del título.

Perder a Andrew fue la experiencia más devastadora que había vivido nunca, peor que la de perder a sus padres o a su tío Yasef. Desde niño, su hermano mayor había sido su modelo, su bastión, e incluso su muro de contención. Él pudo ser libre y hacer su voluntad porque era de Andrew, el primogénito, de quien se esperaba un comportamiento específico. Richard solo era el segundo, no formaban parte de sus responsabilidades ni el título, ni la perpetuación del rancio linaje de los Arlington. Era alguien a quien se podía querer, pero con el que no se contaba.

Al irse Andrew, el muro se derrumbó y todas las miradas se volvieron hacia él, aunque no era por eso por lo que lamentaba su muerte. Lo quería, demonios, lo quería con locura, de ese modo absoluto y desinteresado en que únicamente se puede querer a un hermano.

Y ahora, Charlie, el luminoso Charlie, siempre bien dispuesto, siempre cabal y deseoso de complacerle... hasta que se unió al *Grupo*, comprendió, con amargura. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta? Ciertamente que había estado muy ocupado, superado por la situación, pero era su obligación de hermano mayor, debería haber estado al tanto de todos y cada uno de los aspectos de Charlie, y solo había visto en él a un joven alegre y despreocupado, amante de los viajes y de la buena vida. La última vez que estuvieron juntos le riñó por la poca seriedad que mostraba en los últimos tiempos y

le juró que, si se iba a Lisboa, reduciría drásticamente su asignación. Pero Charlie se fue, por supuesto. No pudo evitarlo.

Tenía una cita allí, con la Muerte.

—¿Y por qué no fui informado de ello?

—Oh, vamos, Richard. —Ahora Lester habló con mayor aplomo: esperaba esa pregunta. Richard no necesitó mirarle para saber exactamente cuál era su expresión. Se conocían desde hacía demasiado tiempo y habían pasado por muchas cosas, juntos. En otra época, el cabello oscuro de Lester, bigotes incluidos, no había estado sembrado de canas pero, para ser uno de los personajes más importantes del mundo del espionaje, alguien acostumbrado a arriesgar las vidas ajenas y a asumir sus pérdidas, siempre había conservado un curioso aire de ingenuidad, y su rostro mofletado no parecía haber envejecido lo más mínimo. Era como si todo aquello no tuviera realmente relación con él. Ahora debía estar mirándole con una falsa pero convincente sorpresa, estudiadamente dolido por la recriminación que contenía su pregunta, mientras giraba entre sus dedos el extremo puntiagudo de uno de sus cuidados bigotes—. Sabes que mantener esa clase de datos en el más absoluto secreto, suele representar la diferencia entre el éxito y el fracaso.

—No me vengas con tonterías. Durante quince años...

—Sí, y sabes que has sido, con diferencia, nuestro mejor agente —lo interrumpió Lester, aprovechando aquel punto para tratar de mitigar su culpa, atacándole. Otra maniobra que traía preparada, seguro—. Aún no comprendo por qué cometiste el error, el enorme error, de dejarnos. El *Cazador* nos hubiera venido muy bien, este último año. Desde luego, elegiste el peor momento...

—No empieces, Lester —dijo Richard, devolviéndole la interrupción. No estaba de humor para permitirle que se lamiera las heridas a su costa—. No me arrepiento de haberme retirado, no solo tenía otras obligaciones, sino que estaba harto de todo y me había ganado con creces un poco de paz, si es que hay algo de paz en ocupar este maldito cargo. Y sigo sin entender por qué, tú, que se supone eres mi amigo, no me advertiste personalmente de que Charlie estaba jugando a ser espía.

—¿Amistad? No me hables de amistad, demonios. En estos temas, no tiene sentido mencionarla.

Richard rio amargamente.

—Entonces, no me preguntes por qué me fui.

Lester tardó unos momentos en hablar.

—Lo lamento —admitió, apesadumbrado—. Lo lamento de veras. Quizá debí decírtelo, pero no pude. No me estaba permitido y sabes que no me gusta saltarme las normas. Ya no trabajabas para nosotros, Richard. Entiéndelo, estabas *fuera*, y fuiste tú quien levantó los muros. Te dejamos en paz. Cumplimos con nuestra parte, al pie de la letra.

Richard cerró los ojos. Por supuesto. Habían perdido a un hermano y habían reclutado al otro, y no habían visto la necesidad de informarle de ello. Debían tener muy claro que lo hubiera impedido.

Suspiró. En realidad, nada de aquello importaba ya. Lo único que contaba, era que habían matado a Charlie.

—¿Qué pasó? —consiguió murmurar.

Incómodo, Lester se removió en el asiento, haciendo crujir la madera.

—No estamos seguros. Charlie estaba siguiendo la pista de un espía español, al que llaman la *Sombra*. ¿Te suena?

—Por supuesto. Un tipo bastante inteligente. Hizo un par de movimientos interesantes, cuando yo todavía estaba en activo, aunque nunca me fue asignado como objetivo. Creí que, a estas alturas, ya habría sido neutralizado.

—No, todavía no. Su identidad sigue siendo un enigma. Pero habíamos empezado a sospechar de un pintor español, Eugenio Cruz-Ortega... ¿Has oído hablar de él?

¿*Cruz-Ortega*? Richard repitió mentalmente el nombre, atónito, pero intentó que su turbación no se hiciera evidente. Recuperó de una parte remota de su memoria la imagen de Cruz-Ortega, un hombre grueso, de gran personalidad y potente vozarrón. ¿Podía ser aquel pintor, la *Sombra*? La idea lo incomodaba.

Recordó a la chica, Ana, en Madrid. Era preciosa y tenía unos ojos que le recordaban los anocheceres de *Kaifar*, ese momento de un azul intenso antes de la llegada de las sombras. Nada más verla, en el salón, sintió un ramalazo de deseo profundo y urgente, muy distinto de las necesidades físicas a las que estaba acostumbrado y luego, en el jardín... Richard suspiró. Él, siempre tan cerebral, había estado a punto de cometer una locura con ella. Incluso después, consideró varias veces la posibilidad de buscarla, pero no tenía sentido y cuando cargó con el título de duque se hizo totalmente imposible. Ana no tenía un linaje adecuado y era católica. La única posibilidad de que hubiera algo entre ellos, sería convertirla en su amante, y sabía que era algo que no aceptaría.

Todo aquello había quedado, en definitiva, en un encuentro que no lograba olvidar.

—Lo conozco, de hecho. Lo conocí. Nos encontramos brevemente en Madrid, hace unos cinco años, aunque no intercambiamos ni una sola palabra. Para cuando llegué, ya se estaba peleando con todos los caballeros allí reunidos.

—Exacto, así es Cruz-Ortega. No hay confusión posible. ¿Recuerdas algo en particular, algo que te llamara la atención?

—No...

Frunció el ceño. La imagen de un luminoso puerto pesquero español llenó su mente. Unos hombres de aspecto agotado desembarcaban la pesca del día, sardinas, si la memoria no le fallaba, de una barca pequeña y desconchada. A un lado, tres mujeres remendaban redes, mientras hablaban de algo que las hacía reír, pese a su miseria. Al otro, dos pilluelos descalzos, de rostro hambriento, robaban

sigilosamente la bolsa de uno de los caballeros que compartían una botella de vino con aire indolente. Uno de ellos miraba a la más joven de las mujeres con evidente lujuria. Quizá fuera eso lo que las hacía reír, porque el individuo, pese a su aspecto acaudalado, era barrigón y mostraba ya el resultado de una vida disipada.

Para quien supiera verlo, los aspectos y actitudes de las figuras, más que el contraste entre los ricos ropajes de aquellos hombres y los harapos de las criaturas del puerto, suponían una dura crítica a la sociedad que permitía esas diferencias. Era una escena viva, llena de fuerza. Un trozo de realidad atrapada en óleo...

—¿Has recordado algo? —Volvió los ojos hacia Lester, que lo estaba mirando—. Te has quedado como abstraído.

—No, no. Es solo que hace poco vi uno de sus cuadros en casa de lady Carrington. Era muy bueno. —Omitió el hecho de que lo había comprado a un precio escandaloso, porque lady Carrington no quería desprenderse de él. Richard lo hubiera adquirido de cualquier modo: al verlo, se acordó de Ana y quiso tener algo suyo, aunque fuera a través de la obra de su padre. Luego, como siempre, irritado consigo mismo por aquella debilidad, se lo regaló en un arrebato a su abuela. Aún lo lamentaba.

—Sí, es un buen pintor. Es tan bueno que, pese a su temperamento, un tanto agrio, consiguió salir con vida de un... digamos delicado asunto en la corte española, relacionado con un duelo a pistola, por causa de su esposa. Se supone que ahora está en una especie de destierro voluntario, viajando de un lado a otro. Por lo general, sus movimientos responden a distintos encargos: retablos, retratos, paisajes, incluso, tengo entendido, restauraciones. Pero, ¿te imaginas a qué lugares va? Siempre donde tenemos algún asunto entre manos y, siempre, la *Sombra* termina estropeándolo. En las tres últimas ocasiones, lo vigilamos de cerca. Su única correspondencia, por llamarla de alguna forma, fue el envío de cuadros, uno cada vez, a distintas direcciones, todas madrileñas, que, gracias a un agente que enviamos *ex profeso*, hemos relacionado con el marqués de Castro.

—¿Castro?

El nombre de su viejo enemigo sobresaltó a Richard, y lo impulsó por fin a darse la vuelta. Lester asintió, con cara de circunstancias, mientras sacaba la pipa y la bolsita de tabaco del bolsillo. No entendía, nunca lo había hecho, por qué Castro le había acusado de la muerte de su hijo. Pablo de Castro fue uno de los espías más activos que había dado España, pero, a diferencia de su padre, nunca fue especialmente sanguinario. De hecho, era un joven muy agradable y Richard le había respetado. De haber tenido que matarlo, por supuesto, lo hubiera hecho, pero nunca se vio en la tesitura, al contrario, colaboraron en varias ocasiones. Lamentablemente, la última, no fue posible.

Se habían encontrado en la casa de la condesa de Talavera, ambos buscando lo mismo: los informes que el francés Gerard Dupré iba a entregarle al alemán aquel, el que murió en Dublín... Engerth, eso era. Menudo elemento. Solo bebía cerveza y era capaz de tragarse la producción de un país entero en una sola noche. Un tipo realmente divertido. Lástima que tuviera tendencia a meterse donde no lo llamaban y los irlandeses para eso eran muy suyos.

Según tenía entendido, en los documentos que iba a entregar Dupré, había una información que solo podían haber conseguido a través de un agente doble que trabajaba para Inglaterra y Francia. Puesto que había dosificado cuidadosamente la información dada a sus agentes, Richard estaba convencido de que podría descubrir a través del contenido de aquellos papeles de quién se trataba, y estaba muy interesado en conocer su nombre, porque sospechaba de una traición interna desde hacía algún tiempo. Demasiadas coincidencias no eran ninguna coincidencia, se decía, en el *Grupo*, y cuando el aparente puro azar se cobraba la vida de dos agentes, como era el caso, menos aún.

Los españoles, claro, querían también aquellos documentos, por sus propias razones, Pablo no se las dio. Quizá deseaban simplemente reunir información, o quizá dejar claro que aquel era su terreno y que no iban a permitir que se tomara como costumbre intercambiar datos bajo sus narices, sin compartírselos con ellos. No tenían, que él supiera, un interés concreto en su contenido, pero Pablo, que logró sustraérselos a Dupré, debió descubrir algo en ellos, porque, durante la fiesta, tras el breve interludio de Ana, se acercó disimuladamente a él.

Tenemos que hablar, Richard, es muy importante. Mañana iré a verte, en cuanto me sea posible, dijo, antes de seguir su camino. Richard pasó todo el día siguiente en su habitación de la posada, seguro de que Pablo sabía dónde se encontraba, que lo había sabido en cada segundo desde el momento en que puso un pie en España. Pero Pablo no apareció y luego supo que había muerto, asesinado, durante la maldita fiesta. Nunca llegó a salir de la mansión de la condesa de Talavera.

Al principio, él sospechó de Dupré y, claro, de Engerth, que estaban lógicamente muy enojados por la intervención de Pablo, pero, tras hablar con ellos, cambió de opinión. Parecían tan perplejos como él y, desde luego, no tenían ninguna razón para mentirle. Los tres le habían dado vueltas al asunto en una taberna de Praga, pero la única conclusión posible era que el agente doble había tenido miedo y había interceptado el envío. Quizá alguien le había avisado, quizá la traición estaba más extendida de lo que pensaba...

Puesto que su identidad seguía siendo una incógnita, no pudieron hacer mucho al respecto.

Y entonces, llegó la carta de Castro.

Aún la conservaba, cuidadosamente oculta en la caja fuerte de su despacho privado. A veces había pensado quemarla, porque su sola existencia lo llenaba de angustia, pero nunca se decidía a hacerlo. Solo la había releído una vez, la noche del funeral de Andrew, inquieto por la idea de que tuviera alguna relación con la muerte de su hermano. Al fin y al cabo, había habido algo extraño en la forma violenta en que le estalló la escopeta de caza en Findon Downs, destrozándole media cabeza.

En la carta, Castro decía claramente que a partir de ese momento viviría únicamente para destruirle, para causarle tanto dolor como le había causado a él, pero no había encontrado ninguna prueba de que ambos hechos estuvieran relacionados. Castro siempre había sido temperamental, y un hombre sin escrúpulos, pero Richard, que lo odiaba por muchas otras cosas, no le guardaba rencor por aquella carta llena de veneno y deseos de venganza. Compadecía al hombre que había escrito aquello, al padre que había tenido que enterrar a su único hijo, al que, lo sabía, adoraba. Ciertamente, eran gajes del oficio, pero no por eso podía lamentarse menos. Había contestado a Castro, diciéndole que él no había tenido ninguna participación en la muerte de Pablo, pero nunca

recibió respuesta.

—El mismo —dijo Lester, sacándole de sus reflexiones. Había llenado y encendido su pipa, y dio una larga bocanada que originó una densa nube de humo—. Curioso detalle, teniendo en cuenta que es una de las personas con las que se le supone enfrentado —gruñó, irritado, mordiendo la boquilla—. La *Sombra* trabajaba en un principio en la propia España, sobre todo en los alrededores de Madrid, recopilando información entre las Embajadas y las fiestas de abolengo, y su posterior movilidad coincide con la de Cruz-Ortega. Creo que está bastante claro. En sus informes, Charlie también expresaba la opinión de que todo eso del destierro social fue una estratagema para darle a Cruz-Ortega una excusa para viajar y poder enviar informes a Madrid, a través de algunas de sus obras.

—¿En los cuadros?

—Sí, en los cuadros... aunque no sabemos cómo. Alguna especie de clave, imagino. Por eso mandamos a Charlie a Lisboa. Como supongo te consta, a tu hermano le gustaba pintar y tenía bastante talento. Queríamos que contactara con Cruz-Ortega, que entablase amistad con él, presentándose como un joven con ganas de aprender su técnica, y que le vigilase estrechamente. En el último informe que nos remitió, decía haber tenido éxito, y también que, antes de volver, quería confirmar un dato asombroso del que aún no estaba seguro. Lo siguiente que supimos de él, fue que su cuerpo había aparecido flotando en la bahía de Lisboa. Le habían pegado un tiro, limpio y directo, al corazón. Alguien que sabe manejar bien un arma, y que tiene muy buen pulso. Alguien parecido a un pintor que sobrevive a duelos a pistola, por ejemplo.

—Entiendo. —Cruzó las manos a la espalda, tratando de disimular el intenso dolor que laceraba su corazón. La imagen de un Charlie acunado por las olas, su cabello moviéndose lánguidamente como un manojo de algas de oro, le congeló la sangre en las venas—. ¿Y por qué me cuentas todo esto ahora?

—Ya lo sabes, demonios. Porque te necesitamos. Al margen de la gravedad del hecho de que hayan eliminado a uno de nuestros agentes, Charlie era muy apreciado por todos, Richard. Esta, ha sido la última hazaña de la *Sombra* y, dadas las circunstancias, supuse que el *Cazador* querría ocuparse personalmente de ello.

Richard suspiró. Qué demonios. El año anterior, en el funeral de Andrew, había jurado no volver a matar a nadie, pero también en eso se equivocaba. Tenía que hacerlo, por Charlie y por sí mismo. Lo único que podría aplacar en parte toda aquella amargura, sería estrangular a la famosa *Sombra* con sus propias manos.

—Supusiste bien.

—Queremos eliminar a Cruz-Ortega de una forma tan discreta como definitiva. Hemos pensado que *Kaifar* puede ser el lugar idóneo. No hay embajadas, ni extranjeros, ni apenas contactos con el exterior, excepto los establecidos a través de tu familia. Ya hemos empezado a correr la voz de que allí va a celebrarse una reunión importante, relacionada vagamente con alguna escaramuza en el sur de Francia. Nos gustaría que el *Bey* enviara una petición a Cruz-Ortega, transmitiéndole el deseo de

que le haga un retrato. Una vez allí, ese pintor debe desaparecer de la Historia, para siempre.

—¿Así, sin más?

—Sí. Así, sin más. La idea es llevarlo allí para que sea ejecutado.

—Pero... no tenéis pruebas concluyentes.

—No, pero sí las suficientes sospechas bien fundadas, ¿no estás de acuerdo? —Richard apenas asintió, no del todo convencido. A lo largo de su vida había aprendido amargamente que a veces la evidencia más obvia podía esconder una interpretación totalmente contraria. Además, no podía entender que un hombre capaz de pintar un cuadro como aquella escena del puerto, aquel ácido y despiadado ataque contra una sociedad que le resultaba odiosa, pudiera estar trabajando para perpetuarla en el tiempo. Claro que, también se lo dictaba su experiencia, no había nada tan absurdamente contradictorio como un ser humano. Quizá Cruz-Ortega mentía, en su pintura—. La muerte de Charlie ha sido la gota que ha colmado el vaso. No podemos arriesgar más agentes, estando las cosas así. Por simple prudencia, vamos a eliminarle. ¿Nos ayudarás?

Richard reflexionó sobre todo aquello. No le gustaba la idea de ejecutar a un hombre del que no estuviera absolutamente seguro de su culpabilidad pero, por otra parte, si Charlie estaba muerto, era porque se había acercado demasiado a la verdad. Y si estaba investigando a Cruz-Ortega, el asunto parecía bastante claro.

—¿Qué sabes de... su hija?

Era la cuestión que más le preocupaba. Por supuesto, si Cruz-Ortega era culpable, nada ni nadie podría salvarle, ni siquiera ella, pero no deseaba causarle más pena de la necesaria ni quería que estuviese presente cuando tuviera que hacerlo. Esperaba oírle decir que se había casado hacía años y vivía felizmente en Madrid, alejada de todo aquello. Esperaba oírlo, aunque odiara profundamente la idea de saberla estremecida por las caricias de otro hombre. Pero Lester carraspeó.

—Ah, sí, tiene una hija, la había olvidado, es cierto. —Se rascó la sien con la boquilla de la pipa, como si eso le ayudase a hacer memoria—. Por lo que parece, viaja habitualmente con él. Eso decía Charlie, en sus informes.

—¿No se ha casado?

—Que yo sepa, no, y es poco probable que no me hubiera enterado de algo así. —Lo irritó profundamente la satisfacción que le produjo la noticia. Resultaba ridículo, con aquel enamoramiento infantil. Debía considerar a Ana como lo que era en esos momentos: una pieza más del asunto que tenía que resolver—. Se ocupa de atender a Cruz-Ortega. Según parece, no es el mismo, desde la muerte de su esposa.

—¿Su esposa? —repitió, atónito. Recordaba vagamente a María Vega. Una mujer hermosa, discreta y elegante. Se parecía mucho a su hija, tenían los mismos ojos y, en su memoria, ambos rostros tendían a confundirse—. ¿Murió?

—Mmm... Tengo entendido que se suicidó. —Richard cerró los ojos, horrorizado, imaginando lo que debió sentir la joven Ana. Estaba muy unida a su madre, solo había que verlas juntas para saberlo—. Por el asunto turbio aquel. No sé, la chica será un problema, pero no hay más remedio que asumirlo, Richard. Intenta que no vaya a *Kaifar*.

—No iré —aseguró, con firmeza, más decidido a evitarlo de lo que Lester podría llegar a saber jamás.

—Bien. Entonces, ¿dejo este asunto en tus manos?

Richard suspiró profundamente y se pasó una mano por el cabello. En realidad, no había nada sobre lo que meditar.

—¿Tengo absoluta libertad para llevarlo a mi manera?

—Por completo.

—No, no aceptes tan pronto. Piénsalo bien, Lester, hablo muy en serio. —Alzó un dedo en el aire—. No voy a matar a ese hombre sin estar absolutamente seguro de su culpabilidad, por completo y sin el más mínimo resquicio de duda. Y eso implica que no quiero interferencias, ni órdenes posteriores, ni cambios repentinos de última hora. Las cosas se harán como yo diga, exactamente así y de ningún otro modo, y actuaré según considere apropiado. No responderé ante nadie.

—De acuerdo. No habrá interferencias, te lo juro.

—Muy bien —decidió, negándose a escuchar la vocecilla que le decía que no estaba bien sentirse contento por la idea de volver a ver a Ana Cruz-Ortega, aunque solo fuera por breves instantes, cuando lo importante era resolver la muerte de Charlie—. Adelante, Lester. Vamos a organizar una trampa, una trampa de tonos escarlata, para un pintor.

Nápoles, marzo de 1875

Ana Cruz-Ortega contempló el *Castel Nuovo*, mientras el coche de alquiler se movía a trompicones por el atestado puerto de Nápoles.

Lamentaba no haber tenido más tiempo para visitar aquella bellísima ciudad y explorar un poco en los alrededores del Vesubio, pero habían llegado de Roma la noche anterior, con el tiempo justo para su encuentro con los enviados del *Bey* de *Kaifar*. Pese a su amable carta, en la que quedaba patente su educación occidental, intuía que el *Bey* no era un hombre al que le agradara que lo hicieran esperar. En otras circunstancias, quizá se hubiera preguntado cómo sería. Era la primera vez que iba a conocer a un auténtico musulmán.

Sobre la práctica totalidad de España, había ondeado durante casi ocho siglos la media luna, ochocientos largos años que suponían muchas generaciones humanas. ¿Podía eso borrarse de un manotazo, por cuestiones religiosas, o, mejor dicho, por cuestiones de poder, como siempre? No, en absoluto. Los árabes se habían ido, a su pesar, pero habían dejado atrás muchas cosas: conocimientos, arte, numerosas palabras... Su aportación formaba parte de la actual España, que era mejor y más rica de lo que era antes, precisamente gracias a ellos. Lugares bellísimos como la Alhambra o la Mezquita de Córdoba, hablaban de una cultura rica, tremendamente sofisticada, y perdurarían por siempre las leyendas de príncipes de ojos negros, acostumbrados a contemplar las dunas del desierto, cuya fascinación aumentaba, precisamente, por el sabor de lo prohibido.

El interés que sentía por el *Bey*, se sustentaba, lo sabía a un nivel intelectual, en todo eso. Pero, la realidad era cruel, y también sabía que Omar tenía ya cuatro esposas. Ni aunque hubiera podido escoger una quinta, ella se hubiera animado a aceptar semejante situación.

Te haces vieja, Ana, pensó, riéndose de sí misma, de aquellas ideas absurdas que daban vueltas sin sentido por su cabeza. Últimamente, echaba de menos... algo. Vio una pareja, muy joven, besándose con la alegría y la naturalidad propias de los italianos, mientras un perrito daba saltos bulliciosamente a su alrededor, y sintió con mayor fuerza el vacío. Como siempre, su mente voló hasta el jardín del palacio de la condesa de Talavera, hasta aquella lejana noche de verano, y se preguntó, como tantas veces antes, qué habría sido de aquel hombre, aquel inglés alto e increíblemente atractivo que la había despertado a los placeres de la carne. A esas alturas, estaría casado, seguramente, y quizá tuviera varios hijos que llenarían por completo su corazón.

Ojalá le hubiera dado un hijo a ella.

Ana contuvo un arrebato de pena, mirando el asiento libre y vacío que tenía enfrente, imaginando un niño de pocos años, intensamente rubio, con los ojos verdes llenos de risa y de cariño. Cierto que, en aquella época, se hubiera muerto de vergüenza, hubiera sido un escándalo terrible tener un hijo estando soltera, pero ahora que se hallaba muy por encima de los ridículos convencionalismos, al menos así lo creía, echaba tanto de menos ese amor intenso que hubiera podido sentir, que hubiera podido llenar de alborozo su reseco corazón...

Basta. Era absurdo llorar por un hombre al que apenas había conocido y que probablemente la habría olvidado hacía mucho, quizá en el mismo instante en que le dio la espalda. Al fin y al cabo, ¿qué fue para él? Nada, un encuentro curioso, una diversión del momento, a lo sumo, aunque ahora, mayor y más sabia, comprendía mejor que para el pobre hombre debió suponer un esfuerzo enorme darle placer sin recibir nada a cambio.

Y es que, ¿cómo pudo excitarse ella de ese modo? Ella, que se sentía un témpano de hielo, incapaz de permitir que ningún hombre la tocara. Tras aquella noche lejana, había temido durante un tiempo ser una mujer incapaz de resistirse a la llamada de la carne, pero no tardó en comprobar que el efecto producido por el inglés, era eso, *su* efecto. Desde entonces, había tenido varios admiradores, como aquel encantador Charles Mallory, en Lisboa, e incluso un par de propuestas serias de matrimonio, muy convenientes. Había aducido siempre que su padre le necesitaba, asumiendo para sí que las órdenes de Castro eran totalmente incompatibles con el matrimonio.

Pero, debía reconocer que su negativa a establecer un vínculo semejante no tenía mucho que ver con su deber para con su padre, ni siquiera con el asunto de Castro. Era, simplemente, que no deseaba a aquellos hombres, ni a ningún otro de los muchos que había conocido en sus viajes. Solo al inglés. La simple idea de que otro la tocara como la había tocado él, la llenaba de desasosiego y repugnancia. A veces pensaba que aquel breve encuentro, aquella locura, la había tullido emocionalmente para siempre.

El coche se detuvo con una última sacudida que estuvo a punto de lanzarla contra el asiento de enfrente. Mascullando una maldición muy poco femenina, Ana bajó, con su maletín de mano, y pagó al conductor sin comentarios; le constaba que hubiese sido un gasto inútil de saliva el intentar explicarle que martirizar de tal forma a los pasajeros no podía ser bueno para el negocio. Luego, corrigió apenas la posición del diminuto sombrerito azul que llevaba, una de cuyas largas plumas blancas tendía, con precisión rebelde y molesta, a deslizarse hacia su frente para balancearse justo a la altura de sus ojos, y caminó por el bullicioso puerto. Fue abriéndose paso entre el gentío, buscando con la mirada el FURIA DEL PROFETA, la nave que había enviado el *Bey* de *Kaifar* para recogerles.

No tuvo problemas en reconocerla en la distancia, ni siquiera hubiera tenido dudas de no haber estado a su lado la conocida montaña de baúles, bolsas de distintos tamaños y sombrereras que formaban su equipaje. A diferencia del resto, pesadas naves de carga de aspecto infeliz, el FURIA DEL PROFETA se trataba de un hermoso barco, un velero de tres palos, largo y esbelto, pintado en azul real con detalles dorados. No había que esforzarse mucho para descubrir que las letras del nombre, supuso que lo era, pese a que estaba escrito en árabe y no conocía ése idioma, habían sido fabricadas con lingotes de oro. Ana las observó con sorpresa, puesto que eso solo podía indicar que se trataba del barco privado del *Bey*, el que utilizaba en sus travesías, y también por puro placer. Sabía que el *Bey* era un hombre muy rico, pero no que estimara tanto el trabajo de su padre.

Bien, ya iba siendo hora de que le reconocieran los méritos al apellido Cruz-Ortega, se dijo, gratamente impresionada. Su padre podría disfrutar de este éxito, quizá incluso lo ayudara a recuperarse un tiempo más. A pesar de los últimos logros en su lucha contra el alcohol, no se engañaba: a su padre no le quedaba demasiado tiempo de vida. Quizá un mes, quizá dos. La medicina no era, ni con mucho, una ciencia exacta. El último médico, de hecho, había vaticinado con aire de

entendido dos meses y ya habían pasado cuatro, lo que la animaba a no rendirse. Mientras consiguiera mantenerlo lejos de las botellas de vino, el margen podría seguir alargándose, aunque no estaba segura de hasta dónde. Tampoco importaba. No tenía grandes planes para cuando se quedara sola, bien le constaba que no era libre para hacerlos; como siempre, todo dependería de la buena voluntad de Castro y de su sentido de honor, si es que alguien como él sabía lo que era eso.

Una punzada de miedo la recorrió, inmovilizándola en mitad del puerto. ¿Cumpliría aquel hombre su palabra? ¿La dio, realmente? Por más que se esforzaba, no conseguía recordar exactamente lo que le dijo, ni a qué se comprometió él, por su parte, cuando formalizaron un acuerdo en el que ella no estaba en condiciones de imponer exigencias, precisamente. En aquel tiempo solo era una niña aterrada, una virgen incauta frente a un viejo dragón dispuesto a devorarla. Había estado demasiado conmocionada por todo lo ocurrido, se sentía demasiado asustada, y lo único que pudo hacer fue llorar, suplicar miserablemente y jurar que obedecería en todo lo que le dijeran, antes incluso de saber cuáles serían las órdenes. Quizá Castro esperaba seguir utilizándola, aún sin la cobertura de su padre. Pero, eso no podía ser, no tenía sentido. Solo Eugenio Cruz-Ortega, el pintor, tenía abiertas aquellas puertas. A ella, por ejemplo, nunca la hubieran llamado desde *Kaifar*.

Apartó esos pensamientos con gesto enérgico y reanudó su marcha. Ella ya no era la misma, se había hecho mayor y había visto muchas cosas en el mundo, cosas que la habían curtido, endureciéndola como una armadura, quizá hueca por dentro, pero inexpugnable por fuera. Llegado el caso, obligaría a Castro a dar por terminada su relación, a terminar con aquel chantaje, aunque tuviera que matarlo con sus propias manos y prenderle fuego a su hermosa casa para conseguirlo. Ya no temía al dragón. Mejor dicho, sí lo temía: no era estúpida y sabía que Castro era capaz de muchas cosas llegado el caso. Pero ahora se sentía más capaz de controlar sus miedos y de luchar, si era necesario.

Algún día sería libre. De momento, lo único que importaba, lo único que la obsesionaba, era que Eugenio Cruz-Ortega disfrutara de algo parecido a la felicidad en los últimos meses de su vida.

Ana levantó el borde de sus faldas, un susurrante amasijo de seda azul, de un tono idéntico al de sus ojos, dio un rodeo para esquivar un charco de una maloliente sustancia oleosa que ocupaba casi por completo el centro del muelle, y se dirigió con paso firme hacia el montón de baúles que formaba su equipaje. La tripulación, al parecer compuesta exclusivamente por individuos árabes, ya había empezado a subirlos a bordo, con ayuda de cuerdas y poleas. No se veía a su padre por ningún sitio.

Mala señal, lo peor que podía ocurrir.

Ana giró sobre sí misma, mirando en todas direcciones con angustia. *Oh, no. Oh, no...* No debería haberle permitido venir solo. Si había vuelto a meterse en una cantina, el trabajo de las últimas semanas no habría servido de nada.

—La sombrilla, señorita Ana —dijo a su lado Regina, su doncella, en tono de leve reproche. Había surgido de entre los bultos como un ángel vengador dispuesto a recordarle que su piel se tostaba instantáneamente con el sol, algo nada apropiado para una dama. Aunque solo tenía un par de años más que Ana, y en definitiva se trataba de la doncella, Regina era de esas personas que sabían proyectar un aire de suave autoridad allá donde era necesario, ya fuera con esos hombres subiendo su

equipaje, o con su propia señora. Ana abrió la sombrilla, obediente, sintiendo un atisbo de esperanza.

—¿Has visto a mi padre?

—No, aún no ha llegado.

Regina pestañeó, deslumbrada por el sol, y puso una mano en visera sobre la frente, echando un vistazo a su alrededor. Su voz había sonado levemente preocupada. También ella había soportado las borracheras y los arrebatos de locura de su padre a lo largo de los últimos años. Ana la miró con cariño, preguntándose por primera vez cómo hubiera podido salir adelante sin ella en todo ese tiempo. Regina hubiera debido tener mejor suerte en la vida, mejor que el verse obligada a vagabundear con ellos de aquella manera, pero allí había estado, una roca firme en la que poder apoyarse.

Nunca le había hablado de sus propios sueños, pero seguro que echaba de menos un marido y unos hijos, algo que hubiera estado sin problemas a su alcance, de haberse quedado en Madrid o de haberse vuelto a su ciudad natal, Burgos, según le había dicho en algún momento. Sin ser especialmente hermosa, Regina tenía unos rasgos agradables y unos bonitos ojos castaños, aunque había algo... insulso en su expresión que echaba a perder el conjunto, haciéndola poco interesante. Además se arreglaba de forma demasiado severa, siempre de negro o marrón oscuro, con el cabello castaño tirante en un moño de rodete.

Por lo demás, se trataba de una muchacha discreta y seria, poco dada a expresar sus sentimientos. Casi nunca sonreía y era poco habladora, algo que tampoco importaba mucho porque sus conversaciones solían ser muy simples, siempre enfocadas a las tareas del día, el modo de planchar un vestido, o cómo peinar a su señorita para la cena; su mente no parecía capaz de abarcar otros temas, ni siquiera de encontrarlos interesantes.

Pero era leal, la mayor de las virtudes posibles. Había elegido seguir a su señorita al exilio, pese a que por aquel entonces apenas llevaba unos pocos meses a su servicio. No lo había dudado ni un instante y jamás había dejado de apoyarla, nunca, en todo aquel tiempo, algo de lo que Ana se alegraba cada día.

—Pensé que vendría con usted —La oyó añadir en ese momento.

—Sí, esa era la idea —murmuró Ana, oteando la línea del puerto en busca de alguna taberna—. Pero me dijo que se iba a adelantar, para ocuparse contigo del embarque de los bultos. Y parecía estar muy recuperado.

Ignoró la mirada de través que le lanzó Regina. Vale, ya sabía que había cometido una imprudencia. ¡Deseaba tanto poder creerlo! No volvería a ocurrir. Ahora, lo que tenían que hacer era localizarlo. No sería difícil. La taberna más cercana, sería también la más probable. Su padre no solía desdeñar la ocasión más rápida de tomar un trago y hacía mucho tiempo que no le importaba cuán sucio estuviese el vaso.

Acababa de divisar una tasca de fachada oscura y aspecto miserable, cuando una voz a su espalda la sobresaltó.

—Discúlpenme. ¿Puedo ayudarlas?

Ana dio un brinco y se giró hasta ver al hombre que había descendido del barco y estaba en mitad de la pasarela, mirándolas con curiosidad. El corazón le dio un vuelco y abrió desmesuradamente los ojos al reconocerlo, sin lugar a dudas. ¿Cómo hubiera podido no hacerlo? De pronto, todo su cuerpo era un filamento nervioso, tremendamente sensible, que no respondía del todo a su control. Un sudor frío cubrió su piel, la luz lanzaba destellos demasiado intensos, demasiado vivos, y sintió que se mareaba. Segura de que se estaba poniendo en evidencia, se ruborizó.

Allí estaba, era él, el misterioso individuo de la fiesta de la condesa de Talavera: el objeto y el sujeto de sus sueños, en esos últimos años. ¿*Pero, cómo?* Pensó velozmente, repasando la información que había conseguido y estudiado sobre *Kaifar* para aquella misión. Podía tratarse de Richard Arlington, duque de Oxford y príncipe de *Kaifar*, el primo inglés del *Bey*. Recordó la A del alfiler de corbata de diamantes. *Arlington*. Claro, por supuesto, eso era. No supo qué conclusión sacar del hecho de que el *Bey* lo hubiera enviado a escoltar a su padre. En realidad, no hubiera podido sacar ninguna, sobre absolutamente ningún tema. Su mente se negaba a cooperar.

—Yo... no sé... —tartamudeó. Frunció el ceño, enfadada consigo misma. ¿No había llegado a la conclusión, pocos minutos antes, de que era una mujer adulta? Inspiró profundamente y volvió a empezar, utilizando también el inglés, que dominaba con soltura—. Supongo que sí, señor. Soy la hija del señor Eugenio Cruz-Ortega, el pintor. —¿La recordaría? Quizá no. Había pasado mucho tiempo y, se obligó a asumir, ella no había supuesto nada para él. De otro modo, hubiera intentado verla—. Ya debería estar aquí. ¿Se encuentra a bordo, por casualidad?

—No. —Una sombra cruzó las brillantes pupilas del hombre, que eran tan verdes como recordaba, aunque el sol cambiaba su tono a uno más claro. La miró de una forma que la hizo sentir incómoda—. No sabía que Cruz-Ortega tuviera una hija. ¿Ha venido a despedirle, supongo?

—Por cierto que no. —La aspereza con la que fue formulada la pregunta la irritó enormemente, casi tanto como el hecho de que, estaba claro, no la recordaba, así que no se molestó en ser amable—. Viajo con él.

—¿Que viaja con él? —Arlington casi escupió las palabras—. De eso, nada, señorita.

Ana sintió que la indignación le nublaba la vista. ¿Cómo se atrevía aquel hombre arrogante a hablarle de ese modo? Aferró con fuerza el mango de marfil de su sombrilla y le fulminó con la mirada.

—Disculpe pero, para no tener ni la más remota idea de quién es usted, me parece demasiada presunción por su parte decidir a dónde voy, o adónde dejo de ir. —A pesar de las muchas cosas que había tenido que hacer en los últimos tiempos, Ana odiaba la falsedad, y la media mentira le dejó un sabor amargo en la boca, pero antes muerta que reconocer que ella sí que le recordaba a él.

—Soy Richard Arlington, duque de Oxford y primo del *Bey* Omar de *Kaifar* —replicó él, confirmando sus sospechas. Tras un segundo de vacilación, descendió por completo de la escalerilla, y se inclinó ante ella, en una reverencia elegante, aunque algo seca—. Perdone si me he mostrado brusco, señorita Cruz-Ortega —pronunció el título y el nombre correctamente, y sin el más mínimo acento, lo que la hizo pensar que había mejorado mucho su español—, pero se me ha encomendado la misión de escoltar a su padre hasta *Kaifar* y nadie me informó de que una mujer viajaría con él.

—Dos mujeres. —Ana señaló con la cabeza hacia Regina, que mantenía los ojos fijos en las puntas de sus botines—. Mi doncella viene conmigo, por supuesto.

—No. Ustedes dos se quedan aquí. —Arlington se mostró absolutamente firme y tremendamente autoritario, como si estuviese repartiendo órdenes en un regimiento. Llamó a uno de los hombres y le dio unas indicaciones, en árabe. El individuo asintió y salió corriendo—. Dadas las circunstancias, me ocuparé, en nombre del *Bey*, de buscarles un alojamiento adecuado. Precisamente dispone de una hermosa mansión en las afueras de Nápoles, estarán bien allí. Y me haré cargo de todos los gastos que ocasione su estancia, por supuesto; pero deben quedarse. *Kaifar* no es lugar para mujeres occidentales. No puedo permitir, de ningún modo, que vengan con nosotros. Créame, es por su propio bien.

Parecía tan serio y tan decidido que durante un segundo Ana dudó sobre si estaría en lo cierto. Había tenido muy poco tiempo para informarse sobre *Kaifar* y básicamente sus indagaciones habían estado dirigidas hacia la política y la economía.

Así, había sabido que se trataba de una pequeña isla situada en la zona oriental del Mediterráneo, con una única ciudad que llevaba su mismo nombre. En tiempos, fue el enclave seguro del abuelo del actual *Bey*, conocido pirata, y había prosperado con los años como lugar de paso para naves comerciales, aunque se sospechaba que la base principal de su riqueza continuaba siendo la piratería. Como ciudad estado árabe, seguía las estrictas enseñanzas del Corán, fundamento de la religión musulmana y suponía que, por lo tanto, las mujeres no debían estar demasiado valoradas, a no ser que cumplieran el abnegado y estricto papel de esposa y madre dictado desde arriba. Además, no debía olvidarlo, en *Kaifar* estaba legalmente admitida la esclavitud.

Era muy posible que, si iba, tuviera que presenciar miles de situaciones desagradables; pero, recordó con desaliento, no era algo que estuviera en sus manos decidir.

—Le agradezco de verdad su preocupación por mi bienestar, pero no es necesaria, Su Gracia —declaró, usando el tratamiento adecuado para un duque, si no recordaba mal. No la corrigió, así que debía serlo. Alzó el rostro para mirarlo directamente a la cara. En sus recuerdos, era un auténtico gigante y la memoria no había mentido. Sin duda superaba el metro noventa. Ella era alta para la media femenina, llegaba al metro setenta, pero se sentía diminuta a su lado—. Siempre he cuidado de mí misma y no me ha ido tan mal.

—Sin embargo, en esta ocasión, soy yo quien decide —replicó él, con una arrogancia que la hizo rechinar los dientes. Incluso se permitió obsequiarla con una sonrisa insultante—. Y ya le he dicho que usted no viene con nosotros. Dígame qué parte del equipaje debe permanecer aquí, o si le hará falta algo que ya hayan subido, para que lo vuelvan a desembarcar. Enseguida llegará su coche.

Ana contuvo las ganas de golpearle con la sombrilla. No era solo que su actitud déspota la sacara de sus casillas; era, sobre todo, que aquel imprevisto podía echar por tierra todos sus planes. Tenía que ir a *Kaifar*, a toda costa, tenía que conseguir información sobre una reunión que iba a tener lugar allí, o las cosas podían ponerse muy feas. Castro era un hombre de pésimo temperamento y estaba muy interesado en aquella misión, pero estaba claro que no podía empujar a Arlington a un lado y subir al barco por la fuerza. No, tenía que convencerle de que, o la llevaba a ella, o su propia misión habría fracasado. Pensó rápidamente. Solo se le ocurrió una forma, una manera, y decidió arriesgarse. Al fin y al cabo, si el *Bey* había enviado su barco personal y a su primo, era porque estaba muy interesado en conseguir aquel retrato.

—Muy bien —dijo, con resolución—. Por favor, encárguese de que desembarquen todos los bultos que hayan subido a bordo, y haga el favor de presentar nuestras disculpas al *Bey* cuando lo vea. Mi padre y yo nos quedamos.

Arlington frunció el ceño.

—Eso no es posible, de ninguna manera, señorita Cruz-Ortega. Su padre se ha comprometido con el *Bey*. Tiene que ir.

—Mi padre es un hombre mayor, y está enfermo, su Gracia —replicó Ana, ajustándose cuidadosamente los guantes. No era necesario, pero eso le permitió no tener que mirarlo a los ojos—. Verá, yo me ocupo de su bienestar, de que tome las medicinas adecuadas, de que coma y descanse, y de que tenga todo lo que necesita. Mi presencia a su lado, no es algo negociable. Siempre voy con él, a todas partes. Punto.

—Eso la honra como hija. —Arlington se incorporó en toda su estatura, y puso los brazos en jarras—. Pero, insisto, esta vez tendrá que hacer una excepción por su propio bien. ¿Es que no se da cuenta? Su presencia, solo ocasionaría problemas para todos, pero, sobre todo, para usted misma. Creo que debería tener muy claras las costumbres en *Kaifar* y recapacitar sobre las consecuencias que tendrían en su... comportamiento y forma de vida occidental. Por ejemplo, el hecho, absolutamente necesario, de que una vez allí se vería obligada a cubrir su hermoso rostro con un velo.

—¿A cubrir...? —Ana ignoró el resto del comentario, demasiado sorprendida como para sentirse halagada—. ¿Por qué debería hacer eso?

—Porque ninguna mujer decente en *Kaifar* muestra su rostro en público, señorita Cruz-Ortega. Solo a su marido.

La última observación fue pronunciada con un tono extraño. Le hubiera gustado poder atribuirlo a alguna clase de interés personal. *No seas ridícula*. Para disimular su inseguridad, se encogió alegremente de hombros.

—Bueno, eso rige para las mujeres decentes de *Kaifar* y yo no pienso quedarme allí a vivir, precisamente. Solo estaré de paso. Siempre procuro respetar las costumbres de los lugares que visito, por muy lamentables que me parezcan, pero exijo el mismo respeto. ¿Y bien? —preguntó, al

ver que él se limitaba a mirarla con expresión hosca—. ¿Va a ordenar que desembarquen nuestro equipaje?

—No. —Arlington hizo una mueca—. No pienso hacerlo, demonios. ¿Dónde está su padre? Discutiré este asunto con él.

—Le deseo suerte. Pero le aseguro que la respuesta final será “*Ana decide*”. —Ana volvió a otear el puerto. Ni rastro de Eugenio Cruz-Ortega por ninguna parte. Buscó alguna excusa que sonara convincente—. Este calor no le sienta bien. Se encontraba un poco... mareado. Quizá haya ido a tomar algo fresco, no sé dónde. Imagino que en alguna taberna cercana. No se preocupe, iré a buscarle.

—¿Está loca? —Arlington la sujetó por un brazo, cuando hizo amago de irse—. Ninguna taberna cercana es lugar para una dama, señorita Cruz-Ortega. Yo iré.

—¿De veras? —Ana rio. Si él supiera a los lugares a los que se había visto obligada a ir a buscar a su padre, desde muy niña, no se mostraría tan protector—. Y, dígame, ¿cómo piensa reconocer a mi padre?

—Le vi una vez, en una fiesta, hace años —replicó él, dejándola pasmada. Y ofendida. Jamás, jamás, se había sentido tan ofendida. De modo que recordaba a su padre, con el que, que Ana supiera, no intercambiaba ni una palabra, y no la recordaba a ella, con la que... Estuvo a punto de echarse a llorar, de pura frustración—. Quédese aquí.

Sin esperar respuesta, empezó a caminar muelle adelante, muy seguro de que ella cumpliría su orden. Ana le miró con ojos entrecerrados. No dudaba de cuáles eran las intenciones de Arlington: hablar a solas con su padre para convencerle de que la dejara en tierra. Aunque sabía que todo intento en ese sentido le resultaría inútil, puesto que su padre hacía ya demasiado tiempo que había renunciado a cualquier derecho a opinar sobre otra cosa que no fuera la calidad de una cosecha, decidió seguirlo. En cuanto lo vio entrar en la taberna que había divisado ella en primer lugar, la más cercana, se dirigió hacia allí lo más rápido que pudo. Estaba llegando a la puerta, cuando él volvió a salir. Al verla, frunció el ceño. *Cómo no*.

—Creí haberle dicho que se quedara junto al equipaje.

—Oh, lo hizo, lo hizo —replicó ella, condescendiente. Apartó de un manotazo la molesta pluma del sombrero, que volvía a pender sobre su nariz—. Lo que no entiendo es de dónde saca la peregrina idea de que estoy obligada a obedecerle.

Arlington compuso una expresión un tanto perpleja.

—¿Son siempre tan desobedientes las mujeres españolas?

—Supongo que como las de cualquier otro lado. ¿O acaso las inglesas cumplen todos sus deseos al pie de la letra?

—Acostumbran a hacerlo, sí.

—Mmm... —No lo dudaba. Sin duda, un hombre como él sería capaz de obtener cualquier cosa de una mujer corriente, sin que importase su nacionalidad, bien lo sabía, para su vergüenza. Pero ella ya no era una mujer corriente. Ella tenía que ir a *Kaifar* y no pensaba permitir que nadie, ni siquiera un Adonis como Arlington, se interpusiera en su camino—. Entonces, no le preguntaré por las de *Kaifar*. Imagino que allí tiene todo un harén para usted solito. Pero, en cuanto a mí, le sugiero que no se canse en darme órdenes, Su Gracia. No estoy bajo su autoridad, ni voy a estarlo nunca.

Arlington sonrió de una forma leve, pero que le transmitió una sensación de peligro.

—¿Me está retando, señorita Cruz-Ortega?

Ana se ruborizó. No había esperado que él lo considerase un desafío. Pero, una vez dicho, no quería retroceder.

—Puede interpretarlo como guste, Su Gracia. Ahora, disculpe. Debo encontrar a mi padre. —Le dio la espalda, súbitamente nerviosa, y se dirigió a la siguiente taberna. Arlington caminó junto a ella, murmurando algo entre dientes, presumiblemente una secuencia de creativas maldiciones poco aptas para oídos femeninos, pero al menos esa vez contuvo sus instintos protectores y no intentó detenerla.

El local estaba prácticamente vacío, a excepción de un tabernero que limpiaba vasos con aspecto aburrido, dos hombres que cuchicheaban en un rincón, y su padre. Nada más asomarse a la puerta, lo vio, sentado a una mesa, prácticamente derrumbado encima, con una botella vacía y un vaso volcado a su lado. Un delgado reguero de vino se deslizaba sobre la madera, hasta precipitarse por su borde hacia el suelo.

Oh, no. Se quedó paralizada, sin fuerzas, incapaz siquiera de respirar. Los días de angustia, las noches de insomnio, en vela, el soportar sus ataques de cólera, sus momentos de depresión, sus amenazas y sus patéticas muestras de arrepentimiento, todo había resultado inútil, totalmente inútil, una vez más. Solo habían recorrido un largo y tortuoso camino que conducía burlescamente al infierno del que habían tratado de huir, un infierno que cada vez estaba más cerca de la Muerte. Ana se llevó una mano al pecho. Si alguna vez había estado al borde del desmayo, era en ese momento.

A su lado, Arlington pareció hacerse cargo de la situación.

—¿Es ése? —preguntó en un susurro. Ella asintió, incapaz de hablar, sintiendo las lágrimas atascadas en la garganta. Si no conseguía recuperar el control, se echaría a llorar, y no podría perdonárselo nunca. Ahora era fuerte, ahora era dura, estaba recubierta de kilómetros y kilómetros de granito que mantenían a salvo su corazón, muy lejos de las miradas de los viejos dragones que habitaban el mundo. Arlington la observó y añadió, usando un tono amable, desconocido hasta entonces—: Está usted muy pálida. ¿Quiere sentarse? ¿Tomar algo? —Ana negó con la cabeza. Lo único que quería era salir de allí, estar en otro sitio, que aquello nunca hubiera ocurrido, que no hubiese vuelto a ocurrir—. Como desee. Entonces, será mejor que lo lleve al barco.

Volvió a asentir. En silencio vio cómo Arlington le daba unas monedas al aburrido tabernero,

cogía a su padre por debajo de un brazo y lo levantaba con bastante facilidad. No era de extrañar. Eugenio Cruz-Ortega era apenas un pálido reflejo del hombre fuerte, corpulento, lleno de vitalidad, de energía, que fue en otra época. Su rostro era una calavera decorada con dos ojos tan brillantes como saltones. Poca carne cubría ya sus huesos, y el traje parecía desmadejado, como si correspondiera a alguien mucho más grande.

Todo aquello formaba parte de su estrategia, de su truco de magia para desaparecer. Nunca se había sentido cómodo en el mundo, era de esas personas que tienen un sentido innato de la justicia y sienten náuseas al captar la realidad. Durante un tiempo, la felicidad que le procuraban su esposa, María Vega, y su hija Ana, y el amor por su trabajo, habían sido suficientes para mantenerlo cuerdo pero, desde aquel aciago día, cinco años antes, el precario equilibrio se había roto.

Quería desvanecerse, dejar de existir, no ser más. Perderse para siempre en el olvido y huir de sus recuerdos.

De no ser por Ana se alimentaría básicamente de alcohol, la única puerta que había conseguido encontrar para escapar de sus ávidos demonios.

Ana se apartó del umbral, para permitir el paso de Arlington con su triste carga. Él no dijo nada, pero arqueó levemente una ceja, como si se diese cuenta de lo oscuro de sus cavilaciones. Ana lo siguió por el puerto, embarcó tras él, descendió la escalerilla del castillete de popa y observó cómo lo depositaba con cuidado en la cama de un camarote asombrosamente lujoso.

Más recuperada, segura ya de no perder el control, dejó la sombrilla sobre una mesita y se acercó a su padre. Le acarició la mejilla, le aflojó el lazo de la corbata y le quitó las botas. Eugenio roncó pesadamente, sin percatarse de nada.

—Gracias —murmuró, sintiéndolo realmente. Le estaba sumamente agradecida, más que por el hecho de que le hubiera llevado allí, por el de que hubiese mantenido el silencio, dándole la oportunidad de superar el momento de crisis. A su espalda, Arlington cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—No hay de qué. Su padre apenas pesa lo que una pluma.

Ana sonrió con amargura.

—Hace cinco años era el doble de grueso que usted.

—Lo recuerdo. —Y, luego, tras un segundo—. Todo.

—¿Todo? —Se volvió bruscamente hacia él y se estremeció a su pesar. Arlington la miraba con una fijeza que la puso nerviosa.

—Absolutamente todo —recalcó, rotundo.

—Entiendo. —Ana carraspeó. No entendía nada—. Entonces, ¿por qué...?

—Porque supuse tus intenciones desde el primer momento y no quiero que lo utilices para salirte con la tuya, poniéndote sentimental —explicó él antes de que pudiese acabar la pregunta—. ¿No está claro? —Se encogió de hombros—. Además, fue algo que no tuvo ninguna importancia. Espero que estés de acuerdo conmigo en eso.

¿Qué podía contestar? Nada, absolutamente nada. Él no la había olvidado, pero tampoco parecía muy interesado en ella. No sabía qué podía ser peor.

—Completamente. De hecho, tardé unos segundos en reconocerlo. —Más mentiras, pero su orgullo lo exigía. Él no dijo nada. Si aquello lo molestó, se limitó a apretar ligeramente los labios. Ana buscó la manera de terminar con aquella conversación tan incómoda y tan sin sentido—. ¿Puede mostrarme mi camarote, por favor? Me siento tremendamente agotada.

—No tienes camarote —replicó Arlington, inmune a la fría mirada que le lanzó—. Te recuerdo que no te esperaba a bordo. Y también, que te he dicho que no ibas a venir con nosotros. —Observó al inconsciente Eugenio. Daba la impresión de ir a dormir durante toda la travesía—. Y, de hecho, no vas a venir. Vas a quedarte en la mansión que tiene Omar aquí. Quiero que abandones el barco ahora mismo, señorita Cruz-Ortega. Si no lo haces por tu propio pie, daré orden de que te lleven atada de pies y manos, pero vas a ir. Dadas las circunstancias, nada me impide llevarme a tu padre y dejarte a ti en tierra.

—No se atreverá. —Trató de deducir por su expresión que hablaba en broma, pero le resultó imposible sacar nada en claro. Agitó la cabeza y la díscola pluma del sombrero eligió ese momento para volver a pender frente a sus ojos. La apartó de un manotazo, molesta, jurándose no volver a usarlo nunca—. Sería... sería un secuestro, una infamia totalmente impropia de un caballero inglés.

—¿Caballero inglés? —Arlington se echó a reír, como si hubiese oído algo realmente divertido—. Oh, lo soy, lo soy,... a medias. Imagino que sacaste esa inocente conclusión de nuestro primer encuentro pero, lamentablemente, la verdad es que nunca me ha parecido divertido, ni siquiera interesante, desvirgar a una niña. —Recalcó las siguientes palabras cuando vio que lo miraba horrorizada, por si intentaba interrumpirlo en una perorata que, claramente, quería terminar —*La verdad*, es que mi padre era inglés, cielo, pero mi madre era la hermana pequeña del *Bey* de *Kaifar*, y fue allí donde me crié. No te olvides jamás de ese detalle, preciosa. —Sus pupilas reptaron lentamente por el cuerpo de Ana, como si estuviera especulando sobre el precio de una esclava—. No cometes ese error.

Ana tardó mucho tiempo en reaccionar. ¿Siempre iba a cometer tantos errores calibrando a los hombres? Antonio le había roto el corazón, pero lo que sentía en esos momentos, convertía aquel lejano suceso en un ridículo capricho infantil. ¿Cómo podía ser tan tonta? Había suspirado durante años por Arlington, lo había idolatrado, idealizado, y hasta había rezado estúpidamente, pidiendo volver a verle.

Y allí estaba, su deseo se había cumplido, pero, como solía ocurrir con esas cosas, el resultado no era, ni de lejos, el que se daba en sus sueños. Le había encontrado solo para descubrir que era un canalla. Pero si pensaba que, además de pisotear de semejante modo sus esperanzas, iba a imponerle su voluntad en aquel tema, estaba muy equivocado.

—Pues yo soy española, señor mío, por los cuatro costados. —Empezó a quitarse los guantes. La pluma volvió a balancearse y le dio otro golpe—. También le recomiendo que tome buena nota del detalle.

—Permíteme —dijo él. Alzó las manos, cogió con una la pluma mientras con la otra sujetaba el resto del sombrero, y la arrancó de raíz. Ana lo miró boquiabierta, incapaz de creer que lo hubiera hecho, pese a la evidencia. Arlington le tendía su trofeo con una sonrisa de oreja a oreja—. Ya está. Problema solucionado.

Ana le arrebató la pluma de un manotazo.

—¿Cómo se atreve? ¡Me ha arruinado el sombrero!

—No estoy de acuerdo, aunque supongo que no te importa un comino mi opinión. Te compraré otro, te compraré una docena de esas ridículas acumulaciones de plumas, si tanto te agrada correr el riesgo de quedarte bizca, pero, ahora, compórtate como una buena chica y abandona mi barco.

—Váyase al infierno. —Se quitó el sombrero y comprobó su estado. Lo cierto era que no se echaba de menos la maldita pluma. Eso, aumentó su disgusto. Lo arrojó sobre la mesita en la que estaba su sombrilla y se cruzó de brazos, tratando de parecer más segura de lo que se sentía—. Nada ni nadie me sacará de aquí.

Arlington señaló hacia la puerta con un dedo.

—Abandona mi barco, ahora mismo, Ana, o te bajaré por la fuerza. Te lo advierto por última vez.

—Si lo intenta, le arrancaré los ojos —replicó ella, temblando de indignación.

No pudo evitar un grito, al ver que Arlington avanzaba, la cogía por un brazo e intentaba cargársela al hombro. Ana forcejeó y casi logró escabullirse, pero él era muy fuerte. Consiguió retenerla y, tomándola por los hombros, la zarandeó tratando de aturdirla, con tanta fuerza que terminó por deshacerle el moño. Ana alzó una mano y le cruzó el rostro de una sonora bofetada. No había sido su intención, pero tres trazos rojos quedaron marcados allí donde sus uñas le arañaron.

La expresión de Arlington se llenó de sorpresa. La empujó hacia atrás, haciéndola chocar de espaldas contra la pared, y se llevó una mano a la mejilla. Al ver sus dedos manchados de sangre, sus ojos adquirieron un aire tormentoso y volvieron a clavarse en ella. Ana respiró agitadamente, mientras él deslizaba la mirada por su cuerpo, deteniéndose brevemente en su pecho, que subía y bajaba sin control. Arlington apretó los puños. Segura de que iba a golpearla, Ana se aprestó a defenderse; pero Arlington no hizo ningún movimiento amenazador. Solo siguió mirándola durante un tiempo que le resultó interminable.

—De acuerdo, Ana. Tú lo has querido —dijo, finalmente, rompiendo el pesado silencio que se había adueñado del camarote—. Bienvenida a bordo.

Aquello sonó como una terrible amenaza, pero Ana no se atrevió a preguntar nada, y él optó por irse.

Salió del camarote dando violento portazo.

Capítulo 1

Algún lugar del Mediterráneo, marzo de 1875

1

Durante la primera semana de viaje, Richard procuró mantenerse apartado de Ana Cruz-Ortega.

No fue algo fácil. Le hubiera gustado albergarla en uno de los camarotes de popa, pero se arrepintió a tiempo, pues eso la hubiera dejado librada a una posible incursión por parte de alguno de los marineros y al final hubiese tenido que azotarlo y lanzarlo al mar; de modo que optó por asignarle uno junto al de su padre, a dos puertas de distancia del suyo propio, situado al final del mismo pasillo. Eso, había propiciado que en dos ocasiones se cruzasen, pero por suerte ambas veces su doncella había estado presente y habían superado el aprieto con un leve saludo, apenas murmurado.

Dio órdenes para que las mujeres solo pudieran salir a cubierta durante una hora, justo antes de anochecer, de modo que no se produjeran conflictos con la tripulación, y procuraba vigilarlas desde la distancia, situado en lo alto del castillete de popa. Estaba seguro de que Ana sabía que se encontraba allí, pero no le miraba nunca y, eso, no podía negarlo, acentuaba su irritación.

No estaba seguro de entender correctamente el cúmulo de sensaciones que le producía aquella mujer. Sin duda, se sentía atraído por ella, algo que encontraba tremendamente molesto. No podía negar que Ana era muy hermosa. Le fascinaban su cabello azabache y esos ojos sorprendentemente azules, sombreados por largas pestañas. Y la pequeña y recta nariz, la boca de labios gruesos y rosados, sus marcados pómulos...

Cuando la veía pasear por cubierta apenas podía apartar la vista de su esbelto talle, incapaz de dejar de admirar la gracia de sus movimientos. Como había vaticinado él mismo años antes, Ana Cruz-Ortega se había convertido en una auténtica belleza, incapaz de pasar desapercibida en ninguna parte. Sin embargo, Richard se conocía lo suficiente como para saber que eso no era todo, ni mucho menos. A lo largo de su azarosa vida, había tenido infinidad de mujeres, algunas incluso más hermosas que ella, y había podido permanecer indiferente a su atractivo.

No, era algo distinto, su modo de ser, quizá, lo que le fascinaba de ella. Tenía grabado a fuego el momento en el que se humedeció sugestivamente los labios con la lengua, en aquella lejana fiesta, y la fiereza que expresaban sus ojos cuando se enfrentaron en el camarote. Tenía miedo, estaba realmente asustada, pero no pensaba rendirse.

Pequeña majadera. No sospechaba lo cerca que había estado de ser violada, allí mismo, contra la pared del camarote, con su padre presente como convidado de piedra. La escena se recreó en su mente; Ana, jadeando, suspirando, pidiendo que la penetrara más rápido, más profundamente, con las faldas levantadas hasta la cintura, las largas piernas enroscadas en sus caderas, el corpiño desatado, mostrando sus pechos, dos pálidos y suaves montículos cuyas formas no le costó en absoluto

recordar porque jamás los había olvidado.

Richard ahogó un gemido, aferrándose a la barandilla con dedos tensos. La sangre le ardía en las venas y una dolorosa erección oprimió sus pantalones.

Ciertamente, la deseaba más incluso que cuando la conoció, no podía negarlo. Aquel era un inconveniente con el que no había contado, y que le estaba volviendo loco. Una y otra vez, las preguntas se arremolinaban en su cabeza, dando vueltas sin sentido, y sin aparente respuesta. ¿Qué demonios iba a ser de ella, cuando Cruz-Ortega estuviera muerto? ¿Qué haría él, que era, al fin y al cabo, el que debía decidir su destino? ¿Tomarla para sí, tal y como le dictaba su instinto? ¿Dejarla marchar, según le indicaba su lado civilizado? No, no podía dejarla marchar, eso estaba fuera de toda cuestión, si quería llevar adelante su plan. Y quería, lo quería más de lo que la deseaba a ella. Lo quería por Charlie, y por lady Arlington, y por sí mismo, que se sentía tan desolado que a veces pensaba que iba a parársele el corazón, que no podría seguir respirando, que moriría de pena por todo lo que había perdido por culpa de aquellos canallas. No, no había alternativa posible, ni siquiera por consideración a los inocentes involucrados.

Todavía no se había dado cuenta, pero, subiendo al barco, Ana acababa de iniciar una condena, quizá perpetua.

Eso, si no se terminaba decidiendo que también estaría mejor muerta...

No, eso no iba a permitirlo. Cruz-Ortega podía estar complicado en el asesinato de Charlie, pero no ella. Habría algún modo de mantenerla con vida.

Ignorante de su escrutinio, Ana se movía junto a la borda, señalándole a su doncella el grupo de delfines que acompañaban el barco. El aire azotaba los brillantes rizos de su pelo y le daba un tono rosáceo a sus mejillas.

Quizá, dado lo hermosa que es, Omar quiera incluirla en su harén.

Nada más formular el pensamiento, Richard sintió una sensación pesada y oscura que le llenó por completo. ¿Celos? ¿Frustración? ¿Estaba realmente interesado en aquella mujer? ¿Hasta qué punto? Debía ser algo serio, de otro modo, no la hubiera recordado en el tiempo ni, mucho menos, la hubiese traído consigo, ya era hora de reconocerlo. La furia fue solo un ingrediente más, no tan definitivo como el súbito deseo que le embargó cuando luchó furiosamente contra él, y que acabó de decidir su destino. De otra forma, la hubiera arrastrado sin contemplaciones fuera del barco, la hubiese depositado en tierra, y se hubiese olvidado totalmente de ella.

Richard se inclinó y apoyó los codos en la barandilla. Ana había sacado algo de comida de un bolsillo de su vestido, probablemente galletas hurtadas de las bandejas que les llevaban a su camarote, donde las mujeres se veían obligadas a comer, y estaba lanzando trocitos al mar, intentando atraer a los delfines. Consideró la posibilidad de aprovechar la ocasión para echarle una diatriba acerca de lo adecuado del aprovechamiento de los alimentos en un barco, pero decidió dejarlo pasar. El asunto, en un velero bien abastecido como era el FURIA DE PROFETA, carecía por completo de importancia y no tenía especiales ganas de discutir con ella, al menos de momento.

Cuando supiera lo que la esperaba, iba a ponerse realmente intratable.

Alzó una mano y acarició pensativo lo que quedaba de las tres pequeñas postillas con las que le había marcado. Domar aquella fiera resultaba una tentación demasiado grande. Lástima que, estaba seguro, su lado inglés le estropearía prácticamente toda la diversión, si llegaba a atreverse a intentarlo.

—¿Capitán?

Abdul sabía moverse con el sigilo de un gato fantasma, pero él ya estaba acostumbrado, así que no se sobresaltó. Ni siquiera cambió de postura, ni se volvió hacia él. Siguió con los ojos fijos en Ana, aunque captó el movimiento de los ropajes multicolor del hombre a su lado, azotados por el viento.

—¿Sí, Abdul?

El segundo de a bordo le indicó con un gesto las nubes grises que se arremolinaban en el horizonte, muy bajas, avanzando hacia ellos a toda velocidad.

—La tormenta caerá sobre nosotros antes de lo esperado, señor. Yo diría que en una hora, dos como mucho.

—Lo sé. —Había estado preocupado por ello a lo largo de la tarde, desde que cambió el viento y trajo el olor húmedo del temporal. Se recriminó haberlo olvidado por completo en el momento en el que Ana subió a cubierta. No era propio de él cometer esa clase de errores—. Va a ser una noche tremendamente movida. —Se lo pensó unos momentos—. ¿Y las fragatas?

Desde el primer día de navegación, se habían percatado de que les estaban siguiendo. Hubiera querido hablar de eso con el pintor, pero, dado que estaba fuera de combate, ni merecía la pena intentarlo. Se preguntó si Ana sabría algo al respecto; rechazó la posibilidad, por absurda. Aquellos barcos le inquietaban, pero de una forma secundaria. Como no habían intentado acercarse en ningún momento, supuso que tenían simplemente la misión de rondar a Cruz-Ortega y servir de enlace para la entrega del cuadro, llegado el momento. En *Kaifar* no podían contar con un correo cualquiera.

—Mantienen las distancias, señor.

—Bien. También ellas van a ser zarandeadas a conciencia. No me gusta nada el aspecto de esas nubes.

—A mí tampoco —asintió Abdul, mirándolas con expresión supersticiosa. Richard rio entre dientes.

—Es solo una tormenta, Abdul. Aunque más vale que nos encuentre debidamente preparados. Arríen ya las velas, vamos a esperarla aquí mismo. Ocúpese de la maniobra. —Sus ojos volvieron a las dos mujeres que reían—. Informe también a los pasajeros de que se retiren a sus camarotes y permanezcan allí hasta nueva orden.

—Bien, señor.

Richard observó como los hombres comenzaban las tareas, obedientes al coro de voces iniciado por su segundo. Abdul se dirigió hacia las dos muchachas, les dijo algo con el aire tenso que adoptaba siempre que debía hablar educadamente con una mujer sin velo, y ellas asintieron; pero, en cuanto se marchó de su lado, siguieron contemplando el paisaje y charlando, como si nada. Aquello fue la gota que colmó el vaso. Richard se incorporó, dando una fuerte palmada en la barandilla, bajó la escalinata del castillete y recorrió la distancia que les separaba a grandes zancadas.

—Me parece que mi segundo les ha dado unas indicaciones, señoras —dijo, con voz firme, que no delató su irritación, o al menos eso le pareció—. Es de esperar que las cumplan de inmediato.

Acodada en la borda, Ana le miró despectivamente por el rabillo del ojo y volvió a centrarse en el horizonte.

—Quedan unos minutos de luz, Su Gracia. Luego, nos iremos.

Richard contuvo la respiración. No estaba acostumbrado a soportar semejante comportamiento de una mujer y, menos, en un barco del que hubiera asumido el mando. Se volvió hacia la doncella.

—A su camarote. Ahora mismo. —La muchacha miró a su señora, indecisa. Ella asintió. Cuando se quedaron solos, Richard apoyó una mano en la borda—. Y, ahora, escúchame bien, Ana. Tú te empeñaste en venir, te empeñaste y, eso, curiosamente, te ha puesto bajo mi autoridad, algo que, según recuerdo, no creías que llegara a ocurrir. Aquí soy el capitán y mi palabra es ley. Vas a bajar a tu camarote ahora mismo, y no saldrás de allí, *no saldrás* —remarcó cada sílaba, para grabarlas en su terca cabeza— hasta que *yo* te diga que puedes hacerlo, o me encargaré personalmente de tenerte encerrada bajo llave hasta que lleguemos a puerto. ¿Está claro?

Los hombros de Ana temblaron ligeramente, no de frío, ni de miedo, sino de pura indignación. Se volvió hacia él y le miró con la misma expresión que si estuviera viendo un insecto molesto y especialmente repugnante.

—¿Disfruta dando órdenes, verdad? —le preguntó con insolencia. Richard cruzó las manos a la espalda, para que no le viera apretar los puños.

—No puedo negarlo.

Ella asintió.

—Es usted un imbécil.

El insulto flotó como una losa entre los dos. Incapaz de creer que lo hubiera oído, Richard no reaccionó. Ana dio media vuelta y desapareció por la puerta que conducía a los camarotes.

Ana despertó bruscamente al chocar contra el suelo. El barco había dado un bandazo, y había

salido disparada de su catre, rodando hasta el otro extremo del camarote.

Dolorida, se puso en pie, sintiéndose empapada. Había agua en el suelo, no demasiada, pero sí la suficiente como para resultar alarmante. No vio a Regina por ninguna parte y, antes de que le diese tiempo a llamarla, un agudo ulular estremeció el angosto ventanuco, por cuyas junturas se deslizaban auténticos riachuelos de espuma marina. La tormenta debía encontrarse en pleno apogeo.

Oh, Dios mío. ¿Se estaban yendo a pique? Desde luego, lo parecía. El barco dio otra sacudida, esta vez lanzándola violentamente contra el catre, como si hubiese cambiado de idea y quisiera invitarla a seguir durmiendo. Ana declinó la oferta; tropezando, salió al pasillo, agarrándose a las paredes. Solo permanecía encendido uno de los diminutos fanales, creando un ambiente sobrecogedor, fantasmagórico. Las puertas de los camarotes se abrían y cerraban continuamente, uniendo sus estrepitosos golpes al potente bramido de la tormenta. Ana corrió hacia la de su padre tan rápido como pudo. La cama estaba vacía.

—¡Papá! —gritó. No hubo respuesta.

Ay, maldición. Entonces, vio que Regina estaba allí, sentada en una esquina, en el suelo, abrazándose las rodillas con expresión desencajada. No se sorprendió. Si a algo le tenía más miedo que a las avispas, un miedo absoluto, rayano con el puro terror, era al agua, puesto que no sabía nadar. Ana captó un tufo acre, desagradable, allí dentro.

—Señorita Ana, vine... vine a ver cómo se encontraba, pero no estaba.

—¿Estás bien? —La doncella negó con la cabeza, se convulsionó y se inclinó a un lado, vomitando aparatosamente en la bacinilla, aunque con tanto movimiento el contenido se salió casi de inmediato. Aquella era la causa del mal olor. Pobre Regina—. Quédate ahí. No te muevas.

Cerró la puerta y se dirigió hacia la escalerilla que subía a cubierta. Se encontraba a la mitad cuando otro bandazo lo movió todo de sitio. Ana cayó de espaldas; de la puerta abierta llegó el estruendo del mar embravecido y una tonelada de agua helada que la empapó de pies a cabeza, y la impulsó hacia atrás, hasta golpear con la pared. Ana se frotó la nuca, aturdida, pero no llegó a perder el sentido. Peleando contra el balanceo continuo, volvió a ponerse en pie y esta vez sí que consiguió subir a cubierta.

Por todas partes corrían figuras oscuras con brillantes toques de color; se oían gritos, surgían objetos descontrolados que chocaban con violencia entre ellos o contra algo, o caían por la borda, para perderse en la espumosa oscuridad. Alguien lanzó un alarido que le heló la sangre en las venas. Llovía intensamente y, cada poco tiempo, el cielo se iluminaba fieramente por un poderoso relámpago.

Ana avanzó dando tumbos en aquel suelo empañado continuamente en escapar al contacto de sus pies, buscando enloquecida, tratando de ver a través de la oscuridad y de la gruesa cortina de agua.

Una mano la agarró con fuerza por el brazo y la obligó a girar violentamente.

—¿Se puede saber qué demonios estás haciendo aquí? —le gritó Arlington, furioso, por encima del bramido continuo de la tormenta. Estaba completamente empapado y caían chorros de agua por su rostro. La estaba haciendo daño, con aquellos dedos aferrados brutalmente, aunque seguro que no se daba cuenta—. ¡Loca, tonta! ¿Es que quieres terminar en el fondo del mar?

—¡Mi padre! —replicó ella, demasiado aterrada como para sentirse ofendida. Arlington frunció el ceño. No había podido entenderla, quizá ni siquiera oírla. Le cogió por la camisa con desesperación y gritó más alto—. ¡No encuentro a mi padre! ¡Por favor, ayúdeme!

—¿Qué demonios...? —Arlington apretó los labios y la arrastró dando tumbos de vuelta hasta el pasillo de los camarotes. Bajó con ella, abrió la puerta del de su padre y observó el interior. No miró dos veces a la pobre Regina. Volvió a cerrar—. Oh, diantre, lo que me faltaba. ¿Dónde puede haberse metido?

—No sé... —respondió Ana con esfuerzo. Le castañeteaban los dientes—. No sé...

Arlington la contempló de pies a cabeza, con ojos repentinamente hambrientos. Ana siguió el gesto y se dio cuenta de que el camisón empapado se pegaba a su figura y no ocultaba nada de su cuerpo. Avergonzada, cogió la tela con ambas manos y trató de cubrirse lo mejor posible. Arlington carraspeó.

—Vuelve a tu camarote —dijo con voz densa. Alzó una mano y le retiró un rizo que se había quedado pegado en su mejilla. El gesto mostró una sorprendente ternura—. La tormenta está amainando, no te preocupes, el barco aguantará. —¿Sería eso cierto? No lo parecía, aunque ciertamente ella sabía poco de tormentas en alta mar—. Buscaré a tu padre. En cuanto lo encuentre, te lo haré saber.

—No, yo quiero...

—Tú vas a hacer lo que te digo —la cortó, algo impaciente—. No puedo estar preocupado por lo que pueda ocurrirte y sacar este barco adelante. Por una vez, haznos a ambos un favor y obedece sin rechistar.

Ana asintió. Volvió al camarote y cerró la puerta, sin despedirse, ni darle las gracias, ni volver a mirarle. Se sentó en la cama, sintiéndose muy miserable. ¿Podía su padre haber cometido una locura? Esperaba que no. Ya llevaba varios días sobrio, no creía que lo dominasen sus impulsos suicidas, aunque no estaba muy segura respecto a sus alucinaciones. Quizá se había visto acosado por una multitud de ratas, como la última vez, y en esta ocasión había saltado por la borda para huir de ellas. O quizá simplemente había subido a cubierta, aturdido, y había sido arrastrado por una ola, o arrojado al mar por uno de los bandazos del barco.

¿Y si había sido él quien había lanzado aquel alarido tan terrorífico...? La idea la llenó de miedo. Se abrazó, intentando entrar en calor. Estaba temblando y se sentía enferma. Lentamente, se quitó el camisón y se arropó con una manta que encontró un poco seca en uno de los baúles. No supo cuánto tiempo estuvo mirando al frente, al suelo y, luego, cuánto durmió.

Una ligera llamada a la puerta, muy leve, la despertó bruscamente.

—¿Sí? —preguntó, incorporándose. Estaba tumbada en la cama, cubierta con dos mantas. Agitó la cabeza, tratando de despejarse. Recordó la tormenta. Debía haber pasado, porque el barco se mecía normalmente.

—Soy Regina, señorita Ana. —La doncella entró, con una bandeja—. No me atrevía a molestarla, por si seguía durmiendo.

—No, tranquila, adelante. —Regina estaba vestida y, tras ella, se veía la luz del día, inundando con fuerza el pasillo. Debía ser bastante tarde—. ¿Qué hora es?

—Casi mediodía —contestó Regina, dejando el desayuno sobre la mesa—. Pensé que le vendría bien dormir.

Ana pegó un brinco. Acababa de recordar todo lo sucedido la noche anterior. Se puso bruscamente en pie.

—¿Y mi padre? ¿Dónde está?

Regina alzó una mano, tranquilizándola.

—Acostado en su camarote, señorita. Durmiendo como un bebé, no se preocupe. El capitán me ha pedido que le diga que vino a informarla, pero que estaba usted completamente dormida y no quiso despertarla. —Señaló las dos mantas. Ana se ruborizó, preguntándose si aquel hombre odioso la habría visto desnuda—. La tapó con otra manta y se fue. Quería decirle que lo encontró en la cocina. —Empezó a rebuscar entre la ropa de Ana. Eligió un vestido color melocotón, cuya abertura de la falda dejaba ver unas enaguas llenas de volantes. Lo extendió, asegurándose de que estuviera bien seco, y buscó unas medias de hilo—. Al parecer, había ido allí buscando algo que beber. Estaba borracho.

—Borracho... —repitió Ana, desolada.

—Vamos, señorita, no se preocupe. —Regina sonrió débilmente, tratando de confortarla—. El señor es más fuerte de lo que piensa. Tarde o temprano, conseguirá dejarlo, ya lo verá, es solo cuestión de tiempo. Terminará llegando a un acuerdo consigo mismo. —Ante semejantes palabras, tan certeras, Ana no supo qué decir. Regina le señaló la bandeja—. Ahora, tómese el desayuno, y relájese —añadió, reasumiendo su aire práctico. Ana vio con sorpresa que sacaba también de un baúl un vestido de rico terciopelo rojo, de noche, que solo había usado en contadas ocasiones—. Voy a prepararle un baño, a planchar esto, y pasaremos la tarde ocupándonos de su pelo. Esta noche, está usted invitada a cenar con el capitán.

—¿Cómo? —Estuvo a punto de dejar caer la taza de chocolate que acababa de levantar con dos dedos—. ¿Qué has dicho?

—Que el capitán me ha pedido que le transmita su deseo de que esta noche cene con él —repitió Regina, sin percatarse de su desconcierto. Frunció el ceño, al comprobar que el lazo de uno de los

escarpines que iban a juego con el vestido rojo estaba a punto de soltarse, y buscó el estuche de costura—. Su padre también está invitado, aunque no sé si se encontrará en condiciones, para entonces. Intentaré despejarlo con una tisana pero, la verdad, no creo que consiga nada. En realidad, creo que lo mejor sería dejarle dormir.

Ana gruñó por lo bajo. ¿Qué podía estar tramando Arlington? Nada bueno, seguro. Bien, pues no pensaba darle la satisfacción de pensar que había pasado horas arreglándose tontamente para él. Era lo que le faltaba a su inflado ego.

—Ve y dile que le agradezco el detalle, pero que declino su invitación. Invéntate cualquier cosa. Cenar a solas será bueno para su espíritu.

Regina apartó los ojos del lazo y la miró sorprendida.

—No lo dirá en serio.

—Totalmente.

—Bueno, pues me da igual. No tengo la más mínima intención de hacerle caso —replicó su doncella, con la firmeza de una institutriz. Ana sabía por experiencia que cuando Regina adoptaba aquella actitud, era mejor hacerla caso. Por lo general, solo se mostraba firme cuando estaba absolutamente segura de algo y no solía equivocarse—. Reconózcalo, tiene usted tanta curiosidad como yo, así que va a prepararse, va a ir a esa cena, y va a escuchar lo que el capitán tiene en mente.

—Ah, pero, ¿es que tiene algo? —preguntó Ana, irónica. Regina agitó la cabeza y le dio la espalda.

—No lo dude.

3

Richard se sentía bastante satisfecho de sí mismo, y no era para menos. Ana no solo había aceptado la invitación a cenar, algo con lo que no contaba en firme, sino que, además, se había arreglado convenientemente para la ocasión.

Le gustaba mucho el vestido elegido, él mismo no hubiera podido escoger uno mejor de haberse dado la circunstancia; tenía un corpiño plisado en forma de abanico, de escote muy bajo, provocativo, y dejaba sus bonitos hombros al descubierto. El intenso color del terciopelo contrastaba con su piel, levemente tostada por el sol, y con su pelo oscuro, recogido en lo alto de la cabeza con una pequeña peineta española de nácar de la que caía una cascada de tirabuzones.

Estaba hermosa.

Acudió sola al comedor del capitán, un pequeño anexo a su camarote, dado que su padre no se había recuperado todavía de la borrachera. Richard no quiso mencionar el hecho de que Cruz-Ortega

había tenido el dudoso acierto de beberse una botella de vino que tenía reservada para regalarle a su primo, quien, en cuanto a un excelente tinto, hacía siempre concesiones religiosas. Hurgar en la herida carecía de sentido, por no hablar de que, con la tormenta, probablemente el vino se hubiera estropeado de todos modos. Además, necesitaba tener a Ana bien predispuesta, si es que quería convencerla de aceptar sus condiciones. Para ello, mientras los dos criados árabes les servían, se dedicó a contarle divertidas anécdotas de su infancia en *Kaifar*. Consiguió hacerla reír y, así, descubrió que verla feliz le hacía sentir a él mucho mejor. Un dato preocupante sobre el que decidió meditar más tarde, a solas.

—En fin, podrás ver ese árbol por ti misma muy pronto —dijo, concluyendo la vieja historia en la que Omar y él, con siete años recién cumplidos, se retaron mutuamente a subirse a la palmera más alta de palacio y luego no se atrevían a bajar. Se pasaron allí varias horas. Incluso llegaron a imaginar que tendrían que quedarse para siempre, alimentándose de dátiles. El *Bey* hizo que los bajaran poco después de anochecer, tras darles el tiempo suficiente para que meditaran sobre lo absurdo de iniciar un desafío que les llevara a un punto del que no supieran salir por sus propios medios. A la mañana siguiente, Omar y él volvieron a subir al árbol y también la siguiente, y la siguiente, hasta que, un día, lograron bajar sin ayuda—. Te lo mostraré, si quieres.

—Por supuesto. —Le dirigió una sonrisa encantadora, que provocó una convulsión en el interior de Richard. Trató de disimularla concentrándose en la tarta. Si aquella mujer llegaba a descubrir algún día el poder que tenía sobre él, podía volverse peligrosa—. ¿Cuándo llegaremos a *Kaifar*?

—Depende de los vientos. Calculo que en una semana.

—Oh, estupendo.

La conversación llegó a un punto muerto, porque él no quería seguir contando historias del pasado y ella se negaba a mencionar nada que tuviera dos días de antigüedad. Richard se reclinó cómodamente en la silla, buscando algo que decir, algo que lo acercase sutilmente al planteamiento de su propuesta.

—¿Qué vas a hacer, una vez estés allí, Ana? Me refiero a si sabrás adaptarte a la vida en el harén.

—¿Harén? —Ana abrió desmesuradamente los ojos. Si él se hubiese puesto cabeza abajo, no se hubiera mostrado tan sorprendida—. ¿Pero qué dice? Yo no voy a meterme en ningún harén.

—En palacio, tendrás que alojarte allí. Es el lugar de las mujeres.

—Entonces, no me alojaré en palacio. Puedo buscar alguna casa de huéspedes. Lo preferiría, de hecho.

—Ja. No te lo aconsejo. En *Kaifar* no hay casas de huéspedes propiamente dichas, solo tabernas y posadas para viajeros de paso, todos hombres. También hay mujeres, por supuesto, pero forman parte del mobiliario disponible —añadió, con intencionada brutalidad—. Si te metes allí sola sufrirías... digamos, muchas molestias.

Ana se ruborizó.

—Tengo una pistola, señor. Y sé disparar muy bien.

—Genial. —Richard hizo una mueca, imaginándola defendiendo a tiros su virtud en un lupanar de *Kaifar*. Lo que le faltaba—. Pero, si se te ocurre matar a un hombre, ten en cuenta que te ejecutarán al momento, sin necesidad de juicio previo, y lanzarán tu cadáver a los perros. Eres una mujer. Para esa gente, tienes menos valor que un camello. —Se encogió de hombros—. Compréndelo, hay muy pocos, en la isla.

—¿Cómo... cómo puede decir esas cosas? —balbuceó ella, entre enfadada y atónita.

—Porque son la verdad. La escala de valores en *Kaifar* es muy distinta a la que tú estás acostumbrada. Intenté decírtelo. Eso sí, no la comparto —añadió, gentilmente—. Para mí, tienes más valor que un camello.

Ella giró los ojos dentro de sus órbitas y miró al techo, como si esperara un poco de inspiración divina en forma de paciencia.

—Es un consuelo, supongo.

—Me alegro. ¿Un poco más de vino? —le preguntó, dando por finalizado el postre. Ana negó con la cabeza.

—No, gracias. Creo que ya he bebido suficiente por hoy. —Richard hizo una señal y los criados les dejaron solos. Se produjo un silencio, bastante tenso, que Richard aprovechó para vaciar su copa de un solo trago. Ana jugó con su servilleta, un poco nerviosa—. Bien, le agradezco la... cena, Su Gracia. Debo reconocer que quizá fui un poco dura con usted. No es tan idiota como pensaba.

Richard se echó a reír.

—Me alegro de que hayas cambiado de idea.

—El mérito es totalmente suyo. —Echó la silla hacia atrás, dispuesta a levantarse—. Ahora, tendrá que disculparme, pero...

—No, por favor. —Richard alzó una mano, mostrándole la palma—. Quédate un momento más, te lo ruego. Tengo algo que decirte.

Ana arqueó ligeramente una ceja.

—Oh. ¿Y es?

Ahora fue Richard quien se puso en pie. Caminó de un lado a otro, pensativo. Llegado el momento, la idea le parecía una locura, y enormemente precipitada dadas las circunstancias, pero el recuerdo de su imagen en aquel lejano jardín, o peleando con él en el camarote, o empapada, con el camisón pegado al cuerpo, o evidentemente desnuda bajo la manta, en el catre, lo animó a continuar. Además,

estaba el hecho de que, con cada kilómetro que recorrían en dirección a *Kaifar*, la situación de Ana se volvía más y más inestable. Si estaba interesado en ella, lo mejor sería clarificar su relación antes de desembarcar en la isla.

Y lo estaba.

—Me gustaría saber si, durante tu... presencia en el mercado matrimonial, recibiste alguna propuesta de tu agrado. —Empezó torpemente—. Vamos, que si hay algún hombre por el que estés realmente interesada de una forma íntima y con el que mantengas una... relación personal, un compromiso, de algún tipo. Supongo que no aceptarías una relación con Ramos, ¿no? —añadió, con repentina sospecha. Como ella no contestó de inmediato Richard se temió lo peor, y no podía imaginar otra cosa que pudiese enojarlo más. ¿Ana, degradándose de ese modo, aceptando ser la amante de aquel ser indigno? ¿Acaso no le había dado su alfiler de diamantes para que no tuviera que recurrir a nadie? Si lo había hecho, por Dios que le daría una lección, y su siguiente frase sonó con un tono teñido de amenaza—. Espero que no fueras tan necia como para rebajarte finalmente a eso.

Una sombra cruzó las pupilas de Ana. Vaciló un segundo, antes de contestar.

—No. No hay nadie. ¿Puedo saber por qué lo pregunta?

—He estado considerando... —No, el tono era demasiado pomposo. Richard maldijo en silencio, se detuvo y se apoyó en la mesa con ambas manos, inclinándose hacia ella—. *Carta Blanca*, maldición. No suelo ofrecerla nunca de salida, pero, en tu caso, estoy dispuesto a hacer una excepción. Eso te supondrá una casa en un barrio elegante, criados, coche con un buen tronco de caballos, una asignación quincenal de la que no tendrás queja alguna y, por supuesto, los acuerdos necesarios para que, cuando llegue el momento, no te arrepientas de haber tomado esta decisión.

Ana parpadeó y la sangre pareció abandonar su rostro.

—¿Cuándo llegue el momento?

—Sí, claro. Cuando tú... o yo, decidamos que nuestra relación ha terminado. Cuando tomemos caminos distintos.

—Entiendo. Cuando se haya cansado de mí.

—No es eso lo que he dicho.

—No me importa lo que haya dicho. No me importa un ardite, Su Gracia. —Tragó saliva, haciendo un evidente esfuerzo por contenerse—. ¿Y, si hay hijos?

Richard afirmó la mandíbula. Desde luego, era una pregunta lógica y Ana no era la primera amante que se la planteaba. No entendía por qué le crispaba tanto escucharla. Hasta se sentía culpable.

—No podría reconocerlos pero, por supuesto, me encargaría financieramente de ellos, siempre. De todas formas, es de esperar que tú te ocupes personalmente de que eso no suceda. Sería algo realmente enojoso.

—Enojoso —repitió Ana.

—Sí, claro. Enojoso. ¿Acaso necesita explicación? No soy tan desalmado y no me gustaría que un hijo mío tuviera que ser tachado de bastardo. Por eso, te ruego que seas especialmente cuidadosa al respecto. De hecho, es algo que me gustaría dejar muy claro en el contrato que firmemos.

—¿Contrato?

Richard la miró irritado. ¿Iba a repetir todo lo que dijera, como un loro?

—Sí, contrato. La experiencia me ha enseñado que, en estos asuntos, es más que aconsejable especificar todas las posibles situaciones desde el principio, con ayuda legal, para evitar futuros problemas. Lo redactarán los abogados de Omar, en cuanto lleguemos a *Kaifar*. Preferiría que lo hicieran los míos, pero imagino que no estarás dispuesta a esperar a que vayamos a Londres.

—No, por supuesto. Abogados —dijo, con expresión reflexiva—. Contratos. Acuerdos. Usted, me da dinero. —Inclinó la cabeza a un lado—. ¿Qué debo aportar yo, Su Gracia?

Richard carraspeó. La frialdad de Ana empezaba a ponerle nervioso. Cualquiera diría que se estaba ofendiendo.

—Tu encanto.

—Qué gentil. Yo diría que mi cuerpo. —Ana entrecerró los ojos, mirándole acusadoramente—. A cambio del libre, y supongo que exclusivo, disfrute de mi cuerpo durante el tiempo que a usted le venga en gana, estaría dispuesto a pagarme muy bien. Claro, imagino que usted no es hombre de fulanas circunstancias. Le va más el llevar colgada del brazo una bonita mujer de cierta clase, para lucirla como algo más de su propiedad. ¿Puedo preguntar cuántas amantes ha tenido, Su Gracia?

Una pregunta difícil. Richard hizo una mueca. Aquello no iba exactamente como había esperado. Cogió su copa y se sirvió un poco más de vino.

—Muchas.

—Eso me imaginé —replicó ella, con desdén—. Desde luego, parece desenvolverse muy bien en estos temas. Seguro que sus abogados estarán acostumbrados a redactar esa clase de contratos. Quizá, incluso, tengan siempre uno dispuesto, en el que yo, o cualquier otra, podría simplemente firmar.

—No, eso no es cierto. No siempre otorgo las mismas condiciones.

—Ya veo. No todas sus queridas han gozado de los mismos privilegios. ¿Les tacañeó el tronco de caballos, quizá? ¿La asignación? ¿O la casa no estaba en un barrio tan elegante? —Su voz estaba teñida de un desprecio al que no estaba acostumbrado. Richard apretó la copa hasta que pensó que, si seguía oprimiéndolo, el cristal saltaría en pedazos. Se obligó a relajarse—. Y no hará mucho, dejó a la última. ¿Me equivoco?

Richard contuvo el aliento. La imagen de Margaret, recriminándole tantas cosas, estuvo a punto de inundar su mente. La apartó, con esfuerzo.

—No, no te equivocas.

—Ya. Bien, Su Gracia, entiendo que está a la caza y captura de un nuevo trozo de carne, pero le ruego que no me confunda con una de sus presas habituales. Además, reducir una oferta, no suele funcionar. Una vez me ofreció una casa en Madrid, otra en Londres, otra en París, otra en Roma...

—Eso fue una tontería para sacarte del apuro. —La interrumpió él, antes de recapacitar en lo que había dicho. ¿Podía ser que su oferta le hubiera resultado inaceptable, en comparación con aquella otra, mucho mejor? Demonios, estaba dispuesto a comprarle todas las casas que fueran necesarias—. Pero si es lo que estás buscando...

—Cállese. Ni se le ocurra. —Sus ojos brillaron, claramente dolidos—. De verdad, no sé qué he podido decir o hacer para hacerle pensar que iba a poder convencerme de semejante cosa, pero me arrepiento, me arrepiento muchísimo, y lo retiro. Y, de paso, le ruego que no vuelva a dirigirme la palabra, nunca.

—¿Por qué? —La miró confuso. En algún momento, había pasado por su mente la posibilidad de que no encontrase su propuesta lo suficientemente atractiva como para aceptarla, que insistiría en una cifra astronómica, pero nunca que se mostrara tan afrentada por oírla. Ya tenía veintitrés años, por Dios, era una solterona, no una virgen inocente a la caza y captura de marido—. ¿Por qué te ofendes? Mi propuesta es más que generosa.

—¿De verdad? Entonces no le molestará que le diga que le deseo de todo corazón que tenga usted una hija a la que algún día le hagan una propuesta idéntica. Quien sabe, según su opinión, si es lista, quizá acepte.

Richard frunció el ceño. De modo que allí estaba el problema. Ana Cruz-Ortega, hija de un don nadie que había destacado en la pintura sin llegar a brillar, se consideraba por encima de las jerarquías sociales. ¿Estaba ciega o simplemente era demasiado ambiciosa como para dejar que semejantes barreras la detuvieran? Solo imaginar la cara de desaprobación que hubiera puesto su abuela, lady Arlington, de haberla escuchado, estuvo a punto de provocarle una carcajada.

—No digas tonterías. Una hija mía, concebida en las condiciones adecuadas, no estará nunca, de ningún modo, en tus mismas circunstancias. Yo soy un par en Inglaterra, y un príncipe en *Kaifar*. Mi hija sería una princesa, alguien muy por encima de una proposición como esta, y lo único que cabría, en todo caso, sería un matrimonio con alguien de su misma categoría. Tú, por el contrario, sin ánimo de molestarte, solo eres una aventurera, sin rango ni linaje, obligada a deambular por el mundo debido a la escasez de buen criterio de tu progenitor. —Al menos, en esto último debían estar de acuerdo, porque Ana no protestó. Durante un momento, su expresión se volvió vulnerable, pero Richard estaba demasiado enfadado, y demasiado frustrado, como para sentir lástima—. Ser mi amante debería suponerte un auténtico honor.

—¿Un honor? ¿Un honor, convertirme en su ramera? —Se puso en pie de un salto, furiosa—. Me

temo, Su Gracia, que ha debido sufrir una insolación mientras disfrutaba dando órdenes en cubierta. O eso o, además de imbécil, es usted un cretino. —Entrecerró los ojos, mirándole con vehemencia—. Puedo no tener un *linaje* —pronunció la palabra como si le diera asco—pero, gracias a eso, tengo la satisfacción de saber a ciencia cierta que mi padre se ha hecho a sí mismo, que era un hombre de valía, que no ha necesitado aplastar a nadie para mantenerme de una forma digna. Usted, por el contrario, proviene de una lamentable serie de piratas, asesinos y bastardos hijos de la gran puta que se encumbraron a base del dolor y la desolación ajenos. Que le aproveche su fortuna, yo no la quiero. —Dio media vuelta para irse, pero él fue más rápido y se interpuso en su camino—. ¡Quítese de en medio!

—No he terminado. Será mejor que recapacites. En poco tiempo, tendrás que valerte por ti misma. —Apretó los dientes, irritado consigo mismo. Había estado a punto de hablar demasiado—. Mi protección te resultaría muy útil. Y mi mal ganada fortuna, también.

Alzó una mano y apoyó un dedo en su hombro. Ana se agitó bajo su contacto, pero no se apartó, así que, envalentonado, Richard apoyó toda la palma, y empezó a acariciarle el cuello. Seguía teniendo la piel muy suave, la sentía palpitar bajo las yemas de los dedos. Se sintió excitado más allá de toda posibilidad de contenerse. Tenía que acostarse con ella, ya, esa misma noche.

—Arlington... —empezó ella, pero la interrumpió.

—Eres una mujer exasperante, Ana. No puedo entender qué me atrae de ti, pero está claro que te deseo. ¿Pretendes acaso que para satisfacer ese impulso me case contigo?

Ana parpadeó.

—No diga tonterías —protestó, pero durante un segundo rehuyó mirarlo de frente. Seguro que era lo que había esperado.

—De ser así, demostrarías ser más ambiciosa de lo que pensaba, y no te recomiendo que tientes tanto tu suerte. No voy a casarme contigo, ni ahora, ni nunca —sentenció con firmeza, para que la idea se le clavase en el cerebro. Cuanto antes lo tuviese claro, mejor para los dos—. El día que decida dar ese paso, llevaré a cabo un matrimonio con alguien conveniente y con el único fin de tener unos hijos que perpetúen mi linaje. Eso no implica, por supuesto, que, llegado el momento, si tú y yo seguimos juntos, y a gusto, tengamos que cortar nuestra relación. —Se inclinó hacia ella, para besarla—. Estoy dispuesto a conservarte a mi lado por siempre, si me complaces.

Ana apartó el rostro, haciendo imposible el beso, y cerró los ojos.

—Si fuera un hombre, le retaría a duelo —consiguió murmurar. Alzó la cabeza y lo miró, llevada por una súbita idea, apartándolo de un manotazo—. ¡Qué demonios, le reto a duelo! —Richard estuvo a punto de echarse a reír, al oírle decir tal cosa, pero la determinación que mostraba lo alarmó. Desde luego, parecía hablar en serio—. Elija las armas, el lugar y la hora. Y mándeme a sus malditos padrinos.

Richard arqueó ligeramente una ceja.

—Perdona que te corrija pero, según las normas, deberías ser tú quien me mandara los tuyos, ya que eres quien ha lanzado el desafío.

—Oh. —Ana pareció algo confusa, pero no menos indignada—. Bien, entonces, le ruego que me preste a uno de sus hombres. Solo puedo contar con Regina, no quiero que mi padre lo sepa, al menos hasta que haya lanzado su cadáver al mar.

Richard suspiró y la miró con las manos en la cintura. A veces, la confianza de aquella mujer le desesperaba.

—Pareces muy segura de que lo conseguirías.

—No lo dude —replicó ella, con su expresión de “*Insecto, voy a pisarte*”—. Soy una excelente tiradora, tanto con pistola como con florete.

—Interesante —musitó Richard. No le gustó nada saberlo. Si era buena, debía ser porque su padre le había enseñado, y si era excelente, estaba claro que Cruz-Ortega podía haber acertado a Charlie en el corazón. Se frotó la barbilla, pensativo. Cada vez había más datos que apuntaban hacia aquel hombre.

—¿Y bien? —preguntó Ana, desconcertada por su silencio—. ¿Va a prestarme a alguien, de padrino?

—No, preciosa —replicó, tomando una decisión. Tenía que bajarle los humos a aquella majadera—. No voy a batirme en duelo con una mujer. Al menos, en público. —Se dirigió al baúl en el que guardaba las armas y sacó dos floretes. Le lanzó uno. Tuvo que reconocer que Ana mostró buenos reflejos, cogiéndolo al vuelo, por la empuñadura—. Si quieres mi sangre, tienes la posibilidad de conseguirla, aquí y ahora.

—No quiero su sangre. —Ana dibujó una equis en el aire, probando el arma—. Solo exijo una reparación de mi honor.

Richard fue el primero en atacar, aunque sin fuerza, tentándola en un par de ocasiones, para probarla. Quería saber si había dicho la verdad, o si todo se debía a una bravata. Para su sorpresa, Ana paró las estocadas con bastante efectividad, e indudable elegancia. Tenía razón, manejaba el florete con destreza. Richard estudió su postura, la forma en que sostenía el arma, la concentración que denotaban sus ojos. Había luchado con hombres mucho menos preparados para el combate.

—¿Puedo preguntarte quién te enseñó esgrima?

—Puede —replicó ella, pasando por sorpresa a un fiero contraataque—. Pero no voy a contestarle.

La lucha fue relativamente breve, aunque menos de lo que Richard hubiera supuesto. Sus dos primeros intentos de desarmarla resultaron infructuosos. Dadas sus aptitudes, en otras circunstancias Ana hubiera sido una adversaria a tener en cuenta, pero el corsé y las voluminosas faldas de su vestido le robaban destreza, y su peso era un inconveniente que en poco tiempo se volvió decisivo.

Respiraba agitadamente cuando por fin Richard hizo un molinete que le arrancó el arma de las manos y la lanzó a un rincón de la sala. Luego, aprovechando el mismo giro, le colocó la punta del florete en la garganta. Ella no dijo nada. Lo miró de frente, sin miedo, negándole su victoria. Richard dejó deslizar la punta sobre su piel, brillante de sudor, apenas rozándola, hasta llegar al canal entre sus pechos, en el borde del escote.

—¿Hay algún premio, para el ganador? —Ana siguió sin hablar, aunque sus pupilas titilaron levemente. Se recogió las faldas, para no pisarlas, y se dirigió hacia la puerta. Richard se apresuró a cortarle otra vez el paso, esta vez con el florete, pinchando en el marco —¿Adónde te crees que vas?

—A mi camarote —respondió Ana, con voz neutra.

—No pensarás que voy a permitirlo.

Ella volvió la cabeza para lanzarle una mirada asesina.

—¿Ha decidido violarme, entonces?

—No, maldición. —Richard palideció. ¿Cómo se atrevía aquella loca a insultarlo hasta ese punto? Él nunca había necesitado forzar a una mujer para que se le entregase—. Jamás haría algo así. Pero, ¿qué hay de mi propuesta? ¿Quieres pensártelo unos días? Preferiría que me dieras tu respuesta antes de llegar a *Kaifar*, pero...

—No.

—¿Cómo?

—Ya me ha oído, pero por si acaso, lo repetiré. La respuesta es *no*, Su Gracia. Eso, lo libera de la necesidad de volver a formularme nunca jamás semejante pregunta. Incluso le libera de la necesidad de dirigirme la palabra en lo que le queda de vida. Yo, por mi parte, como dije antes, no quiero volver a hablarle nunca. —Apartó la hoja del florete de un manotazo—. No se acerque a mí.

—¿Qué no me acerque...? —Richard la arrinconó contra la puerta, la giró hacia él, abarcando su breve cintura con un brazo, y la besó. Ana trató de oponerse, pero él la sujetó con más fuerza, aplastándola sin piedad contra la madera, dejándose llevar por aquella marea que le rondaba desde el primer momento en que la vio. La boca de Ana parecía ser el único punto real del mundo, lo único que importaba, lo único valioso, y él quería poseerla.

Sus labios eran suaves, frescos, cálidos. Richard los lamió y se abrió paso a través de ellos y de la hilera de dientes pequeños y blancos, introduciendo su lengua más y más profundamente, buscando fundirse con ella en aquel increíble calor. Su perfume, una mezcla de flores y sudor limpio, le alteró los sentidos y la repentina comprensión de que ella le estaba respondiendo, estuvo a punto de volverlo loco. Rodeándole el cuello con los brazos, Ana se unió con él en el beso, alterando su pasión con un toque de ternura que lo hizo estremecer.

Se sintió muy vivo, intensamente vivo, muy alerta, y se preguntó cómo había podido vivir hasta

entonces, tantos años, sin aquella extraña forma de percepción. ¿Cómo podía ser? El mundo era mucho más rico en detalles de lo que había creído nunca hasta entonces. Jamás, ninguna de sus amantes, ni las más expertas, ni las más inocentes, ni las más ambiciosas, ni las más enamoradas, había compartido con él un momento así. De haber podido pensar, probablemente le hubiera entrado el pánico, porque aquello tenía que ver con facetas que solo de forma indirecta se relacionaban con el deseo físico; pero no podía pensar, tan solo sentir, vibrar por completo, sumergido en aquel cúmulo de sensaciones.

Quizá por eso, cuando, sin aliento, se miraron, no supo qué decir.

—La respuesta es no, Su Gracia —repitió ella, en un susurro. Sus brazos lo abandonaron, haciéndole sentir vacío—. Un no rotundo e inapelable.

Fue a apartarse, pero la retuvo con furia, frunciendo el ceño.

—Te aconsejo que lo reconsideres. Piensa en el modo en que me has besado y en la forma en que conseguí hacerte gritar de placer en Madrid. Si yo quisiera volver a hacerlo, aquí y ahora, no te resistirías. —Esperaba que no, al menos, y por la forma en que Ana se ruborizó, supuso, con gran alivio, que estaba en lo cierto. No se opondría, pero tampoco quería conseguirla así—. Te traiciona tu propio cuerpo, Ana, no puedes evitarlo y lo sabes. Encontraría lógico que también sacaras algo de todo esto, pero, de una cosa puedes estar segura: aceptes o no la *Carta Blanca*, vas a ser mía.

La soltó. Durante un segundo, Ana pareció desorientada, pero no dijo nada y salió, cerrando la puerta con suavidad. Richard se quedó contemplando el lugar en el que había estado, durante bastante rato, preguntándose cómo podía haber llevado tan mal ese asunto. No podía haberlo hecho peor. La primera mujer que le interesaba de verdad y la única que no aceptaba su oferta. Richard se apartó de la puerta y cortó el aire un par de veces con el florete, antes de lanzarlo a un lado, furioso.

Al parecer, la señorita Cruz-Ortega era mucho más difícil de conseguir de lo que suponía.

4

Al divisar el barco, Ana no le concedió mucha importancia.

Cierto que, nada más aparecer en el horizonte, la tripulación del FURIA DEL PROFETA había empezado a moverse agitadamente de un lado a otro, pero no era algo tan inusual. Por lo que ya había podido comprobar a esas alturas, parecían sentir recelos de cualquier cosa superior a una balsa con la que se cruzaban. *Tendrán la conciencia sucia*, se dijo, al recordar que al fin y al cabo estaba en la nave insignia de uno de los piratas más activos del Mediterráneo, según se rumoreaba. Quizá por eso no sintió miedo, se encogió de hombros y dejó de prestar atención. Disponía de tan poco tiempo para pasear por cubierta y contemplar el mar, que la diminuta forma que se veía en la distancia no parecía en absoluto interesante. Además, nadie le dijo nada, pese a que Arlington estaba en su sitio, como siempre, y seguro que hubiera disfrutado mucho enviándola a su camarote antes de tiempo, solo por demostrar quién mandaba en su tormentosa relación.

Ana lo miró con disimulo. No habían vuelto a hablar desde que le hizo aquella propuesta indecente, tres noches atrás. Había sido un acto repugnante, imperdonable, totalmente impropio de un caballero, una auténtica falta de respeto. Pero, entonces, ¿por qué había respondido de semejante forma a su beso? Todavía, cerrando los ojos, era capaz de reproducir las sensaciones, vibrantes, absorbentes, que Arlington le había provocado, apenas la promesa de una liberación semejante a la que le dio cinco años antes, en aquella fiesta. Si no fuera tan altanero, si no se mostrara tan desagradable... Si, si, si. Tantos sí. Y todos se reducían al hecho de que, si no hubiese formulado semejante proposición ultrajante, si simplemente le hubiera dicho que la deseaba, esa noche ella se hubiera entregado por completo. Así de absurda era, y de loca estaba. Un hombre atractivo la besaba, y la dejaba sin aliento, y se volvía incapaz de pensar coherentemente. Bueno, al menos había conseguido mantener su integridad, rechazando la oferta. Claro que era una oferta que de ningún modo podía aceptar.

La *Sombra* no era libre de ir adónde quisiese, ni mucho menos, establecerse en ninguna parte.

Al ponerse el sol volvió a la reclusión de su camarote. Cenó sola lo que le llevó Regina en una bandeja, más tarde no recordó qué. Sintióse sumamente deprimida, dibujó un rato, pero una y otra vez sus trazos se empeñaban en formar la línea de la mandíbula de Arlington, o sus ojos, y terminó apartando el cuaderno de dibujo con una exclamación de disgusto. Se acostó temprano, aunque tardó mucho tiempo en conciliar el sueño.

Despertó de madrugada, a causa de una gran explosión que sacudió la nave.

Ana se sentó en el catre y volvió a caer hacia atrás cuando se oyó otro retumbar, y todo el barco se estremeció con un enorme chirrido de madera torturada. Aquello no era una tormenta, desde luego. Parecía más bien... ¡Cañones! Alarmada, se levantó de un salto, y corrió al pasillo. Regina ya estaba allí, en lo alto de la escalerilla, mirando hacia cubierta a través de la puerta entornada.

—Piratas —le dijo, muy pálida—. Están a punto de abordarnos.

—Oh, Dios. —Ana entró como una tromba en el camarote de su padre. Eugenio estaba sumido en el sueño casi comatoso que parecía su única escapatoria cuando no tenía una botella a mano. Sabiendo que era inútil intentar despertarlo, algo que tampoco tenía mucho sentido, rebuscó en su baúl hasta encontrar el florete y la pistola. Se miró el camisón. No sería tan incómodo como el vestido que había llevado la noche en que se enfrentó en duelo a Arlington, pero, desde luego, no era lo más adecuado para un abordaje. Claro que, cambiarlo por las enaguas, el corsé, y uno de sus vestidos, no era mejorar el asunto, precisamente. Sus ojos se detuvieron en la pila de camisas y pantalones limpios de su padre, pulcramente amontonados en el arcón. Por supuesto.

Satisfecha con la idea, sacó una camisa y un pantalón y se los puso. El lujoso camarote disponía de grandes espejos de cuerpo entero en una de sus paredes. Allí pudo ver que el pantalón, negro, se le ajustaba como una segunda piel. De hecho, resultaba absolutamente escandaloso, marcando todas sus curvas. La camisa, por otra parte, le quedaba algo grande, aunque le iba bien de manga, que era lo importante. En todo caso, daba igual: aquella indumentaria era la mejor de sus opciones. Tendría que servir.

Una serie ensordecedora de gritos y un estremecimiento de la nave, envuelto en un potente crujido, le indicó que acababan de ser abordados. Rápidamente, regresó a su camarote, se puso sus botas de montar, se sujetó la melena en una coleta con una cita de cuero. Colocó la pistola, preparada para disparar, en el cinturón, cogió el florete, y volvió al pasillo.

—¡Señorita Ana! —exclamó Regina, escandalizada, al verla con su peculiar atuendo. Ana contuvo un bufido de impaciencia.

—Ahora no me vengas con sermones, por Dios. No puedo salir ahí vestida de muselina blanca.

Regina la miró como si se hubiera vuelto loca.

—¡Pero es que no tiene que salir ahí!

—Pues claro que sí. Tengo que ver cómo va todo. —La apartó de su camino, sin encontrar resistencia—. No te preocupes, seré discreta. Si estamos perdiendo, tendré que robar un bote. Tú viste a mi padre, lo más rápido que puedas, y coge ropa de abrigo. Y mantas, todas las que puedas reunir.

Oyó que Regina murmuraba algo intermedio entre la aceptación y la protesta, pero no le hizo caso. Abrió la puerta que daba a cubierta y se deslizó sigilosamente entre las sombras.

Fuera, todo lo gobernaba el caos. Divisó el otro barco, apoyado prácticamente borda con borda contra el suyo, aferrado con garfios. Era bastante más pequeño que la nave del *Bey*, pero debía haber ido sobrecargada de marinería, porque de pronto había lo que parecía centenares de hombres por todas partes, enfrascados en un sangriento combate. La tripulación del FURIA DEL PROFETA luchaba a muerte contra los piratas y resultaba prácticamente imposible de distinguir unos de otros.

Desesperada, buscó en aquel desorden una cabellera rubia, y terminó encontrándola. Arlington, cerca de la escalera que descendía a los camarotes de proa, batía su sable con tres piratas, sin percatarse de un cuarto que se deslizaba sigilosamente a su espalda, con un puñal en la mano. A unos metros, entre Ana y ellos, había otros dos hombres, que observaban la escena con los brazos cruzados. Eso, la llevo a intuir que se trataba también de piratas, lo que volvía peligroso delatar su posición, pero el tipo del puñal estaba ya demasiado cerca de Arlington y no tenía tiempo que perder. Sacó la pistola, apuntó cuidadosamente y disparó. A esa distancia, y con la escasa luz, acertar ya era por sí un éxito.

El disparo de Ana impactó en la cabeza del pirata, levantándole la tapa de los sesos.

Arlington giró ligeramente al oír el estruendo y, aunque pareció verla por el rabillo del ojo, y hacerse idea de lo ocurrido, la presión a la que le tenían sometido los tres piratas con los que combatía, no le daba tiempo a nada.

Los individuos que habían contemplado la escena se volvieron rápidamente. Uno era bajo, con pecho de barril, una enorme barba y un parche en el ojo. El otro, más grande, alto hasta casi alcanzar los dos metros, tenía una larga melena oscura que se agitaba con el viento y una cabeza grande,

alargada, con una mandíbula cuadrada que se proyectaba burdamente hacia adelante. Sus espaldas, muy anchas, le daban aspecto de coloso. Bajo la camisa, se adivinaba una amedrentadora sucesión de músculos y las largas piernas, enfundadas en ajustados pantalones de buena tela, pero que habían conocido mejores tiempos, parecían dos columnas macizas. Llevaba un aro de oro en una oreja, lo que acentuaba su aire salvaje, pero era la mirada de sus ojos oscuros la que le delataba como un individuo definitivamente cruel.

Fue el más rápido.

En el instante que Ana necesitó para dirigir hacia ellos la pistola y preparar un nuevo disparo, el hombre movió un brazo armado con un látigo y sonó un restallido. Ana sintió que una llamarada abrasaba su mano, algo ardiente y desgarrador que la obligó a soltar la pistola con un grito. El arma se disparó mientras giraba sin control, volvió a retumbar, pero si la bala impactó en alguien no llegó a saberlo.

Oh, Dios, pensó, viéndose en muy mala situación. El latigazo le había entumecido los dedos, pero no podía permitirse esa debilidad. Temblando, aferró con fuerza la empuñadura del florete. El hombre dijo algo en árabe, que no entendió. La miró a los ojos y se echó a reír, mostrando una larga hilera de dientes muy blancos.

—Vaya, vaya, realmente admirable —dijo, cambiando al inglés con desenvoltura. Aquellos ojos duros, desalmados, la recorrieron lentamente, saboreando cada centímetro. Ana sintió como si una criatura viscosa y fría deambulara por su cuerpo, llenándola de babas. No pudo evitar un espasmo de asco, aunque si el pirata se dio cuenta, o no le importó o decidió no demostrarlo—. Buena puntería, muchacha. —Su compañero gruñó alguna cosa y sacó una pistola, pero lo contuvo—. No, no será necesario. ¿Verdad? Va a soltar ese florete ahora mismo.

—Pareces muy seguro de ello —masculló Ana, sin la más mínima intención de hacerlo. Él arqueó una ceja.

—¿Quién demonios eres tú?

—Eso no viene al caso, amigo. ¿Quién es vuestro capitán?

El hombre rio, divertido por su descaro.

—Yo lo soy. Yago, capitán de la *LUCIÉRNAGA MARINA*, enemigo jurado de Omar de *Kaifar*. Todo lo que es suyo, será mío, como este barco. Como tú misma.

Podía ser una fanfarronada, tratarse de un simple marinero, pero se sintió inclinada a creerlo. Probablemente, había estado esperando a ver qué ocurría con Arlington, capitán de la nave abordada, divirtiéndose, observando cómo se agotaba y resultaba herido en aquella pelea desigual, antes de intervenir con la idea de rematarlo personalmente. Una furia intensa se expandió por las venas de Ana y, como solía ocurrirle en esos casos, se desvaneció el miedo y dejó de temblar. Trató de concentrarse, de recordar, que aquel hombre era peligroso, que no podría vencerlo, pues, de otro modo, se hubiera lanzado a por él en el acto. Consiguió reprimir el impulso suicida y le sonrió

fríamente.

—Qué suerte he tenido. Así no tengo que buscarte para darte el mensaje. —Señaló con la punta del florete hacia el barco enemigo. Vio pasar, muy cerca, a Abdul, enzarzado en su propio combate con un individuo enormemente gordo, pero apenas le concedió atención al hecho. Abdul parecía muy capaz de salir adelante por sí mismo—. Fuera de esta nave. Y llévate contigo a tus amigos, lo antes posible. Es un buen consejo, créeme. Dos fragatas españolas vienen siguiendo este barco. No tardarán en ser avistadas y, como puedes imaginar, no parpadearán al mandaros a pique.

Yago alzó sus pobladas cejas, con sobresalto.

—¿Qué? Eso es mentira.

—Si quieres arriesgarte a comprobarlo, quédate —replicó ella, haciendo un gesto de indiferencia—. Por mí, no hay problema.

Puesto que era verdad, no le costó demasiado componer, y mantener, una expresión de absoluta confianza. Preferiría que las fragatas no tuviesen que intervenir, porque eso le iba a ocasionar tener que dar demasiadas explicaciones a Arlington, o incluso podía tirar por tierra toda la operación, pero bien sabía que, si los avistaban y se percataban de lo que estaba sucediendo, se apresurarían a tomar baza en el asunto. Ya había ocurrido otra vez, también con unos piratas, en los alrededores de las Islas Canarias. En aquel entonces, había agradecido la intervención. Iban en una nave de pasajeros, muchos de ellos también españoles, y nadie la relacionó con el hecho, lo que, probablemente, no ocurriría en las actuales circunstancias. Algo le decía que Arlington iba a sacar unas conclusiones nada convenientes o, al menos, se llenaría de sospechas, y eso dificultaría su trabajo posterior; pero bueno, como decían los ingleses, ya cruzaría ese puente cuando llegara a él.

Ana balanceó la punta del florete sobre el suelo, manteniendo con firmeza la torva mirada del capitán. Él la estudió unos segundos. Luego, le dijo algo al otro tipo, que salió corriendo. Segundos después, empezaron a oírse voces, por todas partes. Yago agitó la cabeza.

—Han divisado luces, ciertamente. —Se lo pensó un momento y gritó algo en respuesta. Los piratas empezaron a retirarse en una multitud de precipitadas carreras. Yago la miró con rabia. —Nos vamos, pero tú vienes con nosotros. Y, si has mentido, si no son fragatas españolas, sino inofensivos barcos de carga, lo pagarás caro.

Dio un paso en su dirección. Ana recuperó el terreno, retrocediendo. Al hacerlo, pisó algo, y estuvo a punto de caer: era un cuerpo, pero solo tuvo un instante para horrorizarse. Vio que el cadáver seguía empuñando una pistola. Rápidamente se agachó, la cogió y apuntó a Yago.

—No des ni un paso más. Y no se te ocurra mover ese látigo. Dispararé antes de que te dé tiempo a parpadear —advirtió, tratando de que no se notara el temblor de su voz. Se levantó lentamente—. Te recuerdo, por si has cometido el error de olvidarlo, que tú mismo has alabado mi buena puntería.

Yago se detuvo y entornó los ojos.

—¿Sabes? —preguntó burlonamente—. Eres una zorra con mucho coraje, muchacha. Eso me gusta. Me gusta tanto, que me has hecho dudar. No sé si venderte, siguiendo mi primera intención, puesto que por lo que puedo ver obtendría una muy buena suma por ti, o mantenerte abierta de piernas para mi placer durante lo que te queda de vida. —La miró directamente al pecho, de una forma impúdica, y escupió a un lado—. Creo que, definitivamente, tomaré la segunda opción.

—Ni lo sueñes. Quieto. —Hizo caso omiso de la advertencia, y tomó distancia con el látigo, de modo que Ana disparó. Había apuntado al corazón, como Beauchamp siempre le había advertido que hiciera, de ser posible, pero Yago ya estaba prevenido y trató de apartarse. La bala se incrustó en su hombro derecho y esta vez fue él quien soltó el arma.

—¡Ah! —gritó, llevándose una mano a la herida. Se miró la palma, empapada en rojo, como si le resultara increíble el que le hubiera dañado—. ¡Maldita puta! ¡Tercera opción! ¡Voy a abrirte en canal!

Desenvainó un sable largo, largo, largo, y tan ancho como uno de los brazos de Ana, o más.

—Veo que también tú eres algo indeciso... —Pulsó otra vez el gatillo, esperando derribarlo cuanto antes y que se acabase aquella historia. El pirata se detuvo instintivamente, como si esperase poder esquivar ese impacto.

Clic.

No tenía munición. Siguió pulsando el gatillo locamente, esperando que quizá alguno de los depósitos del tambor conservara una bala. Nada, pasada media docena sabía perfectamente que aquello resultaba inútil. Definitivamente, el arma estaba descargada.

Yago y ella se miraron un instante. Entonces, de pronto, él profirió una enorme carcajada, alzó el sable y se lanzó hacia Ana. *Ay, Dios*, pensó. Echar a correr estaba fuera de cuestión, de hacerlo la ensartaría por la espalda. Otra posibilidad era, sencillamente, desmayarse, como hubiera hecho una auténtica dama en sus circunstancias, pero si Yago se decidía entonces por no matarla de inmediato, se la cargaría al hombro sano, y la idea de ser arrastrada al barco pirata, para terminar violada hasta la muerte, tampoco la hacía especialmente feliz.

Ana observó el movimiento del sable. Iba lanzado en un tajo tan potente, que si interponía el florete, lo más probable era que se quebrase. Optó por dar un salto a un lado en el último momento. El arma se clavó con fuerza en el mástil que había estado a su espalda, provocando un poderoso crujido. El capitán pirata bramó una maldición, apoyó un pie para hacer palanca y lo liberó con esfuerzo. Se volvió hacia ella con ojos inyectados en sangre y empezó a lanzar tajo tras tajo, en una sucesión vertiginosa que apenas tuvo tiempo de parar.

Ana retrocedía, apretando los dientes, sin la más mínima posibilidad de pensar en un contraataque. Le dolían la muñeca y el brazo, y hasta el hombro, por la potencia de los golpes. Por suerte o por desgracia, aquello no duró mucho: tal y como había temido, el florete terminó por quebrarse bajo un fuerte impacto. Ella cayó hacia atrás y quedó sentada en la cubierta, aturdida, con el brazo piadosamente adormecido. Yago lanzó un alarido de triunfo, la agarró por la pechera de la camisa y

la levantó bruscamente, en vilo.

—Ahora, putita, voy a enseñarte un par de verdades de esta vida —dijo, acercándole el rostro. Su aliento nauseabundo la mareó. Intentó apartar el rostro, pero no sirvió de mucho.

—Lo lamento, pero la dama tiene ya un maestro en ese tema —replicó una voz, a su derecha. Ana y Yago miraron hacia allí. Arlington, con la ropa rasgada y manchado de sangre, balanceaba el sable indolentemente. Ana pensó que era la segunda vez que la salvaba de una forma parecida, aunque esa en concreto la agradecía doblemente—. Eso sí, yo estoy más que dispuesto a escucharlas. Nunca se sabe. Igual dices algo interesante.

—Desaparece —le advirtió el pirata, señalándole con el sable—. Agradece que sigues conservando tu nave, tu cargamento y tu vida. —Sacudió a Ana, como si fuera una marioneta con los hilos rotos. —Pero a ella, me la llevo.

—Sobre mi cadáver —Arlington dio un paso hacia ellos. Viendo que iba a atacar, el capitán pirata arrojó a Ana a un lado, para tener mejor margen de maniobra. Ella cayó blandamente sobre unos fardos, rodó sobre sí misma y consiguió no perder el sentido. El dolor del brazo estaba despertando. Buscó algún arma, pero no había ninguna a la vista. De todos modos, Arlington y el pirata estaban sumidos en un intercambio tan cerrado que, aun de haber dispuesto de una pistola, no se hubiese atrevido a utilizarla.

Tuvo que reconocer que Arlington era un demonio con el sable. El pirata, aunque tenía fuerza y potencia, carecía de su técnica y no estaba a su altura. En pocos minutos, Arlington le alcanzó en varias ocasiones, haciéndole cortes largos y precisos, y hasta logró clavarle la punta en el estómago, antes de desarmarlo. Yago reculó, cubriéndose la nueva herida con ambas manos, pero era un individuo de fuerte constitución y se necesitaba mucho más para acabar con él. Miró rápidamente a su alrededor, quizá para asegurarse de que ninguno de sus hombres había sido testigo de lo ocurrido, dio media vuelta, y saltó por la borda.

Las carreras y las voces se sucedieron durante algunos momentos. Todo parecía estar bajo control. Menos mal, porque no se veía capaz de repetir la experiencia. Se oyó una campana. La nave se balanceó bruscamente. El barco pirata había cortado las amarras del abordaje.

Cuando Ana se puso en pie, Arlington se volvió hacia ella. La contempló de arriba abajo.

—Ese sí que es un atuendo indecente, señorita Cruz-Ortega. —Ella se miró. Los ajustados pantalones, eran lo de menos, pese a lo que hubiera podido pensar en un primer momento. La camisa, manchada con la sangre del pirata y pegada por el sudor, se le había abierto hasta la cintura, mostrando generosamente buena parte de sus pechos—. Habrá que hacer algo al respecto.

Antes de que pudiera impedirlo, él se había acercado, inclinándose, había apoyado el hombro en su estómago, y la había levantado en volandas, como si fuese un fardo. Ana gritó y empezó a darle golpes en la espalda.

¾¡Arlington! ¿Pero qué hace? ¡Bájeme inmediatamente!

—No, preciosa. —Le oyó reír, y algo en aquel sonido le indicó que estaba decidido a salirse con la suya—. Esta noche, ha habido un abordaje pirata, y por la sangre podrida del diablo que yo voy a quedarme con el botín. No te agotes, porque es inútil y prefiero que guardes las fuerzas para otros asuntos. ¡Abdul!

—¿Sí, capitán? —Se oyó la voz del segundo, a una cierta distancia, por encima de la algarabía reinante.

—¿Todo en orden?

—¡Sí, señor! ¡El barco pirata se aleja!

—¡Arlington! —Ana decidió probar a patalear con fuerza—. ¡Maldita sea!

—¡A callar! —Arlington le dio una palmada en las nalgas. Su mano se demoró allí más de lo debido—. Te atiendo enseguida. ¡Abdul, queda al mando! ¡Que limpien la cubierta y reparen los daños!

—¡Bien, señor!

—Madre de Dios, parece que estoy en un barco de la Armada inglesa —masculló Ana, renunciando a seguir con el forcejeo—. Sí, señor, no, señor, bien, señor, a sus órdenes, señor. Es de locos.

—A estos hombres los entrené personalmente, así que tienen tanto de ingleses como yo. —Arlington se metió por la escalera de popa, pasó de largo frente a una atónita Regina, atravesó el pasillo hasta llegar a su camarote, cruzó la zona del comedor, entró en el dormitorio como una tromba y la dejó caer sobre la cama, una cama enorme, en la que podrían haber dormido cómodamente cuatro personas sin apenas rozarse.

Ana rebotó en el mullido colchón, se incorporó sobre los codos y lo miró enojada, mientras él cerraba la puerta de un portazo y echaba la llave.

5

—No sé qué pretende, Arlington, pero, sea lo que sea, tampoco me importa —dijo Ana, tratando de aparentar que el temblor de su voz se debía simplemente a la furia. Se deslizó hasta el borde de la cama, para sentarse. Pensó en ponerse en pie, pero no confiaba mucho en sus rodillas. Por alguna razón, parecían haberse vuelto de gelatina—. ¡Haga el favor de abrir esa puerta ahora mismo!

—Ni lo sueñes. —Encendió un quinqué, se dirigió a un armario y sacó dos copas—. ¿Quieres beber algo?

—No.

Arlington dejó una de las copas y en la otra se sirvió un generoso coñac. Luego, mientras bebía, la

contempló pensativo por encima del borde de la copa.

—Observé tu pelea, al menos la última parte —dijo, de repente, tomándola por sorpresa—. Estuvo muy bien.

Ana hizo una mueca.

—Perdí.

—Eso era de esperar. —Arlington se encogió de hombros, como si lo comprensible del resultado estuviese fuera de toda duda—. Ese tipo era más grande, estaba más curtido y tenía un sable enorme. Pero fue muy valiente de tu parte enfrentarte a él, y resististe con coraje. Te admiro por eso.

—Gracias —replicó ella, al cabo de un momento, sintiendo cómo su animosidad se iba disolviendo, desapareciendo sin más. Durante un largo instante, quedaron en silencio. Los ojos de Arlington se mantuvieron fijos en ella. La observaban con tal profundidad que la hacían sentir... no, incómoda no. Tensa, expectante, tremendamente ansiosa, eso sí. Ávida de tocarle, de ser tocada, de compartir con él la intensa energía que parecía vibrar atrapada en su cuerpo.

—Es posible que tuvieras razón el otro día —murmuró Arlington, finalmente—. El poseer un linaje no es ningún certificado de superioridad, ni mucho menos de ser mejor persona. Aunque no lo creas, estoy de acuerdo. El problema es que no estoy solo en el mundo, y no soy libre de decidir. Hubiera preferido no ser el resultado del cruce de esos individuos a quienes, de una forma tan poco femenina, pero tan adecuada, definiste como hijos de la gran puta, pero el caso es que lo soy, y debo atenerme a ello. Me siento atado de pies y manos.

—Lo entiendo —dijo ella, sorprendida por aquella repentina confesión.

—¿De verdad? —bufó, irritado—. No estoy seguro de que alguien como tú pueda hacerlo. Tengo fama de crápula, de libertino, de mujeriego, es verdad. He mantenido muchas amantes. Pero eso es algo que la sociedad admite sin más. Incluso se considera un valor positivo, un signo de hombría. Y, sin embargo, sería mucho más hombre si tuviese el valor de romper con toda la hipocresía que me rodea, e hiciese exactamente lo que deseo, en cada momento...

—¿Y no es así?

—No. Ya lo creo que no. El tema del matrimonio, por ejemplo. Preferiría no casarme nunca, o hacerlo con una mujer sin la cual me resultara insufrible la idea de seguir viviendo. Pero no será así —musitó con amargura—. Me casaré con el mismo espíritu con el que concierdo cualquier contrato, tratando de conseguir la mejor compra posible, según los cánones sociales. Hacerlo de otro modo, dañaría a gente a la que quiero. Tengo una abuela, ¿sabes? —Titubeó—. Lady Arlington. Una mujer absolutamente maravillosa, que ya ha sufrido lo suficiente en esta vida. Le debo mucho. Casarme a su gusto es lo menos que puedo hacer. —Agitó la cabeza. Parecía avergonzado—. Imagino que te resultará ridículo ver a un hombre como yo preocupándose por su abuela.

—No —replicó ella, al momento. Una dulce sensación de ternura anidó en su pecho—. No,

Arlington, no diga eso. No es ridículo, es hermoso. Usted la ama y nunca hay que avergonzarse de amar. —Se sintió incómoda cuando él le clavó una intensa mirada—. Pero no entiendo por qué me habla de todo esto.

—No lo sé, demonios. Me fascinas. Pocas mujeres que se considerarían... digamos, adecuadas para un matrimonio conmigo, hubieran mostrado semejante arrojo. Casi estoy por decir que ninguna. Y, desde luego, jamás se hubieran atrevido a subir a cubierta vestidas de una forma tan escandalosa. ¿De dónde sacaste los pantalones? ¿Son de tu padre? —Ella asintió. Arlington sonrió con media boca—. Lo supuse. Nunca imaginé que unos pantalones pudieran resultar tan eróticos. —Bebió un nuevo trago, sin apartar sus pupilas de ella. Ana sintió un calor intenso, que recorría su cuerpo y se concentraba en la parte baja de su vientre—. Basta de charla. Ponte en pie.

—¿Cómo...? —preguntó ella, sintiéndose en estado de trance.

—Te he dicho que te pongas en pie. —Ana obedeció, torpemente. Se quedó junto a la cama—. Ven aquí.

Caminó hasta situarse frente a él. Arlington le acercó la copa, la inclinó en su dirección, y le dio a beber un sorbo de coñac, que Ana no rechazó. El licor estaba fuerte, potente, aromático. Su calor se expandió, se confundió con la excitación que mantenía en estado de alarma todo su sistema nervioso. Sentía el cuerpo lleno de energía: la angustia del abordaje, la presión del enfrentamiento con Yago, la tensión de su propia relación con aquel hombre que tenía delante... Todo aquello, la hacía sentir sobrecargada, como una máquina de vapor a punto de estallar por los aires. Necesitaba liberarse y sabía que la liberación, estaba entre los brazos de Arlington. Él le estaba mirando la boca, entreabierta, brillantes los labios por el coñac.

—Arlington, yo...

—Quítate esa ropa. Toda. Ahora mismo.

Ana se estremeció. Hubiera sido inútil intentar negarse. Su cuerpo respondía a la voz de Arlington como si fuera un autómata. Sacó las faldas de la camisa del interior del pantalón, y con dedos crispados empezó a soltar lentamente los pocos botones que permanecían en los ojales. Arlington no se movió, ni siquiera cuando sus senos quedaron al descubierto y dejó caer la prenda al suelo. Se limitó a seguir mirándola, mientras ella se quitaba las botas, soltaba el cinturón y se liberaba de los pantalones. Excepto en las peculiares circunstancias de su primer encuentro, jamás había estado desnuda ante un hombre, pero, por alguna extraña circunstancia, no sentía pudor. Excitación, sí, aumentada por el hecho de que él siguiera vestido mientras ella estaba desnuda, una tensión que delataban sus pezones, totalmente enhiestos. Arlington le rozó uno con la copa de cristal, pensativo.

—¿No aceptarás la Carta Blanca?

—No.

—Entonces, ¿por qué te entregas a mí?

Buena pregunta. Ana se vio reflejada en las pupilas de aquel hombre, junto a los destellos dorados que provocaba el quinqué. ¿Acaso él no se daba cuenta de que no tenía más opciones? No, probablemente, no. Hubiera sido un milagro que la entendiera. Arlington no sabía nada de ella, no tenía las pistas que llevaban a las respuestas. No podía suponer que su vida había sido estéril, y lo seguiría siendo, en el futuro, durante bastante tiempo, sino para siempre.

Al menos por una vez, quería probar las mieles del amor, quería sentirse viva entre los brazos de un hombre capaz de conseguir que se le pusiera la piel de gallina solo con mirarla del modo en el que él lo estaba haciendo en ese momento. Una noche, solo una noche, no pedía demasiado.

Pero, no podía decirle esas cosas. Se mordió nerviosamente el labio inferior, irguió los hombros y sonrió con descaro. Su mano derecha se apoyó en la hebilla del cinturón de Arlington, y descendió hasta aquella parte de la anatomía masculina que siempre había estado fuera de su alcance. El miembro de Arlington pareció brincar bajo su contacto, en una erección violenta, que apenas podían contener los pantalones.

—Porque me place.

Arlington entrecerró los ojos, arrojó la copa a un lado, haciéndola añicos, levantó a Ana en vilo, y la llevó a la cama. Se tumbó a su lado y la besó interminablemente, metiéndole la lengua con ferocidad, casi con despotismo, incrustándola contra la almohada, haciéndola estremecer de pies a cabeza. Sintió sus manos, acariciándole los pechos, y luego su boca, lamiéndole los pezones como si llevase siglos deseando volver a hacerlo. Aquella lengua ardiente descendió por su estómago y alcanzó su pubis, abriéndose paso a través de los suaves rizos, hasta alcanzar el sensible punto que escondían. Ana ahogó un grito y se arqueó, ofreciéndose, suplicando ser tomada. No era capaz de pensar en otra cosa.

El contacto terminó bruscamente. Arlington se incorporó, la cogió por las muñecas, le besó con suavidad las palmas de las manos y las colocó a ambos lados de su rostro, sobre la almohada. Respiró agitadamente, mirándola desde muy cerca.

—Maldición, mujer, me tienes hechizado.

Ana no supo qué decir. Arlington había utilizado un tono demasiado profundo para decir aquello, como si su mensaje implicara algo más importante, algo que no tenía nada que ver con el simple deseo. Una salida burlona estaba fuera de lugar, probablemente le ofendería. Y seguir por aquella línea, le daba miedo. Por suerte, él no parecía esperar ningún comentario. Se arrodilló a medias en la cama, mientras pugnaba por liberarse de la camisa. Una llamada a la puerta le inmovilizó.

—¡Capitán! —Era la voz de Abdul. Arlington maldijo en silencio, apoyando la frente en el pecho de Ana—. ¿Capitán?

—¿Qué demonios ocurre? —contestó él, alzando la cabeza.

—¡Hay un incendio en la bodega inferior, señor! ¡Parece serio! ¡Creo que lo mejor es que venga a comprobarlo!

—Oh, mierda, maldita sea. —Arlington saltó de la cama. Señaló a Ana con un dedo—. No te muevas de aquí. No se te ocurra moverte, ¿me oyes? Ni siquiera pestañees. Vuelvo enseguida.

Abrió la puerta y salió corriendo. Ana permaneció unos momentos inmóvil, pero el ardor del momento se fue apagando, y la comprensión de lo que había estado a punto de hacer la golpeó con fuerza. *Me tienes hechizado*. Las palabras resonaron en sus oídos, provocándole un estremecimiento. No, desde luego aquello no era una aventura que se resolviera con una simple noche de pasión, un revolcón rápido que les procurara alivio físico a los dos. Había algo enormemente posesivo en Arlington, y, si iniciaba una aventura con él, no estaba segura de cómo terminarla. Las cosas se le iban a complicar bastante, en una existencia ya de por sí complicada.

Se levantó, se vistió velozmente, y se deslizó hasta el camarote de su padre. Allí, recuperó su camisón, aunque decidió conservar para sí la camisa y los pantalones, como una especie de recuerdo, un fetiche, de esa noche. Estaba a punto de irse cuando pensó que, quizá Arlington fuera a buscarla a su propio camarote y no confiaba en absoluto en su recuperada lucidez. Si él insistía, caería otra vez en sus brazos.

Maldiciéndose por no ser capaz de dejarse llevar, simplemente, Ana se sentó en una de las butacas, y se dispuso a pasar una noche incómoda.

6

Richard alzó los ojos del diario donde había estado anotando las circunstancias del abordaje pirata, y miró fijamente a Abdul, de pie al otro lado de la mesa. Su segundo permanecía firme, rígido, con las manos a la espalda. Como de costumbre, nada en sus rasgos delataba su estado de ánimo. La luz del atardecer que se colaba por el ventanal hacía resplandecer los colores de su atuendo.

—¿Estás seguro de lo que dices? —le preguntó Richard. Abdul asintió.

—Completamente, capitán. La mujer amenazó a los piratas con la llegada de las dos fragatas. Por eso se fueron.

—Pero, ¿dijo *fragatas*? ¿No, simplemente, barcos?

—No, señor. Dijo *fragatas*. Y *españolas*.

De modo que Ana sabía de la existencia de sus perseguidores. Richard sintió un profundo desasosiego, aunque trató de disimularlo ante Abdul. Bien, en realidad, tampoco resultaba tan extraño. Ana era una mujer inteligente y supuso que, a lo largo de los años, se habría dado cuenta de lo que estaba ocurriendo. Conociéndola, habría pedido explicaciones a su padre. Bien sabía que si aquella mujer se empeñaba en una cosa, podía ponerse realmente terca. De todos modos, no le gustaba nada el descubrimiento. ¿Cuánto sabría, realmente? Esperaba que Cruz-Ortega hubiese tenido el buen juicio de mantener a su hija apartada en lo posible de sus sucios asuntos.

—¿Y por qué no me lo dijiste anoche?

Por primera vez, el rostro de Abdul mostró una expresión humana. Le miró con cara de entendido.

—Porque, anoche, mi príncipe, no te hubiera gustado nada escucharlo. De no haberse complicado el incendio, nunca se me hubiera ocurrido molestarte. Lamentablemente, cuando la seda empezó a estar en peligro, lo olvidé todo. De todas formas, no era nada que no pudiera esperar a hoy

Richard hizo una mueca. En verdad, Abdul tenía razón. Si le hubiera interrumpido para decirle eso, cuando se llevaba a Ana sobre el hombro a su camarote, no se lo hubiera agradecido lo más mínimo. Estaba demasiado excitado, demasiado impregnado de deseo, como para interesarse por otra cosa que no fuera meter a aquella mujer en su cama. Frunció el ceño, mientras dejaba la pluma en su lugar, renunciando a continuar con el diario hasta más tarde, mucho más tarde. No tenía sentido obligarse a exponer una serie de hechos de forma ordenada, cuando su mente estaba sumida en un auténtico caos.

Seguía enfadado con Ana. Cada vez que recordaba la sensación que le sobrecogió al volver a su camarote y encontrarlo vacío, experimentaba unas ganas locas de estrangularla. Y lo peor era que la pequeña canalla no durmió en su propio camarote, quizá para asegurarse de que no le pondría las manos encima. Lo sabía perfectamente porque fue a buscarla allí y la esperó durante dos horas hasta darse por vencido. No tardó en comprobar, espionando a través de la ranura de la puerta entreabierta, que estaba en el de su padre, totalmente dormida en un butacón. Todavía no entendía cómo había podido contenerse para no entrar y sacarla de allí a rastras.

Quizá tuvo mucho que ver el hecho de que, con aquel camisón blanco, parecía un ángel, y él se sintió indigno de tocarla...

¿Por qué lo habría hecho? ¿A qué venía incitarle de ese modo, para luego dejarle con la miel en los labios? ¿Era acaso alguna clase de castigo, por las cosas que había dicho de ella, por ofrecerle *Carta Blanca*? Pero, no, habían llegado a alguna clase de acuerdo, de entendimiento. Y había estado dispuesta, lo sabía, conocía demasiado los entresijos del sexo como para engañarse en ese punto. Ni siquiera la mejor de las actrices hubiera podido simular pasión de ese modo. Ana se había estremecido con sus besos, estaba húmeda y lista para ser penetrada. Richard se removió en la silla, excitado solo con recordar su aroma, sus gemidos, el color, el sabor de sus pezones... De pronto, reparó en que Abdul seguía allí, mirándole impertérrito. Carraspeó, alejando aquellos pensamientos.

—Bien, pensaré...

Una llamada a la puerta le interrumpió. Uno de los guardias se asomó al umbral.

—Capitán, la dama española quiere hablar con usted.

Richard se envaró, lleno de expectativas. Quizá Ana quería disculparse. No estaría de más, y él estaba dispuesto a ser sumamente comprensivo. Y ella podría agradecerse acompañándolo de inmediato al camarote. Casi se echó a reír, al verse tan impetuoso. Bueno, podía esperar hasta la noche.

—Que pase —ordenó. Abdul arqueó ligeramente una ceja, enviando un mensaje inequívoco: *las*

dos fragatas. Ana entró en el despacho, pálida como una camelia. Llevaba un vestido marrón, sobrio, de manga larga y cuello cerrado, muy poco favorecedor, y se había recogido el pelo en un moño de rodete, igual que solía hacerlo su doncella. Era demasiado bonita para que, incluso así, no estuviese atractiva, pero Richard captó el mensaje, de la misma forma que había captado antes el de Abdul—. Eso es todo —le dijo a éste último—. Déjenos solos, y que nadie nos moleste.

Abdul asintió, inclinó la cabeza ante Ana con un gesto seco, y se fue. Ella esperó hasta que la puerta se hubo cerrado.

—Gracias por recibirme, Su Gracia —dijo, con los ojos clavados en el suelo. Sus mejillas se tiñeron de suave rosa—. Imagino... imagino que debe estar muy ocupado. No quiero robarle mucho tiempo.

Richard hubiese querido pulverizarla con la mirada, pero como se empeñaba en evitar una confrontación directa, le resultó imposible. Parecía muy nerviosa.

—Bastante, pero siempre tengo un momento para los pasajeros —replicó, con sarcasmo. Ella lo acusó con un leve estremecimiento de sus hombros—. Siéntate, por favor, y dime qué quieres.

Ana se dejó caer en la silla que había al otro lado del escritorio y unió las manos en el regazo. Quizá no se dio cuenta de que frotaba una contra otra, con angustia.

—Mi padre se encuentra algo mejor. Le gustaría pasear por cubierta. Quisiera que usted me permitiera acompañarlo. Ya sé que va contra las normas que estipuló en su momento, pero le ruego que por una vez haga una excepción.

Richard parpadeó. No podía creer lo que estaba oyendo.

—¿Es eso lo que querías decirme?

—Sí, yo...

—Permiso denegado —la cortó él, secamente. Cogió la pluma y simuló enfrascarse en sus papeles, aunque no dejó de vigilarla por el rabillo del ojo. Como vio que no se movía, decidió seguir hablando—. Si tu padre quiere salir, me ocuparé de que un hombre de la tripulación lo acompañe, o lo haré yo personalmente. No quiero que tú estés en cubierta ni un segundo más de lo preciso. Quién sabe, podrías alentar las ilusiones de cualquier otro idiota. —El reproche dio en el blanco, porque Ana enrojeció más todavía, claramente atormentada—. Por cierto, me alegro de que te hayas dignado venir, estaba a punto de llamarte. Me gustaría que me hablastes de esas dos fragatas españolas que nos siguen.

Ana se quedó muy quieta. Incluso pareció dejar de respirar.

—¿Fragatas?

—Sí. Y no me mientas, diciendo que no sabes a qué me refiero. Alguien te oyó anoche, amenazando a ese pirata.

—No sé qué quiere que le diga —murmuró, al cabo de un segundo—. Fue lo primero que se me ocurrió.

—Puede. Pero, casualmente, nos siguen dos fragatas, y españolas, así que o bien tienes dotes de adivinación, o sabías perfectamente que nos estaban siguiendo. Perdona mi falta de fe en tus capacidades, pero opto por la segunda posibilidad.

Ana apretó los labios.

—No lo sabía. Fue una coincidencia. Las fragatas son los barcos más poderosos que se me ocurrieron, y yo soy española, Su Gracia.

Richard estuvo a punto de lanzar una carcajada. Menuda tontería de explicación. Agitó la cabeza, y renunció a seguir con aquel interrogatorio. No tenía sentido. Estaba claro que Ana no quería delatar a su padre y podía comprenderla, él hubiera hecho lo mismo, en su caso. Ya habría tiempo para ocuparse de esa cuestión.

—Está bien, como quieras. No es algo que me preocupe de momento. Ahora, si no tienes nada más que decir, te agradecería que te marchases. —Esperó unos segundos. Ella no se movió. Richard alzó la cabeza—. ¿Y bien?

—Lo... lo siento —musitó Ana, cubriéndose las mejillas con las palmas de las manos—. Quería que lo supiera. Lo siento muchísimo. Yo... me asusté.

Richard suspiró. Era algo, al menos. Volvió a dejar la pluma.

—¿Por qué? ¿De qué? —Ella no dijo nada—. Me sentí bastante ridículo al volver al camarote y no encontrarte. Me encendiste como una hoguera, Ana. Debiste quedarte a apagarla. —Ana se limitó a agitar la cabeza—. Demonios, mujer, yo no voy a hacerte ningún daño. ¿Por qué complicas tanto las cosas? Mírame a la cara. —Ana obedeció de una forma instintiva. Tenía los ojos enrojecidos—. ¿Has estado llorando?

—No, yo... Estoy un poco constipada.

—Ja. ¿Sabes que mientes muy mal, señorita Cruz-Ortega? —Ella se puso en pie de un salto—. Ni se te ocurra irte ahora. Quiero que me expliques por qué te fuiste, de qué tienes miedo, y por qué has estado llorando. Dame una sola maldita razón. ¿Hice algo que te molestara? ¿Te ofendí de algún modo? ¿Quizá me excedí en la intensidad de mis... avances? —Una sospecha cruzó su mente y, aunque era muy improbable, decidió preguntarlo—. ¿Pretendes acaso hacerme creer que sigues siendo virgen?

Ana jadeó.

—Me niego en redondo a responder a esa pregunta —dijo, lanzándole una mirada asesina—. No es asunto de su incumbencia, Su Gracia. Lamento mucho, muchísimo, lo que ocurrió anoche y quería que lo supiera, pero eso es todo. No sé qué me ocurrió, no tengo disculpa, pero nunca debí dejar que las cosas llegaran tan lejos. —Dudó—. Imagino que a estas alturas piensa que soy una descarada.

—Admito que algo así se me pasó por la cabeza, sí, cuando me pusiste la mano en la polla —replicó él, con brutalidad. Ana esquivó su mirada y tragó saliva ostensiblemente.

—Espero que sepa disculparme. Le aseguro que en el futuro, no tendrá queja de mí, en ese aspecto.

—¿No? ¿No vas a volver a tocarme? ¿Ni a incitarme de ningún modo? —La señaló con una mano con la palma hacia arriba—. ¿Por eso te has vestido como si fueras una institutriz? ¿Para bajarme la libido?

Más que sus palabras, lamentó su tono incisivo. Se estaba comportando como un niño en plena rabieta y lo sabía, pero no tenía ni idea de cómo controlarse. No estaba acostumbrado al rechazo, ni, mucho menos, a las emociones que despertaba en él aquella mujer. Desde el mismo instante en el que puso el pie en el despacho, luchaba contra el tremendo impulso de estrecharla entre sus brazos, arrancarle aquel vestido horrible y obligarla a reconocer que lo deseaba.

—No sea grosero, por favor.

—Disculpa. Estoy enfadado, no he podido pegar ojo en toda la noche y no pienso con claridad. —Se cruzó de brazos y llenó de aire sus pulmones, tratando de recuperar la compostura—. Me resulta difícil entenderte. Pareces una mujer de mundo, pero, cuando me acerco, te encoges como un caracol bajo su concha. Esto no puede seguir así.

—No. Ya le he dicho que no volverá a ocurrir.

—Si de verdad piensas eso, te equivocas.

—¡Maldita sea, Arlington! —gritó ella, de pronto, sobresaltándole. Lo miró apretando los puños—. ¡No puedo! ¡No puedo iniciar una relación de ese tipo!

—¿Por qué no? Lo deseas tanto como yo, no intentes negarlo, y, que yo sepa, no estás casada, ni comprometida con ningún otro. Al menos, eso me dijiste.

—¡Pues no era cierto! —replicó ella, en el mismo tono subido de voz. Si seguía así, la oirían en todo el barco—. ¡Demonios, ¿tanto le cuesta entenderlo?! ¡Ya tengo un amante! ¡Y aunque anoche me dejé llevar por... por... por el momento, juro por lo más sagrado que no voy a serle infiel con usted!

—Me mentiste —susurró Richard, incapaz de creerlo—. Me dijiste que no tenías relación con ningún hombre.

—Le mentí. No era algo de su incumbencia. Y sigue sin serlo.

Richard sintió un frío mortal. Era curioso, hasta entonces jamás había experimentado lo que eran los celos y siempre había pensado que respondían a alguna clase de furia cálida, una reacción virulenta y apasionada, tórrida, que nublaba la mente y volvía a los hombres incapaces de razonar, pero, en su caso, se manifestaron con aquella marea helada que le embargó por completo, llenándolo

de una extraña calma. Se puso en pie, muy lentamente.

—¿Quién es? —consiguió preguntar. Las palabras sonaron de una forma anormal, chirriante. Supuso que era el efecto de haber tenido que atravesar sus dientes crispados para poder ser pronunciadas—. Su nombre.

Ella respiró profundamente.

—No tiene usted ningún derecho a exigirlo.

Richard entrecerró los ojos.

—¿Que no? —Ana apartó el rostro, incapaz de mirarle—. Por mis muertos, mujer, que si no me lo dices ahora mismo, te lo sacaré a golpes.

Jamás le había pegado a una mujer y no pensaba romper esa norma, pero la simple amenaza surtió efecto. Ana volvió a mirarlo, asustada.

—Antonio —dijo, tras un momento de vacilación—. Antonio Ramos.

—¿Ramos? —gritó, incrédulo, luego, furioso, temblando de ira al recordar a aquel petimetre cobarde que no le tenía respeto a nada—. ¿Pretendes tomarme el pelo, o volverme loco? ¡Me dijiste que...!

—¡Le mentí! —repitió ella, tapándose los oídos—. ¡Basta!

—¿Cómo que basta? ¡Ese hombre es escoria, Ana! —golpeó el escritorio con un puño—. Al final aceptaste, ¿eh? ¡Al final pudo comprarte! —jadeó, pensando que moriría envenenado por tanta rabia—. ¿Qué pasó? ¿No fue suficiente el dinero que te dieron por mi alfiler de corbata? ¿Te tentó la vida cómoda que suponía entregarte a ese cretino? ¿Qué te ofreció? Su oferta no puede ser mejor que la mía. Imposible —Ella había empezado a llorar, pero no le importó. En esos momentos, la odiaba tanto como la deseaba—. ¡La triplico! Te pagaré tres veces más de lo que él te esté pagando.

—Cállese, Arlington —sollozó Ana. Una súplica inútil. No podía callarse, de la misma forma que no podía hacer nada para eliminar lo que estaba sintiendo.

—¿Por qué? ¡Es de precios de lo que estamos hablando, y por lo que parece, prefieres ser una baratija a una auténtica joya! —Ella se dirigió a la puerta, pero la clavó en el suelo con un grito — ¡Ana! No te atrevas a cruzar ese umbral. —Trató de controlarse, porque se le estaba yendo todo de las manos, y no podía consentirlo. Suponía demasiado dolor—. Dame una maldita razón, solo una, dame algo que pueda entender, que me explique el hecho de que estés con él y no quieras estar conmigo.

Los hombros de Ana se estremecieron violentamente. Tardó unos segundos en contestar.

—Porque lo amo —susurró. Richard sintió un profundo cansancio, una sensación aplastante y definitiva.

—¿Que lo amas? —No podía creerlo. Si lo hacía, tendría que cambiar totalmente la opinión que tenía de ella. No solo sería estúpida, por entregar su corazón a semejante imbécil, sino que, además, había estado jugando con él, alentándole por pura vanidad. Podía hacerle más preguntas, pero no se sentía con fuerzas. Aquello lo había superado—. Vete.

Ana obedeció al momento, en lo que fue prácticamente una huida. Richard se quedó inmóvil, mirando hacia el frente durante lo que le pareció una eternidad, tratando de conseguir que los latidos de su corazón recuperaran el ritmo normal. Luego, cerró cuidadosamente el diario, colocó la pluma en su soporte, y se dirigió también hacia la puerta. Cruz-Ortega quería dar un paseo y él quería respuestas.

Era lógico que pasaran el resto de la tarde juntos.

7

Por supuesto, cuando llegó al camarote del pintor, Ana estaba con su padre.

No dijo nada cuando Richard invitó a Cruz-Ortega a subir a cubierta, aunque lo miró de través, claramente recelosa, y se mordió los labios reteniendo una protesta. Se quedó allí, sentada junto a su doncella, con las manos recogidas recatadamente en el regazo, convertidas ambas en dos manchas mediocres, una marrón, otra gris. De no haber estado tan enfadado, Richard la hubiera hecho reaccionar a gritos. Pero, se controló y consiguió salir de allí sin apenas mirarla.

Centró su curiosidad en el pintor. Era la primera vez, en toda la travesía, que le veía en pie y con ciertas posibilidades de seguir manteniéndose así por sí mismo. La experiencia de mirarle a los ojos no fue, precisamente, grata. Cruz-Ortega parecía un hombre condenado, consumido por algún mal que le drenaba el espíritu. Había adelgazado incluso más desde que estaba en el barco, a pesar de los esfuerzos del excelente cocinero de Omar. Sus desvaídas pupilas azules, mucho más claras que las de su hija, casi gris metálico, brillaban con un resplandor febril. Caminaba con torpeza y se agotaba fácilmente. Tuvo que ayudarlo a terminar de subir la escalera y a caminar por cubierta. Apenas llegaron a la borda, se apoyó en ella con aspecto cansado.

—¿Cuándo llegaremos a *Kaifar*? —le preguntó.

—Mañana.

Cruz-Ortega asintió y murmuró algo en agradecimiento. La brisa revolvió su escaso cabello gris, delatando varias zonas de calva. Contempló la inmensa extensión de agua y olfateó satisfecho el aire húmedo, cargado de sal.

—El mundo es un lugar hermoso —susurró, mirándole como si se disculpara—. A veces, lo olvido. O quizá debería decir que, a veces, lo recuerdo.

Richard sintió una punzada de lástima, pero la reprimió, obligándose a recordar que aquel hombre era el principal sospechoso de la muerte de Charlie. Consideró la posibilidad de empezar a

interrogarlo al respecto, pero decidió seguir esperando a llegar a *Kaifar*. Si aquel necio le ofrecía una repentina confesión, no estaba seguro de poder contenerse y no arrojarlo inmediatamente por la borda, echando a perder todos sus planes. Omar tenía más sangre fría para esas cosas.

—Hábleme de su hija, señor —dijo, llevando la conversación al otro punto que le unía con Cruz-Ortega—. ¿No ha tenido nunca pretendientes?

La mirada de Cruz-Ortega se perdió en la lejanía.

—Algunos. Pocos.

—Me sorprende. Es una mujer muy hermosa.

—Lo es. Se parece mucho a su madre. —Inclinó la cabeza y sus hombros temblaron ligeramente—. Tiene sus ojos.

—No lo dudo. —Incómodo, Richard dejó vagar la mirada por cubierta. La tripulación cumplía sus obligaciones sin mostrar interés por su presencia. Tuvo la impresión de que el aura de irrealidad que rodeaba a Cruz-Ortega le había contaminado, y que eran dos fantasmas que nadie podía ver—. ¿Por qué no se ha casado?

—Por mi culpa. ¿Qué esperaba? Todo, todo, es culpa mía. —Apretó la borda con las manos. Tenía unos dedos largos y elegantes. Richard los imaginó cogiendo un pincel y creando el cuadro del puerto pesquero que había admirado, haciendo surgir aquella escena tan viva de la nada de un lienzo en blanco—. Yo le pedí que no me siguiera, pero ella dijo que su lugar estaba a mi lado y es una mujer muy testaruda.

—He podido darme cuenta —gruñó Richard. Cruz-Ortega sonrió levemente, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—El caso es que hizo el equipaje y se vino conmigo —dijo—. Hubiera preferido que no lo hiciera, porque ya tengo bastantes cosas de las que culparme, pero supongo que no puedo reprochárselo. Ni siquiera puedo echarle en cara el que, gracias a ello, sigo viviendo —añadió, en un susurro que Richard tuvo problemas en entender.

—Pero, por lo que sé, hay alguien importante, ¿no? —Cruz-Ortega no dijo nada, así que insistió, tratando de no parecer demasiado ansioso, y delatar lo menos posible lo que sabía—. Lo digo porque me ha hablado de alguien a quien, entiendo, considera especial. —Nada. Tendría que arriesgarse más—. Alguien llamado Antonio Ramos.

—¿Antonio? —Cruz-Ortega lo miró con sorpresa—. Oh, no, no creo que Antonio le siga interesando. Hace demasiado tiempo de aquello, en el Madrid de mis tiempos dorados, y no hemos vuelto a verle. Que yo sepa... —añadió, dubitativo. Richard maldijo en silencio. Debía haberlo supuesto. Ramos podía haber visitado a Ana, podían haberse encontrado en cualquier lugar de Europa, sin que aquel hombre llegara a enterarse—. Fue solo un capricho, una chiquillada de niña. Antonio era un hombre muy guapo, tenía mucho encanto. Traía locas a todas las muchachas, pero él

solo parecía tener ojos para Ana y ella disfrutaba de sus atenciones. —Rio entre dientes, divertido—. No, seguro que ya no le interesa. Acabo de recordar que se enfadó mucho con él.

—¿Por qué? —preguntó Richard, preguntándose qué atenciones habría tenido aquel cretino con Ana. No muchas, a juzgar por la escena de que fue testigo, pero, aun así, un simple roce, una simple mirada, ya lo ponían celoso.

—Antonio era estudiante de leyes. Más pobre que una rata, pero inteligente y muy astuto. Hablaba bien, y le gustaba ser el centro de atención. Eso, era lo que más le importaba en el mundo. Solía frecuentar la tertulia del Café y Botillería de Pombo, en la calle Carretas. ¿Conoce Madrid?

—Sí, por cierto. Incluso he estado en esa cafetería.

—Curioso. Era también el lugar de reunión de personajes como Prim, Sagasta, O'Donnell... Un sitio importante, supongo. Quizá lo siga siendo, no lo sé, hace mucho que me desligué de todo aquello. Apenas sé nada sobre la actual situación política española.

—Pues se está perdiendo un momento realmente interesante. Ahora tienen ustedes un nuevo rey, Alfonso XII, y por lo que tengo entendido, no ha empezado mal. Ha conseguido estabilizar un poco la situación. Es un individuo astuto, inteligente, que sabe lo que se hace y, sobre todo, lo que quiere. Por medio del llamado Manifiesto de Sandhurst, se presentó como príncipe católico, español, constitucionalista, liberal y deseoso de servir a la nación. Lo llaman *el Pacificador*.

—¿En serio? —Cruz-Ortega sonrió—. Eso está bien, bien. Quizá todavía haya una oportunidad. Pero aquellos tiempos... En fin, que Antonio alardeaba de ideas progresistas, de republicano, pero en cuanto tuvo posibilidades de mejorar su bolsillo, no lo dudó. Se cambió de bando con la misma facilidad con la que cambió de sastre. Abandonó su aspecto bohemio, se casó con la hija de una de las familias más linajudas de Madrid, y se volvió un hombre... distinto. No se lo reprocho. Lo hacen todos. Pero Ana no pudo perdonárselo. No por la boda con aquella chica, entiéndame, aunque supongo que un poco también, porque se creía enamorada. Pero lo que más le importó, fue que traicionase sus ideas.

—¿Ana es republicana? —preguntó sorprendido. La política no solía ser un tema adecuado para las mujeres. Cruz-Ortega se encogió de hombros.

—Ana es una buena chica. Eso es todo. Se preocupa por la gente y tiene ideas un tanto ingenuas respecto a la política. Pregúntele por el artículo trece de la Constitución de Cádiz de mil ochocientos doce. Se lo sabe de memoria.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dice?

—*El objeto del Gobierno es la felicidad de la Nación, puesto que el fin de toda sociedad política no es otro que el bienestar de los individuos que la componen.* —Agitó la cabeza—. Como ve, yo también me lo sé. He tenido que oírsele centenares de veces. Reconozca que es una hermosa frase, un sublime principio.

—Sí, lo es —reflexionó Richard, sorprendido—. Me temo que me resulta muy... novedoso. No me educaron en esa creencia.

—Es usted duque. Y príncipe, en otro lugar. Es lógico que haya crecido rodeado de personas dispuestas a asegurarle que usted es algo especial, que hay una diferencia sustancial entre su sangre y la de un plebeyo cualquiera. Que usted nació para ser superior y los demás para servirlo. Qué cómodo, ¿verdad? Ana, por el contrario, no cree que alguien esté obligado a respetar a la nobleza. Ni siquiera a la realeza, porque sí. No cree en una designación divina, ni un orden natural que establece de forma matemática e inalterable la posición de un ser humano en la escala social.

—Ya lo sé, se lo aseguro. Definió a mis antepasados como *hijos de la gran puta*. Convendrá conmigo que no es lenguaje apropiado para una dama. Se lo digo por si se anima a imponerle un correctivo. —Se echó a reír—. Si lo hace, por favor, avíseme. Me encantaría estar presente.

—Y a mí, muy lejos —declaró Cruz-Ortega, secundando su risa—. Que Dios me libre de intentarlo. Ana es como es. Piensa que, si vivimos en comunidad, es para mejorar nuestras condiciones individuales, para sentirnos más seguros. De no darse esas ventajas, la unión carece de sentido y cada cual debería seguir su propio camino.

—Esas son ideas muy peligrosas —dijo Richard, arqueando las cejas sorprendido—. Conducen a la anarquía.

—Ninguna idea es peligrosa de por sí, amigo mío, solo lo puede ser, en algunos casos, su expresión física en el plano material. Ciertamente que muchos anarquistas han utilizado la violencia, pero también lo han hecho los defensores del Estado organizado como entidad opresora, como herramienta de las clases supuestamente superiores, y usted parece olvidarlo.

—No lo olvido. Pero el orden es necesario...

—El orden es orden cuando es lo suficientemente fuerte para imponerse. El resto, es desorden. ¿Eso hace que sea mejor uno u otro? No. Solo indica que un bando, el ganador, tenía más espadas, o más cañones, o más soldados. Y por eso fue capaz de imponer su concepto de “orden”. Como dijo Napoleón, *Dios está del lado del ejército más fuerte*. Si la mayoría de los hombres fueran anarquistas, lo extraño sería pensar como usted. Resultaría absurdo que alguien pretendiera ser mejor que los demás y obligarlos a rendirle pleitesía, por las razones que nuestra deprimente sociedad considera válidas.

—Me da miedo preguntarle si es usted anarquista.

—No. No se asuste, no lo soy. No ha habido tendencia que no me haya decepcionado. A estas alturas de mi vida solo soy un pintor fracasado, un marido deplorable, un padre egoísta y un borracho que se dedica a filosofar ociosamente porque no tiene otra cosa que hacer, y porque le da la real gana. Ya he aceptado que nada de lo que yo diga, ni lo que haga, cambiará la Historia. —Señaló el sol, situado muy bajo en el horizonte—. Pasaré de largo, como este día que se está acabando, y no seré más, pero, mientras estoy aquí, reclamo mi derecho a pensar libremente y a expresar mis opiniones.

—Y no se lo niego. Sin embargo, considero el anarquismo algo especialmente... dañino.

—¿De veras? ¿Acaso es peor que un Estado corrupto y degradado?

—Sin duda. Un país que se autoproclamara anarquista, que convirtiera su Estado en una simple oficina de negocios, que eliminara el ejército y dependiera de una organización espontánea de los trabajadores para su subsistencia, estaría condenado a la corruptela más infame, al hambre, a la pobreza, y no tardaría en ser invadido por cualquiera del resto de las potencias mundiales.

—Es su opinión y la respeto. Incluso, desde un punto de vista intelectual, la comparto. Desde luego, reconozco que el anarquismo tiene grandes inconvenientes. Corresponde más al área de las emociones que a la de la razón y no tiene una fácil aplicación práctica. Supongo que es debido a eso, que es capaz de asumir en su seno personas de carácter tan absolutamente extremo.

—¿Qué quiere decir?

—Hay anarquistas, capitán, que aman a sus semejantes, que encuentran inmoral y absolutamente insoportable el hecho de que haya miles de hombres y mujeres sumidos en la pobreza y en la ignorancia, pero jamás alzarían una mano contra otro ser humano y se conforman con una labor callada, cuyo producto debería darse a lo largo de los siglos. Creen que la solución estriba en la culturización, en enseñar a esas gentes a leer, a escribir, a tener conciencia del respeto que merecen por sí mismos. Me parece una empresa ciertamente loable. Pero, claro, son los partidarios de la acción violenta, los que buscan resultados inmediatos, porque están demasiado llenos de ira como para pensar realmente en el bien de nadie, los que se hacen oír, y a los que utilizan los poderosos para desacreditar todo el movimiento.

—Eso es cierto.

Cruz-Ortega asintió.

—No sé. Quizá todo se reduzca a que hay gente con conciencia social, y gente con intereses privados, se llamen como se llamen, y dando igual cómo quieran estructurar el mundo. No crea, personalmente no tengo demasiada fe en el futuro de esos movimientos. Los lamentables enfrentamientos que se produjeron entre Bakunin, y Marx y Engels, en la I Internacional, en Londres, en el sesenta y cuatro, me llevan a pensar que el ser humano es un problema sin solución.

—A veces, también lo creo. Somos capaces de lo más grande y también de lo más horrible. —Richard suspiró—. ¿Sabe? Hace algún tiempo tuve que hacer una... investigación, en Londres, que me llevó a estudiar un buen número de partidas de nacimiento. Era increíble el altísimo porcentaje de gente que tenía inscrita, como profesión del padre, la palabra "pobre". Pobre. ¿Se puede ser realmente "pobre" de profesión? ¿A ese punto hemos llegado?

—Amigo mío, yo he surgido de entre esa masa. Nací con un talento que me permitió escapar de allí, es cierto, pero conocí muchos, muchísimos, que no tuvieron esa suerte. Se *es* pobre. Hay en ello algo espantoso y tremendamente desalentador, que te aplasta y te limita, como si fuera una condición de la que nunca podrá escaparse. La miseria contamina, se adhiere, trata de tragarte, como si fuera

arenas movedizas.

—Supongo que es así. Yo nunca me he visto en la tesitura, pero he visitado las barriadas de muchas ciudades, de muchos países distintos, no solo en el mío. He visto a los niños descalzos y enfermos, a los hombres degradados, a mujeres obligadas a prostituirse para menguar, solo menguar, el hambre de sus hijos. La verdad, no creo que les ayude el que un grupo de hombres llenos de ira, de rencor, de odio, y de intereses propios, se pongan a discutir sobre si es necesaria la creación de las comunas o no. El cambio de las grandes estructuras solo afectará al reparto del poder de los dirigentes. Los niños hambrientos de Londres, o de cualquier otro sitio, necesitan soluciones de otro tipo e inmediatas.

—No es usted un mal hombre, capitán —repuso Cruz-Ortega, mirándole con repentino interés—. Y vuelvo a estar de acuerdo con usted. Dígame, ¿qué ha hecho, al respecto, después de comprobar sus condiciones? ¿Ayuda de algún modo a esos niños, a esos hombres, a esas mujeres?

Richard frunció el ceño. Tenía la sensación de haber caído por su propio pie en una trampa. No le gustaba hablar de aquellas cosas, pero el tono incisivo de Cruz-Ortega le obligó a hacerlo.

—Mantengo tres comedores públicos, dos orfelinatos, una residencia para mujeres sin hogar, una escuela y una asociación de caridad que preside mi abuela.

—No está mal. Y, aun así, le queda lo suficiente como para vivir como un duque.

—Oiga, no creo que tenga que justificarme. Hago más que muchos.

—Cierto. Pero se lava la conciencia utilizando una parte que le sobra, una parte que nunca echará en falta, haciendo oídos sordos al hecho de que podría hacer mucho más sin que le faltara un plato en la mesa.

—Eso no...

—Vamos, no se ofenda —Cruz-Ortega alzó una mano, implorando calma—. No pretendo insultarle. No soy mejor que usted, al contrario. Como le digo, yo surgí de la pobreza, hablé mucho mientras pasaba hambre y, cuando la suerte cambió, durante un tiempo, me olvidé de lo dicho, de lo vivido y disfruté de la vida, sin acordarme de aquellos que habían sido menos afortunados. Es algo que me abochorna y que preferiría olvidar. Dejémoslo en que, usted, al menos, ha aportado algo de positivo a este mundo.

—Muy bien. Considerémoslo así —accedió Richard, aunque no pudo espantar la molesta sensación de vergüenza. Aquel hombre tenía razón, su nivel de vida no había variado con sus proyectos de beneficencia. El hecho de que cientos de personas hubieran mejorado sus condiciones, no había afectado de una forma significativa a su fortuna, y la conciencia de lo que eso suponía, la injusticia, la iniquidad que implicaba, le horrorizó. Cuando volviera a Londres, trataría de hacer algo más, pese a las seguras protestas de sus abogados. Quizá otro orfanato—. Me parece que ha quedado claro que se puede hacer mucho bien, dentro del sistema.

Cruz-Ortega intentó un amago de sonrisa.

—Entiendo que defienda férreamente una situación en la que usted tiene unos privilegios y una gran fortuna, pero debería entender a su vez, que otros deseen cambiar las cosas. ¿Cree que es peor ser anarquista o ser un canalla como ese Juan Prim al que tuvimos que soportar, despótico, asesino, manipulador, y corrupto hasta la médula? Ese sí que utilizó todos sus ardides para mantener el Estado al que usted tanto desea aferrarse, capitán. Claro que le hubiera dado igual apoyar cualquier otra forma de gobierno, si le hubiese permitido ocupar el poder, y solazarse con su autoritarismo. ¿Sabe cuál fue su lema, en la revolución septembrina? *¡Abajo lo existente!* Palabras que muy bien podían haber salido de la boca de un anarquista. Palabras estúpidas, por cierto. Siempre hay algo que merece la pena conservar. Como puede ver, a veces, las respuestas no son sencillas.

—No, supongo que no —reconoció Richard—. Desde luego, su país no tiene una Historia actual de la que enorgullecerse.

Aquello provocó una insólita carcajada en Cruz-Ortega. Como consecuencia, empezó a toser de una forma alarmante. Richard intentó ayudarlo, pero el pintor lo rechazó, manteniéndose a distancia.

—No, no, por favor —dijo, con esfuerzo—. Ya se me pasa.

—Me parece que no he dicho nada gracioso.

—¿No? No se ofenda si le digo que Inglaterra es un monstruo hambriento, que muy poco de bueno ha llevado a las tierras que controla.

—Eso no es verdad. Hemos llevado la civilización.

—Han llevado su propio concepto de civilización, para ser exactos. Y han pisoteado cuanto han encontrado allí. Aunque también es cierto que eso lo han hecho de igual forma los portugueses, los españoles, los holandeses, y todos los que han tenido los medios y la oportunidad de extender su ferocidad por el mundo.

Richard frunció el ceño, pero guardó silencio. Había algo de cierto en lo que estaba escuchando, aunque no le gustara tener que hacerlo.

—En cuanto a España... —prosiguió Cruz-Ortega al cabo de unos momentos—. En fin, mi país es un pastel muy apetitoso. Tardará mucho en liberarse, si es que lo consigue algún día, de la codicia de los políticos y militares que en estos momentos tratan de morder un bocado más grande, de controlar el poder, por puro egoísmo personal. Reconozco que los hay honrados. Tenía un amigo, médico, ateo, diputado, llamado Suñer y Capdevila, que trataba por todos los medios de conseguir hacer algo bueno. Me pregunto qué habrá sido de él. Trabajaba para la Beneficencia. La última vez que hablamos, estaba agotado, física y anímicamente, embarcado en una lucha desesperada y sin recursos contra la tisis.

—Es un mal terrible —murmuró Richard. Un hospital. Sí, eso era. ¿Cómo no se le había ocurrido antes una idea tan estupenda? Crearía un hospital para pobres en Londres. El Hospital Charles

Arlington.

—Sí —Cruz-Ortega se frotó los ojos, como si le dolieran—. No creo que haya conseguido nada, ni como médico, ni como político, si es que sigue vivo. Estamos sumidos en una crisis terrible, lo reconozco. Echamos una reina que no merecía serlo, si es que alguna lo merece... ¿para qué? ¿Para que cuatro militares se hicieran con el poder? ¿Para que viniera Prim y nos dijera "*España no está preparada para la República*", como si fuéramos niños de pecho a los que hay que proteger de sí mismos? ¿Cuándo está un país preparado para la República? ¿Cuándo los militares lo estimen oportuno? ¿Cuándo le pareciera bien al señor Prim?

—Fue una etapa complicada para su país.

—Ni España ni nadie está preparada para dictadores que solo anhelan paladear el poder. Les da lo mismo blanco o negro, frío o caliente, redondo o cuadrado, contarán la historia según les convenga en cada momento concreto, y no tendrán vergüenza alguna en decir lo contrario a lo dicho el día anterior, con tal de seguir llenándose los bolsillos. Pobre España, la que tuve que vivir en mi época, atrapada entre sus redes, condenada a quedarse atrás en la cita con el futuro. Yo discutía continuamente. Los odiaba. Querían un mundo que obedeciera ciegamente sus órdenes, que no replicase. Son basura.

—Pensando así, la verdad es que no me extraña que su hija tenga ideas tan sorprendentes.

—Puede que sí. Jamás callé mis opiniones en su presencia, ni dejé de animarla a pensar por sí misma, y no me arrepiento de haberlo hecho. El resultado es Ana, una mujer muy especial, inteligente, con criterio propio. —Lo miró con intención—. Y no me diga que es un resultado que le disgusta porque, desde que hemos salido a cubierta, no ha dejado de preguntarme cosas sobre ella.

Richard sonrió y se encogió de hombros.

—No lo niego. Pero no la conozco lo suficiente como para que sean sus ideas lo que me atraen de ella. Aunque sea usted su padre, con el mayor de los respetos, señor, tiene que comprender que únicamente he podido fijarme en su... aspecto externo, en su apariencia. Ana es una mujer muy hermosa.

—Ja. Soy pintor, capitán, a mí no puede engañarme con eso. Yo podría pintar para usted la mujer más hermosa de todas y lo dejaría frío, si no le incorporo eso que llamamos alma, aunque solo sea con un par de pinceladas. No sé cuánto conoce a Ana, ni lo que ha ocurrido entre ustedes, hace ya mucho tiempo que no me meto en sus asuntos personales, pero su interés por mi hija no es tan superficial como pretende hacerme creer, o como pretende convencerse a sí mismo. De otra forma, no la habría mirado de ese modo, cuando ha venido a buscarme al camarote.

—¿De qué modo?

—Esa pregunta, debe contestarla usted mismo —suspiró. De pronto, parecía muy cansado—. Ahora, si no le importa, me gustaría sentarme en algún sitio y disfrutar de este buen tiempo. Hablar tanto me ha agotado.

—Por supuesto —Richard lo acompañó hasta el banco que solían utilizar Ana y su doncella. Estaba ayudándole a tomar asiento, cuando vio que las dos mujeres aparecían en cubierta. Puesto que se estaban ajustando a su horario de paseo, no tuvo nada que objetar a su presencia, pero tampoco quería verse obligado a dirigirles la palabra. Saludó a Cruz-Ortega, que le despidió con un apagado cabeceo, y se marchó hacia el castillete de popa. Esperaba que nadie lo molestase en un buen rato, disponer del tiempo suficiente como para meditar y sacar algo en claro de todo lo que había oído.

Se sentía turbado y extraño, y no solo por el hecho de que hubiese descubierto que Cruz-Ortega le caía bien, que era un hombre con ideas peculiares, pero sorprendentemente lúcido. Tenía un complejo enigma por delante, ciertamente.

Debía conciliar la imagen que había obtenido de Cruz-Ortega con la del despiadado espía que trabajaba para un Estado al que presuntamente odiaba, y no estaba seguro de poder hacerlo.

Capítulo 2

Kaifar, abril de 1875

1

Kaifar era una hermosa ciudad.

Sus edificios, de baja altura, casi todos de una única planta, con grandes espacios verdes en patios interiores, estaban enlucidos en un blanco intenso, que contrastaba fieramente con el verde de las palmeras y el tono terroso de la cordillera que se elevaba a su espalda formando una protectora media luna. Al fondo, construido en la ladera de las primeras montañas, el palacio se extendía en varias plataformas unidas por rampas, tan amplias que podían considerarse prácticamente avenidas, adornadas con una cenefa central de árboles, flores y fuentes.

Muy cerca, a su derecha, las bóvedas de la mezquita, el segundo edificio más importante de *Kaifar*, resplandecían con su cubierta de oro, y sus paredes, profusamente adornadas con piezas de un azul intenso, cuyas hebras doradas lo delataban como lapislázuli, daban una nueva pincelada de color. Junto a la costa, encaramado en lo alto de un promontorio, un fuerte de piedra controlaba la salida al mar defendiéndola de cualquier posible invasión con varias unidades de cañones. A sus pies se extendía una masa informe de almacenes, cobertizos, depósitos, barracones, lupanares, locales de negocios variados, y casitas más modestas, formando un bullicioso conglomerado que llegaba hasta el puerto, lo rodeaba, y seguía por el otro lado.

En el momento en el que el FURIA DEL PROFETA la tuvo por fin a la vista, la bahía se encontraba llena de barcos, de todos los tipos y tamaños. En algunos, no ondeaba bandera, pero su procedencia inglesa era indiscutible.

La isla no era muy grande, aunque sí lo suficiente como para albergar aquella ciudad y dos pueblos diminutos que se levantaban al otro lado de la cordillera. En otros tiempos, fue una simple parada para hacer aguadas, con escasamente un par de docenas de habitantes dedicados a la pesca, el pastoreo de una variante peculiar de cabra que ya se había extinguido y a una agricultura de tipo básico, apenas autosuficiente, pero hacía ya cerca de cien años, Omar al'Ahmed, un peligroso y audaz pirata, la había elegido como base para sus escaramuzas.

La vida era dura y su tripulación no estaba acostumbrada a sentir piedad. Mataron a los hombres, violaron a las mujeres, incendiaron las cosechas y se comieron las cabras. Las únicas que tuvieron consecuencias a largo plazo, fueron las violaciones. Empezaron a nacer niños, dando a la isla una esperanza de futuro. Llegaron más piratas, trayendo más mujeres, y el ciclo siguió adelante.

Cuando Omar al'Ahmed vio que el asentamiento prosperaba, que de simple campamento pasaba a ser pueblo, y que el pueblo crecía hasta casi ocupar prácticamente toda la zona este de la bahía, decidió crear unas leyes y un orden. Bautizó a la ciudad como *Kaifar*, que significaba *Justo Castigo*, sin dar explicaciones de por qué había elegido semejante nombre; se autoproclamó *Bey*, prohibió la

piratería descarada y construyó un puerto en el que se ofrecían toda clase de servicios a las naves mercantiles.

Por supuesto, no tardaron en aparecer por allí los barcos de guerra de los países más importantes, entre suspicaces e interesados por el surgimiento de aquella repentina ciudad-estado, pero Omar, hombre astuto y capaz de persuadir a cualquiera de casi cualquier cosa, supo mantenerlos a raya, convenciéndolos a todos de que su existencia les resultaría sumamente beneficiosa. A cambio de unas condiciones comerciales excelentes, pudo escabullirse de la necesidad de acoger a unos embajadores cuyo único sentido hubiera sido espiar sus movimientos.

Omar no quería informadores dentro de su ciudad, ni tener que rendir cuentas a nadie por hacer lo que le viniera en gana y, pese a su vertiente comercial, era sumamente desconfiado con todo elemento foráneo. De hecho, los extranjeros solo eran bienvenidos, y durante poco tiempo, en la zona portuaria de *Kaifar*, donde se concentraban todos los lugares que ofrecían la posibilidad de pernoctar; el resto, aunque no estuviera señalado, ni hubiese condenas explícitas al respecto, era territorio prohibido. Nadie ofrecía alojamiento y las miradas se volvían torvas.

Sin embargo, eso no fue impedimento para que el inglés Thomas Arlington, duque de Oxford, llegado por casualidad a aquellas costas y deslumbrado por su belleza, recorriese sus amplias avenidas, haciendo caso omiso al aire hostil de sus gentes. Tuvo la desfachatez de llegar hasta el mismísimo palacio, cuya fastuosidad le había dejado maravillado ya desde lejos y, una vez allí, solicitar una audiencia con el *Bey*.

Aunque Omar al'Ahmed seguía vivo, ya para entonces había abdicado en su nieto mayor, Yasef, hombre sabio, experto matemático, amante de la astronomía, y fue éste quien recibió la insólita solicitud. Pensando que podía tratarse de algún asunto político de vital importancia, lo recibió en el salón del trono, donde Omar al'Ahmed se empeñó en sentarse en los peldaños de la tribuna para que sus cansados ojos, ya cubiertos de cataratas casi por completo, pudieran distinguir con mayor claridad el rostro de aquel osado extranjero. Cuando Thomas entró en el salón, con aire jovial, hablando de la arquitectura local y temas semejantes, en absoluto políticos, abuelo y nieto intercambiaron una mirada. Tiempo después, se reconocerían mutuamente que ambos habían tenido la sensación de que aquel hombre había ido para quedarse.

No fue realmente así, aunque desde el punto de vista de Omar al'Ahmed podía considerarse cierto, puesto que murió pocos meses más tarde y nunca llegó a saber qué ocurrió luego. Thomas permaneció quince años en *Kaifar*, hasta que ya le resultó imposible seguir demorando su vuelta a Inglaterra, obligado por las continuas cartas de su madre, Jane, a la sazón lady Arlington, que deseaba fervientemente volver a verle. Thomas se despidió una primavera, prometiendo estar de vuelta antes de que finalizase el verano, pero nunca regresó. Una neumonía mal curada acabó con su vida en su casa de Londres.

De su matrimonio con Fátima, hija de Omar al'Ahmed, hermana pequeña de Yasef, a la que convirtió en su única esposa pese a las tradiciones de *Kaifar*, tuvo tres hijos, Andrew, Richard y Charles, y una hija, Noor. Los cuatro le esperaron ansiosamente aquel verano y en el otoño, y también en los inicios del cálido invierno. El barco que había embarcado el mensaje de lady Arlington con la triste noticia de su muerte se había hundido durante una tormenta y, puesto que tras

escribir la carta, la madre de Thomas, que se consideraba culpable en buena medida de lo ocurrido, por la presión a que le había sometido para que volviera, se había retirado a su mansión de Bath, sumida en el dolor, sin desear ver a nadie ni hacer caso de la correspondencia, pasó mucho tiempo hasta que el *Bey* obtuvo una respuesta a sus cartas.

Cuando la noticia de la muerte de Thomas llegó por fin a *Kaifar*, Richard sintió que la vida había dado un giro de ciento ochenta grados. Con el paso del tiempo, siempre recordaría aquel momento como el instante del cambio. El muchacho alegre y bullicioso, acostumbrado a realizar travesuras con su primo Omar, se convirtió repentinamente en un adulto. El dolor siempre es el medio más efectivo para hacer crecer a un ser humano, y aquel día Richard recibió una dosis tremendamente amarga, aunque, ciertamente, no fue el que vio más cambiada su vida. A partir de entonces, con catorce años recién cumplidos, su hermano Andrew asumió el puesto de cabeza de familia que había dejado vacante su padre, y se consideró responsable de su madre y de sus tres hermanos pequeños, los dos menores mucho más jóvenes que él.

Pero, a pesar de todo, seguía siendo un muchacho y su destino no estaba en sus manos. Andrew había heredado un título y una fortuna, y las responsabilidades que ambos conllevaban. Aunque lo hubiera cambiado todo por poder seguir viviendo en *Kaifar*, nadie le preguntó su opinión. Pocos meses después, tras intercambiar varios pliegos de correspondencia, y meditar sobre lo más conveniente para su futuro, el *Bey* aceptó que los tres hijos mayores de Thomas Arlington, los varones, rubios, blancos, con similares ojos verdes, fueran enviados a Inglaterra a vivir con su abuela, para que tuvieran la oportunidad de estudiar en las instituciones más selectas. La pequeña Noor, en la que la sangre árabe se mostraba mucho más acentuada, imposible de ocultar, se quedara a vivir en *Kaifar*. Pese a las protestas, lady Arlington acabó aceptando que era la salida más razonable. Con su piel levemente oscura, cetrina, Noor no hubiera tenido muchas oportunidades en la estricta sociedad londinense, tan llena de prejuicios.

No hubo, a ese respecto, ningún impedimento a que Omar, como hijo mayor del *Bey*, fuese también a Inglaterra, a recibir una educación occidental junto con sus primos. Acudió con ellos a Eton y, posteriormente, a Oxford. Siendo de la misma edad, había compartido clase y alojamientos con Richard, pero Andrew, que se tomaba muy en serio su posición de hermano mayor, los vigilaba de cerca, y el pequeño Charlie siempre andaba rondándoles. Quizá, a pesar de su poderosa familia y de su inmensa riqueza, su ascendencia árabe hubiera podido crearle problemas de relación, pero Omar tenía demasiado carisma y parecía inmune al desaliento. Eso, lo llevó a tener un amplio grupo de amigos y ayudó a que los tiempos del colegio de Richard, y los de la universidad, fueran un tiempo mágico que ambos se complacían en recordar.

Andrew, Richard y Charlie habían vuelto a *Kaifar* cada cierto tiempo. De hecho, no solían dejar pasar tres años sin aparecer por allí; alguno, como Andrew, menos. Los tres se encontraban en la isla cuando murió Fátima, de algo que solo se podía definir como tristeza, y también cuando un espía francés, intentado provocar una crisis en aquel obvio aliado de Inglaterra, se introdujo en palacio y asesinó al *Bey*, siendo apresado en plena huida.

Richard no podría olvidar nunca esa noche. Su primo Omar, que contaba a la sazón veintiún años y siempre le había parecido tan alegre, tan poco serio, asumió su nueva posición con una expresión terrible. No vaciló al condenar a aquel hombre a muerte.

Desde entonces, Omar al'Ahmed II había hecho, ciertamente, un buen trabajo. La ciudad había crecido más durante su gobierno que durante los de sus dos antecesores, las arcas estaban llenas a rebosar y la situación diplomática era estable. Richard sabía que una de las razones de la existencia de los dos pueblos al otro lado de la isla, era la piratería a la que se dedicaban, excelente negocio del que daban una buena participación al *Bey*, pero jamás hablaba del tema con su primo, a menos que fuera para mencionar de pasada el nombre de un barco.

Al hacerlo, sabía que no sería molestado.

2

El sol estaba muy alto cuando Ana ayudó a su padre a subir a cubierta. Regina les seguía a pocos pasos, cargada con la carpeta de dibujo que había utilizado durante el viaje y las bolsas de mano. Hacía un calor tan sofocante que lamentó haberse empeñado en seguir usando el vestido de sarga marrón. Habitualmente solo lo utilizaba para trabajar, cubriéndolo con un enorme delantal blanco, pero le había parecido apropiado ponérselo de continuo tras lo ocurrido la noche del ataque pirata, para desalentar de todo posible interés a Arlington. Quizá estaba funcionando, ya que no había vuelto a insistir, pero suponía un auténtico tormento. Sentía la tela áspera pegada a la piel, empapada de sudor.

A su lado, su padre no mostraba mejor aspecto. Había pasado una mala noche, con escasos períodos de sueño sembrados de pesadillas. El repentino bienestar del día anterior había demostrado ser pasajero y ahora se encontraba en medio de una de sus crisis. Apenas podía mantenerse en pie y sus manos temblaban violentamente. Trató de impedirlo, aferrando una a la otra, pero fue un intento inútil.

—No... no voy a poder hacerlo —susurró, aterrado como un niño en su primer día de colegio. Ana sintió que el corazón se le rompía de pena.

—Pues claro que sí. Yo lo ayudaré, papá.

Cruz-Ortega sonrió débilmente.

—Como siempre.

—Sí —Ana secundó su sonrisa, intentando infundirle algo de ánimo—. Como siempre. Al fin y al cabo, si pinto bien, es gracias a usted.

—Eso no es totalmente cierto, cariño —dijo él. Por si la admisión no había sido suficiente, la obsequió con unas afectuosas palmaditas—. Puedo haberte ayudado con la técnica, pero el talento era todo tuyo. Deberías haber tenido la oportunidad de desarrollar tu propio estilo. ¿Cómo se llamaba aquella tendencia tan rara, que tanto te entusiasmaba? Esa en la que hiciste una ligera incursión cuando estuvimos en Francia, la de aquel pintor que te gustaba tanto.

—Impresionismo. Se le llama Impresionismo. —Ana recordó con amargura el asombro y la

fascinación que sintió al ver por primera vez aquellas diminutas pinceladas de colores entremezclados, vibrantes de vida. Hacía mucho tiempo que no se había podido permitir el lujo de pintar algo así. Se preguntó qué habría sido de los dos cuadros que realizó en Francia. Los vendió a una galería, que a su vez los transfirió a coleccionistas privados que prefirieron quedar en el anonimato—. Y el pintor se llamaba Monet.

—Sí, ése. —Su padre entornó los ojos, sin pretender disimular su disgusto—. Qué forma tan extraña de pintar, a fe mía. Casi parecen borrones, manchas que cualquier niño podría hacer con los dedos.

—Vamos, no exagere. Eso no es cierto y usted lo sabe.

—Bueno, quizá. Pero no me gusta, no... corresponde a nada de lo que me han enseñado.

Ana sonrió. Hablando de aquellas cosas, casi parecía normal, el mismo hombre de otras épocas, y a ella le gustaba aprovechar esos momentos. Se sentía enormemente cansada de ser el pilar de su familia. Hacer de hija, y no de enfermera, era una auténtica satisfacción.

—La pintura ya no tiene por qué limitarse, padre. Desde el descubrimiento de Daguerre, su función de replicar la realidad ya no tiene sentido, hay que tomar otro rumbo, buscarle nuevos horizontes. Como artistas, debemos ser creativos.

—Ese maldito Daguerre nos ha hecho mucho daño.

—No, papá. Nos ha hecho libres. ¿No lo entiende? —Le apretó el brazo, tratando de contagiarle la intensidad de sus sentimientos—. Ha roto las cadenas que nos unían a la realidad. Los pintores ya no tenemos por qué ser esclavos de lo que vemos, y reproducirlo como simples amanuenses copiando un antiguo libro, con miedo a no atenernos a los detalles, ya que, sin nosotros, el instante se perdería, o el rostro del gran personaje sería olvidado. Ahora podemos mostrar lo que imaginamos ver, o, mejor dicho, manifestar la impresión que el mundo nos causa. Eso hacen los impresionistas, a su manera quizá extraña, pero indudablemente personal. Además, ese mundo que ven está cambiando, cada vez más rápido. Eso es parte de lo que tratan de captar.

—Eso no me vale, Ana. ¿Por qué no aprendieron algo de Goya? Él sí que era un maestro. No hace falta emborronarlo todo para mostrar lo terrible o lo cambiante del mundo. —Arrugó los labios, un poco enojado—. Y, sin embargo, muy a mi pesar creo que triunfará ese estilo. Aunque sigo sin entender por qué ese empeño en reducir la gama de colores.

Ana sonrió y agitó la cabeza, dándose por vencida. La llegada de dos marineros para ayudar a Regina con las bolsas, interrumpió la conversación. En cubierta reinaba una gran actividad. Habían empezado a vaciar las bodegas y todo el mundo iba de un lado a otro. Divisó en el comienzo del malecón la escolta enviada desde palacio, formada por varios palanquines recamados en oro, soberbios caballos árabes y un buen número de soldados ataviados con vistosas vestimentas escarlata. El grueso del grupo esperaba pacientemente; solo media docena de individuos se habían acercado hasta el barco.

Arlington, al pie de la escalerilla, hablaba con un hombre calvo, alto y muy delgado. Sus ricos ropajes y el medallón que colgaba de su cuello indicaban que era alguien de elevada posición dentro de la jerarquía de palacio. Al descubrirles junto a la borda, Arlington los señaló con la cabeza y el hombre los miró. Sus ojos, muy negros y de aspecto inteligente, parecieron atravesarla. La sensación de incomodidad se acentuó cuando Arlington cogió un caballo y se alejó por el puerto. Al parecer, había decidido dejarles librados a sus propios medios. No se sintió sorprendida. No había vuelto a dirigirle la palabra desde la discusión que tuvieron en su despacho.

Estaba tremendamente enfadado, lo había dejado muy claro. Ya desde el momento en que, abrumada por sus preguntas, le vino a la mente el nombre de Antonio, supuso que Arlington se enojaría tanto que dejaría de atosigarla. No era algo que tuviera que ver con los celos, por mucho que le agradara pensarlo. Arlington había intentado salvarla de Ramos y lo que realmente le había molestado era imaginar que pudiera haber sido tan tonta, o tan ambiciosa, de terminar cayendo en sus redes. En eso, desde luego, había acertado de pleno, y el nombre de Antonio había estado bien escogido; por desgracia, no podía evitar lamentarlo.

Arlington desapareció de la vista. El hombre calvo subió lentamente la pasarela, seguido de dos individuos realmente grandes, con la piel del color del bronce, vestidos con escuetos taparrabos del mismo tono azul intenso y sin más armas aparentes que sus enormes bíceps, y se acercó a ellos. Inclino la cabeza ante Eugenio, con un gesto elegante, lleno de dignidad.

—Señor Cruz-Ortega, soy Muhammad Ibn Hussein, Primer Ministro, Primer Servidor del *Bey* Omar, la Luz de *Kaifar*, Amado Hijo de Alá, Exterminador de Sus Enemigos, Inspirador de Leyendas, Señor de las Aguas y de las Tierras que ves, Amo de todos los Hombres que aquí habitan, Protector de Mujeres y Niños, Imparcial, Sabio y Justo —dijo, ceremoniosamente, sin titubear ni una sola vez, como si hubiese recitado aquella letanía en innumerables ocasiones, algo que, sin duda, era cierto—. En su nombre, le doy la bienvenida a nuestra gloriosa ciudad, y en el mío propio, añado todo mi agradecimiento. Es un honor para todos nosotros que haya aceptado inmortalizar en un lienzo la inmortal estampa de nuestro *Bey*.

Cruz-Ortega parpadeó, un tanto confundido.

—Eh... gracias —atinó a decir. Muhammad esperó unos segundos. Quizá aguardaba una serie igualmente desbordante de títulos y saluciones. En cualquier caso, no pareció muy decepcionado.

—Vendrá con nosotros ahora —prosiguió, cuando resultó evidente que Cruz-Ortega no iba a añadir nada—. El *Bey* lo recibirá inmediatamente. —Por fin, miró a Ana, aunque solo durante un instante, antes de volver a centrarse en Cruz-Ortega—. Me ha informado el príncipe Richard de que es posible que se produzca un pequeño conflicto de protocolo, dada la diferencia existente entre nuestras costumbres. Quizá usted posea la autoridad suficiente como para ordenarle a su hija que se cubra el rostro, por su propia comodidad. De otro modo, tendrá que esperar aquí hasta que le enviemos un palanquín cerrado, y será conducida directamente al harén.

—Es muy amable al mostrarse tan preocupado por mi comodidad, señor —intervino Ana, tratando de no delatar su enfado—. Pero le aseguro que no es necesario. Puedo ir por mí misma hasta el palacio.

El Primer Ministro de *Kaifar* volvió a fijarse en ella, con expresión de censura.

—En *Kaifar* no es costumbre que una mujer se inmescuya en una conversación entre hombres, o que hable sin que se le haya dado permiso para hacerlo. Téngalo en cuenta.

Ana entrecerró los ojos. Habitualmente, se mostraba sumamente diplomática en todos los lugares que visitaba, pero aquel tipo de afirmaciones la sacaban de quicio. Las palabras se le escaparon, sintiéndose absolutamente incapaz de contenerlas.

—En mi país, hablar de otra persona como si no estuviera, no solo no es costumbre, señor, es de muy mala educación.

Muhammad sonrió ligeramente. Un chispazo de diversión cruzó sus pupilas.

—Es una suerte que no estemos en su país. De otra forma, podría decirse que soy un maleducado.

—Cierto.

—Pero, el caso, es que es usted quien ha venido a nosotros, señorita Cruz-Ortega —concluyó él, arteramente—. Supongo que también encontrará de mala educación no respetar nuestras costumbres locales. Y el velo es una de ellas. En *Kaifar*, solo las rameras llevan el rostro al descubierto, de la misma forma que, en el suyo, las damas ocultan sus rodillas, cosa que no hacen nuestras mujeres de mayor dignidad. —Su sonrisa se acentuó al percibir el violento rubor que cubrió las mejillas de Ana—. ¿Quiere que la tomen por lo que no es? —Ella no contestó. Muhammad dio una palmada y alguien le puso delante un velo, una tela suave, casi transparente, de un tono morado claro—. Yo creo que no.

Media hora después, la escolta se dirigía hacia palacio. Ana iba en un palanquín, enfundada en su velo. En cualquier otro momento hubiera rumiado su furia, al haber sido obligada a doblegarse de una forma tan hábil, pero no ahora. Estaba demasiado ocupada tratando de memorizar todos los detalles que podía ver de camino: el número de barcos en la bahía, el número de cañones que podía divisar en el fuerte, el número de soldados deambulando por las calles...

No podía entender qué podía encontrar Castro de útil en sus mensajes, puesto que no podía hacer indagaciones realmente serias, las condiciones podían variar notablemente en pocos días y los cuadros tardaban semanas en llegar a su destino, a lo que había que añadir el tiempo que tardaba en pintarlos; pero, puesto que eso era lo que deseaba, tendría que seguir dándoselo.

Al menos, de momento.

3

Richard entró en las habitaciones privadas del *Bey* y lo encontró sentado a una mesa, tomando un desayuno tardío en compañía de dos de sus hombres de confianza, *Zahîr* y *Kamâl* que, al verlo llegar, lo saludaron y se retiraron discretamente.

Omar vestía túnica verde pálido con turbante a juego, elegantes pero no ostentosos, sin adornos ni emblemas, nada que pudiera indicar realmente su importante posición. Desde la última vez que estuvieron juntos, había engordado ligeramente, pero seguía mostrando un aspecto atlético, y su rostro, muy hermoso, de grandes ojos negros, cuidada perilla, y rasgos acusados, mostró una sonrisa radiante mientras se ponía en pie para recibirlo. Los dos primos se estrecharon en un fuerte abrazo.

—Salud, Luz de todo *Kaifar*, y alrededores —bromeó Richard, palmeándole la incipiente barriga. Omar se echó a reír.

—Sí, lo sé. Voy a tener que dictar una ley en la que se diga que mencionar mi sobrepeso, estará penado con la muerte o algo peor. Siempre hay algo peor. ¿Cómo te va a ti, Cabellos Dorados? Tienes buen aspecto.

—Gracias. No me va mal. —Su rostro se ensombreció—. Al menos, no del todo. Gracias por contestar tan rápido y por enviarme el barco.

Omar asintió.

—Aquel que haya asesinado a Charlie, es mi enemigo. Ese chico jamás le hizo daño a nadie. Yo lo quería. —Agitó la cabeza—. Lo que no entiendo es por qué no me permites ejecutar inmediatamente a ese pintor.

—Todavía no. No pude explicártelo todo en mi mensaje, porque aún no había elaborado mi propio plan de acción. Mis... jefes esperan que Cruz-Ortega sea eliminado de inmediato, pero antes necesito estar seguro. Además, no entiendo por qué no aprovechar la ocasión, para introducir un elemento bajo nuestro control en este espectáculo.

—¿Puedes ser más exacto, primo?

—Necesitamos que pinte un nuevo cuadro.

—Oh. ¿Mi retrato?

—No. —La idea le hizo reír entre dientes—. No seas presumido, Luz de *Kaifar*. Es el cuadro sobre la situación y las defensas de tu ciudad, lo que necesitamos. Además, la muerte de Cruz-Ortega debe mantenerse en el más absoluto secreto. De hecho, no debe saberse que ha ocurrido.

—No te entiendo.

—Vamos a crear nuestra propia *Sombra*. Seguirá actuando, pero bajo nuestro control. Eso nos permitirá mandar, a quienquiera que sea su contacto, la información que consideremos más adecuada, en el futuro.

—Oh, ya veo. —Omar sonrió ampliamente y lo miró con algo parecido al orgullo paternal—. Muy astuto, hermano mío.

—¿Crees que puedes localizar algún falsificador que sea capaz de simular su estilo?

Omar se encogió de hombros.

—Probablemente. Tenemos grandes artistas en *Kaifar*, hombres de notable habilidad. Haré que rebusquen en la cárcel.

—Bien. —Richard dudó. No estaba seguro de si sería buena idea plantearlo desde el principio, pero tampoco podía permitir demorar el tema. Y, al fin y al cabo, estaba hablando con Omar. Si se notaba su interés, si delataba cuánto le importaba, como mucho se reiría de él—. Hay un pequeño problema añadido.

Omar asintió.

—La hija.

Claro, cómo no, pensó Richard, sintiéndose algo ridículo. El Servicio Secreto de *Kaifar* era uno de los mejores del mundo, no en vano lo había organizado él, durante su estancia en el *Grupo*. Debía haber supuesto que a esas alturas los agentes de Omar le habían puesto al tanto de todo... O de casi todo.

—Veo que el Exterminador de los Enemigos de *Kaifar* está perfectamente al tanto de la situación.

—Cierto. Se me informó de tu mensaje, anunciando que habíais llegado a puerto, pero para entonces, ya imaginaba que venía. Llegó un mensaje de Londres, hace dos semanas. —Apretó los labios, un segundo, con disgusto—. ¿Sabías que esa muchacha estuvo relacionada con Stuart Beauchamp?

—¿Beauchamp? —Richard sintió un sobresalto—. ¿Stuart Beauchamp? ¿*Nuestro* Stuart Beauchamp?

—El mismo. —Los ojos de Omar se ensombrecieron. Quizá estaba recordando, como él, los tiempos del colegio y la Universidad, en los que Beauchamp había compartido con ellos tantas correrías. A Omar nunca le había agradado y a él, sinceramente, tampoco, pero tardó mucho tiempo en decidirse a alejarle de su lado. Demasiado—. Al parecer, fueron amantes.

Aquella era, como poco, una mala noticia, y no solo por el aspecto personal de la cuestión. Beauchamp se había unido, al mismo tiempo que él, al Servicio Secreto, y había sido uno de los agentes a su cargo, convirtiéndose en uno de los peores, con diferencia: pendenciero, ambicioso, demasiado independiente y demasiado preocupado por su propio éxito como para que se pudiera confiar en él. La casualidad de que lo conociera desde la infancia no había hecho nada para potenciar su amistad, como mucho, todo lo contrario. Beauchamp prefería clavar una daga por la espalda antes que mantener una conversación. Dentro del *Grupo* había sido el asesino, el encargado de intervenir cuando no era necesaria ninguna diplomacia. Le gustaba la sangre, el dolor, dominar por medio del pánico y la violencia. Era su principal problema, aunque no el único.

Estaba completamente loco.

La relación se cortó con lo que Richard llamaba el Hecho Innombrable, la aparición de una

prostituta muerta a golpes en su dormitorio. Beauchamp la dejó allí, intentando hacer recaer sobre sus espaldas las consecuencias de aquel crimen execrable. Desde ese momento, Richard se negó a seguir trabajando con él, incluso seguir respirando a su lado, y lo expulsaron del *Grupo*, aunque había seguido en el Servicio Secreto, captando información en distintas embajadas.

Había oído decir que había sido destinado a España, y también supo de su muerte, tiempo después, aunque, por lo que le dijeron, no había tenido nada que ver con ninguna misión, ni oficial, ni oficiosa. Un asalto, un atracador, un robo, o algo así, con posterior incendio. Había algo de justicia poética en ello, una muerte miserable para un miserable.

Al hacer memoria, recordó haberlo visto en la mansión de la condesa de Talavera, la noche en que conoció a Ana...

La idea de que ese pequeño canalla hubiese puesto sus manos sobre Ana lo enfureció y, más, que ella lo hubiese permitido. Claro que, de alguien que aceptaba ser la amante de Antonio Ramos, podía esperarse cualquier cosa.

Pero ¿lo había sido? La conversación mantenida con el pintor no dejaba de dar vueltas en su cabeza. Cruz-Ortega no sabía de esa relación, al contrario, aseguraba que Ana había terminado con Ramos en los lejanos tiempos en que éste se vendió a la familia del conde de Aranda, y eso encajaba mejor con la escena de la que él había sido testigo. ¿Pero, por qué aquella mentira? Quizá intentaba alejarlo y lo cierto era que mencionar a Ramos lo había conseguido, con efectividad. Maldita fuera, si al final resultaba que también había mentido en eso le iba a dar un buen escarmiento. Aunque aquello no tenía, ni de lejos, la importancia del asunto de Beauchamp. Si había sido su amante... Bueno, tendría que pensar en ello con más sangre fría y desde una perspectiva muy diferente.

Omar pelaba un higo con concentrado esmero, pero Richard no se dejó engañar. Estaba atento a su reacción, así que le dedicó una sonrisa torcida. Su primo no quedó especialmente impresionado.

—Me han dicho que es una muchacha muy hermosa. ¿Qué piensas hacer con ella? —le preguntó. Y luego, con el humor negro tan propio de él:—. Quiero decir, si finalmente ejecutamos a su padre, algo habrá que decirle, porque seguro que se da cuenta de que ya no participa en sus conversaciones. ¿Tienes alguna idea?

—No estoy seguro. —Richard tamborileó los dedos sobre la mesa—. Desde luego, la señorita Cruz-Ortega no podrá abandonar *Kaifar*, al menos mientras tengamos esta operación en marcha.

—No hay problema. La retendremos en el harén.

—No sé si resultará tan fácil como suena. Es una mujer con mucha personalidad. Y habilidades muy... diversas. Tenías que verla manejando una espada, por ejemplo. O una pistola. Me salvó la vida. —Un brillo cruzó los ojos de su primo. Richard no tuvo que preguntar para saber que Ana acababa de ganar muchos puntos en su estima. Demonios, él también lo agradecía, y solo por eso hubiera procurado que no le pasara nada, aunque no hubiese tenido ningún interés en ella. Pero lo sentía, no podía evitarlo, y no solo por su innegable belleza. Ana era tan... distinta, tan sorprendente. Seguía sin poder creerse alguna de las cosas que la había visto hacer—. Está loca. Se enfrentó con el

capitán pirata que intentó abordarnos. Él tenía un sable y ella un ridículo florete, pero no se arredró. Incluso, noches antes, me retó a duelo a mí.

—¿Te retó a duelo? —Omar se echó a reír, palmeándose las rodillas, sin percatarse de que estaba dejando rastros de fruta en la elegante chilaba—. ¿Qué le hiciste?

—Le ofrecí *Carta Blanca*. Acabo de terminar mi relación con mi última amante y pensé que Ana Cruz-Ortega sería una excelente sustituta. Fui inmensamente generoso, créeme, pero la muy tonta se puso furiosa.

—Oh. Sí, bueno... Las mujeres son impredecibles. —Su primo hizo un gesto vago con la mano, que indicaba lo inútil que era el intentar comprenderlas—. ¿Tienen razón mis agentes? ¿Es bella?

—Mucho.

—Entonces, quizá la retenga en el harén más tiempo del que hemos hablando —murmuró Omar pensativo. Richard entrecerró los ojos.

—No, Omar. Ni lo sueñes. Esa mujer es mía. Tú ya tienes ciento cincuenta y...

—Doscientas diez. —Le corrigió su primo, sonriendo de oreja a oreja—. Y las tengo satisfechas a todas.

—¿Satisfechas? ¿Quién lo dice?

—Ellas lo dicen.

Richard lanzó una carcajada.

—Ellas son esclavas, hermano mío. Dirán lo que tú quieras oír, como es su principal deber.

—Es posible. Pero también lo dicen mis cuatro esposas, que tienen un temperamento muy vivo. Me gustan las mujeres con espíritu guerrero.

—¿Es eso cierto, primo? —preguntó una voz desde la puerta. Richard se volvió justo a tiempo de recibir a Noor entre sus brazos.

La estrechó con fuerza, feliz de sentirla, de disfrutar de su aroma. La había visto tan pocas veces en los últimos años, que le costaba asociar a la esbelta mujer que lo abrazaba con la niña que le seguía a todas partes y reía sentada en sus rodillas, o con la joven de ojos inmensos que había enamorado a todo *Kaifar* hasta casarse con una boda tan lujosa como cualquiera de las cuatro del propio *Bey*.

Le quitó el velo, le sujetó la cabeza entre las manos, y se regodeó con la visión de su rostro, elegante y suavemente ovalado. Noor tenía ya veintisiete años; era esposa y madre y, por el modo en el que resplandecían su mirada y su sonrisa, muy feliz en todas sus facetas. Estaba tan obsesionado por memorizar los cambios experimentados en su rostro, que tardó varios minutos en percatarse de la

pronunciada curvatura de su vientre.

—Caramba, hermanita, ¿otro sobrino en camino?

—Pues sí —replicó ella, con la franqueza habitual con la que se trataban esos temas en *Kaifar*. Richard no conocía ninguna mujer inglesa que se hubiese referido a su embarazo con tanta soltura. Por lo general, era algo que trataba de disimularse y, cuando no era ya posible, las mujeres se quedaban encerradas en casa. Había algo enfermizo, incluso repugnante, en aquella vergüenza por el hecho de esperar un hijo. Prefería, con mucho, la sana alegría de *Kaifar*—. Nadîm es un hombre muy apasionado —añadió Noor, encogiéndose de hombros con un guiño pícaro. *He aquí otra expresión que jamás hubiera usado una dama*, rio él, mentalmente—. Y yo soy incapaz de negarle nada.

—Me alegro. Me alegro muchísimo. Estás preciosa —le dijo, sinceramente. Ella se echó a reír, de una forma cristalina.

—Gracias, Richard. Tú también estás muy guapo. —Su rostro se oscureció súbitamente—. Quise ir a Inglaterra, asistir al funeral de Charlie, pero el médico me lo prohibió terminantemente. Lo siento muchísimo. Me hubiera gustado estar contigo y con abuela, en esos momentos tan difíciles. Parece que la desgracia se ha cebado en nuestra familia. —Noor tenía razón, era como si una maldición hubiese caído sobre ellos. ¿Tendría él la culpa de todo? Esperaba que no, porque, en caso contrario, no sabía cómo iba a poder seguir viviendo—. Primero Andrew, luego Charlie...

—No importa, cariño. —Richard volvió a estrecharla con fuerza y apretó los párpados hasta que le dolieron. No quería llorar, ni empañar la felicidad de ese reencuentro—. Charlie lo hubiera comprendido. Hablaremos de él más tarde. ¿Qué tal Nadîm? —preguntó, para cambiar de tema.— ¿Y los niños?

Nadîm era su cuñado. Cuando Noor cumplió los quince años, Andrew fue consultado sobre su posible matrimonio. Solo puso dos condiciones: que Noor se casara por amor, por su libre elección, y que su futuro marido se comprometiera formalmente a no tomar más esposas. Noor eligió a Nadîm, Jefe de los Mensajeros de Palacio, y doce años después, su decisión parecía haber sido más que correcta. Eran felices y habían tenido tres hijos, Omar, que ya tenía doce años, Andrew, que contaba siete, y Richard, de tres, y era de suponer que, si el próximo en nacer era niño, se llamaría Charles, y si era niña, Jane, como lady Arlington. Puesto que esa falta de imaginación para los nombres era lo único que podía criticarse de Noor, ninguno de sus hermanos se lo echó nunca en cara.

—Muy bien, todos perfectamente. Nadîm te envía saludos, ahora se encuentra ocupado pero tratará de estar presente esta noche, en la cena. Y los niños andan preguntándose cuándo irá a verlos su tío.

—Omar ya no vive en el harén —dijo Omar, hinchado como un pavo real. Nunca había intentado ocultar sus preferencias. El pequeño Omar no solo llevaba su nombre, también había heredado sus impulsos traviosos—. Ya es todo un hombre. De hecho, estoy pensando que quizá pueda asistir a la cena.

—Te librarás de permitirlo. —Noor le echó una mirada de advertencia—. Lo digo en serio, Omar. Me prometiste que...

—Está bien, está bien. Vamos, primita, guarda las uñas. —Omar le tendió un higo perfecto y maduro, que ella cogió—. Serás tú quien decida sus diversiones, a menos que llegue a cumplir cincuenta años sin que le permitas ver a una bailarina desnuda. En ese caso, yo tomaría medidas... Y drásticas, creo.

—Eres un tonto —replicó Noor, riendo otra vez. Se sentó con ellos y apoyó una mano en la rodilla de Richard—. ¿Qué tal abuela? ¿Sigue tan guapa como siempre?

—Más. —La primera vez que había visto Noor a lady Arlington fue cuando se casó. Para celebrarlo, Omar cedió a los novios el velero y fueron a Inglaterra, a visitarla. Andrew, Richard y Charlie, que habían asistido a la boda, los acompañaron. El encuentro entre las dos mujeres fue extraño. Resultaba obvio que se alegraban enormemente de verse por fin, pero tardaron más de una hora en dejar de llorar—. Te envía su amor, una carta larguísima, o eso supongo por lo abultado del sobre, y un montón de cosas que me han traído de cabeza todo el viaje. Lo que más me preocupa es la cristalería. Espero que haya llegado entera.

—¡Oh, qué bien! Antes de que te vayas, tenemos que organizar una comida a la inglesa. Ya tengo de todo: mesa alta, auténticas sillas, mantelerías, una estupenda vajilla y la cristalería.

—Genial. —Omar hizo una mueca—. Espero que no implique comer lo mismo que los ingleses. La última vez que te empeñaste en esa tontería, casi me produce una úlcera.

—Eso fue porque tu cocinero no tiene ni idea de preparar un buen *budín*. O eso, o trató de envenenarnos.

—No sé. Por si acaso, lo desterré a otra ala del palacio. Creo que ahora se ocupa de cepillar alfombras. No sé si he hecho bien. —Se acarició la curva del estómago—. La nueva cocinera se ha delatado como mucho más peligrosa. —Todavía estaban riendo cuando un criado entró, anunciando que los invitados habían llegado a palacio. Omar se puso en pie y Richard lo imitó, seguido de Noor—. Conducidlos al salón del trono. Vamos, Richard. Estoy deseando conocer a esa mujer tan especial.

—¿Puedo ir? —preguntó Noor, más curiosa por el tono empleado por Omar que por lo que había dicho en sí. Su primo se encogió de hombros.

—Si te llevan tus pies... Pero cúbrete el rostro. Uno de nuestros invitados, es un hombre. Muhammad está curado de espanto, pero debemos mantener las tradiciones de cara al exterior. —Rio—. Nunca mejor dicho.

Omar abrió la marcha y sus primos lo siguieron a pocos pasos. Richard hubiera deseado ofrecerle el brazo a su hermana, pero cruzaron algunas zonas públicas y en *Kaifar* no estaba bien visto que una mujer casada caminase tan cerca de otro hombre que no fuera su esposo, ni siquiera tratándose de su hermano, así que se mantuvo a los centímetros de distancia dictados por la etiqueta.

Una vez Omar se hubo acomodado en el trono, con Richard de pie a su derecha y Noor detrás, apoyada en el respaldo, el Mayordomo golpeó el suelo con la vara. El sonido indicó a los sirvientes

que esperaban al otro lado de las grandes puertas delanteras que debían abrirlas, cediendo el paso a Muhammad, que guiaba en cabeza a Cruz-Ortega y a su hija. La doncella también iba con ellos, aunque se mantenía en un discreto segundo plano.

El pintor trataba de caminar erguido, pero su paso resultaba vacilante. Richard observó el temblor de sus manos y frunció el ceño, asaltado por una repentina idea. Que él supiera, excepto cuando había estado inconsciente, aquel movimiento había sido continuo. Incluso cuando, en cubierta, había hablado de una forma tan coherente, tan lúcida, sus manos se habían sacudido sin tregua.

En esas condiciones, ¿cómo demonios iba a pintar el cuadro? ¿Y cuánto tiempo hacía que se encontraba en tal estado? No mucho, supuso. El asunto de Lisboa tuvo lugar meses atrás, no había pasado un año. ¿Podía un proceso étlico ser tan rápido y devastador? Quizá fuera buena idea pedir información a Lisboa, o enviar a un agente, a investigar, para saber si ya por entonces Cruz-Ortega tenía problemas con la bebida.

Consiguió no sonreír al ver el rostro velado de Ana, obviamente molesta por la imposición. Su lado árabe paladeó la belleza de aquellos límpidos ojos azules, intensificada por el misterio, el reto, que originaba el velo. Recordó la noche que la conoció, cuando observó sus labios en aquella fiesta, pensando precisamente en esos velos, y ella se los humedeció de un modo que estuvo a punto de romper por completo su control. Los civilizados ingleses desconocían el lado seductor de aquella costumbre y Ana aún no la había descubierto, pero lo haría.

Tenía gracia, la había visto con el rostro expuesto siempre, incluso la había tenido completamente desnuda entre sus brazos, y, sin embargo, ahora sentía un deseo imperioso de arrancarle aquel trozo de etérea gasa, y poder deleitarse con sus rasgos suaves. Un placer del que decidió no privarse durante mucho tiempo.

Muhammad se detuvo a una prudente distancia y se arrodilló ante Omar, sobre la larga alfombra multicolor. Cruz-Ortega se limitó a inclinarse y Ana hizo una profunda reverencia, que extendió las amplias faldas de su horroroso vestido en todas direcciones.

—Luz de *Kaifar*, Modelo de Virtudes, Exterminador de nuestros Enemigos, tu invitado, el pintor Eugenio Cruz-Ortega, del país llamado España —anunció Muhammad, en árabe, mirando al suelo.

—Es un placer tenerle aquí, amigo mío —dijo Omar, en inglés, dirigiéndose al pintor. Cruz-Ortega agitó la cabeza.

—Un honor, Alteza, un honor.

Omar arqueó las cejas. Richard, que le conocía muy bien, supo que no podría controlar el deseo de jugar un poco con aquel extraño individuo venido de una extraña tierra.

—¿Es eso una corrección? —preguntó suavemente. Cruz-Ortega lo miró asustado—. Y, asumiendo que no lo sea, ¿a qué se refiere exactamente? ¿A que es un honor para usted o para mí?

—Oh, para mí, por supuesto —se apresuró a afirmar el pobre Cruz-Ortega, con angustia, temiendo

suscitar las iras reales.

—En realidad, para ambos —lo corrigió Omar. Ana frunció el ceño. Justo lo que Omar necesitaba, para seguir aguijoneando —Y esta es su hija. Preciosa. Admiraba mucho sus obras, Cruz-Ortega, sin saber que la más hermosa de todas todavía no se había mostrado ante mis ojos.

—Es muy amable, Alteza —murmuró Cruz-Ortega.

—Quizá durante su estancia aquí, podamos llegar a algún acuerdo al respecto. Su hija sería un adorno ciertamente delicioso en mi harén. Ninguna de mis mujeres tiene pupilas azules, ni siquiera las extranjeras. Creo que debo subsanar esa carencia de inmediato. —Apoyó un codo en la rodilla y se frotó el mentón, observándola como un mercader valorando un animal especialmente interesante—. Estaría dispuesto a pagarle una buena suma por ella. Pero, claro, para establecer el precio, sería conveniente que antes se quitase ese vestido tan poco favorecedor y tan voluminoso. Porque, ¿quién me asegura a mí que no tiene las piernas torcidas?

Ana inclinó la cabeza, aunque no pudo reprimir del todo un sonido estrangulado. Sonriendo, Richard se cruzó de brazos, disfrutando de la situación. Estaba seguro de que no conseguiría continuar en silencio mucho tiempo más.

—Me... me temo que las costumbres son distintas, en nuestros países —tartamudeó Cruz-Ortega—. Mi hija no está en venta, Alteza.

—¿No? ¡Ah! ¡Quizá se deba a que todavía no ha oído la oferta! —Lo observó con el ceño fruncido hasta que pareció que el pintor iba a derretirse—. Así, que no voy a poder convencerlo de que le ordene desnudarse, ¿eh? Es usted un negociante duro. —Golpeó uno de los brazos del trono con la mano—. Está bien, no importa, tiene usted razón, lo que me interesa son sus ojos, así que, con piernas torcidas y todo, le doy ahora mismo cinco mil libras en oro, diez mil, si aún sigue siendo virgen. Eso, para empezar, claro. Si demuestra ser fértil, la cubriré de regalos y le daré a usted otras dos mil libras por cada hijo varón y mil por las hembras. —Entrecruzó los dedos con cara de satisfacción—. Como ve, es una oferta muy generosa.

—Yo...

—Mi padre se siente muy honrado con su propuesta —intervino Ana, con voz alta y clara—. Sobre todo, teniendo en cuenta su amabilidad al ignorar mis piernas torcidas. Pero, como ni soy virgen, ni soy fértil, poco iba a sacar de mí.

—¡Ana! —exclamó su padre, escandalizado.

—Por otra parte, ese precio seguiría siendo un robo para sus reales arcas, Alteza —continuó ella, indiferente—. Confieso tener muy mal carácter. Como adorno de harén, no valgo gran cosa.

Omar ocultó su sonrisa tras una mano.

—Quizá eso sea yo quien tenga que decidirlo, mi querida muchacha. De momento, ya estaría dispuesto a pagar veinte mil libras en oro solo por poseer una hembra con tantos redaños... y ojos

azules. Y es posible que no encontraras tan desagradable ser mi concubina como para tener que ejercitar tu mal carácter. Al menos, concédeme el beneficio de la duda. —Ella no replicó—. En fin, dejaré el tema para otro momento más propicio. Por ahora, sé también bienvenida. Te alojarás con mis mujeres en el harén y...

—No, Alteza. —Ana pareció inmune a las miradas de horror y censura que le lanzaron Muhammad y algunos guardias. En *Kaifar*, interrumpir al *Bey*, era un delito penado con cincuenta azotes... claro que, las consecuencias de llevarle la contraria, eran mucho peores—. Mi lugar está y siempre estará, junto a mi padre. Es un hombre enfermo y me necesita. Si quiere un retrato, le sugiero que no me aparte de él, puesto que, de otro modo, ambos abandonaremos inmediatamente la ciudad.

Omar examinó detenidamente a Cruz-Ortega y Richard lo imitó. Realmente, tenía un aspecto lamentable. Pálido, en los huesos, con aquel temblor incontenible y la mirada extraviada de un hombre que ha olvidado algo en algún sitio y no acaba de recordar qué ni dónde. La muerte parecía rondarle muy cerca.

—¿Tú qué piensas, hermano mío? ¿Debo hacer una excepción con la hija de nuestro insigne huésped? —le preguntó Omar.

Richard miró a Ana con el ceño fruncido. No, no quería que aquella mujer quedara fuera de su alcance y si entraba en el harén aunque fuera temporalmente como invitada, no podría tocarla. El hecho de que hubiese sido amante de Beauchamp hubiera debido cambiar las cosas, pero no era así. En realidad, solo pensar en ello, los celos le corroían, igual que cuando pasaba por su mente el nombre de Ramos. Incluso teniendo la sospecha de que con éste último no había habido más relación que la anterior a conocerla.

La noche en el jardín de la condesa de Talavera, Ana era virgen, lo sabía sin atisbo de duda. Beauchamp llegó después, en algún momento. ¿Habría sido el único? Supuso que no, era absurdo pensarlo. A esas alturas, Beauchamp llevaba cinco años muerto. Ana era demasiado hermosa como para que no le surgieran oportunidades y demasiado ardiente como para no aprovechar alguna. En ese tiempo, seguro que había tenido un auténtico regimiento de amantes. Al menos los suficientes como para saber que no era capaz de concebir... Debería haberlo supuesto, por cómo se comportó, sin ninguna vergüenza, en su camarote. Recordar que a él lo había rechazado, como si fuera indigno de tocarla, mientras se entregaba alegremente a aquellos dos, lo llenó de ira.

—¿Richard?

—¿Eh? —Se volvió hacia su primo, sorprendido. Había olvidado que esperaba una respuesta. Decidió no dar una directa, por muchas razones, entre ellas, que Ana siguiera percibiendo su enfado—. Disculpa, Alteza. No es una cuestión en la que me apetezca intervenir. Lo dejo a tu sabio criterio. Supongo que todo depende de cuánto desees ese retrato.

—Oh, mucho. Mucho. —Omar sonrió abiertamente—. Bien. Entonces, concedido, muchacha. Podrás permanecer en las habitaciones de tu padre y estar a su lado siempre, pero no salir sola, sin la debida escolta. Recuérdalo porque, si lo haces, serás de inmediato conducida al Harén. Tu doncella puede quedarse contigo.

—Gracias, Alteza.

—No hay de qué. Mi primo me ha informado de que le salvaste la vida. Toda *Kaifar*, yo incluido, estamos en deuda contigo por ello. No lo olvidaremos, jamás. —Ana inclinó la cabeza, en un gesto algo tímido—. Además, entiendo tu postura. Espero que el día de mañana mis hijas se muestren tan preocupadas por mi bienestar como tú lo estás por el de tu padre. Descansad el resto del día y esta noche os reuniréis conmigo, en una cena organizada para festejar vuestra presencia aquí. Iniciaremos las sesiones mañana por la mañana, espero que no sea un asunto demasiado fatigoso. —Agitó perezosamente una mano en el aire—. Ahora, podéis iros.

Ana hizo otra reverencia y se retiró junto con su padre y Regina. Cuando estuvieron solos, Richard masculló una maldición.

—¿La has oído? Es la más desvergonzada...

—Tranquilízate, Richard. —Omar se levantó e inició la vuelta a sus dependencias, seguido de la media docena de guardias habitual. Noor miró interrogativamente a su hermano, pero no hizo ningún comentario. Richard caminó con ellos hasta que, abruptamente, su primo se volvió hacia él. Hizo un gesto a Noor—. Déjanos solos, Noor, por favor. Tengo algo importante que tratar con Richard.

Noor dudó, porque quería estar con su hermano, pero había sido educada en un mundo de hombres y sabía cuándo no debía insistir. Una de esas ocasiones, quizá la más importante, era cuando Omar usaba las palabras *por favor*.

—¿Pasarás luego a ver a los niños? —le preguntó a su hermano—. Estarán en el patio azul, esperándote.

—Iré sin falta.

Ella asintió, dedicó una reverencia al *Bey* y se retiró. Omar la observó alejarse y reemprendió el camino.

—Noor también es mi hermana, no me gusta hacerla de menos, pero lo que quiero preguntarte podría alterarla. ¿Estás absolutamente seguro de que ese hombre es el que asesinó a Charlie? —murmuró, mirando al suelo con el ceño fruncido—. Realmente, no parece muy peligroso.

—No. —Richard apretó la mandíbula—. No, no estoy seguro. De hecho, cada vez lo estoy menos. Algo me dice que él no fue. —Omar se detuvo y le observó, perplejo—. De todas formas, el caso es que está relacionado de algún modo. Tiene que ser la *Sombra*. Tiene que serlo, Omar, todo encaja demasiado bien. —Se encogió de hombros—. Y no olvidemos que el Servicio Secreto prefiere eliminarlo, como precaución.

—Hum... No me gustan los métodos ingleses. A veces, se parecen demasiado a los nuestros.

—Cierto.

—Tu plan de sustituir a la *Sombra*, no coincide con esas órdenes.

—No. Pero yo estoy a cargo de la operación y tomo mis propias decisiones. No me apetece matar a ese viejo, si no se demuestra su culpabilidad más allá de toda duda. Voy a esperar a ver cómo van las cosas. Si es la *Sombra*, él mismo se delatará. Será fusilado en cuanto intente enviar el cuadro. De ser esa su intención, seguro que ya tiene algo organizado, para hacer viable el envío. Dos fragatas españolas nos han estado siguiendo durante todo el viaje. Se mantendrán a distancia, pero desembarcarán algún agente con la misión de recoger el cuadro.

—Haré que no les pierdan de vista. A ninguno de los tres.

—Te lo agradezco.

—No seas tonto. Y, ahora, quítate esas absurdas ropas occidentales y disfruta de tu retorno a *Kaifar*... a casa. —Dio unas palmaditas y tres esclavas, una rubia, una morena y una pelirroja, se acercaron rápidamente—. Un buen baño y un relajante masaje obrarán milagros en tu humor y, por tanto, en el mío. Reúnete conmigo a la hora de comer... o más tarde, mucho más tarde, si lo prefieres. —Empezó a alejarse por el pasillo, mientras le decía adiós con una mano—. Pero recuerda que no puedes faltar a la cena.

Las esclavas eran muy bonitas y jóvenes. Richard no recordaba haberlas visto antes y hubiera apostado a que la rubia era inglesa y la pelirroja, escocesa o irlandesa. Probablemente, habían sido apresadas en algún abordaje y posteriormente vendidas o regaladas al *Bey*. Se recordó que no debía preguntarles por sus orígenes. Omar no se tomaría a bien que iniciara una campaña de rescate de damas europeas dentro de su harén. Las cosas eran así en *Kaifar* y probablemente hubieran podido tener un destino mucho peor, en sus propios entornos

Richard se dejó conducir por ellas hasta sus habitaciones. Las recorrió lentamente, empapándose de recuerdos. Todo parecía estar igual a como lo había dejado, casi tres años antes. Las paredes blancas, los techos profusamente adornados, los suelos de mosaico recubiertos aquí y allá de gruesas alfombras... La zona del dormitorio, dividida en dos alturas, con la gigantesca cama de dosel que de niño le sobraba por todas partes y seguía haciéndolo de adulto; el pequeño estudio en el que aprendió a escribir y a entender las primeras matemáticas; el baño, un mundo de azulejos blancos y complejos detalles azules, con la piscina rebosante de agua caliente. Vio que las esclavas, ya desnudas, le estaban echando sales y aceites de rico aroma.

Casi tuvo la sensación de no haberse ido nunca, de ser el mismo muchacho despreocupado que había nacido y vivido en *Kaifar*, inmerso en sus costumbres, realidades, y tradiciones.

Casi.

El encanto se rompió cuando, entre susurros, la morena le dijo algo a la rubia, en árabe, pero con un marcado acento francés. *No lo hagas, no lo hagas*. Richard luchó contra sí mismo, sabiendo desde el principio que había perdido. Allí, posiblemente, tenía las causas de que tres familias, en algún sitio, se preguntaran con angustia dónde estaban sus hijas. Y, se suponía, él era un caballero inglés.

—¿Eres inglesa? —le preguntó a la rubia, en inglés. Ella le miró con una expresión curiosa y asintió. Interrogó a las otras dos mujeres. Casualmente, la pelirroja si era escocesa, de Inverness, y

la morena de París. El idioma común era el árabe, así que procedió a utilizarlo—. ¿Y os gustaría volver a casa?

Se produjo un instante de silencio tenso y luego las tres estallaron en ruidosas carcajadas. Richard se quedó mirándolas con la sensación de haber contado un chiste cuya gracia él no había sido capaz de captar.

—El *Bey* dijo que nos lo preguntarías —dijo la rubia, por fin, llorando de risa—. Y que, cuando lo hicieras, te informáramos amablemente de que si alteras la paz en su harén, hará que te castren con un cuchillo de palo.

Richard se echó a reír. Aquello no tenía remedio. Y, al menos, parecían satisfechas con su suerte. No iba a ser él quien protestara. Se desnudó, se metió en el agua, densa por los aceites, cerró los ojos y, bajo los cuidados de aquellas muchachas, trató de olvidar a Ana Cruz-Ortega.

4

El velo había resultado ser un incordio mucho mayor de lo que le había parecido en un primer momento.

No sabía cómo eran las cosas en otros países, quizá se lo quitaban o quizás era que las mujeres no compartían las comidas con los hombres, pero, en *Kaifar*, comer con un trapo colgando sobre la boca, sin mancharlo, suponía una auténtica proeza. Ana observaba discretamente al resto de las mujeres presentes en el salón del banquete, intentando aprender de su forma de hacerlo. No eran muchas: las cuatro esposas del *Bey*, dos de sus concubinas preferidas, y la hermana de Arlington, Noor, que se había sentado a su lado y trataba de interesarla en una conversación sobre Inglaterra. Ninguna de ellas parecía tener el mayor problema. Con una mano, alzaban la tela lo suficiente para dejar espacio sin mostrar sus rasgos, y, con la otra, se llevaban a los labios el bocado escogido con los dedos.

Bueno, pues me da igual, se dijo, irritada, arrojando en su plato el diminuto triángulo que había manchado de grasa su velo, abandonando todo intento de seguir con aquello. Al fin y al cabo, no tenía nada de hambre. La comida le resultaba demasiado especiada, hacía demasiado calor y el aire estaba lleno de aromas intensos, que habían empezado a marearla. Hubiera dado cualquier cosa por poder quitarse el corsé. Y por poder borrar de una bofetada la sonrisa suficiente de Arlington, sentado a la cabecera de la larga mesa en forma de U, a la izquierda del *Bey*, ya que la derecha estaba reservada al invitado de honor. Al parecer, se estaba divirtiendo de lo lindo, aquel bellaco. De no ser por la mirada suplicante de su padre, le hubiera dicho un par de cosas.

—¿Su hija también pinta? —Oyó preguntar al *Bey*, por encima del volumen de la música. Ana se sobresaltó y miró hacia su padre. Él había palidecido. El fabuloso Cruz-Ortega nunca había sabido mentir, ni en su vida personal ni en su pintura.

—Poca cosa, Alteza. —Se apresuró a contestar por sí misma—. Alguna acuarela de vez en cuando, para entretenerme. Pero, por desgracia, no he heredado el talento de mi padre. Claro que,

siendo mujer, no me habría servido de mucho.

—Sí, entiendo. —Omar asintió, comprensivo—. Es una pena que no naciera usted varón. Todo hombre necesita un hijo que le suceda.

—Eso no tiene nada que ver, Alteza —replicó ella, picada—. No por nacer varón hubiera tenido que heredar el talento, necesariamente.

—Pero hubiera tenido más posibilidades.

Ana apretó disimuladamente las manos bajo la mesa.

—Me parece que jamás estaríamos de acuerdo en una discusión de esa naturaleza, Luz de *Kaifar*. Dígame, ¿qué cuadros de mi padre ha visto? —preguntó, para cambiar de tema. Omar pareció repentinamente desconcertado y una expresión alerta cruzó el rostro de Arlington. Ella los miró alternativamente, sintiendo un conato de sospecha—. Alguno habrá visto, digo yo, para tener tan buena opinión y mostrar tanto interés en un retrato.

—Por supuesto —intervino Arlington—. Aunque también es verdad que fui yo quien propuso su nombre, cuando se planteó el proyecto. Vi uno de sus cuadros en Londres y me resultó fascinante.

—¿Puedo saber cuál?

—Claro. Creo que se titulaba "Puerto pesquero español". ¿Sabes a cuál me refiero?

—Sí. —Ana contuvo el aliento. Se cuidó de no mirar a su padre, temerosa de encontrarlo al borde de un síncope. Aquel cuadro lo había pintado ella, al poco tiempo de iniciar su vagabundeo. Arlington asintió.

—Ese cuadro me causó una honda impresión. Su luz, sobre todo, su luz, pero también la viveza de los personajes. ¿Lo pintó a partir de alguna escena de la que fue testigo? —le preguntó a Cruz-Ortega. Ana ya no pudo seguir evitando mirarle. Como se temía, su padre parecía próximo a un colapso.

—Mi padre suele fijarse en detalles y luego los mezcla en sus cuadros —dijo, esperando que su tono sonase terminante. Por si acaso, intentó deslizar la atención hacia Omar—. Alteza, ¿qué obras ha visto usted?

—"La Soledad", "Tarde de siega", y "La Tabernita" —respondió nuevamente Arlington, con ojos entrecerrados—. Dígame, señor Cruz-Ortega, ¿es cierto, como se dice, que en sus cuadros siempre aparece una mujer, la misma? Me refiero a la joven del puerto, la muchacha pensativa de "La Soledad", la campesina que está de espaldas, cubierta con el sombrero de paja, en "Tarde de siega", y la posadera de la bandeja, en "La Tabernita". ¿Es cierto? ¿Y a qué se debe ese dato recurrente?

—No, no es cierto —dijo Ana—. El que casi siempre aparezca una mujer es pura casualidad, y no es la misma.

—Quizá eso tuviera que responderlo su padre.

—Y quizá mis preguntas tuviera que responderlas su primo.

Arlington frunció el ceño peligrosamente.

—Y quizás tú...

Omar alzó ambas manos, pidiendo calma.

—Haya paz, por favor. —Miró a su invitado, con una sonrisa—. Por lo que parece, amigo Cruz-Ortega, no necesitamos gastar aliento a la hora de discutir. Su hija y mi primo se muestran muy capaces de hacerlo por nosotros.

—Eso parece... —Ana aceptó la velada recriminación de su padre. Cruz-Ortega se pasó una mano por la frente, perlada de sudor—. Si me disculpa, Alteza, me gustaría retirarme. Estoy muy cansado.

—¿Ahora? —Omar lo miró sorprendido—. Pero, es muy pronto... Ni siquiera ha empezado la auténtica fiesta en su honor.

—Se lo agradezco, Alteza. Mi hija se quedará, en mi nombre. ¿Lo harás, querida? —preguntó, mientras le lanzaba una mirada suplicante. Ana también deseaba irse, pero nunca había podido negarle nada.

—Claro —murmuró de mala gana. Lo lamentó al momento, porque Arlington recuperó su odiosa sonrisa.

—Está bien —concedió Omar, observándolo con un conato de preocupación—. Que descanse. —Cruz-Ortega abandonó el salón ayudado por uno de los criados. Se sirvieron los postres y una selección de distintas infusiones. Ana procuró mantenerse ocupada en escoger dos pastelillos que no tenía intenciones de comer y en conseguir la cantidad exacta de azúcar en su taza de té, que no pensaba probar. Por fortuna, ni Arlington ni el *Bey* le dirigieron la palabra. Habían empezado una conversación sobre un barco nuevo que estaba construyéndose en los astilleros y parecían haberse olvidado de ella.

La orquesta, un grupo de cinco sujetos tocando timbales y extraños instrumentos que le resultaban irreconocibles, se interrumpió un segundo, marcó dos notas agudas, y a través de las cortinas de seda que cerraban uno de los laterales de la sala, irrumpieron en el lugar media docena de mujeres, contorsionándose asombrosamente al compás de la nueva melodía. Ana las miró perpleja, tratando de disimular su turbación. Su único atuendo, de poder ser denominado así, consistía en un estrecho cinturón de gasa con pedrería a la altura de las caderas, y una serie de velos aleteando sobre el cabello y el rostro, alzándose en oleadas sedosas cada vez que giraban. Tenían el cuerpo totalmente depilado, incluso el pubis. Cuando una de ellas pasó demasiado cerca, Ana clavó los ojos en su plato.

—Son bailarinas —le dijo Noor, con amabilidad, como si con eso se explicara todo. Ana la miró de través.

—Ya me he dado cuenta —replicó, con un tono que le sonó demasiado seco incluso a ella misma. Noor parpadeó y apartó el rostro, molesta. Ana sintió un ramalazo de culpa que se disipó cuando vio que, al menos, el asunto había servido para que Arlington dejase de sonreír. La miraba con aire indignado y ella trató de indicarle con los ojos cuánto la alegraba esa pequeña victoria. Le hubiera sacado la lengua, pero el velo lo hacía imposible. Además, una de las bailarinas se interpuso repentinamente y dejó de verlo. Aprovechó la ocasión para volverse hacia otro lado. Si ver aquel baile era el pago por no mirar a Arlington, estaba más que dispuesta a abonarlo.

En realidad, el espectáculo no estaba mal, al contrario, eran unas bailarinas excelentes. Ana decidió pintar algún día la escena, cubriendo más a las mujeres, por supuesto. Su mente empezó a trabajar, anotando detalles, luces, destellos, degradados de color, y consiguió abstraerse de sus problemas, como le ocurría siempre en esos casos.

Tras las bailarinas, aparecieron dos enanos acróbatas y, luego, una mujer que poseía una voz magnífica, aunque la canción que interpretó resultaba un tanto monótona y bastante fúnebre.

Era casi medianoche cuando por fin se dio por terminada la cena. El *Bey* se levantó, se despidió cortésmente de ella y del resto de los presentes y se retiró, seguido de sus cuatro esposas y sus dos favoritas. Ana aprovechó la ocasión para huir del salón. Se puso en pie precipitadamente, murmuró algo incomprensible que podía interpretarse como una despedida general y se marchó.

Esperaba fervientemente que Arlington no aprovechara la ocasión, para seguirla y exigirle explicaciones por el comportamiento que había tenido con su hermana, pero, por alguna razón, no le sorprendió oír pasos a su espalda en los silenciosos pasillos.

5

—Ana —llamó Richard.

La mujer se detuvo, en mitad del pasillo, pero no se volvió. El terciopelo rojo de su vestido reflejaba la luz de las antorchas y se volvía negro en los pliegues, tan negro como su cabello. Le hubiera gustado poder introducir los dedos en los brillantes rizos de su moño, deshacerlo, entrar en aquella cabeza. ¿En qué habría estado pensando durante la hora larga que había durado la cena, desde la marcha de su padre? Siguió con la mirada la línea suave de sus hombros, mientras cavilaba sobre la mejor forma de expresar su enfado. No podía permitir que su grosería con Noor quedara impune, pero tampoco se sentía con ganas de seguir cebando la tensión surgida entre ellos.

—Lo lamento mucho, Su Gracia —la oyó decir, en un tono grave, muy suave, antes de que le diera tiempo a llegar a ninguna conclusión—. Le aseguro que no quise ser desagradable con su hermana. En lugar de jactarme ante usted, por haber conseguido molestarlo, debí pedirle disculpas a ella, que solo ha mostrado amabilidad para conmigo. No tengo excusa, pero mañana sin falta le diré cuánto lo siento.

Richard asintió. Aquello, era una ofrenda de paz y él estaba dispuesto a aceptarla.

—Está bien. Noor no es nada rencorosa. Y yo tampoco —añadió, tratando de incluir la sonrisa en su tono. Si ella lo captó, no dio ninguna muestra de haberlo hecho—. ¿Por qué querías molestarme?

Ahora sí se volvió. Giró la cabeza para poder fulminarle con la mirada. El velo flotó suavemente en el pesado aire de la noche.

—Lo sabe perfectamente.

Richard hizo una mueca. Lo sabía, claro que lo sabía. Había aprovechado cada momento posible para burlarse de ella. *Bien, basta ya de todo esto*. Extendió la mano hacia Ana, que lo miró sorprendida.

—Ven conmigo.

Ella dudó y frunció el ceño con desconfianza.

—¿Adónde?

—Vamos, ven. Hay algo que quiero enseñarte.

Ana titubeó todavía un momento, pero algo cruzó por sus pupilas, su expresión se relajó y tomó su mano. Richard sintió un estremecimiento, una sensación extraña, al establecer contacto. Durante un momento, se miraron intensamente, como si estuvieran fuera del tiempo y del espacio, como si nada más que ellos dos tuviese auténtica existencia o auténtico sentido. Le costó salir de aquel bucle, porque le hubiera gustado quedarse en él por siempre, pero no era posible.

Sin decir nada, empezó a caminar y la condujo a través del laberíntico palacio de *Kaifar*, cruzando pasillos, patios interiores, amplias galerías, hasta llegar a su jardín preferido. Se detuvo frente a una palmera, gruesa como seis hombres en círculo, y alta como veinte.

—Este es el árbol —le dijo. Ana asintió y miró hacia arriba, calculando su altura. Se acordaba de la historia.

—Tuvieron mucho valor.

Richard rio.

—Sí, o poco cerebro, que muchas veces es lo mismo. —Ella apoyó la mano libre en el tronco rugoso, palpando su textura—. ¿Qué? ¿Te atreves a intentarlo?

Ana le miró con petulancia.

—Soy buena escaladora, aunque no lo crea.

—Estoy convencido de que es cierto. Tienes una notable aptitud para habilidades nada femeninas. —Ella se limitó a sonreír, lo supo por sus ojos—. ¿Vas a hacerme una demostración?

—¿Con este vestido?

—Siempre pones como excusa el vestido. El mismo, por cierto.

—Es el único que tengo, de noche —replicó Ana, sin dejarse molestar tampoco en eso—. Algunos no somos ricos.

Richard se inclinó hacia ella, hasta que sus narices estuvieron a punto de tocarse.

—Si tú quisieras, yo te compraría un centenar de vestidos de noche.

—Me parece que ese tema ya lo dimos por cerrado. —Retrocedió un paso e intentó liberar su mano, sin éxito—. Suélteme. Quiero volver a mis habitaciones.

—No. En realidad, no quieres. ¿Por qué eres tan cabezota?

—¿Y por qué es usted tan insistente? —contraatacó ella.

—No lo sé —reconoció con sinceridad—. Jamás en mi vida había hecho algo así. Puede que sea por lo difícil que me lo estás poniendo.

—Al menos es lo bastante sincero como para reconocerlo.

—Quítate el velo.

—¿Qué?

—Digo que te quites el velo.

Ana alzó la cabeza, con insolencia.

—No. —Richard adelantó la mano, para descubrirla por sí mismo, pero ella lo detuvo—. He dicho que no. Tengo que respetar las costumbres de *Kaifar*. ¿Lo recuerda, Su Gracia? Pues, mientras esté aquí, llevaré el maldito velo. Solo me lo quitaría para mi marido, si lo tuviera.

—¿Es eso una indirecta?

—En absoluto. Pero supongo que es lo bastante presumido como para suponerlo. De otro modo, comprendería que el tema del matrimonio me importa tan poco como a usted. Usted lo considera un contrato de compraventa, se va a casar con una linajuda heredera, adquiriéndola como a cualquier yegua de cría, pero yo lo tengo por una condena de por vida y no me voy a casar nunca.

Richard no pudo evitar una carcajada.

—No seas majadera. Eso no puedes afirmarlo de forma tan tajante.

—Claro que sí. Gracias a Dios, ya puedo ser considerada una venerable solterona. No tengo

dinero, ni juventud, ni nada que atraiga a un hombre a llevarme al altar. Solo me queda mi belleza, que no deja de ser una cuestión de gustos, y por la que se me ofrecen propuestas como la que usted ha tenido a bien hacerme, pero que... —Se interrumpió bruscamente, cuando él la atrajo de un tirón.

—¿Por qué me mentiste con lo de Antonio Ramos?

—¿Qué...? ¿Quién...? —Sus rasgos se llenaron de comprensión—. Ah, mi padre.

Así que estaba en lo cierto. Ramos solo era un recuerdo del pasado y lo había usado de excusa para quitárselo de en medio. No entendía por qué, pero era así.

—Sí, tu padre. Tuvimos una agradable charla, sobre tu pasado. Según él, ya no hay nada entre Ramos y tú. Dice que ese asunto terminó hace ya mucho tiempo.

—Mi padre sabe muy poco de mi vida personal. No le concierne en absoluto. Ni a usted tampoco.

—Puede que no, pero, en eso, me has mentido. Jamás te acostaste con él, ¿verdad? —Ella enrojeció y apartó la mirada—. No es tu amante, nunca ha sido tu amante. ¡Dímelo!

Aquel tono pocas veces lo usaba fuera de *Kaifar*. Era el adecuado para una orden terminante, que no admitía ninguna demora ni ninguna discusión. Ana dio un brinco sobre sí misma, tomada por sorpresa.

—No. Nunca lo ha sido —admitió. Richard sintió una extraña mezcla de alivio e irritación.

—No me gusta que me mientan. Procura que no vuelva a ocurrir.

Ana pareció algo aturdida por la advertencia. Tiró de la mano, aunque de una forma blanda, sin auténtica fuerza.

—Suélteme, por favor. Quiero irme.

No debía presionarla más, lo sabía. Al menos por el momento, tendría que conformarse. Liberó su mano.

—Muy bien. Ya hablaremos.

Ana dio media vuelta y caminó hasta la primera columna del pórtico. Allí, se detuvo, vacilante.

—No sé dónde estoy —reconoció, cruzándose de brazos. Richard sonrió.

—Ya lo suponía. —La precedió en el camino de retorno, esta vez, sin tocarla. Al llegar frente a la puerta de las habitaciones reservadas a Cruz-Ortega y sus acompañantes, la saludó con una inclinación de cabeza e hizo amago de irse. Ana apoyó la mano en su brazo.

—Dígame... —Dudó, como si le costara encontrar las palabras adecuadas—. ¿Se conformaría con una única noche? Quiero decir, creo que piensa que estoy en deuda con usted, por lo ocurrido en el

barco, y es posible que así sea. Si lo desea, me acostaré con usted, pero una única noche, y siempre que antes me jure, por su honor y el de su familia, que luego nunca jamás volverá a intentar abordarme de una forma... íntima. Seremos simples conocidos, buenos amigos, si lo desea, pero usted seguirá su camino y yo el mío.

Richard la contempló largamente, tentado de aceptar. Al menos, tendría eso, una noche. Pero ¿y si no servía para aliviar su deseo? ¿Y si al día siguiente el tormento aumentaba? Por alguna razón, estaba convencido de que así sería. No podía, no quería, de ningún modo, encadenarse con semejante juramento.

—Lo siento, Ana. No hay trato.

Ella asintió de una forma casi imperceptible.

—En realidad, lo esperaba —murmuró con tristeza. Entró en sus habitaciones y cerró la puerta sin hacer ningún ruido. Richard se maldijo por su estupidez. Una noche, al menos sería algo. Tal y como iban las cosas, Ana no sería suya de ningún otro modo. Si ahora no quería aceptar, menos lo haría luego, cuando hubiese detenido y ajusticiado, a su padre.

Permaneció allí varios minutos, luchando contra sí mismo, contra el deseo de entrar y aceptar aquel acuerdo absurdo, y terminó marchándose. Era mejor no precipitar las cosas.

Al fin y al cabo, aún quedaba algo de margen. Nada le impedía tener esa noche en otro momento.

6

Cielo claro, sin una sola nube. Azul.

En contraste con la amalgama de colores que era la ciudad a sus pies, resultaba bastante monótono. Ana empapó el pincel y lo pasó sobre el lienzo, extendiendo la acuarela. ¿Por qué tenía que hacer tanto calor? Habitualmente, le gustaba aquel lugar, ese rincón del jardín privado del *Bey*. Resultaba muy discreto, y era una posición ideal, que le permitía ver prácticamente todo el paisaje de *Kaifar*; pero ese día, incluso allí, en la terraza, a la sombra del alero emparrado, se sentía a punto de derretirse. Hubiera entrado de saber que iba a encontrar algo de frescura en el interior, pero la ola de calor sofocante parecía seguirla a todas partes.

Bien sabía que se debía a su ropa. La moda occidental no estaba hecha para aquel clima, ni siquiera sus vestidos más veraniegos, sin manga y de escote amplio. Y ni siquiera estando acostumbrada al clima cálido español, como era el caso. Nada era comparable al bochorno de *Kaifar* para alguien con corsé. Ana dejó el pincel y se pasó el pañuelo por el cuello, como tantas y tantas veces. Definitivamente, las capas de enaguas iban a acabar con ella. Claro que podía hacer como Regina, o como su padre, y adoptar el estilo de *Kaifar*, con sus batas amplias, sueltas, de telas suaves y ligeras como una pluma, pero no quería rendirse también en eso. Ya la habían obligado a ponerse el velo, no daría ni un paso más en su dirección. Pero podía dejar de usar el corsé. Nadie, excepto Regina, repararía en ello, y resultaría un alivio inmenso.

Un pájaro cruzó el cielo, probablemente una gaviota, aunque estaba demasiado lejos para poder identificarla. Desde algún lugar, quizá desde el sendero que se internaba en el jardín, bajo la terraza, le llegaron unas voces de hombre. Parecían discutir agriamente, aunque no les hizo demasiado caso, puesto que hablaban en árabe y no entendía sus palabras. Miró hacia allí, echándoles un vistazo desinteresado hasta descubrirlos. Entonces, prestó mayor atención porque el rostro de uno de ellos era en verdad curioso, con la enorme nariz ganchuda y un ojo completamente blanco.

Era una cara inolvidable, y trató de retenerla, para incorporarla algún día en alguna pintura, quizá como testigo mudo del baile de sus odaliscas. El hombre se dio cuenta de su observación, frunció el ceño y arrastró al otro individuo con él, para continuar la discusión al abrigo de unos matorrales. Ana se encogió ligeramente de hombros y volvió a mirar hacia arriba, olvidándose de ellos. No, el azul era más claro, definitivamente no había acertado con el tono. Suspiró, dejó el pañuelo y se volvió a buscar el color blanco en la caja donde guardaba sus pinturas.

Entonces, lo vio, por el rabillo del ojo.

Estaba en la propia terraza, junto al arco que iniciaba el sendero descendente hacia el jardín, oculto a medias entre las macetas. Era un muchacho alto, bastante delgado, vestido con una chilaba de un tostado muy suave. Ana no lo había visto nunca y el chico tenía rasgos árabes y el pelo, muy corto, negro como ala de cuervo, pero no le costó llegar a la conclusión de que formaba parte de la familia de Arlington. Tenía los ojos verdes, como él, y su contraste con la piel aceitunada creaba un conjunto ciertamente llamativo.

—Hola —le dijo con una sonrisa, esperando que pudiera entenderla, y que no se asustara. Le vendría bien, charlar con alguien. Además, aunque no sonreía, el chico parecía simpático. Tenía aire de pilluelo—. ¿Qué haces ahí?

El muchacho dudó, eso estuvo claro. Contuvo el impulso de salir corriendo y se mostró con audacia.

—Te miro —le dijo, en inglés.

—Ah. ¿Y por qué?

—Quería ver tus ojos azules. Todos quieren verlos, pero no se atreven a venir. Está prohibido. —Sonrió, mostrando una dentadura increíblemente blanca. Ana se echó a reír.

—Eres muy valiente. Deja que adivine: te llamas Omar, y eres el sobrino mayor de Arlington.

—Acertaste. —Hizo un gesto con la cabeza, claramente magnánimo—. Para ser una mujer, resultas bastante lista.

—Vaya, gracias —dijo ella, sin ofenderse—. ¿Y bien? ¿Qué opinas de mis ojos, ahora que los has visto?

Omar se acercó, mirándole fijamente las pupilas.

—Son bonitos. Tienen el color del cielo, al atardecer. Muy curioso.

—Pues los tuyos son como esmeraldas. Me gustaría tenerlos así.

—¿De verdad? —Omar pareció sorprendido y encantado con la idea. Puso las manos a la espalda y se balanceó majestuosamente sobre sus pies, en un gesto claramente copiado de su tío Omar—. A las chicas suele gustarles, sí.

—No me extraña. ¿Ya tienes novia?

—¿Novia? —El término pareció desconcertarlo por un momento—. Ah, sí. Prometida en matrimonio. No, todavía no. —Sonrió—. ¿Estás interesada?

Ana arqueó las cejas. Desde luego, aquel muchacho iba a ser un hombre terrible. Ya podían empezar a temblar, las mujeres de *Kaifar*.

—¿Cuántos años tienes, Omar?

—Casi trece.

—Pues si dentro de diez años sigues interesado en que te responda a esa pregunta, lo haré encantada.

—Hum... no sé —dudó él, tomándose la oferta en serio—. Diez años es mucho tiempo y ya eres bastante viej... mayor —se corrigió, galante. Echó un vistazo a la acuarela—. Además, quizá para entonces mis gustos hayan cambiado. Cuando cumpla catorce, mi tío Omar me regalará una esclava. Me lo ha prometido. Le diré que la quiero con los ojos azules. Mi tío Omar puede conseguirlo todo.

—Caramba, qué suerte. Ya me hubiera gustado a mí que me regalaran un esclavo, a mis catorce años.

Omar la miró perplejo.

—¿Para qué? Tú eres una mujer. No es lo mismo.

Qué sabrás tú, chaval, pensó Ana, imaginando a Arlington convertido en su esclavo, cumpliendo todos sus caprichos, pero decidió dejar pasar el tema. No era cuestión de pervertir a un niño, solo por defenderse. Volvió a coger el pincel y reemprendió su trabajo.

—¿Por qué está prohibido venir aquí, Omar? —le preguntó, mientras buscaba conseguir el tono exacto de aquel maldito cielo.

—No está prohibido venir aquí. Está prohibido acercarse a ti.

Ana le miró sorprendida.

—¿Ah, sí? ¿Quién lo ha dicho?

—Mi tío, el príncipe Richard. Dice que estás ocupada y que no hay que molestarte. ¿Te molesto?

—En absoluto.

—Ya me parecía a mí. Debes aburrirte mucho, siempre sola.

—No estoy sola. Tengo a mi padre y a mi doncella, Regina.

—Tu padre está enfermo. Apenas habla. Y la otra mujer es muy desagradable.

—¿Regina? ¿Desagradable?

—Sí. Me pilló cuando entraba por la ventana de tus aposentos y me retorció la oreja, pese a que le advertí que yo soy un príncipe y no se me puede golpear ni hacer daño de ninguna forma. Me dijo que si volvía por allí no se limitaría a retorcerme la oreja, me la arrancaría de cuajo, pero eso sí, sin ningún dolor.

Ana se echó a reír.

—La hiciste enfadar. ¿Cómo se te ocurre entrar por la ventana de mis aposentos?

Omar se encogió de hombros.

—Quería verte los ojos.

—Pues ya los has visto —dijo una voz. Ana y Omar miraron hacia la entrada a palacio. En el umbral, estaba el *Bey*, mirando al muchacho con expresión admonitoria—. ¿Se te ofrece algo más?

—No, mi señor —respondió Omar, súbitamente formal, haciendo una reverencia.

—Entonces, será mejor que desaparezcas. Con un poco de suerte, tanto la señorita Cruz-Ortega como yo, olvidaremos que has estado aquí.

—Yo no lo olvidaré —aseguró Ana. Sonrió a Omar, que la miró alarmado—. Pero siempre guardaré el secreto.

Los rasgos de Omar se iluminaron con una brillante sonrisa que lo asemejó enormemente a su tío Richard. Le dedicó otra reverencia.

—Dentro de diez años, esperaré esa respuesta —le dijo, antes de escabullirse por el sendero. El *Bey* rio, agitando la cabeza.

—Creo que lo ha conquistado, señorita Cruz-Ortega.

Ana le quitó importancia con un gesto.

—Es un muchacho encantador. Y no entiendo por qué le prohíben acercarse a mí. No tengo por

costumbre comerme a los niños, ni... pervertirlos. Por ejemplo, jamás se me ocurriría prometerle una esclava para cuando cumpla catorce años.

—Ja. ¿Se lo ha dicho? Pues será mejor que no se lo mencione a Noor o tendré problemas — advirtió, aunque no parecía muy preocupado—. Las cosas no son iguales aquí que en su mundo, señorita Cruz-Ortega, Ana... ¿puedo llamarla Ana?

—Por supuesto.

—Gracias. Es notablemente más breve. Pues bien, Ana, aquí, un muchacho de catorce años ya es un hombre. Yo tuve mi primera esclava a esa edad y Richard también.

Ana apartó los ojos, avergonzada.

—Entiendo.

—No nos juzgue mal. Esta es una tierra caliente, en todos los sentidos. Aquí las pasiones tienen otras medidas, muy distintas a las que pueda haber conocido hasta ahora. —Se acercó hasta que su sombra rozó las faldas de su vestido—. Si fuera lista, se dejaría llevar. Puede que incluso terminara gustándole. —Deslizó un dedo por el borde del lienzo. Su voz se había vuelto suave, con tacto de terciopelo. Ana lo miró y detectó la propuesta, y también la distancia respetuosa a la que se mantenía. Omar debía saber lo ocurrido entre Arlington y ella, e intuyó que esa era la única causa que lo desalentaba de intentar seducirla de una forma más directa. Por alguna razón, no se sintió incómoda—. No, sé que le gustaría.

—Quizá, si fuera hombre —dijo, por decir algo, tras un carraspeo—. Pero ni lo soy, ni quiero serlo.

—¿No quiere serlo? —Omar arqueó las cejas, como si ella hubiese dicho que no quería ser la persona más rica, o el ser más luminoso sobre la faz de la tierra. Dejó de lado aquel absurdo, por incomprensible—. ¿Cree que somos distintos a los hombres de su mundo? Aquí tenemos harenes, allí tienen amantes. Es lo mismo.

—No señor, no es lo mismo. Allí las mujeres también pueden tener amantes, aquí no pueden tener harenes.

—Vamos, no me venga con esas. Por si no lo sabe, he vivido muchos años en Inglaterra y conozco bien el país y sus gentes. Una mujer con amantes está fuera de su rígida sociedad.

—Eso depende de lo alto de su título y de lo amplio de sus riquezas.

Omar parpadeó lentamente.

—*Touché*, Ana. Es cierto. El dinero, el poder, lo deciden todo en todas partes.

—No creo. Aquí, ni la mujer más rica podría tener un harén.

—Oh, no se apresure a afirmarlo. Tienen... —se interrumpió bruscamente, con los ojos fijos en algo que había abajo. Ana siguió la dirección de su mirada y se sobresaltó al ver el extremo de un cuerpo caído, y la larga mancha de sangre que empapaba generosamente la hierba—. ¿Qué... ?

—Oh, Dios mío —murmuró Ana, llevándose una mano al pecho. El *Bey* se volvió hacia palacio.

—¡Muhammad! ¡Muhammad! —No pasaron ni dos latidos de corazón y su sirviente principal ya estaba a la vista, sobresaltado—. ¿Dónde están los malditos guardias? ¡Hay un cadáver ahí abajo!

—¡Alá nos proteja! —gimió Muhammad, antes de empezar a lanzar gritos en árabe. En pocos segundos el lugar se llenó de soldados. Sin mayor ceremonia, Omar saltó la barandilla y cayó ágilmente sobre sus dos pies, echando a correr hacia el cadáver. Ana decidió seguirle usando el mismo método, pero cuando acababa de subirse a la barandilla, entorpecida por las faldas, un brazo la sujetó férreamente por la cintura y la obligó a volver al suelo.

—¿Se puede saber qué haces? —le preguntó Arlington, entre perplejo y enfadado. Iba vestido, como había hecho desde su llegada a *Kaifar*, a la usanza árabe, aunque sin turbante. El efecto siempre la ponía incómoda.

—Bajar, claro.

—Maldición. —Contempló la escena caótica que tenía lugar en el sendero, la cogió por el brazo y la obligó a caminar junto a él, dando el rodeo habitual—. ¿Es que no te han enseñado que una dama no va por ahí dando brincos como un saltamontes?

—¡El *Bey* acaba de saltar!

—¡Me importa un bledo! El *Bey*... —se interrumpió, porque ya habían llegado y estaban rodeados de soldados. Lanzó una velada recriminación a Omar, que le sonrió y se encogió disimuladamente de hombros—. El *Bey* siempre puede hacer lo que quiera, claro, y sus actos son perfectos. Es la ley.

Ana se guardó su réplica para otro momento. Arlington la soltó y se acercó a los hombres que examinaban el cuerpo. Le dieron la vuelta. Su rostro osciló y cayó flojamente a un lado. La empuñadura de una pequeña daga surgía de su pecho, a la altura del corazón. Un murmullo de voces se extendió por todas partes. Ana no pudo entenderlo, pero supo que todos lo habían reconocido.

—Zahîr... —dijo Omar, gravemente. Arlington y él intercambiaron una larga mirada. Luego, para sorpresa de Ana, se volvieron hacia ella.

—¿Ocurre algo? —les preguntó, asustada. Muhammad le dijo algo en árabe a Omar, que consultó a Arlington con los ojos. Este último la observó con detenimiento y negó, un gesto firme y terminante. Muhammad no parecía demasiado de acuerdo, pero se conformó.

—Vete a tu habitación —le dijo Arlington—. Este no es lugar para una mujer.

—No se preocupe, Su Gracia, no voy a desmayarme —replicó, ofendida.

—Me da igual. Obedece.

Ana apretó los puños y se giró. Cuando había dado media docena de pasos recordó el incidente de la discusión. Los miró por encima del hombro.

—Por cierto, vi a ese hombre discutiendo con otro, pero me imagino que no les interesará saberlo. Además, al fin y al cabo, solo es la palabra de una mujer.

Omar, Arlington y Muhammad la miraron sorprendidos.

—¿Les oíste discutir? —preguntó Arlington—. ¿Sobre qué?

—Ni idea. Hablaban en árabe y no entiendo ese idioma.

—Un defecto que habría que solventar —murmuró Omar.

—No lo creo necesario —se apresuró a decir Arlington—. Es una pena, pero da igual. ¿Viste al otro hombre?

—Tan claramente como le veo a usted ahora, Su Gracia.

—¿Y...?

Ana frunció el ceño, tratando de recordar.

—Tenía la nariz grande, ganchuda, pero lo más llamativo era su ojo izquierdo, completamente blanco. Supongo que carece de visión en él.

Arlington intercambió una nueva mirada con Omar. Estaba claro que la descripción les había resultado suficiente para llegar a alguna conclusión. Arlington dijo algo en árabe y dos soldados se acercaron a Ana, poniéndose uno a cada lado. Ella se sobresaltó.

—¿Estoy detenida? —le preguntó a Arlington, incapaz de creérselo.

—No seas tonta. Es una simple precaución. Si tú viste al asesino, es posible que él te viera a ti.

—De hecho, me vio —susurró Ana. Arlington hizo una mueca.

—Estos hombres se ocuparán de tu protección. Ahora, largo de aquí. Luego iré a verte y te haré algunas preguntas.

No merecía la pena dar una réplica a esas palabras, ni aunque hubiesen sido pronunciadas en otro tono. Ana le lanzó una mirada asesina, dio media vuelta y se alejó por el sendero, franqueada por los dos soldados.

—Es una daga de lanzar —murmuró Omar. Richard asintió, observando la figura de Ana, alejándose por el sendero. En ese momento, entró en el giro de subida y desapareció de su vista.

—Sí, ya me he dado cuenta. —Se volvió hacia Omar, que estaba tocando el arma con un dedo. Pequeña y discreta, y mortífera en las manos adecuadas—. ¿Has sacado alguna conclusión de ello?

Omar miró hacia arriba, hacia la barandilla, sobre la cual aún estaba la caja de pinturas de Ana. También era visible la parte alta del caballete, con un lienzo que mostraba una acuarela bastante mediocre. En ese momento, llegó un soldado y se los llevó.

—No. Dejaré que seas tú mismo quien lo haga.

No le gustó el tono de Omar, aunque lo había esperado.

—No seas absurdo. No ha sido ella. Al margen de que no la creo capaz de hacer algo así, la posición del cuerpo indica que la daga fue lanzada de frente, no desde esa altura y a su espalda.

—Quizá no. —Al ver cómo lo miraba, Omar rectificó—. Vale, también pienso que no, porque... bueno, sé que ha estado conversando largo rato en la terraza, yo estaba con ella cuando hemos visto el cuerpo, y está claro que la posición no coincide. Además, no tiene sentido que corriese de un lado a otro para matarlo en una posición cómoda y luego se volviese a la terraza para ponerse a pintar como tal cosa, dejando ahí el cuerpo.

—Pues sí. De haber sido ella, mejor matarlo en otro sitio, o al menos molestarse lo mínimo por ocultar el cuerpo. O incluso no hablar de esa conversación. Nos ha dado una pista que no teníamos.

—Kamâl hubiese venido a hablar conmigo de todos modos. —Omar descartó con un gesto aquel mérito de Ana—. Si me consta que tienes razón. Es... absurdo. Pero no sé qué pensar, Richard. El muerto era el jefe de mi Servicio Secreto. Estaba al tanto de la situación de Cruz-Ortega y tenía como misión vigilarla a ella mientras su padre estuviese conmigo. Me resulta bastante obvio que ha llegado a convertirse en un personaje molesto para la *Sombra*. La prueba es que está muerto y no de viejo, como era de esperar a estas alturas. —Hubo un ligero toque de pena en su voz—. Y ahora, ella, acusa a Kamâl. Qué oportuno, ¿eh? De un solo plumazo, queda eliminado mi mejor espía y se llena de sospechas al jefe de mi guardia.

—Quizá Kamâl...

—Kamâl está por encima de las palabras de una extranjera, Richard —lo interrumpió Omar, con frialdad—. Ha probado su lealtad demasiadas veces, las suficientes como para no necesitar volver a hacerlo nunca. Perdió ese ojo intentando salvar la vida de mi padre. No lo olvides.

No, no podía olvidarlo. Él también confiaba ciegamente en Kamâl. Animoso, fuerte, leal, cuando eran pequeños había sido su tutor y les había inculcado, a él y a Omar, que cuando se empuñaba un sable había que estar dispuesto a vencer o morir; también los enseñó a beber como si no hubiese un mañana y a enfrentarse a cualquier desafío que se les pusiese por delante. Formaba parte de su vida. La idea de que fuese un traidor resultaba insoportable, por completo inaudita. Ni siquiera había

pasado por su cabeza y la suposición de Omar lo molestó.

—Iba a decir que quizá Kamâl tenga alguna explicación que ni de lejos se nos va a ocurrir y le estamos dando vueltas a todo esto sin sentido. Será mejor que hablemos con él y que nos cuente por qué discutían.

Su primo pareció avergonzado.

—Por supuesto, disculpa. Ya he enviado a buscarlo. Es que creí que sospechabas de él.

—No, Omar. ¿Pero qué dices?

—¿Qué quieres que piense? Has puesto custodia a Ana en cuanto lo ha mencionado, hablando de protegerla del asesino. Creí que te referías a él.

—No, por Alá. No creo que Kamâl sea el culpable. Sin embargo, se me ocurrió pensar que el asesino ha estado... —Miró alrededor, calculando por la posición del cuerpo y la distancia que podía recorrer una daga de ese tipo, lanzada por un hombre medianamente fuerte, y señaló un punto —. Allí, diría yo. Protegido tras esa fuente.

—O quizá en esa estatua, más cercana —sugirió Omar. Sí, dependiendo de la fuerza, ambos puntos podían resultar válidos, estaban en línea.

—En cualquier caso, tenía de frente la terraza. Pudo ver a Ana pintando y quizá crea que ella a él. Cabe la posibilidad de que la considere un objetivo, ahora mismo.

—A menos que trabajen juntos.

—Con su padre, en todo caso.

—¿Y por qué no con ella?

Richard frunció el ceño, empezando a irritarse.

—¿Por qué estamos teniendo esta discusión, Omar? —Las inteligentes pupilas del *Bey* mantuvieron su mirada—. Crees que no soy objetivo con ella, ¿no?

Omar dudó.

—No. No lo eres. —Claro que no lo era. Incluso él lo sabía—. Pero tienes razón, no creo que fingiera. No sé si sabe algo de lo que está pasando, pero, en esto, no está involucrada.

—Eso pienso yo. Y no sabemos quién ha hecho esto y qué ha visto, pero, si no te importa, prefiero tomar medidas preventivas y no arriesgarme.

—Entiendo. ¿Se te ha ocurrido que podríamos provocar esa respuesta del asesino? ¿Obligarlo a dar ese paso?

Sí, se lo había planteado. Hacer correr el rumor de que Ana había visto el crimen y esperar que el asesino acudiese a intentar eliminarla, solo para descubrir que todo era una trampa para atraparlo. En otras circunstancias, seguramente hubiese pensado que era una buena idea y la hubiese apoyado al momento. Pero se sentía reacio a arriesgar así la vida de Ana.

—Esperemos a ver qué dice Kamâl —dijo, evasivo. Omar sonrió.

—Muy bien. —Señaló hacia el cuerpo—. ¿Hay algo más que debemos hacer aquí?

—No. —Richard miró a su alrededor—. Pero rastread a fondo la zona, por si acaso hay alguna pista. Y huellas, quiero que los mejores rastreadores busquen huellas en los puntos en los que pudo situarse el asesino. Sé que va a ser difícil, pero quizá saquemos alguna conclusión válida del tipo de pie o calzado que usa, o de la dirección que tomó.

—Hecho. —Omar se volvió hacia Muhammad, quien empezó a dar palmadas y gritar órdenes. Los soldados se dispersaron en grupos de dos—. Vamos. —Richard sintió la mano del *Bey* sobre su hombro y se dejó conducir. Apenas fue consciente del camino de regreso; su mente no dejaba de dar vueltas a lo sucedido—. No sé si estabas ocupado en algo, pero me gustaría que te quedases conmigo un rato más.

—Por supuesto.

—Bien. Kamâl no tardará en presentarse. Mientras, me gustaría saber qué medidas piensas tomar, en represalia. Este asunto es muy grave, primo. Mi gente esperará de mí una respuesta rápida y contundente.

—No vas a decapitar todavía a nadie, al menos no de la familia Cruz-Ortega. No tienes pruebas.

—Mmm... —Omar asintió—. Podría conformarme con la doncella.

—A veces, eres...

—Vamos, Richard. ¿Dónde perdiste el sentido del humor? Antes sabías captar una broma al vuelo. Esa pequeña sirvienta no sería una víctima lo suficientemente adecuada para el sacrificio que debo hacer. No es lo bastante importante.

—Ah, caramba. Córtaame la cabeza a mí, entonces —sugirió, cediéndole el paso a la entrada del salón del trono. Omar rio entre dientes.

—No me des ideas, primo. Tú sí que serías una víctima propiciatoria para un buen sacrificio.

—¿Aunque no sea virgen?

Esta vez, la risa de Omar fue una auténtica carcajada.

—Aunque no lo seas, ciertamente. ¿Sabes? La conversación que estaba manteniendo con la señorita Cruz-Ortega era ciertamente curiosa. —Le miró, esperando su reacción. Richard se limitó a

alzar una ceja, a la expectativa—. Tiene unas ideas realmente singulares sobre las naturalezas del hombre y la mujer.

—Me consta. ¿Te dijo que no piensa casarse nunca, que no quiere perder su preciosa libertad?

—No. —Omar pareció desconcertado por semejante planteamiento. No era de extrañar. En *Kaifar*, la aspiración máxima de una mujer era hacer el mejor matrimonio posible. Y en Inglaterra, también—. No llegamos a eso, solo pude tantear el terreno. Al parecer, tú sí hiciste un avance semejante. —Lo estudió, intrigado—. Me sorprendes, hermano. ¿Le pediste acaso que se casara contigo?

—No. —Richard contempló el emblema de la familia de Omar, colgado de la pared, detrás del trono. Le recordaba sus propias cadenas—. No, demonios. Sabes perfectamente que no sería posible.

—Sí, lo sé. Al menos, si la cuestión es ajustarse a las absurdas leyes inglesas y su religión, más absurda todavía. Pero la pregunta es: ¿te gustaría hacerlo?

No tenía sentido mentirle a Omar.

—Creo que sí —admitió, renuente. Lo que no estoy seguro, es de por qué. Pero... diantre, sí.

El *Bey* sonrió, comprensivo.

—De esas cosas, uno nunca está seguro. Yo no sé por qué me casé con tres de mis cuatro esposas. Con la otra sí, su padre es un pi... —Carraspeó— un marino excelente y nuestros esponsales formaban parte de un acuerdo establecido por el mío. No podía negarme. Pero las otras... sobre todo Fareeda. No sé qué me pasó cuando la conocí —admitió pensativo—. Fue verla y perder la cabeza. Ahora, cada día dependo más de ella. Tiene carácter, no puedo negarlo, pero también es dulce y generosa, y una madre ejemplar. No sé, me puede.

Richard sonrió. Le entendía perfectamente. Fareeda era una mujer estupenda. De las cuatro esposas de Omar, era la única a la que quería realmente.

—Estás enamorado, primo —dijo, sintiendo algo de envidia. Omar amaba a Fareeda y la tenía. Nada había podido impedirlo.

—Supongo que sí. Soy un hombre feliz... o lo era, hasta hace unos momentos —terminó, al ver que entraba Kamâl en el salón. El jefe de su guardia hizo una seca reverencia ante el trono. Su ojo sano los estudió con reserva—. Kamâl, supongo que te habrán informado de lo ocurrido.

—Así es, Alteza.

—Me han dicho que estuviste hablando con Zahîr, poco antes de que lo mataran. —Omar tomó asiento en su trono, y apoyó la barbilla en una mano—. ¿Puedes decirme sobre qué discutíais?

Kamâl titubeó.

—Preferiría no tener que hacerlo, Alteza. Al menos, no hasta haber comprobado algunas cosas.

—Ah. ¿Y puedes darme una razón para tu prudencia?

—No quiero manchar la memoria de Zahîr. Ahora está muerto.

—Y su asesino permanece por ahí, vivo e impune. Este asunto es urgente, Kamâl, no admite demoras. Por lo que sabemos, en estos momentos puede estar embarcando, con intenciones de escapar.

Kamâl inspiró profundamente.

—Te agradezco tu confianza, Alteza —dijo, con evidente alivio—. Pareces estar muy seguro de que no fui yo.

—No me vengas con esas. —Omar frunció ligeramente el ceño, molesto porque se le supusiera capaz de semejante falta de lealtad—. ¿De qué hablabas con Zahîr?

—Tenía mis... sospechas, relacionadas con esas dos fragatas españolas que están rondando la isla, Luz de *Kaifar*.

—¿A qué te refieres?

—Zahîr fue visto en una taberna, hablando con un extranjero cuyo origen está por confirmar. Que yo sepa, no pertenecía a las tripulaciones de ninguno de los barcos anclados en el puerto, puesto que así me lo dijo mi confidente. Por lo tanto, se lo pregunté a Zahîr. Pensé que él me ofrecería una explicación, sin más, pero en lugar de eso se puso hecho una furia. Ya sabes cómo era Zahîr, sobre todo desde el asunto de los dos portugueses. —Omar asintió, contrariado. Richard supuso que había ocurrido algún percance en algún momento—. Temía no ser digno de servirte y pensó que yo estaba cuestionando de algún modo su competencia, cosa que no puede estar más lejos de la verdad. Yo lo apreciaba y lo respetaba. Pero se enfadó muchísimo. Me ordenó que no me metiera en sus asuntos, que todo formaba parte de la misión que le habías encomendado. Sé que era secreta, por eso no me atrevo a preguntarte, Alteza, si eso es cierto.

—No te preocupes. En realidad, no lo era. Al menos, no de una forma directa. Zahîr tenía como única misión vigilar de cerca a la hija de nuestro invitado, pero quién sabe. —Richard sintió su mirada de reojo—. Quizá esa conversación con el extranjero estaba relacionada con ella.

—En todo caso, Zahîr rechazó mi ayuda. Quería investigar el asunto personalmente, me dijo, recuperar su honor y tu favor.

—Jamás, ni por un momento, lo perdió... —musitó Omar, con tristeza. Suspiró—. ¿Cómo pensabas investigar tú el asunto, amigo mío?

—Iba a ir esta noche a la taberna en la que lo vieron, con la intención de hacer algunas averiguaciones, mi *Bey*. Se llama *El Ojo del Mar* y está en una de las peores zonas de *Kaifar*, en el mismísimo culo de la *kasbah*, por eso creo que es mejor que vaya solo, disfrazado de trabajador del

muelle. Aunque el extranjero no se encuentre allí, alguien puede recordar algún dato interesante.

—Estupendo. Hazlo e infórmame del resultado. Y ocúpate de todo hasta que nombres un sustituto para Zahîr. Hazlo cuanto antes. Necesitamos gente de confianza, ahora más que nunca.

—Gracias, Alteza. —Hizo otra reverencia, que extendió también a Richard. Estaba ya en la puerta, cuando se detuvo—. La mujer extranjera, la hija del pintor, estaba en el emparrado. Me vio discutir con Zahîr. No debí dejarle allí solo, estando ella tan cerca.

Richard se sintió incómodo por la mirada circunspecta que le lanzó Omar.

—No te preocupes Kamâl, tengo el asunto bajo control —dijo el *Bey*, dando por terminada la conversación.

Kamâl no pareció muy seguro de eso, pero repitió la reverencia y se fue. Richard gruñó una maldición y descendió los peldaños de la tarima.

—Sé lo que vas a decirme, así que lo diré yo primero —murmuró, cruzándose de brazos—. Los españoles están definitivamente relacionados con lo ocurrido. No cabe ninguna duda.

Omar suspiró.

—Deja que hunda esas dos fragatas. Lo harán esta noche, un asalto rápido y limpio. Nadie lo relacionará conmigo, te doy mi palabra.

—No. Si lo haces, todo el plan se vendrá abajo. Cruz-Ortega tiene que pintar ese cuadro y cuenta con esos barcos para enviarlo. Sin ellos, su labor no tiene sentido.

—No tiene por qué enterarse.

—No podemos estar seguros. Es mejor esperar. Quizá ese individuo que estaba en el puerto haya establecido ya contacto y espere reunirse con él de nuevo.

—Lo dudo. Cruz-Ortega no ha salido de palacio en todo este tiempo. Las únicas que hubieran podido hacerlo son la hija y la doncella.

—¿Ana? —Lo miró con alarma—. Creí que la tenías vigilada.

—Cierto. Yo también lo creí. Lo que pasa es que de eso se encargaba Zahîr. Y, dadas las circunstancias, no estoy seguro de nada.

—Claro. —Richard agitó la cabeza, irritado—. Bien, tengo que pensar en todo esto. Maldición.

—¿Qué vas a hacer?

Sí, al margen de pensar, debía actuar, y rápido. No podía dejar que la muerte de Zahîr quedara impune. Si consiguiera ponerle las manos encima a aquel extranjero... Richard apretó los puños,

tomando una decisión.

—Iré esta noche a esa taberna, con Kamâl. Seremos dos trabajadores del puerto a la búsqueda de un poco de diversión. Con un poco de suerte descubriremos algo, aunque no tengo muchas esperanzas.

Omar asintió.

—¿Y Ana? ¿Vas a hablar con ella?

—No lo sé. ¿Serviría de algo? Si realmente está complicada en el asunto, si su padre la utiliza de enlace, no lo va a confesar, lo sabes tan bien como yo. —Omar hizo un gesto de asentimiento—. Además, interrogarla al respecto, también pondría en peligro toda la operación. No me fío de mí mismo, Omar. Y, no, no quiero que te ocupes tú de ese asunto —añadió, rápidamente, cortando una propuesta que sabía que estaba a punto de ser pronunciada—. No, habrá que esperar. Si ha estado ayudando a su padre, cuando todo esto termine tendré una conversación con ella. Una conversación de la que no va a olvidarse nunca.

Giró sobre sus talones y abandonó el salón del trono con lo que, esperaba, fuera un paso decidido.

Capítulo 3

Kaifar, abril de 1875

1

Al final, había transigido más de lo esperado.

Sentada en el jardín privado de Noor, Ana balanceó los pies desnudos, sumergidos en el agua de uno de sus pequeños estanques. Tenía las faldas recogidas hasta medio muslo, sintiendo el roce de la brisa en las piernas, un placer exquisito que pocas veces había podido permitirse. No soportar el peso de las enaguas era un alivio casi tan grande como el de no llevar el corsé. Además, ya había caído la noche, una noche cálida pero ni comparación con el calor que había habido durante todo el día. Por primera vez en horas se sentía despejada y bien.

Ojalá hubiese tenido la mente tan despierta esa tarde, en el jardín, cuando encontraron el cuerpo. Ana no dejaba de darle vueltas al asunto. ¿Se le había pasado algún detalle? No, los hombres discutieron, se fueron tras los matorrales y luego llegó el pequeño Omar, seguido casi de inmediato por el *Bey*. A partir de ahí, los acontecimientos se sucedieron por sí mismos. ¿Por qué no había ido a hablar con ella Arlington? Dijo que lo haría, que iría a hacerle unas preguntas, y ella se había pasado muchas horas encerrada en su habitación, esperándolo. Solo después de la cena, los soldados les dijeron que podían moverse libremente, dentro de los límites del palacio, por supuesto, ni un solo metro más allá. Bueno, al menos había podido salir un rato al patio ajardinado de Noor. Miró el cielo, una inmensa bóveda estrellada.

¿Por qué no había ido a verla Richard...?

La risa de Noor la sacó de sus cavilaciones.

—Pareces muy satisfecha esta noche —le dijo. Ana la miró divertida. Con el tiempo, tras disculparse por haberse mostrado tan desagradable aquella primera cena, la hermana de Arlington y ella se habían hecho buenas amigas. Noor era de *Kaifar*, jamás podría negarlo, tanto por su aspecto como por su educación, pero había en ella un lejano toque occidental que las llevaba a comprenderse bastante bien—. Deja que lo adivine. Por fin te has quitado el corsé.

—Pues sí. —Ana secundó su risa, moviendo las faldas—. Y las enaguas.

—¡Caramba! —La expresión de escándalo de Noor casi le arrancó otra carcajada—. Hazme caso y quítate ese vestido. Aun sin todo eso, debe darte mucho calor.

Ana dudó. Realmente le apetecía mucho darse un baño en condiciones. Noor estaba metida en el estanque, sentada en la escalinata, completamente desnuda y feliz de estarlo. Ni siquiera su abultado vientre parecía avergonzarla. Ana lo contempló con envidia, pensando cuánto le hubiera gustado

estar en su situación. Qué demonios, no podía quedarse embarazada por concepción virginal, pero sí podía meterse en el agua con ella. Sabía perfectamente que ningún hombre entraría, bajo ninguna circunstancia, ni siquiera el marido de Noor. Estaban solas y por una vez las tradiciones de *Kaifar* podían serle útiles.

—De acuerdo —dijo, y empezó a retorcerse para soltarse los botones. Noor la ayudó y en pocos segundos se libró del vestido y de la camisa, y se metió en el estanque. En su parte central solo la cubría hasta la cintura, pero era suficientemente largo como para nadar un poco. Lo recorrió de un lado a otro, disfrutando enormemente de la sensación del agua fresca sobre la piel, bajo la noche estrellada. Cuando volvió a su lado, Noor se echó a reír.

—Si sigues así, señorita Cruz-Ortega, en pocos meses nadie podrá siquiera imaginar que no eres de *Kaifar*.

Ana contempló el cuidado jardín, tan hermoso, rodeado de una alta tapia adornada hasta en los más mínimos detalles con un bellísimo entramado geométrico. Olía intensamente a azahar y se oía el viento susurrando entre los limoneros y las palmeras. Era un lugar lleno de paz, que había empezado a apreciar, como a la propia *Kaifar*, pese a las muchas cosas con las que chocaría siempre.

—Jamás podría ser de *Kaifar* —murmuró—. No creo que pudiera acostumbrarme nunca a vuestro modo de pensar.

—¿Por qué no?

—Creo que está claro. He nacido en una cultura muy distinta. Allí, las mujeres pueden no estar bien, pero valen más que un camello.

—¿Más que un camello? —repitió Noor, perpleja—. Pues no sé... Conozco muchas mujeres de *Kaifar* que valen más que un camello. Yo misma, para el caso.

—Pero otras no.

—Cierto, claro. Pero date cuenta de que esas cosas pasan en todas partes, siempre depende de la posición social de la persona. ¿Crees que una prostituta de Whitechapel vale más que un caballo, para la mayor parte de los londinenses? —Ana titubeó. Noor tenía algo de razón. En realidad, como siempre, dependía de quién fueras, como ella misma le había recordado a Omar esa misma tarde—. No, Ana, eso no tiene mucho sentido. La situación de las mujeres no es la de los hombres, y eso sí que es injusto. Pero aquí no estamos peor que en cualquier otro sitio. Hay cosas mejores y peores, y todo suele depender del entorno inmediato. De si te quieren las personas que te rodean, de si consiguen que te sientas feliz... Mi esposo, por ejemplo, o mis hermanos, mis primos; ninguno me trata como si fuera inferior porque no quieren hacer que me sienta desdichada, y eso les ocurre a muchas mujeres de *Kaifar*, de todas las clases sociales. En general, tenemos nuestro ámbito de libertad, también, en muchos casos superior. Y date cuenta de que Richard y tú podríais tener aquí vuestro espacio, ya que él, en Inglaterra, tiene menos libertad para...

—¿Richard y yo? —Ana arqueó las cejas—. ¿Desde cuándo hay un *Richard* y *yo*, si puede

saberse?

—Vamos, Ana. —Noor movió una mano en el agua, provocando lentas ondas que se extendieron a lo largo de bastante distancia. Algunas, de hecho, chocaron contra el otro extremo del estanque—. Puedes intentar engañarte a ti misma cuanto quieras, pero no pretendas hacerlo conmigo. No soy tonta, tengo ojos en la cara. Richard está enamorado de ti. Lo estaba ya cuando llegasteis, jamás lo he visto tan interesado por ninguna otra mujer. Y tú... no eres indiferente.

Durante unos momentos, Ana se sintió incapaz de hablar. ¿Tan transparente resultaba? ¿Y qué tenía que ver el amor con todo aquello? Arlington la deseaba, eso seguro, pero, ¿amarla? No, amarla no. Ni siquiera podía considerarlo por aquel “*Maldición, mujer, me tienes hechizado.*” que tanto la había trastornado, la noche del asalto pirata. Tras mucho pensarlo, había decidido que se equivocó, que los nervios la llevaron a interpretar erróneamente la situación. Aquello, para Arlington, no significaba nada. De haber sido así, de haberle importado de verdad, se hubiese acercado a ella de otro modo. Hubiese hablado de matrimonio, para empezar, a pesar de todo. Si se amaba, no había límites. No era que ella pudiera aceptar una propuesta semejante, pero le hubiese gustado que la hiciera, por una simple cuestión de respeto, algo que evidentemente no existía. Por eso Arlington la olvidaría en cuanto sus caminos se separasen y la sustituiría por cualquier otra mujer, alguna bien dispuesta, de esas a las que estaba acostumbrado. Le preocupaba más lo que Noor había dicho de ella.

No, en verdad Arlington no le resultaba indiferente, al contrario. No podía sacárselo de la cabeza, y eso que en ese momento la necesitaba para asuntos mucho más delicados. Era una auténtica obsesión. Pero, ¿lo amaba?

La verdad la sacudió como un viento helado.

Claro que lo amaba. Estaba loca por él desde la noche en que se conocieron. Por eso jamás había permitido que ningún otro hombre se acercara lo suficiente como para poder representar algo en su vida. Arlington podía ser dominante, brusco en ocasiones hasta rozar la brutalidad, pero también podía ser amable, encantador y tenía un corazón generoso. En los días pasados, Noor le había hablado de las cosas que hacía para mejorar las condiciones de muchas personas en Inglaterra y otros países. En cierta forma, no se había sorprendido. Era algo que encajaba bien con Arlington, con su modo habitual de ser y de actuar.

—No, no me resulta indiferente —admitió, pensativa, con la mente puesta en el nuevo cuadro que había empezado—. Pero eso no significa nada. Richard y yo no tenemos un futuro juntos, ni aquí, ni en ningún sitio.

—No seas tonta. —Noor sonrió, sin percatarse de su estado de ánimo. No sabía la verdad, el lastre que suponía Castro y su chantaje en cualquier decisión que deseara tomar. No podía entenderlo—. Es verdad que en Inglaterra la situación sería... tensa, como poco. Richard no puede casarse contigo, a nuestra abuela no le gustaría nada, y provocaría muchas murmuraciones. Eres plebeya, eres extranjera y eres católica. ¡Acabáramos! Entiéndeme, a mí todas esas cosas no me importan nada, ni a Richard, pero él tiene sobre sus hombros la responsabilidad del título. —Sus ojos se volvieron reflexivos, como si estuvieran viendo algo que quedaba en otro sitio, o en otro tiempo—. Era más

feliz antes, cuando estaba Andrew... pero, claro, Andrew odiaba también a muerte el título. Más, si cabe. Tenía todavía más sangre de *Kaifar* en sus venas que Richard. En sentido figurado, claro.

—¿Quién es Andrew? —preguntó Ana, con curiosidad. Noor la miró. Una expresión de dolor abarcó todas las líneas de su rostro.

—Nuestro hermano mayor. Murió en Inglaterra, en un accidente de caza, el próximo septiembre hará dos años.

—Oh. —Se quedó sin saber qué decir. Ella no había tenido hermanos, pero solo tenía que ver cuánto se querían Noor y Richard para intuir lo mucho que habían lamentado el hecho. Incluso ella, que no había llegado a conocer a aquel hombre, lo sintió como una pérdida, y tuvo que contener las ganas de llorar—. Lo siento mucho, Noor. Richard no me lo ha mencionado.

—¿Tampoco te ha dicho nada de Charlie?

Ana trató de hacer memoria, pero no, no recordaba que Arlington le hubiese hablado de ningún Charlie.

—¿Charlie? No. ¿Quién es?

Noor abrió la boca para contestar, con una expresión tan sombría como la de antes, pero entonces Ana captó una sombra saltando ágilmente la tapia y se puso en pie de un brinco. Era un hombre, vestido de negro... No, dos. La segunda figura había seguido de cerca de la primera. Un brillo metálico le aceleró el pulso.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Noor. Estuvo a punto de contestar, pero vio la daga, en el aire, emitiendo un silbido apenas audible, y optó por empujarla bruscamente. Noor, tomada por sorpresa, cayó hacia delante, levantando un surtidor de agua. La daga pasó por el punto donde había estado segundos antes, cortando el brazo de Ana, que no se detuvo a examinar la gravedad de la herida. Los dos hombres estaban ya muy cerca, y empuñaban unas espadas cortas, o quizá unas dagas largas, en las manos. Uno de ellos rodeó el estanque, por el alto borde de piedra, pero el otro se metió directamente en el agua. A Ana ya no le quedaron dudas: iban a por Noor.

Como no tenía otra cosa, cogió la bandeja del té, de plata sólida, arrojando al suelo las delicadas tazas de porcelana, y la utilizó como escudo. Se metió entre Noor y su atacante más cercano y bloqueó el primer golpe. El desconocido tenía fuerza, pero no manejaba bien la espada. Posiblemente, no era más que un matón de barriada, acostumbrado a usar el cuchillo en circunstancias muy distintas. El otro le dijo algo, en tono apremiante, pero a esas alturas debía estar bastante enfadado, porque replicó con un gruñido y volvió a alzar la espada. Ana fue más rápida; le lanzó un rodillazo a la entrepierna y acertó de pleno. Cuando el individuo se encogió, gritando, descargó la bandeja sobre su nuca y lo tumbó.

Apenas le concedió un vistazo de reojo, mientras se hundía en el agua. Se había vuelto ya hacia el otro, con la bandeja en guardia, dispuesta al nuevo enfrentamiento con la sangre fría que le había inculcado Beauchamp. El hombre la miró, asombrado, y echó a correr hacia la tapia. Ana salió de

estanque de un brinco, sin más pensamiento que alcanzarle.

—¡Ana! —oyó gritar a Noor. Se volvió a mirarla. La hermana de Arlington se había puesto en pie, y estaba intentando sacar al hombre del estanque. No era mala idea, teniendo en cuenta que seguía inconsciente y bocabajo. Si no le ayudaba, se ahogaría y se quedarían sin poder interrogarlo—. ¿Adónde vas? ¡Estás desnuda!

Ella se miró, con auténtica sorpresa. Era verdad, había estado a punto de seguir a aquel tipo tal y como llegó al mundo y con una bandeja de té entre las manos. De no haber tenido tanta prisa incluso se hubiera echado a reír. La herida del brazo sangraba bastante, pero apenas era un rasguño. Rápidamente, arrojó la bandeja a un lado y consideró sus posibilidades. No podía volver a ponerse el vestido, tardaría demasiado. A todo correr, recogió la chilaba de Noor del banco de piedra donde la había dejado, y se la metió por la cabeza. Era blanca, y de buena tela, demasiada para pasar desapercibida mucho tiempo en la oscuridad de la noche, pero tendría que servir.

—¡Llama a los guardias! —le ordenó—. ¡Intentaré alcanzar al otro!

—¡No! ¡Ana! —la oyó gritar otra vez, absolutamente atónita, pero ella ya estaba subiéndose a la tapia, ayudada por uno de los árboles que crecían al lado. Desde aquella altura, observó el paisaje de un nuevo jardín, el llamado patio azul, donde solían jugar los hijos de Noor. De no haber sido porque era una noche luminosa, y el hombre estaba en esos momentos al otro extremo, saltando una nueva tapia, lo hubiera perdido. Sin pensárselo dos veces, le siguió, y tras pasar un nuevo patio ajardinado que ya no reconoció, recorrió tras él las azoteas de algunos de los edificios que conformaban el complejo exterior del palacio.

Más allá, estaban las calles de *Kaifar*.

2

Ana había visitado en varias ocasiones la ciudad, pero únicamente su zona alta, la protegida y reservada a los privilegiados.

El individuo al que seguía, no era uno de ellos. Se conocía bien los barrios más antiguos del puerto, la llamada *kasbah* de *Kaifar*, y tuvo que seguirlo a través de lugares miserables cuya existencia nunca hubiera creído posible. Las casas, muy viejas, tenían muros gruesos y desvencijados, y formaban un entramado de callejas estrechas, pobremente empedradas, recorridas por riachuelos de aguas fecales que olían espantosamente. Por todas partes se vislumbraban formas humanas sentadas en las entradas de puertas y callejones, encogidas sobre sí mismas. Aquel era el reverso tenebroso de *Kaifar*, como lo eran los barrios pobres de Madrid, o los de Londres, o los de cualquier otro sitio.

Se preguntó si Omar los habría visitado. Posiblemente y, conociéndole, seguro que se había propuesto mejorar sus condiciones y se había olvidado de ellos nada más regresar a su fastuoso palacio. Era algo que siempre solía ocurrirles a los gobernantes.

Un hombre le dijo algo que entendió perfectamente, pese a no comprender el idioma. Ana maldijo en silencio. La chilaba de Noor solo podía traerle problemas en aquellos sitios. Estaba segura de que su blanco níveo podía distinguirse a kilómetros de distancia, aunque por suerte el individuo al que seguía no se volvió en ningún momento y no llegó a descubrirla. Ni se le habría pasado por la cabeza la posibilidad de que aquella extranjera decidiera perseguirlo. Por supuesto, para eso había que estar muy loca. O muy desesperada, como ella.

El hombre desapareció en una esquina. Cuando Ana llegó al punto y se asomó con precaución, le vio hablando con un individuo enorme que custodiaba una puerta encajonada en un muro de buenas proporciones. Sobre ella, había un letrero, con el dibujo de un gran ojo entre olas, bajo el cual había algo escrito. No pudo entender las letras, de caracteres árabes, pero supuso que se trataba de una taberna. Cuando el tipo grande le abrió la puerta a su atacante, oyó claramente sonido de música y voces, lo que la reafirmó en sus sospechas.

No podía entrar por allí. Vamos, seguro que aquel guardián enorme no la dejaría pasar o, si lo hacía, podía provocar más problemas de los necesarios. Ana decidió intentar un posible camino secundario y empezó a rodear el edificio. En la parte trasera, como había supuesto, encontró una puerta. Estaba abierta y sin custodia. La abrió con toda la cautela que pudo y asomó la cabeza: era claramente una zona de servicio, de esclavos, según los estándares de *Kaifar*. En absoluto sigilo, recorrió un pasillo que no tardó en dividirse en muchos otros. Todo estaba en penumbra. Como no tenía clara su situación, decidió guiarse por el lejano rumor de la música.

En dos ocasiones vio grupos de muchachas, todas vestidas con unos diminutos triángulos de seda que apenas lograban ocultar su pubis, de los que colgaban varios velos, y unos chalecos cortos que no habían sido diseñados para ser atados. La mayor parte eran árabes, pero también las había blancas, e incluso una era rubia. Oyó voces femeninas tras varias de las puertas, indudables gemidos de placer en otras y, al frente, encontró un nuevo guardián, junto a una puerta con cortinas de cuentas de cristal, más allá de la cual se veían retazos de una gran sala.

De allí provenían el ruido de música, y el barullo de voces. Era propiamente la taberna.

Las cortinas se apartaron, dejando paso a un hombre, bastante mayor y bastante borracho. Cargaba sobre los hombros de una chica, una jovencita que hubiese podido ser su nieta. La estaba besando de una forma grosera que le revolvió el estómago. Posiblemente, además de taberna, aquello fuera burdel y de la peor calaña. Apenas tuvo tiempo de meterse por la primera puerta que había a su derecha antes de que aquellos dos se le echaran encima. Por suerte, el lugar en el que entró, una especie de vestidor, se encontraba vacío. De las paredes colgaban sedas, escuetos atuendos como los que había visto en las chicas. Cogió uno de los triángulos, y vio que estaba compuesto de velos; uno de ellos, largo, sujeto a un delgado cinturón trenzado, era lo que formaba realmente la prenda, extendiéndose por delante y por detrás, hasta alcanzar una largura que a ella no le cubriría medio muslo. Los otros velos estaban sujetos por nudos, cuidadosamente preparados para soltarse sin problemas ante el menor tirón.

Titubeó un momento, porque se trataba de un atuendo realmente escandaloso, pero también resultaba mucho menos probable que llamara la atención con él. Con el rostro tapado por el velo, ni los dueños del local dudarían de que era una más de las chicas que trabajaban para ellos, mientras

que con la chilaba de Noor, en cuanto la vieran sabrían que algo no marchaba bien. Acicateada por la idea de que el tipo podía acabar yéndose del local si no era rápida, se cambió de ropa, aunque antes usó una tira de la chilaba de Noor para hacerse un vendaje provisional en la herida del brazo, que seguía sangrando. Cogió unos abalorios de una cesta de collares que había en una mesa y lo adornó. Quedaba hasta bonito.

Luego se vistió con uno de aquellos triángulos, azul oscuro, y un chaleco a juego que apenas ocultaba sus pechos, y que hubiera dado igual que la tapara por completo, porque la tela era tan transparente que no servía de mucho. También se colocó unas tobilleras, porque había visto que todas las llevaban. Además, eran bonitas y provocaban un agradable tintineo. Se miró en el espejo y cerró los ojos, horrorizada por la imagen. Si la viera su madre... Negándose a pensar en ello, escondió la chilaba de Noor tras un montón de cojines y volvió al pasillo.

El sacrificio mereció la pena. El tipo de la puerta de cortina ni siquiera la miró cuando pasó por su lado, dando por supuesto que era una más de las esclavas del local.

El bullicio de la taberna resultaba inmenso, casi aturdidor. Los sonidos parecían rebotar en las paredes de piedra y rodearla por todas partes. No se trataba ni con mucho de un local grande, pero estaba atestado hasta los topes de hombres vocingleros y de mujeres que pasaban entre ellos, llevando bandejas o jarras. Algunas, se habían sumado a la fiesta, porque estaban sentadas en las rodillas de los clientes, totalmente desnudas a excepción de las tobilleras, y riendo a carcajadas. Además de la bebida, había muchas pipas de agua, era raro ver una mesa sin un *narguile*. El aroma dulce del *hashish*, o de lo que fuera que estaban fumando, lo llenaba todo, flotando en la densa niebla formada por el humo de pipas, velas y antorchas. Ana tosió y sintió un mareo. Solo le faltaba volver a palacio drogada, como guinda del asunto. A esas alturas, ya imaginaba la cara que iba a ponerle Arlington en cuanto le contaran lo que había hecho. Esperaba, por su propio bien, no echarse a reír tontamente al verle.

En una tarima de madera que se elevaba casi dos metros sobre el suelo, bailaba una muchacha al ritmo de una música típica de *Kaifar*, tan animada como seductora, que emitían media docena de músicos situados a un lado. La esclava se movía con bastantes pocas ganas, a decir de la expresión de sus ojos, pero tenía experiencia en la tarea. Giraba lentamente, de una forma cadenciosa que debía ser del gusto del personal, porque no dejaban de animarla a grandes voces, mientras le iban arrancando los velos que colgaban de sus caderas, similares a los que llevaba Ana.

Junto a la escalera de subida, situado discretamente, había otro individuo enorme que sin duda trabajaba en el local. Ana resopló. En ese sitio debían haber escogido los tipos más grandes y forzudos de todo *Kaifar*. La única diferencia que había entre éste y los otros que custodiaban las puertas, era que estaba desnudo a excepción de un diminuto taparrabos. *Bueno, no tan diminuto*, rectificó, con un eco de humor y con la naturalidad que le había dado para esos temas tantas horas estudiando la anatomía humana, en sus clases de dibujo. Los atributos del esclavo, puesto que lo era, como lo indicaba la argolla que rodeaba su tobillo, requerían de una buena cantidad de tela. Llevaba el cuerpo untado con algún aceite, porque sus músculos brillaban con el resplandor de las antorchas.

Ana se riñó, saliendo bruscamente de sus reflexiones. No había ido allí para quedarse con la boca abierta, asombrada por el lado oscuro de *Kaifar*. Miró a su alrededor, vio una bandeja abandonada

sobre una mesa y la cogió. Con ella en ristre, empezó a moverse por el lugar, recogiendo jarras vacías como lo haría cualquier otra camarera, pero buscando insistentemente con la mirada al individuo de negro al que había seguido hasta allí. No se libró de un buen número de palmadas en las nalgas, y también recibió algún que otro pellizco, pero por lo demás, los clientes parecían respetar la mercancía del lugar, al menos cuando aún no habían pagado por ella. En un par de ocasiones, le dijeron algo; posiblemente estaban interesándose por algún acuerdo comercial, pero indicó por gestos que no oía bien y se alejó de ellos lo más rápido que pudo.

Por primera vez, agradecía la costumbre del velo de *Kaifar*, que allí usaban incluso las esclavas, porque era poco probable que el individuo que había atacado a Noor la reconociera, ni siquiera de tenerla cerca. Pero había demasiada gente, por todas partes, y tras hacer una ronda sin ningún éxito, empezó a temer que quizá se hubiera ido o estuviera en algún reservado. Tras dar una nueva vuelta sin mejores resultados, empezó a plantearse seriamente el buscar por los pasillos, pero, como último intento, dejó la bandeja sobre una mesa apartada y se subió a los peldaños de la tarima, situados en el lateral contrario al que ocupaban los músicos. Desde allí tenía una vista bastante amplia del local y distinguía bastante bien a la gente, pese a que la iluminación de antorchas no era muy abundante y se creaban muchos rincones en sombras.

Nada, no lo veía por ninguna parte. Desanimada, Ana se levantó sobre las puntas de los pies, vagamente consciente de que a la chica que bailaba cerca le quedaban cada vez menos velos. Cuando solo conservó uno, el central, el que no podía soltarse, se produjo un remolino de manos, y un hombre grueso lo atrapó, para descontento del resto. Tiró de él, bajó a la chica de la tarima cargándosela sobre los hombros, y se la llevó en dirección al pasillo de reservados. Como la bailarina no protestó en ningún momento, Ana no le hubiera dado más importancia, de no haber sentido un repentino empujón. El individuo prácticamente desnudo que custodiaba la tarima, le hizo un gesto para que terminara de subir.

¿A bailar?, pensó horrorizada. Un poco más atrás, otra chica la miraba, algo sorprendida, pero reaccionó con rapidez y se alejó de allí, recogiendo la bandeja que había abandonado ella y perdiéndose entre el gentío. Ana supuso que se trataba de la bailarina, que había aprovechado la ocasión para escurrir el bulto y librarse de su turno. Qué simpática... Quizá, de haber conocido el idioma, hubiese explicado la situación, pero abrir la boca era delatarse. De pronto, todos la estaban mirando, y el tipo seguía haciendo gestos y hablando en árabe. Trastabillando, Ana subió a la tarima. Notó la madera, ligeramente rugosa bajo sus pies descalzos, el olor intenso del *hashish*, el calor que emanaba de aquella aglomeración de gente...

La música se detuvo un instante, y luego empezó de nuevo.

Mientras sonaban las primeras notas, se quedó allí arriba, quieta, algo espantada, sin saber qué hacer. Los hombres gritaron, exigiendo a grandes voces que se moviera, era fácil entenderles. Intentó recordar el baile de la chica, pero apenas había prestado atención, preocupada como estaba por localizar al individuo que había atentado contra Noor. Ana apretó los puños. Demonios, por lo poco que se fijó, tampoco resultaba tan distinto de los bailes andaluces que sí que le resultaban algo familiares. Lentamente, alzó las manos y giró una y otra vez las muñecas, mientras sus caderas marcaban una curva insinuante y adelantaba la pierna derecha, con el pie arqueado sobre los dedos. Aquello gustó mucho y, más animada, empezó a moverse por el escenario, haciendo una caótica

mezcla de sevillanas, bulerías, y los pocos pasos que recordaba de la bailarina. Mientras, miraba por la sala, buscando.

Acababa de descubrir al hombre de negro, cuando le arrebataron el primer velo.

3

Nunca había estado allí antes, pero la taberna era exactamente como se la había imaginado.

Richard giró la jarra de barro que tenía delante, con pocas ganas de llevársela a la boca. Sus escrúpulos solo tenían parcialmente que ver con la seguridad de que aquella cerveza sería, como poco, repugnante. Estaban más relacionados con la propia jarra, tan sucia que temía contagiarse de cualquier cosa si la rozaba con los labios. A su lado, Kamâl no parecía tener ningún problema, ni con la calidad del contenido, ni con el recipiente. Se había bebido ya una jarra, y había empezado la segunda con idéntico entusiasmo. De no saber que necesitaría varios barriles de aquel brebaje para emborracharse mínimamente, Richard se habría preocupado.

No dijo nada. Además de conocer la resistencia física de su compañero, comprendía su estado de ánimo. Ninguno de los dos se sentía precisamente alegre, tras los sucesos del día, y ninguno de los dos se hubiese encontrado allí, de ser otras las circunstancias.

En la tarima bailaba una esclava, bajita, algo entrada en carnes, relativamente atractiva, y eso solo por ser amable. En definitiva, lo que se podía esperar en un lugar semejante. Durante unos segundos, observó cómo los clientes más cercanos iban quitándole velos, uno a uno, entre grandes risas. Aunque había empezado a ponerse de moda hacía relativamente poco tiempo, conocía aquel sistema, el juego de ir arrebatándole velos de tal forma que el hombre que atrapaba el último tenía derecho a pasar un rato de diversión con ella, en uno de los reservados. Richard hizo una mueca. Ni siquiera de haber ido realmente a pasar el tiempo, hubiera participado en el juego. No le atraían las esclavas de tugurio y, además, en esos momentos, la única mujer que le interesaba, era Ana.

Durante un rato, se dedicó a vigilar la entrada y a examinar detenidamente el local. Mientras, la bailarina perdió definitivamente todos sus velos, el cliente con suerte se la llevó y ocupó su lugar una nueva, que debía ser muy nueva en verdad, porque parecía un poco superada por la situación. Subió casi tropezando consigo misma y tan rígida como un poste. Era bastante bonita, además, no es que pudiera decir nada de su rostro, cubierto como el de todas por un velo a menos que pagaras por quitárselo, pero tenía un buen cuerpo, caderas estrechas, largas piernas, y pechos preciosos, soberbios, que quedaban claramente a la vista, porque el pequeño chaleco era incapaz de ocultarlos. Richard ignoró un ligero desasosiego que no pudo entender y la miró con algo de lástima, imaginándola diez, cinco años después. Había tenido mala suerte y su dueño mucha, y poco criterio comercial, para malgastarla en aquel espectáculo. Hubiera merecido acabar en un lugar mejor.

La música se detuvo un único instante, aunque no se la echó de menos en medio del inmenso barullo de risas y conversaciones. La taberna estaba realmente hasta los topes. Las noches de *Kaifar*, tan animadas como recordaba, eran bulliciosas, alegres, llenas de alegría y de sombras en igual medida. Todo cambiante a cada momento, todo sometido a su reverso tenebroso, eso no lo olvidaba.

Los mismos hombres que ahora compartían una jarra, una mujer y unas bromas, podían matarse en pocos minutos, sin que a nadie le importara demasiado.

Richard echó un nuevo vistazo a su alrededor. Nada, ningún extranjero, nadie especialmente sospechoso. No había tenido demasiadas esperanzas en ningún momento, pero, aun así, se sintió decepcionado. Estaba demasiado confuso con todo el asunto y deseaba respuestas, ya, de inmediato. Aquella situación le estaba consumiendo los nervios. Y, Ana, le tenía totalmente obsesionado. ¿De otro modo, a qué venía encontrarle un parecido increíble con la esclava que estaba bailando en esos momentos? Bailando, por decirlo de algún modo. Richard se quedó mirándola, sorprendido. Allí había algunos pasos de baile que pudo reconocer, baile... español. *No puede ser*, se dijo, intentando no sacar las cosas de quicio.

—Esa sí que baila raro —dijo Kamâl. Se echó a reír—. Qué curioso espectáculo. No había visto nunca nada parecido.

La bailarina giraba sobre el escenario, intentando encajar aquellos extraños movimientos con la música, pero su atención estaba completamente centrada en un punto de la sala. Para alguien que no estuviese cegado por su cuerpo, por la visión de aquellos pezones del color del vino más oscuro, resultaba fácil darse cuenta. Discretamente, Richard siguió la dirección de su mirada.

En una mesa, algo apartado del resto, vio un hombre, vestido completamente de negro, nervioso, que lanzaba de continuo rápidas miradas a la puerta.

Justo en ese momento, entró en la taberna un nuevo individuo, cubierto por un amplio manto, demasiado pesado para el clima de la ciudad. El de negro le hizo un gesto, con expresión de alivio y el recién llegado se dirigió hacia su mesa. Gracias al enorme embozado, no podía verse su rostro, pero cuando la luz de una antorcha incidió sobre sus manos, Richard comprobó que no llevaba guantes, y que su piel era tan blanca o más que la suya.

—Un extranjero —le susurró a Kamâl. Éste seguía con los ojos fijos en la tarima. Su ceño se había fruncido ligeramente.

—¿No es esa la española, mi príncipe?

Richard volvió a mirar a la bailarina, embargado por la repentina certidumbre. Claro que lo era. ¿Cómo podía haberlo dudado ni un solo instante? La había reconocido casi al momento, pero su presencia allí resultaba tan increíble, tan absolutamente inesperada, que su mente había buscado explicaciones donde no las había. Era Ana, prácticamente desnuda, dando vueltas sin ningún conocimiento de los bailes tradicionales de *Kaifar* y perdiendo velos a marchas forzadas. Se preguntó si estaría al tanto de las características de ese espectáculo en concreto. Quizá no, aunque la creía muy capaz de considerar el pago al cliente un mal menor para lo que fuera que la había llevado allí esa noche.

Por primera vez rumió la posibilidad de que estuviese más involucrada en el asunto de lo que había pensado en un primer momento. *Lo que había querido pensar*. ¿Habría estado más veces en esa taberna, mientras todos la imaginaban durmiendo en sus habitaciones de palacio? Y, en cualquier

caso, ¿qué conclusión podía sacarse de su presencia allí? ¿Era una agente? Cualidades no le faltaban, bien había podido comprobarlo hasta ese momento, pero le parecía tan... inaudito. No podía creer que Cruz-Ortega la hubiese implicado en aquel mundillo de semejante manera. Era su hija, por Dios, y si había algo de bueno en el mundo del espionaje, él no había podido descubrirlo en más de quince años.

No, quizá Cruz-Ortega la estaba usando de contacto, a un nivel mínimo, quizá desde que sus condiciones físicas menguaron hasta el punto en el que ahora se encontraba. Aquel hombre estaba enfermo y débil, no podría escapar fácilmente de la vigilancia, pero su hija, sí. Eso tenía más sentido y cuadraba mejor con la estupidez de su situación. Una agente bien entrenada sabía que lo más importante de todo era la discreción y de ningún modo hubiese delatado su presencia de esa forma. Así pues, tenía entre las manos una aficionada, metida en aquel lío por puro compromiso con su padre. Y allí se había presentado aquella loca, de noche, en uno de los peores tugurios de *Kaifar*, y había cometido la torpeza de llegar a aquella tarima. Tentado estuvo de dejarla a su destino, pero comprendió que no podría soportar ver cómo se la llevaba otro. Lentamente, se puso en pie.

—No pierdas de vista a esos dos —le advirtió, con un murmullo seco—. No tardaré.

Kamâl asintió, variando apenas de postura para observar la mesa de los sospechosos de una forma disimulada. Estaban hablando en cuchicheos, el de negro explicando algo, el otro prácticamente inmóvil, aunque, a decir de cómo estaba apretando los puños, no le gustaba lo que iba escuchando. Se ocuparía de ellos más tarde, porque, si otro atrapaba el último velo, iba a haber pelea, y no le apetecía demasiado volver lleno de magulladuras a palacio, más que nada por las risas que haría Omar. Ya podía imaginarlas.

Richard empezó a caminar por la taberna en dirección a la tarima, rodeando mesas y grupos de gente, abriéndose paso entre el tumulto, en ocasiones por la fuerza, ya que no quedaba otro remedio. Por suerte, aunque algunos le miraron mal, ninguno se animó a enfrentarse con él, quizá porque podían ver que tenía cara de muy pocos amigos. Había reaccionado justo a tiempo; cuando llegó al pie de la tarima, a Ana solo le quedaban cuatro velos.

Tres. Dos. Uno.

Pasando el brazo por encima de las manos ávidas de otros muchos, atrapó el único que importaba.

4

Ana no se había fijado en cuántos velos le quedaban.

Realmente, le daba igual, más desnuda no podía sentirse desde el principio. Además, estaba demasiado ocupada vigilando a aquel individuo de negro, y más desde que llegó uno nuevo, un tipo alto, siniestro, totalmente oculto bajo un manto enorme, que se sentó con él en la mesa, pero rechazó la jarra que le ofreció una de las camareras. No había ido a beber. Desde entonces, mantenían una agitada conversación. El tipo de negro parecía estar disculpándose por algo, seguramente por el fracaso en su misión.

¿Por qué no terminaba la maldita música? Si lo hiciera, podría bajarse de allí y acercarse con disimulo a escuchar. Claro que, lo más probable era que hablasen en árabe. Ana bufó, absolutamente contrariada, considerando la posibilidad de pedirle a Omar que le pusiera un profesor. Seguro que lo haría y a ella le resultaría muy útil, entonces y en el futuro. Además, su facilidad natural para los idiomas había aumentado a partir del cuarto que aprendió, y teniendo una oportunidad tan buena de entrenarlo seguro que para cuando terminasen el retrato, al menos sabría mantener una conversación mínima, aunque no dispusiera de mucho vocabulario. Debió ocuparse de ello de inmediato, cuando recibió el encargo de ir a *Kaifar*...

El baile ya no podía durar mucho, porque aquellos brutos le había arrebatado todos los velos posibles, solo quedaba el último, el que conformaba el triángulo que cubría su pubis, de hecho. Ana abrió sorprendida los ojos cuando todos los clientes se lanzaron al unísono a por él, gritando desaforadamente. Ni siquiera tuvo tiempo de pensar en retroceder para ponerse fuera de su alcance. Un tipo más alto que la media y vestido con una capa oscura y rota, con la cabeza cubierta por la capucha, se alzó sobre todos los demás y atrapó el velo, justo un segundo antes de que también lo cogiera otro, un barbudo enorme al que le faltaban casi todos los dientes. Éste último dijo algo en tono claramente amenazador, pero el tipo de la capucha se rio, alzó una pierna y lo pateó en el estómago, haciendo que soltara el velo y cayera pesadamente hacia atrás. Algunos, empezaron a reírse. Olvidándose de su contrincante, el de la capucha se volvió hacia ella.

Pálida, Ana le miró, y su absoluto desconcierto se convirtió en espanto al reconocer a Arlington.

Durante un largo instante, todo pareció detenerse. Ella no podía ni respirar, Arlington estaba quieto, los hombres le miraban entre frustrados y furiosos, la música se mantuvo en una nota discordante que parecía suspendida en el tiempo.

Y, de pronto, Arlington tiró con fuerza del velo, arrastrándola hacia él.

Ana cayó de la tarima, de bruces sobre su hombro. Arlington se giró, moviéndose sin esfuerzo, mientras gritaba algo a su alrededor. Al parecer, alguien estaba protestando por su forma de ganar, pero el esclavo de la tarima, que debía tener la capacidad de dirimir esa clase de conflictos dio una palmada, dijo algo, y el tipo de la barba se alejó gruñendo. Otra bailarina ocupó rápidamente la tarima y atrajo la atención general.

Ana esperaba que, habiendo pasado el revuelo, Arlington la dejase en el suelo. Pero, cuando forcejeó para conseguirlo, la retuvo con fuerza. Incluso le dio una palmada en el trasero que le arrancó una exclamación.

—Quieta —le dijo, en español—. Esto aún no ha acabado.

Se dirigió hacia el pasillo de los reservados. El tipo de la puerta no hizo ningún gesto de impedirles la entrada, ni siquiera cambió de posición. Arlington abrió un par de puertas hasta encontrar uno vacío. Entró, la dejó sobre sus pies y cerró a su espalda. Estaba tan furioso que Ana retrocedió un paso, amedrentada.

—Arlington, escuche —intentó, con voz que le sonó tremendamente endeble, incluso a ella—.

Tenemos que...

—Cállate —ordenó él, recuperando el terreno. Ana dio otro paso hacia atrás y Arlington apretó los puños—. Debería darte una paliza. ¿Cómo demonios se te ocurre vestirse así y subirte a esa tarima? Suerte hemos tenido de que ese tipo haya optado por no sacar el cuchillo.

—Pero...

Arlington adelantó repentinamente una mano, la cogió por la nuca y la atrajo con brusquedad.

—Estás loca. Estás completamente loca. Pero no es eso lo que quiero tratar en estos momentos. Me importa más otro asunto y quiero respuestas, respuestas inmediatas. Y no se te ocurra mentirme, mujer, porque si lo haces, juro que te arrepentirás. —Ana le miró, pálida, lívida, al borde del desmayo. Jamás le había visto así, tan frío, casi lejano—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo... —Tragó saliva. Bueno, podía darle la excusa evidente—. Estaba bañándome con Noor, en el estanque del jardín... —Arlington parpadeó. Seguro que no se esperaba una historia de ese estilo—. De pronto dos hombres saltaron la tapia. Estaban armados. Uno lanzó un cuchillo. Me hirió a mí. —Hizo un gesto hacia el vendaje. Las pupilas de Arlington siguieron el movimiento. Arqueó una ceja al fijarse en el tono rojo que había adquirido la tele blanca—. Pero iba dirigida hacia Noor.

—¿Noor? —Arlington la sacudió, alarmado. La frialdad desapareció como por encanto. Ahora solo transmitía miedo—. ¿Qué le ha pasado?

—Nada. Está bien. Creo que querían matarla; no, estoy... estoy completamente segura de que iban a por ella, pero no pudieron alcanzarla. Noqueé a uno, el otro escapó. Lo seguí. Está ahí fuera, se ha reunido con otro que acaba de llegar, un tipo... —Arlington la soltó y se llevó las manos a la cara, sacudido por una fuerte emoción, totalmente estremecido. Ana se mordió los labios, conteniendo las ganas de abrazarlo—. Pensé que...

Arlington apartó las manos y le lanzó una mirada furiosa.

—¿Pensaste? ¿En serio? —empezó a gritar, pero al menos, ese tipo de ira sí que se la conocía. Arlington estaba literalmente indignado—. ¡Ana! ¿Es que no tienes ni una pizca de cerebro? ¿Cómo se te ocurre seguirle tú sola, y menos entrar en semejante sitio, y vestirse así? ¿Acaso...?

—¡Basta! —Sabía que también estaba alzando la voz. En realidad, no se sentía enfadada, solo superada por todo aquello—. ¿Por qué me grita? ¡No tiene ningún derecho!

—¿Ah, no? —se miraron, un largo momento, respirando ambos agitadamente—. ¿Sabes lo que hubiese ocurrido, si no llego a coger el maldito velo? —Ana frunció el ceño, confusa. Arlington la agarró por el velo que colgaba de su cintura y dio un buen tirón, pegándola a su cuerpo—. ¡Este! ¿Sabes lo que significa? —Debió captar la respuesta en su rostro, porque siguió—. ¡Significa que el hombre que lo coge puede tomarte, tonta!

Ana enrojeció.

—Oh, no, no. Se equivoca. Yo solo estaba bailando...

—Un baile cuyos secretos desconocías, ya lo hemos visto. Te hubieras llevado una buena sorpresa, cuando ese barbudo te hubiese traído aquí. Claro que él también se hubiera llevado otra, enorme y ciertamente poco agradable para sus gustos. —De pronto, le metió la mano libre por el triángulo, alcanzando su pubis—. Seguro que nunca antes se ha encontrado una esclava sin depilar.

—¡Richard! —Intentó retroceder, pero como no la soltaba, se dejó caer hacia abajo. El velo se rasgó. Ana golpeó dolorosamente contra el suelo, quedando sentada junto a las botas de Arlington—. ¿Cómo se atreve?

—¿Atreverme? —Se echó a reír—. Cielo, te aseguro que esto no es nada. Vuelve a hacer algo semejante y entonces tendrás motivos para protestar. —Se dirigió hacia la puerta—. Sé de qué hombre estás hablando, lo extraño es que él no se diera cuenta de nada, dado el modo tan poco sutil en que lo vigilabas. Quédate aquí. Yo me ocuparé de él. Volveré a buscarte.

—¡No! —Ana se incorporó y alzó una mano en el aire, aunque no llegó a levantarse—. ¡Voy con usted!

Arlington había abierto la puerta. De un golpe, volvió a cerrarla, pero sin soltar la manilla. Se volvió hacia ella y la señaló con un dedo.

—Si te atreves a dar un solo paso fuera de este reservado, te juro por mis antepasados que te arranco la poca tela que te queda encima y te violo yo mismo.

Ana no supo qué replicar. Se quedó inmóvil, mirándole aterrada. Arlington salió y cerró de un portazo.

5

Ahora iban a por Noor.

Richard no dudaba de la historia que le había contado Ana. Incluso de no haber sido por la herida del brazo y lo insólito de su presencia allí, todo encajaba demasiado bien. De alguna forma, siempre había intuido que la muerte de Andrew no había sido un accidente y que la de Charlie estaba relacionada de algún modo.

Era él, el centro, el vínculo, el nexo, era él; por su culpa, alguien estaba haciendo daño a su familia.

Pero, ¿por qué? El marqués de Castro volvió a su mente. Le creía muy capaz, pero habían pasado demasiados años. Maldito fuera, si descubría que estaba detrás de todo aquello, se lo haría pagar muy caro.

Volvió a la sala principal del tugurio y caminó hacia la mesa en la que seguía Kamâl. Por el

raballo del ojo, vio que los dos individuos continuaban en su mesa, aunque el de la capa se levantó en ese momento. El otro estaba apoyado en el respaldo de la silla, seguramente borracho. Normal. Ya mientras esperaba se había bebido un buen número de jarras de cerveza.

—¿Era la española? —le pregunto Kamâl en cuanto estuvo a su lado. Richard asintió.

—Han intentado asesinar a Noor, ese tipo, el de negro. —Señaló la mesa con un gesto discreto—. No te preocupes, está bien —añadió, al ver la alarma en el ojo bueno de Kamâl—. Eran dos. Ana noqueó a uno y ese escapó. Le ha seguido hasta aquí.

—¿En serio? —La expresión de Kamâl cambió drásticamente. Hasta llegó a sonreír—. Tiene valor.

—Más que cerebro —rumió Richard. El otro le miró y se rio con más libertad. Como el tipo de la capa pesada estaba dirigiéndose a la puerta, tuvo una excusa para ignorarlo—. Síguele, entérate de adónde va y cómo puede ser localizado. Yo me quedo con el otro. Quiero hacerle unas cuantas preguntas. Además, Ana sigue en un reservado, no puedo irme de aquí sin ella.

—Como ordenes, mi príncipe. —Kamâl se puso en pie—. Cuida las espaldas.

—Lo haré.

Richard lo observó mientras desaparecía por la pequeña entrada. El tipo de negro ni se inmutó. Quizá se había quedado dormido. Le concedió un par de minutos más, por si era un ardid para dar margen a su compañero, y luego se levantó. Como su jarra permanecía intacta, la llevó consigo. Pensaba sentarse con él, examinar la situación y, si era capaz de responder, hacerle unas cuantas preguntas. De momento, su único interés era intimidarle, pero si se empeñaba, hasta estaba dispuesto a romperle la crisma allí mismo.

Sin embargo, a medida que se acercaba a la mesa, intuyó que algo iba mal, realmente mal. Rodeó al individuo, hasta lograr ver su rostro, que estaba ligeramente vuelto hacia la pared, donde se abría uno de los pocos ventanucos del local, como si mirase hacia el oscuro exterior.

Estaba muerto.

Tenía los ojos entrecerrados, opacos. Ya solo por eso, hubiera podido deducirlo, pero la saliva espumosa que salía de una de las comisuras de su boca, no dejaba lugar a dudas. Había sido una muerte discreta y rápida.

Richard suspiró. *Maldita sea.*

Como nadie parecía reparar en ellos, se inclinó con cuidado y lo registró, buscando alguna pista. Llevaba poca cosa, unas monedas, la espada, nada que le llamara la atención. Estaba a punto de desistir cuando notó textura de papel en uno de sus bolsillos. Lo sacó, y se apartó hacia una de las antorchas.

Era un pequeño esquema del palacio, con una equis sobre las dependencias de Noor.

Richard lo arrugó en un puño, preguntándose a quién estaba siguiendo Kamâl. Si no hubiera perdido tanto tiempo, saldría a avisarle, pero de sobra sabía que ya no podría encontrarlos. Además, Ana era otro obstáculo. No podía dejarla allí, escondida en aquel reservado. Tarde o temprano alguien entraría, empezaría a hacerle preguntas... y ella no sabría qué responder y eso levantaría sospechas. No podría pasar por árabe en ningún caso, pero incluso una esclava de un tugurio como aquel habría aprendido algunas palabras, aunque solo fuera durante su preparación para la venta. Entender las órdenes de su amo era lo mínimo que se le podía exigir a un esclavo.

Al menos, Kamâl sabía cuidar de sí mismo. Alejó la idea de lo que hubiera podido ocurrir, de no estar esa noche ellos allí, y teniendo Ana que hacer frente a la situación a solas. *Por Judas que a este paso, me va a matar de un susto*, pensó, mientras se dirigía de nuevo hacia los reservados, a buscarla. Sus ojos se cruzaron con los del barbudo que se había molestado tanto al perder la oportunidad de explicarle a Ana los secretos de su baile. A esas alturas, claro, el tipo estaba tan enojado como sorprendido. Richard sonrió, mandándole un mensaje de “*Soy rápido, pero repito*”, y atravesó la cortina de cuentas.

Por suerte, Ana estaba todavía en el reservado, porque no se veía capacitado para violar a nadie, nunca en la vida. Soltar aquello, dejar que hablasen por él la larga lista de ancestros piratas que adornaban su linaje, incluso por su parte inglesa, se le daba bien, pero nada más. Había sido una tontería como cualquier otra, en su deseo de intimidarla.

Ana se había sentado en el jergón y, al entrar él, se puso en pie de un salto.

—¿Qué ha ocurrido?

Richard dudó. No tenía sentido contárselo. Lo único que conseguiría era preocuparla más. Se encogió de hombros.

—Kamâl los está siguiendo. Ven, deja que revise eso —desprendió el vendaje de su brazo y estudió el corte—. No es nada, pero mejor que te lo vea un médico.

—Estoy bien, de verdad. Con una venda nueva...

—Eso lo dirá el médico —insistió Richard—. Vamos, te llevaré al palacio. —Dudó, mirándola de pies a cabeza. Se quitó la capa y se la puso sobre los hombros—. Toma esto. Si por una casualidad tu padre está despierto, no quiero que le dé un síncope. Aún no ha terminado el retrato de Omar.

—Claro —rezongó Ana, pero aceptó la capa—. Aunque quizá pudiéramos alcanzar a Kamâl y...

—Olvídalo. Tú te vas a palacio, de donde no debiste salir. Nunca, jamás, en ningún momento. —La sujetó por el brazo—. Que no vuelva a ocurrir.

Ana hizo una mueca. Había tenido tiempo suficiente para calmarse y volvía a mostrar ese gesto determinado que tanto le desconcertaba.

—Me parece, Arlington, que se está excediendo en sus atribuciones.

—Ja. —Le retorció ligeramente el brazo, aprovechando el movimiento para impulsarla hacia la puerta—. Mientras estés en *Kaifar* eres responsabilidad mía. Luego... ya veremos.

Ella no dijo nada. Salieron al pasillo, pero cuando estaban a punto de llegar a la sala principal se oyeron gritos. Debían haber descubierto al muerto. No era que le importase la idea de que le pudieran relacionar con aquello. Incluso de haberlo matado él mismo, no hubiera tenido ningún problema; pero si pasaban por allí, Ana podía enterarse de demasiadas cosas. Richard se detuvo y tiró de ella hacia atrás.

—Vamos. Debe haber una pelea. Busquemos otra salida.

—Yo conozco una. —Claro, cómo no. Richard contuvo las ganas de lanzar un aullido de pura desesperación. Aquella chica tenía muchas facultades. La última descubierta, su asombrosa capacidad para integrarse en los peores tugurios conocidos. Por supuesto, había que dejar al margen el noble arte de la danza—. Por aquí.

Recorrieron varios pasillos bajo la guía de Ana y no tardaron en llegar a una puerta trasera. Allí, la calle estaba muy oscura, y pudieron alejarse rápidamente del lugar sin ser vistos.

6

En el palacio, estaban todos levantados. Omar había ordenado una batida por los alrededores, intentando localizar a Ana o al atacante, y esperaban resultados.

Se lo dijeron nada más llegar, y también que estaban reunidos en la sala principal de las dependencias de Noor, pero Arlington insistió en que primero la viera el médico principal de la familia. Ana ya lo conocía, porque trataba los achaques de su padre, con el que había hecho bastante amistad. El anciano, de barba blanca y sonrisa desdentada, limpió y cosió cuidadosamente la herida. Le dio también un tónico, para quitar el dolor y que le dejó la cabeza algo embotada. Luego, siempre escoltada por Arlington, Ana pasó por sus habitaciones, donde se vistió correctamente. Solo entonces se dirigieron al salón de Noor.

Mientras pasaba la vista de unos a otros, Ana se dijo que jamás acabaría por encajar en un sitio como *Kaifar*. Para su mente occidental, estaba allí reunida toda la familia, pero no era cierto, porque solo se encontraba presente una de las cuatro esposas del *Bey*. Ana no sabía qué número hacía, pero era la que parecía más unida a él y podía entenderlo. Fareeda era una mujer atractiva, pequeña y delicada, pero con una mirada directa que hablaba de un temperamento muy fuerte. Alguien como ella no podía pasar desapercibido, ni quedar en un segundo plano, en ninguna cultura del mundo.

También estaba el marido de Noor, Nadîm, y su hijo mayor, Omar, sentado a los pies de su madre.

Cuando entró, todos la miraron. Ana tuvo la sensación de sobrar allí. No pertenecía a la familia, no tenía ningún derecho a compartir algo tan importante y tan íntimo como lo era aquella preocupación por la agresión sufrida por Noor. Pero Arlington no parecía darse cuenta de ello.

—¡Ana! —Noor estaba sentada en un diván, rodeada de almohadones. Intentó ponerse en pie, para abrazarla, pero Nadîm, que estaba a su lado, con un brazo sobre sus hombros en actitud protectora, lo impidió.

—No te muevas —le dijo, entre estricto y cariñoso. Nadîm era un hombre sorprendentemente guapo, algo que no menguaba en absoluto su aspecto viril, al contrario, quizá porque también era alto y de anchas espaldas, un bloque sólido en el que poder apoyarse. Se notaba que adoraba a su esposa y a sus hijos—. Ya oíste lo que dijo el médico.

—No me va a pasar nada por ponerme un momento en pie —protestó ella, aunque sin muchas ganas. Ana decidió acercarse, para acabar con la disputa. Se arrodilló a su lado, junto a Omar, y Noor la abrazó con fuerza—. Qué susto me has dado. ¿Cómo se te ha ocurrido hacer eso?

—Buena pregunta —dijo Richard, irónico—. Yo también la he planteado, pero me parece que no he obtenido respuesta.

Ana le miró enojada.

—Basta ya, Arlington. Hice lo que tenía que hacer y, que yo sepa, no es asunto suyo.

Se sintió algo inquieta cuando él se limitó a mirarla, apretando los labios. Seguro que estaba conteniendo una réplica bastante hiriente. Por suerte, Fareeda se acercó a Arlington y apoyó una mano en su brazo.

—Estamos todos cansados y nerviosos —dijo, intentando contemporizar—. Si nos dejamos llevar, diremos cosas de las que luego nos arrepentiremos. Lo sabes, *Cabellos Dorados*.

Arlington suspiró.

—Sí, lo sé. —Acarició los dedos de Fareeda y se inclinó a besarla en la mejilla—. Siempre has sido una mujer sensata, primita.

Omar intercambió una mirada con su esposa. Durante un segundo, sus rostros no mostraron ninguna expresión, pero la comunicación fue clara y estaba empapada de un sentimiento profundo. Luego, Fareeda sonrió y, como siempre, adquirió una belleza peculiar, luminosa. Se retiró discretamente mientras su marido se hacía cargo de la situación.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Omar, con gravedad. Arlington sacó un papel del bolsillo y se lo tendió. Omar lo examinó, frunciendo progresivamente el ceño, obviamente enfadado. Ana se sobresaltó. ¿Qué ponía allí? Arlington no le había mencionado ninguna nota. ¿La tendría el asesino? Pero, no, le había dicho que Kamâl los estaba siguiendo, sin más. ¿Se lo habría robado antes de algún modo? Sintió que hervía de cólera. Maldito fuera, siempre metiéndose en sus asuntos y jamás dando una sola explicación. Al menos, a ella. En esos momentos, estaba hablando, contestando a la pregunta de su primo.

—Ana decidió hacerse la heroína y persiguió a uno de los hombres, como ya sabrás. —Omar asintió—. Le siguió hasta ese tugurio infecto y... —Ella se tensó, alarmada. Se moriría de vergüenza

si contaba lo ocurrido. Arlington debió darse cuenta, porque agitó la cabeza—. El individuo se reunió allí con un extranjero. Supongo que está relacionado con... todo.

¿Extranjero? Ana arqueó las cejas. Intentó no mostrar nada porque resultaba evidente que tanto Arlington como Omar estaban estudiando su reacción. ¿Podía ser que...? Pero, no, nunca nadie hasta entonces había intervenido en sus misiones, excepto, claro, Beauchamp en Lisboa, donde apareció repentinamente para vigilarla, supuso, porque no colaboró en la operación de ninguna forma. Además, cometió la torpeza de presentarse con un joven inglés, Charles Mallory, que había rondado a su padre para que le enseñase a pintar y que había estado a punto de descubrir su secreto.

Ana desconocía la base de la relación entre Mallory y Beauchamp, algo que siempre la había intrigado. No parecían agradarse, pero habían llegado juntos y pasaban mucho tiempo en compañía mutua. Algo raro, porque, así como despreciaba a Beauchamp, Mallory le había caído bien de forma instintiva. Y eso pese a intuir que se trataba de un agente doble, la única explicación posible para aquella asociación tan insólita. Por suerte, Mallory había tenido que regresar de improviso a Inglaterra y, si sospechaba algo sobre el origen de la pintura de Cruz-Ortega, no había dispuesto del tiempo necesario como para conseguir pruebas fehacientes.

¿Podía estar Beauchamp en *Kaifar*? ¿Y para qué? *Kaifar* no era un lugar importante, dentro de los auténticos parámetros de poder. Cierto que se había hablado de alguna clase de reunión de alto nivel con los británicos, encuentro que ella debía espiar y añadir sus descubrimientos en el cuadro, con todo dato relevante sobre *Kaifar*, pero a esas alturas, incluso ella ya sabía que debía haberse pospuesto. En palacio no había más ingleses que Arlington y la mayoría de los barcos británicos que estaban en la bahía a su llegada se fueron al día siguiente. Quedaban algunos, por supuesto, era un puerto amigo y por lo que le habían dicho siempre había varios, pero eran simples cargueros, barcos mercantes haciendo una parada comercial en sus rutas habituales.

Todo aquello le daba muy mala impresión. De hecho, su instinto no dejaba de advertirle que había algo raro en la invitación de *Bey*, lo sentía desde el principio, pero como nadie en palacio mostraba una actitud sospechosa, al contrario, Ana se recordaba una y otra vez a sí misma que solo se trataba de figuraciones suyas. El miedo, quizá. Vivía en el miedo desde que había iniciado aquella forma de vida. Todo le parecía sospechoso y atemorizador.

Pero quizá la posibilidad de esa reunión era más importante de lo que ella pensaba y Beauchamp había ido para echar un vistazo por su cuenta. Que luego no se hubiera celebrado, no importaba, se había quedado allí atrapado, porque las fragatas no podían irse sin el cuadro. *Eso debe ser*, se dijo Ana, deprimida. Había esperado que tras el asunto de Lisboa se hubiese vuelto a España, al menos eso fue lo que le dijo. No debió creerle, Beauchamp jamás había dicho una verdad en toda su miserable vida. Sintió un estremecimiento de miedo. Si estaba en los alrededores, si había viajado en las fragatas... Era demasiado imprevisible, demasiado sanguinario.

¿Pero por qué iba él a buscar la muerte de Noor? Aquello no tenía sentido.

—Teníais que haberla visto. —Noor rio, dándole palmaditas en la mano. Ana parpadeó, volviendo a la realidad—. Ana se estaba bañando, llegaron esos asesinos y, desnuda, se enfrentó a ellos con la bandeja del té. Noqueó a uno y asustó tanto al otro que salió corriendo. Fue algo digno

de verse.

—Estoy seguro de ello —masculló Arlington, mirándola enojado. Por Dios, podía entender sus impulsos protectores, ella misma los sentía muchas veces por la gente que apreciaba, pero no que se enfadara cada vez que hacía algo que le parecía peligroso.

—Bueno, ¿qué hubiera hecho usted en mi caso? —le preguntó, desafiante—. ¿Ponerse a gritar histérico, esperando que con el sonido se quedaran sordos?

El *Bey* se echó a reír y también su sobrino.

—A mí me parece que ha sido muy valiente —dijo el joven Omar. Ana le sonrió con agradecimiento.

—Pues a mí me parece que es un poco tarde para que estés levantado —replicó Arlington. Arqueó una ceja dirigida a Noor, y ella se volvió a su hijo.

—Es cierto, Omar, es hora de que te retires. Ve a descansar.

—Oh, pero...

—Obedece a tu madre —intervino Nadîm. Sonrió, al ver el gesto adusto de Omar—. Recuerda que mañana te levantaré muy pronto y debes estar bien despierto para ser más rápido que los peces.

—Está bien. —Omar volvió a sonreír. Se giró hacia Ana—. Vamos a ir a pescar al acantilado. ¿Quieres venir?

—Me encantaría... —se contuvo antes de decir que no podía, porque tenía que trabajar. Estaba bajando la guardia, y eso era malo. Debía recordar que estaba allí por una razón muy concreta, que quizá perjudicara de algún modo a aquellas personas que le estaban demostrando tanta amabilidad y agradecimiento. Se sintió sucia, tremendamente sucia y malvada.

—Ana tiene cosas que hacer, Omar... —empezó Arlington, pero la evidente decepción de su sobrino le ablandó—. Sin embargo, si ella está de acuerdo, quizá pueda acompañarla yo, en algún momento, algo más tarde. ¿Qué te parece si llevamos unas cestas y hacemos un picnic en la playa de las rocas?

—¡Genial! Estás de acuerdo, ¿verdad?

Ana se echó a reír. Bien podía tomarse un descanso para un picnic, viendo lo alegre que eso le ponía. Era tan agradable sentirse apreciada... Debía aprovechar la situación, disfrutarla, sin tanto darle vueltas a las cosas.

—Claro que sí. Siempre me ha gustado la playa y aún no conozco las de *Kaifar*.

—Yo te la enseñaré. Hasta mañana —Omar salió corriendo.

—Muy bien —dijo Arlington, cuando se quedaron solo los adultos—. Ahora, escúchame, Ana. No, yo no hubiera gritado pidiendo ayuda. Lo más probable es que hubiese actuado como tú, pero, en tu caso, querida, aunque tiendas a olvidarlo demasiado a menudo, eres una mujer, y una mujer que no conoce esta ciudad. Lo que has hecho ha sido una estupidez, lo mires como lo mires.

—Para cuando hubiesen llegado los guardias, estaríamos muertas —siguió protestando ella. ¿Cómo no podía entenderlo?—. Las dos.

—¡No hablo de eso, demonios! —Ana se echó hacia atrás, al verle avanzar, enojado—. ¡Hablo de la tontería de haberle perseguido!

—En eso tiene razón, Ana —intervino Omar. Puso una mano sobre el hombro de su primo, un gesto muy expresivo con el que pedía calma—. Richard no es precisamente el diplomático de la familia, así que seré yo quien lleve este asunto. Todos te agradecemos enormemente lo que has hecho esta noche. Si fueras un hombre, ya solo por haber salvado en su momento a mi cabezota primo, te hubiese concedido un título. Ahora has salvado a mi prima y a su hijo no nacido. Esto no va a quedar sin respuesta por parte de *Kaifar*, no puede quedar sin respuesta, o caeremos en el deshonor. —La miró largamente y Ana tuvo la absoluta seguridad de que estaba ante el *Bey*, no ante Omar. Omar podía ser cercano y amable, incluso había llegado a considerarle un buen amigo, pero el *Bey* era un gobernante, un símbolo, una guía entre los suyos. Algo que trascendía de la propia persona—. A partir de ahora serás conocida entre los nuestros como *Hana* de *Kaifar*, Felicidad de *Kaifar*. Siempre que lo desees, éste será tu hogar. Te concedo unas tierras, una casa y una generosa asignación. Nos has traído felicidad y así te lo retribuimos.

—No es necesario, Alteza —musitó Ana, abrumada. Arlington se apartó a un lado, descansando la frente en la mano. No parecía especialmente feliz por lo que estaba ocurriendo. Más bien, inquieto.

—No, sé que no lo es. Pero deseamos hacerlo. —Omar sonrió—. *Hana*, es un placer haberte conocido. Esto...

—Esto es muy emocionante, pero se hace tarde y aún tenemos cosas que hacer —le interrumpió Richard. Omar se limitó a mirarlo con expresión benévola—. ¿Has interrogado a ese hombre?

—Richard, estás siendo muy grosero —dijo Noor, enfadada—. Cualquiera diría que no te alegras de que *Hana* me salvara la vida.

—Claro que me alegro, hermanita. —Ana sintió sobre sí los ojos de Arlington, llenos de reserva—. Lo que no sé es si algún día podré pagárselo.

—No es necesario que me lo pague.

—Ya. —Arlington iba a añadir algo, pero cambió de opinión. Se volvió hacia Omar y repitió—: ¿Has interrogado a ese hombre?

—Están... en ello ahora mismo —respondió Omar, con una ligera sonrisa de disculpa. Ana supuso que lo estaban torturando, y hasta sintió un poco de lástima por él—. Resultó ser un poco testarudo.

Ya sabes.

—Sí, ya sé. Vamos, quiero hacerle unas cuantas preguntas. —Ana se puso en pie, dudando sobre cómo plantear la petición. Sentía tanta curiosidad como ellos por saber quién había enviado aquellos dos asesinos. Pero Arlington le vio las intenciones y la miró con severidad—. No, Ana, ni se te ocurra. Tú te vas a dormir. Debes estar agotada, tras tanto ejercicio.

¿Era una amenaza? ¿Contaría lo ocurrido si no obedecía? Si lo hacía, no volvería a dirigirle la palabra.

—Yo lo capturé —dijo—. Tengo derecho...

—Omar, por favor, encárgate tú —pidió Arlington, saliendo por la puerta—. No quiero ni verla en las mazmorras. Es lo que me faltaba.

Omar se encogió de hombros.

—Eres tú la que no quieres ver las mazmorras, *Hana*, te lo aseguro. Es culpa mía. Jamás han aparecido en los planes de reforma de la ciudad, siempre se me olvida. —Se dirigió en pos de su primo—. De esto nos ocuparemos Richard y yo. Vosotras id a descansar. Es muy tarde.

7

Al día siguiente, Cruz-Ortega se encontraba bastante bien, así que, aunque a Richard no le hizo demasiada ilusión, Ana insistió en que los acompañara.

Tampoco supuso una gran diferencia. Al final, la salida con la que había soñado, un momento a solas en el que poder hablar, se convirtió en una excursión numerosa. Noor y Fareeda también se animaron a ir a la playa, y llevaron con ellas a las dos hijas mayores de Omar, Nabihah, hija de Fareeda, y Luloah, hija de su segunda esposa, y a los dos hijos pequeños de Noor, Andrew y Richard. Los niños estaban absolutamente entusiasmados con aquella inesperada excursión. Charlaban, gritaban y no podían estarse quietos pese a las continuas reprimendas de sus madres.

A Cruz-Ortega, algo pálido, no parecían molestarle y Ana demostró tener buena mano para aquellos asuntos. Con una paciencia inmensa, les enseñó una canción infantil en español, tras traducirles su sentido, y coreó con ellos durante un buen rato, animándoles a añadir nuevos animales. Debía habérsela enseñado su padre, porque intercambió con él una mirada de intenso cariño.

Un ratón, escalador, subió a la montaña,

El ratón resbaló, y sentado descendió.

¡Ay, ay, ay, qué golpe se dio!

Un león, escalador, subió a la montaña,

El león, resbaló, y sentado descendió.

¡Ay, ay, ay, qué golpe se dio!

La aportación de *pulpo* que hizo el pequeño Andrew provocó un coro de alegres carcajadas y luego un conato de trifulca cuando discutieron si un pulpo podía realmente escalar o no una montaña, asunto para el cual hubo opiniones de todos los gustos, porque si bien un pulpo vivía en el agua, tenía muchos brazos y era de suponer que escalaría mejor que cualquier otro animal. Richard no pudo evitar una sonrisa mientras dirigía el coche de caballos a través de la salida oeste de *Kaifar*, en dirección a la zona de costa reservada para la familia real. Aunque al principio, cuando su sobrino Omar planteó la posibilidad, había dudado de la conveniencia de esa salida, y más desde que asumió sus auténticas características multitudinarias, estaba disfrutando tanto como los otros. ¿Qué sentido tenía privarse también de aquel pequeño placer?

De no haber sido porque Kamâl seguía sin aparecer, esa mañana le hubiera parecido perfecta.

Quizá hubiese debido quedarse en palacio, pero tampoco tenía mucho sentido hacerlo. La playa elegida estaba cerca y, si había algún cambio, Omar tardaría menos de quince minutos en avisarle, por medio de un jinete, y en poco más, estaría de vuelta.

¿Dónde se había metido Kamâl? ¿Estaría en apuros? Omar le estaba buscando por todas partes, ya sin importarle si se desenmascaraba ante sus enemigos o no. A primera hora, los barrios bajos habían sido completamente batidos, pero de momento no habían encontrado ni rastro. Era como si, tras desaparecer en pos del extranjero, se lo hubiera tragado la tierra. Richard apartó aquellas palabras de su mente. Solo le faltaba imaginar a Kamâl enterrado en una fosa anónima.

El tipo apresado por Ana no había servido de mucho. Su nombre era Tâleb, y había reconocido haber sido contratado para asesinar a Noor, específicamente, junto al otro hombre, del que solo sabía que se llamaba Bâsim y que, como él, solía rondar los barrios bajos entre trabajo y trabajo temporal en el puerto. Ambos manejaban bien el cuchillo y ya habían hecho alguna faena por el estilo, aunque sus campos habituales eran el robo callejero, la intimidación y la extorsión. El extranjero había contactado con ellos en *El Ojo del Mar* y dijo que se los había recomendado un antiguo cliente, aunque se negó a darles su nombre. Por supuesto, la idea de asesinar a la prima del *Bey* les pareció suicida, pero el tipo pagaba bien, tenía información del palacio y supo convencerles de que era un trabajo sencillo.

Dos noches antes, una vez hubieron aceptado el encargo, les suministró un plano del palacio, junto con una ruta poco vigilada, y les pagó la mitad por adelantado, prometiendo abonar el resto una vez hubiesen cumplido con su parte. Y allá se fueron, al palacio, y realmente hubiera sido todo muy sencillo de no haber estado Ana, una interferencia en la que no habían pensado. Bâsim y él solo conocían a Noor de haberla visto en compañía de Omar en algunos actos públicos, aunque, dado que siempre aparecía con velo, era el detalle del embarazo lo único que podía guiarles. Y era un detalle definitivo, desde luego. Cuando las vieron, a Ana y a ella, no tuvieron ninguna duda de cuál era la mujer a la que debían matar. Lamentablemente, la otra echó por tierra todos sus planes.

Para cuando llegaron a la zona escogida, el sol estaba bastante alto y hacía un día realmente espléndido. La brisa suavizaba el calor y todos los que formaban el pequeño grupo estuvieron de acuerdo en que olía de maravilla. Richard condujo el coche hasta el punto en el que un sendero amplio y bien cuidado descendía hacia la playa, al lugar en el que los esclavos habían montado ya la lujosa carpa abierta al mar que los protegería con su sombra mientras comían. De no haber ido Noor, o los niños, hubiesen podido montar a caballo, pero como en cualquier caso había que llevar un coche, habían optado por ir todos en él.

Los únicos que los seguían a caballo eran los guardias, duplicados en número tras los últimos acontecimientos. Doce soldados les seguían de cerca, y tomaron posiciones entre las rocas, una vez dejaron el coche. Había más guardias, por toda la playa, y dos barcos de guerra se divisaban cerca de la costa, profusamente armados con cañones. Omar había sido precavido.

Richard ayudó a bajar a las mujeres y los niños. Cuando tomaron el sendero, miró a Ana. Estaba ayudando a su padre en el descenso, pero también llevaba en brazos al pequeño Richard, que le estaba contando una anécdota aparentemente divertida, por las risas que ambos hacían, aunque estaba seguro de que Ana entendía tan poco como él la jerigonza del niño, una caótica mezcla de árabe, inglés, y balbuceos infantiles.

La imagen de Ana con el niño en brazos lo enterneció. La imaginó con un bebé propio, un hijo suyo, y algo se revolvió en su interior. Se estaba haciendo vulnerable, demasiado vulnerable, y aún no conocía el precio que tendría que pagar por haber bajado de semejante forma la guardia. Ana percibió su escrutinio y lo miró sorprendida.

—¿Ocurre algo? —preguntó. Richard negó con la cabeza.

—No, nada. —Tendió los brazos y cogió a su sobrino—. Deja, yo lo llevaré.

El niño protestó, claro. Llevaba su nombre y a él también le hubiera gustado estar entre los brazos de Ana, pero lo sujetó con fuerza y empezó a bajar, alcanzando a Noor para ofrecerle su ayuda. Al pie del sendero apareció Nadîm y, Omar por la playa, marcando huellas en la arena y chillando que había pescado todos los peces del mar.

Mientras los niños nadaban en la orilla y jugaban entre ellos, el grupo de adultos se afanó en organizar las cosas. No habían querido llevar criados, al margen de montar la carpa o trasladar el combustible para el fuego o la comida y todo lo relacionado, ese día preferían hacer las cosas por sí mismos, lo que provocó buen número de situaciones divertidas. Durante las dos horas siguientes estuvieron ocupados encendiendo la hoguera, asando distintas piezas, a las que añadieron los peces recién pescados y comiendo.

Durante ese tiempo, Richard se mantuvo cuidadosamente lejos de Ana, aunque en ningún momento dejó de vigilarla por el raballo del ojo, ni siquiera cuando Noor le miró con cara de sabiduría y un tanto apenada, como si encontrase triste aquella fijación. ¿Quizá había hablado con Ana? ¿Quizá le había dicho que no le correspondía? Cada vez se sentía peor, más nervioso, menos seguro de sí mismo. Y horrorizado. Absolutamente espantado. Lo que en un principio había sido deseo, lo que luego pensó que se trataba de una obsesión producida por la insatisfacción, empezaba a demostrarse

algo mucho más profundo.

Estaba enamorado, absurdamente enamorado de aquella mujer, y ella ni siquiera parecía verlo.

Nunca había sido especialmente religioso, pero en aquella playa de *Kaifar*, rezó. Rezó para que Cruz-Ortega no cometiera una tontería, para que no fuera culpable, para que no tuviera que tomar una decisión que posiblemente los destruiría, a Ana y a él. Porque, si se confirmaban las sospechas, actuaría, sabía que no podría evitar hacerlo, el dolor era demasiado grande. Haría que ejecutasen a Cruz-Ortega sin pestañear. Eso, si no lo mataba él mismo, con sus propias manos.

Las olas le hicieron pensar en Charlie, y en las decisiones que ya estaban tomadas, que ni siquiera quería cambiar, pese a morir por dentro en el empeño.

Un milagro, necesitaba un milagro.

Tras la comida, con el calor de la tarde, la mayor parte del grupo, niños incluidos, buscaron la sombra bajo la carpa y se echaron una siesta, el mejor invento español de toda la Historia. Pero, para sorpresa de algunos, los españoles precisamente fueron los que no aprovecharon ese descanso. Cruz-Ortega se dirigió hacia un pequeño promontorio y se sentó a contemplar el mar. Ana optó por pasear por la orilla, con los pies descalzos y sin sombrero. Los soldados no contaban, eran como estatuas que podía ignorarse, de modo que tampoco llevaba el velo, aprovechando que Noor y Fareeda se habían librado también de ellos. Richard hizo un gesto y dos soldados empezaron a seguirla, manteniendo las distancias. En pocos segundos, desaparecieron todos tras uno de los grupos de rocas que dividían la playa en secciones.

Él se quedó sentado junto a los niños que dormían pacíficamente, haciendo como que no se daba cuenta del discreto escrutinio de Noor. Aguantó cosa de media hora, fumando pensativo. Entonces, ya no pudo resistir el impulso de seguir el sendero de huellas que se alejaban por la arena. Se puso en pie y fue hacia allí, marcando las suyas propias junto a las de Ana. Hubiese querido mostrarse menos agitado, sobre todo porque sentía clavados en la espalda los ojos de Noor, pero no podía evitarlo. Sus zancadas eran largas y enérgicas, delatando la necesidad imperiosa que le arrastraba. Necesitaba verla, hablar con ella, tocarla... Se sentía tan angustiado que se preguntó si alguna vez volvería a sentir algo parecido a la paz.

La divisó a lo lejos, en otro promontorio de rocas, observando atentamente un charco atrapado en una hondonada. A su alrededor se desplegaban media docena de soldados, dos abajo, el resto encaramados en las grandes piedras. El sol rebotaba con violencia sobre la blancura de la arena, volviendo el aire sofocante, y todo parecía envuelto en una profunda sensación de pereza.

Richard no tardó en alcanzar la posición de Ana y se colocó a su lado. Debió darse cuenta de su presencia, resultaba imposible imaginar lo contrario, pero ella le ignoró. Quizá había descubierto algo realmente interesante. Se inclinó sobre su hombro, esperando encontrar cualquier forma de vida en el charco, pero no pudo ver nada.

—¿Qué miras? —preguntó. Ana se encogió de hombros.

—El color —dijo, enigmáticamente—. ¿Quería algo?

—No. Nada especial, me refiero. Charlar un rato, sin más...

Ella le miró con reserva.

—Muy bien. Dígame, ¿qué ha confesado el hombre que apresé? Intenté enterarme esta mañana, pero el *Bey* me ha sugerido que se lo pregunte a usted.

Richard titubeó. Si iniciaba esa línea de conversación, por mucho cuidado que pusiese, podía terminar suministrando una información que no debía dar. No quería estropear ese día con algo semejante o, peor, con una nueva disputa.

—No, Ana. De eso no hablaremos.

—¿Y si yo no deseo hablar de otra cosa?

—Entonces nos quedaremos callados. Me siento perfectamente capaz de pasar el resto de mi vida a tu lado en completo silencio. —Incluso él se quedó desconcertado ante la declaración implícita de aquella frase. Al menos sirvió para cortar cualquier protesta añadida; Ana se ruborizó y se volvió hacia la orilla. Richard miró el agua. Verde, cristalina, calmada, tremendamente seductora. Recordó mil ocasiones, jugando entre las olas con Andrew, con Charlie, con Omar, con la pequeña Noor. Allí había aprendido a nadar. Allí se había sentido tremendamente feliz y quiso recuperar aunque solo fuera un instante de todo aquello—. ¿Quieres bañarte?

Ella le miró sorprendida.

—Me encantaría. —Se echó a reír—. Pero creo que ya he provocado suficientes escándalos por el momento.

—Eso es verdad. —Por sorpresa, Richard la cogió en brazos—. Pero con este calor el vestido se te secará enseguida.

—¿Qué? ¡No! —No hizo caso. Corrió con ella mar adentro hasta tropezar. El agua les cubrió por completo, a la par cálida y refrescante, llenando sus oídos de rumores húmedos y despejando su mente. Ana forcejeó y se le escurrió de entre los brazos, y Richard nadó entre dos aguas, intentando retener en lo posible la sensación de calma repentina. Cuando volvió a salir a la superficie, ella estaba cerca, de pie, con los ojos muy abiertos. Tenía el moño destrozado y le miraba estupefacta—. ¿Por qué lo ha hecho?

—Porque tú no lo hubieras hecho nunca. Y no me digas que no te sientes muchísimo mejor ahora.

Ana le escrutó, algo cauta, pero una sonrisa terminó iluminando su rostro.

Dios, era tan hermosa...

—Pues sí. —Le salpicó con el agua, juguetonamente, y echó a correr. Richard aceptó el reto y fue

detrás. La atrapó casi de inmediato, porque aquellas faldas volvieron a traicionarla. Ana chilló encantada y él la alzó en el aire, la giró y la besó con fuerza. Sabía a mar, a vida, a algo que se negaba a aceptar pero que estaba allí, presente, en sus labios, en sus ojos, en la calidez de su cuerpo. Ana respondió, le abrazó, amoldándose sinuosa a su cuerpo. Profundizó el beso.

Sintió que se entregaba por completo. Era maravilloso.

Pero, entonces, comenzaron los gritos.

Se volvió. Uno de los soldados le hacía gestos desde lo alto de los peñascos, y otros dos, algo más cerca, le gritaban que se acercase, que aquel soldado había encontrado algo entre las rocas. Richard soltó a Ana, alarmado, y se dirigió hacia allí lo más rápido que pudo. Cuando le alcanzó, el hombre dijo algo de un cuerpo y el corazón se le aceleró.

Cuando llegó al espacio entre las rocas, en cuyo fondo se veía un cadáver acunado por las olas, ya sabía que se trataba de Kamâl.

Capítulo 4

Kaifar, mayo de 1875

1

Dos semanas después, Ana decidió que había llegado el momento de hacer un registro a fondo del despacho de Omar.

Pocas veces había tenido que recurrir a algo semejante, prefería evitarlo con un poco de habilidad a la hora de extraer la información a los implicados, porque conllevaba demasiados riesgos. Pero tenía que incluir en el cuadro para Beauchamp todos los datos exigidos y de momento apenas había conseguido nada. Aparte de suposiciones sobre el número de las fuerzas en base a los guardias del palacio o la ciudad, o cuántos cañones podía verse desde el puerto, poca cosa más. Sus intentos de tanteo con Arlington o con el propio Bey habían resultado por completo inútiles. A veces tenía la impresión de que ambos hombres sospechaban de ella. Pero, no podía ser...

Qué absurdo, pensó, quitándole importancia. A pesar del asunto del ataque a Noor, no podían sospechar nada de ella. De hecho, al contrario, aquello la había ayudado a hacerse un lugar especial dentro de la familia real de *Kaifar*. A esas alturas se había hecho muy amiga de Noor y Fareeda, más que de ninguna otra mujer que hubiese conocido, ni siquiera de Regina, y sabía que Omar la apreciaba sinceramente. Y Richard... bueno, no habían avanzado demasiado en su romance desde el día de la playa, pero aquel beso tan sentido apenas podía contener su pasión y bien sabía, en cada mirada, lo que le estaba diciendo.

Quizá pudiese acostarse con él, antes de abandonar *Kaifar*...

Tonterías. Ana era consecuente consigo misma y no había “quizá” posible. Estaba decidida a hacerlo, al precio que fuera. Sobre todo porque se sentía aterrada ante la idea del futuro estremecedor que la esperaba, ese vacío frío y solitario en el que tendría que vivir del recuerdo de esos días.

Dio un paso más por la repisa de la pared, manteniendo cuidadosamente el equilibrio. Menos mal que la arquitectura del palacio de *Kaifar* tenía todos aquellos adornos que facilitaban tanto el acceso a cualquier punto. Y eso que apenas veía. En esos momentos, ya de madrugada, todo el lugar estaba envuelto en sombras. No se oía nada, excepto el borboteo de las fuentes de los jardines. En todo caso, si la descubrían, esperaba poder escabullirse sin mayores consecuencias. Se había vestido de negro, con los pantalones de su padre y un tabardo amplio, además de ponerse un turbante cuyos extremos le embozaban bien la cara. Con suerte, de tener que huir, la confundirían con un hombre, y pensarían que se trataba del mismo asunto relacionado con Noor. Nada que ver con esos españoles alojados en el palacio.

Ana se movió sigilosamente hasta alcanzar una de las ventanas del despacho de Omar. A esas horas, ya imaginaba que estaría vacío pero aun así esperó unos momentos, vigilando a través de las

formas geométricas de la contraventana, un impresionante trabajo en madera. Cuando se sintió segura, la apartó sin hacer ruido y se deslizó en su interior.

El suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra, lo que amortiguó sus pasos. Cruzó los dedos para que la racha de buena suerte la acompañase el resto de la noche y registró el lugar lo más rápido posible. No tardó en encontrar la caja fuerte, oculta tras un enorme cuadro con el plano de *Kaifar* que, de hecho, le permitió tomar buena nota de la disposición de los puntos de vigilancia de las montañas. Le costó algo más de tiempo abrir el mecanismo formado por tres ruedas: no tenía mal oído, pero sí poca paciencia y nunca se le habían dado bien esas cosas.

Pensó en las muchas horas perdidas, durante su entrenamiento, dando vueltas inútilmente a mecanismos de todo tipo, hasta que Beauchamp encontró el método infalible para motivarla. Solía encerrarla en una habitación del sótano, sin comida y sin agua, con la llave de la puerta de salida dentro de la caja fuerte de turno y la promesa de que nadie iría a sacarla si no salía ella por sí misma. Una vez estuvo casi dos días. Creyó que iba a volverse loca.

Pero, al menos había servido para algo, admitió para sí misma, cuando al fin consiguió abrir la caja fuerte de Omar.

Clic. Clic. Clic.

En su interior encontró varios lingotes de oro, gran cantidad de dinero y un buen montón de carpetas con diversa documentación. Mucha de ella era relativa a dinero depositado en bancos de todo el mundo, Omar era un hombre inmensamente rico; pero también había información sobre las defensas de *Kaifar* y su situación política inmediata. Sentada en el suelo, lo revisó todo con ayuda de una pequeña vela, memorizando todos los datos posibles.

Así pudo hacerse una idea de las respuestas importantes que necesitaba para realizar su propio informe. No encontró nada referente a la supuesta reunión por la que había sido específicamente enviada allí. No había nada inmediato organizado o previsto a ese respecto. Ni siquiera una mención de que se hubiese pospuesto por cualquier causa.

Encontró también cartas, aunque no muchas, por lo que supuso que se trataba de recuerdos importantes. Un par de ellas eran de lady Arlington, la abuela de Richard, y había varias del propio Richard. Llevada por la curiosidad, y por ese impulso que la cegaba ante todo lo relacionado con ese hombre, abrió una de esas. Ya conocía su letra, firme, masculina, cultivada, pero encontraba un absurdo placer en verla y en compartir de algún modo ese momento de intimidad que supuso para él escribirla. Pero, al leerla, no supo si lamentarlo.

Richard comunicaba a Omar la muerte de su hermano mayor, Andrew. Noor se lo había comentado la noche del atentado, recordó con pena. Pobre familia, esas cosas siempre resultaban duras de superar.

En otra, hablaba de Charlie, el pequeño. También estaba muerto.

Así que Richard había perdido dos hermanos. Qué triste...

Y alguien había intentado matar a Noor.

Ana frunció el ceño, preocupada por una idea que empezaba a bullir en algún sitio. De sobra sabía que las casualidades, en las escasas ocasiones en que se daban, se reconocían a primera vista. Y esto, no parecía una casualidad.

Tomó las cartas de nuevo, con intención de revisarlas a fondo. Andrew había sufrido un accidente de caza, le estalló la escopeta al intentar dispararla. A Charlie, que estaba de viaje en algún lugar del extranjero, no conseguía encontrar dónde, le habían disparado en...

De pronto, oyó ruido en el pasillo. Un golpe sordo y pasos amortiguados. ¿Quién podía ser a esas horas? Únicamente el propio Omar o como mucho su secretario, pensó aterrada. A toda prisa, metió otra vez las cartas en los sobres, devolvió todo a su lugar y cerró la caja fuerte. Dudó, pero intentar llegar a la ventana resultaba demasiado arriesgado. En lugar de eso se deslizó tras un pequeño biombo decorativo y fue una buena decisión, porque justo entonces se abrió la puerta.

Silencio. No llegó ninguna luz. Intrigada, Ana atisbó entre las ranuras del biombo y consiguió ver una figura embozada, vestida de oscuro, casi invisible en medio de las sombras. El hombre avanzó con cautela. Miró la ventana entreabierta y observó con cuidado a su alrededor. Ana contuvo el aliento cuando dio la impresión de fijarse en el biombo, pero si sospechó algo lo dejó pasar y se movió sigilosamente por el despacho, revisando del mismo modo que había hecho ella. Un registro muy profesional. Aquel no era un ladrón marrullero, aquel era un agente bien entrenado y con un objetivo muy claro. Ana sintió el impulso de dar la alarma, pero ¿cómo explicar su propia presencia allí? No podía hacerlo, estaba atrapada en su propia trampa, de modo que se limitó a ser testigo silencioso de cómo aquel intruso abría también la caja fuerte.

Alguien debía decirle a Omar que había que saber guardar de verdad las cosas importantes...

Durante un rato, solo oyó el rumor del papel, a medida que aquel desconocido iba comprobando los documentos. Tardó cosa de un cuarto de hora en quedar satisfecho. Luego, cerró la caja fuerte y volvió a salir por donde había venido.

Ana esperó todavía diez minutos, luego comprobó todo. Quien quiera que fuese no se había llevado nada, en apariencia. Por lo tanto, también había buscado información.

¿Y qué podía hacer? Si ese hombre trabajaba para los que habían intentado matar a Noor, no podía permitir que deambulase por el palacio como si nada, ni él ni ninguno de los suyos. Algo debía hacer para avisar a Omar de que le estaban espiando... de que *otro* le estaba espiando.

Había un extranjero tras todo aquello, se recordó. Pero no, definitivamente no podía ser Beauchamp. Él no podría tener ningún interés en matar a Noor o los hermanos de Arlington. Y si se equivocaba... bueno, como decían los ingleses, ya cruzaría ese puente cuando llegara a él.

Tras pensárselo un momento, optó por lo único que estaba en su mano. Dejó ligeramente movido el cuadro que ocultaba la caja fuerte y cambió de sitio un par de objetos del gran escritorio. Qué difícil era intentar transmitir la impresión de que había entrado un agente entrenado al que se le habían

escapado diminutos detalles. Quería ser sutil, pero tampoco tanto como para que nadie sospechase.

Por la mañana, cuando despertó con el repicar de la campana de alarma, supo que Omar se había dado cuenta.

2

Ana mordisqueó la punta del pincel mientras miraba pensativa por la ventana.

Un par de soldados caminaban por la muralla, en su ronda. Si no se equivocaba, no habría otra hasta las ocho, lo que indicaba que las cosas se habían calmado un poco. Los primeros días tras la intrusión nocturna en el despacho de Omar habían sido bastante tensos. Arlington incluso los interrogó a ella y a su padre, aunque veladamente. Debió quedarse satisfecho con las respuestas, porque no volvió a insistir.

En realidad, tampoco lo había visto tan a menudo como antes...

Suspiró, mientras empapaba el pincel en el óleo de la paleta. Mejor. Así había podido dedicarse por completo al trabajo. Gracias a eso, el retrato del *Bey* estaba empezando por fin a tomar forma.

Durante un par de horas cada mañana, Omar posaba pacientemente para su padre. Siempre que podía, Ana solía rondar por allí, ayudando con los pigmentos o simulando enfrascarse en una insulsa acuarela tras otra, ninguna de las cuales delataba lo más mínimo su habilidad artística; en realidad, intentaba memorizar con cuidado cada detalle. Por las tardes, ya a solas en sus habitaciones, mientras su padre dormitaba sumido en los vapores del *narguile*, ella desplegaba una actividad febril. Dividía el tiempo entre el auténtico retrato de Omar, elaborado a partir de lo visto y de los trazos chapuceros de su padre, y el cuadro que debía enviar a Madrid.

El retrato en sí, no suponía ningún reto. En realidad, podía haberse limitado a hacer una copia sin vida de la imagen del *Bey*, un trabajo técnicamente perfecto, pero frío. Sin embargo, como había aprendido a apreciar a Omar, Ana se propuso captar su vibrante personalidad en el lienzo, aunque eso supusiese duplicar las horas de trabajo. Deseaba plasmarla por completo en la mirada de sus ojos negros, en el aura noble de su frente y en la firmeza de su barbilla. Y quería que, una vez se hubiese ido de *Kaifar*, si alguna vez llegaba a enterarse de su traición, Omar también supiera de algún modo que le había tenido en muy alta estima.

Tras mucho esfuerzo, el resultado empezaba a satisfacerla. Omar aparecía sentado en su trono, en actitud reflexiva. Tenía un largo rollo de papiro en las rodillas y una larga y vistosa pluma en la mano, cuyas barbas, muy coloridas, llegaban a rozar su mandíbula; daba la impresión de que jugaba con ella de una forma inconsciente mientras pensaba en qué añadir a su escrito. La túnica en sí, aunque recamada en oro, no resultaba especialmente lujosa, y no había corona, ni anillos en sus dedos, ni collares alrededor de su cuello. Todo el retrato causaba el efecto de ser la representación de un rey que consideraba la inteligencia como su máxima riqueza, como su arma más poderosa, y Ana había llegado a conocer a Omar lo suficiente como para saber que así era.

El otro cuadro suponía muchísimo más trabajo y eso que no había tenido lugar la famosa reunión de alto nivel, con la que seguramente hubiese debido incluir mucha más información. En el lienzo, inmortalizadas en su baile, las odaliscas de aquella primera cena en *Kaifar* ayudaban a transmitir sus escasos descubrimientos. Tras pensarlo, había decidido no jugar con los giros y movimientos del largo cabello de las mujeres, o de sus largos velos, para dar un recato innecesario. A saber si ese cuadro lo vería alguien más que Beauchamp o quizá el marqués de Castro, así que no tenía mayor sentido ponerse modesta. Sus bailarinas transmitían toda la pasión de las noches de *Kaifar*. Ojos oscuros, insinuantes, en rostros velados; sus cuerpos perfectos, casi completamente desnudos, brillaban bajo la luz de las velas, haciendo pensar en pieles suaves, empapadas de perfumes y aceites exóticos. Había estado tentada de pintar a Arlington entre los asistentes, a Omar, a Noor, pero encontraba repulsivo de alguna forma que Beauchamp o Castro pudieran apoderarse así de sus imágenes. De modo que se había limitado a pintarse a sí misma, aunque con el velo y la cabeza inclinada apenas se la podía identificar. Daba lo mismo porque, más que ella, era un símbolo, el arquetipo de la mujer occidental, atrapada en su corsé y sus vestidos inmensos, el rostro girado en un gesto de turbación y rechazo, pero incapaz de dejar de mirar de reojo, como fascinada por toda aquella pasión liberada, algo que ella tenía prohibido.

Solo quienes fueran realmente perspicaces podían darse cuenta de que las pupilas de la mujer occidental miraban las tobilleras de las bailarinas, el símbolo de su esclavitud, la evidencia de que tal pasión y tal liberación no eran más que otra obligación impuesta. Ella podía llevar corsé, pero aquellas mujeres no bailaban por gusto: todo implicaba distintos grados de la misma situación.

Todo era apariencia, música y reflejos...

Y el mensaje estaba ya codificado en puntos de colores, en los cinturones enjorjados y en los velos de las odaliscas.

Durante los primeros días de su peregrinar, había pasado los informes de forma un tanto burda, del modo en que le indicó Beauchamp, un hombre que no tenía ni idea de pintura ni tampoco pizca de imaginación. Por ejemplo, recordaba un mercado, en una población costera francesa. Entre los puestos atestados de objetos, se movía una multitud de gente, hombres, mujeres, niños, animales de todo tipo, envueltos en una febril actividad, y cada uno de ellos había simbolizado algo.

La mujer con la mano en el cesto en forma de barca indicaba el número de navíos de guerra en la bahía, en el número de botones que orlaba su chaleco. El gallo rojo, situado en lo alto de un tenderete, tenía tantas plumas en su hermosa cola como decenas de cañones el fuerte, y el grupo de niños que jugaba en una esquina formaba, con sus posturas, el número de soldados con los que contaba la guarnición. Un código muy burdo y difícil de utilizar más allá de cosas simples o para lo previamente concertado.

Pero Ana no tardó en elaborar una fórmula mucho más segura y que gustó mucho en Madrid: las secuencias de colores. Estaba basada en la rueda de color RYB elaborada por Goethe en su *Teoría de los colores* de mil ochocientos diez y permitía unos mensajes más específicos. Al menos que sirviera de algo, se decía, ya que la rueda RYB era un postulado incorrecto, aunque se siguiese utilizando de forma generalizada.

Ana odiaba su error de base: ni el rojo ni el azul eran colores primarios, algo que podías comprobar en cuanto mezclabas pigmentos. Partir de ahí, era una equivocación que conducía a negarse una gran cantidad de tonos. Por ejemplo, el amarillo y el azul no generaban realmente el verde. El amarillo sí era un color primario, con dos partes de amarillo, pero el azul estaba compuesto de una parte de cian y una parte de magenta. La combinación de dos partes de amarillo, una parte de cian y una parte de magenta, generaba otro tono de cian, una especie de cian sucio, no un verde. Para llegar al verde, había que utilizar el amarillo y el cian. No usando el azul se evitaba el magenta.

Pero, sus manías profesionales no importaban en aquel asunto. Los cambios habían sido impuestos por las propias necesidades del código. Ana había tomado de base la rueda RYB y la había adaptado, añadiendo otras tríadas de tonos de color terciarios, además del blanco y el negro. Así, cada tono de color tenía adscrita una letra del alfabeto, que dependía a su vez del libro del que se extraía el código en cada momento. En esa ocasión, había elegido el *Paradise Lost*, el *Paraíso Perdido* de John Milton, concretamente a partir de un ejemplar de su primera edición inglesa de 1667, pero alternaba con otros cinco más.

Así, en el código, el amarillo era una letra distinta según el libro de referencia. Y ese dato se indicaba siempre por una forma pintada en alguno de sus ángulos. Cuadrado, triángulo, aspa, cruz, estrella, círculo. En el caso del cuadro de las odaliscas, el cordón de las cortinas del fondo formaba un dibujo triangular en la parte superior derecha. Si no te fijabas pasaba desapercibido, pero si lo estabas buscando resultaba de lo más evidente. Eso indicaba que *El Paraíso Perdido* iba a regir el código: solo sabiéndolo y contando con el ejemplar adecuado, la secuencia de colores cobraba sentido.

En el cuadro, se elegía una zona y se pintaba punto a punto, en secuencias de colores que formaban frases, y en las que intercalaba colores terciarios puros para generar espacios entre palabras o frases, o simples “huecos” que disimulaban más todavía el código. Gracias a este sistema, los coloridos cinturones de las odaliscas decían:

Reunión de alto nivel no celebrada. Ningún movimiento al respecto. Es posible que se tratara de una información errónea, que nunca haya existido previsión de un evento semejante.

Ningún barco de guerra inglés permanente. Tres barcos de guerra locales siempre vigilando las costas. Cuentan con el refuerzo de pequeñas flotas pirata. Bases principalmente en el sur.

Defensas en tierra nivel medio. Ejército tres mil, bien armado y entrenado. Ciento cincuenta cañones solo en la capital.

Montañas controladas principalmente desde posiciones A5 y H3, con red de puestos vigía hacia este y oeste.

Esos, y muchos otros datos del estilo, conformaban un mensaje que dudaba tuviese auténtico interés para nadie que no tuviese en mente atacar *Kaifar* en los próximos meses, algo que dudaba por completo que fuese a ocurrir; pero hacía tiempo que sabía que no había que discutir las órdenes.

Aunque le faltaban muchos detalles, el cuadro estaba casi concluido. Ana trabajaba a marchas forzadas. En una semana debía estar totalmente listo porque el contacto sí que estaría en el punto acordado y, si no recibía el encargo...

Las puertas del salón común de sus habitaciones se abrieron violentamente. Regina la miró con expresión ansiosa.

—¡Arlington! —le dijo, en voz baja.

Ana cubrió rápidamente el cuadro de las odaliscas, se sujetó el velo sobre el rostro y se dejó caer de golpe sobre el almohadón situado frente a la acuarela que simulaba estar haciendo en esos momentos, el paisaje de tejados y palmeras que se divisaba desde allí, desde su balconada. No le dio tiempo a cambiar de paleta. Tras Regina, apenas sin transición, apareció Arlington. Llevaba varios días sin verlo. Noor le dijo que había viajado hasta los pueblos del sur, y debía ser cierto porque lo encontró más moreno. Sus ojos verdes y su cabello resultaban en contraste mucho más claros.

—Buenas tardes —saludó. Ana dudó sobre cómo responder. El corazón le palpitaba de puro alborozo al verlo, pero no podía demostrarlo. Se limitó a dedicarle una inclinación de cabeza, formal y algo fría, y simuló enfrascarse en la contemplación de su lienzo. Regina se retiró discretamente. Arlington se colocó detrás de Ana y estudió la acuarela. Sus ojos fueron hacia el paisaje, más allá de la balconada, y luego volvieron. Se detuvieron un segundo en la paleta donde ella movía nerviosa el pincel en círculos, empapándolo de un tono terroso oscuro—. ¿Todo bien por aquí?

—Como siempre. Gracias. ¿Ha estado de viaje?

—Sí. —Una respuesta escueta, en el tono que Ana ya sabía reconocer. No conseguiría sacarle más información—. ¿No está tu padre?

—Está durmiendo una siesta. Preferiría no tener que despertarlo. ¿Puedo yo ayudarle en algo?

—Quizá. —Arlington avanzó hacia el caballete más cercano, cogió por una esquina el trapo que cubría el retrato de Omar y lo levantó. Lanzó un silbido, claramente admirado, al contemplar la serena imagen de su primo—. No sé si vamos a poder aguantar a Omar, cuando vea esto. Se va a poner imposible, como un auténtico pavo real. —Sonrió—. Un trabajo excelente. Realmente magnífico, Ana. Por favor, transmítele mis felicitaciones a tu padre.

—Gracias. —Ana se maldijo interiormente, esperando que él no hubiese captado su genuina satisfacción ante el halago—. Se lo diré, le agradecerá saber que ha elogiado su obra. ¿Qué es lo que desea, Su Gracia?

—Vaya. Qué fría bienvenida, tras tantos días fuera. —Arlington la reconvino con la mirada, pero sin enfadarse realmente—. Saludar, claro. Y hacer las paces. —Ella le observó con sorpresa. Desde luego, Arlington parecía hablar en serio—. Tú y yo empezamos con mal pie desde el principio. Creo que ha llegado el momento de llegar a alguna clase de acuerdo. —Mientras decía eso, se dirigió hacia el otro cuadro. Ana quiso impedirlo, pero hacerlo hubiera despertado sospechas. Arlington levantó el trapo y contempló la escena de las odaliscas. Tras un instante de asombro, sonrió de oreja

a oreja. Fue el único detalle con el que evidenció que le había divertido el tema escogido—. Este está muy bien. Es... soberbio, Ana. Me gusta, me gusta muchísimo. Tienes mucho talento, quizá tanto como tu padre. —Agitó la cabeza—. No lo entiendo. ¿Por qué te empeñas en ocultarlo?

—¿Por qué supone que es mío?

—Vamos, mujer. —Arlington la miró como si encontrara ingenua la pregunta—. Eso que tienes delante, es una acuarela, y en tu paleta solo hay óleo. Tonos que no aparecen en el retrato, pero sí aquí. —Se volvió otra vez hacia el cuadro, fascinado—. ¿Esa de ahí eres tú?

—No.

—Sí, lo eres. Claro que lo eres. —Frunció ligeramente el ceño y Ana tuvo la impresión de que había captado el escrutinio sigiloso a la tobillera, y lo que eso quería decir. Por suerte, nunca llegaría a captar el mensaje que realmente importaba—. Es impresionante, de verdad. Todo. Lo que muestra y lo que deja entrever. Cuando lo termines, me gustaría comprártelo.

—Lo siento. —Dejó la paleta y empezó a limpiar el pincel. Ya no tenía sentido seguir disimulando—. No está en venta.

Arlington arqueó una ceja. Se vio que iba a insistir, pero cambió de idea.

—¿Tampoco el cuadro?

—Tampoco —repitió, molesta.

—Bien, como quieras. —Una llamada a la puerta rompió el silencio que empezaba a formarse. Entró Regina, seguida de varios criados cargados con bandejas—. Me he permitido encargar un té y algo de comer. Espero que no te moleste.

—No me molesta. —Ana terminó de limpiar el pincel, lo colocó en su sitio y observó en silencio cómo los criados servían el té. Arlington le tendió un vasito y lo probó, apartando ligeramente el velo. Fuerte y aromático, una de las mejores cosas de *Kaifar*. Antes de irse, debía recordar comprar una buena cantidad. Si bien no estaba acostumbrada a tomar té con tanta asiduidad como los ingleses, aquel en especial le gustaba mucho.

Los sirvientes dispusieron las bandejitas con dulces sobre la mesa y esperaron una ligera señal de Arlington para retirarse, junto con Regina. Cuando volvieron a quedarse solos, él se sentó cómodamente en un cojín, a su lado.

—Tenemos un tema pendiente.

—Oh. ¿De veras? —murmuró ella, evasiva. Arlington la miró con dureza.

—De veras. ¿No lo crees así?

—Su Gracia, yo...

—Basta ya de Su Gracia. Y tutéame. Estoy harto de que me tengas a raya.

Ana depositó el vasito sobre la mesa, con mucho cuidado.

—Mi vida es mucho más complicada de lo que parece, Richard.

—¿En qué sentido? —Ella se encogió ligeramente de hombros, incapaz de dar una respuesta coherente—. Muy bien, yo lo juzgaré entonces. Empecemos desde el principio. Quiero que me lo cuentes todo. ¿Qué ocurrió? —Ana le miró algo desconcertada, así que lo repitió—: ¿Qué ocurrió? En Madrid, hace cinco años. A partir del momento en que nos conocimos.

—Ah... —Ana hizo una mueca—. Creo haberte dicho que no quiero hablar de eso.

—Es verdad. Pero siento una gran curiosidad.

—No entiendo por qué.

—Yo tampoco, la verdad. Simplemente, me gustaría saberlo. Entonces eras una niña... incólume, encantadoramente normal. Hubiese resultado inconcebible imaginarte en ciertas compañías. —Entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos finas rendijas en las que brillaba un extraño hielo verde, y preguntó con un tono seco, en el que no hubiese podido sobrevivir ninguna emoción—. He oído por ahí que fuiste amante de Beauchamp. ¿Es eso cierto?

Ana se tensó. Realmente, había sido una tontería imaginar que no lo descubriría.

—Richard, basta...

—¿Por qué? —preguntó él, implacable, ya sin poder disimular su enfado—. ¿Te da vergüenza hablar de ello, por alguna razón?

—¿Vergüenza? No. Simplemente, es algo doloroso, que preferiría olvidar. —Ana suspiró. Al fin y al cabo, qué más daba. Arlington terminaría por enterarse, quizá no de todo, pero sí de la mayor parte. Podía ofrecerle la versión oficial de la historia, la que le habían hecho repetir hasta imprimirla en su cerebro, por si tenía que dar esas explicaciones. Casi podía ver en su mente las líneas escritas por Beauchamp. Se limitaba a leerlas—. Pero, sea, te lo contaré, y espero que nunca jamás vuelvas a referirte a ello, porque... fueron momentos muy tristes. —Como transcurrieron varios segundos y él seguía inmóvil, decidido a no empeñar su palabra, claudicó—. Como sabes, hace cinco años mi padre era un pintor de éxito en la corte española. Aunque el reconocimiento le había llegado bastante tarde, empezaban a merecer la pena todas las estrecheces, toda la miseria que habíamos pasado malviviendo en una pequeña buhardilla de Madrid. Resulta muy duro abrirse camino en una ciudad extraña y tan grande, ¿sabes? Mi padre es sevillano y mi madre de Cádiz. Se trasladaron a Madrid muy jóvenes. Allí nací yo, años después.

—Lo sé. Siempre me ha interesado tu padre, como pintor —explicó, al ver que le interrogaba con la mirada—. Me contaron esas cosas hace tiempo, no sé, en alguna fiesta. Que era de Sevilla, que se trasladó a Madrid muy pronto...

—Claro, entiendo. Mi padre pintaba y mi madre limpiaba casas, cuando nací también me cuidaba a mí. Muchas veces pasaron hambre, lo sé, sobre todo ella, pero yo, nunca. A pesar de todo, éramos felices. Es curioso, cómo la esperanza, los sueños, pueden llenar las vidas de los que nada tienen. —Frunció levemente el ceño, recordando. Tenía la sensación de haberse dejado algo olvidado en aquella buhardilla, algo de valor incalculable, que había perdido para siempre. La alegría inmensa de su infancia, sus ilusiones, supuso... Al percibir el escrutinio de Arlington, sacudió los hombros—. El caso es que, un día, un hombre, el marqués de Castro, vio uno de los cuadros de mi padre, le gustó y se convirtió en su mecenas. Gracias a eso, nuestra fortuna cambió drásticamente. Empezó a recibir encargos de las mejores familias del país y empezó a entrar el dinero. Tuvimos una bonita casa, criados, coches... Invitaciones.

—Como la de la condesa de Talavera, la noche en que nos conocimos —dijo él. Ana asintió—. Ojalá... —empezó de nuevo Arlington, con los ojos entornados, como si estuviese viendo otra vez aquella escena, aquella noche, pero se interrumpió.

—¿Ojalá qué? —preguntó Ana.

—Nada. —Su tono fue suave, algo cansado—. Sigue.

Ella esperó unos segundos, pero lo que fuera, Arlington ya no iba a decirlo, así que continuó con su propia historia. No era momento para dejarse llevar por los sentimientos. Debía tener mucho cuidado sobre qué contaba y cómo lo contaba.

—Bueno, ya conoces la situación de entonces. Sus clientes, cada vez eran más importantes. Cuando todo empezó, estaba realizando un retrato para un miembro de la Embajada inglesa en Madrid. Stuart Beauchamp.

—Stuart Beauchamp —repitió él, en un susurro—. Yo lo conocía, ¿sabes? —Arlington la miró con algo de desdén, como si no comprendiera su lamentable criterio a la hora de escoger sus amantes—. Lo conocí muy bien, para ser exactos —Ana sintió que se le aceleraba el pulso. ¿Arlington conocía a Beauchamp? Sí, sabía que ese maldito los había visto, la noche en que sus caminos se cruzaron, pero no que se conocieran y menos que su relación fuera tan estrecha. ¿Por qué no se lo había mencionado?—. Fuimos juntos al colegio y a la Universidad, y luego... me lo encontré ocasionalmente, por Londres. Para entonces pretendía ser un entendido en arte, pero, yo, que lo conocía bien, sé que solo era un idiota. Una serpiente trepadora y ambiciosa, capaz de morder a cualquiera. Eso sí, cuando quería, tenía mucho encanto —Hizo una mueca—. Está visto que el suficiente para seducir a una niña sin demasiada experiencia en el mundo.

Ana decidió no hacer comentarios al respecto.

—Mientras mi padre elaboraba el retrato, en un momento dado, intuyó que Beauchamp estaba teniendo una aventura con alguien de su entorno. Sospeché de mi madre, no sé por qué. Ella es... era una dama, una de esas damas auténticas, que surgen en cualquier capa social, que nunca han recibido clases de piano, ni han aprendido a desmayarse afectadamente, pero que tienen una elegancia innata y siempre saben volver armonioso cuanto hay a su alrededor. —Aquella descripción era de su propia cosecha, le salió del alma. Ana parpadeó, tratando de espantar las lágrimas. Casi no fue consciente

del hecho de que Arlington se recostaba sobre un codo y extendía una mano hacia ella, aunque al notar el contacto de sus dedos, jugando con su cabello, se sobresaltó. Trató de permanecer inmóvil —. Mi padre la idolatraba. Por eso, supongo, asumió tan mal la sospecha de que pudiera estar traicionándolo. Furioso, la echó de casa y retó a duelo a Beauchamp. No llegaron a batirse. La noche anterior, encontraron su cadáver carbonizado. Su casa se incendió. Pero él ya estaba muerto, de un disparo.

Arlington se tensó. El dedo que había estado jugando con su rizo, se quedó quieto, con el tirabuzón enrollado a su alrededor.

—¿Un disparo? ¿Dónde?

Ana le miró desconcertada. No tuvo que hacer memoria para darle la respuesta.

—En el corazón. ¿Por qué?

—¿Quién lo hizo? —siguió interrogando él, sin hacer caso de la pregunta.

—Yo. —Dejó pasar un par de segundos, hasta que la expresión de sorpresa de Arlington perdió la mayor parte de su intensidad, y continuó—. Beauchamp estaba teniendo una aventura conmigo, no con mi madre.

—Oh, Dios mío, Ana, ¿cómo pudiste?

Arlington la estaba mirando como si su sola visión lo pusiera enfermo. No tenía respuesta para aquello, todo era un enorme engaño que se enroscaba una y otra vez sobre sí mismo y del que cada vez le resultaba más difícil escapar, así que se limitó a encogerse de hombros.

—No tuve alternativa, no sabía qué otra cosa podía hacer. Cuando supe lo ocurrido, y que iba a batirse con mi padre, fui a verlo. Le supliqué, le rogué, que no lo matara. Beauchamp era un buen tirador. Él me enseñó cómo manejar una pistola y cómo usar un florete. Si no lo hubiese detenido, mi padre no habría tenido ninguna oportunidad. Creí que podría influir en él, que habiéndole entregado mi cuerpo y casi mi alma, sería capaz de convencerlo; pero no quiso escucharme, así que lo maté. —Rio, amargamente—. No fue difícil. Tengo muy buena puntería, un pulso muy firme, te lo aseguro. Luego, como no sabía a quién recurrir, se lo confesé todo a Castro. Ordenó inmediatamente que buscasen a mi madre, pero ya era tarde. Ella... se había suicidado. —La mentira le quemó los labios, dejando un sabor de fatalidad, como si, al ser pronunciada, pudiera llegar a hacerse cierta. Pero debía hacerlo, por la propia seguridad de María Vega, y de todos ellos—. Mi padre jamás se lo ha perdonado. Y yo tampoco me lo he perdonado a mí misma...

Se produjo un intenso silencio, solo roto por los lejanos sonidos del palacio que llegaban a través de los amplios ventanales. El perfil de Arlington parecía dibujado en piedra, inmóvil, falto de expresión. Ana se preguntó en qué estaría pensando.

—No fuiste acusada del crimen —murmuró él, por fin.

—No, aunque en pocos días la noticia se extendió por todas partes. Beauchamp no era un

cualquiera, era un extranjero que trabajaba para la embajada inglesa, y sus diplomáticos exigieron una investigación a fondo. Como algunos sabían de la disputa y el desafío a duelo, se dijo que lo había matado mi padre, que le había disparado y luego prendió fuego a la casa para intentar disimular su crimen. Fue detenido y desde la embajada se requirió su traslado a Londres para ser juzgado por sus tribunales: a punto estuvo de terminar en una fría prisión inglesa. Yo hubiese confesado, pero Castro insistió en que guardara silencio. Lo organizó todo para que pareciera que había habido un asalto y hasta consiguió que un ladrón asumiera la culpa, tras pagarle una buena suma y asegurarle que lo dejarían libre en poco tiempo.

—Conociendo a Castro, no contaría yo con semejante promesa...

—No sé... En todo caso, gracias a eso, mi padre quedó libre de aquel asunto. Pero la prisión y el suicidio de mi madre fueron demolidores para su salud. Además del escándalo que los acompañó, claro. Un suicidio es algo muy grave y vergonzoso en la católica España. No pudo ocultarse.

Ana maldijo interiormente. Por supuesto que no pudo ocultarse, sobre todo teniendo en cuenta que Castro, así se condenase su alma, se ocupó de propagarlo a los cuatro vientos. Al fin y al cabo, el suicidio solo fue una fábula, una ficción que tenía por único sentido ser del conocimiento público y explicar la súbita desaparición de María Vega.

¿Dónde estaría? ¿Cómo estaría? ¿La trataban bien? Tantos años arrastrando aquella angustia... *No, no pienses en ella.* Ana crispó los puños disimuladamente.

—Comprendo —dijo Arlington. Comprender. Pobre iluso. Protegido en su mundo de esplendor y boato no podía ni siquiera atisbar el borde de semejante tragedia.

—Se dijo que mi padre la golpeaba y todos lo creyeron. No sé si recuerdas cómo era en aquella época. Su temperamento, bastante agrio, turbulento y demasiado recto para el nivel de hipocresía social que imperaba en la corte, le había conseguido demasiados enemigos y ningún amigo. A consecuencia de todo aquello dejaron de llegarle encargos, la gente le dio la espalda, se deshizo de sus cuadros; algunos incluso los quemaron, qué tremenda aberración. Su nombre dejó de ser pronunciado... En poco tiempo, fue como si Cruz-Ortega nunca hubiera existido —siguió, con auténtica amargura—. Se le indicó, de una forma discreta pero firme, que su presencia en Madrid no era bien vista, así que nos fuimos. Desde entonces, no hemos dejado de viajar. Y aquí estamos...

—Ya veo. —Arlington frunció los labios—. Lo que no entiendo es por qué el marqués de Castro ayudó a tu padre.

—Oh. Era amigo suyo.

—Acabas de decirme que su temperamento no le había procurado ningún amigo. Y esa ayuda que mencionas, ocultar y crear pruebas, pagar o eliminar un testigo, y todo lo demás, no se hace por cualquiera. Siempre cabe la posibilidad de que llegue a saberse y, si algo cuida Castro contra viento y marea, es su honor y el supuesto buen nombre de su familia.

Ana se ruborizó. Arlington tenía razón; analizándola con cuidado, la historia fallaba en ese

extremo. Buscó algo rápidamente. No podía decirle la verdad.

—Era... amigo mío.

No quería decir lo que dio la impresión de estar diciendo, pero una vez dicho hasta parecía apropiado como excusa, así que, aunque la embargó una sensación tensa y desagradable, no se desdijo.

Arlington la miró con expresión crítica, mientras negaba con la cabeza, incapaz de asumir lo que la propia situación estaba sugiriendo. El momento se alargó hasta tal punto que Ana tuvo la impresión de que ambos formaban parte de un cuadro, una imagen atrapada en un lienzo, igual que las otras que les rodeaban. Allí aparecían ambos, sentados en los almohadones, él inclinado hacia ella, la mano detenida en el acto de acariciarle el pelo, los ojos abiertos por la sorpresa, brillantes por un dolor tan inesperado como intenso...

Como ella no dijo nada, Arlington apartó lentamente la mano y se puso en pie. Todavía entonces, Ana albergó la esperanza de que hablase, que dijese algo, cualquier cosa, rompiendo bruscamente ese extraño hechizo en el que habían quedado atrapados. Pero no. Arlington se quedó quieto mirándola desde arriba, apretando con fuerza los puños, y no quiso hacerlo o no encontró las palabras.

Fue hacia la puerta y cerró con suavidad pero con firmeza; sin perder la calma, pero con decisión rotunda. Algo que hacía pensar en cierres herméticos, en secciones selladas, en caminos sin vuelta. Ana se estremeció, segura de que hubiese sido mucho mejor oírle gritar o verle romper todo el mobiliario de la habitación en un estallido de violencia.

Ocultó el rostro en las manos y se echó a llorar.

3

Richard pasó varios días más viajando por la isla, ocupado en mil asuntos. Si alguien encontró extraño que hubiese vuelto a irse de palacio nada más regresar, no lo mencionó. Los sirvientes del palacio nunca se hubieran atrevido a hacer algo semejante y la familia parecía haber establecido una especie de pacto de silencio. Que sospechaban que era por Ana, seguro. En los últimos tiempos, todo lo que tenía que ver con Richard estaba relacionado con ella. Pero nadie dijo nada.

Y él necesitaba espacio. No sabía cómo afrontar una situación que se había manifestado peor de lo que nunca habría supuesto. La historia de Ana era trágica y terrible. Él ya sabía de la muerte de su madre, María, recordaba ese dato de los muchos que le había facilitado Lester, y lo lamentaba sinceramente. Recordaba bien a María Vega de aquella lejana fiesta en Madrid y estaba de acuerdo con Ana: se trataba de una dama encantadora, una de esas mujeres cuya presencia siempre se hacía grata. Todo lo ocurrido resultaba terrible, no lo dudaba ni por un momento. Hasta estaba convencido de que las cosas habían salido así, que no era un escándalo falso, sino cierto, y Castro había aprovechado la oportunidad para mandar ese pájaro por toda Europa, recabando información.

Pero lo único que le importaba a él, a lo que no podía dejar de dar vueltas, era que Ana había sido amante de Beauchamp y del marqués de Castro. Sus mayores enemigos.

No lo podía creer. Sencillamente, no era capaz de creerlo, ni de soportar la idea, y no sabía si algún día podría perdonarla. Que no hubiese nada que perdonar, realmente, porque Ana no tenía ningún compromiso con él, ni siquiera en su momento presente, era lo que menos importaba. La odiaba, odiaba lo que había hecho y odiaba imaginarla con ellos, esas manos sobre su piel, esas lenguas deslizándose en su boca. Todo en la relación que mantenían era por completo irracional e instintivo. Se sentía así y no era capaz de evitarlo.

Las sospechas sobre los españoles o la entrada de un desconocido en el despacho de Omar no consiguieron que centrarse la cabeza. Ni siquiera lo ocurrido con Noor, que era lo más grave que le había ocurrido desde la muerte de Charlie. Al fin y al cabo, resultaba poco probable que ocurriese algo en un tiempo. Los recientes acontecimientos habían llevado a reforzar la seguridad de *Kaifar* de mil maneras distintas y el palacio, aunque de forma más disimulada que los primeros días, se habían convertido en un bastión inexpugnable.

Richard y Omar habían organizado un sistema de vigilancia que dejaba pocas opciones a que se repitiera un suceso semejante, por no decir ninguna. Cada acceso al palacio estaba siempre vigilado, de día o de noche, a pesar de que el número de soldados y sus rondas hubiesen vuelto a ser los de siempre. Habían llegado tropas desde los pueblos del sur, hombres de las flotas pirata, que dejaron de operar como tales en esos meses, porque tenían esa nueva misión. Se movían por *Kaifar*, principalmente por los alrededores del palacio, disfrazados de comerciantes, de mendigos, de viajeros, de cómicos ambulantes...

Así, cualquiera que estuviese detrás de aquellas acciones, vería que todo había vuelto a la tranquilidad, que las rondas bajaban en número y frecuencia, que los guardias de las puertas ya no estaban triplicados. Pensarían que el susto por lo ocurrido se había olvidado, algo que jamás llegaría a ocurrir.

Omar se había tomado muy a mal que atacasen a Noor estando bajo su protección. Secundariamente, odiaba la idea de que hubiesen registrado sus cosas y más todavía no saber aún a quién responsabilizar del hecho. Era poco creíble atribuir la autoría a Cruz-Ortega. Quien quiera que fuese el que entró en el despacho, era un agente bien entrenado. Se sospechaba que había neutralizado a los guardias de esa zona con un gas, ya que ellos no recordaban nada, excepto que se durmieron y despertaron con un fuerte dolor de cabeza. De no haber sido por los errores que cometió luego, en el interior del despacho, y que llevaron a Omar a dar la alarma y empezar las pesquisas, quizá los guardias ni lo hubiesen mencionado, por no verse en un compromiso. Por otra parte, fuera quién fuese, se trataba de un agente con recursos. Había forzado la cerradura de la puerta, demasiado compleja para el pulso del pintor, y sospechaban que había abierto la caja fuerte.

Por lo demás, puertos y costas estaban siendo vigilados, se había realizado un gran despliegue por los barrios bajos de la ciudad y, ante cualquier cosa que ocurriese, Omar le enviaría una nota y él no tardaría nada en volver.

A mediados de mayo, mientras estaba en uno de los puertos del sur, alojado en la fastuosa casa de

uno de los suegros de Omar, le llegó un mensaje de palacio anunciando el nacimiento de su nueva sobrina. Se había adelantado varias semanas, suponían que por el susto que había sufrido Noor, pero todo había ido perfectamente. Tanto la madre como la niña estaban bien, y deseando verlo.

Aquella noticia era más importante que cualquier situación estrambótica en la que hubiese podido meterse por su mala cabeza, así que Richard decidió volver. Durante el viaje meditó cuidadosamente cada paso, cómo debía actuar y reaccionar a partir de entonces. En ningún momento miraría más allá de dos segundos seguidos a Ana. Sería educado y amable, pero distante. Se mantendría alejado, observando toda situación con perspectiva. Felicitaría a Noor, besaría a la niña, brindaría con el feliz padre, se emborracharía a escondidas con Omar y, en cuanto pudiera, saldría otra vez de la capital para dejar que el sol de los acantilados del sur apergaminase por completo sus ideas, achicharrándolas contra su cráneo.

Lamentablemente, en cuanto la vio, en la habitación de Noor, todos sus proyectos se fueron al traste.

No es que tuviera un aspecto especialmente brillante; al contrario, Ana parecía melancólica y apagada, pálida, con grandes ojeras. Pero fue verla y sus pupilas ya no quisieron apartarse de ella, y su corazón empezó a palpar más deprisa. Richard maldijo de nuevo en silencio, recriminándose el haber permitido que las cosas llegasen a tal punto.

Cuando le dijeron que la niña iba a llamarse Hana, estuvo a punto de darse de cabezazos contra la pared.

—¿Hana? —preguntó, con una voz que le sonó demasiado aguda—. Tenía entendido que si era niña iba a llamarse Jane. Sabes que a la abuela le haría mucha ilusión.

—Sí, esa fue mi primera intención. —Noor sonrió, acariciando la frente de su hija—. Pero esta niña vive gracias a Hana y debe llevar su nombre. La abuela estaría de acuerdo. Y le pondré su nombre a la siguiente.

Sí, la niña vivía gracias a Ana. Pero, si había estado en peligro fue por causa de Cruz-Ortega y todo aquel maldito asunto, así que la situación estaba en tablas.

No dijo nada. No era cuestión de manchar ese momento de felicidad con su rabia y sus celos.

Aun así, Ana debió notar su malestar, porque murmuró una excusa y abandonó la habitación. No volvió a verla en el resto del día, ni siquiera apareció para la cena, se limitó a enviar una nota excusándose con una jaqueca. Richard maldijo de nuevo. Dado que pensaba volverse a marchar de inmediato, si es que la borrachera con Omar le permitía levantarse al amanecer como tenía previsto, hasta llegó a considerar no iba a coincidir más con ella.

Otra idea que no fue capaz de soportar.

Era tarde, ya casi medianoche, cuando llamaron a la puerta del dormitorio.

Ana, que estaba sentada sobre la cama, entretenida con algunos bosquejos, miró hacia allí con sorpresa, se levantó y fue a abrir, cruzándose la bata sobre el camisón. Se detuvo en el último momento, al recordar el velo, y se lo puso por si acaso. En el tiempo que llevaba viviendo en *Kaifar* había aprendido que en ese tema era mejor prevenir. Se preguntó si le habría ocurrido algo a Noor o a la niña. Fuera quien fuese, a esas horas, no podía tratarse de nada bueno. No se equivocaba.

Arlington estaba al otro lado de la puerta, apoyado con una mano en la jamba. Como la última vez que lo vio, en el dormitorio de Noor, parecía estar debatiéndose en una terrible lucha interior.

—El marqués de Castro es mayor que tu padre, Ana—le soltó a bocajarro—. ¿De verdad quieres hacerme creer que también fue tu amante?

—Déjalo estar, Richard. —Frunció el ceño, al captar la peste a whisky—. Has bebido. Creía que los musulmanes no bebían.

—De ser algo, soy anglicano, amor mío. Pero te recuerdo que, antes que nada, en esta familia somos piratas. ¡Y qué piratas! —Rio—. Te aseguro que Omar es capaz de tumbarme a mí varias veces bebiendo lo que sea y eso que resisto bastante. —Alzó un dedo, con cara de cautela—. Ssshhh... Pero no lo cuentes por ahí. No estaría bien que se supiese.

—No sé por qué. Los actos del *Bey* son perfectos.

Richard lanzó una carcajada.

—Veo que empiezas a adaptarte a *Kaifar*. —Ella casi secundó su sonrisa, pero entonces Arlington recuperó su aire hosco y le soltó con mala idea—: O eso, o mi excelso primo es el próximo objetivo a ser cazado. ¿Es eso? Lástima, ya tiene cuatro esposas, legalmente no puede casarse contigo. ¿O es que te conformas con ser su concubina?

—Eso no ha tenido ninguna gracia, pero dejémoslo en que será por culpa del alcohol. —Ana empezó a cerrar la puerta—. Vete a dormir, Richard. Mejor hablamos mañana.

—No. —Arlington adelantó una mano para impedirlo. Incluso se abrió paso lo suficiente para meterse en el dormitorio, apartándola a un lado. Se tambaleaba un poco al caminar pero, por lo demás, mantuvo bastante bien el equilibrio—. Vamos a hablarlo ahora, Ana. Insisto. Te lo exijo.

—¿Que me lo exiges? —preguntó ella, empezando a enfadarse—. ¿Qué derecho tienes a exigirme nada?

Arlington afirmó la mandíbula.

—¿De verdad quieres hacerme creer que fuiste amante de Castro? —insistió, eludiendo responder. Total, ese debía ser el único tema que le importaba. La razón que lo había llevado allí esa noche.

¿Y qué hago ahora? Ana odiaba esa mentira pero no se le había ocurrido cómo justificar de otra

manera la intervención de Castro. Decidió hacer lo mismo que él y eludir la respuesta.

—No pretendo hacerte creer nada, diantre. —Soltó la puerta y caminó hacia el centro del dormitorio, abrazándose a sí misma, rogando para que la escena durase lo menos posible. No se sentía con fuerzas de afrontarla—. Piensa lo que quieras. Y basta ya de todo esto. No sé por qué te lo conté. No debí hacerlo. Jamás se lo había dicho a nadie, nunca. Te ruego que no vuelvas a mencionar este tema. Me resulta muy doloroso.

Arlington la miró con fijeza.

—Recuerdo a tu madre. —declaró, de pronto, con voz profunda. Ana parpadeó, conmovida, sintiendo que algo daba un vuelco en su interior—. Recuerdo aquella noche, aquel jardín. Te recuerdo a ti. A cada minuto, a cada segundo. Siempre estás presente en mis pensamientos.

Cerró la puerta con suavidad y caminó hacia ella, poco a poco, como si temiera asustarla y hacerla huir. Su mano le acarició la mejilla y se apoyó en su nuca. La atrajo lentamente y, sin darle tiempo a protestar, le soltó el velo de una de sus sujeciones, dejándolo caer a un lado. Ana olvidó que había jurado no quitárselo en su presencia. No podía apartar los ojos de la boca de aquel hombre, ni pensar en nada que no fuera sentir su contacto.

El beso tuvo un comienzo suave. Arlington le mordisqueó los labios, los bañó con su aliento cargado de whisky; los acarició con una lengua que fue haciéndose más y más osada, hasta invadir su boca, llenándola de sensaciones cálidas que la hacían estremecer. Ana jadeó, retrocedió ante su avance, perdió la conciencia del lugar y del tiempo...

De pronto, se encontraba tumbada sobre la cama y Arlington estaba encima, aplastándola contra el colchón, besándola con fiereza, a su modo dominante, posesivo, que la dejaba sin aliento. Una de sus manos la aferraba por la cadera. La otra, había estado rondando un pecho que solo entonces se atrevió a tomar, acariciando el pezón con el pulgar a través de la seda del camisón.

—Eres tan hermosa... —le oyó susurrar—. Tan hermosa...

—Richard... —Ana agitó la cabeza, estremecida. Quería entregarse a él, quería ser suya, necesitaba sentir su piel, pero no podía... No debía... tenía que pensar... La mano de su cadera había empezado a recoger el borde del camisón y se apoyó con desvergüenza en la parte interior de su muslo desnudo, ascendiendo, sin prisa pero sin pausa, hacia el lugar en el que se unían sus piernas. Ana pegó un brinco cuando los dedos de Arlington tocaron los rizos sedosos, mientras trataban de abrirse paso en la parte más sensible de su anatomía.

—Tranquila —susurraba él, en su boca—. Tranquila, Ana. Déjame hacer a mí. Solo quiero que recuerdes, que sientas lo que sentiste aquella noche, conmigo. Quiero volver a aquel momento. Quiero que solo hayas sido mía...

—Oh, Dios... —suspiró ella, incapaz de luchar contra el cúmulo de sensaciones que la desbordaban. Se besaron durante un tiempo interminable, alimentando el fuego de su pasión hasta que creyó que moriría. Notaba las manos de Arlington por todas partes, acariciando, palpando,

haciéndola suya. Sin darse cuenta, separó más las piernas y él aprovechó la ocasión para introducir uno de sus dedos en su interior.

El efecto fue inmediato. Ana arqueó las caderas, dobló las rodillas, mientras sus manos se crispaban en los hombros de Arlington, que la sostuvo con fuerza mientras la sacudía el orgasmo. Se le escapó un grito, mientras la tremenda tensión que se había acumulado en su vientre se diluía en una sensación líquida de enloquecedor deleite. Una oleada de placer se la tragó, la arrastró hasta un mundo de llamas donde se sintió consumir.

Al final, solo fue una sombra en un lugar oscuro.

Abrió los ojos, sorprendida de haberlos cerrado, y se encontró con las pupilas de Arlington.

—Eres muy estrecha, amor mío —comentó él con voz ronca—. Pero estás lista. Húmeda y lista para mí. —La soltó, colocándose entre sus piernas, apartando los faldones de la chilaba, y empezó a desatarse el pantalón. Repentinamente despejada, Ana se dio cuenta de que no podía permitirlo: si aquello seguía adelante, Arlington descubriría que le había mentido y tendría que dar muchas explicaciones. No, no podía arriesgarse, al menos hasta que el cuadro hubiese salido hacia Madrid. Arlington se tumbó sobre ella y volvió a besarla, pero al percibir su repentina rigidez, alzó la cabeza de su cuello—. ¿Qué ocurre?

—Déjame... —Lo empujó a un lado. Arlington permitió que lo apartara. La miró con ojos vidriosos mientras ella reptaba fuera de su alcance, se bajaba de la cama y recomponía sus ropas.

—¿Puedo saber qué ha pasado esta vez? —le oyó preguntar—. ¿He cometido algún error?

—No... Yo... Perdona, perdóname... —Carraspeó, mientras volvía a colocarse el velo—. Vas demasiado deprisa, Richard.

—¿Demasiado... *deprisa*? —La voz estuvo a punto de fallarle—. Acabo de provocarte un orgasmo, Ana. Creo que tengo derecho a disfrutar también del mío. Ya no eres una niña virgen a la que deba respetar con miramientos absurdos.

—Oh, demonios. —Se cubrió las mejillas con las manos, percibiendo un calor intenso—. Supongo que tienes razón, al considerarme una... una descarada. Pero esto... esto va demasiado rápido —repitió, indignada consigo misma, con su irreprimible tartamudeó y por no ocurrírsele algo más apropiado que decir que esa sarta de tonterías. Todavía tumbado en la cama, apoyado sobre un codo, Arlington asintió, mortalmente pálido.

—Ya veo. ¿Cuánto tiempo tardó Beauchamp en meterse bajo tus faldas? —Ana se ruborizó y apartó la mirada—. ¿Y Castro? Él tardaría algo más, supongo, y no creo que te dejara muy satisfecha. La edad se cobra su tributo.

—Eso ha sido una grosería.

—Lo sé. Mierda. Me sacas de quicio.

Arlington se sentó y se pasó ambas manos por el cabello, peinándolo con los dedos. Terminó cogiendo la jarra del agua que había sobre la mesilla y derramándosela sobre la cabeza. Ana se mordió el labio inferior, sintiéndose culpable.

—Lo... lo siento. No te pongas así, por favor.

—¿Así? ¿Así cómo? —La miró con acritud—. No te entiendo. Ambos somos personas de mundo, hemos tenido nuestras aventuras y hemos aprendido cosas en esta vida. Si yo te resultara desagradable, o siquiera indiferente, lo entendería; pero no es el caso. Sé que me deseas, lo sé, desde hace mucho. Si hubiera querido tenerte aquella primera noche, sabes tan bien como yo que te hubiese conseguido. Y hoy... Acabas de entregarte por completo, te has estremecido entre mis brazos. —Su voz se volvió persuasiva. Evidentemente, había decidido cambiar de táctica—. ¿Por qué me rechazas? Si crees que por acostarte conmigo dejarás de resultarme interesante, que mañana ya no tendrías mi respeto, te equivocas. Deja que te lo demuestre, por favor, dame una oportunidad. Ven a mí. —Tendió una mano hacia ella—. No puedo más, Ana. Te deseo locamente, desde el mismo instante en el que te vi.

—No lo suficiente, al parecer. —No consiguió eliminar un último rastro de amargura de su tono, y él se dio cuenta—. Recuerdo que jamás me buscaste, por no hablar de que no querías que viniera.

—No. —Arlington titubeó y perdió prácticamente todo su entusiasmo—. No te busqué, y no quería que vinieses. Pero no por las razones que supones. Hubiera sido mucho mejor para ti, mucho mejor, no volver a verme o quedarte en Italia.

—¿Por qué?

Arlington abrió y cerró la boca un par de veces.

—Maldita sea, mujer, me estás volviendo loco. —Se puso en pie de un salto, repentinamente furioso—. ¿Qué es lo que quieres? ¿Qué te corteje como a una debutante en su primera temporada? Me excusarás, pero no tengo tiempo, ni ganas. No me gustan esos entretenimientos de salón. Quizá por eso estoy aquí contigo, y no con una niña proclive a las risillas tontas.

—Dame tiempo. —Sus ojos se deslizaron por voluntad propia hasta la puerta secundaria que conducía al salón que había acondicionado como estudio de pintura. Su mente giró alrededor de los cuerpos de las odaliscas—. Una semana.

—¡Una semana! ¿Otra? ¿Pero qué dices? ¡Hace un mes, estabas desnuda en mi cama, Ana! ¿A qué juegos? —Como ella no dijo nada, bufó, exasperado—. Una semana, ¿para qué? Tú sabes, y yo sé, lo que va a pasar. Te he sentido vibrar entre mis brazos. Me deseas. No intentes negarlo. —Ella siguió empeñada en guardar silencio. Arlington la miró con las manos en la cintura—. Un día. Veinticuatro horas. Mañana, cenarás conmigo en mis aposentos y te quedarás a pasar la noche.

—No. Una semana.

Arlington entrecerró los ojos.

—Muy bien —aceptó finalmente—. Una semana. Pero te lo advierto, Ana Cruz-Ortega y toma buena nota de mis palabras porque jamás he hablado tan en serio: si pasado el plazo, vuelve a ocurrir algo así, si vuelves a jugar conmigo, alentándome para luego rechazarme, consideraré que no hay, y que no habrá nunca, nada entre nosotros. Que se me lleven los demonios, si vuelvo a intentarlo.

Se dirigió a la puerta y salió.

Capítulo 5

Kaifar, mayo de 1875

1

Una semana después, sentado en el amplio alfeizar de una de las ventanas de su habitación, mientras veía amanecer, Richard se preguntaba qué sentido había tenido esa demora, al menos para ella.

Tiempo. Necesitaba tiempo. Ja. Quizá fuera verdad, aunque una mujer que había tenido varios amantes, de caracteres tan peculiares y edades tan distintas, debería haberse mostrado menos sensible en ese terreno. Había algo... que no encajaba, como siempre ocurría con cuanto rodeaba a Ana Cruz-Ortega. Todo en aquel asunto le traía un extraño regusto a fatalidad: Ana y él estaban abocados a estar juntos pero a la vez daba la impresión que no podrían conseguirlo jamás.

Se atraían y surgían dudas; se acercaban y una nueva noticia lo hacía retroceder...

No, no pensaba permitir que toda esa frustración siguiera machacándolo, casi como si fuese la rueda de un carro pasándole eternamente por encima. Ese era el día, esa era la noche. Estaba totalmente decidido a cumplir lo prometido: si Ana volvía a esquivar sus avances, la dejaría definitivamente en paz. Daba igual que tuviese claro que, de tomar ese camino, su vida iba a ser un infierno a partir de entonces. No volvería a intentarlo. No querría volver a verla.

Aunque, en realidad, analizándolo con perspectiva, hasta se alegraba de ese último retraso que se le había impuesto. La noche en que se presentó en la habitación de Ana estaba demasiado borracho y lleno de rabia. De haber aceptado ella, de haber hecho finalmente el amor, Richard no hubiese disfrutado como era debido del momento, lo que hubiese sido una pena tras esperarlo tanto. Ese margen había servido para calmarlo, darle una cierta serenidad. Al menos, en parte.

Ahora, lo veía todo distinto. Nunca podría olvidar que Ana había estado relacionada con Beauchamp y Castro. Jamás lo haría, en todos los malditos días de su vida, era algo que lo afectaba de una forma demasiado profunda; pero Richard había tenido margen suficiente para digerir la noticia como un gato digeriría una bola de pelo. Se veía más capaz de relegar ese pensamiento obsesivo, apartarlo de su mente y superar su cólera. Cinco años atrás, él había cometido errores enormes: bueno, ella también, estaba claro. Pero todo aquello era cosa del pasado. Ambos habían aprendido en el camino y estaban llegando a un punto de encuentro.

Su único problema, seguía siendo Cruz-Ortega.

—Por todos los demonios... —musitó en voz alta, harto de dar mentalmente vueltas en círculo, y se puso en pie. Decidió acercarse hasta los astilleros, donde estaban terminando unas reformas en el barco de Omar, para ver si conseguía mantenerse ocupado. La idea era entretenerse con algo, conseguir olvidar ese asunto durante unas horas, aunque no tenía demasiadas esperanzas. Malditos

españoles. Entre el padre y la hija lo estaban volviendo loco. Daba la impresión de que aquel maldito pintor no pensaba realizar nunca el cuadro que debía delatarlo y, mientras, tenía prácticamente terminado el retrato de Omar, con lo que su presencia en *Kaifar* dejaría de tener sentido.

¿Qué planeaba? ¿Es que pretendía irse sin más?

No pensaba permitirlo.

Richard abandonó su dormitorio, cruzó el largo pasillo que conectaba las dependencias privadas de la familia con el núcleo del palacio, atravesó dos grandes patios y recorrió una laberíntica secuencia de galerías laterales. En cualquier otro caso hubiese disfrutado del paseo, porque a esas horas todavía no hacía demasiado calor, el sol brillaba en un cielo azul inmenso y se oían las risas y voces de los niños del palacio, que debían estar jugando a algo muy divertido. Sí, debería haber sido feliz. Pero Richard se sentía como una sombra, un cúmulo de negrura que avanzaba fría y temblorosa en aquella luz.

No supo que, en realidad, estaba buscando a Cruz-Ortega hasta que lo descubrió sentado en uno de los bancos, en el mirador, a la sombra de unas palmeras. Era un lugar que le gustaba, lo sabía. Lo había visto allí, otros días, después de desayunar. Richard se detuvo unos instantes, contemplándolo pensativo, sintiendo la fresca brisa de la mañana en el rostro.

Siete días. Por fin habían pasado los malditos siete días, reptando lentamente, con la parsimonia de auténticos gusanos. Respecto a Ana, tenía las cosas claras, y esa noche esperaba concluir algo que llevaba demasiado tiempo esperando. Concluirlo, fuera como fuese.

Era aquel hombre lo que le preocupaba.

Se acercó, devolviendo apenas la sonrisa de saludo, sacó un cigarrillo y le ofreció, pero Cruz-Ortega denegó con un gesto. El viento allí era bastante fuerte y le costó varios intentos y un buen número de cerillas, conseguir encenderlo.

Richard aspiró el humo y contempló el mar.

—Quería hablar con usted. —dijo, con la gravedad apropiada al tema—. Aunque, ahora mismo, no sé cómo plantearlo.

Cruz-Ortega rio entre dientes.

—¿Política, de nuevo, mi querido duque? ¿Quizá ha cambiado su opinión sobre la situación del mundo?

—No. —Sonrió, al recordar aquella primera conversación. Condenado viejo. Las almas de ese estilo solían estamparse una y otra vez contra la realidad, pero cuán necesarias eran. Aunque, a saber... ¿Era realmente así, o solo interpretaba un papel, como agente bien entrenado?—. Creo que, en esa cuestión, no tenemos nada más que decirnos. —Fumó medio cigarrillo antes de animarse a continuar. Tras lo ocurrido en aquella mugrienta taberna, pensaba que lo mejor era ser directo. Si no,

corría el riesgo de que Ana se metiera realmente en un lío—. Quiero hablar con usted de la razón de su presencia aquí.

Cruz-Ortega guiñó los ojos, quizá deslumbrado por el sol, aunque también pudo ser un gesto de cautela.

—¿Aquí? ¿En el mirador?

—No. En *Kaifar*. —Si pensaba que iba a hacerle perder los estribos, o a desalentarlo, se equivocaba—. Ambos sabemos que no ha venido por el retrato, sino a conseguir información. —Ya estaba dicho. Las cartas sobre la mesa. El pintor volvió la cabeza hacia el mar, de modo que le resultó más difícil leer su expresión—. Señor, estoy seguro de que, a estas alturas, le consta que me preocupo por Ana. Su hija me importa, me importa mucho. —Hizo una pausa—. No la meta en esto.

Cruz-Ortega estuvo tanto tiempo inmóvil y en silencio que pensó que había decidido no contestar. Pero habló, con la voz repentinamente cascada.

—¿Qué es lo que cree saber, Arlington?

Ah, no. Eso sí que no, pensó Richard, aunque su tono sonó mucho más respetuoso. Aún no sabía si Cruz-Ortega era realmente culpable de los crímenes que le suponía y además era el padre de Ana. Solo por eso, hasta que tuviese la verdad, la auténtica verdad, abofeteándolo de frente, lo trataría con exquisita educación. Luego, ya vería.

—Las cosas no funcionan así. Está usted en mi terreno y soy yo quien hace las preguntas. Ya no hay vuelta atrás. Pero le aseguro que, si me dice lo que necesito saber sin obligarme a encontrar el modo de descubrirlo por mi cuenta, lo tendré en cuenta. Será lo mejor para ambos.

A lo lejos se oyó un nuevo estallido de las risas de los niños. Cruz-Ortega suspiró, meditabundo.

—Hoy... hoy me sentía en paz conmigo mismo, la primera vez en mucho tiempo. Mi querido amigo, ha elegido un mal día para esto.

—Puede que sí. Pero la situación se nos está yendo de las manos. —El pintor se limitó a asentir. Richard esperó un rato, hasta que quedó claro que no iba a confesar—. Está bien, no me diga nada si no quiere. Sabe tan bien como yo que terminará haciéndolo, tarde o temprano, por los medios que sean necesarios. —Esperó un segundo, para que la idea tuviera tiempo de asentarse. Cruz-Ortega parpadeó y le miró con la reserva lógica en alguien a quien se le ha amenazado con la tortura—. Lo único que le pido, que le ruego encarecidamente, es que no utilice a su hija de enlace. No lo haga, señor. Ana es demasiado impulsiva, ambos sabemos que hará lo que usted le pida sin medir las consecuencias. Y al otro lado, con suerte, estaré yo.

El pintor hizo una mueca. Parecía bastante sereno, aunque, por primera vez en días, le temblaban las manos.

—¿Quién es usted, Arlington?

—Alguien que es muy mal enemigo. Eso es lo único que importa ahora mismo. —Arrojó la colilla al suelo y la pisó antes de dirigirse a la escalinata—. Le sugiero que no le diga a Ana que he hablado con usted. Y no la meta en esto, maldición.

2

El individuo, bajo, oscuro, por completo mediocre, resultaba invisible en medio de la multitud. Estaba sentado en un murete que delimitaba el pequeño patio de una casa, observando el ir y venir de la gente.

Había estado esperando en aquella esquina cercana al mercado de las especias durante tres horas y empezaba a creer que su contacto iba a retrasarse otra vez. De ser así, la operación se daría por cancelada. Tenía órdenes de permanecer tres horas, las primeras del día, en aquella esquina, a lo largo de tres días, ni uno más, y ése era el último. A él no le importaba lo que pasase con la misión, al menos, no demasiado. Con el pago parcial que había recibido de aquel extranjero tan extraño, tenía para abastecerse de *hachís* durante un mes, quizá algo más. Claro que, si le pagaban al completo, además dejaría de tener problemas durante ese mismo tiempo con sus dos esposas, cuyos lamentos y recriminaciones habían empezado a molestarle realmente.

¿Acaso él tenía la culpa de ser un miserable, de ser más pobre que las ratas de *Kaifar*? Su padre no le legó más que el suelo bajo los pies y el cielo sobre la cabeza. Sus manos eran torpes, su entendimiento corto y el mundo que le había tocado vivir, absolutamente hostil. Nadie le había dado nunca una oportunidad, pero ni se había percatado, no sabía lo que era eso. Simplemente, aceptaba su destino.

Pero, ellas, sus dos esposas, no. Usaban como un látigo sus gritos, sus lloros y la caterva de hijos que iban pariendo, y le fustigaban con él sin piedad. ¿Por qué se casaría con ellas, por la sabiduría de Alá? Bien lo sabía. La primera era gorda y fea, por lo que no encontraba marido, pero había heredado una casa, de modo que, casándose con ella pudo asegurarse un techo para el resto de sus días. La segunda era bastante atractiva. La compró como esclava y la emancipó al casarse con ella. Su primera esposa puso el grito en el cielo, claro, sobre todo porque la pagó con su dinero, pero tuvo que aceptarlo.

Total, para qué. La bonita esclava se convirtió en una esposa desaliñada, insatisfecha, siempre deformada por los embarazos, y se volvió tan rencorosa como la otra. Malditas, malditas fueran las dos. Se odiaban entre ellas y lo odiaban a él. Si esa noche no volvía con algo de dinero, tendría que darles parte de lo que tenía escondido para *hachís*. Eso lo impulsó a seguir en la esquina media hora más de lo previsto, sin aparente éxito.

Deprimido, estaba a punto de irse cuando la figura menuda de una mujer, totalmente cubierta con el velo oscuro de las viudas, apareció por la calle principal. Llevaba un rollo alargado, envuelto en una tela de gruesa lana.

—Me duelen los pies —murmuró, sentándose a su lado.

El hombre sonrió levemente. Esa era la contraseña de la que le había hablado el extranjero. También la mujer lo era, extranjera, lo delataba la pálida piel de su mano, aunque hablaba el árabe sin ningún acento. Por desgracia, cuando le miró, sus ojos eran castaños. Le hubiera gustado ver unos ojos azules, quizá entonces la recompensa hubiera sido mayor. En las recónditas callejuelas de *Kaifar* se decía que las mujeres occidentales de ojos azules no tenían escrúpulos en la cama, y que su hambre de sexo no conocía límites.

Pero, no había habido suerte, algo que era de esperar. Según los rumores, la única mujer con las pupilas azules de todo *Kaifar* era una invitada del *Bey*, una mujer bellísima que el gobernante guardaba celosamente, incluso fuera del harén, para su propio disfrute.

El destino debía ser un tipo como él, alguien siempre necesitado de oro, porque solo parecía complacer a los más pudientes.

—Ha sido un viaje muy largo —dijo en respuesta, tal y como estaba convenido.

La mujer asintió, dejó el rollo apoyado en el murete bajo en el que estaban sentados, y tras mirar unos segundos a un lado y a otro mientras simulaba masajearse los pies, se levantó para irse. Según las instrucciones, él debía esperar al menos quince minutos antes de moverse, pero llevaba allí demasiado tiempo, más de acordado. Además, a esas horas hacía ya mucho calor y estaba deseando sentir entre sus dedos el refrescante contacto de las monedas de oro y, más aún, gastárselas en un buen té y un *narguile*, convenientemente a la sombra; de modo que, en cuanto ella dio un par de pasos, cogió el paquete para irse en dirección contraria.

Nada más hacerlo, un grupo de soldados del *Bey* surgió de alguna parte y lo rodeó, dando voces de alto y lanzando destellos con el filo de sus espadas.

El hombre mediocre de *Kaifar* agitó la cabeza, con fatalismo. Tampoco en eso había habido suerte. Era, definitivamente, un asunto del destino.

Oyó gritar a la mujer apenas una milésima de segundo antes de recibir el golpe que lo dejó inconsciente.

3

—¿Qué hemos venido a hacer aquí?

Con el sobresalto, Ana estuvo a punto de emborronar uno de los ojos del retrato del *Bey*. Apartó el pincel justo a tiempo y miró hacia la puerta. Su padre acababa de entrar como una tromba. Estaba despeinado y sudoroso, pero sus ojos parecían más lúcidos de lo que Ana había visto en esos últimos cinco años.

—¿Papá? —Dejó el pincel y la paleta en la mesita auxiliar y se puso en pie—. ¿Qué le ocurre? ¿Venir? ¿Dónde?

—¡A *Kaifar*! ¡Y no se te ocurra mentirme, Ana María Cruz-Ortega! ¿Hemos venido de verdad a pintar el retrato del *Bey*? ¿O hay alguna otra razón? —Ella titubeó. Alguna que otra vez se había preguntado qué ocurriría, de descubrirlo todo su padre, pero de eso hacía mucho. Viéndolo tan mal de salud, hasta había llegado a pensar que era algo que ya, definitivamente, no iba a ocurrir. Por eso, la pregunta la tomó tan por sorpresa que no supo cómo reaccionar. Su padre palideció—. Oh, dios mío... —Caminó hasta una silla y se sentó, casi dejándose caer—. Oh, dios mío, Ana, dios mío. ¿Qué estás haciendo?

—Nada. —Ojalá su voz hubiese sonado con mayor contundencia—. Nada, papá, de verdad.

—¡Te he dicho que no me mientas! ¿Qué hacemos aquí? —Ella no contestó. Se limitó a frotarse las manos con nerviosismo. Los ojos de su padre se llenaron de alarma—. ¿Y a Italia? ¿También fuimos por alguna causa misteriosa? ¿Francia? ¿Inglaterra? ¿Y a Portugal? —Arqueó ambas cejas, ante un recuerdo—. ¿Qué pasó en Portugal?

—No pasó nada.

—Claro que sí. Aquellos hombres tan insistentes, Newbody y el joven Charlie Mallory... Insistía mucho en permanecer con nosotros y tú tratabas de espantarlo.

—Le recuerdo que Charles quería que usted le diese clases de pintura. Pero, en su presencia, yo no hubiese podido pintar. Me hubiese resultado imposible y necesitamos ganar dinero, padre, sabe que...

—Tonterías. Excusas. Pero no viene al caso. Nunca creí que Charlie quisiera realmente pintar. Tenía conocimientos básicos y le agradaba hacerlo, como afición, pero nunca lo vi con auténticas ganas de coger un pincel, ni temblaba de expectación con la idea de ponerse ante un lienzo, como me ocurría a mí en otros tiempos, o a ti ahora. —Ana asintió. Eso era cierto—. No, lo que lo llevaba allí, era otra cosa. Y vi demasiados detalles... sospechosos. Debía estar investigando qué hacíamos allí. Yo no lo sé. Pero tú seguramente sí.

Ana dudó. Lo cierto era que todo aquel asunto siempre le había resultado bastante confuso. Beauchamp apareció en el hotel con Charlie, de pronto, estando ellos allí cumpliendo una misión. Ana tenía que conseguir una información en la ciudad, la identidad de tres traidores del servicio secreto español. Según Beauchamp, esos nombres estaban en poder de un antiguo embajador portugués, ya retirado. Ana tenía que conseguirlos y enviar los datos a Madrid.

El día en que los señores Newbody y Mallory llegaron al hotel, se cruzaron con Ana en el vestíbulo, y Beauchamp hizo como que no la conocía, así que siguió el juego, pensando que explicaría su presencia más tarde. Pero cuando finalmente pudieron hablar un momento a solas, se limitó a decir que estaban allí por asuntos distintos y que no era necesaria ninguna aclaración. Le advirtió, eso sí, que Charles no sabía nada de todo lo relacionado con ellos y que así debía continuar. Le ordenó que siguiera con su misión, que actuase como si no se conocieran y, por supuesto, que evitase que Charles descubriese nada sobre qué Cruz-Ortega era el que pintaba en el breve tiempo que iban a estar juntos.

En cualquier momento, aseguró, llegaría para Charles una carta de Inglaterra, reclamando su presencia allí, y se marcharía de inmediato. Eso era todo.

Así, compartieron hotel alrededor de diez días. Beauchamp y Charles hicieron su vida, saliendo a caminar, visitando museos o comiendo juntos en el comedor del hotel, lo que en aquella época la llevó a pensar que quizá Charles era del Servicio Secreto inglés, y más exactamente un agente doble que estaba transfiriendo información local a Beauchamp. O viceversa. Quién podía saberlo. Ella no, y como bastante tenía con lo suyo, ya que aquel maldito embajador había escondido la información de tal manera que tuvo que entrar tres veces en su casa hasta lograr localizarla, trató de ignorarlos.

Pero, en ese tiempo, Charles intentó continuos acercamientos. Arguyó que admiraba a Cruz-Ortega y quería aprender con él y, cuando la cosa no funcionó, comenzó a cortejar a Ana, buscando una entrada alternativa en sus vidas. Muy insistente, demasiado. Viéndolo con perspectiva, quizá sabía o sospechaba algo, y quizá Beauchamp estaba allí para servir de dique de contención y evitar un desastre.

En todo caso, la carta prometida llegó de Inglaterra y Charles Mallory se fue, sin siquiera despedirse. Se lo comentó a Ana el dueño del hotel. Beauchamp también se marchó, al día siguiente.

Entonces, su padre no se enteró de nada. Y aquí no hubiese debido enterarse tampoco. Siempre había sido un hombre demasiado impulsivo para su propio bien y el de cuantos lo rodeaban. Ana lo miró, sintiendo el corazón desbocado. Debía negarlo. Todo.

—Tiene usted mucha imaginación, papá.

—¿En serio? Puede ser, porque te diré lo que pienso. Charles nos rondaba a los dos y desaparecieron repentinamente. Tanta insistencia y, de pronto, se esfumaron. ¿Qué ocurrió, Ana? ¿Eran... espías enemigos? ¿Acaso tuviste que...?

—¡No! —Segura de que se le notaba en la cara la mentira, Ana se puso en pie y simuló ordenar de nuevo los tarros de pinceles, que no necesitaban ningún retoque—. ¿Pero qué dice, padre? Claro que no. Solo se trataba de dos amigos, dos viajeros amantes del arte, viajando por Europa. Dejemos este tema, por favor. ¡Si apenas me acuerdo apenas de ellos!

Su padre la estudió atentamente, hasta que Ana tuvo la impresión de que la abrían en canal, con unas pupilas que parecían de acero.

—Sí lo eran. Eran agentes. Posiblemente, británicos —afirmó Cruz-Ortega, con plena seguridad. Parecía muy trastornado. Miró alrededor, el gesto habitual cuando intentaba localizar una botella. Allí no había ninguna—. No soy tonto, niña. Es el precio que puso Castro, ¿verdad? Como yo me negué a seguirle el juego, se lanzó sobre ti. Y tú te viste sola, sin el apoyo de tu madre y con un padre que apenas valía nada, encerrado en la cárcel y sin esperanza alguna.

—No, yo...

—Claro que lo hizo. Si conoceré a ese cabrón. Y yo no lo pensé, ni se me pasó por la cabeza, ni

siquiera cuando me soltaron. Aquel hombre, el que se entregó en mi lugar... ¿de verdad mató a Beauchamp? ¿O fue todo un gigantesco montaje creado para enredarnos en una telaraña que nos ha traído hasta aquí. ¡Ana! —exclamó, cuando ella se empeñó en guardar silencio y darle la espalda—. ¡Mírame cuando te hablo! —Ana obedeció—. Ahora entiendo tantas cosas... Pero no debiste aceptar. Ese canalla no podía hacernos nada. Te dejé claro que me importaban bien poco el ostracismo social y la miseria, ni siquiera me importaba que me acusasen de ese crimen que no cometí. Hubiera pasado feliz el tiempo que me quedaba de vida en la cárcel, ya soy un hombre condenado y sin futuro. ¿Qué podía importarme, después de... lo que le hice a tu pobre madre? —La voz casi se le estranguló. Tardó un segundo en continuar—. Todo, cualquier cosa, antes que espiar para ese canalla. Pero tú aceptaste. ¡Aceptaste! ¿Cómo pudiste?

—¡No tuve alternativa! —gritó ella al perder definitivamente los nervios. Se giró para enfrentarlo, apretando los puños—. ¡Uno de los dos debía asumir esa carga! ¡Para usted resultó muy fácil hacerse el digno y negarse a espiar para Castro, esconderse en el fondo de su botella y olvidarse del mundo, pero la realidad nos persigue, papá, y no podemos emborracharnos los dos!

En cuanto dijo esas cosas espantosas, se arrepintió de no haber sabido contenerse. Su padre parpadeó, dolido por las palabras y asustado por el tono.

—Ana, ¿qué te dijo? ¿Cómo te forzó a esto? ¿Qué está ocurriendo?

No quería responder a eso, no podía. Si se lo decía, su padre enloquecería. No podría asumirlo. Había sido duro para él creer durante años que su esposa se había quitado la vida; saber ahora, de pronto, que estaba prisionera en algún sitio, que la utilizaban para chantajearles y tenerles en aquel jaque continuo por toda Europa, sin mayor sentido...

Ana se frotó las sienes. La verdad era que temía lo que podía resultar de darle esa información. Por una parte, su padre le reprocharía no habérselo contado antes, le echaría en cara haber permitido que siguiera sumido en ese infierno de culpa, emborrachándose para no tener que pensar en ello. Y, por otra, estaba la razón por la que, precisamente, no lo había hecho: él no cuidaría igual de bien ese secreto. Pese a cómo se mostraba en ese momento, estaba enfermo. Borracho era un peligro, sobrio, con el *delirium tremens*, más. El alcoholismo había afectado su mente y sufría períodos de absoluta confusión. En cualquiera de ellos se le podía escapar la información. Y si lo hacía, y llegaba a oídos de Castro, mataría a María Vega. Prometió que lo haría y ella no lo dudaba.

—No tiene que preocuparse por nada, papá —dijo, por intentar tranquilizarlo, pero su voz sonó casi desesperada—. En pocos días habré acabado el retrato del *Bey* y podremos irnos.

Su padre agitó la cabeza.

—Sea lo que sea que tienes intención de hacer, debes dejarlo. Arlington lo sabe.

Por segunda vez esa mañana, consiguió sobresaltarla. ¿Arlington? Eso era totalmente imposible. ¿Qué podía saber Arlington de aquel asunto? Nada, al margen de lo que ella misma le había contado, entremezclando detalles ciertos con mentiras gigantescas. Él era un noble, un duque, alguien muy encumbrado en las posiciones de poder, demasiado lejos de aquellos tejemanejes en los que ellos

estaban metidos hasta el cuello. No, alguien de su posición no arriesgaría la vida con tanta liberalidad como se suponía necesario en un agente secreto. Y más, teniendo en cuenta que sus dos hermanos varones estaban muertos y él debía asumir por completo el peso del título.

El recuerdo de esas muertes y el intento de asesinato de Noor la hicieron fruncir el ceño. ¿Podía implicar eso algo? Pero no, era imposible...

—No puede ser, padre. ¿No se da cuenta? Él no...

—Te digo que lo sabe, Ana. No me hagas repetirlo. Él mismo se me ha acercado hace un rato en el mirador y me lo ha dejado muy claro. Incluso me advirtió que no te utilizase de enlace. De *enlace*, pronunció ese término, ¿lo entiendes? Piensa que el... espía soy yo. —Ana palideció. ¿Arlington sabía algo de aquel asunto? ¿Y desde cuándo?—. ¿Cómo transmites la información?

Ella hizo una mueca. No tenía sentido seguir negándolo.

—La codifico en un cuadro. Los envío a Madrid a través de correo o más habitualmente de agentes de enlace que nos siguen. En este viaje, nos han estado cubriendo las espaldas dos fragatas españolas.

Cruz-Ortega la miró sorprendido. También ella era incapaz de entender a qué venía tal despliegue de medios con ellos. Si al menos hubiese descubierto algo de valor en *Kaifar*...

—¿Qué código usas, cómo puede, no sé, aplicarse algo así en un cuadro?

—Utilizo la rueda RYB de Goethe, aunque le he hecho algunos cambios. —Le explicó a grandes rasgos las características del código. Su padre escuchó con creciente interés—. Como puede ver, permite transmitir mucha información, de forma muy flexible, y es algo imposible de decodificar sin conocer las fuentes. Además, en el caso de que no sepas que existe, pasa desapercibido.

Cruz-Ortega asintió. Si alguien era capaz de admirar ese sistema, sin duda era él. Casi llegó a sonreír.

—Muy astuta, hija mía. Si no fuera por el peligro que corremos, me sentiría muy orgulloso de ti, ya lo creo que sí. —Fue hacia ella y la besó en la frente. En un arrebato, Ana lo abrazó. Se esforzó por contener las lágrimas. Lo había necesitado tanto, tanto durante ese tiempo—. Tranquila, tranquila, Ana, todavía podemos arreglarlo. Simplemente, hemos de tener cuidado. Arlington sabe algo, supongo que cree que yo pintaré el cuadro y que tú lo entregarás, de modo que no puedes mandarlo. Lo mejor es que borres el código, altéralo como sea.

—Él no conoce...

—No puedes estar segura. Tampoco sabías que estuviese implicado. No eres la única que conoce el código, desde el momento en que debe haber alguien para leerlo. ¿Quién te dice que no han informado, que lo ve, y que deduce el mensaje? Tienes que pintar encima cualquier cosa. Es una orden, niña. —Cruz-Ortega la soltó y se movió por el cuarto, buscando—. ¿Era el de las odaliscas, no? ¿Dónde está?

Ana hizo una mueca. Ni siquiera el ver a su padre con un rescoldo de su genio anterior podía consolarla.

—Ya lo envíe —murmuró—. Corría prisa, papá, no podía demorarlo más. —No podía decirle que esa noche tenía una cita con Arlington, y había trabajado contrarreloj para poder enviar el cuadro terminado esa misma mañana—. Como me vigilan más a mí, mandé a Regina, era lo más discreto. —Tras un momento de intenso silencio, añadió, con una sonrisa amarga—: Supongo que la suerte está echada, papá.

Cruz-Ortega palideció hasta mostrar el color de la cera de una vela y parecer igual de vivo. Ana temió que le fuese a dar un ataque al corazón o algo peor. Caminó con paso inseguro hacia la balconada y miró hacia el exterior con gesto hosco, como si no le gustasen nada sus pensamientos. Pero cuando se volvió hacia ella y empezó a hablar de nuevo, se mostró práctico y terminante, con un tono que se asemejaba al de otros tiempos, cuando le daba órdenes.

—Coge la capa y algo de dinero. Lo demás no importa. Nos vamos de inmediato.

—¿Irnos? Pero ¿cómo vamos a salir de la isla?

—Alquilaremos un bote, lo robaremos si hace falta. ¿No dices que hay dos fragatas en alguna parte, por si tenemos problemas? Pues los tenemos y hemos de llegar a ellas, como sea. Remaré yo mismo de ser necesario, pero tú tienes que salir ahora mismo de *Kaifar*.

—¿Y Regina?

Cruz-Ortega hizo un gesto de desaliento.

—Esperemos que entiendan que ella no tiene nada que ver con todo este asunto.

—¡Pero, padre! ¡No puedo dejarla abandonada aquí y fiarme de que el *Bey*...!

—¡Lo que no puedes permitirte, es quedarte, Ana! ¡Arlington se lo va a tomar como algo personal y todo puede empeorar más de lo que podemos llegar a imaginarnos! Te lo digo yo, que he visto cómo estaba antes, no quiero ni imaginarme qué pasará cuando se entere de lo ocurrido... —Apretó los labios—. No son mala gente. Confíemos en que se apiadarán de Regina, porque es lo único que podemos hacer, y vámonos. ¡Ahora mismo! —insistió. Ana reaccionó al momento, y cogió su capa y la bolsita con el dinero para emergencias que guardaba en el arcón. Sin darle ni tiempo a meterla en un bolsillo, Cruz-Ortega la agarró por un brazo y tiró de ella hacia la sala común de sus dependencias, donde estaba también la puerta de salida—. ¡Vamos, muévete! No tenemos tiempo que perder. Cada segundo cuenta.

—¡Espere! —Se resistió en el último momento—. ¡Espere un poco, papá! Así no llegaremos a ninguna parte, buscarán dos extranjeros, nos buscaran a nosotros. Pero, por una vez, nos van a venir bien las ropas árabes y los velos.

Fue a la habitación de Regina porque era la que había adoptado desde el principio aquel estilo de

vestir. Decía que lo encontraba cómodo y le gustaba, así que guardaba distintas prendas en su arcón. Con suerte, su padre y ella podrían salir de palacio disfrazados como dos mujeres locales, seguro que a su padre no le importaba hacerlo con tal de salvar sus vidas.

Pero qué terrible, cuando Arlington se enterase de esa última miseria, cómo los iba a despreciar, sobre todo a ella...

Mientras registraba los arcones oyó que su padre la llamaba. Pensó que intentaba meterle prisa, solo cuando volvió a reunirse con él, cargada con dos chilabas y varios velos, vio el grupo de soldados liderados por un furioso Muhammad.

Capítulo 6

Kaifar, mayo de 1875

1

Richard entró precipitadamente en el salón del trono. Había recibido el mensaje de su primo en el puerto, en los astilleros, y se había apresurado a acudir a palacio, pero, aun así, llegaba tarde. Omar ya había convocado a Cruz-Ortega y a Ana, y los observaba desde el trono con expresión risueña.

Maldita sea. Richard fulminó a Cruz-Ortega con la mirada. También era mala suerte que el maldito pintor hubiese decidido llevar a cabo sus planes precisamente ese día. Ya podía irse olvidando de la cita nocturna y de cualquier otra que pudiera plantearse en el futuro. Si al menos pudiera hacer que la muchacha fuese expulsada cuanto antes del salón del trono... Decidió intentarlo, a la mínima oportunidad.

Al verlo entrar, Omar le sonrió y esperó pacientemente a que ocupase su lugar a su derecha, antes de dirigirse al pintor.

—¿Comprende usted por qué está aquí?

La voz de Omar sonaba suave y acariciadora. Solo Richard, y quizá Muhammad y su guardia personal, eran capaces de detectar el filo que había escondido bajo aquel tono. Omar estaba furioso. Odiaba a los espías ajenos, jamás olvidaba que su padre había muerto a manos de uno de ellos. Cruz-Ortega no estaba informado de ese pequeño detalle, de otro modo su expresión hubiera denotado todavía más miedo. Ana, situada pocos pasos detrás, si estaba pálida, algo evidente, a pesar del velo. Sus manos, unidas en la cintura, mostraban los nudillos blancos.

—No, Alteza —murmuró Cruz-Ortega. *Y encima mente fatal*, pensó Richard, enojado—. El retrato no está terminado todavía. Calculo que en media docena de sesiones...

—No es por eso. —Omar desdeñó el tema con un gesto—. No tiene nada que ver con el retrato, aunque sí con la pintura, en general. Esta tarde hemos interceptado un envío que, por lo que sé, estaba dirigido a Madrid.

Cruz-Ortega siguió mirándolo, intentando mostrar un aspecto inocente, pero había empezado a sudar y su ceja derecha se agitaba en un molesto *tic*. Mal lo llevaba. Ana se movió detrás de él y Richard se topó un segundo con sus pupilas; antes de que las apartase, con un sobresalto, pareció decirle mucho. Un escalofrío recorrió la espalda de Richard y una premonición le heló la sangre en las venas.

—No acabo de entender, Alteza —dijo aturdido Cruz-Ortega.

—No se preocupe, yo se lo explico. Una mujer, la doncella de su hija, ha tratado de pasar lo que

creemos es un mensaje, en el que delata datos relacionados con la seguridad de la ciudad de *Kaifar*. —Hizo un gesto hacia uno de sus hombres, que extendió el lienzo. Arlington contempló, horrorizado, la imagen de las odaliscas. Se volvió hacia Ana. Ella había cerrado los ojos—. Dime, pintor, este cuadro es tuyo, ¿no es cierto? Yo no sé mucho de estos temas, pero se me ha informado de que tiene su estilo... y su firma.

Cruz-Ortega respiró agitadamente un par de veces.

—Sí. Es mío.

—No es verdad —intervino Ana con voz estrangulada—. Es mío. Yo lo pinté.

—Cállate —le ordenó Arlington desde su puesto. No quería oír su confesión. No quería que aquello fuera verdad. Ella le miró con ojos llenos de lágrimas.

—Tú sabes que lo es. Yo lo pinté. Yo lo envié. ¿Dónde está Regina?

—En prisión —contestó Omar, amable—. Ha confesado todo, aunque, ciertamente, no sabía mucho y se ha negado a implicarte. Me cae simpática y respeto a los buenos servidores, de modo que puedo asegurarte que saldrá de esta con vida, pero será vendida en pública subasta.

—Oh, Dios —susurró Ana, cubriéndose el rostro con las manos.

—No te preocupes por ella, Hana —le recomendó Omar—. Preocúpate por ti misma, porque espero una explicación. Y, ahora mismo, tú no me caes muy simpática.

—¡Esto es absurdo! —intervino Cruz-Ortega, con la mirada repentinamente perdida—. ¡Mi hija no ha hecho nada! ¡Fui yo quien le disparó!

Todos lo miraron desconcertados. Ana ahogó un gemido.

—Papá, por favor, cállese.

—Un tiro directo al corazón. ¿No? Eso hice. Y eso volvería a hacer.

—¿Habla de Charlie? —preguntó Omar, con un tono terriblemente peligroso.

—Ese canalla mancilló a mi hija... a mi esposa... a mi hija. —Se volvió hacia Ana desorientado—. Debí protegerte mejor, pero no recuerdo de qué.

—No. Creo que de Beauchamp —contestó Richard a su primo. Cruz-Ortega parecía haber perdido el sentido de la realidad. Richard lo había visto delirar otras veces, pero hacía ya tiempo, durante el viaje en el barco. *Delirium tremens*, suponía.

—Ah. —Omar se relajó—. En ese caso, buen disparo —*No disparó él*, recordó Richard. Era solo una historia aprendida, intentando defender a su hija. Igual que siempre. *Cómo he podido estar tan ciego*, se dijo, aunque era lógico. Cuando veías algo desde demasiado cerca, no podías hacerte una

idea clara de su auténtica forma. Y él siempre se había sentido muy cerca de Ana. Demasiado.

—Papá. —Ana avanzó hacia él y lo abrazó. Había empezado a llorar, pero miró a Omar sin avergonzarse—. Mi padre no tiene nada que ver en todo esto, lo juro. ¿No sería posible que lo llevaran a su habitación? La tensión lo ha sobrepasado, necesita descansar. —Omar se lo pensó un momento, hizo un gesto y un par de guardias se llevaron a Cruz-Ortega, que parecía agotado y se dejó conducir como un muñeco—. Gracias.

—No hay de qué. Y, ahora, habla.

Ana inspiró profundamente. Cogió el velo con una mano, y se lo arrancó.

—Mi nombre en clave es la *Sombra*.

—¡Mentira! —Richard bajó un peldaño de la escalinata del trono—. ¡Eso es mentira, Ana! La *Sombra* lleva actuando más de diez años. ¿Quieres hacernos creer que, siendo una niña, tenías en jaque al Servicio Secreto de Su Majestad?

—No. No he sido la primera *Sombra*, aunque imagino que sí seré la última. —Se volvió hacia Omar—. *Kaifar* ha sido una trampa, ¿verdad? No te importaba el retrato. Solo querías desenmascarar a la *Sombra* y sospechabas de mi padre.

Omar asintió.

—Cierto. Aunque, ahora que he visto el retrato, admito que os hubiese invitado en cualquier caso. —Inclinó la cabeza a un lado—. Dime, ¿lo pintaste tú?

—Sí... mi padre ya casi ni puede sostener un pincel.

—Me di cuenta, en las sesiones de posado. Y es un trabajo excelente, Hana. Te diré que mi primera intención fue destruirlo, porque, tras todo lo que ha ocurrido, contemplarlo podría traerme malos recuerdos, como solo puede ser la traición de alguien a quien considerabas una amiga... —Ana se ruborizó—. Bueno, seguro que me entiendes. Pero, es demasiado bueno. Jamás nadie me había retratado así, sería un crimen privar a las generaciones futuras de semejante obra. —Se llevó una mano al corazón—. De verdad, te doy las gracias por él.

—No es necesario. —Ana oprimió los labios con amargura—. Quería... —Fuera lo que fuese, no supo concretarlo—. Da lo mismo. Debí dejarme guiar por mi instinto. Intuía que había algo extraño en todo esto.

—¿Qué has querido decir con eso de que no has sido la primera *Sombra*? —preguntó Richard.

—No voy a decir nada más.

—Oh, ya lo creo que sí. —Richard sintió el cuerpo tenso por el esfuerzo de contenerse y no golpearla. Jamás hubiera podido imaginar que se podía experimentar un dolor tan intenso, y seguir vivo—. Vas a soltarlo todo, ahora mismo, una confesión completa y pormenorizada de todas tus

hazañas. Y si piensas que voy a interceder por ti, estás muy equivocada. —Jadeó, atragantado por el rencor y la rabia—. Cometiste un error gigantesco, Ana, al asesinar a Charlie.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Charlie? ¿Pero qué...?

—¡No te atrevas a negarlo! —le gritó en la cara, provocándole un sobresalto—. ¡Maldita mujerzuela traidora y asesina! ¿No lo recuerdas? Deja que te dé una pista. Fue durante tu última proeza, en Lisboa.

—Oh —Ana parpadeó, mientras sus rasgos eran barridos por una súbita comprensión—. ¡Charles Mallory era tu hermano!

—Exacto. Era mi hermano pequeño. Su auténtico nombre era Charles Arlington.

—Debí suponer que estabais relacionados —susurró, mirándole pensativa—. Ahora que me fijo, se parece... se parecía mucho a ti... ¡Pero yo no lo maté! —añadió al momento, con vehemencia—. Dios Santo, ¿cómo puedes pensar siquiera algo así?

—¡No me mientas! Charlie estaba tras tu pista. Y murió de la misma forma que Beauchamp. ¿Qué conclusión piensas que debo sacar? Tienes muy buena puntería, preciosa.

Ana palideció más todavía. Parecía una fiera acorralada.

—Yo... no sé. No sé lo que está pasando, pero yo no maté a Charles. Lo juro. La última vez que lo vi estaba vivo. Por lo que sé, se marchó, regresó a Inglaterra. Y no sabía que su verdadero apellido era Arlington.

—Cuéntanos todo —insistió Omar. Ella negó con la cabeza.

—No puedo.

—¡Ana! —volvió a gritarle Richard, furioso. Ella retrocedió un paso.

—No. No insistas, Richard. Lo único que puedo hacer es asegurarnos que conmigo se acaba todo. Por fin la *Sombra* dejará de existir. —Dejó caer el velo al suelo, totalmente olvidado, y se frotó las manos, nerviosa—. Vais a ejecutarme. Lo sé. Lo asumo. Es algo que tenía que ocurrir tarde o temprano y de alguna forma hasta supone un alivio. Por fin acabará todo. Solo os pido que tengáis piedad de mi padre. No le queda mucho de vida. Dejad que pase sus últimos días en paz.

Parecía totalmente obcecada en mantener su silencio. Desalentado, Richard miró a Omar. Su primo le estaba mirando a él con una expresión tan plácida, que le produjo una punzada de miedo.

—No quiero que la tortures.

—¿No? Qué sorpresa —Omar sacudió una mota inexistente de su túnica—. El único falsificador

que hubiera podido servirte para tus planes perdió la mano derecha, acusado de robar un mendrugo de pan en la cárcel. Una pena. Me enteré demasiado tarde.

Richard digirió aquella noticia, y la sugerencia que incluía, lentamente. Si quería utilizar a la *Sombra*, solo podría hacerlo mediante la original. No estaba seguro de cómo conseguirlo, pero la obligaría a colaborar.

—Entrégamela.

Omar rio entre dientes.

—¿La mano? Oh, no creo que haya nadie capaz de encontrarla. Ya te digo que se perdió.

—No seas gracioso, Omar. Me estoy refiriendo a Ana y lo sabes.

—Ah, sí, claro. —El *Bey* de *Kaifar* contempló a Ana unos segundos—. ¿Mataste tú al hombre que encontramos en el jardín? ¿Y al que apareció en la playa? Puedes, y debes, decirme la verdad, Hana. Los cargos que penden sobre tu cabeza ya son bastante graves, no te perjudicará el reconocerlo y a nosotros nos ahorrará un tiempo muy valioso.

La expresión de Ana parecía auténticamente inocente.

—No. No fui yo. Le dije lo que sabía. ¡Por Dios, puedo ser una espía, pero no una asesina! ¡Jamás he matado a nadie!

Se sobresaltó, como si lo dicho se le hubiera escapado, y lanzó una mirada a Richard. Él entrecerró los ojos. Así que no había matado a nadie. ¿Y qué pasaba con Beauchamp? ¿Y Charlie? ¿Y Andrew, si es que conseguía demostrar su implicación? Mujer mentirosa y falsa... Decidió no mencionar el asunto delante de Omar. Bastante suerte estaba teniendo ya, como para arriesgarse a necesitar más todavía.

—Bien —accedió el *Bey*, tras estudiar a Ana durante varios segundos—. Entonces, el enlace que apresamos con tu doncella pagará con su vida por lo ocurrido y seguiremos investigando. Tu criada será vendida. En cuanto a ti... Pesan sobre ti los cargos de espionaje y el asesinato de Charles Arlington. No podemos confirmar el de Andrew Arlington.

Ana sollozó.

—Yo no asesine a Charlie...

—Estabas allí. Estás aquí. Has hecho lo que has hecho y a tu alrededor siempre hay cadáveres. —Omar hizo una mueca—. No puedo permitirme el creerte. No me atrevo, Hana, porque si me equivoco estaré escupiendo sobre la memoria de gente a la que quería de verdad, y poniendo en peligro a otra. Pero, no temas, no voy a ejecutarte. Obviamente, mi primo tiene distintos y variados intereses respecto a tu persona, así que me siento predispuesto a entregarte a él. Pero... no puedo dejar con vida a una espía y una asesina que tanto daño nos ha hecho, de modo que voy a eliminar por completo su existencia legal. —Se volvió hacia él, que era a quien se lo estaba consultando, en

realidad—. ¿Te parece bien, hermano?

—Sí. —Richard asintió también con la cabeza. Sabía que era el único recurso para mantener a Ana con vida sin traicionar la justicia de *Kaifar*—. Eres sabio y magnánimo, mi *Bey*.

Omar lo miró pensativo, hizo una señal a su escriba, y empezó a dictar la sentencia siguiendo las antiguas fórmulas legales de *Kaifar*.

—Yo soy el *Bey*, soy la Luz de todo *Kaifar*, y esta es mi voluntad. Sea escuchada y obedecida allá donde mi espada pueda imponerla: Ana Cruz-Ortega, te declaro culpable de las acusaciones de espionaje y asesinato que recaen sobre ti. Por ello, decreto que te sean retirados de inmediato todos los honores que te fueron concedidos, el nombre de *Hana de Kaifar*, así como la casa, las tierras y cualquier otro mérito relacionado con *Kaifar*. Has demostrado sobradamente no merecerlos. Quedas privada también del nombre de Ana Cruz-Ortega, de tu pasado y de tu libertad. No disfrutarás nunca más del derecho a decidir tu destino. Eres una esclava sin nombre y, a partir de ahora, el príncipe Richard es tu dueño. ¿Lo entiendes? ¿Ha quedado bien claro, para tu mente occidental, muchacha? Respóndeme, por favor.

—Sí, mi *Bey*... —susurró Ana, aturdida, aunque Richard estaba seguro que no acababa de entender la enormidad de lo que le estaba ocurriendo. Omar lo miró de reojo. Pensaba lo mismo.

—Vamos a confirmarlo. Repite conmigo: *soy una esclava sin nombre propiedad del príncipe Richard*. —Ana abrió mucho los ojos. Lo miró a él, luego volvió a mirar al suelo—. ¿Y bien? —insistió Omar, al ver que ella no decía nada. Ana apretó los puños.

—¿Qué pasará si no lo digo?

—Oh, que respetaré tu decisión de seguir siendo quien eras, por supuesto. —Omar apoyó los codos en los brazos del trono y entrecruzó los dedos—. Luego, dejaré de ser gentil y dictaré una sentencia de muerte contra Ana Cruz-Ortega.

Se lo pensó. Richard no se lo podía creer. Incluso al borde del abismo, aquella maldita se lo pensó, calibrando qué era mejor, si vivir así, tal y como querían imponerle, o morir dignamente con su orgullo.

—Soy... —susurró finalmente, y Richard sintió que se mareaba de puro alivio, porque no las había tenido todas consigo. De haberse mostrado terca en ese asunto, a saber si él hubiese podido convencer a Omar de no cumplir a su vez lo prometido—. Soy una esclava sin nombre propiedad del príncipe Richard.

—Muy bien, esclava. Recuerda, obediencia y respeto, serán las claves de tu existencia a partir de ahora. Puedes llevártela, hermano —añadió, dirigiéndose a Richard, tras un par de segundos, concedidos para que Ana asimilase claramente la idea—. Es toda tuya.

Richard cogió la pintura que seguía sosteniendo el criado y bajó lentamente la escalinata. Los ojos de Ana lo miraban muy abiertos, incapaces de ocultar su miedo y su angustia, pero no retrocedió. Se

2

mantuvo inmóvil, con los hombros erguidos y la cabeza alzada de una forma majestuosa. Richard se detuvo un segundo frente a ella; luego, la agarró del brazo y la arrastró fuera del salón del trono.

No había estado nunca en aquellas habitaciones, pero no le resultó difícil suponer que eran las de Arlington.

Tras atravesar un gran salón llegaron a un dormitorio inmenso, con una gigantesca cama en lo alto de una tarima a la que se accedía mediante una escalinata. Una esclava pelirroja tocaba una especie de cítara junto a la ventana. Arlington la despidió dando voces, y también a los soldados que les habían acompañado hasta allí, que remolonearon como si Ana fuera demasiado peligrosa como para dejarla a solas con él.

Solo entonces la soltó. La miró de la misma forma en que lo había hecho en el salón del trono: como a un enemigo especialmente odiado.

—Explícame el código de este cuadro —le dijo, alzando en alto la pintura. Ana negó con la cabeza, frotándose el brazo donde él le había clavado los dedos.

—No.

—Sí. Vas a explicármelo ahora mismo y en los próximos días vamos a hacer algunos cambios. A partir de este momento, vas a pintar únicamente lo que yo te diga. ¿Está claro?

Ana lo miró horrorizada, comprendiendo súbitamente. Arlington quería utilizarla para enviar información errónea a Madrid. Eso solo podía significar una cosa.

—Trabajas para el Servicio Secreto inglés —murmuró, con la garganta reseca.

—Sí. Gracias a ti. —La miró con amargura—. No podía dejar la muerte de Charlie impune.

—¡Ya te he dicho que yo no le maté!

—¿Y por qué debería creer en tu palabra? Explícamelo, dame algo, Ana, pero no me pidas que crea ciegamente, porque, en estos momentos, todo te acusa a ti. Tenías el motivo, los medios y la oportunidad. Dime, ¿fuieste su amante?

—¡No!

—¿No? ¿Seguro que no? ¿Y por qué no? ¿Qué tenemos los Arlington que no nos hace merecedores de tal honor?

—¡Richard, basta!

—¡Dame el maldito código! —le gritó él en la cara, aferrándola por la garganta con la mano libre.

Ana trató de liberarse, pero Richard la sacudió con fuerza—. ¡Dámelo ahora mismo, es la última vez que te lo pido por las buenas!

—¡No!

Los dedos se crisparon alrededor de su cuello. Durante un momento, Ana no pudo respirar. Pero fue apenas un instante. Richard la alejó de un empujón, como si su cercanía quemase. Ana tardó unos segundos en recuperar el aliento. Cuando lo miró, vio que él estaba a pocos pasos, inmóvil, cubriéndose el rostro con las manos.

—Bien. Vale —masculló con voz densa. Arrojó la pintura a un lado—. Tú lo has querido. —Dio una palmada, la puerta se abrió y entraron los dos guardias—. ¿Has aprendido algo de árabe? —le preguntó a Ana. Ella se encogió de hombros.

—Algunas palabras.

—¿Sabes cómo se dice *Ejecutad ahora mismo al pintor y traedme su cabeza?*

Ana le clavó unos ojos desorbitados.

—No te atreverás.

—¿Que no? —Se volvió hacia los guardias y empezó a hablar. No le dio tiempo a terminar la primera palabra. Ana se arrojó hacia él, gritando e intentando golpearle el rostro. Richard la cogió por las muñecas, la arrastró hacia la cama y la inmovilizó bajo su peso, sentándose a horcajadas sobre su cintura—. ¡Ana! ¡Estate quieta!

—¡No lo hagas! ¡No lo hagas!

—¡Eres tú la que lo está haciendo! ¿Es que no te das cuenta? ¿Qué piensas, que Omar va a mantenerlo a cuerpo de rey, en palacio, como un invitado, cuando tú has sido descubierta atentando contra la seguridad de su país? Esta noche, la pasará en la cárcel y, mañana, si tiene suerte, será directamente ejecutado. ¡Si no colaboras conmigo, no podrás protegerlo, ni a él, ni a ti!

—¡A mí ya me ha sentenciado! ¡Y ha sido peor que ejecutarme!

—No lo creo. Ni tú tampoco. Te ha dado la opción y has preferido seguir con vida. Y yo me alegro de que hayas sido sensata en eso. Pero ahora, tienes que hacerme caso. A pesar de todo, tu situación puede cambiar. ¡Yo podría ayudarte, pero, por todo lo sagrado, mujer, si no me complaces en esto, dejaré que tu padre se pudra en el infierno!

Ana tragó saliva. Arlington tenía razón, si alguien podía conseguir algo, era él. Necesitaba desesperadamente su ayuda, como fuera, pero no a ese precio. Tendría que conseguirla de otra forma.

—Puedo... puedo complacerte en otras cosas... si tú quieres —murmuró, y se movió ligeramente en la cama, dejando claro su mensaje. Richard frunció el ceño. Sin mirarlos, ordenó a los guardias que les dejaran solos.

—Así, que al fin hemos encontrado el precio de la señorita Cruz-Ortega. —Ella cerró los ojos, con las mejillas rojas de vergüenza. Richard se apartó y apoyó la espalda en el montón de almohadones que había a la cabecera de la cama. Al ver que Ana no se movía, la tocó ligeramente con la punta de la bota—. En pie. —Obedeció, en silencio—. Tu propuesta resulta un poco absurda, a estas alturas. Lo que me ofreces, lo voy a tener. No es algo negociable. Ya no. Ahora, eres mía.

Ana apretó los puños, completamente mortificada.

—No puedes hablar en serio. No puedes, Richard. —Él se limitó a mirarla pensativo—. Soy una ciudadana española. No tienes ningún derecho a...

—Cariño, en este país la profesión de verdugo es hereditaria —la interrumpió Arlington sin contemplaciones—. El hijo mayor aprende a cuidar desde pequeño la enorme espada con la que se decapita a los reos. Dicen que la trajo mi abuelo, el pirata Omar al'Ahmed, de una de sus... excursiones, y que está maldita, empachada de muerte, porque ha devorado demasiadas almas. —En la ligera pausa que siguió a esas palabras, Ana percibió el latido de su propio corazón como un retumbar capaz de ensordecerlo todo—. La ciudadana española Ana Cruz-Ortega tiene una cita con esa espada, acusada de espionaje y asesinato, igual que su padre. Lo único que te salva, lo único, es que a efectos legales de *Kaifar* ya no eres ella. Podría incluso ponerte otro nombre. Pero no lo haré. —La miró de abajo arriba. En esos momentos, más que al amigo que la había cortejado en *Kaifar*, recordaba al hombre con el que había coincidido en Nápoles, ese extraño tan íntimo, alguien con el que había compartido mucho pero que, en definitiva, no dejaba de ser un desconocido—. No te equivoques, va a ser mi única concesión.

Ana suspiró.

—No me importa lo que me pase a mí. De verdad que no. Pero tienes que ayudarme, Richard, por favor. Mi padre es muy mayor y está enfermo, no soportará la cárcel. Él no es una amenaza...

—Cállate. —Arlington se puso también en pie y se detuvo ante ella—. Te lo repetiré por última vez: dame el código o haré que lo decapiten ahora mismo. Tienes un minuto, Ana. Te juro por mis muertos que, si no hablas, daré la orden.

Ana jadeó, segura de que estaba dispuesto a hacerlo. Luego se arrepentiría, pero sería demasiado tarde.

¿*Qué hago?* Durante un momento, consideró la posibilidad de confesárselo todo. Pero Castro le había advertido tan severamente que mencionarlo sería poner todo en peligro, que casi sentía que lo llevaba a fuego marcado sobre la piel. No se atrevió, nunca se atrevía.

Quizá, de ser las cosas de otro modo... Pero Ana no confiaba lo suficientemente en Arlington y menos en la versión que tenía delante en esos momentos. Era un agente inglés. Era un enemigo. Estaba loco de odio y rencor por lo ocurrido con sus hermanos y ya estaba dejando claro que iba a pisotear todo lo que se interpusiese en su camino con tal de salirse con la suya. Amenazaba con ejecutar a su padre, pero dejarle burlar así el Servicio Secreto español, sería la muerte de su madre. Ana se sentía dividida, rota por la mitad. No podía complacer a todos. Tendría que jugársela a la

posibilidad de que Arlington realmente sentía algo por ella.

—No lo harás. —Intentó parecer fría y decidida. ¿Qué otra cosa podía hacer? Arlington había planteado un desafío y ella contraatacaba con la misma fuerza. No le quedaba más remedio—. Sabes que, si lo haces, no te lo perdonaré nunca.

Las aletas de la nariz de Arlington temblaron ligeramente. Quizá se le pasó por la cabeza la idea de aceptar el envite y llevar a cabo su amenaza, pero no la cumplió.

—Vas a lamentar esta victoria, Ana —murmuró, con esfuerzo, entre dientes, y en verdad ella empezó a lamentarlo en ese mismo momento. Arlington recogió el lienzo de las odaliscas y bajó los peldaños de la tarima—. No te muevas de aquí —ordenó, secamente.

Salió, dejándola sola. Ana miró la cama y se dirigió hacia allí como una autómatas. No tenía ningún sentido intentar huir. No tenía forma de salir de *Kaifar* ni quería irse sin su padre. Ni siquiera tenía fuerzas para intentarlo. Se dejó caer sobre la colcha y apoyó la cabeza en la almohada. Creyó que iba a llorar, que iba a consumirse o a dar vueltas sin sentido, pero se durmió inmediatamente.

3

Tras indicarle a un criado que llevase algo de cenar a su dormitorio, por si Ana necesitaba comer algo, Richard se dirigió a las habitaciones que habían ocupado hasta entonces Cruz-Ortega y su hija.

Había dos guardias en la puerta, pero ni siquiera intentaron impedirle el paso. La sala, iluminada por la luna desde la balconada del fondo, desprendía una fuerte impresión de abandono, una sensación casi trágica, apropiada a su estado de ánimo. Richard cerró a su espalda, quedándose solo en aquella pacífica penumbra y tragó saliva, parpadeando para ahuyentar las lágrimas. El conocido olor a pintura, a óleo y disolventes, estaba por todas partes. Hasta entonces, no lo había encontrado desagradable; de hecho, asumió con amargura, era un aroma que había aprendido a identificar con Ana y por eso le gustaba.

Ya no. Fue más una orden que una afirmación, aunque estaba seguro de que no le costaría cumplirla. Después de lo ocurrido, tenía la sensación de que jamás podría volver a percibirlo sin sentir náuseas.

Fue a la habitación usada como estudio, sujetó el lienzo de las odaliscas en un marco, lo puso en el caballete y empezó a registrar los materiales. Si Ana no le daba la información sobre el maldito código, la conseguiría él por sí mismo. En algún lugar debía haber una referencia, fuera cual fuese. Registraría allí y de no encontrar nada, haría que torturasen a Cruz-Ortega y a Regina hasta arrancarles la carne de los huesos. Pero conseguiría respuestas.

Buscó entre los pinceles. Ana era una mujer muy meticulosa. Estaban limpios y colocados por tamaños en pulcros tarros de porcelana. Echó un vistazo impaciente a los libros de pintura. Tenía varios y habían sido estudiados a fondo, porque estaban llenos de subrayados y de láminas de distintos tonos de colores organizados en círculos. Richard los estaba pasando sin mayor atención

pero se detuvo y los estudió pensativo. Eso, podría ser la base de un código, perfectamente, pero sin tener más datos era como imaginar que el sistema se basaba en números que se intercambiaban por las letras de un párrafo concreto de una novela. A saber cuál era.

Los dejó a un lado, para llevarlos luego consigo y preguntarle directamente al respecto y siguió con el registro. Examinó los tubos de óleo, las cajas de acuarela, saquitos de polvos al parecer para hacer mezclas, los botellines de trementina, o lo que fuera aquella cosa maloliente, pero no encontró nada más, absolutamente nada, que le llamara la atención. Echó un vistazo a su alrededor. Reparó entonces en que no estaba el retrato de Omar. Claro, ya se lo habían llevado, seguramente lo colgarían en algún lugar público, para satisfacción del pueblo de *Kaifar*. Recordó lo que había dicho su primo al respecto, en el salón del trono. El hecho de que Richard se sintiera absurdamente orgulloso de Ana, no contribuyó precisamente a mejorarle el humor.

Pasó al dormitorio. Recorrió con un dedo las puntas superiores de los frascos de perfume y los potes de maquillajes, perfectamente ordenados sobre el tocador, junto con el peine de plata y un cepillo. Ambos objetos eran de una factura exquisita. Cogió el peine y lo examinó con cuidado, girándolo entre los dedos. Parecía antiguo y, sin duda, era muy valioso. ¿Cómo habrían llegado a ella? ¿Un regalo de algún amante? ¿Beauchamp, quizá? ¿Castro? ¿O aquel remoto Antonio Ramos? Apretó los labios y prácticamente arrojó el peine de vuelta al tocador. Su reflejo en el espejo parecía la imagen de un fantasma, pálido, concentrado en alguna tarea que lo obsesionaba por completo. Apoyó las manos en el alto respaldo de la silla y se miró de frente, tratando de imaginarse a Ana, allí sentada, contemplando su reflejo, peinando sus cabellos.

—Eres un maldito idiota —le dijo al hombre del espejo. El otro no protestó. Sabía que estaba en lo cierto.

En el escritorio, no había nada. Al parecer, solo lo había utilizado para sentarse a leer, pues había varios libros más, en su mayor parte sobre pintura, pero también los había de arte en general e incluso de historia. Estaban apilados sobre la mesa, con señales de papel para marcar alguna página en concreto. Richard pasó algo más de una hora comprobándolos uno a uno, asegurándose de que no había ninguna marca que indicase el uso de un párrafo como clave para un mensaje. Consiguió algo, al menos: descubrir la admiración que sentía Ana por Leonardo DaVinci, por Miguel Ángel y por otros pintores del renacimiento. Además, los libros estaban escritos en varios idiomas. Era de imaginar que Ana los conocía lo suficiente como para leerlos y hacer aquellas anotaciones. Era una aficionada, pero una aficionada bien preparada. Una muchacha brillante, además. Una lástima. Todo en aquel asunto era una auténtica lástima.

Se hacía tarde y se sentía sumamente cansado. Dejó el escritorio, se puso en pie y procedió a registrar las ropas, los baúles y el resto del equipaje. Estaba a punto de dejarlo, pensando hacer un último intento con los círculos de colores que había visto antes cuando, en el fondo de un baúl, sus dedos toparon con lo que parecía un mecanismo. Apartó los vestidos y tanteó hasta que estuvo seguro de cómo accionarlo y lo pulsó. El compartimiento era muy pequeño, apenas cinco centímetros de ancho y diez de largo. Richard acercó la vela y sus ojos se clavaron en un frasquito pequeño, lleno de una sustancia oscura. Lo examinó al trasluz, contra una vela. Negro como la tinta, pero sin serlo. Resultaba demasiado denso. Lo abrió. Tenía un aroma extraño. A su lado, había un punzón de madera blanca, cuyo extremo estaba manchado de oscuro.

Regresó al estudio y, sobre un lienzo limpio, usó el punzón para pintar una línea con la sustancia del frasco. Clara y perfecta. Dibujó una letra, una *A* mayúscula, a la que le siguió una *n* y una *a*. quedó hasta mejor que con una pluma bien afilada. Volvió a escribir el nombre, esta vez lo más pequeño que pudo. La nitidez de la tinta y la agudeza del extremo del punzón le permitió hacerlo realmente diminuto. Esperó a que se secara y dejó las cosas sobre la mesa. Cogió el disolvente de óleo, empapó un trapo y lo pasó por encima.

Ni siquiera llegó a emborronarse. Fuera lo que fuese, lo que borraba el óleo no borraba esa sustancia. El nombre permaneció perfectamente claro.

Richard lo miró unos segundos, con expresión acusadora.

Volvió a empapar el trapo y se colocó frente al lienzo que mostraba la escena de las odaliscas. Cogió aire, eligió un punto al azar, y empezó a retirar la pintura.

Marcó un círculo, a través del cual vio el lienzo libre de toda marca, así que eligió otro punto, y luego otro. Empezaba a pensar que sus sospechas eran infundadas cuando, bajo una zona de un marrón homogéneo, se topó con el extremo de una *t*.

—Maldita sea... —masculló en voz baja, cerrando los ojos. Permaneció inmóvil unos segundos y luego añadió más disolvente y siguió trabajando, hasta tener el mensaje completo. Estaba escrito en castellano.

Agente inglés, Richard Arlington, tras la pista de quién mató a sus hermanos. Si no abandonamos pronto Kaifar, puede acabar descubriéndome.

Situación peligrosa, sospecho trampa desde el principio. Misión cumplida según instrucciones.

Próximo destino: Génova. Tres semanas. Solicito me sean enviadas instrucciones allí.

La Sombra.

—¡Maldita sea! —bramó, enfurecido. Le dio un puñetazo al lienzo, que lo desgarró y lo envió, junto al caballete, al otro extremo de la habitación. No contento con eso, pateó cuanto tuvo a su alcance, derribando tarros, libros y pinceles hasta quedar agotado. Maldita fuera. Había mentido al decir que no sabía que era un agente inglés; simulaba negarse a darle un código que ni siquiera existía para mantenerlo ocupado buscándolo; aseguraba que no había tenido nada que ver con la muerte de sus hermanos, pero su mensaje insinuaba lo contrario... Siempre estaba soltando humo y confusión a su alrededor, siempre evitando que se viese cuál era el auténtico movimiento de la *Sombra*.

La Sombra.

Le resultaba tan inaudito. Pero aquella mujer era en verdad la *Sombra* y había matado a Andrew y a Charlie. Incluso debía haber preparado el atentado contra Noor, era la única deducción lógica.

Quizá le salió mal o quizá tenía alguna intención ulterior, pero sin duda tenía todo bien orquestado. ¿Acaso el baile de la taberna era parte de una estrategia de seducción? Resultaba difícil de creer pero, nuevamente, era la única conclusión posible. No debía olvidar que solo una mujer bien entrenada y segura de sus posibilidades se hubiese metido en aquel tugurio de la *kasbah* de esa manera. Quizá quería contactar con el otro, el extranjero, pero su propia intervención estropeó esos planes. Recordó al barbudo que había pugnado con él por el último velo. El pobre diablo no sabía lo cerca que había estado de terminar apuñalado en un canal de aguas fecales.

Bien, aquella moza española estaba pidiendo a gritos que le dieran un escarmiento y él estaba más que dispuesto a dárselo. Richard se limpió las manos, tratando con bastante poco éxito de eliminar el olor a pintura y disolvente, y llamó a un criado para que se llevase y quemase los restos del cuadro de las odaliscas y el lienzo en el que había hecho las pruebas de escritura, y regresó a su habitación. No estaba seguro de cuál iba a ser su siguiente movimiento, pero por una vez el destino se puso de su lado.

Ana se había tumbado en la cama y estaba profundamente dormida. Un rayo de luna se filtraba por la ventana, alumbrando su rostro. ¿Cómo podía parecer tan inocente cuando se pasaba la vida ideando cómo burlar a los demás y cómo eliminarlos en cuanto le ocasionaban problemas? Y, sin embargo, lo parecía, inocente, inocente y vulnerable. Richard se acercó, caminado sin levantar ningún ruido. La muy tonta se había dejado el vestido puesto. La giró apenas, le soltó los botones y la movió para quitárselo. Ella protestó con suavidad. Estaba agotada, supuso que por la tensión de nervios. No pareció reparar en que también le quitaba las enaguas, el corsé, y el resto de la ropa. Richard la miró, la cubrió con las sábanas, se desvistió y se acostó a su lado.

El cuerpo de Ana era cálido y suave.

La estrechó contra su pecho y se quedó dormido.

Capítulo 7

Kaifar, mayo de 1875

1

Abrió los ojos, confusa.

Había algo fuera de lugar, algo extraño, que había terminado por arrancarla del plácido sueño en el que había estado sumida y del que hubiese deseado no despertar. Se dio cuenta casi al momento: era la luz, que entraba por un punto distinto al que se había acostumbrado en los últimos meses. Parpadeó y se sobresaltó, despejándose súbitamente, al ver, más que al sentir, el musculoso brazo que la sujetaba a la altura de la cintura.

Estaba desnuda, podía percibir el roce de las sábanas a lo largo de todo su cuerpo y el calor de la cercana piel de otro ser humano. Pero eso no la asustó, porque era un calor conocido.

Giró el rostro y se encontró con la mirada fija de Arlington.

No fue capaz de decir nada. Mientras sentía cómo su respiración se iba acelerando poco a poco, se preguntó si lo que veía en los ojos de aquel hombre era deseo, u odio. De lo que no cabía ninguna duda era de que se trataba de una emoción profunda, violenta y apasionada. Arlington se incorporó, apoyando la cabeza en el brazo doblado y, con la mano libre, trató de apartar las sábanas que la cubrían. Ana las retuvo, aferrándolas contra su pecho, pero cuando él frunció el ceño, apretó los labios y se obligó a relajarse.

Tenía que conseguir su favor. Tenía que lograr que la ayudase a salvar la vida de su padre. A esas alturas, ya no creía que lo ejecutaran. Omar y Richard llevaban en la sangre la crueldad de *Kaifar* pero también su comprensión. Sabían que Cruz-Ortega no era culpable y que se trataba de un hombre enfermo. Seguramente se limitarían a tenerlo encerrado para siempre. Pero sería un *para siempre* demasiado breve.

Conmutarle una pena de muerte por una cadena perpetua no serviría de nada: su salud no aguantaría ni un mes en las mazmorras de Omar y Eugenio Cruz-Ortega, aquel que casi tocó la grandeza del Greco o de Velázquez, terminaría sus días olvidado en una celda húmeda y sucia.

Por eso, Ana soltó las sábanas y apoyó las manos en la almohada, a ambos lados de su cabeza, con las palmas hacia arriba, en una rendición muda. Las pupilas de Arlington titilaron. La descubrió poco a poco, suavemente, exponiendo su cuerpo desnudo a la luz de la mañana. Ana cerró los ojos.

—No —ordenó Arlington, con voz ronca —Mírame.

Ana obedeció, estremecida. Satisfecho, él le apoyó su mano en el cuello, y empezó a deslizarla

hacia abajo. Cubrió uno de sus pechos y después el otro, y jugó con sus pezones hasta que se pusieron duros bajo su contacto. Ana se mordió el labio inferior, tratando de no moverse. La mano prosiguió su avance a través de su estómago y su vientre, y aquellos dedos mágicos llegaron a su pubis y se abrieron paso hasta el botón de carne tierna e infinitamente sensible que contenía. Cuando empezó a frotarlo, no pudo evitar un gemido. Arlington sonrió y se inclinó a besarla.

Le lamió los labios, las sienes, los ojos. Su lengua, cálida y móvil, la iba marcando bajo su contacto con la misma efectividad que si se hubiese tratado de un hierro al rojo. Descendió por su cuello, lamió sus pechos, encerró en círculos húmedos sus endurecidos pezones, dibujó una línea ardiente a través de su estómago, se detuvo solo un momento para probar su ombligo, y siguió hasta alcanzar su clítoris, que lamió hasta arrancarle un sollozo surgido de lo más profundo.

—¡Richard! —jadeó, presa de las mil sensaciones que la sobrecogían. Él lanzó una risa contenida, le separó las piernas con una rodilla y se colocó sobre ella. Ana sintió algo muy duro tratando de abrirse paso. Aunque durante todo el tiempo había sabido lo que iba a suceder, no pudo evitar un espasmo de miedo. Le puso las manos en el pecho e intentó rechazarle—. ¡No, espera!

—¿Esperar? —gruñó él. La cogió por las muñecas, colocándole las manos sobre su cabeza. Su rostro estaba muy cerca y la miró fijamente a los ojos—. Ni lo sueñes. —La embistió de golpe, penetrándola hasta el fondo. Ana lanzó un grito. Un dolor intenso la sobrecogió y estuvo a punto de desmayarse. Notó la tensión añadida en el cuerpo de Arlington. Sollozando, trató de quitárselo de encima—. ¡No! —exclamó él, un sonido estrangulado. Estaba apretando los dientes—. ¡No te muevas!

—Me haces daño...

—No te muevas —repitió Arlington, aplastándola contra el colchón—. ¡Eres... eras virgen! —corrigió con rabia, mirándola furioso—. Hasta en esto has tenido que mentirme. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Es que estás loca? ¿No te das cuenta de que, de haberlo sabido, hubiera sido todo de otro modo?

—Yo... no podía... no podía... —sollozó Ana, incapaz de hilvanar una frase completa. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas como un torrente. Arlington pareció perder algo de su enfado.

—Relájate. —Le besó suavemente los labios y las sienes, y el cuello. Pasado el dolor, Ana tembló, estremecida por su aliento—. Aunque seas una arpía sin corazón, no voy a permitir que te lleves un mal recuerdo de tu primera vez.

Arlington siguió inmóvil, solo besándola, hasta que el cuerpo de Ana se acostumbró por completo a la novedosa invasión y empezó a responder plenamente a sus caricias. Entonces, sus caderas iniciaron un movimiento lento, una lánguida sucesión de embestidas suaves que fueron despertando algo, lo que en un principio parecía un hormigueo sordo, pero que no tardó en transformarse en una sensación imperiosa, total, absorbente. Aquella cadencia, aquel reclamo, aquella danza atávica en la que Arlington la sumergió sin piedad, era una llamada, una fuerza en sí misma, un instinto que no sabía de culturas, ni de razas, ni de principios morales.

Era la llamada de la sangre, el grito del deseo...

Las caderas de Ana parecieron moverse por sí mismas para conseguir una penetración más profunda y, en respuesta, el ritmo de Arlington se volvió más exigente. Le oyó gemir, murmurar algo. Sus manos la tocaron por todas partes y terminaron sujetándola firmemente por las nalgas, ayudándola a saber cuándo debía moverse y cuándo no. La espiral de placer se acentuó, se aceleró, amenazaba con tragársela. Se aferró al cuello de Arlington, tratando absurdamente de encontrar un apoyo, cuando era él quien la estaba elevando a aquellas alturas vertiginosas.

—¡Richard...! —Una llamada, una súplica, un grito de angustia. No estaba segura de qué la había impulsado a pronunciar su nombre. Él tenía el pelo húmedo de sudor pegado a la frente. Le clavó los dedos en las nalgas.

—¡Mírame! —volvió a ordenar. Ella lo estaba haciendo cuando el orgasmo la sacudió, tan esperado y tan por sorpresa, mezclando en su alma, para siempre, la imagen del rostro de aquel hombre con la salvaje sensación de placer que la recorrió en espasmos. Ana se retorció gritando. Oyó a Arlington gritar también, sumándose a ella en la ola arrebatadora e incandescente del clímax, y sintió el calor de su semilla al derramarse en el interior de su vientre.

Y, entonces, después de tanto y tanto tiempo de vagar por el mundo sin esperanza supo que, todo, estaba bien.

2

Richard se incorporó con esfuerzo. Ana no se movió. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado y apenas parecía respirar. Sintió el impulso de estrecharla entre sus brazos y acunarla, pero logró contenerlo. No debía mostrarse débil. Jamás había disfrutado tanto con una mujer, pero, pese al placer que había obtenido de su cuerpo, sería un error olvidar que ella estaba retándole, que continuaba obcecada en mantenerse en un bando que no era el suyo.

En un bando que, de una forma u otra, por la razón que fuese, había provocado la muerte de Andrew y de Charlie.

No quería pensar en ello, porque le llevaba al mensaje del cuadro, que era una confesión por sí misma. Pero, sí, tenía que tenerlo claro. Acababa de hacer el amor con la asesina de sus hermanos. Y, lo peor de todo, era que deseaba volver a hacerlo.

Se puso en pie y sus ojos tropezaron con la mancha de sangre que cubría el vientre y los muslos de Ana, y empapaba las sábanas. Se sentía confuso al respecto. Si bien el hecho de saber que había sido el único hombre en su vida le hacía inmensamente feliz, no podía perdonarle que le hubiese engañado también en aquel punto.

En cualquier caso, lo que ciertamente no se sentía, era culpable. Hubiera tenido a esa mujer, de un modo o de otro, aunque hubiese sido en el estricto Londres, echando por tierra su reputación y sus posibilidades de matrimonio. Además, dentro del desastre, había conseguido hacerla gozar. Probablemente ella no sabía hasta qué punto había supuesto un esfuerzo el contenerse para estar seguro de que ella también disfrutaba de la experiencia. Quizá aquel orgasmo tan potente, tan

explosivo, estaba relacionado con esa meditada contención, pero lo dudaba. Era la forma de moverse de Ana, de gemir, de tocarle, lo que le había enloquecido.

Notó un roce en la mano. Ana se había vuelto hacia él y le estaba acariciando los dedos. Qué patético debía pensar que era, un revolcón y ya todo olvidado, allí no había pasado nada. Lo peor era que desearía haber podido olvidarlo de verdad...

Con un gesto seco, apartó la mano. Ella parpadeó, pero guardó silencio. Pobre ilusa. Tenía que hacerle entender que aquello no era una relación sentimental. Era solo algo que tomaba porque lo deseaba y podía.

Desnudo, se dirigió a la puerta del pasillo, dio dos palmadas y las tres esclavas que le había adscrito Omar aparecieron al momento, con su acostumbrado revuelo de sedas de colores. No dijeron nada al ver a Ana en la cama, con la prueba escarlata de lo que había ocurrido, aunque la francesa lanzó una risita llena de picardía.

—Preparad el baño —ordenó. Ellas se apresuraron a obedecer. Ana había alzado la cabeza de la almohada y al ver a las esclavas se había cubierto apresuradamente con la sábana. Richard sonrió torvamente—. Ven —le dijo, dirigiéndose al baño sin esperarla.

Se sumergió con un suspiro de satisfacción en el agua templada, densa por los aceites, y se apoyó de espaldas al borde de la pequeña piscina, sujetándose con los codos. La inglesa, detrás, empezó a masajearle suavemente los hombros, mientras las otras dos, metidas con él en la bañera, extendían el jabón por su pecho.

Frunció el ceño y estaba a punto de lanzar un grito, llamando a Ana, cuando la vio de pie en el umbral, envuelta en una sábana, mirándolo con una expresión que solo pudo describir como desolada. Richard quiso devolverle aunque solo fuera un poco del penetrante dolor que sentía. Inclino su cabeza hacia la derecha y, encontrando la boca de la esclava, resultó ser la pelirroja por puro azar, la besó posesivamente. Ella respondió con ardor, restregándose contra su cuerpo. Aunque segundos antes se creía totalmente exprimido, incapaz de recuperarse en un buen rato, Richard se sintió enardecer de nuevo.

—Ven —repitió, dirigiéndose a Ana—. Quiero volver a usarte. —Usarla, como ella pretendía usarle a él. Era un buen término y se sintió malévolamente satisfecho de haberse atrevido a emplearlo. Ana abrió los ojos como platos y palideció tan intensamente que Richard temió que fuera a desmayarse. Pero olvidaba que era más fuerte de lo que parecía.

—¿Para qué? —preguntó con insolencia—. Por lo que puedo ver, ya tienes una morena en tu colección.

Sin dejar de mirarla, Richard extendió una mano y acarició desvergonzadamente uno de los pechos de la francesa, luego el otro. Los tenía especialmente bonitos. La muchacha se dobló hacia atrás ronroneando, exponiendo ambos senos, dándole libre acceso a lo que quisiera tomar de ella.

—Cierto. Pero, el caso es que no te he preguntado tu opinión, esclava. Te he dado una orden.

Quítate esa sábana y ven aquí —Ana dejó escapar el aire muy lentamente, irguió los hombros, dio media vuelta y se fue. Richard se incorporó—. ¡Ana! —Nada, ni caso. Furioso, le dio un puñetazo al agua, levantando un surtidor de espuma, y salió de la bañera—. Quedaos aquí —dijo a las esclavas, al ver que, perplejas, pretendían seguirle. Entró en el dormitorio como una tromba. Ana se estaba poniendo el vestido. Había considerado innecesario incluir antes la ropa interior—. ¿Qué haces? —Ella no le contestó, ocupada en atarse los botones de la espalda, a la altura de la cintura. Richard la cogió por un brazo y la obligó a darse la vuelta—. ¡Te he hecho una pregunta!

—Me voy. —La voz de Ana sonó gélida y terminante. Sacudió el brazo, para liberarse de su contacto, y lo consiguió—. ¿No está claro?

—Pero, ¿qué dices? No me hagas reír. Tú no vas a ninguna parte. Quítate ese vestido ahora mismo.

—Vete al infierno. —Prosiguió con la línea de botones, cerrando la espalda. Le desafiaba otra vez. Richard entornó los ojos, contó hasta cinco, la agarró por el escote del vestido, tiró y le desgarró toda la pechera. Ana gritó, dejó los botones y trató de ocultar sus senos. Richard la agarró por las muñecas y la obligó a separar las manos.

—No seas ridícula. No hay nada en ti que no haya visto, tocado o lamido ya. Además, tu cuerpo me pertenece.

Ana se ruborizó.

—¡Suéltame, Arlington, o te juro que te mataré!

—Te creo muy capaz de intentarlo. —Le sujetó los brazos a la espalda con una sola mano y con la otra terminó de desgarrar el vestido mientras ella forcejeaba como una fiera para liberarse. No le sirvió de mucho. Segundos después, volvía a estar desnuda y Richard la estrechó contra su cuerpo. La lucha, el tacto de sus senos en su pecho, el temblor de sus labios, le provocaron una gigantesca erección. Introdujo la rodilla entre sus piernas, la apoyó en el borde de la cama, y se dejó caer, con Ana debajo, sobre el colchón. Ella lanzó una exclamación—. De momento, hay algo que tiene que quedarte claro, cariño. Ya no eres libre de elegir. Me perteneces. Eres mía. —Se colocó en la posición adecuada y la penetró, muy poco a poco, pero hasta el fondo. Pese a su enfado y a que probablemente volver a hacer el amor tan pronto le resultaría doloroso, Ana no pudo contener un gemido gutural y un estremecimiento—. Mi esclava. Y harás lo que yo quiera, a cada momento. ¿Está claro?

—No seas absurdo. —Ana se humedeció los labios con la lengua. Parecía costarle pensar—. Eres inglés. No puedes...

—Vuelvo a recordarte que solo soy medio inglés. No lo olvides, Ana, sería un error. Por eso estamos así, aquí, ahora... —Le apartó el pelo de la frente, enterrando los dedos en su melena, y empezó a moverse, lentamente—. Tú y yo...

Quizá ella tenía intenciones de replicar a eso, aunque no lo creía probable y no le dio la oportunidad. Richard la besó imperiosamente y Ana acabó rindiéndose. Se abrió a él como una flor y

él se sumergió buscando sus raíces. En los siguientes minutos, solo se oyó el sonido apagado de sus gemidos. Dejó que ella alcanzase el orgasmo primero y, sacudido por los espasmos de su cuerpo, la siguió en la vertiginosa subida, en la plenitud de la cima, en el brusco y liberador descenso.

Cuando todo acabó, había comprendido que, definitivamente, la explosión de la primera experiencia no había sido un caso aislado. Una punzada de miedo lo atravesó. Aturdido, alzó la cabeza y la miró.

—¿Por qué? —los ojos de Ana se llenaron de lágrimas—. ¿Por qué me haces esto, Richard?

Él respiró pesadamente.

—He visto el mensaje bajo el óleo.

—¿El mensaje bajo el óleo? —Ana lo miró con ojos confusos. Arlington frunció la frente.

—Sí, no me tomes por tonto. También he encontrado la sustancia negra y el punzón. Está bajo la pintura. Lo he descubierto aplicando disolvente. Ese texto literal, explicando la situación, en el que prácticamente admites haber matado a mis hermanos. —Ella se había quedado muy quieta. Casi ni parecía respirar—. ¿Qué ocurre? ¿Te han fallado los planes?

—No... no quiero hablar más de esto.

—No recuerdo haberte pedido opinión, esclava. —Pensaba que montaría en cólera por el tratamiento, pero reaccionó. Parecía demasiado aturdida, seguro que no se había esperado que descubriese el sistema, y menos tan rápido. Podía ser un buen momento para pillarla con la guardia baja—. Tu situación es francamente mala, pero podría remediarse algo. ¿Colaborarás conmigo para enviarle a Castro la información que yo te diga? Necesito que pintes los cuadros.

Ella abrió mucho los ojos. Ni siquiera titubeó.

—No —Giró el rostro, apoyando la mejilla en las sábanas.

—¿Entonces, por qué haces preguntas absurdas? Hago lo que hago porque te lo mereces —dijo Richard, con amargura. Se incorporó, la cogió en brazos, la llevó al baño y la arrojó en la piscina. Las esclavas gritaron al ser alcanzadas por la ola que levantó su cuerpo. Ana se puso en pie tosiendo y quitándose el agua de los ojos. Richard la señaló con un dedo—. Tienes terminantemente prohibido abandonar mis aposentos. Que te quede claro que, si se te ocurre desobedecer, si osas siquiera apoyar la planta del pie en el pasillo, me encargaré personalmente de darte un escarmiento del que no te olvidarás nunca. Bañadla —ordenó a las esclavas—. Y enseñadle todo lo necesario para mi comodidad.

Giró sobre sus talones y se fue. En ese momento, se sentía demasiado furioso como para continuar en la misma habitación que ella.

No reaccionó hasta que quedó claro que Arlington había abandonado sus habitaciones. Quizá fue algo brusca con las esclavas, pero en ese momento no le importó. Apartó sus manos con violencia, sin verlas, llorando con todo su cuerpo. ¿Cómo podía ser todo tan horrible? ¿Cómo podía haber esperado un poco de felicidad en medio del tormento?

Arlington se había portado como un canalla, había destruido lo que de hermoso tenía la relación tan compleja que les unía. *Usarla*. Eso era lo que hacía, usarla como probablemente habría hecho y haría con las tres esclavas que ahora la miraban con piedad. Ana no quería su compasión, no quería nada de ellas.

Salió de la piscina, regresó al dormitorio, se secó torpemente con una sábana y empezó a ponerse la camisa, el corsé y la enagua. El vestido estaba tan destrozado que no merecía la pena intentar recomponerlo. En cuanto hubo terminado, se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó la esclava rubia, en perfecto inglés. Ana la miró con el ceño fruncido y no se molestó en darle una respuesta por lo demás evidente. Abrió la puerta. Había olvidado que había dos guardias custodiándola, pero tampoco supuso una gran diferencia, porque los ignoró. No lo hizo la esclava, que les dijo algo en árabe, con grandes aspavientos.

Al momento, el soldado interpuso la lanza.

Ana la apartó de un empujón, tratando de pasar por sorpresa, pero él la contuvo y el otro le ayudó a meterla de nuevo en el dormitorio y cerraron la puerta con un golpe sonoro. Ana intentó volver a abrirla. Descubrió que le resultaba imposible. La aporreó con ambos puños.

—¡Cerdos! ¡Canallas! ¡Dejadme salir de aquí! —No hubo respuesta. Se volvió furiosa hacia la esclava—. ¿Qué le has dicho?

—La verdad. Que el amo te ha prohibido salir.

—Maldita seas. ¡Maldita seas! —Tuvo que contenerse para no golpearla—. ¿Crees de verdad que voy a obedecer a ese... ese... bastardo?

—¿Por qué te pones así? —le preguntó la pelirroja con el ceño fruncido—. Tienes muchísima suerte. El amo es un hombre atractivo, apasionado y muy amable. Yo lo daría todo por ser su favorita.

—Ah, pues adelante —replicó Ana con ferocidad, rabiosa por el hecho de que, para saber que era apasionado, había tenido que acostarse con él—. Te cedo el puesto.

—No seas tonta —la rubia rio, por lo absurdo de la sugerencia—. Es el amo quien decide. No nosotras.

Ana las miró boquiabierta.

—¿Pero qué os pasa? ¿Qué diantre os ocurre? Vosotras no sois de *Kaifar*. Deberíais respetaros más. —Llevada por una súbita idea, dio un paso en su dirección—. Tenéis miedo, es eso, ¿no? Estad tranquilas. Si me ayudáis, yo os ayudaré, lo juro. Podréis volver a vuestros hogares, ser mujeres libres otra vez.

—Yo nunca he sido libre —replicó la rubia—. Mi familia concertó mi matrimonio con un hombre treinta años mayor que yo, gordo y repugnante, que ni siquiera hablaba mi idioma. Una cuestión de dinero. Si me hubiesen vendido en subasta pública, como esclava, no me hubiera sentido diferente. Fue una suerte que los piratas interceptaran el barco que me conducía hacia él. No quiero regresar. Sé perfectamente lo que me esperaría. El matrimonio está arruinado y yo ya no valgo como material de negocio. Me tacharían de ramera, me repudiarían y terminaría en el arroyo. Aquí me tratan bien.

—Yo fui capturada cuando me transportaban en un barco prisión —añadió la pelirroja—. Huí de casa porque mi padre me violaba. Cuando se lo conté a mi novio, pidiéndole ayuda, me dio una paliza, me acusó de tener la culpa y me abandonó. Tuve que mendigar y acabé prostituyéndome cuando el hambre fue más intensa que el asco. En el lupanar en el que trabajaba no tenía ningún derecho. Una noche, un caballero inglés de esos tan finos, decidió, tras montarme salvajemente, que le apetecía probar el látigo conmigo. Me defendí y terminé condenada a pasar el resto de mi vida en las colonias. Los piratas asaltaron el barco en el que me llevaban justo cuando el capitán me estaba obligando a trabajarle el miembro con la boca, una costumbre que el muy hijo de puta había hecho habitual. Le di un mordisco tan grande que se lo arranqué. —Sonrió, satisfecha, mostrando la doble hilera de dientes blancos y fuertes—. Y puedo asegurarte, encanto, que jamás tuve un orgasmo hasta llegar aquí. Como comprenderás, no pienso regresar.

—Ella no habla inglés. —La rubia señaló a la morena, que las observaba en silencio—. Pero su caso no es demasiado distinto. Su santurrón familia la entregó como amante a un hombre muy rico e influyente que la torturaba con brutalidad. Cuando la hizo abortar, de una paliza, huyó. Se dirigía hacia Italia cuando su barco fue asaltado. No lo lamentó. En Italia no tenía a nadie y tampoco conocía el idioma. Simplemente, cogió el primer barco que abandonaba Francia por miedo a que el hombre que se consideraba su amo la alcanzase y terminase matándola o algo peor. Pero lo más probable es que hubiera acabado en alguna esquina de las calles de Roma, pasando frío y hambre, y siendo despreciada por los hipócritas que se consideran dechados de virtud mientras ignoran o se aprovechan de la desdicha ajena. Este fue un lugar tan bueno como cualquier otro para empezar una nueva vida. Ella tampoco quiere volver.

Ana las miró una por una. Se sentía conmovida por sus relatos, pero también, contrariada. Si eran así las cosas, no iban a ayudarla.

—Bueno, está bien, lo entiendo. Pero vosotras sois casos especiales. ¿Qué me decís del resto de las mujeres del harén? Seguro que alguna habrá que se sentirá atrapada en este lugar, digo yo.

La rubia y la pelirroja rieron. La morena también, pero un segundo después y solo por que captó que se había dicho algo gracioso.

—No te voy a negar que haya lugares donde la situación sea brutal, absolutamente terrible —le dijo la rubia—. No seré yo quien defienda la esclavitud. Solo decimos que tiene muchos aspectos y

que existe en todas partes, aunque sea disimulada con hipocresías. Este, es un buen sitio. Omar... el *Bey*, es un hombre bueno. Mucho mejor de lo que él mismo piensa. Supongo que, en parte, es debido a la influencia del príncipe Richard o a sus años en el mundo occidental, o a que quiere de verdad a las mujeres de su familia; la cuestión es que, cada vez que una mujer llega a palacio, sobre todo si es extranjera, se asegura de que va a ser feliz aquí. A muchas las ha devuelto a sus hogares. —Se removió, incómoda—. Te ruego que no se lo menciones al príncipe. El *Bey* no desea que lo sepa. Creo que disfruta agasajándolo con esclavas extranjeras siempre que viene para atormentar un poco su lado inglés. Pero, te lo aseguro, las mujeres de esta casa están aquí porque quieren. Se nos trata bien y se nos cuida si nos ponemos enfermas. Podemos conservar nuestros hijos, las joyas y el resto de los regalos que recibamos por nuestro buen servicio, y conseguir nuestra libertad en el momento en el que lo deseemos. El *Bey* dice que solo quiere cerca esclavas contentas, que bastante tiene con sus gruñonas esposas.

—Y sí que son gruñonas —aseguró la pelirroja con desdén. Le dijo algo a la morena, que abrió los ojos y asintió desafortunadamente—. Fareeda es la única que vale algo, las otras tres son unas arpías de cuidado. Por eso el resto, las doscientas seis, somos...

—¡Doscientas seis! —Ana se escandalizó y las otras volvieron a reír, divertidas. Se encogió de hombros—. Bueno, ese asunto no me interesa. Si no queréis ayudarme, no lo hagáis, pero os ruego que no intentéis detenerme. —Fue hacia la ventana. Era poca altura, apenas seis metros, quizá siete. Podría agarrarse a los arabescos de la pared y deslizarse hacia abajo sin mayor problema—. ¿No decís que ayuda a todas a volver a sus casas, si lo desean? Pues yo sí que quiero irme.

—Oh, pero tú eres esclava del príncipe Richard, no del *Bey*. No sabemos qué tiene pensado hacer contigo...

—Aunque sí lo que está haciendo —apuntilló la pelirroja. Ana la miró con los ojos como rendijas, pero ella se rio.

—El caso es que, por lo que me han contado, el príncipe nunca había tenido una esclava de su exclusiva propiedad, antes —prosiguió la rubia, reflexiva—. Debes de gustarle mucho.

—Sí, por cierto —replicó Ana, desdeñosa—. Muchísimo. —Se subió al alféizar. Al momento, las tres esclavas lanzaron gritos de consternación y se apresuraron a sujetarla.

—¿Qué haces, loca? —preguntó la pelirroja.

—Me marchó. ¡Soltadme, diantre! —exclamó, empujándolas. La enagua se rasgó en el forcejeo—. Puede que vosotras penséis que la libertad es un pago suficiente a cambio de una vida cómoda y agradable, pero yo no. Me niego a que ningún hombre, y menos que nadie Arlington, crea que tiene derecho a que yo le llame amo.

Ellas seguían intentando retenerla, pero cargó el peso del cuerpo hacia el exterior y empezó a bajar. Inmediatamente, las esclavas prorrumpieron en gritos, primero en inglés y francés, luego en árabe. Ana las maldijo mentalmente. Por el rabillo del ojo vio a los guardias que se acercaban corriendo por el jardín. Aquellas majaderas no habían tenido el más mínimo problema en atraer su

atención y demasiado pronto. Le hubiera gustado poder sacudirlas hasta desmontar sus esqueletos. ¿Y, ahora, qué? Estaba a unos cuatro metros del suelo. Si bajaba, la cogerían y volverían a encerrarla. Subir, quedaba descartado, jamás se rendiría en su deseo de huir. Se quedó inmóvil, en la pared, intentando decidir un plan. Quizá, si lograba llegar al tejado, podría moverse de un bloque a otro del palacio y escapar por otro sitio...

—¡Ahí viene el príncipe! —oyó decir a la pelirroja—. ¡Esta vez, sí que te has ganado unos azotes!

—¡Baja de una vez! —le gritó la rubia—. ¡Vas a terminar haciéndote daño!

Ana apretó los dientes. No. Por nada del mundo se rendiría.

Pero, de pronto, un brazo rodeó su cintura, la arrancó de la pared y la arrojó al suelo, donde rodó sobre sí misma una única vez. La hierba, mullida y tierna, la recibió como un colchón de plumas. Ana alzó la cabeza y vio a Arlington, bajando de la espalda de uno de los soldados, mirándola furioso. El individuo sobre cuyo trasero había aposentado sus botas, le tendió un látigo corto, terminado en varias tiras. Al parecer, no le había gustado el ser usado de banqueta.

—¡No! —gritó, girando rápidamente boca abajo y ocultando la cabeza entre los brazos, tratando de protegerse. No le sirvió de nada. El látigo cayó sobre sus nalgas, arrancándole un alarido de dolor. Luego, Arlington la agarró por un brazo y la puso en pie de un tirón.

—Ahora, no tengo tiempo para más, pero, a mi vuelta, te doy mi palabra de que terminaré con el castigo —dijo algo a los soldados. Dos de ellos la cogieron en volandas, la metieron de vuelta en palacio y, transportándola por puertas y pasillos, la condujeron de nuevo al dormitorio, donde la arrojaron al suelo antes de cerrar la puerta.

El sonido de la llave en la cerradura tuvo una cualidad definitiva, que terminó por hundirla.

Las esclavas trataron de acercarse a consolarla, pero Ana las rechazó con furia, sin dejar de llorar, así que la dejaron sola. Lentamente, se arrastró hasta una esquina, se acurrucó, escondiendo el rostro entre las manos, y siguió llorando.

4

—Sí, claro —decía Cruz-Ortega, a su espalda—. Dejen a mi hija en paz. Ella no ha hecho nada, solo es una niña. Yo fui, yo lo hice.

—¿El qué? —preguntó jovialmente Omar. Un momento de silencio.

—Todo.

—¿Todo, *todo*?

—Sí, todo.

—Hum, caramba... mala cosa, amigo mío, mala cosa. Estuvo muy feo, eso de la Revolución Francesa. Sobre todo, el no saber cuándo había que cortar una cabeza, y cuándo no. Es una de las primeras cosas que aprende un niño en *Kaifar*.

—¿La Revolución?

—Claro. ¿No ha dicho que lo hizo *todo*? Pues eso fue una canallada. Claro que, en el Nuevo Mundo no lo hizo tan mal. Un poco sangriento, pero ya se sabe... Al menos, lo de tirar al mar el té, fue una buena medida. Los ingleses toman un té pésimo.

Richard apartó la vista del jardín y se volvió a mirarlos.

—Omar, por favor. Basta.

Su primo puso cara de circunstancias.

—Está bien, está bien. Me atenderé a lo que nos importa. Veamos, amigo mío, ¿recuerda lo que ocurrió en Lisboa?

Cruz-Ortega frunció la frente.

—Vagamente. Pero fue culpa mía —se apresuró a añadir.

—No lo dudo. ¿Recuerda a Charles Mallory? Charles... Mallory —pronunció lentamente, al ver que el otro dudaba. Los ojos del pintor, aunque siguieron turbios, se llenaron de cautela.

—Oh, sí. El joven Charlie. Era muy agradable.

—Sí, lo era. —El tono de Omar había perdido gran parte de su simpatía—. ¿Cómo lo conoció?

—Se alojaba también en nuestro hotel. Se acercó un día, en el comedor. Él... quería que yo le enseñara a pintar. Quería verme pintar los cuadros. Quería ser mi alumno. Pero no podía permitirlo.

—¿Por qué?

Cruz-Ortega se contempló las manos. Temblaban, como siempre.

—Ya no puedo pintar. Ya no pinto. Es Ana quien lo hace, desde hace años. Es una gran artista, ¿verdad?

—Cierto —murmuró Richard. Omar le miró—. Lo que no entiendo es qué razón hay para ocultarlo.

El pintor se encogió evasivamente de hombros.

—A mí me da igual, pero ella no quiere que se sepa. Dice que es mujer y que nadie la tomaría en serio. En realidad, tiene cierta razón. Es posible que a ella no la contratasen para... ciertos retratos

—La afirmación, casi una acusación, iba dirigida a Omar. El *Bey* asumió la culpa con elegancia—. Quizá ustedes no lo sepan, pero vivir cuesta dinero. Nosotros nos fuimos de España prácticamente sin nada. Necesitamos esos ingresos para comer, vestir y seguir teniendo un techo sobre la cabeza. Además, aunque lo niegue, Ana sueña con casarse algún día, y pocos hombres se arriesgarían a tomar una esposa inteligente y con talento.

Richard hizo una mueca. Apoyó una mano en el respaldo de su silla y otra sobre la mesa, y se inclinó hacia él.

—¿De verdad esa es la única razón?

Cruz-Ortega no contestó. Richard percibió el titubeo, aquella mezcla de duda y reserva, con mayor nitidez todavía.

—Ella no ha hecho nada. Yo soy la persona que buscan.

—Permítame que lo dude, señor.

El padre de Ana apretó los labios. Richard y él se mantuvieron la mirada en un silencio tenso.

—¿Dónde está mi hija? ¿Qué ha hecho con ella? —preguntó a su vez y le tocó el turno a Richard de no contestar; pero algo debió reflejarse en su rostro, porque Cruz-Ortega palideció más todavía—. Arlington...

—Creo que no se da cuenta de la gravedad de la situación. Pero, por si le sirve de ayuda, Ana todavía está viva.

—¿Su hija se hizo muy amiga de Charlie? —intervino Omar, intentando encauzar de nuevo el tema en la dirección que le interesaba. La tensión disminuyó ligeramente, aunque no desapareció del todo. Cruz-Ortega apartó los ojos de Richard, caviló un momento y negó con la cabeza.

—No. Él la rondaba, pero Ana no quería que Charlie estuviese con nosotros. Era arriesgado.

—Arriesgado. ¿Por qué?

—Hubiera descubierto quién pintaba.

—Entonces, Ana trataba de mantenerlo lejos, le era vital conseguirlo, pero él insistía, ¿no?

—Sí, así es. Charlie... Estaba algo enamorado de ella, pero sobre todo quería pintar. —Richard les dio la espalda, como si volviera a sentirse interesado por el paisaje que se veía más allá de la ventana, y se frotó las comisuras de los ojos. ¿Había estado Charlie enamorado de Ana? Estaba por apostar a que sí, ambos tenían gustos bastante parecidos en cuestiones de faldas. Además, debía ser la maldición de los Arlington, amar siempre a la mujer equivocada—. Les gustaban mis cuadros. Eran muy insistentes.

—¿Eran? —preguntó Richard, saltando sobre aquel dato como un ave de rapiña. Cruz-Ortega

asintió.

—Sí, Charlie y su amigo.

Omar y Richard intercambiaron una mirada. Allí había algo, por fin.

—¿Recuerda su nombre?

Los ojos del pintor se clavaron en la mesa.

—No.

—Miente —terció Richard, empezando a enojarse. Cruz-Ortega no dijo nada, ni para protestar ni para defenderse—. Dígame ahora mismo cómo se llamaba.

Cruz-Ortega se lo pensó un segundo.

—Me gustaría hablar con usted a solas, Arlington.

—Oh, por supuesto. —Omar empezó a levantarse, pero Richard apoyó una mano en su hombro.

—No. Lo que tenga que decir lo puede oír también mi primo.

Omar hizo un gesto, contemporizando.

—De eso no estoy yo tan seguro, pero ciertamente lo agradecería, porque soy un hombre curioso.

Cruz-Ortega se lo pensó unos momentos. Asintió.

—Tiene que ayudarla, Arlington —soltó de pronto. Richard casi se atragantó con una carcajada.

—Está de broma.

—No. Hágame caso, sé de lo que hablo. No permita que los celos y la ira le nublen el juicio. Hace años perdí a mi esposa por esa misma razón. —Richard apretó los labios—. Usted me dijo hace pocas horas que mi hija le importa mucho: es el momento de demostrar cuánto.

—También le advertí que evitara que llegásemos a esta situación. Además, entonces yo pensaba que Ana era inocente.

—¡Lo es!

—¿En serio? ¿Qué ocurrió en Lisboa? —Cruz-Ortega apartó otra vez la vista—. ¿Se volvieron demasiado molestos? ¿Por eso tuvo que matarlos?

—Yo... lo hice yo. Pero no quería...

—¿No quería? —¿Y si había sido él? A pesar de todo, de saber que era imposible, de conocer la

confesión escrita bajo el óleo en el cuadro, sintió renacer la esperanza. Tenía que asegurarse—. Está bien, presupongamos que los mató usted. ¿Cómo consiguió el veneno? —Richard hizo un gesto a Omar, para que no revelase la mentira—. ¿Qué hizo, invitarles a una copa de vino de despedida?

—Fui... Fui a una botica, no resultó difícil. Luego, los invité, sí. Tenía que evitar que nos descubrieran y, bueno...

Fue ella, pensó Richard. Definitivamente, fue ella. Su padre simplemente estaba intentando asumir la responsabilidad, por salvarla. La amargura casi llegó a ahogarlo. Maldita fuera, maldita. Apretó los dedos hasta clavarse las uñas en las palmas de las manos. Estuvo a punto de dar por concluido el interrogatorio. Quería ir a buscarla y vengarse y sufrir y seguir vengándose hasta matarla y matarse él, pero de algún modo consiguió controlarse. Decidió recabar algo más de información y luego ya tomar alguna medida.

—¿Entonces, según dice, se hospedaban en el mismo hotel? —murmuró con esfuerzo.

—Sí. Charlie y su amigo tenían sus habitaciones en la misma planta que nosotros, justo a continuación. De hecho, una vez, Lazarus se equivocó de puerta y se metió en la habitación de Regina. Menos mal que yo salía al pasillo entonces, le vi y al momento oí el grito. Pude acudir y ayudarle a darle las sales a la pobre Regina que, en enaguas y corsé, se había desmayado.

—Entiendo. —Richard tomó nota mentalmente del suceso, aunque le interesaba más un dato en concreto—. Lazarus era el otro hombre.

—Mmm. Sí —admitió Cruz-Ortega con renuencia, evidentemente molesto por haberlo mencionado. Se le había escapado. Era el momento de insistir.

—¿Era inglés?

—No lo recuerdo.

—¿Podría describirlo?

—No. Me temo que pasé la mayor parte del tiempo borracho.

—Ya. —Richard no pudo evitar un ligero toque de burla en su tono—. Excepto cuando, con encomiable sangre fría, decidió matarlos y obró en consecuencia, parece.

Cruz-Ortega hizo una mueca.

—No tengo muy claros sus rasgos.

—¿Siendo pintor? Permita que lo dude. —Cruz-Ortega no replicó—. ¿Lazarus es un nombre o un apellido?

—No lo recuerdo.

—Me hubiese sorprendido lo contrario. —Poco iba a sacar, por las buenas. Ya vería si era necesario utilizar otros métodos—. Bueno, tendremos que hablar con Regina, a ver qué recuerda ella y... —Se volvió hacia Omar, algo alarmado—. No la has vendido todavía, ¿no?

—Pues sí, la justicia debe seguir su curso y en *Kaifar* es veloz e imparable, como el viento sobre la arena. Deberías saber que nos jactamos de reverenciar nuestras leyes y aplicarlas con premura. —Sonrió ampliamente—. Pero no te preocupes, yo la he comprado. No tiene los ojos azules, pero no está nada mal, y he descubierto que me gustan las españolas. Además imaginé que tarde o temprano preguntarías por ella.

—Gracias, Omar —dijo, respondiendo a su sonrisa cálidamente—. Bien, en todo caso no será difícil conseguir el nombre completo del tal Lazarus, a través del registro del hotel. Creo que todo empieza a aclararse un poco.

—O a complicarse más. —Omar deslizó un dedo por la superficie brillante de la mesa—. Que yo sepa, la señorita Cruz-Ortega no hizo mención alguna del tal Lazarus.

—¿Por qué insisten en mezclarla en esto? —dijo Cruz-Ortega, defendiéndola—. Ya he confesado yo. Mi hija apenas los conoció, evitaba tratarlos. Lazarus de hecho no le gustaba ni pizca. No le caía bien.

—Oh. ¿Por qué lo dice?

—No sé. Esa impresión me daba. Lo rehuía. —Los ojos empezaron a cerrársele, como si le pesaran los párpados—. ¿Puedo irme ya, por favor?

—Por supuesto, amigo mío. Ya seguiremos hablando en otro momento, no hay prisa. —Omar hizo una señal y dos guardias se ocuparon de llevarse con gentileza al viejo pintor—. ¿Qué opinas, Richard?

—No estoy seguro. —Se acarició la sien, tratando de eliminar un incipiente dolor de cabeza—. Demasiados puntos oscuros, todavía. —Suspiró—. Creo que lo mejor será que regrese a Londres cuanto antes. Desde allí, me resultará más fácil pedir información a Lisboa. Además, es de suponer que ese tal Lazarus, si sigue vivo, estará en Inglaterra, y tengo unas cuantas preguntas que hacerle.

—¿Por qué deduces que estará en Inglaterra?

—En realidad, puede encontrarse en cualquier lado, pero es inglés, casi seguro. Si estaba con Charlie, es que formaba parte de la misión, enviado también por nuestro Servicio Secreto. Y, de ser así, me gustaría saber por qué Lester no me lo mencionó. A él también voy a tener que plantearle algunas preguntas.

Su primo asintió ante su lógica.

—Tendrás el barco preparado para mañana mismo, si te parece bien.

—Perfecto.

—Entonces, daré las órdenes pertinentes. Ah, y me gustaría que llevaras contigo a Omar. Ya va siendo hora de que inicie su educación inglesa. Tu hermana ha dado por fin su conformidad, y lo hemos inscrito en Eton. En pocos meses cumplirá los trece años y se incorporará a las clases.

—Era solo cuestión de tiempo, Noor sabe perfectamente que es lo mejor para su hijo. Pero imaginaba que no lo enviaríais hasta el otoño.

—Después de meditarlo, he llegado a la conclusión de que necesitará un tiempo para acostumbrarse a vuestras absurdas costumbres y a vuestro clima caprichoso. Y, ya que vas para allí, aprovecharemos el viaje.

—Muy bien. ¿Quieres que se aloje conmigo hasta que empiece el colegio?

—No, no será necesario, gracias. Tu abuela lo está esperando y se llevaría un enorme disgusto si la privas de mimarlo un poco. —Omar lo miró pensativo—. ¿Qué vas a hacer con ella?

No tuvo necesidad de formular el nombre. Ambos sabían a quién se refería.

—Me la llevo.

—Un poco arriesgado, ¿no crees?

—No mucho. Su padre se quedará aquí.

—Entiendo. De rehén.

Richard bufó.

—Podría decirse así, sí.

—Así, y de ningún otro modo. —Omar hizo una pausa—. Espero que no me pidas que lo encarcele. No creo que sea culpable de nada más que de querer defender a su hija y no duraría dos días.

—No. Es... es el padre de Ana. —Se sintió ridículo, atrapado en las redes de aquella mujer, pero no podía evitarlo—. Trátalo como a un huésped.

—Lo haré —replicó Omar, claramente aliviado—. ¿Y la doncella?

—Me la llevo también. Puede seguir atendiendo a Ana. Quizá resulte útil.

Omar asintió.

—¿Qué ocurre, hermano mío? —Alzó ambas manos al verle fruncir el ceño—. No, no me digas que nada o que no es asunto mío. Estás sufriendo y eso me duele.

Richard caminó lentamente y se sentó en la silla frente a su primo, al otro lado de la mesa.

—Era virgen, Omar —consiguió murmurar, con esfuerzo. Su primo no dijo nada, aunque sus ojos se llenaron de comprensión—. Todos sus aires de mujer de mundo, todo lo que nos contó, era mentira, y yo me comporté como una bestia. Esa pequeña y tonta... —No fue capaz de encontrar un término adecuado y lo dejó correr—. Pero, lo peor, es que insiste en seguir trabajando para los españoles. —Le contó su descubrimiento del mensaje bajo el óleo, la sustancia negra y el punzón, aunque guardó silencio sobre la confesión de culpabilidad en las muertes. Pese a lo mucho que le quería Omar, quizá no pudiese convencerle de no ejecutarla, si se enteraba de eso. Al fin y al cabo, era el *Bey*, la encarnación de la justicia en *Kaifar*. Podía sentirse obligado a tomar cartas en el asunto—. Ella no me lo ha dicho. No se da por vencida. Ahora mismo, cuando venía hacia aquí desde las dependencias de Muhammad, me la he encontrado en plena fuga. Intentaba descender por la pared hasta el jardín. Le he dado un latigazo. —Apoyó los codos sobre la mesa y escondió el rostro entre las manos—. Por todos los diablos, jamás había golpeado a una mujer. Me saca de completamente de quicio. ¿Te imaginas lo que hubiera sido que lograra su propósito? ¡Estaba medio desnuda! Dudo mucho que hubiera alcanzado el puerto sin que la violaran varias veces y hubiese acabado en cualquier lupanar.

—Prefiero pensar que mi pueblo es más inteligente que todo eso. Me la hubieran traído de vuelta en menos de una hora.

—¿Eso piensas? Es posible, pero no creo que hubiese encontrado agradable esa hora. Y, aunque hubiera conseguido la proeza de abandonar *Kaifar*, ¿adónde demonios pensaba ir? No tiene dónde meterse. Si me obliga, si me pone las cosas de ese modo, tendré que decirle a Lester quién es y enviarán a otros a eliminarla. Y es de suponer que no tenga tanta suerte con ellos.

Guardó silencio. Omar suspiró.

—Primo, te enfrentas a un enorme problema.

—Lo sé. Espero poder mantener en secreto su identidad y controlarla adecuadamente. De otro modo, me arriesgo a ser acusado de traidor.

—No me refiero a eso. Me refiero a lo que sientes por ella y al modo en el que has enfocado vuestra relación.

—¿Yo? —Sonrió con amargura—. No me hagas reír. Desde que nos conocimos, es ella quien lleva las riendas, siempre. Yo me limito a responder en consecuencia.

—No hay modo de hacer razonar a un hombre sumido en las pasiones de la carne y el espíritu —musitó Omar, renunciando a intentarlo—. Estás tan lleno de dolor que solo te alivias dañando. Y es injusto. Solo piensa un momento en cómo serían las cosas, de darse a la inversa, que Ana te hubiese atrapado, como agente enemigo que eres, y te tuviese prisionero en algún lugar. ¿Te someterías sin lucha a ella, olvidarías todas tus lealtades y renunciarías a intentar fugarte?

Richard entornó los ojos.

—Nunca.

—Entonces, no le recrimines el actuar como tú lo harías.

Aquella verdad lo desconcertó. Omar tenía razón, estaba siendo injusto. Claro que, en aquella cuestión intervenían muchas más variables de lo que pudiera parecer en un primer momento. Él podía respetar a Ana como adversaria, pero, simplemente, no podía permitir que lo siguiera siendo.

—No es tan fácil, Omar.

—No. Supongo que no. Supongo que, si lo fuera, ella ya estaría muerta.

—Exacto —respondió, lacónicamente. Se puso en pie—. Bien, lo primero voy a la prisión, a sacar a Regina de esa celda. Pienso meterle un buen susto en el cuerpo. La necesito para vigilar de cerca a su señora.

—No sé yo si conseguirás que cambien sus lealtades.

—Espero que no, diría poco a favor de Regina. Pero quizá consiga convencerla de que es bueno para Ana que yo esté al tanto de todo. Para evitar... complicaciones como esta que han vivido, en el futuro.

—Es mejor planteamiento, sí. ¿Qué hacemos, respecto a las fragatas españolas? Está todo listo, Richard —Sonrió, uniendo las manos por las puntas de los dedos—. Me gusta tomar precauciones. Solo necesitas dar la orden. En dos o tres horas, como mucho, sería asunto resuelto.

Richard evaluó la situación. El cuadro ya estaba interceptado, todo listo. No tenía mayor sentido seguir demorando ese asunto. Y no quería tenerlas rondando por ahí.

—Hunde una —decidió—. Deja que la otra se vaya, aunque debidamente dañada, con la noticia de que Cruz-Ortega ha sido ejecutado.

Omar asintió y Richard salió del despacho.

5

Ana llevaba un buen rato encogida en su rincón, llorando, cuando uno de los soldados de palacio abrió la puerta para dejar paso a Regina. Al verla, se incorporó de un salto. La doncella miró a las esclavas con desconfianza y se dirigió directamente hacia ella.

—¡Señorita Ana! ¡Oh, Señor, señorita! —Hizo una torpe reverencia—. ¿Se encuentra bien?

—Sí. Sí, bueno... Relativamente. —Ambas contemplaron la cama revuelta. Se veía un poco de sangre en las sábanas. Regina frunció ligeramente el ceño. El primer gesto que se le escapaba, se dijo Ana. O quizá solo era que nunca antes había buscado algo así en su expresión—. No te preocupes. ¿Y tú? ¿Qué ha ocurrido?

—¡De todo! ¡Ni se imagina en qué lugar horrible me han metido! ¡Una celda repugnante, que

olía...! ¡Mejor ni pensarlo! ¡Si mi santa madre, que nunca salió de Burgos, hubiera levantado la cabeza y me hubiese visto allí, se hubiera vuelto a morir del susto...!

—¿Cómo es que te han liberado?

—Ha sido Su Gracia. Ha dicho que sabe que soy inocente, que solo cumplía un recado. Pero tengo mucho miedo, señorita Ana. ¡No quiero terminar en un harén! ¡Soy católica!

—Basta. Basta, Regina, por favor. —La doncella guardó silencio, desconcertada. Ana decidió ser totalmente directa. Arlington podía volver en cualquier momento y necesitaba aclarar aquel asunto—. En los cuadros, ¿incluías tú mensajes? Bajo el óleo. Con un punzón y una tinta negra de algún tipo.

Los ojos simples de Regina se abrieron como si hubiese visto una vaca de color azul.

—¿Pero qué dice? No sé a qué se refiere, señorita Ana...

—En realidad, he planteado mal la pregunta, porque no tiene sentido negarlo. Arlington lo encontró —insistió—. Yo no fui y no puede haber sido mi padre, ambas sabemos que no tiene pulso para nada. Además, jamás hubiese espiado para Castro. Solo puedes ser tú. —La miró directamente—. La pregunta es ¿por qué? ¿Quién eres?

—Pero...

—No tenemos tiempo para más fingimientos. Regina, si tienes algo que decir, es el momento de hablar. No voy a delatarte. Al margen de que no podría porque, imagino, trabajas también para Castro, llevas muchos años con nosotros, con mi padre y conmigo. Me has ayudado a cuidarlo en los peores momentos, has sido mi apoyo muchas veces. Aunque solo fuera por eso, haría cualquier cosa, cualquiera, por salvarte, podrás contar conmigo para lo que sea, siempre. —Le sonrió con cariño. Regina seguía mostrándose confusa, pero le devolvió el gesto—. Te considero más mi amiga que mi doncella y te debo demasiado. Ambas lo sabemos. Por eso, no cuestiono nada, solo quiero saber a qué atenerme, Regina. Qué debo decir. Qué debo responder, cuando se me pregunta al respecto.

Regina titubeó todavía un momento; luego, se sentó lentamente a los pies de la cama. Atónita, Ana fue testigo del cambio asombroso que se produjo en su expresión. La mirada algo bovina, el gesto torpe, el aire insulso, desaparecieron en un instante como por encanto, como si se hubiese quitado una máscara para revelar la auténtica persona que había debajo.

De pronto, Regina era hasta hermosa, con aquella expresión inteligente y unos ojos muy vivos.

—¿Qué te ha dicho? —susurró, para que no las oyeran las esclavas. Habló con voz neutra y sin rasgo de entonación vulgar. Ana se acomodó a su lado.

—Que ha encontrado un mensaje bajo mi óleo de las odaliscas, tras aplicarle disolvente. ¿Es cierto?

Regina apretó los dientes.

—Sí. Maldita sea, sí lo es.

Ana suspiró. Sentía un extraño alivio sabiendo ya quién era quién. Siempre había preferido saber a qué atenerse, en todo.

—Pero ¿por qué?

—Aún no lo entiendes, ¿no? —Regina sonrió con media boca—. La espía, soy yo, Ana. Tú solo eres la distracción, estás para darme acceso y cobertura. Sí, yo he buscado zonas adecuadas en tus pinturas, para transmitir mis propios datos; en realidad, ahí solo anotaba generalidades de última hora, porque casi siempre he entregado en mano la auténtica información. Más de una vez temí que me descubrieses, pero pude arreglármelas. —Agitó la cabeza, al ver su expresión—. No te lamentes, en serio. Para la poca experiencia que tienes, mejor no podrías haberlo hecho. Quizá demasiado para tu propio bien.

—¿Qué quieres decir?

—Es lo malo de este oficio: si uno fracasa, suele terminar muerto, pero si tiene éxito, es difícil que tus propios superiores te dejen libre alguna vez. —Ana la miró con alarma, y Regina le palmeó tranquilizadamente una mano—. No te preocupes. Ya veremos qué ocurre.

—Yo... estoy en esto por razones difíciles de explicar.

—Conozco la situación, créeme.

Ana abrió los ojos de par en par.

—Sabes lo de...

—Lo de tu madre. Sí. Estoy al tanto de prácticamente todos los pormenores. —Ana la miró, muy dolida, y Regina pareció avergonzada—. Lo siento, de verdad, pero tienes que entender que mi verdadera identidad debía mantenerse en secreto el mayor tiempo posible, incluso para tu padre y para ti, y que tu doncella no podía saber nada de ese asunto. Pero eso no significa que me parezca bien. He intentado interceder por ti, pero Beauchamp no quiere ni oír hablar del asunto, y Castro insiste en que sin esa baza te volverías incontrolable, peligrosa incluso para ti misma. —Ana se preguntó qué querría decir aquello. Posiblemente que, si intentaba cualquier cosa, la matarían ellos mismos—. Pero, lo que te han hecho, es espantoso. Te aseguro que si está en mi mano te ayudaré a hacer algo al respecto.

Ana contuvo un sollozo. Dejándose llevar por un impulso, la abrazó. Regina la estrechó contra su pecho.

—Gracias, Regina.

—No tiene importancia. Tranquila. Verás como todo se arregla. Pero ahora tienes que ser fuerte, Ana, mucho. Hay que afrontar esta situación. Y tenemos que pensar en tu padre. Su destino va a depender de nosotras.

Ana se estremeció. Regina tenía razón, no era momento de dejarse llevar por la desesperación.

—¿Y qué hacemos? —preguntó, separándose para mirarla con urgencia—. ¿Cómo salimos de esta?

—Ante todo, manteniendo la calma. Si te fijas bien, a pesar de lo que pudiera parecer, hemos conseguido una buena posición dentro del plan general. Nuestra misión hasta nueva orden es vigilar a Arlington, mantenernos cerca y ganar influencia.

—¿Esa era nuestra misión?

—Sí... En parte. Yo tenía que conseguir, además, una serie de datos sobre *Kaifar* que ya he transmitido.

—¿Los de sus defensas y demás? ¿Los que incluí en el cuadro?

—No, Ana. —Le cubrió una mano con la suya, casi como consuelo—. Eso tiene un interés relativo y una utilidad limitada, seguro que te das cuenta. —Ana asintió—. Yo me he ocupado de otros aspectos de *Kaifar*, más... económicos. Pero no debo hablar de ello, ni siquiera contigo. En lo que a ti respecta, la misión era y es, contactar con Arlington, acercarte y ganar influencia. No has podido hacerlo mejor, lo tienes loco. Arlington piensa llevarte a Inglaterra, y a mí contigo, para vigilarte. Tiene cierta gracia el asunto.

—No sé yo si le veo alguna...

—No te preocupes. Ya aprenderás a disfrutar de las ironías de la vida. Y esta es especialmente graciosa. —Regina hizo un gesto hacia atrás, hacia las sábanas revueltas—. Por lo que puedo... deducir, ya te has acostado con él...

Ana se ruborizó.

—No he tenido muchas opciones.

—Vamos, Ana, que soy yo. A mí no puedes engañarme. Lo estabas deseando. —No supo que contestar a eso. Era cierto—. Veo que eras virgen, me lo imaginaba. Eso es bueno. De este modo, Arlington se sentirá más... unido a ti, los hombres son así de tontos, muy territoriales. ¿Cómo ha ido?

—Mmm... Bien.

—No seas tan mojigata. El sexo es un arma, y mejor que muchas. —Rio, al verla enrojecer—. Sí, imagino que habrá ido bien. Arlington tiene fama de buen amante. Además, sé que te gusta y mucho. Intenta disfrutarlo. Intenta hacer que disfrute, gánatelo. Nos vendrá muy bien. Pero no cambies de actitud repentinamente, no vayas a ponerte ahora melosa o buscar complacerle de tal modo que despiertes sus recelos. Actúa como siempre. Desafíalo, lucha. —Hizo un gesto indeterminado—. No sé para qué digo nada. Bien sabes lo que tienes que hacer.

—Ya. Pero ¿qué debo decirle? —preguntó, tanto para cambiar de tema como porque era un asunto

importante—. ¿Admito lo de los mensajes bajo el óleo?

Regina reflexionó apenas un segundo. No había mucho a lo que darle vueltas.

—Sí, hazlo. Si lo ha encontrado, no queda más remedio. Tienes que darme toda la cobertura posible. Intenta no hablar mucho de ese tema o de otros relacionados con tu faceta de espía, pero si surge cualquier cosa al respecto, actúa como si fuese cosa tuya.

—Podría hablarle de mi madre... Eso me daría una justificación.

—No. No la menciones, Ana. No hables de ese asunto. Ahora mismo nos interesa que Arlington centre sus sospechas en ti y si sabe que estás siendo presionada, dejará de hacerlo, se relajará y mirará en otra dirección. Si te metes en ese camino, tendrás que hablar mucho, dar demasiada información y aceptar colaborar en una réplica. Créeme, aunque yo no diera parte, se enterarían. Las... —Se inclinó hacia ella y bajó la voz—. Las paredes oyen y tu madre... bueno, está en una situación mucho más difícil que tu padre.

—Está bien. —Agitó la cabeza, mirándola con censura—. Pero, Regina, ¿por qué asesinaste a los hermanos de Arlington?

Regina palideció.

—¿Eso te ha dicho?

—Creo que lo ha deducido del mensaje.

Regina se mordió el labio inferior, nerviosa.

—No, imposible. No puse nada tan directo. De eso, no puede estar seguro. Creo que va a ser mejor que lo niegues. Si queremos que lo seduzcas no parece buena idea que piense que eres la asesina de sus hermanos.

—Lo negaré, entonces. —Regina no dijo nada más. Ana decidió insistir—. Pero ¿lo hiciste tú? ¿Asesinaste a los hermanos de Arlington?

—Yo nunca he asesinado a nadie. —Ana sonrió con alivio. Abrió la boca para hablar, pero Regina se le adelantó—. No, no tenemos más tiempo, ahora debo irme. Ten mucho cuidado. Si te surge alguna duda, me avisas. Pero recuerda: tienes que conseguir que Arlington se enamore de ti. No te será difícil. Creo que ya lo está. —Se puso en pie y flexionó ligeramente las rodillas, asumiendo de nuevo su papel de criada—. Si la señorita no necesita nada más, me retiraré. Tengo que empezar a hacer el equipaje.

Las esclavas vieron cómo aquella anodina doncella saludaba otra vez y se retiraba en silencio.

Tras hablar con Regina en su celda y dejarla libre, Richard permaneció mucho tiempo en el despacho de Omar, solucionando diversos asuntos con su primo. Poco le importaba ninguno de ellos y los olvidaba en cuanto pasaban al siguiente. Lo cierto era que intentaba llenar su mente para no pensar en Ana. No tuvo mayor éxito.

Finalmente, tras tres largas horas, llegó la información del asalto a las fragatas españolas, realizado por la flota pirata de uno de los suegros de Omar. Tal como Richard había ordenado, se permitió que una de ellas escapase, lo suficientemente dañada como para que lo atribuyesen a la pura suerte. Se dejó también buen número de heridos a los que se informó, de forma directa o indirecta, con la noticia de que Cruz-Ortega había sido ejecutado sin más trámites, y así ocurriría con todo espía español que osara volver por *Kaifar*.

Mientras regresaba a su dormitorio, Richard trató de buscar sin demasiado éxito la mejor forma de plantear su decisión de viajar a Londres, pero se le acabó el trayecto sin haber llegado a ninguna solución práctica. Los guardias de la puerta le cedieron el paso. Dentro, las tres esclavas cuchicheaban sobre la alfombra, sentadas en círculo. Al otro lado del dormitorio, encogida en una esquina, Ana se abrazaba las rodillas con expresión ausente.

—No hemos podido enseñarle nada, amo —le dijo la pelirroja—. Estuvo sin parar de llorar hasta que vino a verla su doncella, luego se calmó, pero no nos deja acercarnos.

Richard asintió. Caminó hasta ella, apoyó una mano en la pared e inspiró profundamente.

—Ana... —empezó. En respuesta, se encogió más sobre sí misma, como si con ello le fuera posible desaparecer. Richard se inclinó, la cogió por un brazo y la puso en pie de cara a la pared. Quiso levantarle la enagua para comprobar los daños, pero Ana se revolvió y sujetó la prenda, tratando de impedirlo —No seas tonta. Quita las manos. —Ella dudó un momento, pero terminó cediendo. Richard levantó la prenda, descubriendo sus largas piernas y sus pequeñas y redondeadas nalgas. No quedaban marcas del látigo, el golpe había sido ligero porque se había contenido, pero supuso que todavía se sentiría molesta. La acarició con toda la palma—. ¿Quieres que...?

—No. —Ana se zafó y lo miró con odio—. No quiero nada de ti, excepto que desaparezcas.

Richard gruñó una maldición.

—Muy bien. —Caminó hacia la cama y se sentó—. Me has desobedecido, pero no te golpeé por eso. Lo que has hecho no solo era una estupidez, también era una temeridad. Podías haberte caído y haberte roto el cuello...

—No te esfuerces en justificarlo, Arlington. Si me arriesgo en algo o no, es cosa mía. No necesito que a estas alturas vengas tú a educarme a golpes. No tienes ningún derecho.

— ¿No? Creí que esa parte de los derechos ya la teníamos clara. —Ana afirmó la mandíbula con obstinación—. Da igual. Solo ten en cuenta que, si vuelves a intentar algo así, te azotaré de tal modo que pensarás que esto no ha sido nada. ¿Lo has entendido? —Ella permaneció en silencio, tensa. Con la larga melena revuelta, la enagua de encaje desgarrada, la camisa mal colocada mostrando uno de

sus hombros y buena parte de sus pechos y las manos apoyadas protectoramente en el trasero, tenía un aspecto realmente seductor. Richard carraspeó—. Me han dicho que ya ha venido Regina a verte. Supongo que te habrá contado que pienso llevaros a Londres. Prepara tu equipaje, y también el mío. Las otras esclavas te indicarán cómo hacerlo.

—¿Por qué vamos a Londres?

—Porque yo lo digo —replicó, como si encontrara absurda la pregunta. Ya tendría tiempo para interrogarla sobre el tal Lazarus cuando tuviera toda la información de Lisboa. Prefería disponer de la mayor cantidad de datos posible, antes de arrojarlos sobre ella.

Ana respiró agitadamente.

—¿Y mi padre?

—Se quedará aquí, por supuesto. Omar lo tratará bien, no te preocupes. Será su invitado. Y, escúchame bien, a todos los efectos, está muerto. Muerto, ¿lo entiendes? Que vive, solo lo sabremos tú y yo. Te recuerdo que el Servicio Secreto piensa que él es la *Sombra*. Si en Londres descubren que sigue vivo, tendremos problemas, todos.

Ana se mordió los labios con angustia.

—No quiero ir. Por favor, deja que me quede con él —suplicó, repentinamente. Se arrodilló frente a él, casi dejándose caer—. Por favor, por favor, Richard. Sabes que está muy mal. No le queda mucho tiempo. Es posible que no dure hasta fin de año y no quiero que muera solo, en un país extraño y rodeado de extraños.

Él parpadeó, al pensar que, precisamente, eso era lo que le había ocurrido a Charlie, pero contuvo su rabia y decidió no mencionarlo. Además, entendía los temores de Ana. Pero no podía permitirlo. Aún tenía que sacarle mucha información y ver el mejor modo de que le resultara útil. *No seas falso*, pensó. No era mentira, pero no era la única razón. A todo eso, debía añadir que, simplemente, no quería separarse de ella y menos ahora.

—No. No te he preguntado tu opinión. Vendrás conmigo. —Alzó un dedo en el aire—. Lo que nos lleva de nuevo a la cuestión de los derechos: eres mi esclava y harás lo que yo diga, aquí y en Londres. No lo olvides.

Los ojos de Ana se llenaron de lágrimas.

—Basta ya, Arlington. Basta —repitió, furiosa—. No lo soporto más, te lo advierto. Si insistes en seguir por esta línea, yo... yo...

—Tú, ¿qué? —preguntó él, viendo que no parecía animarse a terminar—. ¿De qué se trata esta vez? ¿Me matarás? ¿Me sacarás un ojo? ¿Me pondrás la zancadilla? ¿Chillarás hasta dejarme sordo?

Ana frunció los labios, indignada por la burla.

—Haré que te arrepientas —dijo en un tono grave y categórico que lo llenó de inquietud. No podía permitir que se diese cuenta. Bastante margen había obtenido la noche anterior, cuando le ganó en el desafío por el código. Richard la miró de arriba abajo.

Qué demonios, no pensaba esperar más. La deseaba ya, en ese mismo momento.

—No lo dudo. —Se puso en pie—. Colócate de rodillas sobre la cama, con las piernas separadas. Hazlo —insistió, inclinándose sobre su oreja, al ver que Ana calibraba la posibilidad de oponer resistencia.

Ella dudó todavía un momento, pero obedeció, echando un vistazo nervioso a las esclavas, que los miraban con curiosidad. Richard esperaba que le suplicara que las hiciera salir, pero se quedó con las ganas. *Orgullosa testaruda*, pensó, algo divertido, viendo cómo se colocaba en la posición indicada, con tanta dignidad como si fuera una reina sentándose en su trono. Richard se colocó entre sus piernas, le levantó la enagua, dejando al descubierto sus cuartos traseros, y empezó a desatarse la chilaba.

—Vosotras tres, fuera de aquí —les dijo a las esclavas. Ellas salieron, en un alboroto de susurros y risitas. Richard se desnudó, dejando caer la ropa al suelo—. Vas a venir a Londres conmigo. Te pondré una casa, en un buen barrio, pero me temo que tendrás que conformarte con Regina como única servidumbre, no quiero correr riesgos. Tendrás también un coche, aunque no podrás utilizarlo sin la compañía de los guardias que te designaré. No podrás salir sola. —Por su inmovilidad y su silencio, bien podía haber sido una estatua—. Como me ocuparé personalmente de tus gastos, de tu vestuario y de todo lo que implique mantenerte, no necesitarás ninguna asignación. A decir verdad, no quiero que tengas dinero. Pero te aseguro que no te faltará de nada. —Ya desnudo, la cogió por las caderas y la embistió, lentamente—. A efectos sociales, habrás aceptado *Carta Blanca*. Serás mi amante. Pero tú y yo sabemos muy bien cuál es la verdad.

—Soy tu prisionera —murmuró ella, con voz contenida. Richard disfrutó unos segundos de aquella funda tan exquisita, de su calor, su tacto maravilloso, moviéndole suavemente las caderas. Su aroma inundó completamente sus sentidos.

—Llámalo como quieras —jadeó, estremecido. Se inclinó sobre ella, pegando su pecho a la espalda de Ana, y le rodeó el cuerpo con los brazos. Sus senos habían escapado del escote de la camisa. Richard los cogió entre las manos, haciéndola sollozar de placer—. Al menos, en esto nos entendemos. ¿No es cierto? —No hubo respuesta, pero la forma en que Ana se había amoldado a su ritmo, sus jadeos, el movimiento sinuoso de sus cuerpos al compás, resultaban lo suficientemente elocuentes—. No contestes si no quieres. No me importa. Lo sé. Y tú también lo sabes. —Los pezones de Ana eran como pequeñas piedras preciosas entre sus dedos, duras y suaves. Richard le lamió la nuca y luego sopló, poniéndole carne de gallina. Aunque le hubiera gustado permanecer así por siempre, su cuerpo pugnaba ansioso por la liberación, así que aceleró la velocidad de sus arremetidas. Supo exactamente en qué momento se iniciaba para ella el camino sin retorno—. Grítalo. Vamos, Ana. Vamos. No te resistas. Déjate llevar.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí, Richard, sí! —Ana arqueó el cuerpo hacia atrás, se incorporó precariamente, apretándole las manos contra sus senos, forzándole a tomarlos por completo—. ¡Sigue, por favor!

¡Sigue, no pares!

—No pararé. —La sostuvo, mientras la recorrían los espasmos del orgasmo—. No pararé, nunca, amor mío —añadió, en un susurro apenas audible, antes de unirse a ella en la más desenfadada de las danzas.

7

—¡Ana, mira, mira! —Omar llegó corriendo desde popa y señaló a lo lejos, donde se recortaba la silueta de una costa en la línea del horizonte—. ¡Inglaterra! ¡El tío Richard dice que es Inglaterra!

—Qué bien. Entonces, no tardaremos en llegar —Se obligó a sonreír. Habitualmente, disfrutaba de la compañía de Omar, siempre se mostraba animoso y divertido, algo que se agradecía enormemente en la monotonía del barco. Pero ese día se sentía cansada y nerviosa; no había dormido bien, agobiada por una pesadilla aterradora. Se había visto en una fiesta, en algún lugar luminoso y elegante, y su padre se acercaba, lívido como un cadáver, y le decía que ya era demasiado tarde. Que por su culpa había muerto estando tan lejos, tan solo...

Miró hacia el castillete de popa. Allí se encontraba Arlington, apoyado en el timón, observándolos en silencio. Cuando sus ojos se cruzaron, Ana se sintió casi golpeada físicamente por su eterno enfado. Y qué guapo estaba, algún día tenía que pintar esa escena... Se maldijo por semejante pensamiento. Todavía se le hacía extraño dormir con él, comer con él, hacer el amor con él, y luego encontrarse clavada en su rostro esa mirada lejana y soberbia, de desconocido hostil.

Mientras lo observaba, Arlington empezó a bajar las escaleras y se dirigió hacia ellos.

—¿Has estado alguna vez en Inglaterra? —le preguntó Omar. Ana abrió la boca para decir que sí, porque de hecho había estado en cierta ocasión haciendo retratos de familia para distintos terratenientes, pero como Arlington se encontraba ya lo suficientemente cerca y quizá eso implicara una nueva tanda de interrogatorios, decidió omitirlo. Total, la información enviada a Beauchamp en aquella época sobre la sociedad local fue prácticamente nula. Menor todavía, que la de *Kaifar*.

—No. Es la primera vez que voy. Como tú.

—Tienen museos y un gran zoo. Va a ser estupendo.

—A ti, sin duda, te va a encantar. —Arlington revolvió el pelo de su sobrino—. Anda, ve a ver si queda alguna de esas galletas de chocolate en la cocina. Quiero hablar con la señorita Cruz-Ortega a solas.

—Bah. No sé por qué la llamas así, con tanto tratamiento refinado. ¡Si duerme en tu camarote y no dejas de mirarla! Deberías hacerla ya tu primera esposa.

—No te metas donde no te llaman —lo riñó Arlington—. Largo.

Omar se echó a reír.

—Lo hará —prometió a Ana, antes de irse.

Ana y Arlington le observaron alejarse. Más allá, Regina estaba remendando algunas ropas, sentada al sol. Ana y ella intercambiaron una mirada discreta.

—Niños —dijo Arlington—. Todavía creen en la magia. —Hizo una mueca—. Ni aunque pudiese tomar cuatro esposas, serías una de las elegidas.

Ana se encogió de hombros. Ese día se sentía demasiado cansada como para dejarse importunar.

—¿Qué quieres?

La expresión de Arlington fue de lo más elocuente.

—Lo de siempre, pero puedo esperar a la noche. —Ella asintió, pero cuando fue a apartarse, la retuvo por un brazo—. De momento... recordarte la situación. Llegaremos a Inglaterra en pocas horas. Ni se te ocurra organizar un escándalo en cuanto pisemos tierra, con la falsa idea de que los ingleses te ayudarán. Si me obligas, vamos a pasarlo muy mal, los dos.

—No lo haré. Tienes a mi padre.

Arlington asintió, aunque pareció algo molesto.

—Todo esto me gusta tan poco como a ti —admitió—. Pero ya sabes que podría cambiar de forma radical, si tú quisieras. Ayúdame. Confíésalo todo y ayúdame a devolverle a Castro el favor y te aseguro que todo será más llevadero.

—¿Nos dejarás libres?

Arlington bufó.

—No, mi amor. Nunca.

—Entonces, no sé qué podría tentarme a aceptar tu propuesta. Mi situación no puede ser peor.

—¿No? ¿Estás segura? —Los ojos de Arlington la recorrieron de pies a cabeza—. Espera y verás.

Capítulo 8

Londres, junio de 1875

1

El duque de Oxford regresó a Londres con una amante nueva.

En los círculos de la alta sociedad se comentaba que era una plebeya española, una mujer muy hermosa y bien educada, pero sin fortuna y sin linaje; la hija de un pintor de talento, ya fallecido, que había caído en desgracia cuando apenas empezaba a hacerse un nombre, por algún suceso que había conmocionado a los notables de su país. Nadie conocía las causas del supuesto escándalo, lo que añadía misterio y fascinación al asunto.

Al margen de eso, la española no era precisamente joven, otro punto jugoso sobre el que poder centrarse. Se decía que había superado ya de largo los veinte años, edad más que madura para una joven casadera. Por eso, los rumores se multiplicaron y la versión más popular era que se trataba de una solterona que no había conseguido cazar marido en su país. Eso, unido al problema en el que se había metido su padre, la había obligado a buscar formas “creativas” para poder vivir mejor de lo que le hubiese correspondido de una manera decente.

En resumidas cuentas, todo Londres opinaba que se trataba de una advenediza ambiciosa y con muy buena suerte, puesto que había conquistado al más deseado de todos los solteros, aunque fuera de esa manera fácil y sin auténtico valor que no daba pie a compromisos.

Se supo que Arlington la había acomodado en una casita de su propiedad, en un buen barrio, cerca de Trafalgar Square. Allí había vivido también Angeline, la que fuera penúltima amante del duque, justo antes de lady Margaret Campbell, aunque esta última no se solía mencionar en voz alta, por razones evidentes. *La casa de la española*, como no tardó en ser conocida, era un edificio de dos plantas, pequeño pero muy luminoso, con un jardín encantador en la parte trasera y un interior ricamente amueblado, renovado totalmente para su nueva ocupante.

Arlington no había reparado en gastos al respecto, lo que indicaba que estaba realmente encaprichado, si bien no podía negársele que siempre había sido muy generoso con todas sus amantes. La diferencia real estribaba en el hecho de que, hasta entonces, nunca se había ocupado personalmente de esas cuestiones, ni mucho menos había aparecido en público con ellas; al menos, no, acudiendo juntos a los actos. Ya fuese porque no eran jóvenes de su nivel social, como ocurrió con Angeline, o porque al serlo resultaba por completo impropio hacer tan pública una aventura, como en el de lady Margaret, Richard Arlington siempre había sido una pieza que se movía a solas por el tablero de la alta sociedad londinense. Sin embargo, ahora era raro verlo sin la española al lado.

Por eso se encontraban los dos allí, en la casa de la mejor modista de Londres. Arlington estaba sentado en un cómodo sillón, con las piernas cruzadas, fumando indolentemente un cigarrillo,

mientras encargaba para ella vestido tras vestido y la contemplaba con una mirada tórrida que la hacía pensar en las noches de *Kaifar*.

Tórrida y contrariada.

Subida en una de las banquetas de prueba, de pie en medio de la sala, y en ropa interior, Ana estaba siendo asediada por tres modistas armadas de alfileres hasta los dientes. Se veía reflejada en un gran espejo y suponía lo que él estaba pensando: esa hermosa joven, con un rostro suave y firme a la vez y un cuerpo esbelto, bien proporcionado, de largas y preciosas piernas, era suya, pero se le resistía. Ahora, porque se había impuesto, podía tocar su piel siempre que lo deseara, pero no lograba abrirse paso más allá, hacia los confines de su mente; en ese combate sin cuartel, ella luchaba por cada centímetro de terreno. Por eso tenía que castigarla así...

Y, a pesar de todo, estaba perdiendo.

¿Qué esperaba? Ana no se veía capaz de superar la situación, de asumirla, como le aconsejaba Regina. Estaba sufriendo lo indecible en aquel lugar lleno de víboras. Lo que sentía por Arlington se había cubierto de un manto de hielo desde lo sucedido en *Kaifar*. A ese respecto no sabía qué pensar, excepto que, de no ser por Regina, se sentiría enormemente sola en esa Inglaterra fría e hipócrita que procuraba...

Ana salió de esos pensamientos con un sobresalto, cuando se oyó de pronto el sonido de una puerta. Por un lateral entró una mujer muy elegante, seguida de dos modistas. Debía tratarse de una dama que había estado ocupando el salón vecino. Arlington se puso en pie de inmediato.

—¡Richard, querido! —exclamó la mujer. Sonrió con amplitud mientras se aseguraba de mantener los ojos muy lejos de Ana. No se sorprendió. A esas alturas, ya sabía cómo se comportaban las refinadas damas inglesas. Disfrutaban enormemente hablando de ella pero, cuando estaba presente, se esforzaban por simular que no existía—. Me pareció oír tu voz y no podía creerlo.

—Margaret. —Arlington aceptó la mano que ella le tendía, y se inclinó a besarla, muy gallardamente—. Estás tan hermosa como siempre.

—Eres un adulator —replicó, batiendo las pestañas. Ana bufó interiormente. No se consideraba guapa ni nada, aquella lady. Y sí que resultaba más que atractiva, con un cabello que parecía oro cincelado en bucles, o aquellos ojos increíbles, de un tono castaño tan transparente que se volvía dorado por momentos. Ana intentó memorizarlo, para el caso de que algún día pudiese volver a pintar—. Pero te lo agradezco, y más a medida que pasan los años.

—Vamos, Margaret. Los seres atemporales como tú no deberían pensar en esas cuestiones. Estás como el primer día que te conocí.

Vamos, que a los quince ya parecía superar los treinta, pensó Ana, enojada, pero consiguió guardar silencio. La mujer, que hizo otra lectura del comentario, se echó a reír, halagada.

—Me comentaron que habías regresado a Londres. Esperaba encontrarte cualquier día de estos,

pero, por lo que parece, nos hemos cruzado en distintas fiestas, sin vernos. Y he aquí, que te encuentro en mi modista. —Como él se limitó a emitir una risita cortés, continuó por su cuenta—. Me alegro mucho de verte, muchísimo, de veras.

Luego, añadió algo en un susurro. Para entonces, Ana ya sospechaba que entre aquellos dos había habido algo, en algún momento. Arlington sonrió, ante lo que fuera que le estaba contando, respondió usando el mismo tono, y comenzó una conversación íntima en el que todos los demás estaban excluidos. En un momento dado, él alzó una mano y le acarició la mejilla. Ana sintió que le hervía la sangre.

—¿Le parece bien así, Su Gracia? —preguntó entonces una de las modistas. Arlington miró hacia allí y la mujer no tuvo más remedio que imitarlo. Habían enfundado a Ana en un vestido de tarde azul intenso, de un tono muy semejante al de sus ojos. Metros y metros de seda se arremolinaban a su alrededor. Tenía un corpiño bordado en nido de abeja, con puntadas de hilo de plata. Las mangas, abollonadas, llegaban hasta los codos, donde se cerraban con dos lazadas plateadas, y mostraba un escote realmente amplio. En principio no le pareció mal, pero cuando se contempló en el espejo estuvo a punto de caer de espaldas. Jamás había tenido una prenda tan escandalosa: sus pechos parecían comprimidos, impulsados hacia arriba y hacia delante. Un poco más y se verían los pezones.

Miró a Arlington, enojada, y se encontró con sus ojos.

—Sin mangas. Y, el escote, más bajo —ordenó Arlington. Quería provocarla, herirla, pero ella consiguió controlarse. Las modistas dudaron, pero se apresuraron a complacer a su ilustre cliente.

—¿Estás seguro, Richard? —Oyó que preguntaba la mujer, insegura—. Es verdad que se llevan los escotes muy amplios, pero ese ya empieza a ser escandaloso. Si se lo bajan más, a esa pobre muchacha se le van a salir sus... exquisiteces, nada más respirar.

Arlington lanzó una carcajada, divertido.

—No lo creo, Margaret. Ana cuidará de que eso no ocurra. ¿Verdad, cariño? —le preguntó. Ana no se dignó a contestar—. Es demasiado orgullosa como para permitirlo.

Tampoco eso merecía réplica. La víbora dorada se sintió tan satisfecha por el tratamiento que le estaban dando, que incluso se permitió mirarla con benevolencia.

—¿No vas a presentarme a tu amiga, Richard?

Arlington dudó un momento. No parecía haber pensado hacerlo, ni estaba precisamente complacido por la sutil imposición, pero terminó encogiéndose de hombros.

—Si lo deseas... —Las fue señalando cortésmente, con la palma hacia arriba, adoptando un aire ceremonioso. Qué inglés parecía en esos momentos... Ana se dijo, como tantas veces, que resultaba inaudito ver un hombre que se moviera con tanta comodidad entre costumbres tan distintas—. Margaret, te presento a la señorita Ana Cruz-Ortega, hija de un pintor español. Ana, esta es lady

Margaret Campbell, hija del conde de Manchester.

—Es un placer, señorita Cruz-Ortega —dijo Margaret, pronunciando el nombre con dificultad británica y tendiéndole la mano. Ana la tomó. Notó sus dedos, fríos, a través del guante, y su mirada calculadora. Lo dicho, una víbora. Pero ella también sabía jugar a eso de las falsas amabilidades.

—Lo mismo digo, lady Margaret. Y le agradezco su intervención, respecto al escote. Aunque no haya servido de nada, tiene usted razón, y puede que ahora Su Gracia tenga más claro lo pésimo de su gusto.

—Su Gracia tiene muy claro todo lo referente a lo poco apropiado de sus gustos —replicó Arlington, lanzándole una mirada de advertencia—. Creo que todos haremos mejor no volviendo a mencionar el tema.

—No recuerdo haber oído el apellido de su padre, querida —dijo lady Margaret, frunciendo delicadamente el ceño—. Aunque también es cierto que no sé apenas nada de arte.

—No pintó mucho —respondió Arlington, por ella—. Nada interesante, además. Y ya falleció.

Las aletas de la nariz de Ana temblaron violentamente. No pudo evitarlo. Fue la única muestra de su absoluta indignación; eso y la oleada de tensión que barrió la sala. Quizá solo la sintió ella, porque nadie más se inmutó.

—Oh. Lo siento, querida —dijo lady Margaret, con un tono superficial que dejaba poca esperanza a cualquier posible sentimiento. Ana inclinó ligeramente la cabeza, lo justo para aceptar el pésame con educación, mientras se imaginaba a sí misma alzando una pistola y descerrajándole un tiro a quemarropa. Ignorante de esas ideas, Margaret sonrió lo justo para no provocar arrugas en su bonito rostro y empezó a retirarse—. Bien, debo irme, tengo un montón de cosas que hacer. Encantada de haberla conocido. ¿Nos veremos en la fiesta de lady Appleby, Richard?

—Probablemente. —Volvió a besarle la mano—. Pienso asistir.

—¡Estupendo, querido! Entonces, te reservaré un vals. —Sonrió y le acarició la mandíbula con un dedo enguantado, de tal forma que Ana supo que no estaba hablando de bailes—. Nadie lo baila como tú.

2

—¿Quién era esa mujer? —le preguntó Ana, sentada a su lado. Richard alzó la mano para saludar a un conocido que pasaba también en coche, en dirección contraria. El hombre correspondió al saludo, pero su esposa apartó el rostro. Ni siquiera se molestó en simular que no les había visto. Richard tomó nota, para comentárselo a sus abogados. Seguro que había más de un modo de conseguir que se mostrase menos arpía la siguiente vez que se cruzasen.

—Ya os presenté. ¿No me oíste? Se llama Margaret. Aunque tú deberías referirte a ella como lady

Margaret, en el caso de que tuvieras que hacerlo, claro. No se me ocurre razón alguna.

—¿No? Se te estaba comiendo con los ojos, mientras cuchicheabais en un rincón. —Como él no dijo nada, su disgusto aumentó. Tardó un par de minutos en formular directamente la pregunta—. ¿Ha sido tu amante?

—Eres muy perspicaz, tesoro.

—No me llames así. Sabes que odio que me llames así, o *cariño* o *querida* o *preciosa*. Resulta ridículo y falso.

—¿Falso? ¡No! ¿Por qué? —fingió estar genuinamente sorprendido—. Eres preciosa, eres mi querida, te tengo un cierto cariño y eres, sin duda, la más valiosa de mis pertenencias. No creo haber mentido en nada.

Ana bufó.

—Pues tú eres odioso. Y si vuelves a decirle a alguien que mi padre no pintó nada bueno, juro que te arañaré la cara de tal forma que no podrás volver a salir de tu casa en un año. Así, al menos, no vendrás a imponerme tu presencia.

—¿Por eso estás enfadada? Lo lamento, pero no puedo decir nada de la pintura de tu padre. Jamás he visto un cuadro que fuera suyo. Todos los habías pintado tú. —Su tono varió, ya no había ninguna broma, sino un enfado cortante, cuando añadió—: Y más te hubiera valido no haber aprendido a hacerlo nunca.

Ella frunció el ceño y clavó los ojos en el entramado escocés de su falda. Cuando, al cabo de unos momentos, volvió a mirarla, tenía un aire tan triste que Richard sintió una punzada de culpa, pero la anuló, la arrancó de raíz, como siempre. ¿Qué otra cosa podía hacer? Bajar la guardia no solo hubiese supuesto una locura, sino una traición que no era capaz de asumir. La única forma de seguir adelante, de justificar un poco aquel placer malsano que sentía cuando la tenía cerca, simplemente como en ese momento o desnuda entre sus brazos, era mostrarse arrogante y despótico, sin permitir que ninguno de los dos olvidasen que eran merecedores de un castigo.

Si al menos no se sintiese tan vulnerable. Si no se fundiese como cera ante sus caricias...

—¡Tío Richard! —La voz, más bien un grito, le arrancó de sus oscuras cavilaciones. Richard miró hacia su derecha y tiró bruscamente de las riendas. Omar agitaba alegremente una mano, intentando atraer su atención.

—Maldición —masculló. De haber estado más atento, habría divisado el coche de su abuela a la distancia suficiente como para evitarlo. Ya no tenía remedio. Omar estaba bajando precipitadamente la escalerilla, ignorando las protestas de lady Arlington, que estaba de pie junto a una de las ruedas delanteras del vehículo. Richard miró a Ana. Debía sospechar quién era la anciana, porque había palidecido—. Ciérrate la chaqueta y no hables. —Ella ocultó su escote todo lo posible—. No digas ni una palabra.

—¡Hola, señorita Ana! —Omar no tuvo mayor problema en trepar por el coche de su tío casi hasta quedar a su altura. Richard no conseguía acostumbrarse a verlo vestido según la moda occidental. Su piel morena y sus rasgos árabes llamaban la atención; armonizaban de forma asombrosa con el traje inglés y sus ojos verdes. Todo el conjunto le daba un aire exótico y elegante—. ¡Tío Richard, qué suerte! ¡Hemos estado en tu casa, pero no sabían cuándo volverías! ¡Abuela dice que si me quedo contigo, no es necesario que la acompañe! ¡Va a visitar a esa gorda otra vez! —Puso expresión de horror—. ¡Me moriré de aburrimiento!

—No puedes quedarte con él —dijo lady Arlington, llegando a su lado. Richard la miró. Vestía como siempre, de luto y con el pelo blanco cuidadosamente recogido en un moño que refulgía como la plata bajo el sol. Parecía algo pálida. Como estaba al tanto de lo precario de su salud, quiso preguntar cómo se sentía, pero no se atrevió. No era el momento indicado de iniciar una conversación. Ella lo miró brevemente, pero se cuidó mucho de mantener las pupilas lejos de Ana—. Y lady Hester no está gorda. No seas grosero.

—¡Pero, abuela! —Omar obvió el tema del grosor de lady Hester. Estaba demasiado indignado—. ¡Dijiste que podía!

—Está ocupado. Vamos.

Omar le miró con ojos suplicantes.

—¿Estás ocupado, tío Richard? ¿A que no? ¿Vais a algún sitio? Puedo ir con vosotros, no molestaré. ¿Verdad que no te importa que vaya, Ana? —Hasta él fue capaz de captar la tensión del silencio que siguió a sus palabras. Ana clavó la vista en las punteras de sus botines—. ¿Qué ocurre?

—Eres demasiado joven para entenderlo. —Lady Arlington habló con voz neutra—. Y baja ahora mismo de ahí. —Dudó un momento—. Richard, me gustaría que vinieras mañana a visitarme. Quiero comentar algo contigo.

—Claro, abuela. Estaré allí a la hora del té. —Ella asintió con un gesto apenas perceptible y se volvió hacia su carruaje. Richard suspiró y se dirigió a Omar—. Ve con tu abuela. Mañana nos vemos.

Pensó que Omar protestaría, o que se iría sin más, asumiendo con buen humor el aburrimiento que le esperaba, pero estaba mirando a Ana, y cuando sus ojos, tan semejantes a los suyos, se volvieron hacia él, estaban llenos de censura. Durante un momento, pareció ir a decir algo, pero no llegó a abrir la boca. Saltó ágilmente al suelo y se marchó.

Richard ordenó a los caballos que volvieran a moverse y pronto estuvieron lejos de allí, al menos físicamente. Ana seguía igual de pálida y le temblaba ligeramente la barbilla, prueba más que evidente de que estaba conteniendo las ganas de llorar. Sabía que se había hecho amiga de Omar, tanto en *Kaifar* como luego en el barco, durante el viaje a Inglaterra. Él hubiera preferido que no se estableciera ningún lazo entre ellos, pero Omar no destacaba, precisamente, por ser muy obediente. En el barco, el único modo de conseguirlo hubiese sido mantenerla todo el tiempo encerrada en el camarote, algo que, simplemente, no se había visto capaz de hacer; pero cuando la veía reír con

Omar, paseando por cubierta, ya imaginaba que todo aquello generaría problemas.

—Aunque no lo creas, lo siento —dijo. Ana no dio muestra de haberle oído—. ¿Me escuchas?

—Sí, te escucho. —Se cruzaron con otro coche en el que iban dos damas que les volvieron ostensiblemente la cara. Richard, que las conocía, estuvo a punto de parar y darles las direcciones en las que vivían las amantes de sus respectivos maridos, pero sabía que provocar semejante escándalo no serviría de nada. Posiblemente, quizá hasta tuvieran ya aquel dato, pero una cosa era mantener una amante y otra muy distinta alardear públicamente de ella—. Pero tienes razón. No te creo.

La miró irritado, pero se tragó la respuesta ácida. Con eso, estaban en paz.

No volvieron a hablar hasta llegar a la casa en la que la había instalado. Richard la ayudó a bajar del coche y entregó las riendas al encargado, Arthur. Subió la corta escalinata de la entrada tras ella y la siguió al interior. El guardia de día, Roberts, que había sido soldado a sus órdenes, le hizo un gesto casi marcial al pasar por su lado y Regina se apresuró a salir a su encuentro para tomar sus chaquetas y sombreros. Richard le estaba pidiendo que subiese el té al dormitorio de Ana, cuando sonó la campana de la puerta.

Era uno de los empleados de su casa, uno de sus lacayos. Al verlo, sonrió con cara de alivio y le tendió un sobre.

—El señor Hudson me dijo que probara suerte aquí, Su Gracia —dijo, con una inclinación de cabeza. El señor Hudson, el mayordomo de la mansión Arlington en Londres, era un hombre muy capaz. Llevaba con Richard casi diez años y sabía que, si llegaba carta de su *tía Deliah*, debían hacérsela llegar cuanto antes. Conociendo su rutina habitual en las últimas semanas, debía haber supuesto que estaría en casa de Ana hasta bien entrada la noche, como poco.

—Gracias. —Fue a coger el sobre, pero Regina se adelantó, mirando con censura al chico.

—Yo se lo daré. —Se volvió hacia él, con una ligera flexión de rodillas—. Si le parece, se lo subiré con el té, Su Gracia.

—No, no es necesario —replicó Arlington, que no tenía tiempo ni humor para disputas sobre funciones entre criados. Cogió la carta de la mano de Regina—. Me la quedo ya, no te preocupes.

El muchacho volvió a saludar y se alejó a buen paso. Richard giró el sobre entre los dedos, pensativo, casi sintiendo que el papel lo abrasaba. Calibró la posibilidad de guardarlo y leerlo más tarde, y pasar así unas horas agradables con Ana, como tenía previsto, pero sabía que ya no podía disfrutarlas. No, sabiendo que ahí podía haber información importante.

—¿Ocurre algo? —preguntó Ana, captando que pasaba algo. Richard negó con la cabeza.

—Sube, ahora voy —Como todavía estaba enfadada, se encogió de hombros y se marchó, seguida por la fiel Regina.

Richard se dirigió al pequeño despacho que solo usaba él, básicamente para guardar documentos

de la casa o fondos para gastos imprevistos, o para atender alguna cuestión puntual de los empleados, y abrió el sobre. Le temblaban tanto las manos que temió no ser capaz de leer su contenido.

No se equivocaba. Era una información muy concreta que había pedido a un detective privado al que solía recurrir esporádicamente para asuntos que requerían un “*trato especial*”. Harry Lanfort había trabajado con él en el Servicio Secreto y sabía que podía contar con su lealtad y su discreción. Hubiese podido acudir a Lester, pero no quería hablar con él de Ana. Tendría que darle demasiadas explicaciones.

Bastante había tenido que nadar ya entre dos aguas en ese asunto. Al poco de llegar a Londres había ido a visitarlo, con la esperanza de que pudiera aclarar algunas de sus dudas. ¿Quién era el misterioso Lazarus? ¿Qué relación tenía con Charlie? ¿Por qué no se le había informado de que había otro agente en aquel asunto? Pero Lester se había mostrado tan perplejo como él mismo ante esa información. Que supiera, Charlie había ido a Lisboa solo, así se le había enviado y no entendía que hubiese aceptado la compañía de nadie, estando en plena misión. Era algo por completo irregular, de lo que no había informado, siendo como era su deber. Por lo tanto, esa vía se había cortado demasiado pronto.

Leyó los breves párrafos que le mandaba Harry y estrujó la hoja de papel con rabia.

—¡No! —Casi se ahogó con la palabra. Apoyó el rostro en los puños crispados, en la carta destrozada...

Eugenio Cruz-Ortega, su hija y su doncella, habían estado alojados en la mansión de un rico terrateniente en las cercanías de Findon Downs, West Sussex, en septiembre de mil ochocientos setenta y tres.

Las fechas coincidían. Ana había tenido la oportunidad de matar a Andrew. Y, sin duda, la intención. De otra forma, no hubiera estado allí, precisamente allí. Esa clase de casualidades no se daban.

Oyó un sonido extraño y se tardó en darse cuenta de que era él, un gemido ronco y desgarrado. *Maldita, maldita, maldita, maldita...* ¿Por qué cada nuevo detalle era una prueba de la culpabilidad de Ana? La respuesta, no podía ser más clara: porque era culpable.

Llamaron a la puerta y se asomó Regina. Richard apenas tuvo tiempo a erguirse y girarse a medias hacia la chimenea.

—¿Le traigo el té aquí, Su Gracia? —preguntó, tras hacer una corta reverencia.

—No. —Carraspeó, intentando que la voz no sonase tan ronca—. Lo tomaré con la señorita, arriba. Iré dentro de un momento.

Regina asintió, volvió a realizar la reverencia e hizo amago de salir, pero en el último segundo volvió a mirarlo.

—¿Se encuentra bien, Su Gracia?

—Sí, no te preocupes. Vete, por favor, déjame solo.

Regina se fue y él se tomó dos copas de coñac seguidas, intentando reaccionar. Luego, espero más de diez minutos, hasta que consiguió calmarse lo suficiente como para estar seguro de que no estallaría en gritos en cuanto la viera. No debía perder los nervios. Aún no tenía toda la información... *Tonterías*. Siempre lo estaba demorando. No sabía qué hacer y no quería tener que tomar la decisión que sabía que hubiese debido llevar a cabo hacía mucho, eso era todo.

Salió del despacho y subió, aunque ya no estaba seguro de querer quedarse. Esa tarde no podría tocarla. Se sentía a punto de vomitar...

Se detuvo en el pasillo y miró a su alrededor, con el ceño fruncido. Había un olor extraño en el ambiente...

—¿Richard? —Oyó que le llamaba desde el dormitorio. Como no contestó, Ana abrió la puerta y lo descubrió en el pasillo—. ¿Qué haces ahí parado? ¿Ocurre algo? Ven, anda, se va a enfriar el té.

Él titubeó. ¿Estaba nerviosa? Intentaba disimularlo, pero lo parecía. Algo iba mal. Muy mal.

—¿A qué demonios huele?

Ana se encogió débilmente de hombros.

—No sé a qué te refieres. Yo no huelo nada. Vamos, ven. —Alzó una mano y le acarició la mejilla. Richard se quedó muy quieto. Ella se puso de puntillas y lo besó, de una forma seductora e incitante. Le mordisqueó los labios, juguetona—. Ven a la cama, Arlington. Sé cuánto lo deseas. Vi cómo me mirabas, en la modista. Llegué a pensar que querrías acostarte conmigo allí mismo.

Cierto, se le había pasado por la cabeza. En aquellos momentos estaba excitado al máximo. Y sabía que si se lo permitía, si entraba en el dormitorio y se dejaba llevar, Ana le haría olvidar lo de Andrew, lo de Charlie, y todo el maldito mundo. La odiaba por ello. Y se odiaba a sí mismo mucho más, por no salir de ese bucle.

Dio un paso, dejándose guiar hacia el dormitorio, pero el tufo seguía incomodándolo. ¿Cómo podía no oler nada? Eso resultaba por completo imposible. Tenía que captarlo. Aunque débil, se trataba de un rastro extremadamente irritante y muy potente. Y su origen estaba cerca, muy cerca... Se soltó de la mano de Ana y, en dos zancadas, estuvo junto a la puerta de la pequeña habitación que utilizaba la muchacha para desayunar y pasar la mayor parte del día cuando la dejaba sola. La abrió, pero no vio nada fuera de lo común.

Quedaban tres puertas más en el pasillo.

Se dirigió primero a la de un pequeño cuarto para ropa blanca, si es que se seguía utilizando para lo mismo. Él no había entrado nunca, desde los tiempos de Angeline. Igual era tontería comprobar allí...

—¡No! ¡Espera! —gritó Ana a su espalda. Aquello fue suficiente para decidirlo a abrir y mirar lo que había al otro lado.

Las baldas que en el pasado estaban llenas de sábanas y toallas se encontraban ahora vacías. El cuarto, bastante luminoso, carecía de muebles a excepción de una silla, una mesa cubierta de útiles de pintura, y un caballete, situados al fondo, en el extremo contrario a la puerta, entre los dos ventanales. Richard lo contempló todo, incapaz de creerlo. El olor era la mezcla del óleo y del disolvente, un combinado intenso pese a que habían dejado las ventanas abiertas para airear al máximo la habitación. En el caballete podía verse un lienzo de bastante buen tamaño, tapado por una tela. Sintiendo el cuerpo tan rígido que temió quebrarse si hacía un movimiento brusco, Richard avanzó hacia él y lo descubrió de un manotazo.

Asombrado, se vio a sí mismo, en lo alto del castillete de un barco que no le costó identificar como el FURIA DEL PROFETA. Aunque no estaba muy avanzado, ya se veía que era un excelente trabajo, un retrato que hubiera exhibido con orgullo en el salón de su casa. Giró el rostro hacia Ana, pidiéndole una explicación con los ojos. Ella estaba en el umbral y tuvo la audacia de fruncir el ceño.

—Era... Se trataba de una sorpresa. Lo has arruinado todo. —No era aquello lo que quería escuchar, no era la respuesta a lo que le estaba preguntando, y probablemente ella lo sabía y se atrevía a burlarse de él. Richard buscó entre el material de pintura y cogió la botella de disolvente. Ana lanzó un grito al darse cuenta de sus intenciones y corrió hacia él, tratando de sujetarle el brazo —. ¡No! ¡Richard! ¡Espera! ¡Te juro que no hay nada!

—¡Aparta! —gritó, furioso, empujándola bruscamente a un lado. Arrojó prácticamente todo el contenido de la botella sobre el cuadro, jurándose por su alma inmortal que si encontraba un mensaje debajo, la estrangularía en ese preciso momento y acabaría con aquella historia de horror en la que estaba atrapado. El óleo pareció derretirse en gruesas lágrimas aceitosas, convirtiendo la hermosa imagen en una amalgama inconexa de colores. Richard cogió un trapo y lo pasó una y otra vez por la superficie del lienzo, combando la tela con su furia, tratando de eliminar toda la pintura. No lo consiguió, pero al menos sí pudo estar seguro de que no había nada escrito debajo. Tiró el trapo al suelo y se volvió hacia la muchacha. Ana lloraba, mirando incrédula la destrucción de su obra. Parecía una madre que se hubiera visto obligada a contemplar la ejecución de su hijo.

—¿Por qué? —susurró.

—Te lo tengo dicho. —Su empeño en parecer inocente lo sacó de sus casillas—. ¡Te lo dije! ¡Nada de pintar! —Cogió el caballete, lienzo incluido, y lo arrojó por la ventana. Se estrelló en el jardín con un sonido de madera quebrada. La caja de pintura, tarros de pinceles, frascos y el resto de las cosas siguieron el mismo camino. Luego daría órdenes de quemarlo todo—. ¿Cómo los conseguiste? —Ella no contestó y de sobra sabía que no lograría arrancárselo ni bajo tortura. Seguramente había sido Regina. Se habían aliado en aquella aventura, procurando que él no se enterase. Ya hablaría con ella—. ¡Nada de pintar, demonios, ni de dibujar! ¡Lo tienes prohibido! ¡Lo sabes perfectamente!

—Pero esto no tenía nada que ver con... nada de *eso*. ¡Era un regalo para ti! Ibas a tenerlo tú, aquí

o en tu casa. ¿Qué mal puede haber en eso?

—¡Que no quiero que pintes!

Ella palideció.

—Ni siquiera tú puedes ser tan cruel. Soy pintora, soy una artista, Richard. Negarme el poder pintar es como cortarme las manos. ¡Como quitarme la vida!

—Pues tienes un enorme problema, cielo. Claro que tú misma puedes solucionarlo y de inmediato. —Ana apretó los labios. Fue a dar media vuelta con la clara intención de irse, pero Richard llegó a tiempo de sujetarla de un brazo y obligarla a volverse de nuevo en su dirección—. ¡Estoy harto de todo esto! ¡Quiero una confesión completa, Ana! ¡Tu rendición incondicional y tu colaboración para tenderle una trampa a Castro!

Ana negó incluso con la cabeza.

—No puedo. Lo siento. ¡Richard, entiéndelo! Si lo hago, si te ayudo a engañar a Castro, hay gente en España que podría correr serio peligro.

—¿Qué gente? —Ella titubeó. ¿Algún amigo o amiga de su grupo? Como para importarle a él la suerte que corriera ninguno—. Muy bien. Ambos sabemos que hay muchas cosas que quiero que me confieses. Podemos empezar por otra.

Ana entornó los ojos.

—Estás pensando en tus hermanos. Por más veces que te lo pueda repetir, no vas a creerme. ¡Pero yo no los maté!

—¿No? ¿Dónde estabas, en septiembre del setenta y tres? Yo te lo diré —añadió, cuando ella se lo quedó mirando con una expresión extraña: o no quería decirlo o no lo recordaba. Era difícil leer su rostro—. Estabas en Inglaterra, en Findon Downs. Donde murió Andrew. En Inglaterra, donde dijiste que no habías estado nunca, maldita mentirosa. Y estabas en Lisboa, cuando murió Charlie. De verdad, Ana, ¿qué conclusión quieres que saque? —Ana abrió mucho los ojos y agitó la cabeza—. Habla, por todos los demonios, mujer. ¿Por qué te empeñas en mantener esta situación? Necesito, por pura paz espiritual, saber qué pasó con mis hermanos, qué ha ocurrido. Quién fue el culpable. Dame lo que quiero y...

—¿Me matarás? —preguntó ella con amargura—. ¿Me dejarás libre?

—¡Jamás te dejaré libre, te lo he dicho mil veces! ¡Jamás! ¡Por lo que has hecho y porque no me da la gana! —Casi se atragantó por la pura rabia. Cuando pudo seguir, habló con más calma—. Pero si confiesas, si admites tu crimen, te mandaré a *Kaifar* y podrás estar con tu padre en sus últimos días.

Las pupilas de Ana brillaron con un destello de esperanza.

—¿De verdad? ¿Lo harías? —Richard no contestó. Ya estaba lamentando haber hablado más de la cuenta. Él no podía permitirse estar tanto tiempo lejos de Londres y pensar en separarse de ella le dolía hasta físicamente. Por suerte, Ana no aceptó la oferta de inmediato—. Yo... necesito pensarlo. Dame algo de tiempo, Richard, unos días. Es una decisión demasiado importante.

Richard la miró con amargura. Si fuese inocente, ¿estaría pidiendo esa demora? No: insistiría en negarlo. Pero Ana ocultaba algo, ahora lo veía claramente en sus ojos. A esas alturas la conocía lo suficiente como para saber que tenía una idea en mente y estaba desarrollando un plan. Richard sintió el fragor de la sangre corriendo por sus venas, la tensión amenazó de nuevo con desbordarlo... Tenía que salir de allí, y de la casa, cuanto antes.

—Por supuesto. Tómame el que necesites. —Maldijo, limpiándose las manos en la camisa y fue hacia la puerta, pero se detuvo en el umbral para echarle un último vistazo y darle el golpe de gracia—. Pero, mientras no lo hagas, no cometas más tonterías. Yo ni quiero ni necesito regalos, y menos de ti. Ya sabes cómo están las cosas y cuáles son las reglas: nada de pintar y nada de pensar por ti misma. Vendré a buscarte a las nueve. A las nueve en punto, esclava —insistió, remarcando cada sílaba—. Todavía hay gente en Londres que no ha visto personalmente a la ramera del duque de Oxford.

Salió de allí, recogió sus cosas, ordenó quemar todo lo que había arrojado al jardín y abandonó la casa.

3

—¿Quería algo, señorita?

Regina entró en la salita y se quedó junto al sillón en el que estaba sentada Ana. Fuera se oía el crepitar de las llamas de una hoguera. Llegaba el olor a pintura y madera ardiendo.

—Sí, Regina. Cierra y siéntate, por favor. —Regina la miró con reserva. Cerró la puerta, se sentó lentamente en el sofá, frente a ella, con las manos cruzadas en el regazo, y esperó.

Ana volvió a dudar sobre cómo plantear el asunto. Ojalá no tuviera que hacerlo. Al menos, partía de una buena posición, porque su relación con Regina era mejor que nunca. Siempre se habían llevado bien, pero el compartir el secreto de quién era quién las había acercado mucho, aunque no se notase de cara a los demás. Por lo general, siempre mantenían el tratamiento, incluso cuando se encontraban a solas. A ella no le hubiese importado omitirlo, al menos en esas ocasiones, pero Regina decía que era conveniente, que durante una misión no había que dejar nunca el papel, en ningún momento y por ninguna causa. Cuando se hacía, tarde o temprano se cometían errores.

Pero, en esa ocasión, iba a tener que hacerlo.

—Usted dirá —dijo entonces Regina.

Ana carraspeó. No se le iba a ocurrir ningún modo milagroso de abordar el asunto. No tenía

sentido demorarlo más.

—Vale. Estabas en lo cierto. Lo del cuadro no le ha gustado nada. Ha sido un completo error.

—Pues sí. Va a resultar que lo conozco mejor que usted. —Regina casi se echó a reír—. Vamos, señorita Ana, a quién se le ocurre. Sabe que lo del mensaje bajo el óleo lo tiene... quemado —escogió, haciendo un gesto hacia el exterior, al ruido de la madera ardiendo—. Aún es pronto. Debió darle más margen.

—Sí, lo siento. Me ha podido la impaciencia. Me muero, sin pintar... Pero no es eso de lo que quería hablarte. —Se inclinó hacia ella, intentando transmitirle toda su urgencia—. Tienes que marcharte de Inglaterra cuanto antes. Diremos que has recibido una carta de un familiar enfermo, o algo así y...

—¿Pero qué dice? —Regina la miró como si se hubiese vuelto loca—. ¿Marcharme? Debe estar de broma.

Ana tomó aire. Habló con voz grave.

—Aquel día, en Findon Downs, fuiste tú la que manchaste mi traje de caza. Lo usaste, ¿verdad? Aprovechaste que yo tenía mucho trabajo y apenas salía, y lo cogiste para llevar a cabo tu plan. —Regina empezó a abrir la boca, pero se adelantó, con una declaración que no admitía dudas—: Mataste a Andrew Arlington.

—Eso no...

—Y aquella noche, en Lisboa, cuando saliste sin que te viéramos y regresaste tan tarde, cuando me dijiste que un huésped del hotel se había puesto enfermo y te habían pedido ayuda... ¿mataste al pobre Charles? —Esperó un momento. Al no obtener respuesta frunció el ceño, acusadoramente—. Regina, me mentiste. Me dijiste que no habías asesinado a los hermanos de Arlington.

Regina torció los labios en una mueca de enfado.

—Y no lo hice. Jamás he asesinado a nadie. Esos hombres fueron ejecutados.

—¡Oh, por favor! ¡No juegues con el significado de los términos!

—¡No lo hago! ¡Me limito a explicar la situación, y no soy una vulgar asesina a sueldo!

—¡Da igual cómo lo llames! ¿Es que no lo entiendes? ¿Cómo pudiste? Charles... Por Dios, Regina. Charlie era un encanto, no podía caerle mal a nadie.

—¿Pero qué dices? ¡Esto no va de caer bien o mal! ¡No estamos hablando de rencillas personales! —Se miraron, enojadas la una con la otra—. En todo caso, quiero dejar claro que yo no maté a Charlie. De hecho, intenté salvarlo, porque era un crío. Por eso salí aquella noche: para ayudarlo a seguir con vida en una situación que él mismo había vuelto prácticamente imposible. No lo logré, porque era joven e inexperto pero también era demasiado listo para su propio bien y descubrió

demasiadas cosas sin tener capacidad de defensa suficiente. Tú sabes quién lo hizo. —Beauchamp, claro. Maldito fuera—. Pero es igual, no se trata de algo que quiera discutir contigo, Ana. Ni contigo ni con nadie. Y no puedo irme. No sé ni cómo se te ocurre plantearlo.

—Porque Arlington sabe que estuve en Findon Downs hará un par de años y, fijate, yo no tenía ni idea, pero es allí donde murió su hermano mayor, precisamente por esas fechas. Es la prueba que necesitaba. Ahora sí que piensa que estoy relacionada con esa muerte y, por tanto, con las otras.

Regina parpadeó.

—¿Cuándo se ha enterado? ¿Ha sido ese mensaje que no he podido interceptar?

—Sí.

—Maldita sea... —Regina se puso en pie y paseó de un lado a otro—. No puedo volver a España, Ana, ni mucho menos dejarte sola. Esta misión es importante y también peligrosa.

Ana asintió.

—¿Qué misión?

—Sabes que no estoy autorizada para comentarla, ni siquiera contigo.

—Regina, esto se está alargando mucho y, en cuanto deje de estar ofuscado por la rabia, Arlington comprenderá que hay otra persona siempre presente en todos los lugares importantes: tú. —Regina se detuvo, casi como si la hubiese clavado en el suelo—. A mí no me ha hecho nada... grave, aunque no sabemos qué haría de tener la certeza, pero a ti te matará. —Por primera vez percibió un ligero temblor en las pupilas de Regina—. Regina, tienes que irte cuanto antes, tienes que regresar a España. No tardará en atar cabos y ni siquiera yo podré protegerte.

Regina hizo una mueca y asintió.

—Sé que se me está acabando la suerte, pero necesito más tiempo, así que vas a tener que colaborar. Tienes razón en dos cosas: Arlington no tardará en atar cabos y, para él, tú eres especial. A estas alturas, seguro que tanto tú como yo tenemos claro que te quiere, está loco por ti. De modo que tendremos que confundir sus pistas del modo que nos resulte más conveniente.

—¿Qué quieres decir?

—Que tendrás que asumir definitivamente la autoría de esas muertes, sin distinción, que no es cosa de ponerse a entrar en explicaciones. —Ana casi brincó en su sillón—. Y, visto lo visto, será mejor que lo confieses cuanto antes, para que deje de investigar el maldito asunto. Me está poniendo nerviosa.

—Pero, ¿qué dices? ¡No puedo hacerlo! Ahora solo lo sospecha y ya ves, vive en un estado de rabia constante. Si admito algo así... ¡Me odiará!

—De verdad que lo siento. No soy una mujer insensible, Ana, pero en esto no puedo actuar de otro modo. Además, te recuerdo que tú también estás en una misión. Puedes no ser más que una... aficionada, pero trabajas para el marqués de Castro, para el gobierno español. Te debes a tu país. No tienes ningún derecho a enamorarte. En tu situación no puedes permitirte semejante sentimiento, solo te traerá desgracias, así que te recomiendo que lo vayas olvidando.

—No puedes hablar en serio. El amor no es algo que se usa o se deja guardado, según apetezca, como un sombrero. Es algo intenso, que te arrebató el aliento y la cordura. ¿Acaso nunca has amado a alguien?

Los ojos de Regina brillaron con un rastro de lágrimas. Fue lo único que delató algún sentimiento inmenso, firmemente contenido.

—Eso, no importa. No viene al caso. Tenemos que hacer lo que sea más conveniente para la misión.

—¡Regina!

—Te ocuparás de mantener el engaño, asumiendo esa culpa —insistió—. Lo harás, o tendré que dar parte para que me retiren de aquí. Sabrán lo que ha ocurrido, sabrán que te niegas a darme esa cobertura, y será tu madre la que pague por tu insubordinación. —Ana palideció—. Lo siento, de verdad, te juro que lo siento. Lamento utilizar ese chantaje pero no me dejas otra opción. No puedo arriesgarme a que Arlington me descubra y no quiero irme, todavía no. Aún tenemos trabajo aquí.

—¿Qué trabajo? ¿Te han dado más indicaciones?

Regina titubeó.

—No. —*Está mintiendo*, pensó Ana, sorprendida por haber sido capaz de darse cuenta. Quizá no lo sabía todo, pero sí algo y no quería contárselo. ¿Por qué?—. Sí que se pusieron en contacto conmigo al poco de establecernos aquí, pero solo se me dijo que debíamos continuar con la misión de vigilancia y que esperásemos órdenes, nada más.

—Pero algo puedes suponer. ¿De qué misión puede tratarse? ¿Hay alguna urgencia política, militar, o no sé, económica, entre Inglaterra y España...? ¿Qué necesidad hay de vigilar a Arlington? O qué sentido tiene matar a sus hermanos... —Regina se limitó a oprimir los labios. Ana se sobresaltó al recordar algo—. ¡Oh, Dios mío, Regina! ¡Noor! ¿Cómo pudiste participar en el atentado contra Noor?

—¡No! —protestó Regina—. ¡Yo no tuve nada que ver! Eso fue cosa de Beauchamp.

—Pero le ayudaste...

—Las órdenes no se discuten, Ana.

—No me vengas con esas. Si algún día me ordenan matar a alguien como Noor, una mujer incapaz de defenderse, y embarazada, sabré qué bando no merece mi lealtad.

Regina se ruborizó.

—Es cierto. Tienes razón, no puedo negarlo. Ese hombre ha llevado las cosas a unos extremos inadmisibles. Me pidió un plano de esa zona y se lo di, pero te aseguro que yo no sabía que iban a atacar a Noor, de ser así hubiese intentado impedirlo. De lo único que soy responsable, de cuanto ocurrió en *Kaifar*, es de haberme defendido de uno de los hombres de confianza del *Bey*, que me descubrió estableciendo contacto. También entré en su despacho, en el del *Bey*, me refiero...

—¿Cuando dieron la alarma? —Asintió. Así que era ella, Regina, aquel desconocido de negro con el que coincidió durante el registro. Sí, ahora que pensaba en ello, tenía una complexión parecida. En aquel momento ni se le pasó por la cabeza semejante posibilidad.

—Sí. Aunque no entiendo cómo pudo saber que había registrado el despacho, maldito sea. Sé que no dejé ningún rastro.

Ana decidió no entrar en ese tema. Carraspeó.

—¿Y qué...?

—No voy a decir nada más. Sigamos como siempre y cumple tu parte. No te pasará nada, ni a ti ni a tu familia, te doy mi palabra.

Ana se dio por vencida. Tendría que hacerlo, no quedaba otra. Sintió que se le encogía el estómago de puro miedo. Pero, Arlington no era el único en el mundo por el que daría la vida. Su mente voló de nuevo hacia España.

—¿Sabes algo de mi madre?

—No. —Regina se ablandó un poco al verla tan desolada—. No te preocupes. El marqués de Castro es un hombre severo pero justo, siempre cumple sus promesas. Si tú le sirves lealmente, no le pasará nada.

—Ojalá estuviese tan segura. Pero...

—En todo caso... —Miró hacia la puerta, con expresión recelosa, se arrodilló junto a Ana, y susurró en su oído—: estoy haciendo algunas gestiones, con mis contactos en España, a ver si consigo localizar a tu madre, Ana. En cuanto me entere de dónde está te lo diré, y quizá podamos hacer algo al respecto. No me negaría a intentar una escapada, juntas, para sacarla de allí. Pero será nuestro secreto, porque... —Ana no pudo contenerse, la abrazó con tanta fuerza que casi le cortó la respiración. Regina rio—. ¡Que me ahogas!

—Lo siento. —La miró a los ojos—. Ya estoy en deuda contigo, pero si encima consigues eso...

—No. No digas nada más. —Regina le tapó la boca con los dedos—. Y no cuentes con una solución mágica, no sé lo que podré conseguir, pero tampoco te preocupes. Piensa que, en todo caso, servir a Castro, tenerlo contento, es la mejor alternativa. —Esperó hasta estar convencida de que Ana había asimilado esas palabras, se levantó y realizó una reverencia. De nuevo se había puesto la

máscara de inofensiva muchacha de pueblo—. Si la señorita no necesita nada más, me retiraré. Tengo mucho que hacer en la cocina.

—No —consiguió murmurar. La conversación había terminado—. No, nada más. Gracias, Regina.

La doncella saludó y se retiró en silencio.

4

En el baile de lady Appleby, Arlington se comportó como siempre. Bailó las tres primeras piezas con Ana, marcando territorio, y luego la dejó en un rincón apartado con una copa de ponche. A partir de ese momento, empezó a moverse sin prisas entre el gentío, procediendo a intercambiar los saludos de rigor con algunos conocidos y a sacar a bailar a alguna de las damas presentes.

Ana entornó los ojos al verle con la rubia Arabelle, hija del conde de Bristol, debutante en esa temporada. Arlington y ella hacían una atractiva pareja; ambos poseían belleza y gracia, y giraban con pericia sobre el brillante suelo ajedrezado. Él se mostraba muy divertido con lo que fuera que la muchacha le estaba diciendo...

Majadero, pensó Ana, irritada, deseando abofetearlo con todas sus fuerzas. Aún se sentía inmensamente dolida por la forma en la que había destruido el cuadro, y por cómo la había tratado. Había esperado que el retrato le gustara y, con ello, que se ablandase un poco. Qué absurda. Que tuviera o no una razón, y tan terrible, no mitigaba su indignación. Lo que le había dicho era cierto: quitarle la posibilidad de pintar era como quitarle la vida. Él lo sabía, por eso presionaba.

Y en el futuro sería peor, infinitamente peor. ¿Qué momento era el apropiado para decirle a alguien “*Está bien, sí, lo admito: yo maté a tus hermanos*”? Solo imaginar la expresión de Arlington, se ponía enferma. No estaba segura de poder hacerlo. Pero no le quedaba más remedio...

Ana sintió que se sofocaba. Se preguntó si Arlington le permitiría volver a casa. Podía aducir algo, dolor de cabeza, una gripe quizá. El tema de la menstruación estaba descartado, él sabía perfectamente que la había tenido un par de semanas antes. Quizá si no se hubiese mostrado tan aliviado por ello, tan contento de no haberla dejado embarazada tampoco ese mes, Ana hubiera podido sentirse al menos un poco mejor. Se frotó el ceño, tratando de controlar las lágrimas. En los últimos tiempos, surgían con demasiada liberalidad. Ella, que jamás lloraba, que se jactaba de ser una mujer fuerte e independiente, se había convertido en un flan tembloroso. No podía soportarse a sí misma.

Dejó la copa sobre la bandeja de uno de los criados que pasaba, que tuvo la osadía de mirar con descaro su generoso escote. Aquel empeño de Arlington de vestirla justo al límite entre cómo lo haría una dama y cómo una fulana, resultaba insufrible...

—¿Se aburre, señorita Cruz-Ortega?

La voz la sobresaltó. Ana giró la cabeza y su corazón estuvo a punto de detenerse. Beauchamp, con

el aspecto que había adoptado para convertirse en Lazarus Newbody, estaba a pocos pasos, contemplándola con una sonrisa cínica. Llevaba una barba cuidada, y patillas, y no le sentaba mal, ambos detalles armonizaban con su aspecto patricio. Sus pálidos ojos grises tenían una aureola rojiza, como si no hubiera podido dormir en semanas.

—En absoluto —replicó fríamente, volviéndose de nuevo hacia los bailarines. No tenía sentido ni siquiera ser cortés con más preliminares, así que fue a lo importante—. ¿Se puede saber por qué me envió a *Kaifar*?

—¿Por qué? —Beauchamp bufó—. Pero, vamos, querida, ¿no le enseñé a no cuestionar órdenes? Quizá se me pasó esa lección en concreto.

—No cuestioné la orden. Fui. Y ya ve los resultados.

—Sí, ya los veo. —Había un ligero tono de satisfacción en sus palabras. Ana le lanzó una mirada aviesa.

—Le recuerdo que mi padre ha muerto. —Mentiras, siempre mentiras. Y siempre terribles—. Si se le ocurre decir que la operación ha sido un éxito, creo que lo abofetearé.

—No lo diré, entonces. —Contempló el contenido de su copa de champaña—. Pero, mi querida niña, ¿cómo calificarlo de otro modo? Por supuesto, usted no puede comprenderlo, al menos todavía. —Chasqueó los dientes—. ¿Cómo van las cosas con Arlington?

—¿Con Arlington? Me parece a mí que está claro. —No pudo evitar transmitir toda su amargura en esa frase. La sonrisa de Beauchamp se extendió hasta casi alcanzar sus orejas.

—Sí, lo está. Mis felicitaciones. Ha llegado usted muy lejos, Ana. No pierda terreno. Sea complaciente con él.

—¿Pero qué tiene que ver Arlington con... con... *todo esto*? —terminó, incapaz de definirlo de otro modo—. Sé que ha trabajado para el Servicio Secreto de su país, pero su único interés era vengar la muerte de sus hermanos y ese tema ya lo ha resuelto, o al menos eso piensa. —Cerró un instante los ojos, superada por el horror que le causaba todo aquello—. Estoy al tanto de ese asunto.

Beauchamp tardó unos segundos en contestar.

—Lo sé. Por eso he venido a hablar con usted. —Agitó la cabeza—. Era de esperar que terminara dándose cuenta. Espero no haber herido sus sentimientos.

—En absoluto.

—Me alegro. Quiero que tenga siempre muy presente que Regina está al mando. Si hay que tomar una decisión, siga sus instrucciones. Para empezar, estoy de acuerdo con ella en que debe usted asumir la culpa de esas muertes de forma inmediata. A ser posible que no pase de esta noche. Tenemos que proteger la posición de Regina.

Esta noche... Ana retorció el abanico entre las manos, aterrada por la idea. Quizá, si entendiera cuál era el sentido, si compartiera la finalidad de la misión, sería todo más fácil. Ana amaba profundamente tu tierra y estaba dispuesta a sacrificarse por ella.

—¿Qué está ocurriendo, cuál es nuestra meta? Regina dijo que no estaba autorizada para hablar de ello, pero quizá usted...

—Quizá yo sea lo bastante amable como para despejar sus dudas, ¿no? Bien, no hay problema, lo entiendo. —Beauchamp miró hacia el punto donde Arlington bailaba con una dama pelirroja que Ana no conocía—. En esto, creo que es mejor que esté avisada. Arlington, ciertamente, se retiró hace unos años y ahora simplemente ha llevado a cabo una misión por el asunto de sus hermanos, pero no es un civil inofensivo. No se equivoque.

—¿Qué quiere decir? —preguntó, aunque, de alguna forma, lo intuía. Arlington estaba demasiado endurecido. Tenía la mirada de los hombres que estaban dispuestos a hacer cosas no del todo aceptables, con tal de conseguir el fin que deseaban. No podía engañarse.

—Exactamente lo que está pensando. Contraespionaje. Su nombre en clave era *Cazador*.

¡El *Cazador*! Ana le buscó con la vista hasta encontrarlo, ya no bailaba, estaba hablando otra vez con Arabelle. Así que era él. Recordó una conversación entre Castro y Beauchamp, en la que quedó de manifiesto en profundo rencor que ambos hombres sentían por él. El *Cazador* era una leyenda del contraespionaje inglés, del mismo modo que la *Sombra* era uno de los espías españoles más relevantes. Se preguntó si su situación sería una de esas ironías de las que había que saber disfrutar, según Regina. Supuso que sí.

—Todo esto es por su causa, ¿verdad? Es una venganza centrada en Arlington. Me están utilizando... —Recordó la noche que conoció a Arlington. Beauchamp fue testigo de lo ocurrido—. Me ha usado de cebo. ¡La misión es Arlington!

Beauchamp entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos finas rendijas.

—Baje la voz. Y disimule. —Ana trató de calmarse, mordiéndose los labios mientras se daba aire con el abanico—. No es necesario que sepa más. Su misión, de momento, es estar lo suficientemente cerca, informarnos de cualquier eventualidad que surja y cumplir las órdenes que le demos. —Debió captar el ligero temblor que sacudió sus hombros, porque sonrió—. Entiendo que es usted primeriza en estas lides y que para una joven de su educación resultaría imposible no empezar justificando ciertos... actos con el ensueño del amor, pero espero que no cometa la estupidez de encapricharse demasiado, Ana. Sería un error. Arlington sigue vivo porque eso responde a nuestros intereses, pero el desenlace de toda esta historia, lo sabe tan bien como yo, pasa por su eliminación.

Eliminación... Ana sintió que la sangre se le helaba en las venas. Tartamudeó:

—Pero él... se había retirado.

—¿Retirado? —Rio, despectivo—. Sí, desde luego. Al menos lo intentó. Pero, una vez se

empieza, una partida de ajedrez de este tipo, solo se termina con jaque mate. Quien se crea poderosos enemigos, no puede retirarse nunca. Aprenda la lección, resulta muy útil.

Aquello iba de mal en peor. ¿Matar a Arlington? Imposible, no podría hacerlo. Pero tampoco podía dejar de cumplir órdenes. Buscó desesperada alguna alternativa.

—Preferiría... preferiría que se me encomendara otra misión —atinó a decir—. Una cosa es enviar información y otra colaborar en un asesinato. No me gusta este asunto.

Beauchamp inclinó la cabeza a un lado. Pasó lentamente un dedo por el borde de la copa.

—Usted hará lo que le digamos, señorita Cruz-Ortega —murmuró, con condescendencia—. El sistema de los cuadros era interesante, hasta hubo alguna información que nos vino bien en algún momento puntual, pero, sin su padre, usted no nos sirve para nada. Era su nombre el que le abría las puertas. Sin embargo, usted se ha convertido en una joven muy bella y estoy seguro de que con Arlington está aprendiendo unas... técnicas que la cualificarán en el futuro para otra clase de misiones.

Ana enrojeció violentamente.

—Cómo se atreve...

—Vamos, mantenga la calma. No me gusta mencionar lo evidente, pero no está en situación de indignarse, ni de opinar. Su suerte se decidió hace ya mucho.

—Pero no se dijo que tuviera que prostituirme. Esto no forma parte del acuerdo. ¡No voy a volver con Arlington, no voy a seguir con este asunto!

—No se ponga difícil, Ana.

—¿Difícil? ¡Aún no sabe lo difícil que puedo llegar a ponerme! Regresaré inmediatamente a Madrid, con su ayuda o sin ella. Quiero hablar con Castro.

—Hablará con él a su debido momento. Por ahora, sería mejor que no olvidase que soy yo, y solo yo, quien da las órdenes. —Arqueó peligrosamente una ceja—. ¿O acaso me va a obligar a recordárselo? ¿Me va a forzar a citarla en una posada, para demostrarle que se abrirá de piernas en cuanto chasquee los dedos, que se ofrecerá a cualquier hombre que yo le indique? Por supuesto, no voy a privarme del placer de degustarla primero yo mismo. —Su mirada descendió lentamente por su pronunciado escote. Ana casi sintió físicamente el rastro de aquellos ojos, marcado como la baba de un caracol—. Estoy demorando ese delicioso momento porque sé que Arlington la vigila estrechamente, pero, créame, si se empeña, lo precipitará.

Ana jadeó, sintiendo tanto asco que temió no poder evitar el vómito.

—Es usted un canalla.

—Sí, por cierto. —Sonrió—. Un canalla que va a montarla dónde y cuándo quiera. Y entonces

hará bien en esforzarse por complacerme, Ana, en hacerme gozar, en satisfacer mis gustos, que son un tanto singulares. De otro modo, sabe cuáles serán las consecuencias.

Durante unos momentos, ni siquiera pudo hablar. Sabía que estaba tremendamente pálida y sentía un frío mortal en los huesos. De modo que Castro y Beauchamp no iban a dejarla libre jamás; al contrario, su situación empeoraba por momentos. No sabía cómo iba a terminar todo aquello, pero si de algo estaba segura, era de que no sería capaz de soportar una relación así con Beauchamp. Si la tocaba, si le ponía sus odiosas manos encima, se quitaría la vida... al menos, cuando ya no tuvieran nada con lo que chantajearla.

—¿Cómo está mi madre? —susurró, finalmente, demasiado aturdida como para seguir peleando.

—Oh, bien, bien, perfectamente. —Pareció satisfecho con su cambio de actitud—. La vi hace un mes, goza de una salud excelente. Las monjas cuidan maravillosamente de ella. Por cierto, le envía todo su amor.

Todo su amor. Ana sintió que las rodillas le flaqueaban. La echaba tanto de menos... Amaba a su padre, pero lo que sentía por su madre no tenía comparación con ningún otro sentimiento. Ni siquiera con la poderosa fascinación que le inspiraba Arlington.

—Gracias por decírmelo. —Carraspeó, para aclararse la garganta—. Por favor, hágale saber que me encuentro bien y que la añoro enormemente.

—Lo haré en cuanto vuelva a visitarla, descuide. —Beauchamp sonrió ligeramente—. Bien, ya me ha oído, atraiga la atención de Arlington, haga que deje de investigar y espere instrucciones. Y tenga cuidado. Ese hombre puede ser muchas cosas, pero no estúpido.

—Váyase ya. Viene hacia aquí. —Era cierto. Arlington cruzaba la sala, con los ojos fijos en ellos. Su expresión resultaba ciertamente sombría. Beauchamp hizo una apresurada reverencia y se retiró, dirigiéndose hacia la puerta más cercana. Su umbral se lo tragó segundos antes de que Arlington llegase junto a Ana.

—¿Quién era ese hombre? —preguntó, con enfado, rechazando una bandeja de copas de champaña que le ofrecía un criado. Ella se encogió de hombros.

—No lo sé.

—No me mientas. Has estado mucho tiempo hablando con él. Me ha parecido que discutíais.

—¿Y qué? ¿Es que acaso estás celoso?

Las cejas de Arlington se unieron peligrosamente sobre su nariz.

—Lo que es mío, es mío. Te aconsejo que lo recuerdes. Ahora, dime de qué habéis hablado.

—Muy bien. Tú lo has querido. —Ana se cruzó de brazos—. Puesto que te has esforzado tanto en dejar claro ante todo el mundo lo que soy, ese hombre consideró acertado el proponerme que, cuando

te cansas de mí, acepte su protección. Me ofreció *Carta Blanca*. Y, por cierto, sus condiciones resultaban mucho más interesantes que las tuyas. Para empezar, la asignación no era quincenal, sino semanal. Claro que, él, no tiene como rehén a mi padre, de modo que me vi forzada a rechazar su amable oferta... —Arlington palideció y la fulminó con la mirada. Luego, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta por la que había desaparecido Beauchamp—. ¡Richard! ¿Adónde vas? —No recibió una respuesta, así que lo siguió. Por fortuna, el pasillo que se abría al otro lado estaba ya desierto. Había varias puertas a ambos lados, demasiadas, y una al fondo. Arlington se detuvo en medio, sin saber qué dirección tomar—. ¿Se puede saber qué haces?

—Cállate. No es asunto tuyo.

—¿Que no es asunto mío? ¡Bastardo! —Puesto que no tenía otra cosa a mano, le arrojó el abanico. Golpeó contra la espalda de Arlington, que se dio la vuelta, furioso—. ¡Tienes el valor de enfadarte porque otro hombre me trata como la furcia en la que me has convertido y encima me dices que no es asunto mío!

Arlington la señaló con un dedo.

—Cállate de una vez, Ana. Sabes que no tengo buen día y también sabes por qué.

—¿Qué harás, si no obedezco? ¡Dime, Richard! ¿Qué más puedes hacerme? —Arlington no dijo nada, pero su expresión se llenó de amargura—. ¡Vete a bailar con ese dechado de virtudes que es Arabelle Staunton, ya que tan atractiva la encuentras, diantre, pero, al menos, ten la decencia de no indignarte como un niño al que le han cogido un juguete si, mientras lo haces, otro hombre me da conversación!

Él parpadeó.

—¿Estás celosa? —preguntó, devolviéndole sus palabras. Ana afirmó la mandíbula.

—¿De ese pescado frío? En absoluto. Que la disfrutes.

—Gracias, lo haré.

Mastuerzo, pensó. A veces, resultaba tan difícil soportar aquello...

—Espero que sepa complacerle, Su Gracia, porque, en cuanto meta a esa mujer en su cama, yo me saldré de ella.

—Ja. Creo haberte dicho muchas veces que la situación no va a cambiar, ni siquiera cuando me case. —Arlington caminó lentamente, hasta quedar frente a Ana—. No te hagas ilusiones, señorita Cruz-Ortega. No vas a salir de mi cama, nunca.

Ella contuvo el aliento. Luego, dejó escapar el aire lentamente.

—Mi padre no va a vivir siempre, Richard —dijo, con suavidad. Las aletas de la nariz de Arlington temblaron.

—Si eso es una amenaza, te sugiero que lo reconsideres. —Ana no contestó. Envalentonado, Arlington alzó una mano y le metió un dedo por el generoso escote. Lo movió lentamente, a un lado y a otro, acariciando sus pezones—. Tú no quieres dejarme.

—¿No quiero? —preguntó Ana, odiándose a sí misma por la respuesta involuntaria de su cuerpo. ¿Pero qué demonios pasaba con ella? En cuanto Arlington la rozaba, parecía convertirla en gelatina. Su espalda pareció arquearse por sí sola, tratando de ofrecer la mayor cantidad de piel a aquel dedo. Lentamente, Arlington le bajó los hombros del vestido, dejando sus senos al descubierto. Ana jadeó, apretando los puños, incapaz de resistirse. No era extraño que no la respetara en absoluto. Estando con él, le resultaba imposible, absolutamente imposible, doblegar sus pasiones. Arlington sonrió como un auténtico canalla.

—No, no quieres. —Se pegó a ella y la besó, mientras sus manos se cerraban con fuerza sobre sus pechos. Ana sintió que las piernas le flaqueaban, cuando él la empujó y la aplastó contra la pared y, más, cuando empezó a subirle ansiosamente las faldas del vestido. Ni siquiera se detuvo a pensar en que podrían descubrirles. A pocos metros, varios centenares de personas bailaban y reían al ritmo de una danza de origen francés, pero ella era pura llama entre las manos de Arlington—. ¿Sabes? Hace mucho, mucho tiempo que quería hacer esto. —La alzó en vilo y le desgarró la ropa interior—. Te he hecho el amor de pie, muchas veces, en mis fantasías. Veamos si la realidad está a la altura.

El intercambio fue breve y violento. Arlington la poseyó contra la pared, sin piedad, arrastrándola con él en su espiral de deseo, bebiendo sus gritos de placer directamente de su boca, para evitar que pudieran oírla. Cuando todo terminó, la soltó, dio un paso atrás y se ató los pantalones mientras la miraba de una forma que le heló la sangre en las venas. Casi podría decirse que la odiaba, que la odiaba a muerte.

Apoyada en la pared, como si dependiera de ella para mantenerse erguida, Ana estaba jadeando, con el peinado totalmente deshecho, la parte superior del vestido por la cintura, y las faldas irremediablemente arrugadas. Sentía los labios hinchados, inflamados por la rabia de sus besos.

—Parece haber sido usted muy bien besada, señorita Cruz-Ortega.

—Eres... eres odioso —consiguió murmurar. Debió notarse en su tono cómo se sentía, porque la expresión de Arlington vaciló. Hubo arrepentimiento, hubo tristeza y duda, y también hubo algo luminoso que pareció barrer por completo todo lo demás. Carraspeó.

—Tú, sin embargo, eres preciosa. —Casi dio la impresión de ir a disculparse, pero cambió de idea—. Esto me está destrozando. Yo... —Como arrastrado por un impulso, se inclinó hacia ella y la besó. Fue un beso muy distinto... suave y sentido. Sus labios seguían unidos cuando se dio cuenta de que la estaba mirando a los ojos, tan cerca, tan llenos de sentimiento... Ana sintió que su corazón se encogía. Jamás había percibido con tanta claridad cómo la sangre corría vertiginosa por sus venas. Sufrió mil muertes mientras Arlington la ayudaba a recomponer en lo posible su aspecto, aunque estaba claro que en semejantes condiciones no podía volver al salón. Le señaló una de las puertas, mientras le ofrecía el brazo—. Anda, vámonos a casa.

Casi sintió un vahído. Ana cerró los ojos. Se refugió en la negrura y, en ella, escuchó su voz, como

la de una extraña:

—Yo maté a tus hermanos.

Ya estaba. Ya lo había soltado. Puesto que tenía que hacerlo, cuanto antes mejor, y ojalá pudieran olvidarlo pronto, cuanto antes.

Absurda esperanza...

Como no oía nada, ni gritos, ni reproches, ni siquiera recibió una bofetada, abrió los ojos.

Arlington se había quedado paralizado. Si antes la había mirado casi con odio, ahora sus ojos estaban cargados de una incredulidad y un rechazo que resultaban todavía más amedrentadores. Retrocedió un paso, ahogó un gemido y se tapó la cara con ambas manos mientras giraba para apoyar la frente en la pared. Sus hombros temblaron convulsivamente. Ana comprendió, horrorizada, que se había echado a llorar.

—Richard... Richard, por favor... —intentó consolarlo. Pero ¿cómo se consolaba a alguien tras decirle algo así?—. Tú trabajas para el Servicio Secreto inglés, tienes que entender que no fue nada personal. Yo también me debo a mi país. Recibí instrucciones y...

—Cállate. —La voz de Arlington sonó crispada. Le costó entenderlo—. No lo empeores. Por favor, no lo empeores.

—Pero si ya lo sabías...

—¡No! Lo suponía, pero no estaba totalmente seguro. ¡No quería estarlo! Siempre quedaba la esperanza de que... —Se atragantó—. La verdad es que me negaba a creerlo. No quería hacerlo... —Arlington giró y la fulminó con la mirada, sin importarle mostrar las mejillas cubiertas de lágrimas—. Lo de Andrew tiene todo el aspecto de una ejecución preparada con mucho cuidado. Lo de Charlie, por el contrario, me desconcierta. ¿Qué ocurrió? Me gustaría saberlo. ¿Se acercó demasiado? ¿O también estaba condenado? Pobre tonto, enredado en una trampa desde el principio.

—Yo... —carraspeó. No quería extenderse, podía equivocarse en detalles y meter la pata—. Prefiero no hablar de eso. ¡Lo siento tanto! ¡Te lo juro, Richard! No podía imaginar que luego iba a conocerte, que terminaríamos en esta situación...

Arlington apretó con fuerza la mandíbula.

—Si crees que eso cambia algo, estás muy equivocada. No te lo voy a perdonar jamás. ¿Me oyes? ¡Jamás! —La exclamación, llena de rabia, cortó toda posibilidad de diálogo. Tras ella llegó un silencio frío y descorazonador. Arlington se lamentó, agitando la cabeza, mirando hacia el pasillo, como si buscara alguna alternativa, pero seguro de que no existía—. No sé qué podré hacer, no voy a superar esto...

—Richard... —Tendió la mano para acariciarle el brazo, pero la rechazó de un golpe.

—No me toques. Ahora no puedo soportar que me toques. Si lo haces no respondo. —Ella se quedó muy quieta. Arlington maldijo, se peinó con los dedos, casi tirando de los cabellos, y se limpió la cara con un pañuelo—. Vamos. Te llevaré a casa.

—¿Por qué no damos un paseo? Deberíamos hablar, Richard. Podríamos...

—Bromeas. —La miró, asombrado—. De verdad, Ana, estás loca. ¿No ves que intento contenerme lo suficiente como para no cogerte la cabeza entre las manos y hacerla reventar como un melón maduro? No tientes tu suerte, no me provoques... ¡No me hables, maldición! —Se miraron de frente, bajo tal tensión que Ana se preguntó cómo no se le había parado ya el corazón, o cómo no estallaba todo cuanto los rodeaba. Cuando volvió a hablar, la voz de Arlington sonó más calmada, más profunda, pero también más terminante—. Puedes estar segura de que vas a pagar por esto. Crees que estás a salvo por este sentimiento perverso que tengo hacia ti, pero te equivocas. Te equivocas por completo. Es verdad que no voy a hacer lo que debería, ambos lo sabemos, pero vas a desear que lo hubiera hecho. Te juro por mis muertos, Ana Cruz-Ortega, por los muertos que me has arrebatado, que voy a hacer que pagues amargamente durante lo que te resta de vida. —Ella se estremeció. Había supuesto que el momento sería terrible, y sus consecuencias, pero no imaginaba que tanto—. Vamos, camina.

Ana le precedió hasta el exterior. Esperaba poder calmarlo en el coche o quizá luego, tomando una copa, pero finalmente Arlington no la acompañó a casa. Dio instrucciones al cochero de que se asegurase de dejarla bajo la custodia del guardia del turno y se perdió en la noche, sin despedirse siquiera.

5

Richard saludó a Holmes, el mayordomo de su abuela, y entró directamente hasta el salón, sin esperar a ser anunciado. Como suponía, lady Arlington estaba allí, bordando frente al fuego de la chimenea, ofreciendo la misma estampa que siempre se le mostraba en sus recuerdos.

Lady Arlington era una mujer pequeña, de rasgos dulces y apariencia frágil. En tiempos, su cabello había sido intensamente rubio, como lo demostraba el cuadro que había en la chimenea, pero hacía años que se había vuelto completamente blanco y por lo general lo peinaba sin demasiada complicación en un moño bajo y severo. No recordaba haberla visto nunca vestir sin el luto perenne que llevaba; de no ser por el retrato, donde aparecía con un vestido rosa, hubiera pensado que había nacido con aquel color adherido a su piel. Le costaba admitir que aquella jovencita que le sonreía dulcemente desde el lienzo, con una mirada que hablaba de sueños y grandes esperanzas, se había convertido en la anciana triste que dejaba pasar las horas bordando flores, mariposas y frutas en el viejo bastidor que se negaba a reemplazar.

La vida no se había portado amablemente con ella. Si bien se casó por amor, se quedó viuda demasiado pronto y el negro lo cubrió todo durante demasiado tiempo. Cuando hubiera podido abandonarlo, perdió a su hijo y luego a Andrew, y ahora también a Charlie. Solía decir que vivir la muerte de un hijo, o un nieto, era lo peor que podía pasarle a cualquiera, y Richard pensaba que probablemente tenía razón.

Lady Arlington sonrió, aunque sus ojos mostraban una gravedad inusual en ella. Quizá estaba enfadada por su encuentro en el parque o quizá no se encontraba bien. Al regresar de *Kaifar* se había enterado de que estaba gravemente enferma. Los médicos no podían hacer gran cosa, excepto aliviar su sufrimiento. Richard sintió que una punzada de dolor le atravesaba el corazón. Aquella mujer no solo era la única familia verdadera que le quedaba en Inglaterra, el último lazo de sangre que le ataba a aquella parte de sí mismo, también había sido su único apoyo durante mucho tiempo. Cuando, siendo un muchacho, fue enviado a Londres, tras la muerte de su padre, ella le había recibido con los brazos abiertos, le había entregado su amor y le había ayudado a aprender a desenvolverse en un mundo que le resultaba enormemente extraño. No podía imaginar la vida sin ella.

—Abuela, tan guapa como siempre —dijo, inclinándose a besarle la mano. No pudo evitar percatarse de que estaba muy fría—. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Bien, gracias, Richard. —Lo miró con atención—. Tú tienes mala cara. ¿Demasiadas fiestas?

Ojalá, pensó Richard. Pero no podía decirle la verdad.

—Eso me temo. Además, no he dormido bien. —En realidad, tenía una resaca enorme. Tras la confesión de Ana había optado por coger una enorme borrachera, mayor que cualquier otra en su vida. Había despertado en el pórtico de una iglesia, justo el día más frío del verano, que había amanecido lluvioso y gris. O se había gastado todo el dinero en alcohol, o le habían robado. Tuvo que ir caminando hasta su casa, donde al menos había podido darse un baño y cambiarse de ropa antes de acudir a esa cita—. Pero no es nada, no se preocupe.

—Debiste avisar con una nota de que no te encontrabas bien. Podíamos haber hablado mañana.

—En absoluto. Me convenía pasear y siempre es un placer verla. —Se sentó a su lado, en el sofá—. Me disculpo por no haber venido en toda la semana pasada. He estado muy ocupado, pero me consta que no es excusa.

—No importa, cariño. ¿Quieres tomar un té? ¿Una copa, quizá?

—Té, por favor. —Lady Arlington hizo sonar la campanilla. Una doncella entró al momento y le ordenó té con pastas—. ¿No está Omar?

—No. Ha ido al Museo Británico con los hijos de lord Winfield. Se llevan muy bien. —Y, luego, como dejándolo caer—. He preferido tener este encuentro contigo a solas.

—Comprendo. —No tenía sentido lamentarse. Antes de entrar en la mansión ya se imaginaba lo que iba a pasar. Esperaba poder sobrevivir a la regañina. Richard contempló el bordado del bastidor. Una guirnalda de flores rodeaba una elegante letra A—. Realmente hermoso, abuela.

—Siempre has sido muy galante, Richard. Esa es una de tus mayores virtudes. —Esperó a que la doncella volviera con lo pedido y, mientras le servía el té, fue al grano—. Richard, sabes que no suelo meterme en tu vida privada, ¿verdad?

Richard hizo una mueca. Bien, cuanto antes, mejor.

—Verdad, abuela. Siempre ha sido muy discreta.

—Y tú también. Hasta ahora, me temo. —Richard se limitó a beber un sorbo, mirando las llamas de la chimenea—. Ese asunto de la española no me gusta nada. Ya se sabe que un caballero suele tener alguna diversión, pero no deberías... alardear de ella de esa manera.

—Lamento lo de ayer. Si llego a estar más atento, hubiera evitado el encuentro.

—No, no. Tarde o temprano, tenía que ocurrir. Me han dicho que la llevas a todas partes.

—Es cierto.

—Bien, pues tendrías que ser más sensato. Eres hombre y nadie te niega un capricho, pero como duque de Oxford estás sometido a una serie de responsabilidades, entre ellas la de tener un hijo que continúe con el título. Teniendo en cuenta tu edad, es de esperar que te ocupes de ese asunto inmediatamente, ya, esta misma temporada. ¿Crees que es adecuado que lleves a esa mujer a las reuniones en las que deberías estar buscando una esposa conveniente?

—No es algo que me interese, abuela. Todavía no busco esposa. Quizá el año que viene.

—No, Richard. No. —Lady Arlington dejó la taza vacía sobre la bandeja—. Te lo pido como un favor personal. Yo... —Dudó, pero terminó encogiéndose de hombros—. Te seré franca, no me queda mucho tiempo. Y me gustaría asistir a la boda del único nieto varón que me queda y, más aún, sostener entre mis brazos a su hijo.

Richard sintió que el cuerpo se le envaraba.

—¿Han dicho algo nuevo los médicos?

—Oh, tonterías. Tonterías, en su mayor parte. Ya soy vieja, y no tengo remedio, esa es la verdad. No temo a la muerte, pero me gustaría irme de este mundo satisfecha. Perdí un esposo, un hijo, y dos nietos. —Sus ojos brillaron, llorando otra vez a Andrew y a Charlie. Richard tragó saliva, tratando de contener su propia emoción—. Quisiera saber que parte de ellos, y de mí, continúa en el mundo, cuando me vaya.

Richard se puso en pie. Caminó de un lado a otro y se detuvo frente a la chimenea, contemplando los troncos al rojo vivo.

—No estoy preparado. Todavía no.

—Entiendo. —Su abuela se tomó un segundo para plantear con cuidado la siguiente pregunta—: ¿Acaso amas a esa mujer, Richard?

La imagen de Ana surgió en su mente, llenándolo de una cálida sensación. ¿La amaba? Sí, claro que sí. Con todos y cada uno los poros de su piel. Ese amor le hacía sentirse sucio, innoble, despreciable, le estaba matando por dentro, cada día un poco más, pero no podía negarlo. Ya no. Ana

se había convertido en el centro de su existencia. La amaba por su fuerza, por su pasión, por su inquebrantable espíritu. Cada minuto, cada hora que pasaba, se hacía más dependiente de ella. La sola idea de que desapareciera de su vida, lo volvía loco, y no estaba seguro de poder retenerla, si daba un paso semejante. Como bien había dicho, su padre no viviría por siempre.

—Sí, abuela —reconoció, en un murmullo—. La amo.

—Lo sospechaba. No es propio de ti, transgredir las normas de esta manera. Pero, Richard, no puedes casarte con ella —siguió, al cabo de un momento—. No hubiese estado bien que lo hicieras ni aunque no hubiera sido objeto de semejante escándalo, lo sabes. Esa mujer no es apropiada. Nadie sabe quién es, ni de dónde ha salido. Si al menos perteneciera a la nobleza española... Pero no es el caso.

—No, no lo es. —Ana había matado a Andrew y a Charlie. Esos eran todos sus antecedentes. La visión de las llamas le hizo preguntarse si las almas de sus hermanos no estarían en algún terrible infierno, atormentadas por lo que él estaba haciendo. Richard apretó con fuerza un puño y lo colocó a la espalda.

—Si... —Lady Arlington titubeó. Aquellos temas la perturbaban enormemente. Pero era una mujer franca y había demasiado en juego—. Escucha, si llevaras el asunto debidamente, quizá podrías conservarla. Yo te concertaría un matrimonio apropiado, que no te exigiera demasiado de tu tiempo. Una esposa comprensiva, bonita, dócil y con la sangre adecuada corriendo por sus venas. Elegiré una a la que le agrade vivir en el campo, para que no te ocasionen problemas. Tú... tú podrás seguir con tu vida y visitarla de vez en cuando. No es lo que me hubiera gustado para ti, hubiese preferido un matrimonio feliz, completo, como el que viví yo con tu abuelo, pero en vista de las circunstancias creo que es lo más oportuno. Además, siempre cabe la posibilidad de que, en el futuro, las cosas cambien y tu esposa pueda hacerse un lugar en tu corazón. —Tardó tanto en continuar, que Richard pensó que ya estaba todo dicho—. Te juro que no te arrepentirás. Por favor, Richard —suplicó, con voz quebrada—. Deja que me ocupe de ello.

Richard suspiró. ¿A qué venía intentar demorarlo? Al fin y al cabo, tarde o temprano tenía que llegar el momento. Ana sabía cómo estaban las cosas y tendría que aceptar su situación. Claro que, preocuparse por lo que aquella mujer sufriera o dejara de sufrir, era una tontería. Es más, debería alegrarse por ello. Andrew y Charlie tenían su infierno en algún sitio, ella debía tenerlo en Londres. Lo único que tendría que importar, a la hora de rechazar la posibilidad, era que no sentía la más mínima gana de casarse. *Una esposa complaciente*. Ana había hablado de la compra de una yegua de cría, pero él se sintió como un semental, al que le pidieran un poco de su semilla para conseguir un potrillo de raza.

En fin, darle tantas vueltas, no tenía sentido. No podía negarle nada a lady Arlington y menos en sus circunstancias.

—Está bien, abuela. Haga como quiera.

Ana tenía un libro de Charles Dickens abierto en el regazo, pero hacía rato que no le prestaba mayor atención. El autor le gustaba y era una buena novela; la culpa la tenía ella, que no se sentía capaz de centrarse en nada que no fuera su miedo y su dolor.

Claro que, no era para menos. Desde aquella espantosa escena en la fiesta, cuando asumió las culpas de las muertes de Andrew y Charlie, Arlington no había vuelto. ¡Habían pasado casi dos semanas! ¿Y si no regresaba nunca? Desde que se convirtieron en amantes, jamás había estado tanto tiempo sin acudir a su cama. Para ser exactos, no había faltado una sola noche. Empezaba a pensar que... Pero no, no podía imaginar que Arlington la apartase definitivamente de su vida, ni siquiera por causa del terrible crimen del que la creía culpable.

El corazón se disparó dentro de su pecho cuando oyó su voz, hablando con el guardia en la planta baja.

Arlington entró en la sala sin llamar. Ana dejó el libro y se puso en pie, casi saltando del sofá. Se frotó las manos con nerviosismo. Nunca hubiese pensado que llegaría a sentirse así; ni en los comienzos de su relación, cuando suspiraba por él sin tener demasiadas esperanzas, imaginaba que un día se alegraría tanto de verlo.

Lo encontró bastante desmejorado. Pálido, más delgado, con ojeras bajo los ojos... Quizá estaba en lo cierto en lo que dijo y no iba a poder superar algo así. En ese caso, Ana se prometió que buscaría el modo de confesarle la verdad. Ya estaba decidida a no permitir que lo mataran, de ninguna manera, así que no suponía mucho más riesgo. Pero esperaba no tener que asumirlo. Solo pensarlo hacía que se sintiera enormemente desleal con su madre.

—Richard... —dijo, como saludo. Él avanzó hasta quedar al otro lado de la mesita donde estaba servido el café. La miró, muy serio, y se sentó en el sofá. Para alguien tan galante como Arlington, suponía una declaración de intenciones por sí misma. Jamás había visto que tomase asiento estando delante una dama de pie. Carraspeó, sentándose también—. ¿Quieres tomar algo? ¿Té, café?

—No. —Su tono fue tan seco que Ana no se atrevió a continuar. Se hizo un prolongado silencio que tuvo que romper él—. He intentado no volver, Ana. He escrito un informe completo para mis superiores, para ponerte bajo su custodia y que decidan tu suerte. Pero es inútil. Inútil... —Se miró la mano, pensativo—. No he podido pasar de ahí. De pensar, organizar, planear...

—Gracias, Richard —susurró ella con voz apenas audible. Arlington alzó los ojos y la miró.

—No me las des. Ni las quiero para nada, ni son necesarias. Ambos sabemos que tenemos un grave problema. No puedo perdonarte. Nunca te perdonaré. —Se puso en pie, caminó nervioso de un lado a otro y terminó mirándola con los brazos cruzados—. No volverás a salir de esta casa sin que yo te acompañe. Se acabaron los paseos con los guardias. Permanecerás aquí encerrada, hasta el momento en que tu padre fallezca. Entonces, te llevaré a *Kaifar*. Así estaré más seguro de que no habrá posibilidad alguna de que escapes, a no ser el día de tu muerte. —Su rostro carecía por completo de expresión. Era el de un extraño; resultaba difícil imaginar que hubiese habido una vez tanta intimidad entre ellos—. No te atrevas a desobedecerme, Ana. Si te escaparas de esta casa, o si haces el más mínimo movimiento sospechoso, te juro que te dejaré a merced del Servicio Secreto

inglés.

Ana ahogó un sollozo.

—¿Pero por qué no me envías a *Kaifar* ahora? Deja que vaya ahora, por favor...

—No. Ni hablar.

—Pero ¿por qué? Sé que quieres castigarme, pero tenerme aquí encerrada no es...

—El castigo en sí no es ese. Aunque se trate de una cadena perpetua ambos sabemos que vas a vivir cómodamente, mejor de lo que te mereces. No. El auténtico castigo es que no volverás a ver a tu padre, nunca. —Ana lo miró horrorizada—. Tú me arrebataste a mi familia y yo me aseguraré de arrebatarte a la tuya. Que te quede muy claro que ya tuviste la última conversación con tu padre. El recuerdo de vuestra despedida es todo lo que va a quedarte.

—No puedes hablar en serio. —Por su expresión, así era. Estaba totalmente decidido. Ana apretó los puños, angustiada—. ¡Richard, por favor...!

—No sirvieron de nada tus agradecimientos y no lo servirán tus súplicas. Ahórratelas. —Tal como lo dijo, Ana tuvo claro que estaba en lo cierto: nada de lo que hiciera o dijese iba a conseguir hacerle cambiar de idea—. Soy la parte afectada, el defensor de mis hermanos y el juez en este asunto. Y esta es mi sentencia. Vivirás encerrada y morirás sola. Ni de lejos voy a lograr que sientas lo que yo siento, pero al menos te acercará un poco. Lo de Andrew. Lo de Charlie... —Se llevó una mano al pecho—. Esa bala, amor mío, también nos impactó a nosotros. Es el destino.

Ella se echó a llorar. Arlington la contempló en silencio unos momentos y luego se dirigió a la puerta.

—¿Adónde vas? —sollozó Ana. Él se encogió de hombros.

—No lo sé. A mi casa, supongo. No tengo muchas ganas de ver a nadie ahora mismo.

—Pero... hace muchos días que no estamos juntos. Quédate por favor.

—No.

Una respuesta terminante y sin más explicaciones. Ana se mordió el labio.

—¿Cuándo volverás?

—Cuando no pueda evitarlo —contestó, y abrió la puerta—. Ojalá pudiera decirte que nunca.

—¡Richard! —exclamó, pero él ya no se volvió. Salió sin más. Momentos después entró Regina, alarmada por su llanto.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

—Tú... por tu culpa. ¡Se ha ido! —Regina se volvió hacia fuera, comprobando la situación, y cerró la puerta.

—Baja la voz. Los guardias de abajo no deben oírte. Estoy segura de que al menos un par de ellos son compañeros de Arlington en...

—¿Y qué más me da? ¿Qué importa? ¡Estoy prisionera, jamás saldré de este lugar excepto para acabar en un harén, donde moriré de vieja! —Se arrojó sobre el sofá, llorando con desconsuelo—. ¡No me dejará ver a mi padre! ¡No quiere verme a mí! ¡Me tendrá encerrada por siempre!

—Pero... ¿tu padre está vivo?

Ana alzó la cabeza y se mordió los labios, asustada. Con el arrebató, había olvidado que solo Arlington y ella conocían ese hecho. Si llegaba a oídos de Castro, a saber qué podía pasar. Aunque, pensándolo bien, supuso que a esas alturas, ya nada, pero era mejor seguir las indicaciones de Arlington.

—Por favor, no se lo digas a nadie, Regina.

—Ana...

—¡No hables de ello, no se lo cuentes a Beauchamp! Se supone que nadie debía saberlo... —No supo cómo interpretar la expresión de Regina. Y no se atrevió a insistir, podía ser peor—. Aunque supongo que tampoco importa mucho ya. Después de lo que ha ocurrido, qué más da. Arlington no me perdonará jamás. ¡Me odia!

Regina la miró, calibrando la situación, y se arrodilló en el suelo a su lado. Ana sintió su mano, acariciándole el pelo.

—No te odia, tonta. Solo está atormentado por la culpa, es normal. Ha perdido a sus hermanos y cree que ama a su asesina. Es algo... difícil de asumir. Pero tarde o temprano cederá, porque te quiere realmente. En esta vida solemos decir la verdad por odio y engañarnos por amor. Se mentirá a sí mismo, se justificará, encontrará el modo de salir adelante y tener lo que quiere. Si eres lista, sabrás aprovechar el momento.

—Tú no lo has oído. —Ana sacó un pañuelo de la manga y se sonó la nariz—. Ha dicho unas cosas horribles, espantosas, y no sé, era como si no nos conociéramos...

—Bueno, no, no he oído. Pero lo he visto. Está atormentado, ya te digo. Ana, date cuenta: tú sigues con vida. No te ha entregado. No te has parado a pensar en lo afortunada que eres. ¿Te imaginas lo que hubiese ocurrido si llega a saber que fui yo? Estoy segura de que no estaríamos teniendo esta conversación. O él o yo estaríamos muertos, ese sería un enfrentamiento con un único desenlace. —Ana la miró, acongojada y Regina sonrió—. No te preocupes, todo se arreglará. Lloro todo lo que quieras, te hará bien. Ahora, toca esperar.

—¿Esperar a qué?

—A que regrese, por supuesto.

7

A Richard le estallaba la cabeza y eso que a esas alturas ya no podía tener resaca.

Después de dejar a Ana encerrada en la casa, había seguido con su plan de mantenerse borracho todo el tiempo posible. Durante varios días se le entremezclaron las horas y los momentos de luz y de oscuridad: solo se detenía en aquella juega autodestructiva para dormir cuando estaba totalmente agotado, porque tampoco era que tuviese mucha hambre.

Pero, finalmente, había llegado a su dormitorio y se había dejado caer de bruces en la cama, sin ni tan siquiera quitarse el traje. Echó a gritos a todo el que quiso entrar. Se quedó muy quieto en la penumbra, alimentándose de whisky hasta que se le terminó y deseando estar muerto.

No había vuelto a levantarse más que para las necesidades físicas inmediatas.

¿Cuántos días llevaba así? A saber. Se pasaba la mayor parte del tiempo en una agónica duermevela, en la que se entremezclaban delirios y realidad. Creyó que Ana había venido a verle, sonreía mientras le aseguraba que todo era una broma. Debía serlo porque Andrew y Charlie la acompañaban. ¡Cómo se reían los cuatro, aunque él estaba algo enfadado, porque había sido una burla realmente cruel! Lloró, cuando desaparecieron, cuando la realidad y la memoria le dijeron cómo eran las cosas de verdad. Pensó volarse la tapa de los sesos. Si no hubiese sido por su abuela, o por Noor, quizá lo hubiera hecho. Sería cobarde, pero efectivo. Aquel tormento era...

Hubo un golpe precipitado en la puerta, que se abrió antes de que le diese tiempo a mandar al diablo a quien quiera que fuese. Entornó un ojo. En la densa penumbra, vio que el señor Hudson, su mayordomo, se había asomado con cara de agobio.

—Su Gracia, ¿está despierto? Su... —le dio tiempo a decir, antes de que lady Arlington irrumpiera en el dormitorio. Como Hudson se resistía a quitarse de en medio, le dio un golpe con la sombrilla.

—Apártese de una vez, señor Hudson, o no respondo de mí misma —le ordenó. En otras circunstancias hubiese sido hasta divertido. Verla tan bajita, en comparación con Hudson, y a la vez tan atemorizadora y tan decidida a salirse con la suya... Pero Richard no tenía ganas de reír. No creía que pudiera llegar a tenerlas otra vez, nunca—. ¡Pero qué...! ¡Esto huele a auténtica leonera! ¡Abra de inmediato todas las ventanas, señor Hudson!

—¡Abuela, por favor! —gimió Richard, intentando ocultar el rostro en la almohada. Ella no le hizo ningún caso.

—Señor Hudson, haga el favor de avisar al ayuda de cámara de Su Gracia. Desea que le preparen un baño de inmediato. Vamos, vamos, ¿a qué espera?

El señor Hudson lo miró a él, esperando instrucciones, pero puesto que Richard seguía intentando esconderse bajo las sábanas, claudicó. Hizo una reverencia muy formal, asumiendo quién era la nueva cabeza visible de la casa.

—Por supuesto, lady Arlington. Al momento. —Salió, cerrando con suavidad.

—¿Y bien, Richard? —Su abuela se había quedado sin el mayordomo, así que, claro, la emprendió con él—. ¿Vamos a tener que llamarte varias veces para que te levantes, como cuando eras pequeño? ¡Son casi las cinco de la tarde!

En vista de que no podía seguir ignorándola, Richard apartó las sábanas sucias y se sentó en el borde del colchón. Hasta él se sorprendió al verse vestido con un traje de etiqueta. Eso sí, estaba arrugado como nunca, tras varios días sin cambiarse de ropa y sin levantarse de la cama. En algún momento se había soltado el lazo del cuello. Comprobó con torpeza a ver si estaba entre las sábanas, pero no pudo encontrarlo.

Su abuela se plantó frente a él y lo miró con expresión severa.

—Richard Edward Oliver Patrick Arlington, ¿se puede saber qué significa esto?

Cuando su abuela soltaba sus cuatro nombres ingleses al completo, era que estaba de verdad indignada. Richard bufó.

—No me encuentro bien. Creo que es obvio.

—Si estás enfermo debiste pasarme aviso. Desaparecer de este modo no es nada considerado por tu parte. ¿Acaso esperabas que no me preocupase? Llevo casi tres semanas esperando que vengas a verme o que haya alguna señal de vida por tu parte.

—No estoy enfermo, no te inquietes. Yo... —Renunció a intentar explicarlo. Se puso en pie y se lavó la cara con el agua de la jofaina. No surtió ningún efecto, lamentablemente—. ¿Por qué no me espera abajo? Intentaré darme prisa en arreglarme.

Ella asintió; lo miraba de ese modo peculiar que hacía pensar que lo estaba viendo todo. Como cuando era niño y cometía alguna trastada.

—Sí, por supuesto. Lamento haber entrado así, pero estaba empezando a desesperarme. —Richard ya imaginaba que debía estar muy preocupada. De haber vivido esa misma situación, Omar o Noor, sí, hubiesen entrado en su habitación y le hubiesen pateado el trasero sin mayores contemplaciones. Incluso lo hubiesen hecho Andrew o Charlie, criados como él entre las dos culturas. Pero no su abuela. No era propio de su temperamento inglés, tan reservado—. Pero, creo que antes de nada deberías ver esto. —Sacó una carta del bolsito y se la tendió—. Tuve correspondencia de Noor y Omar. Pensé que querías leerla cuanto antes. Te informan de un fallecimiento.

Richard cogió el sobre con un mal palpito. Cuando había alguna noticia realmente importante, su hermana y su primo siempre le escribían una carta conjunta a nombre de su abuela. Era una vieja costumbre y también una sabia precaución. Aquellos mensajes familiares, llenos de anécdotas y

bromas, nunca habían sido intervenidos o, de serlo, nadie le había dado mayor importancia y habían permitido que siguieran su curso. De ese modo, mucha información importante había llegado a buen puerto debidamente entremezclada con los asuntos cotidianos de la familia.

Sacó el contenido del sobre y lo leyó, pasando rápidamente los párrafos en los que daban noticias sin importancia. La carta era de Omar, aunque escribía muchos párrafos al dictado de Noor, que debía haber estado con él la mayor parte del tiempo. Cuando llegó al punto importante, se quedó rígido, sintiendo que una garra le oprimía el corazón.

A pesar del tono ligero, habitual en mí, que he usado hasta ahora, me veo obligado a enviar tristes nuevas en esta carta. Nuestro amigo común falleció anoche, mientras dormía. El desenlace, como puedes imaginar, no nos ha tomado por sorpresa. Su situación física fue empeorando progresivamente y, pese a la diligencia de mis médicos, nada pudo hacerse. Es de suponer que no ha sufrido, pues su expresión denotaba una profunda paz, algo de lo que no disfrutaba en vida.

En nuestra última conversación me habló de su familia y de cuánto la amaba. Es verdad que era un tema bastante recurrente, pero esa noche... no sé, Noor dice que tuve una intuición o un presagio. Supe que, además de triste, aquello era importante. Creo que le gustó desahogarse y espero haber ayudado a que recibiese el fin con serenidad.

Aunque te cueste creerlo, lo echaré de menos. Estas últimas semanas me acostumbré a charlar con él. Era un hombre sabio, y un astuto jugador de ajedrez. Ha dejado sin terminar una de las partidas más emocionantes en las que he participado. Ya nunca sabré si hubiera optado por comerme el alfil, cayendo en una trampa laboriosamente organizada, o si hubiese abierto hostilidades con su reina. Conociéndolo, me inclino a pensar que hubiera hecho esto último, pero, bueno, supongo que eso es lo que menos importa.

Transmite mis condolencias a su familia. Imagino cuánto sufrirá, al conocer lo ocurrido. Dile que fue feliz aquí, según él, más feliz de lo que había sido en los últimos cinco años. Que lamentaba mucho cómo ocurrieron las cosas y que estaba muy orgulloso de ella. Eso, puede que ayude.

Que Alá siempre os acompañe,

Noor, que os quiere

Omar, Bey de Kaifar

—Era el padre de esa mujer, de la española, ¿verdad? —le preguntó preocupada lady Arlington, al ver su gesto. Richard se sorprendió. Resultaba difícil llegar a esa conclusión a partir de la carta. Omar había tenido mucho cuidado en cómo plantearlo.

—¿Por qué dices eso?

—Omar me ha hablado mucho de ella y de su padre. —Se refería a su nieto Omar, claro. Richard tardó un segundo en darse cuenta. Seguro que le había sonsacado de todo, desde que vivía en su casa —. Sé que Cruz-Ortega se quedó allí y bueno... para quien conozca los detalles, puede deducirse lo que ha pasado. —Titubeó—. ¿Estás así por ella, Richard?

Dichoso crío. Richard rompió la carta en pedazos. Debía evitar, a toda costa, que Ana se enterase de lo ocurrido. No podría soportar que le abandonase. Aunque no fuese a verla nunca más. Aunque se negase a permitir que esa emoción, que ese sentimiento que experimentaba por ella, siguiese controlando su vida. Saber que estaba allí, donde la había dejado, era lo único que evitaba que se derrumbara definitivamente.

—No quiero hablar de eso —consiguió murmurar. A pesar del tono, seguramente ella hubiese insistido. Normal, viéndolo así de destrozado. Pero, por suerte, en ese momento entró Hudson con Jacques, su ayuda de cámara de origen francés, y su abuela decidió esperarlo abajo, en el salón lavanda, una habitación encantadora en la que tomaban el té las pocas veces que era ella la que lo visitaba.

Richard se dio un baño, se dejó afeitarse y vestir con ropa limpia, tomó algo sólido y, para cuando bajó, se sentía muy distinto. Incluso se veía capaz de meditar sobre el brusco giro que había dado la situación. Maldito destino. Si antes le hubiese dicho a Ana aquellas cosas sobre su condena y que no iba a permitir que volviese a contactar con su padre, y que la encerraría en *Kaifar* llegado el momento, antes hubiese muerto Cruz-Ortega. ¿Qué iba a hacer ahora? No quería mandarla a *Kaifar*. Él no podría ir hasta el invierno, quizá la primavera, tenía demasiadas cosas que hacer. Casarse, una de ellas. *Qué infierno*, pensó.

Su abuela no hizo ningún comentario sobre la carta y él se esforzó por mostrarse interesado en los planes de boda que estaba llevando a cabo: para su sorpresa, finalmente la elegida había sido Arabelle Staunton.

—Ese pescado frío... —musitó Richard, incapaz de creer que aquella niña rubia fuese a ser su esposa y la madre de sus hijos. Lady Arlington lo reconvino con la mirada.

—No seas malo. Es una muchacha encantadora y proviene de una estirpe excelente. Su abuelo es el Marqués de Lancaster. Se trata de una buena elección, Richard.

—No lo dudo. Pero ¿no es demasiado joven? Si no recuerdo mal, esta era su primera temporada.

—Cierto. Tiene diecisiete recién cumplidos. —Como Ana, cuando la conoció, pensó él—. Pero es mejor una esposa joven y dócil, que puedas educar y adecuar a lo que esperas del matrimonio. Además, eso también nos asegura que habrá niños pronto. —Contuvo una risita recatada. Richard se obligó a secundarla, mientras pensaba en cuán semejantes eran lugares tan dispares como Londres o *Kaifar*, por muy superiores moralmente que se creyeran en Inglaterra. Le estaban preparando una esclava sumisa y atractiva que le hiciera la vida más agradable, aunque la llamaran esposa y solo pudiera tener una. Eso sí, a cambio de las restricciones, ni siquiera tendría que mantener un harén

para las demás, con todos los gastos que suponía. Simplemente podía salir y elegir, como en un mercadillo, una o varias cada vez, sin responsabilidades futuras para con ninguna.

Bueno, él solo quería una. Y estaba debidamente encerrada en una jaula de oro.

—Lo dejo en sus manos. Ya le dije que en este tema haría lo que usted dispusiese, abuela.

Quizá fue su tono, pero Lady Arlington estuvo a punto de preguntar, se lo leyó en los ojos. Seguramente quería indagar más sobre qué le ocurría, pero lo dejó estar y Richard lo agradeció. Durante la hora siguiente la escuchó hablar incansable de los márgenes de tiempo apropiado para el compromiso y el noviazgo, de la iglesia elegida para el caso poco probable de que la reina no pudiera estar presente, de los cientos de invitados a tener en cuenta, el lugar del banquete, el destino del viaje nupcial... Se la veía tan entusiasmada, que incluso había color en sus mejillas.

Richard pensó que, solo por eso, había merecido la pena acceder a seguir aquel juego.

Capítulo 9

Londres, julio de 1875

1

Ana no podía dormir.

Al otro lado, la ventana mostraba un cielo nocturno que apenas empezaba a aclararse por el cercano amanecer. Ella, que tanto había viajado, bien sabía de las distancias que se extendían al otro lado, de las ciudades, pueblos, montañas... Antes no era libre para recorrerlas a su antojo, y ahora ya, ni eso. Todo su mundo parecía concentrarse en aquella habitación, en la cama con dosel que tan grande le parecía desde que Arlington se fue... Extendió una mano y tocó el lado de Arlington, allí donde se había acostumbrado a encontrarlo. Las sábanas estaban frías, nada hacía pensar que se hubiese acostado nunca, con ella; que la había besado, que le había hecho el amor incansable, que, a pesar de todo, algo los unía.

A veces, tenía la impresión de que nada de aquello había existido, que solo formó parte de un sueño. Únicamente quedaba el hecho de que él pagaba las cuentas y había dejado dadas las órdenes, que volvería cuando así le pareciera bien, o no aparecería nunca más. Quizá esto último, si encontraba otra mujer que acaparase su interés.

Oh, no, no podía ser...

Tenía que perdonarla, en algún momento lo haría...

Ana permaneció inmóvil, mirando al vacío, durante mucho tiempo. Quizá pensó en algo, pero luego no supo decir qué, solo era consciente de aquel dolor sordo, de aquel miedo cerval. Había luchado con todas sus fuerzas contra Arlington, pero bien sabía que eran fuerzas mermadas por sus propios impulsos. No había querido vivir con él, pero ¿sería capaz de vivir sin él, si la apartaba, si la alejaba definitivamente?

Si al menos pudiese pintar, o dibujar un poco... Aquello siempre la relajaba y la ayudaba a aclarar las ideas. Torció el gesto al pensar en ello, porque posiblemente ya nunca más podría volver a hacerlo... O quizá sí. De pronto, se dio cuenta de que, si Arlington la abandonaba definitivamente, podría muy bien volver a pintar. Regina le traería las cosas y esta vez tendrían más cuidado, por si acaso, que tampoco importaría mucho si Arlington no volvía a pisar la casa.

Tenía ante sí los dos grandes amores de su vida, aquel hombre y la pintura. ¿Cuál de ellos preferiría conservar, de darse el caso de que fuera ella quien tuviese que elegir?

Desolada, aceptó la respuesta, definitiva e inmediata. *Arlington*. Si tenía que renunciar a algo, sería a su propia faceta creativa.

Era inútil, no podría conciliar el sueño, y menos si seguía dando vueltas a aquellas cosas. Decidió levantarse a buscar el libro que había dejado en el sillón. Apartó las sábanas y se puso en pie. Al momento, un intenso mareo la sobrecogió. Buscó rápidamente el orinal y vomitó los restos de la cena. Algo le había sentado mal. ¿Quizá el pescado? Esperaba no ponerse realmente enferma. Era lo que le faltaba.

Sintiéndose algo mejor, volvió a subir a la cama y cerró los ojos. Y, por suerte, finalmente se quedó dormida. Al despertar, había olvidado el incidente y no lo recordó hasta después de desayunar. Estaba claro que el pescado de la cena no era precisamente fresco. Se lo comentó a Regina, que no estuvo de acuerdo. Ella había ido al mercado en persona y prácticamente acababan de sacarlo del agua, todavía se estaba retorciendo, aseguró; pero le hizo una manzanilla.

Regina siempre estaba en todo. A veces, no era capaz de conciliar la imagen de la amiga con la imagen de la espía, o incluso de la mujer que había cumplido una orden de ejecución sin pestañear. Pero, por si no tenía ya suficiente que agradecerle, Ana jamás olvidaría las primeras noches tras el abandono de Arlington, cuando, al oírla llorar, Regina se había deslizado hasta su cama y la había abrazado con fuerza, en silencio, para darle ánimos.

Eran amigas, pensaba Ana con algo de sorpresa, ya que no estaba acostumbrada a algo así. Casi lo sentía como un lujo. Resultaba agradable tener una amiga, incluso aunque fuera una que había provocado una situación tan terrible como esa en la que se encontraba. Todo se compensaba de algún modo: por culpa de Regina, de la necesidad de darle aquella cobertura, Ana estaba allí encerrada, cumpliendo una condena igual que si estuviese en una cárcel, pero a la vez, gracias a Regina, no se sentía sola y el encierro estaba siendo mucho más llevadero.

Un largo, largo encierro...

Como no podía pintar, y no era persona capaz de estar todo el día mano sobre mano, Ana había adquirido la costumbre de ayudarla en las tareas diarias de la casa. Al principio Regina protestó, porque no era algo apropiado, pero no tardaron en llegar al acuerdo de que Ana se centraría en el piso alto, donde los guardias no podrían verla y sorprenderse al ver a la señorita de la casa armada con una escoba.

Menuda tontería, pensaba Ana, quitando el polvo y oreando sábanas. Los pobres guardias ya sabrían perfectamente que en esa casa no había ninguna señorita. Ella era la mantenida de Arlington, nada más. O su prisionera en esos momentos, para ser más exactos. Pero si jugar a las posiciones sociales tranquilizaba a Regina, estaba dispuesta a seguir cumpliendo con su papel.

Para las diez y media, había terminado de recoger su dormitorio y su sala de estar, y estaba planteándose qué hacer en el resto del día, cuando oyó que la llamaban desde la planta baja. Ana salió hasta la escalera y se asomó. Roberts estaba al pie, con expresión preocupada.

—Regina no se encuentra bien, señorita Ana.

—¿Qué ocurre?

— Creo que algo de una avispa Ya ayer no estaba bien, pero nos pidió que no dijésemos nada.

Ana se sobresaltó. Regina reaccionaba muy mal a la picadura de aquellos malditos bichos. Recordó una ocasión, en la costa sur de Francia, que estuvo fatal casi una semana y los médicos se temían lo peor.

Bajó los escalones todo lo rápido que pudo, paso junto al hombre de Arlington y entró en pequeño pasillo que llevaba al dormitorio de Regina. Al verla, se asustó de verdad. Había caído atravesada en la cama, hasta donde debía haberse arrastrado. Parecía hinchada como un pez globo y tenía sarpullidos rojos por toda la piel.

—¿Regina? —Roberts la había seguido, así que se dirigió a él—. ¿Qué ha ocurrido?

—No es nada —aseguró Regina, con un hilo de voz, pero tan solo eso pareció agotarla. Tenía fiebre.

—¿Dónde te ha picado?

—Fue hace un par de días. Pensé que no pasaría nada. Saqué el aguijón de inmediato. —Movié casi sin fuerza la mano—. Pero supongo que la maldita ya había hecho su trabajo.

—Seguro. —Comprobó que tenía los ganglios inflamados—. Supongo que te duelen las articulaciones.

—Todas. Sin faltar ni una.

—Pues ya sabes lo que toca. Vas a estar unos días fatal. Ayúdeme a subirla a la cama, señor Roberts —pidió. Regina pesaba poco, entre los dos lo consiguieron con facilidad. Ana trató de recordar las cosas que les recomendaron en su momento, al menos para salir del paso—. Por favor, consígame aloe vera y cúrcuma. Y mande a alguien a buscar al doctor Gardiner.

—Al momento, señorita.

En cuanto salió Roberts, Ana buscó el camisón de Regina y empezó a desabotonarle el vestido.

—Vamos a cambiarte de ropa y a acostarte como es debido. Estarás más cómoda. El doctor no tardará y...

Regina la agarró por la muñeca y tiró de ella, para hablarle en un susurro.

—No puede ser, Ana. Escucha. Tengo que levantarme, tengo que...

—¿Qué? No digas tonterías. No llegarías ni a la puerta. Sabes cómo es esto. Tienes para cosa de una semana. Eso, si no se complica como la última vez. No me gusta nada el modo en que respiras.

—No puedo, yo... —Regina se mordió los labios, dándose por vencida—. Oh, Dios, es verdad... Me siento tan mal que no sé ni cómo conseguiría llegar a la puerta de esta habitación, como para

atravesar Londres.

—¿Atravesar Londres?

—Sí... —Tomó una determinación—. Ana, escucha: hoy tenía que establecer contacto en una pequeña librería en Church Street, a las dos. Pero es cierto, no conseguiría llegar. Me siento fatal. Vas a tener que ir tú.

Ana la miró con sobresalto.

—¿Yo? ¡Pero si sabes que no me dejarán salir! Arlington ordenó...

—Tendrás que buscar el modo —la interrumpió Regina—. Yo sí que no llegaría ni a la puerta, me temo. —Gimió—. Tienes que ir tú, puede que nos den instrucciones. Tenemos que saber a qué atenernos. Arlington lleva demasiado tiempo sin aparecer. Esta situación es insostenible.

Sí, era cierto. Al principio, la idea de que Arlington no regresase resultaba ridícula, prácticamente inimaginable, pero con el paso de los días... Ana apartó la idea. No era momento para deprimirse más todavía.

—Está bien... ¿Y cómo lo hacemos?

Pese a lo mal que se encontraba, mientras esperaban al médico y la cambiaba, Regina le ayudó a trazar un plan. Las dos salidas de la casa estaban muy vigiladas, de modo que tendría que escapar por una de las ventanas. Como rondar por el piso bajo implicaba tener casi siempre uno de los hombres de Arlington siguiéndola, solo podría utilizar las que daban al patio trasero desde el segundo piso.

Valoraron las de la habitación, las del cuarto de la ropa blanca y las de la salita privada, porque eran los sitios desde donde mejor se podría bajar. Acabaron decidiéndose por la del vestidor, ya que uno de los árboles del jardín crecía muy cerca, y podía hacerle más fácil el descenso. Dada la hora del encuentro, iba a tener que ir vestida de una forma muy poco adecuada para una escalada, pero, con un poco de suerte, nadie sabría nunca que se había ido durante un par de horas. Regina le dio también algo de dinero, para que pudiera conseguir un coche de alquiler o por si le surgía algún inconveniente.

Era cerca de la una cuando se deslizó por la ventana.

El árbol era un roble enorme, con innumerables ramas, y el descenso le resultó bastante más sencillo de lo que había supuesto. Rodeó la casa, salió por la puerta secundaria del jardín, y se detuvo un momento a mirar a ambos lados de la calle. Justo vio venir un coche de alquiler. Felicitándose por su buena estrella, Ana cruzó y se dirigió hacia él, haciendo un gesto al cochero. Estaba abriendo la portezuela cuando uno de los criados de Arlington, el encargado de la caballeriza, apareció por un lateral de la casa y la vio.

—¡Señorita! ¡Señorita! —gritó, dejando caer al suelo lo que llevaba entre las manos, y echando a correr hacia ella. Ana maldijo, subió al coche y le dio la dirección al conductor. Antes de que el

2

El contacto debía establecerse en una librería, un lugar amplio y luminoso, de aspecto inofensivo.

Ana esperó a que dieran las dos, vigilándola desde la acera de enfrente. Parecía un negocio próspero, siempre con varios clientes dentro. Cuando por fin se decidió a entrar estaba prácticamente lleno, pero nadie la miró, ni siquiera el encargado, que estaba comprobando algo en un libro de registro. Decidió no acercarse al mostrador. Si podía salir de allí sin que se fijasen en ella, mejor.

Ya de estar allí, decidió dar una vuelta entre las estanterías y buscar algo sobre pintura y arte; para su alegría, descubrió que había una amplia variedad. Casi le temblaban las manos mientras abría el primero de los libros, y contemplaba las hermosas láminas. Deslizó los dedos por la silueta de una Afrodita, sus ojos se perdieron entre las brumas de un bosque, admiró montañas y mares.... Se quedó tan absorta, libro tras libro, que ni se dio cuenta del paso del tiempo. Cuando recordó lo que hacía allí, habían pasado ya cuarenta y cinco minutos desde la hora convenida, y nadie se había acercado.

—No se vuelva. —Oyó entonces. Por supuesto, casi llegó a girarse, con la sorpresa, pero quedó en un amago—. Le he dicho que no se vuelva.

—Perdón. —Había reconocido la voz, era Beauchamp. Maldijo en silencio. Siempre esperaba no tener que volver a verlo nunca—. Ha sido la sorpresa.

—Disimule. Coja un libro y haga como que lee. —Así lo hizo. Beauchamp se alejó. Con su nuevo aspecto, parecía un profesor universitario o quizás un poeta con ambiciones, derivando sin mayor interés entre los libros, simplemente comprobando títulos. Un par de minutos después, lo sintió otra vez a su espalda—. ¿Dónde está Regina?

—No ha podido venir. —Como Beauchamp parecía esperar más explicaciones, continuó—. Ha tenido una reacción, por la picadura de una avispa. Tiene fiebre, está hinchada y le cuesta respirar, así que me ha enviado a mí.

—Mmm... Menudo contratiempo.

—¿Ocurre algo?

—Tengo instrucciones que darle. Era una misión para Regina, pero en vista de las circunstancias me temo que tendrá que hacerlo usted. Escuche atentamente, Ana. Según mis noticias, Arlington ha recibido un paquete de documentos en los que estamos muy interesados. Ocúpese de examinarlos, y sustraer todos aquellos que sean obviamente comprometedores. El resto, déjelo. No ha de notarse que ha sido interceptado. ¿Lo ha entendido?

—Sí. ¿Dónde están esos documentos?

—¿Usted qué cree? —El tono de Beauchamp sonó irritado, como un maestro que tiene que contestar las preguntas estúpidas de un mal estudiante—. En su casa, en Center Street, por supuesto. Tiene un despacho, junto a la biblioteca, aunque solo suele usarlo para recibir ocasionalmente a alguien. El único que trabaja allí es su secretario, el señor Barnes. Encontrará el sobre en la mesa de Barnes, en el compartimento derecho, pero colocado aparte del resto del correo. Además, es muy grueso, no tiene pérdida. No olvide las ganzúas, porque estará bajo llave. Tiene hasta mañana por la noche para llevar a cabo la misión, no lo demore más porque cada minuto cuenta. Luego, Regina y usted sigan normalmente, como hasta ahora, nosotros nos pondremos en contacto. ¿Alguna pregunta?

—No.

—Perfecto. Ahora, aléjese. No vuelva a acercarse a mí. Mire libros cinco minutos más y váyase. No compre nada. Es mejor que no centre la atención en usted.

—Espere. —Su voz sonó bastante alta y algunos clientes la miraron. Beauchamp masculló una maldición. Cuando todo volvió a la normalidad, Ana cuchicheó—: ¿Sabe algo de Arlington? Hace días que no...

—¿Tengo pinta de llamarme Cupido? —gruñó Beauchamp—. Ya sé que no la visita. Estoy perfectamente al tanto de la situación. La verdad, Ana, pensaba que a estas alturas tendría usted más ascendencia sobre él. Me está decepcionando.

—Pero ¿qué esperaba? Me obligó a decirle algo espantoso. No creo que me perdone.

—Pues busque el modo. Tiene que volver a interesarlo. No puedo creer que ya se haya cansado de usted. Más le vale que no. —Sonrió con frialdad—. Aunque no niego que a mí, hasta me agradaría. Ya sabe que soy el siguiente que va a meterse en su cama. Solo estoy esperando.

Ana sintió un escalofrío.

—Lo solucionaré.

—Eso espero. Ahora, deje de decir tonterías y límitese a cumplir mis órdenes.

—Bien. —Beauchamp se alejó. Un par de minutos después, abandonó el local.

Ana suspiró, dejó los libros de pintura, echó otro vistazo indiferente y, pasado el plazo que le había indicado, también salió de la librería. Tenía que volver a la casa cuanto antes y pensar cómo iba a afrontar las consecuencias de su escapada; porque, o mucho se equivocaba, o a esas alturas ya habrían avisado a Arlington de lo que había ocurrido.

3

Richard estaba en su club cuando le llegó la nota de Roberts.

Había pasado la mañana leyendo los periódicos y comiendo con algunos conocidos. Antes no solía

ir tanto, pero necesitaba desesperadamente llenar su tiempo, para intentar olvidar su situación con Ana y su compromiso con Arabelle. Cuando el camarero le llevó el sobre en una bandeja, tuvo una premonición y a punto estuvo de no aceptarlo. No deseaba abrirlo, ni leer su contenido.

Ojalá lo hubiese hecho.

No quería ir a casa de Ana, aún no se sentía preparado para afrontar aquel asunto. El dolor por el asesinato de sus hermanos no había menguado y no sabía cómo enfocar el hecho de la muerte de Cruz-Ortega. Estaba seguro de que, en cuanto Ana lo mirase a la cara, lo sabría, y él perdería el único medio realmente efectivo de controlarla.

Pero, Roberts no le hubiese pasado aviso, pidiendo que fuera cuanto antes, de no ser importante. Temiéndose lo peor, abandonó el club y se dirigió de inmediato hacia la casa de Ana. El reloj del salón estaba dando las cuatro y media cuando abrió la puerta. Roberts lo saludó con cara de circunstancias.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó. El hombre carraspeó.

—La señorita Ana salió sobre la una y no volvió hasta cosa de dos horas después. —Enrojeció hasta las orejas—. Lo siento muchísimo, Su Gracia. Supongo que utilizó una de las ventanas que dan al patio trasero. Quizá aprovechó el árbol que crece junto a la casa. Es la única posibilidad que se me ocurre.

Richard se llevó una mano a la frente. *Maldición*. Había cometido un terrible error, considerando que tenía la situación completamente controlada. Quizá ni siquiera fuera esa la primera vez que aquella maldita escapaba. La imaginó, con quien fuera que fuese su contacto, riéndose de él.

—¿Tienes idea de adónde fue?

—No, Su Gracia. No tuvimos la más mínima opción de seguirla. Nos tomó por sorpresa. Regina se encuentra hoy mal y había venido el doctor Gardiner, yo pensé que estaba con ella...

—¿Qué le pasa a Regina?

—Una avispa. Ha tenido una fuerte reacción, pero no se preocupe, parece que todo está controlado. El doctor Gardiner ha dicho que estará totalmente recuperada en unos días. El caso es que eso nos despistó y yo pensaba que la señorita estaba con Regina y Jones pensaba que estaba arriba. De hecho, quizá ni nos hubiésemos enterado de su salida, Arthur la vio por pura casualidad. Antes de que pudiera alcanzarla, la señorita cogió un coche de alquiler y se fue.

Richard se limitó a asentir ante el escueto informe. ¿Qué podía decir? ¿Que les pagaba lo suficiente como para no admitir el más mínimo fallo? De sobra sabía que no había sido culpa suya. Entre los cuatro guardias, dos de día y dos de noche, Arthur y la propia Regina, no eran suficientes para controlar a Ana a todas horas, pero no había querido contratar más personal por miedo a que la casa pareciera lo que era: una cárcel. Pues bien, se habían acabado las contemplaciones. Duplicaría, no, triplicaría el número de guardias. Eso, lo haría personalmente, al día siguiente, pero había otras

medidas de las que podía encargarse Roberts.

—Haz que talen inmediatamente ese árbol y todos los que queden demasiado cerca de la casa. Y ocúpate de encargar que venga alguien cuanto antes a enrejar las malditas ventanas. Todas.

—Muy bien, Su Gracia.

Si Roberts encontró excesivas sus órdenes, no dijo nada. Al contrario, en cuanto quedó claro que no iba a añadir ninguna más, aprovechó para escapar hacia la cocina antes de que a su patrón se le ocurriese echarle un sermón. Richard subió gruñendo las escaleras y entró en la habitación de Ana sin llamar. No se encontraba allí, pero la puerta del vestidor estaba abierta, así que se dirigió hacia él, dejando caer sobre el sofá, al pasar, la chaqueta y el sombrero. Conservó los guantes y la fusta.

Ana estaba sentada frente al tocador, vestida únicamente con unas medias blancas y una bata de encaje que no se había molestado en cerrar hasta el momento en el que lo vio reflejado en el espejo. Regina era la encargada de peinarla, pero ese día no estaba. Recordó que se encontraba enferma.

Ana estaba muy hermosa. Tras varias semanas sin verla, el corazón le dio un vuelco. Tuvo la sensación de haber tomado aire bruscamente, tras largo tiempo sin respirar. ¿Alguna vez había llegado a olvidar lo bella que era, lo mucho que la deseaba? No, nunca, ni durante un breve segundo. Ana se había recogido el pelo de una forma sencilla pero que le sentaba muy bien. En contraste con el cabello negro, su piel estaba muy pálida, aunque al percatarse de su presencia se extendió por sus mejillas un suave rubor. El azul de sus ojos refulgía.

—Richard... —dijo. Lo miró sobresaltada, con miedo, seguramente ya imaginando por qué estaba allí. Él se sobrepuso a la fascinación; la ignoró y paseó lentamente por la habitación, azotándose pensativo la bota con el extremo de la fusta, simulando estar muy interesado en la hilera de vestidos pulcramente colgados, en las baldas llenas de sombrereras, en el amplio surtido de guantes y cinturones...

Cuando se empezaron a oír los golpes secos que indicaban que estaban talando el árbol, se acercó a la ventana para asomarse. Era Arthur el encargado de la tarea, y se aplicaba a ella con ganas, hacha en ristre. Seguramente a él sí que le habían echado un buen sermón por no haber sido capaz de alcanzar a la prófuga. Richard se volvió hacia Ana. Ella le había estado observando, pero apartó al momento la mirada. Ja. Si pensaba que iba a salir de esa sin un buen escarmiento, estaba muy equivocada.

—Me alegro de verte —la oyó decir entonces. Su voz sonaba apaciguadora. Quería tranquilizarlo. Como si eso fuera posible—. De verdad, Richard. Te echaba de menos.

—¿En serio? Me sorprende. Ambos sabemos que eres una mujer muy independiente. —Se acercó a ella, que lo observó con cautela—. Y muy díscola. —Adelantó la fusta y, con dos movimientos secos y precisos, separó los extremos de la bata, dejando al descubierto sus pechos y prácticamente todo el resto de su cuerpo, puesto que el pesado encaje cayó a plomo a ambos lados de la silla. Ana no se movió, aunque su expresión adquirió una cualidad belicosa que no le convenía lo más mínimo. Richard deslizó lentamente la fusta, rozando apenas su piel, hasta que colocó la punta debajo de su

barbilla. Entonces, Ana trató de retroceder, pero se encontró arrinconada contra el respaldo de la silla—. ¿Dónde has estado?

—Richard...

—No me vengas con evasivas. Te he hecho una pregunta directa. —Empujó con la fusta, obligándola a alzar más la cabeza—. Y estoy esperando una respuesta.

—Yo... no voy a contestar a eso.

—Ah. ¿Por qué?

Ana lo miró a los ojos y él lo entendió perfectamente. Tenía razón, para qué hablar, ambos sabían la respuesta. Ella cogió la fusta con una mano, y la apartó, en un movimiento lento pero lleno de determinación. Se puso en pie, con una elegancia y una firmeza que lo desarmaron. La bata abierta no ocultaba nada, pero aun así se la quitó. La dejó caer al suelo, con un movimiento sinuoso de hombros, y quedó totalmente desnuda ante Richard, excepto por las medias blancas.

Maldita seas, pensó él, sabiendo que era a la vez una entrega y un desafío. Quiso retroceder, quiso exigir y dominar la situación de una forma civilizada, pero no pudo. Llevaba demasiado tiempo bajo presión y todo se descontroló. Ni siquiera fue más él mismo. En algún lugar profundo de su interior, el hombre inglés doblegado por siglos de convencionalismos desapareció, dejando paso al heredero de una larga saga de piratas; al dueño de aquella mujer, a la que deseaba con todas sus fuerzas y a la que aún tenía que domar.

La sangre de *Kaifar* bulló en sus venas, más densa, más roja, más apasionada. Agarró a Ana por el pelo y la atrajo, besándola salvajemente. Ella gimió. No hizo caso. Prácticamente, no podía oírla. El bramido era demasiado fuerte, demasiado ensordecedor.

La arrastró hasta el dormitorio y la arrojó sobre la cama. Richard se desnudó, rápida y precipitadamente, sin importarle que algún botón saltara o se desgarrase alguna costura, le separó las piernas violentamente y, sin preámbulos de ningún tipo, sin juegos amatorios, sin piedad, la penetró. Ana se mordió los labios con tanta fuerza que se provocó sangre.

Richard la besó, lamió la herida, se impregnó de su sabor, enterrando los dedos en sus cabellos, haciendo saltar las últimas horquillas que aún le quedaban. Adoptó, mientras pudo, el ritmo de los golpes del hacha en el jardín trasero, pero no tardó en resultarle insufriblemente lento. Otras veces, muchas, habían hecho el amor enfadados, pero en esa ocasión no había amor, no había afecto, no había nada que pudiera llevar el adjetivo de *compartido*. Richard estaba empachado de frustración, superado por la rabia y la pena, y buscaba únicamente su propio placer, su propio goce, embistiéndola tan salvajemente que la cama entera, una construcción pesada y sólida, crujía bajo su empuje.

Era el heredero del pirata que había conquistado *Kaifar*, que había aniquilado, dominado y poseído, y se comportaba con aquella hembra como su antepasado lo había hecho con las esclavas que había capturado.

Probablemente, luego, más tarde, se hubiese arrepentido de aquello, puesto que, en su locura, su única intención había sido tomarla por la fuerza, hacerle entender que era suya, que la posesión era completa e irrevocable. Sin embargo, Ana reaccionó ante su contacto con una pasión igualmente salvaje. En pocos segundos se retorció bajo su cuerpo, gritando, gimiendo, sollozando de pura satisfacción. Le rodeó las caderas con las piernas y apretó, animándolo a cabalgarla con más ímpetu.

Totalmente encendido, Richard se arrodilló, la sentó sobre sus muslos, para llegar más dentro, más fuerte, más intenso, y la obligó a arquearse, para poder disfrutar libremente de sus pechos, que besó y mordisqueó con avidez. Percibió las convulsiones de su orgasmo justo cuando él mismo llegaba al límite. La inmovilizó por las caderas, echó la cabeza hacia atrás y lanzó un grito tan potente que llegó a ahogar el emitido por ella. Richard se dejó llevar hacia el ansiado alivio; el placer adoptó la forma de un estallido, una corriente de fuego líquido, un auténtico terremoto, una convulsión que hizo crepitar cada centímetro de su cuerpo.

Pero, tras el instante de oscuridad, de la pequeña y deliciosa muerte a la que se vio arrastrado, quedó claro que ese alivio no era suficiente. Suspiró, sintiéndose completamente vacío, derrotado, y la soltó. Se dejó caer pesadamente, apoyando la cabeza en la almohada. Cuando volvió a ser capaz de moverse y de razonar contempló a Ana, quieta, aparentemente agotada, con los labios hinchados, los ojos cerrados. El recogido de su pelo había quedado deshecho por completo, y los rizos se extendían por la colcha como guedejas de ébano. La sujetó por la mandíbula y la obligó a volver el rostro hacia él.

—¿Dónde has estado? —Ella le miró con tal acusación en las pupilas, que estuvo a punto de gritar de frustración—. No vas a decírmelo, ¿verdad, perra? Ya me imagino por qué. Te ha faltado tiempo para correr a enviar algún mensaje o ponerte en contacto de algún modo. Eso, si es la primera vez. Dejémoslo en que es la primera vez que te descubren.

Ana no lo negó. Se limitó a fruncir el ceño y liberó su barbilla de un tirón. Intentó girar hacia el otro lado, dándole la espada, pero Richard la agarró por el hombro y lo impidió.

—¡Richard, no...!

—Cállate. Si no vas a contestarme no quiero oírte. —Ella apretó los labios, en un gesto muy elocuente—. Supongo que, en gran parte, es culpa mía. Crees que estás a salvo, que voy a defenderte siempre, a salvarte de tu propia estupidez. Pues escúchame atentamente, Ana: puede que yo no sea capaz de golpearte, de darte la lección que te mereces, pero si algo así vuelve a suceder, se acabó. Habrás llegado a mi límite. ¿Lo entiendes? —preguntó, zarandeándola—. Te juro que te venderé al lupanar más sucio y repugnante que pueda encontrar en *Kaifar*. Y si crees que esta tarde te he montado fuerte, espera a conocer a algunos de los que serán tus clientes.

Ana apartó la mirada, avergonzada por la crudeza de sus palabras. Richard se puso en pie de un salto, se vistió sin decir nada, haciendo caso omiso de los destrozos de su ropa, y se marchó.

Capítulo 10

Londres, agosto de 1875

1

La noche siguiente, Ana cenó sola. No se había vuelto a saber nada de Arlington y Regina todavía no estaba recuperada de lo ocurrido. Ella se había ocupado de las cosas de la casa y hasta había cocinado. No se le daba muy bien; los guardias no habían protestado, pero sí se habían mostrado más interesados que nunca por la pronta recuperación de Regina. Fue el único momento en el que había estado con alguien.

Otro día, seguramente lo hubiese lamentado, pero no ese. No olvidaba que tenía que llevar a cabo la misión que le había asignado Beauchamp: ir a casa de Arlington y conseguir aquellos documentos. Además, tras lo ocurrido con él, necesitaba hacer algo, cualquier cosa, para notarlo cerca. Se sentía como una herida abierta, como sin piel, vulnerable y sensible. El sexo con Arlington había sido salvaje, extraño, tan intenso... Allí estaba ella, como una tonta, suspirando y deseando que ocurriese otra vez, y él... A saber. Posiblemente no volvería a verlo en bastantes días, semanas quizá. Seguro que se sentía dolido con ella y enfadado consigo mismo por haber vuelto a caer de semejante modo en sus brazos.

Bueno, no le estaba permitido acercarse a él, pero iba a estar en su casa, podría tocar sus cosas, oler su aroma en su ropa. Eso podía ser suficiente de momento... *Soy patética*, pensó, enfadada consigo misma. Pero no tenía sentido lamentarse por lo que no podía controlar. Tenía que seguir colaborando con Beauchamp, por su madre y, ahora, por el propio Richard. Si había una confabulación para asesinar al duque de Oxford, ella tenía que estar en posición de poder ayudarlo.

Aunque no comprendía por qué no lo hacían ya y acababan con la historia...

Recogió lo de la cena y empezó a trazar un plan, reuniendo sobre la cama lo que iba a necesitar. Todavía conservaba los pantalones de su padre, los que había utilizado durante el asalto pirata, en el viaje hacia *Kaifar*. Los había guardado por puro sentimentalismo, sin llegar a imaginar que volverían a resultarle útiles, pero ahora se alegraba de semejante decisión. También rescató del fondo de un baúl una pistola, una daga, pues consideró que el florete solo iba a estorbar, y su juego de ganzúas.

Decidió esperar a que fuese lo bastante tarde como para que Arlington estuviese ya en su ronda habitual de fiestas, así que se sentó en el sofá, intentando relajarse, como le había enseñado Regina. A las dos en punto se vistió, se calzó unas botas blandas y cómodas, ocultó el cabello bajo una gorra y se echó una capa corta, oscura, sobre los hombros.

Optó por seguir el mismo camino que la otra vez. Sin el árbol, el descenso era más complicado, pero seguía siendo el más factible, porque la ventana que quedaba justo debajo tenía un remate de piedra en el que podría apoyarse, deslizándose desde la cornisa. Además, ahora contaba con la ventaja de una vestimenta más cómoda y apropiada que la de la otra vez. Bajó sin mayor problema,

cruzó el terreno, saltó la tapia que rodeaba el jardín y se encontró en las calles de Londres.

Se dirigió hacia Center Street, embozada en su capa oscura, tanto para evitar miradas perspicaces como para ahuyentar el frío nocturno. Esa noche había bajado la temperatura y había mucha niebla, una cortina lechosa y densa que a veces la obligaba a detenerse, desorientada, sin ver más allá de unos pocos metros. Sus pasos apenas levantaban sonido alguno en la noche. Desde luego, nada comparado con la algarabía de las mil fiestas que tenían ocupados a los miembros de la alta sociedad, aliviando su tedio. Ana pasó de largo frente a muchas mansiones fuertemente iluminadas, con un buen número de coches aparcados por todas partes. Ninguna de ellas le llamó especialmente la atención, hasta llegar a la de Lord Rutledge.

Ana se detuvo en mitad de la calle, sin poder creérselo.

Allí estaba Arlington, elegante, increíblemente atractivo, riendo mientras ayudaba a una delicada Arabelle Staunton a bajar de su carruaje. Debían venir de alguna otra fiesta, en la ronda obligada de quienes recibían varias invitaciones para la misma noche y deseaban cumplir con todos sus anfitriones, y estaban con ellos los padres de la joven, así que el asunto parecía ser más bien serio. Juntos, entraron en el edificio y el coche se movió para dejar espacio a otro recién llegado.

Ana se sintió ridícula. Había estado tan hundida por culpa de Beauchamp y las mentiras en las que tenía que moverse, que nunca se hubiera imaginado que la auténtica amenaza a la hora de poder perder a Arlington podía venir de otro lado, ni que era tan grave. Si estaba con los Staunton, así, era que se avecinaba un compromiso de matrimonio, si es que no se había celebrado ya. Era algo que Arlington siempre le había dejado claro: al margen de la relación que tuviese con ella, aunque siguiera reteniéndola como su amante por siempre, él tenía que casarse con alguien de su entorno para mayor gloria de su título, asegurándose una descendencia socialmente adecuada. Pero, aunque lo supiera, aunque hubiese estado al tanto de la posibilidad, verlo como un hecho consumado dolía.

Ana contuvo las ganas de seguirles y montar una escena. Lo único que iba a conseguir con el escándalo era que se dijese que la española no sabía comportarse con propiedad. No tenía sentido, ni tampoco el ceder a las lágrimas que pugnaban por escapar, pese a lo mucho que apretaba los dientes. En su lugar, les dio la espalda y continuó con sus propios planes.

La impresionante mansión que Arlington mantenía en Londres no tenía una vigilancia aparente, aunque no dudaba de que hubiera un buen número de criados y guardias en el interior y quizá en el edificio anexo a la enorme caballeriza. La rodeó y saltó la tapia del jardín por la parte trasera. La mansión tenía un terreno extenso y bien cuidado, con árboles, bancos y fuentes, y senderos de tierra pulcramente marcados entre los macizos de flores, todo iluminado por farolas de gas.

Sin mayor problema, forzó la puerta trasera y llegó hasta la cocina, un lugar espacioso y muy ordenado. En la gran cocina el fuego estaba completamente apagado, no quedaba ni un rescoldo, así que supuso que hacía horas que los criados se habían retirado a descansar. Probó un par de puertas hasta dar con la que daba al pasillo que conducía al vestíbulo. Todo estaba en sombras y en absoluto silencio.

Se movió con sigilo por la planta baja hasta encontrar el despacho, justo al lado de la enorme

biblioteca, y se encerró dentro para poder encender el cabo de vela que siempre llevaba consigo a esa clase de misiones. El despacho era enorme y todo el fondo formaba una gran ventana que daba al jardín. Las cortinas estaban parcialmente echadas, pero no del todo, y el paisaje que se veía al otro lado, la noche iluminada con las farolas de gas, una fuente, los setos cuidadosamente recortados, era mágico. ¡Qué sitio tan bonito! Qué podía sentirse, siendo la señora de un lugar semejante... No, mejor no pensar en eso. No era momento para dejarse llevar por la amargura.

Tal como le dijo Beauchamp, había dos escritorios, uno grande y elegante, y otro menos lujoso, situado en una esquina. El del secretario, sin duda. De todos modos, registró los dos, el grande primero, por si encontraba algo personal de Arlington. Pero no había nada reseñable. Los cajones estaban prácticamente vacíos, no había papeles relevantes ni nada fuera de lugar.

Luego examinó la habitación al completo, buscando alguna caja fuerte, o algún compartimiento secreto, pero allí no había nada, cosa que tampoco la tomó por sorpresa. Era lo que parecía: un despacho elegante, pensado para recibir e impresionar, pero no para trabajar. Excepto el secretario, claro.

La mesa pequeña sí que parecía utilizada, con sellos y plumines, y toda clase de material de oficina en uso. Encontró el compartimento que le habían descrito y forzó la cerradura sin mayor problema... pero estaba vacío.

—Maldita sea... —susurró Ana. ¿Y ahora, qué?

Podía irse sin más, porque Beauchamp le había dicho que mirase allí y ya lo había hecho: lo que fuera, simplemente, no estaba. Pero la cosa iba a quedar en una cuestión de confianza, y no le agradaba la idea de deberle un favor. Quizá habían cambiado la correspondencia de sitio. Conociendo a Arlington, debía tener otro despacho privado, posiblemente en su habitación o cerca, en el que trabajar. Le gustaba tener un rincón así, lo tenía en *Kaifar* y hasta en la propia casa de Ana, aunque allí no lo usase para mucho.

Apagó su vela y volvió al vestíbulo. Tratando de no hacer ningún ruido, subió al segundo piso por la impresionante escalera de mármol que se abría en dos en ambos extremos.

Una vez arriba, comprobó sigilosamente algunas puertas hasta dar con el dormitorio de Arlington. Supo al momento que lo era por pequeños detalles que pudo reconocer, cosas que le pertenecían y que estaban por allí esparcidas; luego, pudo comprobarlo con mayor seguridad, al encontrar sus ropas en armarios y baúles.

Se veía bastante bien en aquel lugar, incluso sin necesidad de encender la vela, porque en la chimenea, de dimensiones descomunales, ardía un espléndido fuego que mantenía el lugar caliente y confortable. Había dos puertas, además de la que daba al pasillo. Una, conducía a un vestidor, que a su vez comunicaba con un espacioso cuarto de baño, tan grande como su propio dormitorio.

Al abrir la otra, se encontró en un despacho más pequeño que el de abajo, pero mucho más saturado de objetos.

La luz de la chimenea no abarcaba tanto. Ana tuvo que encender su vela para registrar el sitio. Moviéndose con rapidez, no tardó en descubrir el cajón secreto en el escritorio, que únicamente contenía una pistola, y la caja fuerte astutamente oculta en la parte baja de un busto de Virgilio, tras la placa con la frase “*Ad Iove principium*”, que tradujo por un “*Empieza por lo importante*”. Pues bien, por allí empezaría, aunque resultaba bastante difícil de abrir, porque además de la cerradura tenía un sistema mecánico de combinación.

Armada de paciencia, abrió la cerradura con las ganzúas y estuvo lo que le parecieron horas girando la rueda, primero en un sentido, luego en el otro, mientras los resortes iban saltando uno a uno. Empezaba a desesperar cuando por fin captó un *clic* distinto, el mecanismo entero crujió, y la puerta se abrió por sí misma.

En el interior del compartimento encontró una cantidad enorme de dinero, papeles bancarios, títulos de propiedad, una caja con varias condecoraciones, y algo de correspondencia, entre otros, un sobre grueso, como se lo había descrito Beauchamp. Iba a cogerlo, cuando vio que otra de las cartas era del marqués de Castro. Curiosa, la extendió y la leyó. Casi creyó ponerse enferma ante el cúmulo de amenazas e insultos. Castro acusaba a Arlington de haber asesinado a su hijo Pablo, juraba venganza.

—Yo soy su venganza —susurró Ana, con amargura. ¿Podía ser eso? ¿Por esa razón la habían puesto en su camino? Claro que sí. Beauchamp debía haberle contado lo ocurrido entre ellos, y fue el punto de partida para su participación. Quizá no era la venganza de Castro al completo, pero sí gran parte. Formaba parte de un todo, como lo formaban las muertes de Andrew y Charlie, Beauchamp y hasta la propia Regina. Aquello no tenía nada que ver con el país, ni con secretos de estado. Simplemente, Castro estaba usando sus recursos oficiales para una cuestión personal. En la distancia y en el tiempo, aquel noble español estaba apretando en su puño el mundo de Arlington.

Claro que, quizá él ya lo sabía, o al menos lo sospechaba. Nadie que hubiese recibido una carta como la de Castro hubiese podido olvidarla, jamás.

Pero, por mucho que la inquietase, en esos momentos debía dejarla a un lado. Cada segundo infiltrada en aquella casa suponía una cuestión de suerte y aún tenía que revisar el sobre grueso. Lo acercó a la vela. El sello estaba roto, lo que la llevó a pensar que Arlington ya había examinado su contenido. Lo extrajo y empezó a revisarlo.

—Oh, Dios mío... —susurró. Eran informes llegados desde Lisboa. Una relación exhaustiva de sus propios movimientos, y también de los de Charles Mallory y Lazarus Newbody. Sobre éste último se incidía especialmente, en respuesta a peticiones concretas. Había incluso un retrato bastante bueno, realizado a plumilla por un dibujante de la policía portuguesa, en base a declaraciones de los propietarios del hotel en el que se habían alojado.

Ana se llevó una mano al corazón, que latía atronadoramente dentro de su pecho. ¿Lo habría relacionado Richard con el hombre que se le había acercado en aquella fiesta? No estaba segura, quizá no llegó a verlo bien... Y había pasado tiempo desde entonces, lo más probable era que ya no recordase sus rasgos. Esperaba que así fuese, pues, de otro modo, iba a verse metida en serios problemas.

Un crujido la sobresaltó. Alguien había entrado en el dormitorio. Alarmada, apagó la vela de un manotazo. Al hacerlo, se le escapó de entre los dedos. La oyó rodar, en la oscuridad. *Mierda*, pensó. Extendió una mano, tanteando, pero no la localizó y no tenía tiempo para ponerse a buscarla. Metió los papeles en su sobre, sin importarle que se arrugasen, y los guardó en un bolsillo mientras se dirigía hacia la ventana. La abrió y salió al alféizar, volviendo a cerrarla hasta dejar solo una rendija. Debía tratarse de algún criado que iba a comprobar si el fuego se había apagado y tras su marcha ella podría abandonar la mansión por la misma ruta por la que había entrado.

Pero, como siempre, la suerte le dio la espalda.

La puerta del despacho se abrió.

Alguien se movió por allí, con una vela, tropezó con algo y lanzó una maldición. Ana reconoció el tono de Arlington. Aterrada, sin pensárselo dos veces, empezó a descender, sujetándose a la hiedra que cubría la fachada casi por completo. Era gruesa, y resistente, al menos demostró ser lo suficientemente fuerte como para aguantar su peso, si bien con algún que otro sobresalto. Pero no había avanzado mucho, cuando la ventana se abrió bruscamente. Distinguió una silueta, inclinándose sobre el alféizar.

La luz se reflejó en algo metálico.

—¡Eh, usted! —gritó Arlington—. ¡Deténgase! ¡Deténgase, o disparo!

No dispires. Por Dios, no dispires. Ana se dejó caer los casi cuatro metros de altura que aún le restaban. Chocó de pies contra el suelo, rodó dolorosamente hasta alcanzar la protección de un seto y trató de incorporarse. Ahogó un aullido cuando descubrió que tenía un tobillo lastimado, quizá roto. La mente se le llenó de sombras, pero se sobrepuso, porque no tenía tiempo para desmayarse. Arlington estaba en el alféizar, al parecer dispuesto a perseguirla siguiendo el mismo camino. Ana corrió como pudo, atravesando el jardín, que le pareció muchísimo más grande que a su llegada, hasta el muro que delimitaba los terrenos de la casa. Lo saltó, cruzó la calle, se metió en un callejón y se escondió tras unas cajas.

Escuchó los pasos de Arlington, corriendo, yendo de un lado a otro, deteniéndose muy cerca, pero estaba oscuro y la niebla debió desalentarlo. Tras maldecir como un auténtico carretero, se alejó, probablemente para regresar a su mansión. Ana se quedó allí durante bastante rato, tratando de recuperarse. Cuando se puso en pie, supo que había sido un error. El tobillo le dolía terriblemente, más, incluso, que antes.

Apretando los dientes, emprendió el largo camino de vuelta a casa.

Richard se sentía de un humor de mil diablos, y no era para menos.

Había pasado mal día, dando vueltas a lo ocurrido con Ana. Estaba claro que debía hacer algo al

respecto, empezando por sacarla de Londres y conseguir incomunicarla por completo. Las otras opciones eran entregarla al *Grupo* o dejarla libre, claro. Pero, la primera estaba descartada y sobre la segunda no quería ni pensar, y no solo porque la necesitase a su lado. Si la dejaba ir, y seguía trabajando para los españoles, tarde o temprano uno de los suyos la eliminaría, o ella terminaría con él, convirtiendo a Richard en colaborador necesario de esa muerte. O, peor, ellos dos volverían a encontrarse, en bandos contrarios y en una situación difícil segura. Y entonces, ¿qué? ¿Se iba a dejar matar? ¿Sería capaz de eliminarla?

Pensaba en ello mientras se preparaba para salir esa noche y bastante le dolía ya la cabeza. Quería distraerse, de modo que se le ocurrió echar un vistazo al correo, que llevaba sin comprobar ya varios días. Pidió a un criado que le sirviera un coñac y él fue al despacho de abajo. El correo siempre se lo entregaban a su secretario, el señor Barnes, y en otras circunstancias se hubiese limitado a ordenarle que se lo llevase, pero justamente en esos momentos había salido a hacer un trámite en el despacho de sus abogados, así que buscó él mismo en su mesa. En el lugar de siempre había un buen montón de cartas. Lo cogió todo, incluso un sobre muy grueso que estaba colocado aparte.

Con la copa, se sentó a revisarlo todo, dispuesto a relajarse por el viejo sistema de aburrirse mortalmente. Había un buen montón de mensajes, siempre recibía mucha correspondencia: cartas de sus abogados, de sus administradores en las fincas, peticiones de distintas organizaciones benéficas, de conocidos en Inglaterra y en el extranjero y, sobre todo, innumerables invitaciones a distintas fiestas que fue apartando con expresión de profundo tedio.

Sufrió un sobresalto al ver que el sobre gordo había llegado desde Lisboa.

Justo en ese momento, el señor Barnes tuvo la mala fortuna de entrar en el despacho. Siempre le había parecido que tenía aspecto de inofensivo gnomo, porque era bastante bajo y muy delgado, y tenía un pelo muy abundante pero canoso, pese a que tampoco debía ser muy mayor. Richard sospechaba que Barnes era homosexual, aunque no era algo que le hubiese preocupado mucho, no se metía en los gustos de nadie. Le causaba una curiosa impresión de fragilidad y solía tratarlo con cuidado; sin embargo, en esos momentos no estaba para contemplaciones. El hombrecillo se mostró aterrado ante sus gritos y admitió que ni siquiera había comprobado el correo los últimos días, se había limitado a amontonarlo a la espera de cambios. No lo dijo, pero Richard supuso que esa dejadez en sus funciones se debía a la indiferencia que él mismo había mostrado por todo lo que no fuera beber, maldecir y lamentarse, metido en la cama.

Que tuviera cierta razón no sirvió para excusarlo. Lo despidió con cajas destempladas y de paso echó una bronca monumental al mayordomo, incluso al criado que le había servido el coñac, hasta el punto de que también temieron por sus empleos.

Enojado, se puso a revisar el contenido, y entonces sufrió el segundo sobresalto. Entre los muchos informes que le había enviado el agente, había un retrato, un hombre barbudo de mirada dura.

Lo reconoció al momento.

Era el individuo que había estado hablando con Ana en aquella fiesta, unos dos meses atrás. Jamás olvidaría su rostro y no le cabía la menor duda, era él.

Richard lo contempló largamente, con una sensación de fría familiaridad asentándose en sus huesos. Lo conocía de algo, y mucho, de eso estaba cada vez más seguro. Era tan inquietante aquella intuición, que se negó a levantarse de la silla sin saber quién era, por lo que mandó un mensajero a casa de Arabelle para avisarla de que se retrasaría, animándola a iniciar la ronda de fiestas con sus padres y prometiendo alcanzarla lo antes posible. Armado con otro coñac y grandes dosis de paciencia, se enfrentó al rostro de papel, totalmente decidido a ganar aquella batalla.

Estaba claro que, tal y como aparecía allí, había algo que no encajaba y que lo desconcertaba. Podía ser que le hubiera conocido de otro modo y hubiera alterado drásticamente su físico, disfrazándose. Aquella era una habilidad que cualquier espía que se preciase debía dominar en mayor o menor medida, él mismo había adoptado aspectos muy distintos durante la época en que estuvo de servicio. Trató de imaginárselo de otro modo, lo más diferente posible de como aparecía allí, con el pelo claro, sin barba, incluso más joven, ya que habían pasado varios años desde que dejó de ver a sus colegas y enemigos. Tardó casi media hora en darse cuenta de quién era y entonces la sangre se le heló en las venas y estuvo a punto de lanzar un grito de rabia.

¡Era Beauchamp, el maldito Beauchamp!

Richard se puso en pie, golpeando la superficie del escritorio con las manos, a ambos lados de aquel rostro odioso. Aquello sí que no se lo esperaba. Ana le había mentido, le había traicionado de una forma absoluta y completa, que no podía permitir, ni perdonar. Estaba tan alterado que pensó que le fallaría el corazón, que le daría un ataque. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para controlarse y, aun así, no pudo evitar las lágrimas, de rabia, de pena, de total y absoluta frustración. Era inútil. Todo lo que hiciera para salvar esa relación era inútil. Se empeñaba en intentar conciliar sus posiciones y jamás iba a lograrlo. Omar tenía razón. No podía echar en cara a Ana que tomara parte por su país, era una lealtad comprensible. Pero tampoco era algo que pudiera salvarla.

Aunque, quizá estaba enfocando mal el asunto... Había llegado a conocerla lo suficiente como para saber que Ana amaba su país, pero era persona de fuertes lealtades personales, no de grandes patriotismos. Quizá estaba intentando ayudar a su gente porque tenía amigos y personas importantes implicadas. Pero, ¿quién podía ser tan importante para ella como para arriesgarse tanto? ¿Como para mentirle de semejante forma, estando tan cerca?

Miró el retrato.

No, no era posible. Eso sí que no era posible...

Pero, en cuanto a Ana, había creído imposibles muchas cosas, para luego terminar dándose de bruces con la realidad. Por eso estaba allí, solo. Por eso se moría por dentro y no sabía cómo afrontar su vida.

Se derrumbó en un sillón, frente al fuego, atormentado por la culpa que siempre lo rondaba desde que supo de las muertes de Charlie y Andrew, y la angustia que sufría cada vez que ansiaba hacerle el amor a su asesina. Bebió, maldijo, lloró; le llevó mucho tiempo, mucho, remontar ese momento y luego, realmente, no se sintió mejor.

De haber dispuesto de una simple hora más, hubiera ido inmediatamente a la casa de Ana para pedirle explicaciones, o arrancárselas por la fuerza, de ser necesario. Pero, no, no podía ofender de ese modo a Arabelle. Le estaba esperando, era su prometido, y no acudir hubiera supuesto un gran insulto para ella y sus padres.

Cuando los alcanzó, en la fiesta de lady Feather, estaba lo suficientemente recuperado como para sonreír sin demasiado esfuerzo, e incluso contribuir con algo de ingenio a una conversación por lo demás tediosa. Recibió cientos de felicitaciones que no quería, ya que, al parecer, todo el mundo estaba enterado de su compromiso con Arabelle y de que al día siguiente se formalizaría por medio de su publicación en los periódicos.

Lo peor fue escuchar los rumores sobre la corte española. Aquel Alfonso XII, que había llegado dispuesto a ser rey pero aportando algo bueno al mundo, o eso pretendía, tenía en jaque a su gobierno y a su propia madre, Isabel II, por su empeño en casarse con su prima María de las Mercedes de Orleans. Al parecer, unos años antes, en mil ochocientos setenta y dos, los jóvenes habían comenzado un asunto amoroso. En aquel entonces ella solo tenía doce años. Nadie le dio, lógicamente, demasiada importancia.

Pero, para enojo de muchos, la relación parecía resistir el paso del tiempo. Algo nada conveniente, puesto que ahora, ya convertido en rey, el tema del matrimonio de Alfonso era más que nada un asunto de estado para su gobierno, que deseaba para él una princesa europea. De hecho, aquella noche, en todos los salones londinenses se comentaba que aspiraban al enlace con la princesa Beatriz, hija de la reina Victoria, lo que establecería firmes lazos de amistad y parentesco entre Inglaterra y España. Siempre y cuando, según consideraba Arlington, resultase un matrimonio mejor que los organizados en otras épocas, como el de María Tudor con Felipe II, o el de Enrique VIII con Catalina de Aragón, que provocó el cisma religioso que desembocó en el nacimiento de la iglesia anglicana.

Pero Alfonso XII estaba realmente obcecado en mantener su relación con su joven prima, incluso a pesar de la oposición de su madre, Isabel II, que había tenido un enfrentamiento con el padre de la joven, Antonio de Orleans, duque de Montpensier y prefería buscar otras opciones, aunque María de las Mercedes fuese la hija de su hermana, la infanta Luisa Fernanda. Pero nada de todo eso había conseguido hasta entonces desalentar al joven y enamorado Alfonso de su empeño y se decía que, si conseguía mantenerse firme, habría boda real en poco tiempo, un par de años a lo más.

Arlington pensaba en ello con algo de envidia. Aquel rey español tenía una situación mucho peor que la suya y, allí estaba, mostrando coraje y orgullo, enfrentado a todo y a todos. Dispuesto a hacer cualquier cosa por amor. Claro que no imaginaba a María de las Mercedes colaborando con los franceses en su contra. *¿Y qué más da?*, pensó. La diferencia no estribaba en estar seguro o no del amor de Ana. En realidad, en el fondo sabía que lo quería. Habían vivido demasiadas circunstancias, situaciones demasiado extremas, como para no percibir con claridad esas cosas. Cuánto y hasta qué punto, era el problema.

Intentó apartar todo eso de su mente, algo que no le resultó muy sencillo. Tuvo que bailar, saludar a gente que le traía sin cuidado, y peregrinar de fiesta en fiesta, a la espera de que Arabelle y sus padres considerasen que ya habían trasnochado lo suficiente. Fue, sin lugar a dudas, un auténtico

tormento, peor que cualquier batalla, que cualquier misión en la que se había visto implicado, nunca. Por suerte, la madre de Arabelle escogió esa noche para reavivar el mito de su jaqueca, de modo que se retiraron relativamente pronto. Cuando, finalmente, se encontró a solas eran más de las cuatro, seguro que Ana llevaba horas dormida, pero Richard decidió pasar por su casa de Central Street, recoger la documentación, e ir a visitarla. Sabía que, si no obtenía respuestas, no sería capaz de dormir.

Tuvo la sensación de que algo andaba mal desde el momento en el que puso la llave en la cerradura, pero lo achacó al malestar que sentía. Subió al piso de arriba y cruzó su habitación en dirección a su despacho privado, con la intención de coger la documentación y la pistola. No estaba seguro de a quién le pegaría un tiro, pero veía poco probable que no disparase al menos una vez esa noche.

Por desgracia, el ladrón se le había adelantado. Al entrar en el despacho, Richard pisó algo y estuvo a punto de caer. Era un cabo de vela diminuto. La tocó con un dedo; la cera todavía estaba caliente, líquida junto a la mecha. Un rápido vistazo al busto de Virgilio, le indicó que había sido violado. Se habían llevado el sobre con la documentación de Lisboa, dejando el dinero, lo que implicaba algo que ya sabía: no se trataba de un ladrón corriente, sino de un agente enemigo. Quizá, el propio Beauchamp en persona. Maldiciendo, cogió la pistola y se volvió hacia la ventana, entreabierta, el único medio de escape posible para el desvalijador.

Nada más asomarse, lo vio, una sombra oscura descendiendo por la pared de la casa. El tipo, menudo, lo bastante ligero como para que la hiedra aguantase su peso, debía estar loco o desesperado, porque no hizo caso de sus advertencias. Richard estuvo a punto de disparar, pero se resistía a matar a alguien de ese modo, sin ser una amenaza directa; además, quería interrogarlo y, muerto, no le servía de mucho. En vez de eso, trató de seguirle, pero, aunque el tipo parecía cojear, debía haberse hecho daño al efectuar aquel arriesgado salto, había demasiada niebla y lo perdió en la noche.

Maldición, maldición, maldición. Estaba visto que no podía salirle nada bien. Renunció a la persecución y decidió ir de todas formas a casa de Ana. Aunque no tuviera los documentos, sí podía plantear las preguntas. Luego, a primera hora, avisaría a Lester de lo ocurrido y se lo contaría todo, absolutamente todo. Ya no podía, ni quería, seguir retrasándolo. Si había un agente enemigo en Londres, fuera Beauchamp o cualquier otro, había que detenerlo, y ella debía asumir las consecuencias de sus actos.

Con los ánimos así, llegó a la casa de Ana, saludó al guardia de noche que estaba sentado en la garita que habían organizado en lo que antes era un pequeño recibidor. Se trataba Finch, por lo que sabía, cuñado de Roberts, que era quien lo había recomendado. El otro estaba haciendo una ronda a la casa, según fue informado. Richard asintió y se dirigió al dormitorio. Entró en silencio, con la idea de despertarla en el momento adecuado, y contempló el lecho vacío.

No estaba.

Durante unos segundos, simplemente no pudo creérselo. Aquella loca había vuelto a hacerlo, había vuelto a escaparse, haciendo caso omiso de sus advertencias. ¿Y a dónde demonios había ido, en

plena noche?

Una sospecha terrible se fue abriendo paso en su mente.

Aunque no lo crea, soy buena escalando, le había dicho en *Kaifar*, y la figura que había escapado de su casa había demostrado ser ágil y de poco peso. Ella estaba más interesada que nadie en interceptar esa correspondencia de Lisboa, o al menos tan interesada como el propio Beauchamp. Quizá hasta le había dado la orden el día anterior, durante su encuentro.

Su encuentro... Imaginarla con Beauchamp le provocó un sudor frío. ¿Se había acostado con él? ¿Lo amaba? Recordó lo que había pensado de Ana y las lealtades personales. Cada vez parecía más cierta aquella posibilidad. Si ocultaba a Beauchamp, si luchaba tan desesperadamente por seguir colaborando con él, debía ser porque había lazos muy fuertes que los unían. Richard apretó los puños. Los celos lo corroían, y la certidumbre de que era aquello lo que más le dolía, lo que no podía soportar, lo llenó de vergüenza. Comprobó que la ventana del vestidor estaba entreabierta, por lo que supuso que el pobre árbol había muerto para nada.

Se sentó ante el tocador y se dispuso a esperar.

3

No tuvo que hacerlo por mucho tiempo. Media hora después, una figura embozada en una capa oscura alcanzó la ventana y se introdujo torpemente en la habitación. Ana, podía ver su silueta a la luz de la luna, se quitó la gorra, dejando escapar su largo cabello negro y, cojeando, trató de alcanzar la silla. Richard atrapó una de sus manos por la muñeca, la hizo girar, la levantó por la cintura y la llevó al dormitorio, ignorando sus gritos y sus pataleos. Una vez allí, la arrojó sobre la cama. Ana se volvió de un brinco, apartando la capa, que había caído sobre su cabeza, y le miró asustada.

—Maldita ramera —murmuró Richard, entre dientes. Le dio un puñetazo a una de las columnas del dosel. Dolió, pero mejor eso que golpearla a ella. Luego sí que gritó, sí—: ¡¿Qué es lo que pretendes hacer conmigo?! ¡¿Eh?! ¡¿Qué pretendes?!—

—No... no sé de qué me hablas —replicó Ana, con poco convencimiento.

—¿No? —Trató de contar hasta cinco, luego hasta diez, pero llegó hasta veinte y no había conseguido relajarse lo más mínimo. Respiró pesadamente, con los puños apretados—. Dame los documentos.

Ana permaneció inmóvil varios segundos, con cara de estar preguntándose si era un farol, o si hablaba con conocimiento de causa. Debió decantarse por la segunda opción, porque sacó el sobre del interior de su chaqueta y lo arrojó al pie de la cama.

En ese momento, llamaron insistentemente a la puerta.

—¿Señor? ¿Señorita, está bien? —Eran las voces de Finch y el otro guardia, llenas de alarma.

—¿Se encuentra perfectamente! —respondió por ella. *Al menos, de momento*—. ¡Largo! ¡No quiero que nadie nos moleste! ¿Está claro?

—Sí, Su Gracia —se oyó a Finch al cabo de un momento, no del todo convencido. Richard tomó el sobre y comprobó rápidamente su contenido. Estaba todo.

—Tenemos asuntos muy importantes que atender, señorita Cruz-Ortega —dijo, en tono engañosamente ligero—. ¿No crees?

Ella se incorporó, con mucha precaución, hasta quedar sentada en el centro de la cama, a una distancia equidistante de cualquier punto de fuga. Pobre incauta. Como si tuviera la más mínima posibilidad de escapar.

—Supongo que sí.

—Me alegro de que, al menos en algo, estemos de acuerdo. —Richard revolvió entre los papeles y le mostró el retrato de Beauchamp, arrojando el sobre con el resto a un lado—. Bien, empecemos por el principio, o por lo más importante, en mi opinión. ¿Quién es este hombre?

Ana tragó saliva.

—Lazarus... Lazarus Newbody.

—Lazarus Newbody. —Lanzó una carcajada, exenta de toda alegría—. Buen nombre. Muy apropiado. Pero, tú y yo, que somos muy listos, sabemos perfectamente que no es el auténtico. Tienes dos segundos para decírmelo. Dos. ¿No? —Antes de que le diera tiempo a reaccionar, se arrojó sobre ella, que gritó y trató de rechazarlo sin éxito. Richard la sujetó por las muñecas con una sola mano, colocándoselas por encima de la cabeza, y le tiró del pelo para obligarla a mirarle de frente—. ¡Dímelo! ¡Lo sabes muy bien! ¡Si me obligas a decirlo a mí, te daré una bofetada!

—¡No sé a qué te refieres!

La palma de Richard la abofeteó con fuerza. Ana gritó y lo miró aterrada.

—¿Lo sabes ahora? Vamos, dílo. —Ella negó con la cabeza, al borde del ataque de histeria. Estaba tan indignado que no le importó—. ¡Es Beauchamp! —gritó, estampándole el papel en la cara—. Tu querido amante que luego resulta que no lo era, pero sí, pero no. Beauchamp, Beauchamp el fallecido, Beauchamp a quien tan certeramente le metiste un tiro en pleno corazón, según tu emocionante historia. Maldita traidora, furcia mentirosa. ¿Has estado viéndote con él, no? Aquella noche, en el baile, cuando os sorprendí charlando, no era la primera vez, ¿verdad? Y ayer acudiste a una cita con él.

—¡No es verdad! ¡No es verdad!

—¿Qué demonios no es verdad?

—¡Aquella fiesta... era la primera vez que le veía, desde Lisboa! ¡Te lo juro, Richard! ¡No sabía

nada de él!

—¿Y qué demonios fue a hacer a Lisboa? ¿Y por qué me mentiste? Beauchamp era tu enemigo, pertenecía al bando contrario... —se interrumpió, cuando una idea luminosa se abrió camino en su cerebro—. ¿O no era así? Los españoles lo ayudasteis a desaparecer del mapa. ¿Por qué? Solo hay una respuesta. Se cambió de bando. ¡Se cambió de bando! ¡Oh, Dios! —La cogió por el cuello y durante un segundo pensó que no podría contenerse. La oprimió contra el colchón—. ¡Está vivo y no me lo dijiste!

—No podía hacerlo. —Ana agitaba la cabeza, en un inútil esfuerzo por soltarse. Unas lágrimas se deslizaron por sus mejillas—. No podía. No lo entiendes.

—¿Que no lo entiendo? Pues claro que sí. Tenemos la misma profesión, amor mío, aunque me perdonarás si te digo que tus cualidades son prácticamente nulas. Quizá no sea culpa tuya, al fin y al cabo te entrenó Beauchamp y él nunca destacó demasiado en estos temas. Me parece perfecto, una gran virtud por tu parte, demostrarle tanta lealtad, pero se acabó. Simplemente, se acabó. ¡Llevo meses, meses, avergonzándome de mí mismo, sintiéndome sucio cada vez que me acuesto con la mujer que mató a mis hermanos!

—¡Déjame, Richard. Me haces daño!

—¿Daño? Ni te imaginas la suerte que tienes. —La apartó de un empujón. Se levantó de la cama, intentando calmarse. Caminó de un lado a otro y maldijo en varios idiomas. Para cuando volvió a encararse con ella no estaba más tranquilo, pero sí pudo simularlo—. Según esos informes, Charlie y Beauchamp llegaron juntos al hotel y tomaron habitaciones contiguas. Dijeron que eran amigos, que estaban de viaje por el continente. Eso, solo puede indicar una cosa: en algún momento, Beauchamp se presentó a Charlie como agente del Servicio Secreto inglés. Y tú lo sabías, ¿verdad?

—Richard, yo lo siento, pero...

—No. Basta de excusas. Dime la verdad. Dime la verdad ahora mismo, o no respondo de mis actos. —Sacó la pistola y la apuntó—. No puedo más, te advertí de que estaba llegando al límite y ha ocurrido. Puede que me cueste la cordura, que lo lamente el resto de mi vida, pero, o hablas en este preciso momento, o te juro que... —Titubeó y añadió con cansancio— te entregaré a quien no le importe usar cualquier medio para arrancarte la historia y toda información útil. Es algo que le debo a Andrew, a Charlie y a lo que queda de mi familia. ¡Habla!

Ana lo estudió con fijeza. Por su cara pasó una sucesión de expresiones, a una velocidad vertiginosa, delatando su lucha interna. Finalmente, sus hombros se hundieron. El único color que quedó en su rostro, fue el de sus pupilas.

—No puedo... Perdóname, Richard, pero no puedo, ni siquiera por salvarme a mí misma...

Richard tragó saliva. Sentía un peso enorme en el pecho y sabor a ceniza entre los labios. Bajó la pistola.

—Entonces, que Dios tenga piedad de nosotros, Ana, porque tampoco puedo hacer otra cosa. Levántate de ahí. Tenemos que irnos.

La puerta se abrió de golpe. Richard se giró, alzando instintivamente en el movimiento la mano con la pistola para apuntar hacia allí, pero se contuvo al ver entrar a Regina, pálida, todavía con el rostro bastante hinchado. Bajó otra vez el arma y dio un paso hacia ella, furioso.

—¡Regina! ¡Creo haber ordenado que no se nos moleste!

Ella no pareció impresionada. Seguro que lo había oído todo y acudía en defensa de su señora. Hasta le mantuvo la mirada sin mayor problema, cosa que no solía hacer.

—Tienen a su madre —dijo.

—¡Regina! —exclamo Ana, sorprendida, aunque no tanto como él. Richard parpadeó.

—¿Qué? —Eso sí que no se lo esperaba. Se volvió hacia Ana—. ¿Tu madre? ¿Qué significa que la tienen? ¿No había muerto?

—Regina... —repitió Ana, aunque en un susurro. Casi parecía mirarla con agradecimiento, o con alivio. Regina agitó la cabeza.

—Debe decírselo, señorita. Ahora mismo. Tiene que saber por qué... por qué hizo lo que hizo.

Ana asintió.

—Está bien. Está bien, gracias. Vete, anda. Sal de aquí.

—De eso nada —se opuso Richard—. Ya que estás aquí, Regina, vamos a completar la escena de reproches. —Avanzó y se encaró con la doncella—. Esta noche, tú sabías que Ana había salido y a qué, ¿verdad?

—No puedo...

—Y lo que sea que se refiera a su madre, o cualquier otro detalle sorprendente que todavía quede en el tintero... ¿no se supone que debiste decírmelo hace mucho? ¿Por ejemplo cuando te ordené que me contases todo lo que sabías?

—Disculpe, Su Gracia, pero creo que es la señorita Ana la que debe decidir cuándo o a quién contar esa clase de detalles... personales.

—¿En serio? —Richard se permitió un segundo de pausa, para asentar la sensación de amenaza—. ¿Qué te dije en *Kaifar*, cuando te saqué de aquella celda, Regina?

Regina titubeó.

—Que, a cambio de mi libertad, debía ocuparme de vigilar de cerca a la señorita Ana y ser

totalmente leal con usted.

—¿Te parece que es modo de hacerlo?

Regina resultó más empecinada de lo que esperaba. Lo miró otra vez directamente. Richard se sorprendió pensando de pronto que tenía unos ojos francamente bonitos. Nunca se había fijado.

—La señorita Ana confía en mí, Su Gracia. No puedo...

Richard se inclinó hacia ella.

—Si no vas a obedecer, si no puedo confiar en ti, no me sirves de nada. ¿De verdad quieres que ocurra eso, Regina?

La doncella palideció. Aunque tenía miedo, se coló un destello de ira en sus pupilas. Debía ser el temperamento español.

—No, Su Gracia.

—Más te vale recordarlo, porque la próxima vez que tú y yo hablemos de estos temas y me hayas contrariado, no va a ser una conversación tan amable.

Regina tardó un segundo de más en contestar.

—Lo sé, Su Gracia.

—Bien. Ahora, largo de aquí.

La doncella hizo una leve reverencia y salió lo más deprisa que pudo. Esperaba haberla asustado lo suficiente aunque algo le decía que no había sido así.

—Eres... eres un bruto —dijo Ana a su espalda. Se volvió a mirarla.

—Empieza a hablar —ordenó, con voz seca—. ¿Qué pasa con tu madre?

Ella suspiró.

—Júrame que guardarás en secreto lo que voy a decirte, que no informarás de ello a tus superiores —pidió con voz queda. Parecía realmente descompuesta. Richard se sintió inclinado a acceder. Al fin y al cabo, siempre podría romper la promesa. En el amor y en la guerra, todo era válido, y ellos estaban en guerra. No era momento para mostrarse caballeroso.

—Está bien, te lo juro.

Ana asintió. Se abrazó, temblando, y miró hacia la ventana. Si buscaba inspiración, allí no encontraría mucha. Todo era de un negro uniforme al otro lado.

—Como te dije, hace cinco años —empezó, con el mismo tono vacío y agotado que había usado antes—, mi padre pintó una serie de retratos para la familia del marqués de Castro. Uno de él con su esposa, y otro de su madre, y también... Bueno, imagino que nada de eso te importa. —Sí le importaba, maldición, todo lo que tuviera que ver con Ana Cruz-Ortega le importaba, pero se abstuvo de decirlo—. El caso es que estuvimos varios meses viviendo en su casa. En ese tiempo, el marqués, al que yo consideraba un anciano amable e inofensivo...

—¿Castro? ¿Amable e inofensivo? —No pudo evitar la interrupción. Se echó a reír—. Perdona que me ría, amor mío, pero tiene gracia. Es uno de los mayores hijos de puta con los que me he encontrado.

—Ahora lo sé, pero, entonces, no lo conocía. —Ana asumió su error con un encogimiento de hombros—. Se portó muy bien conmigo al principio, cuando descubrió cuánto me apasionaba la pintura y el talento que tenía. Por supuesto, no podía dedicarme a ello de una forma profesional, pero alentó mis ilusiones. Organizó para mí una especie de sociedad cultural femenina. Me cedió una luminosa sala en su palacio y se encargó de correr la voz entre la nobleza de que formar parte de mi círculo suponía un honor. Pronto damas de todas las edades pugnaron por ser admitidas. Se puso de moda. Nos reuníamos todas las tardes y nos dedicábamos a la pintura, y también a la escultura. Fue una de las etapas más felices de mi vida.

—Entiendo.

—¿De verdad? —Ana le miró con amargura—. No lo creo, Richard. No puedes ni imaginarte lo que pintar supone para mí.

La velada recriminación dio en el blanco. Richard se sintió como el más abyecto de los culpables. Forzar a una persona creativa a que llevara una vida estéril era una monstruosidad. Se consoló diciéndose que no era realmente culpa suya. Si ella hubiese cedido, si se hubiese sincerado por completo, él le hubiera comprado el mejor estudio de arte de todo Londres.

—No necesito imaginarlo —dijo, cáustico—. Lo sé muy bien, no lo dudes. Pero tú te has buscado sola tu condena. Míralo por el lado bueno, dejar de pintar es realmente un castigo leve, por espionaje y asesinato. Ambos delitos están penados con la muerte y en tu caso los crímenes han sido varios. Cuatro hombres, como poco, que yo sepa. —Cuatro. ¿Cómo era posible? No tenía esa mirada propia de los que habían arrebatado una vida, la que encontraba cada vez que se miraba al espejo. Pero ella, no. ¿Tan poco le importaba, tan justificado le parecía? Ojalá pudiese odiarla...—. No tienes vidas suficientes para pagarlos.

—Tú también eres un espía. El *Cazador* —replicó, sorprendiéndole. Richard frunció el ceño. ¿Desde cuándo lo sabía? Estaba más informada de lo que resultaba prudente—. Y has matado a mucha gente.

—No tanta, y solo profesionales que asumían los riesgos y eran un peligro por sí mismos, no simples aficionados, como lo era Charlie, o como lo eres tú misma. O gente en absoluto relacionada con todo esto, como Andrew. Y la diferencia básica, corazón, es que a mí no me han cogido. —Ana enrojeció. Al menos, era algo—. Tengo curiosidad por saber qué te han dicho de mí, pero, lo

primero es lo primero. Continúa con tu historia.

Ana asintió y prosiguió su relato.

—El marqués me observaba muy de cerca. Para entonces, ya tenía en mente el plan de enviar mensajes a través de pinturas. De hecho, se lo propuso primero a mi padre, antes de saber que yo tenía talento, pero él se negó en redondo. Incluso fue bastante grosero. Aunque supongo que era la opción más obvia, y encajaba en sus planes, Castro demostró poca visión en ese asunto. No sé ni cómo se le ocurrió proponérselo. Incluso de aceptar, mi padre hubiera resultado poco útil para sus fines, un elemento demasiado hostil. Odiaba a Castro y no sentía ninguna lealtad hacia el gobierno de España. Pero Castro tuvo suerte: yo había nacido con talento para pintar. Además, era muy joven, y era mujer, lo que le hacía pensar que sería más maleable. En eso tuvo razón. Todo el tiempo, hasta que me interceptaste, hice cuanto me ordenó. Me presentó a Beauchamp. Bueno, ya lo conocía —admitió, con amargura—. Lo conocí la misma noche que a ti, en la misma fiesta.

—Sí, ahora que lo dices, creo recordar que lo vi por allí —Richard frunció el ceño, haciendo memoria—. Al menos, al principio.

—Estaba... estaba en el jardín. Nos vio, Richard. Cuando te fuiste, salió de las sombras. —Se ruborizó—. Lo había... visto, todo.

—¿Cómo? —Se sintió inquieto, y estafado. Aquel momento con Ana había sido suyo, plenamente suyo, y tuvo la impresión de que, de pronto, se lo habían robado—. Oh, Dios... —¿Quizá era eso? ¿Ana se había metido en todo aquello para intentar ocultar su vergüenza? Una vergüenza en la que él era directamente culpable—. ¿Te chantajeó?

—No. Se mostró ofensivo, pero no me chantajeó. Y no volví a saber de él hasta que apareció en casa de Castro. Era un amigo de la embajada inglesa, eso me dijeron, el inicio de historias sobre países, políticas e intrigas. Castro supo manipularme, creo que hasta fui yo quien estuvo dispuesta a arriesgar mi vida por mi país. Él me contó algo sobre que quería una persona absolutamente desconocida, incluso para el resto de los agentes. Que Beauchamp se ocuparía de mí, que había trabajado para el Servicio Secreto inglés y era un experto. Durante algún tiempo, algo más de un año, me entrenó en el florete y con la pistola, en los códigos secretos, y también me ayudó a perfeccionar mi inglés, y mi francés, y me enseñó italiano, alemán, y portugués. Curiosamente, resulté ser muy buena para los idiomas.

—Hablas muy bien el inglés —admitió Richard, en alemán.

—Gracias, eres muy amable —respondió ella en el mismo lenguaje, sin apenas acento. Luego, retornó al inglés—. Como te he dicho, se me dan bien y, además, me gusta la idea de poder comunicarme con gente tan diversa. Es algo que le debo a Beauchamp, quien, por otra parte, no me caía precisamente bien. Era ladino, presumido y odioso, y no dejaba pasar la más mínima ocasión de recordarme lo que ocurrió entre tú y yo. Pero en aquellos días hubiera hecho cualquier cosa, cualquier cosa, por el marqués de Castro. —Su voz flaqueó—. O, al menos, casi cualquier cosa.

Llegaban, por fin, al núcleo del asunto. Pudo deducirlo del ligero temblor de sus hombros.

—¿Qué ocurrió?

—Parte... parte de lo que te conté, era cierto. Mi padre pensó que mi madre tenía una aventura con Beauchamp, pero la verdad es que solo llegó a esa conclusión después de que ese desalmado dejara las pruebas necesarias para levantar semejantes sospechas. Luego comprendí que todo formaba parte de un plan cuidadosamente elaborado, pero en aquel entonces... Bueno, yo era una niña, me sentía enormemente confusa. No era capaz de creerlo, conocía a mi madre, sabía que jamás, nunca, habría hecho algo así, pero allí estaban las pruebas. Mi padre, demostrando muy poca confianza en ella y demasiada en sí mismo, retó a Beauchamp a duelo, condenándose.

—¿Era a pistola?

—Sí. Y Beauchamp tiene buena puntería. Era mi maestro, yo estaba familiarizada con sus habilidades, sabía que mi padre no tenía nada que hacer, que era un adversario que le superaba. Por aquel entonces mi padre aún tenía buen pulso, pero escasa puntería. Beauchamp jamás falla y menos a veinte pasos. Desesperada, una noche fui a su casa, a suplicarle. Vivía en el segundo piso de un edificio bastante céntrico. La puerta estaba entreabierta. Lo encontré discutiendo con un hombre. Ese desconocido lo acusó de traición y lo llamó la *Sombra*.

—¿La *Sombra*? —repitió Richard, tomado por sorpresa.

—Sí. —Ana sonrió débilmente—. Beauchamp era la *Sombra*, la auténtica *Sombra*, la genuina, la original y, al parecer, en Londres habían empezado a sospechar de él. ¿No te lo han mencionado? —Richard se limitó a mirarla con los labios fruncidos—. Está bien, no hace falta que me respondas. En todas partes hay traidores y agentes dobles, incluso en tu muy amado Servicio Secreto inglés. —Hizo una ligera pausa que Richard no aprovechó. No tenía nada que decir al respecto—. El caso es que ese hombre, en concreto, había sido enviado a eliminar a Beauchamp, pero alguien había tenido a bien alertarlo, y le había estado esperando.

—¿Recuerdas su aspecto?

—Vagamente. Era algo obeso, aunque no demasiado. Mayor, tenía el cabello gris, pero todavía estaba en buena forma. —Un par de nombres pasaron por la mente de Richard, pero no podía estar seguro—. Beauchamp lo tenía atado en una silla. Cuando yo llegué, estaba discutiendo acaloradamente con él. Beauchamp hacía preguntas, encañonándole con una pistola y, en cuanto supo todo lo que le interesaba, le disparó. Mi grito me delató y estaba tan horrorizada que fui incapaz de huir, apenas me sostenían las piernas. Nunca había visto algo así, un asesinato a sangre fría.

—Es la única forma en la que es capaz de actuar. Por lo demás, se trata de un absoluto cobarde.

—Sí, a lo largo de este tiempo he podido darme cuenta de ello. —Richard parpadeó. Así que no había lealtad hacia Beauchamp. Empezó a sentirse mejor—. Aquella noche, al verme en el pasillo, me agarró por un brazo y me arrastró a la habitación. Yo... yo no era más que una cría. Seguro que te acuerdas. —Claro que sí. Una jovencita encantadora, por la que sentía una intensa nostalgia—. El cuerpo de aquel hombre estaba flojo en la silla, de su pecho manaba sangre, que estaba formando un charco escarlata oscuro a sus pies. El olor dulzón, mezclado con el picante de la pólvora, me dio

náuseas. Impertérrito ante tan espantoso espectáculo, Beauchamp me explicó que utilizaría el cuerpo para simular su propia muerte, de ese modo el Servicio Secreto inglés lo dejaría en paz. Lo ocurrido concordaba muy bien con su plan inicial, incluso le dejaba un cadáver que de otra forma hubiera tenido que buscar en cualquier sitio. Desató el cadáver, que cayó flojamente a un lado, sobre el charco, cogió un tronco de la chimenea, y le prendió fuego a la casa, asegurándose de dejar el cuerpo en llamas. —Se estremeció—. Todavía a veces me asalta el olor a carne quemada. Fue algo espantoso...

—Lo sé —murmuró Richard, cuya mente vagó por el recuerdo de un lejano campo de batalla. Había humo y cuerpos por todas partes. El aire, pesado y denso, parecía aplastar el mundo con un olor repugnante. En aquel momento, hacía ya tanto tiempo, se había preguntado si alguna vez podría librarse de él—. Lo imagino...

—Estaba tan aturdida que no podía reaccionar. Había sido testigo de un asesinato y conocía secretos que Beauchamp no iba a permitir que divulgara. Cuando me sacó de la casa y me metió en un coche cerrado, pensé que iba a llevarme a cualquier lugar apartado y a pegarme un tiro en la cabeza. Y no hubiese podido oponerme. Ya ves, todo lo aprendido en ese año no me servía de nada, solo era una víctima temblorosa, conducida al matadero. Ni siquiera era capaz de hablar, para suplicar por mi vida. Aunque no sé si fue una suerte, el que no me matara.

—No digas eso.

—¿No? ¿Qué ha sido mi vida, desde entonces? —No esperó respuesta—. Nada. Estoy pensando que realmente me mató aquella noche, que fue el fin de aquella Ana Cruz-Ortega que conociste. Porque, la que siguió adelante, era otra.

—Ana...

—Deja que hable. —Ana se frotó los lagrimales, con aire cansado—. Deja que te lo cuente todo. Ha llegado el momento de explicarte tantas cosas... Me llevó a la casa del marqués de Castro y le contó lo ocurrido. Yo, qué absurda, qué tonta, tenía la esperanza de que el marqués me ayudase, pero no fue así. Me miró y me dijo fríamente que ya era hora de que empezase a retribuir los gastos que le había ocasionado. Me informó de lo que se esperaba de mí, a partir de entonces, lo que ya sabes. Viajaría donde me dijeran, pintando cuadros que servirían para enviarles información. Sería la *Sombra*, limpiando el nombre del “difunto” Beauchamp y dándole de ese modo la oportunidad de poder seguir trabajando —bajó la voz, como si temieran que la estuviesen oyendo—. A cambio, respetarían la vida de mi madre. Sí, Richard. Mi madre. No se suicidó, aunque es lo que le hicieron creer a mi padre y al mundo entero. Mi madre vive, encerrada en un convento, no sé exactamente cuál, ni dónde. —Hizo una mueca, evitando mirarle—. Ya ves, no eres el único que juega a retenerme a través de mis seres queridos.

Richard se pasó una mano por la cabeza, sintiéndose sumamente avergonzado. La idea de haber utilizado los mismos medios que Beauchamp, lo ponía enfermo.

—Debiste decírmelo —susurró, al cabo de un rato, rompiendo el pesado silencio—. Maldita sea, Ana, debiste confiar en mí.

—¿En serio? —preguntó ella, irónica—. ¿Y por qué? Tú no te has ganado mi confianza, precisamente.

—Quizá no —replicó Richard, con amargura, recordando la carta de Omar. Estaban atrapados, cada cual en su propio entramado de suspicacias. Porque tampoco él confiaba en ella. A pesar de lo oído, seguía sin hacerlo. Había demasiadas cosas que los separaban. Y, sobre todo, estaba el tema de sus hermanos. Continuaba pendiendo sobre sus cabezas como una espada de Damocles, era algo por lo que jamás podría perdonarla, pese a que ahora sus actos tuviesen una cierta justificación. El hecho de que hubiese actuado en respuesta a una lealtad obligada, no suponía una gran diferencia, aunque ya no la juzgara tan duramente—. Pero, al menos, debiste hacerlo por ti. De haber sabido cómo estaban realmente las cosas, yo... Bien, demonios, al menos no hubiera destruido tu reputación de este modo.

—No te engañes, Richard. Lo hubieras hecho. —Ana se incorporó, extendió una mano hacia él y la apoyó en su pecho, deslizándola hasta casi alcanzar su cintura. El contacto, bastante ligero, provocó la reacción habitual en su cuerpo. Richard sintió que se endurecía y la sangre se aceleró en sus venas. Aunque no se movió, Ana debió notarlo, porque sonrió—. Me deseabas y eres un hombre de deseos intensos. Querías tenerme aquí, en tu cama, a tu manera cómoda y libre, y yo nunca hubiera accedido, nunca, de no ser por tu chantaje. De todas formas, vamos a descubrirlo muy pronto. Porque, imagino que, ahora, vas a ser lo suficientemente caballeroso como para dejarme ir.

—Ana...

—No quiero ser tu amante, no quiero que me exhibas por Londres como un bonito trofeo. Deseo abandonar esta ciudad y no volver a poner un pie en ella, nunca. —Inclinó la cabeza a un lado, al ver que no decía nada—. ¿Richard?

—Tú me perteneces —contestó por fin, con voz ronca—. Lo sabes, ¿verdad?

Ana parpadeó, tomada por sorpresa.

—Sí, lo sé —admitió. Su expresión indicaba que así lo sentía. Le pertenecía, igual que él era suyo; tampoco le cabía duda alguna. Richard se sentó a su lado y le acarició la mejilla con los nudillos.

—Entonces, no plantees absurdos. —La besó, con pasión. Ana se amoldó como agua cálida a sus impulsos. Qué bien se entendían en el sexo, ellos, que por lo demás lo tenían siempre tan difícil. Richard dejó la pistola en la mesilla. Ya no tenía ningún sentido. Esa fase había quedado atrás, para siempre—. Tu lugar está justamente aquí, como bien dices. En mi casa, en mi cama. Eso no va a cambiar nunca. Nada ni nadie podrá impedirlo. Ni mis propios fantasmas, ni mis imposiciones sociales. Ni siquiera tú. —Cubrió uno de sus pechos con una mano y lo acarició, a través de la tela. Ana jadeó—. Porque no quieres irte.

—No... —su voz era apenas un susurro—. Por favor, Richard...

—¿Por favor, qué?

—Hazme el amor. Ahora, por favor... —Richard se sintió arder. La mano soltó un botón y se

abrió paso para tocar piel desnuda. Frotó el suave pezón. Ella sollozó—. Me apartaré de todo, te lo juro, Richard. Rescata a mi madre. Llévala a *Kaifar*, junto a mi padre. —La camisa ya estaba completamente abierta. Cayó, olvidada, mientras él besaba cada centímetro expuesto—. Te juro que lo dejaré todo y me dedicaré en cuerpo y alma a complacerte, yo...

Ojalá pudiera ser, pensó Richard. No quiso hablar para no estropear el momento. La tumbó sobre la cama y empezó a desatarle el pantalón. Tampoco se opuso, ni siquiera cuando tiró de la prenda, dejándola desnuda. Al moverla, Ana volvió a gemir, aunque dio la impresión que de dolor.

—¿Pasa algo?

—El tobillo...

Richard lo miró. Abrió los ojos de par en par al verlo tan hinchado.

—¿Por qué no me lo dijiste antes, maldición? —Tocó en la zona inflamada y Ana dio un grito. Con más cuidado, Richard tanteó, para evaluar los daños—. No está roto, pero es un esguince. He sufrido más de uno por el estilo. —Y heridas peores, pero no era cosa de alardear de cicatrices, entre ellos—. ¿Te lo has hecho al saltar, ¿verdad? Mientras huías. Y luego has venido andando todo el camino. —Ana asintió, apretando los dientes—. Estás loca. Pero eres valiente. —Sonrió—. Eso me gusta.

—Me alegra saberlo, Su Gracia.

—Creo que voy a mandar a Finch a llamar al doctor Gardiner.

—¡No! Por Dios, ahora no... ¿No podrías ocuparte tú?

—Sí, claro. No es más que un esguince menor, no creo que haya rotura de ligamentos. Puedo hacerte un apaño y mañana que lo revise el médico. Pero vamos a tener que colocar ese pie en alto, y haré que vayan a mi casa a por hielo, para bajar la hinchazón. Aquí no creo que tengas bastante. Hay que aplicar cada dos horas más o menos.

Richard fue al piso de abajo a buscar unas vendas y envió a Finch a su casa a por hielo. Luego, unió varios pañuelos con los que organizó un entramado en el dosel, para que Ana pudiese mantener el pie cómodamente en alto. Por debajo, acumuló almohadones, así tendría un apoyo más mullido. Quedó bastante satisfecho con el invento. Con suerte, cuando el doctor Gardiner viese el tobillo por la mañana, hasta tendría mejor aspecto.

—¿Por qué fuiste a mi casa? —preguntó, mientras lo vendaba, al recordar aquello—. ¿Te lo ordenó él? ¿Fuiste a verlo ayer, verdad?

—Sí. —Lo miró, con ojos inmensos—. Salí, por supuesto.

—Entiendo. —Pese a las intensas emociones que le embargaban, su voz sonó notablemente fría. Al menos, con el tobillo así no iría muy lejos en muchos días. Claro que, como si eso la hubiese detenido alguna vez. Seguro que de ser algo importante, intentaría mandar a Regina, como hizo en *Kaifar*. Tendría que decirle a Roberts que vigilase estrechamente a la doncella. Y tenía que hablar

con Lester. Definitivamente, iba a tener que contárselo todo—. ¿Qué te dijo?

—Que habías recibido esos informes y que debía comprobarlos y eliminar todo lo comprometedor. Richard... —Titubeó. Él la miró enarcando inquisitivamente una ceja—. Creo que el fin de todo esto... no sé si directa o indirectamente, es eliminarte. Beauchamp te odia de verdad. Y... por lo que he podido ver, Castro también. Es una venganza.

Richard se detuvo. Asintió lentamente.

—Has leído la carta, ¿verdad?

—Sí. —Lo miró con gravedad—. Creo que todo está relacionado. Parece algo orquestado a tu alrededor.

Uno nunca se acostumbra a estas cosas, pensó Richard, sintiendo el conocido escalofrío recorriendo su espalda. Pese a toda su experiencia, saber que alguien lo odiaba y buscaba conscientemente su muerte, era algo que siempre conseguía perturbarlo. La mayor parte de la gente vivía sin saber nunca lo que era eso, no de una forma real. Ojalá hubiese podido contarse entre ellos.

—Lo sé. Yo también he llegado a esa conclusión. Supongo que el origen es Castro, y Beauchamp está aprovechando la ocasión para colaborar con él. —No sabía qué más decir, así que añadió con sarcasmo—: Supongo que todo terminará en algún intento directo de asesinato más o menos elaborado, cuando se cansen de jugar.

—Ten cuidado —dijo ella, con miedo.

Richard asintió y empezó a desnudarse, dando vueltas a todo aquello. Beauchamp sabía que había recibido los informes. ¿Cómo? Una idea se abrió paso en su mente. ¿Y si su secretario, Barnes, no había olvidado el correo, como había dicho? ¿Y si trabajaba para Beauchamp? Recordó la mesa del despacho, las cartas amontonadas. Le dijo que no había revisado el correo, pero el sobre gordo, el de los informes de Lisboa, estaba colocado aparte. Si no hubiese estado tan enfadado, se hubiese dado cuenta del detalle. Lo había despedido, en aquel momento estaba furioso, pero podía enterarse de dónde vivía, seguro que el señor Hudson tenía su dirección. Iría a verlo lo antes posible, por la mañana temprano, sin falta. Tenía un buen surtido de preguntas para él.

—Richard... —La miró. Ana estaba apretando los labios, angustiada—. Espero que tengas muy en cuenta que me juego mucho, confiando en ti. Si Beauchamp se da cuenta de que lo he traicionado, la vida de mi madre estará en peligro.

—No te preocupes, no pasará nada. Algo se me ocurrirá y, en cuanto lo apresemos, le obligaré a confesar dónde está retenida y me ocuparé de su rescate. Te doy mi palabra, la sacaré de allí —añadió, con amabilidad. Al menos, podía entender sus miedos. Ya desnudo, se acostó a su lado. Podría dormir un par de horas, antes de aplicar más hielo y salir a buscar a Barnes—. Tú límitate a obedecer mis órdenes y no habrá nada que temer.

—Oh. —Le pasó la mano por el pelo, con un gesto lleno de cariño—. ¿Y qué ordenas ahora, mi

señor?

Richard miró el cabestrillo del pie y la montaña de almohadones.

—Quizá no sea el mejor momento para intentar nada. Me temo que...

—Vamos, vamos. Seguro que algo así no puede ser un obstáculo para el nieto de Omar al'Ahmed.

—Le cogió una mano y la atrajo hacia sí, cubriendo con ella uno de sus senos. Era tan suave, tan perfecto... Richard lo acarició, sintiendo que se excitaba—. Sigo esperando tus órdenes pero, de no llegar, estoy dispuesta a tomar yo la iniciativa.

Él se echó a reír mientras besaba su cuello y su pecho, y se ajustaba, otra vez duro y enardecido, a la forma sinuosa de su silueta.

—Muy bien, mujer. Soy todo tuyo.

Más tarde, sudorosos y abrazados en la cama, mientras se dejaba llevar por el sueño, Richard la sintió pequeña y frágil bajo sus manos y se dijo que, quizá, si lograba salvar a su madre, algún día le perdonaría por lo ocurrido con su padre. Tenían agentes en Madrid perfectamente capaces de enterarse de dónde estaba María Vega. Sacarla de un convento no parecía una empresa tan difícil.

Ana dijo algo en sueños y él la apretó contra su pecho mientras se perdía en algún lugar de su mente, embriagado por su aroma.

4

Ana abrió los ojos, sobresaltada por una punzada en su tobillo.

La luz del sol indicaba que era bien entrada la mañana. A su lado, sintió el calor de Arlington. ¡Qué sensación maravillosa! Había vuelto, había regresado a pesar de todo, y posiblemente esta vez se quedase ya para siempre. Seguía pensando que era la responsable de su pérdida, pero ahora podía encajarlo de otro modo, entenderlo de alguna manera. Al menos eso esperaba...

La punzada en su tobillo se hizo prácticamente insufrible. Eso, debió revolverle el estómago, porque al incorporarse para comprobar su estado, sintió unas náuseas insoportables. Temiendo no llegar a tiempo, sacó el pie del cabestrillo improvisado, se apartó del dormido Arlington, se deslizó al suelo y se inclinó sobre la bacinilla.

—¡Ana! —exclamó Arlington, abriendo los ojos. Se incorporó, alarmado—. ¿Estás bien?

—Sí, yo... —Volvió a vomitar, aunque en realidad, no tenía nada en el estómago. Eran simples arcadas, bilis sin auténtica sustancia. Sintió la mano de Arlington sosteniéndole la frente y agradeció el apoyo—. Estoy un poco mareada, eso es todo.

—Enviaré a buscar un médico.

—No, no es necesario...

—No digas tonterías. Además, hay que revisar tu tobillo ¡Regina! —llamó a pleno pulmón. Ana sintió que la voz retumbaba dentro de su cráneo.

—Regina está enferma, déjala en paz.

—Ah, es cierto. Aunque, anoche, bien que correteaba por la casa en defensa de su señora. —Ana entornó los ojos, pese a que Arlington lo había dicho en tono de broma—. ¡Roberts! —*Oh, Dios mío.* Ana se sujetó la cabeza con las manos. Menos mal que ya no quedaba más gente a la que llamar. Alcanzó su bata y se la puso justo a tiempo, con ayuda de Arlington. Un segundo después, la puerta se abrió bruscamente. Pero, para su alivio, no era Roberts. Regina los miró asustada desde el umbral. Estaba en bata y camisón y todavía se veía algo hinchada, pero tenía mejor aspecto. Apartó los ojos al encontrarse a Arlington desnudo. Él por el contrario no pareció nada turbado—. Regina, perdona, olvidé que estabas enferma.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Ana.

—Mejor, gracias, señorita. No se preocupe, Su Gracia. Me he levantado un poco, porque no soy persona de pasar tanto tiempo en la cama, pero luego me volveré a acostar. ¿Qué ocurre?

—Por favor, haz que vayan a buscar al doctor Gardiner, inmediatamente. La señorita Ana se ha levantado sintiéndose enferma.

Regina contempló a la convulsionada Ana y una mueca de reconocimiento cruzó su rostro.

—Sí, ahora mismo. Y le traeré a la señorita un trozo de corteza de pan.

—¿Para qué?

—Le ayudará a asentar el estómago. Es obvio que está esperando. Hace días que lo sospecho.

Ana la miró de reojo, confusa. Arlington frunció el ceño.

—¿Esperando a qué?

—Esperando un bebé, claro está —replicó Regina, retirándose. Ana sintió que el corazón se le detenía dentro del pecho. Las manos de Arlington se habían quedado rígidas. Desesperada, se echó a llorar.

—Oh, no... Oh, no... —No era capaz de decir nada más complejo. Arlington la estrechó y luego la ayudó a incorporarse.

—Anda, vuelve a la cama —Ana se sentía demasiado enferma y agotada como para hablar de ello, mucho menos para oponerse a la suave orden. Se puso un camisón, ya que iba a venir el médico, y se deslizó otra vez entre las sábanas. Allí siguió llorando, ocultando el rostro en la almohada. Arlington se vistió, guardó su pistola y salió del dormitorio.

El doctor Gardiner vivía en la misma calle, a tres manzanas de distancia, así que, aunque había estado atendiendo a otro paciente, tardó poco más de quince minutos en llegar. Arlington entró con él y, pese a las enérgicas protestas del facultativo, que insistía en que no era apropiado que un hombre estuviera presente, y menos tratándose de una dama soltera, permaneció en la habitación, siguiendo la escena con expresión sombría.

El doctor se dio por vencido; examinó y vendó el tobillo de Ana, felicitando a Arlington por el modo en que lo había tratado, y luego la exploró íntimamente. Ana intentó permanecer inmóvil, ajena a todo lo que le estaba pasando a su cuerpo. Cuando el martirio terminó, el médico se lavó las manos en la jofaina.

—El esguince no es problema, Su Gracia. Que mantenga reposo absoluto durante un par de semanas y luego nada de excesos, como bailes o largas caminatas, durante al menos otras dos. En cuanto a lo otro... —Agitó la cabeza, dejando claro lo impropio que le parecía el asunto—. Sí, la señorita espera un hijo. Yo diría que está de unas ocho semanas.

Ana observó de reojo a Arlington, sin demasiado éxito. Su expresión parecía absolutamente cerrada a cualquier escrutinio.

—Gracias, doctor Gardiner.

—De nada, Su Gracia. —El médico carraspeó, visiblemente incómodo—. Voy a dejarle a su doncella unas prescripciones y, si le parece bien, volveré pasado mañana para ver cómo va todo. —Arlington asintió. El doctor Gardiner cerró su maletín y se dirigió a la puerta—. Buenos días.

—Buenos días. —Arlington permaneció mucho tiempo de pie, con las manos en los bolsillos. Quizá esperaba que fuese ella la primera en empezar a hablar, pero, en vista de que eso no parecía ir a ocurrir, se aclaró la garganta—. En fin, tarde o temprano tenía que pasar. Es la consecuencia lógica de lo que hemos estado haciendo con tanta aplicación.

Ana apretó los dientes con rabia.

—No te atrevas a burlarte, Richard.

—No lo hago —aseguró él—. No siento la más mínima gana de reír. Esto... esto complica mucho las cosas.

Resultaba evidente que la noticia le había perturbado de una forma negativa. Ana sintió que algo se hundía dentro de su pecho. Parpadeó, tratando de evitar más lágrimas, y buscó refugio en la ira.

—Estupendo. Y, ahora, ¿qué va a pasar, amo? Me gustaría saber a qué debo atenerme, ya que eres tú el que tomas las decisiones siempre. Por eso me encuentro en esta situación.

Arlington se lo pensó unos segundos.

—Te... te compraré un marido —dijo, por fin, en un tono tan bajo que apenas pudo oírlo—. No te preocupes, no te tocará —añadió, rápidamente, interpretando mal su palidez—. Ni siquiera tendrás

que volver a verlo después de la ceremonia. Se limitará a presentarse ese día y daros un apellido, a ti y al niño. Luego, se irá de Londres. Me ocuparé de que no te moleste jamás.

Ana bajó los ojos hasta el encaje de las sábanas, con el que había estado jugando inconscientemente.

—¿Permitirás que tu hijo lleve el apellido de otro hombre? ¿Pagarás por algo... así? —Lo miró con desprecio, no pudo evitarlo—. Bueno, supongo que, en tu nivel, es algo habitual. Qué extraña es, la buena sociedad...

—Ana... —Arlington se apoyó en uno de los postes de la cama—. De verdad, no sé qué esperas de mí. ¿Qué quieres que haga? —Ella no contestó a esa pregunta—. Esto nunca debió pasar. Te lo dije una vez y te lo repito: no voy a casarme contigo. Jamás. No podría por mi situación social, sabes que no soy libre de elegir en ese aspecto, pero también por... por *quién* eres tú. Si existe de verdad un alma, no puedo martirizar de ese modo a mis hermanos, casándome con su asesina. No, hasta ese punto no.

Ana se tensó y el encaje se rasgó bajo la presión de sus dedos. Se maldijo, por tonta, por haber permitido que aquello llegara tan lejos. Arlington estaba envenenado por su mentira y, más allá, no era responsable de las consecuencias. Además, él había tomado su cuerpo, pero era ella quien le había entregado su corazón.

—No quiero un marido. Y tampoco quiero este hijo. No lo tendré.

Arlington arqueó una dorada ceja.

—¿Qué quieres decir con eso? —Como ella no contestó, su expresión se volvió más sombría aún—. Si estás pensando en abortar, puedes ir olvidándote de ello. Te lo prohíbo terminantemente. No consentiré que asesines a mi hijo, ni que pongas tu vida en peligro. —Frunció el ceño—. Eso me recuerda... Anoche, ese salto que diste, pudo haberte costado caro. —Ella se estremeció. No lo había pensado, pero era cierto—. ¡Dios, Ana, si llego a saberlo...!

—Quizá hubiese sido mejor, ya ves. —No lo sentía, pero deseaba herirlo, dañarle como él la había dañado a ella, por no quererla a pesar de todo y por encima de todo—. Ahora, no tendríamos este problema.

Los ojos de Arlington se endurecieron, su expresión, se volvió feroz. Un músculo empezó a agitarse en su mejilla, un tic que indicaba una fuerte tensión.

—Ana, hablo en serio —le advirtió, con voz helada—. Si se te ocurre intentarlo, si osas siquiera indagar sobre la forma de conseguirlo...

Ella cerró los ojos. De pronto, se sentía muy cansada.

—Déjame sola, por favor.

Arlington permaneció inmóvil bastante tiempo. Luego, le oyó dirigirse hacia la puerta y abrirla.

—Te lo he dicho muy en serio. Llévame la contraria en esto y haré que te arrepientas de haber nacido.

Cuando le sintió salir, Ana abrió los ojos y miró hacia la ventana. No dudaba de que Arlington cumpliría su promesa y, desde luego, no quería hacerle daño al niño. Lo único que pasaba era que no se sentía con fuerzas de criarlo sola. Pero luego se imaginó a sí misma abrazando a un muchacho hermoso, rubio, con los ojos de su padre. Una silenciosa lágrima se deslizó por su mejilla. ¿En realidad, por qué no? Cuando Arlington no estuviera, aquel pequeño podía ser todo su consuelo.

Ana cruzó las manos sobre su vientre y se quedó dormida.

Durmió profundamente hasta mediodía. Ni siquiera se enteró cuando alguien, supuso que Regina, entró en la habitación y le dejó sobre la mesilla una bandeja con algo de fruta, queso y un vaso de leche fresca. Fue lo primero que vio nada más abrir los ojos. Bostezó aparatosamente, se estiró y se sentó, sintiéndose renovada. Aunque el tobillo seguía molestándola al menor movimiento, el dolor había menguado en gran medida.

La luz del sol entraba ya con fuerza, iba a hacer un día estupendo. Quizá por eso ahora veía las cosas desde otra perspectiva. Era lógico que la noticia de tener un hijo con ella no hiciera especialmente feliz a Arlington, así, de salida, pero cuando lo tuviese en sus brazos todo cambiaría. Seguro. Lo conocía bien y sabía que no podría mostrarse indiferente.

Sonriendo, gratificada por aquel extraño sentimiento de euforia, Ana giró los ojos hacia el plato de fruta. Tenía un hambre auténticamente voraz. Consideró la idea de levantarse, al menos para llegar hasta uno de los sillones, pero no quería llamar a nadie y dudaba sobre sus posibilidades de llevar sola la bandeja hasta allí, con el pie en esas condiciones. De modo que se sentó, se la colocó sobre las rodillas, se acomodó lo mejor posible sobre las almohadas y se bebió el vaso de leche de una sola vez mientras estiraba el periódico que había estado cuidadosamente doblado al lado.

Lo leyó, poniendo en ello la mitad de su atención, mientras comía. Nada nuevo. El mundo seguía siendo un lugar hostil. Hambre, desolación y enfermedad en los suburbios londinenses. Parecía inconcebible que, tan cerca de la opulencia en la que vivía Arlington, o incluso ella misma, hubiera auténticas masas de gente sin hogar, sin posibilidades de obtener un empleo digno, sin futuro ni esperanza. Frunció el ceño ante un artículo firmado por un párroco, atacando el aumento de la prostitución en su zona. El muy imbécil insultaba y despreciaba a las prostitutas, aseguraba su eterna condenación, sin mencionar para nada a sus adinerados clientes ni ofrecer ninguna alternativa, como si esas mujeres estuviesen abocadas naturalmente a la degeneración, al vicio, cuando era el hambre las que las empujaba a pasar por experiencias que, de otro modo, hubieran evitado como al infierno.

Agitando la cabeza, buscó el apartado de sociedad, para enterarse de los últimos chismes que tanto entusiasmaban a la supuesta nobleza.

Cuando vio el nombre de Arlington, sus pupilas se dilataron.

Se había comprometido en matrimonio con Arabelle Staunton.

Leyó una y otra vez el elegante anuncio. No podía creerlo. A pesar de todo, de lo que sabía, de lo que había visto, de lo que estaba leyendo en esos momentos, simplemente no podía creerlo. Arabelle Staunton... Arrugó el periódico y lo arrojó a un lado. ¿Cómo se había atrevido? ¿Y cómo esperaba que reaccionara ella? Arlington, casado. Arlington, con otra mujer, estableciendo oficialmente otra familia, una que disfrutaría de las bendiciones de la sociedad. Irían a la iglesia con sus hijos, celebrarían las fiestas con la familia, disfrutarían de sus vacaciones juntos.

Y ella y su hijo ocuparían un rincón minúsculo en esa pantomima. La gente cambiaba con el tiempo, a saber cómo serían las cosas a diez años vista. Arlington les haría caso mientras le divirtiesen; luego, se limitaría a mandarles un dinero para su manutención, una cantidad que nunca llegaría a echar de menos, como a ellos. Eso, si no los mandaba a *Kaifar*, como tenía pensado hacer, una vez hubiese muerto su padre. Allí, donde sería una esclava con sus hijos, nada más. Alguien por completo prescindible. Olvidable.

Respiró profundamente, tratando de no perder los nervios. Ella era orgullosa como el que más, era una Cruz-Ortega; por sus venas corría sangre andaluza, en su alma ardía el sol de una tierra luchadora que jamás se rendía. No permitiría que supiera hasta qué punto la había herido, jamás. Ni siquiera pensaba mencionárselo: esperaría a que lo hiciera él, y actuaría como si no le importara. Al menos, de ese modo, conservaría algo de dignidad. O mucho se equivocaba o iba a ser lo único que le quedara de todo aquello.

Pero, en esos momentos, estaba a solas. Podía romperse, frágil como el cristal. Como se sentía...

Ana se cubrió el rostro con las manos y se echó a llorar.

5

Barnes vivía en una casita de las afueras, en una zona que no conocía bien, así que Arlington pidió al señor Hudson que avisase a su cochero, Taylor, para que preparase todo para llevarlo. Mientras, aprovechó para darse un baño y cambiarse de ropa, pero no tardó más de una hora en estar listo.

Era muy temprano cuando llegó al domicilio de Barnes. Pidió a Taylor que esperase en las cercanías y se dirigió andando hacia la puerta. El barrio era tranquilo y agradable, un buen lugar en el que establecer una familia. A ambos lados de la calle se extendía una sucesión casi idéntica de casitas numeradas, solo rota por un pequeño parque con bancos y una fuente. Aunque pequeño, todas las casas poseían su zona de jardín o huerto rodeado de una valla blanca; se veían flores y árboles por todas partes, y también diversas hortalizas, según el gusto del propietario. Oyó el llanto de un bebé, en algún lugar cercano. Lo apartó rápidamente de sus pensamientos.

En la casita vecina a la de Barnes, una anciana cuidaba gardenias en su jardín. Se protegía del sol con un sombrero muy coqueto, sujeto con una gran lazada. Sonrió a Arlington, que la saludó con cortesía mientras recorría el pequeño sendero de piedras blancas que conducía hacia el porche.

Llamó a la puerta, con una aldaba resplandeciente que parecía sonreírle. No contestó nadie. De haber estado solo, hubiese forzado la puerta, pero era mejor asegurar. Fue hacia la valla y saludó

otra vez a la anciana.

—Perdone, ¿sabe si está el señor Barnes? —preguntó.

—Creo que sí —respondió la mujer, sacudiendo las manos, cubiertas por guantes manchados de tierra—. Generalmente a estas horas suele estar trabajando. Tiene un buen empleo, con un caballero muy importante, ¿sabe? —Arlington no hizo comentarios—. Pero hoy no lo he visto salir. Me preguntaba si no estaría enfermo. Johnny es un muchacho tremendamente sensible, ¿sabe? Siempre lo ha sido. Y ahora no está su madre para cuidarlo. La pobre Betsy murió hace dos años.

—Entiendo —contestó Richard, avasallado por tanta información. Hasta sintió una punzada de remordimiento por haber despedido a Barnes de forma tan radical. Ahora que lo mencionaba aquella mujer, sí, recordó que su madre había muerto hacía relativamente poco. Su secretario, muy apegado a ella, no se había recuperado fácil, si realmente había llegado a conseguirlo.

—Desde entonces está muy solo, ¿sabe? —prosiguió la mujer. Richard consideró poco amable irritarse tanto por aquel repetitivo *sabe*, de modo que trató de ignorarlo. Estaba a punto de despedirse, cuando ella, que posiblemente vivía sola y tenía ganas de hablar, añadió—: Ayer mismo, parecía muy deprimido. Por eso le llevé un guiso para cenar y creo que había estado llorando, ¿sabe? Por eso me alegré cuando vino ese amigo a verlo.

Richard se paralizó en el sitio.

—¿Un amigo?

—Sí, ¿no se lo he dicho? Vino a verlo algo tarde. —Puso cara de resignación—. Los jóvenes a veces son poco dados a respetar ciertas normas básicas de convivencia, pero bueno, a mí no me importó mucho porque me cuesta dormir, ¿sabe? Eso sí, le aseguro que a Betsy no le hubiese gustado nada que llegase gente a semejantes horas, pero como el muchacho está tan solo y triste...

Arlington buscó en el bolsillo y sacó el retrato de Beauchamp.

—¿Sabe si ese amigo se parecía a este hombre?

—¡Sí! —Ella no lo dudó ni un momento. De no haber estado tan angustiado, Richard se hubiese echado a reír. A pesar de su edad, tenía buen oído y buen ojo, la amable vecina cotilla. En otra época, le hubiese ofrecido un puesto en *el Grupo*. Poco probable que sospechasen de alguien como ella y estaba claro que no se le escapaba detalle—. Ese es...

Arlington no se entretuvo más. Se despidió lo más amablemente que pudo pero sin darle opciones a alargar la conversación, volvió a la puerta y llamó con más fuerza. Cuando siguieron sin contestar, comprobó las ventanas. Todo estaba cerrado a cal y canto, así que dio la vuelta a la casita, con la idea de que, si también estaba todo cerrado, al menos podría romper un cristal o forzar una cerradura sin tener a la vecina de testigo. Hubo suerte: encontró una puerta trasera que cedió en cuanto giró el picaporte.

La puerta daba a una cocina pequeña, que estaba impecable. Olía vagamente a amoníaco.

—¿Barnes? —preguntó. Nadie contestó. El único sonido era el goteo continuo de un grifo, un ritmo lento y húmedo que por alguna razón lo ponía nervioso. Richard avanzó hacia el fregadero y lo cerró con mayor fuerza—. ¿Barnes?

Silencio. El interior estaba oscuro. Guiándose con la luz que entraba por la puerta, cruzó la cocina y se internó en un pasillo mientras empuñaba la pistola. En la penumbra, divisó la escalera hacia el piso de arriba, la puerta delantera al otro extremo, y un arco que conducía a un salón.

Le pareció que había alguien sentado en el sillón que le quedaba de espaldas. Sí, a medida que sus ojos se fueron acostumbrando a aquella luz, fue captando más detalles. Un brazo caía flojamente a un lado.

Richard giró alrededor del sillón con cuidado, asegurándose de que no había nadie escondido en algún rincón.

—¿Barnes?

Sí, era él. Estaba recostado, con la cabeza apoyada sobre una de las grandes orejeras del sillón. Hubiese podido parecer dormido, seguramente él o su madre habían disfrutado de muchas siestas allí; pero en ninguna de ellas habrían mostrado una expresión tan crispada, atrapada en un instante de pura agonía. La lengua asomaba entre los labios morados.

Oh, no. Aunque Richard despreciaba a los traidores, Barnes había sido su secretario durante más de cinco años, desde que se lo recomendó uno de sus abogados, que había ido a la escuela con él. Richard no quería nadie complicado ni ampuloso, solo alguien que atendiera las pocas cosas de las que se ocupaba en su casa y que estuviera disponible a cualquier hora para distintos recados. Barnes había sido la persona adecuada durante mucho tiempo.

No pudo evitar una punzada de lástima. ¿Qué lo habría inducido a colaborar con Beauchamp? No podía ser el dinero. Le pagaba un buen sueldo y Barnes era un individuo frugal, no tenía esposa ni hijos, ni grandes vicios. Claro que, si había estado en lo correcto respecto a sus tendencias sexuales, esa clase de peculiaridades siempre suponían un peligro. Quizá los españoles lo habían descubierto y lo habían utilizado para hacerle chantaje. Eso tenía sentido.

Registró la casa, pero no encontró nada llamativo, a excepción de detalles que confirmaron sus sospechas sobre el género de sus gustos. En la parte baja de un cajón descubrió un diario, por el que supo que Barnes había estado enamorado de uno de sus abogados, el que lo había recomendado. Y, curiosamente había sido correspondido.

También resolvió el misterio de lo ocurrido, la razón por la que Barnes lo había traicionado. Estaba en lo cierto: Beauchamp lo había investigado y conocía su secreto. Barnes estaba aterrorizado por la posibilidad de que Arlington descubriese su secreto, pero más todavía de que su amigo el abogado perdiera su posición y su familia. Él sí que estaba casado y tenía cuatro hijos. Pero, a pesar de todo, Barnes había anotado que pensaba decírselo todo a Arlington, esperando conseguir su ayuda o, al menos, reparar de algún modo lo que había hecho. Había pasado una enorme vergüenza cuando

lo despidió y quería que supiera lo ocurrido. Era la última anotación. Tenía varias manchas en las que se había corrido la tinta y que seguramente correspondían a lágrimas.

Arlington volvió a bajar, con el diario en la mano. No podía dejarlo allí. Cuando descubrieran el asesinato, la policía registraría el sitio y podría encontrarlo; y si no lo encontraba la policía, podía hacerlo cualquier otro en el futuro. Era mejor quitarlo de en medio, quemarlo, que nadie supiera lo que Barnes era o dejaba de ser, y lo que había hecho.

Miró el cuerpo en el sillón. Haría que se ocupasen de él.

Cuando volvió a salir no estaba la vecina. Contrariado, regresó al coche. Había conseguido algo de información y resuelto alguna duda, pero Beauchamp se le había vuelto a adelantar. Maldito fuera. Por donde pasaba, siempre dejaba algún cadáver. La idea lo intranquilizó. Esperaba que Ana tuviese el buen juicio de hacerle caso y no volver a contactar con él.

Todavía tenía que ir a ver a Lester. Para llegar hasta su oficina iba a pasar cerca de la casa de Ana, pero decidió no parar. Seguía enfadado por el modo en que se había tomado el embarazo y más todavía por la sugerencia sobre un posible aborto. Pero también era normal que se sintiese tan confusa. Estaba en un país extranjero, sola y, de algún modo, prisionera. No controlaba su vida y se había visto abocada a esto. Pero ya entraría en razón. Seguro que no tardaría en desear con todas sus fuerzas ese niño.

Un hijo, pensó Richard, maravillado. Su primer hijo. La idea le provocaba una sensación cálida y muy agradable, pero también un miedo espantoso por los problemas sociales que iban a derivarse. La imagen de Beauchamp, a sus quince años, siendo perseguido por un grupo de compañeros que canturreaban *bastardo, bastardo*, dándole cachetes y empujones, cruzó por su mente. La idea de que su hijo tuviera que pasar por eso, le resultaba insufrible. Pero peor aún era la posibilidad de tener que vivir lejos de él y de Ana.

Estaba deseando tenerlo a su lado, abrazarlo, verlo crecer, enseñarle tantas cosas...

¿Estaba siendo egoísta? Quizá... Sí, seguro. Y, sin embargo, si lo pensaba bien, podía encontrarse una solución sencilla a todo aquello: dividir su herencia, escindir lo que era. Tendría que esperar un tiempo prudencial, quizá uno o dos años, tres a lo sumo. Quería que el niño naciese en Inglaterra, y luego, con calma, informar a Ana de la muerte de Cruz-Ortega, mejor simulando que la primera carta se perdió en el viaje, porque quería evitar una escena que aventuraba terrible. Ya iba a suponer en sí un trance difícil, seguro que le echaría en cara sus palabras, el hecho de que la hubiese condenado a no volver a verlo y lo hubiese cumplido. Y él se enfadaría y discutirían agriamente porque, a pesar de todo, no se desdecía de aquello. Jamás.

Luego, podría llevarlos a *Kaifar* personalmente, pero quería hacerlo solo cuando ya pudiera permitirse largas estancias allí con ellos. Con el tiempo, cuando ya no estuviese lady Arlington y él hubiese cumplido con sus deberes para con el título, tras darle dos o tres hijos a Arabelle, podría simplemente no regresar nunca, si no lo deseaba. Sus abogados podrían ocuparse de la administración de todos sus bienes, hasta la mayoría de edad de un nuevo duque.

Pero... no podía ignorar la posibilidad de que el matrimonio con Arabelle resultara estéril, o solo le diera hijas. En ese caso, el hijo de Ana quizá podría llegar a sucederlo, si estaba debidamente reconocido según las leyes inglesas. Hablaría con su abogado, para ver qué podía hacerse. Seguramente lo reconocería en todo caso, nunca estaba de más. Era su hijo. Pero le ofrecería *Kaifar*.

Sí, era la mejor solución. Su padre había unido dos mundos y él podía separarlos otra vez para sus hijos. Los que tuviese en su matrimonio inglés, podían quedarse con su herencia inglesa. Ana y sus hijos, disfrutarían de la otra parte. Ella no sería más que una esclava, su esclava, nunca podría cambiar eso tras todo lo ocurrido, no se lo podía permitir, ni siquiera quería pensar en ello; pero su hijo sería legítimo según la ley del *Bey* y heredaría el título de príncipe.

Seguro que sería feliz, correteando por *Kaifar*.

6

Ana estaba intentando llegar por sus propios medios hasta el sofá cuando llamaron discretamente con los nudillos y entró Regina.

—Pero ¿se puede saber adónde va? —dijo, cerrando la puerta y apresurándose en su dirección—. ¿Por qué no me ha avisado? Espere, la ayudo

—No, no te preocupes —No le hizo mayor caso, claro. Apoyándose en ella, Ana llegó en un momento, saltando a la pata coja. Regina sacudió un poco los almohadones y la ayudó a acomodarse en el sofá. También extendió sobre sus rodillas una mantita de ganchillo. Ana no tenía frío pero decidió no protestar, seguro que también sería inútil—. Además, tú sí que deberías estar acostada.

—Me siento mejor. Aún me duele todo, pero la reacción no ha sido tan fuerte como parecía en un primer momento. Descansaré un poco después de comer. ¿Y usted? ¿Cómo está? —Ana se encogió de hombros. Regina la observó unos momentos. Llevada por un impulso, se sentó a su lado, con expresión apenada, y abandonó su papel de doncella—. Ana... No te preocupes tanto. Sabes que intentaré ayudarte. Pase lo que pase, haré lo imposible para que puedas conservar el niño.

Ana la miró con sobresalto. ¡Conservar el niño! Ni se le había ocurrido que pudieran quitárselo. Pero, pensándolo bien, si decidían hacerlo, ¿cómo iba a oponerse, conociendo el coste de la desobediencia? Ana había esperado problemas, pero no de tal calibre. Tenía que estar alerta. Su única opción era Arlington.

O Regina, en el otro bando.

—Ayúdame, por favor. Eso sí que no podría soportarlo.

Los ojos de Regina brillaron y asintió.

—Sí, me lo imagino. Ya te digo que haré lo posible. Desconozco qué planes tienen para ti, pero seguramente podrán acomodarse a todo esto. —Se frotó el mentón, pensativa—. Pero no debiste

quedarte embarazada. Supone un riesgo enorme, y... bueno, complicaciones.

—No se me ocurre cómo hubiese podido impedirlo.

—Creí que ponías medios. No todo es efectivo siempre, pero hay sistemas. —Ana se encogió de hombros, dejando claro que era un tema desconocido para ella—. Te explicaré algunos, aunque sea para el futuro.

—Para el futuro... —repitió, con cierto escándalo—. Yo no quiero seguir en esto.

Regina pareció poco convencida.

—Supongo que te dejarán marchar, una vez concluya la misión —dijo, sin embargo. Ana hubiese querido seguir con ese tema, pero había surgido la ocasión de plantear otro:

—Matar a Arlington.

Regina apartó el rostro, incómoda.

—Ya te he dicho muchas veces que no quiero hablar de ese asunto. Vas a tener que aprender cuanto antes que en esta profesión no se debe ni analizar las misiones, ni discutir las órdenes, ni mirar atrás.

—Vamos, no me vengas con esas. No eres quién para dar semejante consejo. Todo lo que has hecho, todo, responde a algo de tu pasado, algo que te marcó hasta tal punto que te arrastró a cometer esos crímenes infames. No has dejado de mirar atrás ni un solo instante. —Las pupilas de Regina giraron hacia ella con sobresalto, como si no se le hubiese ocurrido tal idea hasta ese momento—. Tienes que ayudarme a salvarlo. No sé qué sentido tiene todo esto, no conozco la razón, pero me consta que Beauchamp quiere matarlo. ¡Tienes que ayudarme a salvar a Arlington!

—¡No! —Se puso en pie de un salto—. Haré lo posible por salvarte a ti, niña tonta, metida en un jaleo que te queda demasiado grande. Y haré lo posible por salvar a tu hijo que, al fin y al cabo es una criatura inocente y no tiene culpa de nada. Pero no me pidas más. No me pidas más, Ana. —Apretó los puños, con fuerza—. Tú... tú no lo entiendes, no puedes entenderlo, pero Arlington está condenado. No puede salir con vida de esta.

—Pero, ¿por qué? —Regina no contestó. Respiraba agitadamente—. Yo lo amo. Tienes que ayudarme.

—Amor... No me hables de amor, maldita sea. —Le clavó unos ojos profundos y atormentados—. Ana, en este... *ambiente* en el que nos movemos, no es bueno permitirse afectos. Y Arlington tiene muchas culpas sobre su alma. Si han decidido que hay que eliminarlo, es mejor no cuestionarse las razones. Seguro que hay muchas.

—Seguro que sí. Quiero saber la tuya.

Regina frunció los labios.

—¿Por qué estás tan segura de que yo tengo algo específico en su contra?

—Porque te conozco. Y te estoy viendo. Regina... esto es personal. Tú también tienes con él alguna cuenta pendiente. No eres una mujer insensible, lo dijiste y lo sé. Creo que te gustaba Andrew Arlington, pero aun así lo asesinaste.

—Lo ejecuté —corrigió con frialdad.

—Llámalo como quieras, si te hace sentir mejor. El caso es que era un hombre inocente, y le quitaste la vida.

Regina se ruborizó.

—Fue... —Carraspeó—. Fue una misión difícil, que se complicó. Pero...tuve que hacerlo entonces y tendré que vivir con ello el resto de mi vida.

—¿Por qué?

—Porque... —Casi pareció que iba a contestar, pero hizo un gesto impaciente—. Déjalo estar, Ana.

—En todo caso, esto no tiene sentido —dijo ella, intentándolo de otro modo—. Arlington se retiró.

—Ya, claro. Pero Arlington no tenía derecho a retirarse. No, después de hacer muchas de las cosas que hizo. No es ningún inocente, Ana. No es un alma pura que pasaba por aquí, no. Es el *Cazador*. Se ha ganado el título y también el serlo para siempre, hasta su último día de vida. Y ha neutralizado a demasiados de los nuestros como para que se lo perdonemos sin más, no lo olvides.

Ana la miró pensativa.

—Supongo que... mató a alguien que tú querías.

Regina apartó el rostro. No contestó a la pregunta implícita. Se limitó a cambiar de tema.

—Tendremos que esperar órdenes, otra vez. Aprovecha para descansar. Y come algo, te sentará bien.

—De acuerdo, gracias.

Regina se fue. No vio a nadie más hasta media hora después, cuando llegaron dos hombres para poner rejas en todas las ventanas de la casa.

—¡Deberías habérmelo contado antes! —gruñó Lester, enfadado. Cómodamente instalado al otro lado del gran escritorio de madera oscura, Richard se encogió de hombros.

—No te exaltes. Lo he tenido todo bajo control. Además, no quería hacerlo. Yo estoy a cargo de todo y bien sabes que, en estos asuntos, el secreto resulta... imprescindible. ¿Cómo dijiste aquella vez? Ah, sí. *Supone la diferencia entre el éxito y el fracaso* —citó. Lester entrecerró los ojos, claramente irritado, pero no se dignó responder a la pulla—. De hecho, de no necesitar tu ayuda, no te lo hubiese dicho, nunca.

—Estás loco, Richard. Esa mujer es muy peligrosa. —Clavó un dedo en el papel que había estado leyendo cuando Richard entró en el despacho. En esos momentos, no era el amigo cercano, el camarada de siempre. Era lord Walls, estaba al frente de todo y trataba de imponer la jerarquía—. Te ordeno que la elimines. Inmediatamente.

—No. —Richard afirmó la mandíbula. No le gustaba desobedecer órdenes, pero en ese caso no quedaba más remedio—. No lo haría, en ningún caso, pero además se da la circunstancia de que está embarazada.

—¿Embarazada? —repitió Lester, con incredulidad—. ¡Embarazada! —dijo, de nuevo. Al parecer, la idea le había entrado por fin en la cabeza. Dio un puñetazo sobre la mesa, haciendo saltar los objetos del escritorio—. ¿Es que... es que te has vuelto loco? ¿Te das cuenta de la difícil situación en la que te has colocado? ¿En la que me pones a mí? Si esa mujer es la *Sombra*, no...

—No es la *Sombra* —lo interrumpió Richard aparentando más tranquilidad de la que realmente sentía—. Es solo una aficionada, una pantalla creada por la auténtica *Sombra*, para ocultarse detrás. Un plan realmente astuto, puesto que daba lugar a que nosotros sospecháramos de un tercero en discordia, el pintor Cruz-Ortega. Así, tenemos tres *Sombras*, una detrás de otra. Difícil llegar a la auténtica, ¿no crees?

Lester le observó en silencio un par de minutos. Luego, se puso en pie y empezó a caminar de un lado a otro.

—Es el mayor disparate con el que me he encontrado nunca. Tres *Sombras*. Lo que nos faltaba. ¿En qué te basas para asegurarlo?

Richard le miró fijamente.

—Háblame de Beauchamp.

—¿Beauchamp? —Lester pareció sorprendido. Y alarmado—. ¿Te refieres a Stuart Beauchamp?

—El mismo. No creo que haya habido ningún otro Beauchamp en nuestras complicadas existencias.

—Por todos los diablos. —Lester agitó la cabeza. Se había recuperado con rapidez. Claro que, era alguien importante, dentro del Servicio Secreto, lo que implicaba que era raro que perdiese los papeles y más aún que no los recuperara al momento, simulando haberlos tenido siempre bien sujetos—. Murió hace varios años y tú lo conociste mejor que yo. ¿A qué viene mencionarlo ahora?

—Viene a que Beauchamp no está muerto, Lester. —Esperó a ver su reacción. Desde luego,

parecía intrigado—. Y, ahora, quiero que me digas qué es lo que ocurrió hace cinco años. Todo, Lester.

—No te entiendo... —dijo Lester, pero su expresión se había vuelto cautelosa, lo que indicaba que habían entrado en terreno inseguro. Richard se levantó, fue hacia la mesita de las bebidas, y se sirvió un coñac. Era temprano pero, después de lo de Barnes, bien sabía Dios que lo necesitaba. Y más, si tenía que afrontar ese asunto con Lester.

—Beauchamp trabajaba para ti —empezó, con calma, como si describiera con total indiferencia hechos antiguos y sin demasiada importancia—. Pero, por lo que parece, empezaste a sospechar que no eras su único patrón. Según mis informes, alguien fue a Madrid con la misión de eliminarlo. Solo tú pudiste dar esa orden.

Lester apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—Preferiría no hablar de eso, Richard.

—Seguro. Pero no te queda otro remedio.

Lester siguió mirándole impasible. Richard dio un sorbo de su copa. Había empezado a pensar que no iba a obtener nada de él, cuando finalmente asintió.

—Está bien —gruñó. Se tiró de un extremo del bigote con dos dedos—. Sí, es cierto, demonios. Empezamos a sospechar de Beauchamp a raíz del asunto de Talavera. Aquello fue... demasiado turbio. Le estuvimos investigando durante algunos meses. En realidad, ni siquiera llegamos a estar nunca totalmente seguros, pero se dio la orden de eliminarlo, como precaución, porque había demasiadas pruebas circunstanciales en su contra. Por aquel entonces tú estabas en Egipto, investigando el asunto Darkstone, ¿recuerdas? —Richard asintió. Una misión como tantas, aunque visitar aquel país había merecido la pena—. Mandamos a *Veleta*.

—¿A *Veleta*? —Sí, la descripción de Ana concordaba. *Veleta* era uno de los agentes de mayor edad y tenía una predisposición natural a la gordura—. Pero... maldita sea, sabes tan bien como yo que su fuerte era la decodificación, puro trabajo de oficina. Como agente de campo, posiblemente haya sido el peor que tuvimos nunca, por no hablar de que estaba demasiado viejo.

—Ya te digo que no había otra cosa, Richard —se defendió Lester, irritado—. No había opciones. No podía encargarle un asunto así a cualquiera y todos mis mejores agentes estaban ocupados, dispersos por el mundo.

—Ya veo. Lo lamento —añadió con tristeza. *Veleta* siempre había sido un alma demasiado cándida como para encajar en aquel infierno. Entró en el Servicio Secreto captado en la Universidad de Oxford, en su Instituto Matemático, tras escribir una interesante tesis sobre la creación y el análisis de códigos secretos; una mente privilegiada en esos temas, pero que nunca había sabido relacionarse bien con el mundo real—. Era un buen tipo. Se me dijo que se había retirado, que vivía en el Caribe, en Jamaica, si no me equivoco.

—Sí, eso se dijo. Fue la versión oficial. En realidad, no tenemos ni idea de lo que ocurrió con él. Simplemente, desapareció, quizá en Madrid, quizá durante el viaje. Nunca pudimos comprobarlo. Dado que no tenía familia, ni era alguien influyente en sociedad, consideramos mejor mantener en silencio las auténticas circunstancias. No era momento para ponerse a admitir que habíamos perdido otro agente. Con uno, era suficiente.

—Beauchamp.

—Sí, Beauchamp. La casa en la que vivía ardió hasta los cimientos. Su cuerpo apareció entre los escombros. Al menos, pensamos que lo era, porque tenía algunos objetos personales encima, que nos ayudaron a identificar el cadáver carbonizado... —Agitó la cabeza—. ¿Estás seguro de que sigue vivo?

—Completamente. Lo he visto con mis propios ojos. Se encuentra en Londres. Además, me llegó esto de nuestro agente en Lisboa. —Richard volvió hacia la mesa, dejó la copa junto al tintero y le entregó el dibujo que había llevado en el bolsillo interior de la chaqueta. Lester lo cogió y lo miró con el ceño fruncido.

—Esto no es definitivo. —Lo alejó, como si necesitara tomar distancia para fijarse en todos sus detalles—. Reconozco que tiene un cierto aire, pero podría ser alguien que se le parece, como...

—Como dos gotas de agua —terminó Richard, burlón—. Vamos, Lester. Se ha dejado barba y se ha teñido el cabello, pero es él, lo sabes. Sus ojos son inconfundibles. Ese hijo de puta no podría ocultar la maldad que lleva dentro.

—Mmm... —Lester se sentó, sin dejar de mirar el dibujo—. Está bien, admito que si no es él, tendría que ser su hermano gemelo.

—Y, como nosotros bien sabemos, no tiene hermanos gemelos, se los hubiese comido antes de nacer. No tiene hermanos. Su única familia es una tía anciana que pensó que el pequeño bastardo de su hermano merecía tener una oportunidad en la vida. Lástima. Hubiera hecho mejor ahogándolo en el Támesis y ahorrarnos un buen montón de molestias.

Lester lo observó pensativo.

—Nunca entendí por qué lo odiabas tanto. Reconozco que no era un hombre agradable, pero...

—Tú no lo entiendes. —Richard pensó en los años pasados en Eton y Oxford. Al principio, había intentado defender a aquel muchacho larguirucho, débil y patético, con quien se metían sus compañeros solo por ser bastardo. Luego, había intentado ignorar los mil detalles que le indicaban que Beauchamp no agradecía su amistad, sino que lo odiaba, enfermo de celos y envidia. No fue hasta estar en la Universidad, incorporados ya ambos al Servicio Secreto, que no pudo seguir cerrando los ojos. A punto estuvo de ser expulsado por su culpa, tras acusarle, para salvarse a sí mismo, de un asunto tan turbio que Richard aún se estremecía al recordarlo.

El rostro macilento de la muchacha que encontró muerta sobre su cama, lo había atormentado en

innumerables pesadillas. Beauchamp la había violado y asesinado a golpes. La única excusa que dio para dejar el cadáver en su dormitorio fue que Richard no tendría problemas con la ley, que solo era una prostituta y que los Arlington taparían por completo el asunto, mientras que él hubiese podido terminar ante un tribunal acusado de asesinato. ¡Solo era una prostituta! ¿Qué le importaba, hacerle ese favor? Se había vuelto loco. Era incapaz de entender que Richard no lo asumiera como algo sin importancia y estaba demasiado acostumbrado a conseguir su perdón. Tardó tiempo en comprender que Richard ya no quería seguir teniéndole cerca, ni lo consideraba un amigo.

—No, si no me lo explicas —dijo Lester, con suavidad. Richard apartó el asunto con un gesto impaciente.

—Da igual. No tiene importancia. El caso es que sigue vivo y que es, siempre lo ha sido, la *Sombra*.

—Maldición... Creo que tienes razón. No esperaba algo así. Es cierto, hubo un momento en el que sospechamos que Beauchamp era la *Sombra*, pero su muerte, su supuesta muerte, nos despistó por completo. La *Sombra* siguió actuando después, no podía ser él —añadió, tratando de excusarse—. Llegué a la conclusión de que habíamos cometido un error y una terrible injusticia. Incluso, llevado por los remordimientos, le concedí una medalla póstuma, que entregué personalmente a su tía.

—Qué bonito detalle.

—No seas irónico. —Le tendió el retrato de Beauchamp, pero Richard alzó una mano, rechazándolo.

—No, quédatelo. Lo vas a necesitar.

—Bien, ¿cuáles son tus planes?

—En primer lugar, quiero que te ocupes de enviar un mensaje a nuestros agentes en Madrid. Quiero que localicen a la madre de Ana. Si su rescate resulta sencillo, que lo lleven a cabo de inmediato. En caso contrario, que esperen, pero que se ocupen de protegerla en lo posible. No quiero que sufra ningún daño.

—Ningún problema.

—También quiero que se inicie la búsqueda de ese hombre del retrato. Puede que se haga llamar Lazarus Newbody. Es el alias que lleva empleando desde su intervención en Lisboa, creo que no lo ha cambiado, pero nunca se sabe. Por supuesto, será necesaria la discreción más absoluta.

—También podrá hacerse. Y discretamente, no te preocupes.

—Bien. Por último... —Dudó. Aquello, era lo más difícil de todo—. Quiero que investigues quién es el agente doble.

—¿El agente doble?

—Hay un espía dentro de la organización, Lester. Creo que resulta obvio. Alguien tuvo que informar a Beauchamp de que Charlie había sido enviado a Lisboa. Beauchamp contactó con él antes de llegar.

—Eso, en el caso poco probable de que esa mujer esté diciendo la verdad.

—No. No es solo ella. —Richard contuvo un conato de irritación. Le había molestado el tono empleado para referirse a Ana, aunque podía entender la poca simpatía que debía profesarle Lester—. También lo indican así los informes que recibí. Llegaron juntos, se presentaron como amigos, realizando juntos un viaje, tomaron habitaciones contiguas.

Lester parpadeó lentamente.

—Sí, entiendo. Tienes razón. Tienes mucha razón, Richard. Me pondré a ello de inmediato.

—Estupendo. Cualquier cosa, puedes localizarme en la casa de Ana. Irónicamente, será más seguro, Beauchamp consiguió presionar a mi secretario, pero no me sorprendería que tuviera un segundo enlace dentro de mi casa. Contacta con Roberts o con Finch, en casa de Ana. Son de confianza. —Richard se levantó—. Ahora, debo irme.

—Te tendré informado —le aseguró Lester, poniéndose también en pie para estrecharle la mano—. Y permíteme que te felicite.

—¿Por qué?

—Eh... supongo que si esa joven espera un hijo, será porque tú has colaborado en ello, ¿no? —Titubeó un momento—. ¿Eso altera en algo tus planes? Lo digo porque leí esta mañana el anuncio de tu compromiso, en el periódico.

Richard hizo una mueca. Había olvidado a Arabelle y todo lo relacionado con ella. Hizo un gesto a la vez elocuente e indeterminado y abandonó el despacho.

Estuvo el resto del día ocupado en mil cosas; o mejor dicho, buscando cómo ocuparse para no tener que volver y enfrentarse de nuevo a la situación con Ana. Mientras entraba en la casa, ya de noche, rogaba para que se le hubiese pasado el disgusto y no repitiese nada sobre abortos, porque no estaba seguro de no enfadarse más allá de lo aconsejable.

El dormitorio estaba en penumbra, Ana ya se había acostado. Mejor. Intentando hacer el mínimo ruido posible, se desnudó y se metió entre las sábanas. Fue una precaución inútil, porque estaba despierta, lo supo cuando intentó rehuirle. Irritado, la cogió por la cintura y la estrechó contra su pecho. Ella se puso tensa, pero no tardó en relajarse. Richard apoyó la mano extendida sobre su vientre. Aún no se notaba su estado, o quizá ligeramente, pero la idea de que allí dentro se estuviese gestando su hijo le llenaba de una absurda alegría. Lo acarició con delicadeza, con auténtico amor.

Ella giró el rostro y lo miró confusa, a la escasa luz de la noche que llegaba desde el exterior. La luna dibujaba las líneas negras de los barrotes de la ventana sobre su rostro.

Los barrotes. Lo había olvidado. Richard se sintió desfallecer.

—Ana... —susurró, pero no supo qué más decir. La besó, y terminaron haciendo el amor de una forma lenta y suave que le sobrecogió el corazón. Jamás se había sentido tan vulnerable, tan expuesto.

Por suerte, unas nubes ocultaron la luna y las sombras del dormitorio se intensificaron.

Capítulo 11

Londres, septiembre de 1875

1

—Son las cuatro —dijo Regina, a su espalda—. Su Gracia no tardará en llegar para llevarla a dar su paseo, señorita. ¿No cree que debería empezar a arreglarse?

—Enseguida, Regina, gracias —murmuró Ana, sin mover un solo músculo.

Regina suspiró y salió, dejándola sola. No aprobaba en absoluto la pasividad en la que se había sumido a lo largo de las últimas semanas, pero Ana no podía evitarlo. A pesar de su intención inicial, aquella belicosidad que la animó y la llenó de fuerza en el momento de enterarse del compromiso de Arlington, a medida que pasaba el tiempo se sentía más y más deprimida, hasta el punto de que, entrando ya en septiembre, apenas era capaz de levantarse por las mañanas. Decían que era por causa del embarazo, pero lo cierto es que, si había razones físicas, también las había de otro tipo.

Porque, ¿para qué hacerlo? Se pasaba el día sentada en aquella casa, solo salía por las tardes a caminar un rato con Arlington, y eso porque al doctor Gardiner se le ocurrió decir que era bueno para el bebé. De no ser por eso, seguramente hubiese podido conseguir un día a la semana, con un rato en el jardín o algo así.

Arlington no había vuelto a llevarla a ninguna fiesta, lo cual suponía un inmenso alivio, pero no había cambiado su actitud en cuanto al encierro, ni siquiera tras la confesión. Ahora que sabía lo de su madre, se comportaba con menos enfado, pero con la misma firmeza. Para Arlington, daba igual fuera cual fuese la razón por la que Ana había cometido sus crímenes, o incluso lo que él sintiese por ella, el caso era que había una culpa y una expiación necesaria. Había vuelto con ella y, en los momentos que estaba en la casa casi parecían un matrimonio normal. Pero solo casi.

Nadie consultaba con ella, su opinión no importaba. Arlington, al igual que antes, decidía cada detalle: su nueva ropa, más discreta, su alimentación, sus lecturas, su ejercicio... Lo peor de todo era que iba a obligarla a permanecer en el maldito Londres, a oír hablar de su boda, a esperarlo durante su viaje de novios y más allá, mientras él fecundaba el insigne vientre de su esposa para perpetuar su estirpe según los cánones que exigía la buena sociedad. En algún momento de todo ese proceso, ella tendría su propio hijo. ¿Estaría Arlington a su lado? Quizá no. Todo dependía de hechos ajenos: el tiempo que durase el compromiso oficial con Arabelle, de cuándo se celebrara el matrimonio... Luego, volvería, no sabía cuántas veces, ni durante cuánto tiempo...

Si es que podía. ¿Qué estaría haciendo Beauchamp? ¿Qué confabulación andaba urdiendo, que tanto se alargaba? Arlington siempre iba armado y aunque él no le había dicho nada, Regina le comentó que ahora siempre se movía por Londres seguido discretamente por dos guardaespaldas. Ojalá fuera suficiente, ojalá pudiese enterarse de algo útil, en vez de estar entre esas cuatro paredes,

sin hacer nada más que engordar y lamentarse, consumiéndose en vida.

Dios, qué mal se sentía. Qué triste y qué vulnerable.

Apartó un mechón desgredado que le caía sobre la frente. Supuso que estaba llegando a alguna clase de fondo bien profundo, porque ese día ni siquiera se había peinado, y continuaba en bata y camisón. Llevaba horas sentada en aquel sofá, sin hacer nada excepto divagar sin sentido y, si por ella fuera, seguiría haciéndolo durante mucho tiempo más. El resto del día, el resto del mes, el resto del año, el resto del siglo. Estaba tan cansada... La simple idea de levantarse de allí, la agotaba.

Se oyó el sonido de la puerta de la calle. Debía ser Arlington. Regina entró en la habitación, agitada.

—¿Lo ve? Ya está aquí, se lo dije.

—Gracias, Regina —murmuró desabrida. Arlington llegó al momento. Iba muy elegante, con una chaqueta gris y unos pantalones de montar de ante claro. La miró sorprendido, mientras dejaba el sombrero, la fusta y los guantes sobre una mesa.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó—. ¿Por qué no estás lista?

—No se encuentra bien. —Trató de disculparla Regina. Arlington le puso la mano en la frente.

—No tienes fiebre. —Frunció el ceño—. Déjanos, Regina. —La doncella obedeció en silencio. Richard metió las manos en los bolsillos de la chaqueta—. ¿Y bien? ¿Qué pasa? Tienes un aspecto deplorable.

—Perdón. —Ana se puso en pie, con esfuerzo—. Ahora mismo me arreglo.

—No. —Arlington le puso la mano en el hombro y la empujó de vuelta al sofá, aunque con amabilidad—. Quiero que me digas qué ocurre. Te estás consumiendo, día a día.

—¿Y no te imaginas lo que pasa, Richard?

Arlington entrecerró los ojos. Lentamente, se acercó a uno de los sillones y se sentó, cruzando las piernas.

—¿Vamos a empezar a discutir otra vez? Por Dios, Ana, que acabo de llegar. Y me parece que no puedes tener queja. Estoy siempre pendiente de que no te falte de nada. —Hizo una mueca, un gesto adusto—. Si me vas a volver a pedir que permita que salgas por tu cuenta o solo con Regina, olvídalo. Por favor, déjalo para otro día porque te advierto que hoy no estoy de humor. Tu situación no es negociable. Puedo hacerte más cómodas las condiciones, pero te recuerdo que esto sigue siendo... Bueno, demonios, lo que es.

—Una cárcel. Una condena.

La miró sin parpadear.

—Lámalo como quieras. Es un infierno, tanto para ti como para mí. Pero es lo que nos merecemos, ambos. De otro modo yo no estaría aquí, ni mucho menos, y tú... —Ahí se mostró inseguro—. A saber.

—Ya. —Ana se observó pensativa las manos—. En realidad, es igual, da lo mismo. Pero este niño está en camino y te propongo una tregua. Paz, Richard. Acepto totalmente tus condiciones. Serás libre de hacer lo que quieras, y de venir a mí, y al niño, cuando lo desees. Él será siempre tu hijo y yo tu amante. Solo te pido una cosa. Por favor, antes de negarte deja que te lo explique. Seguro que lo entiendes.

Arlington la estudió, suspicaz.

—¿Qué?

—Deja que me vaya a *Kaifar*. —Sabía que no era bueno insistir, pero no le quedaba otra. Tarde o temprano tenía que conseguirlo. Jamás hubiese supuesto que podría echar tanto de menos a su padre—. Allí naciste tú, allí podría nacer tu hijo. He pensado también que, cuando consigas rescatar a mi madre, podrías llevarla allí también, y así estaríamos todos juntos. Podré estar con mis padres, ellos serían felices viendo crecer a sus nietos, y te juro, te juro de verdad, que sabré compensarte por ello el resto de mi vida. Me encontrarás siempre a tu disposición cuando...

Arlington había apartado bruscamente la vista. *¿Está avergonzado?*, se preguntó ella, sorprendida. Casi lo llegó a parecer durante un segundo, pero su expresión volvió a cerrarse de inmediato.

—No.

—¿Pero por qué no? Creo que...

—Tú sabes por qué no.

—Pero...

—¡Basta ya, Ana! —ordenó, con expresión ceñuda, poniéndose en pie—. Te vuelvo a recordar que nada ha cambiado respecto a lo que decidí para ti en su momento, nada. No sé por qué te empeñas en insistir.

Ella lo miró con amargura.

—Ya lo sé. Da igual lo que me forzara a actuar, tú sigues lleno de rabia. —Antes de que le diese tiempo a replicar, continuó—: Pero insisto por el niño, lo hago por él. No quiero tenerlo aquí, en este país, en esta ciudad llena de prejuicios. En *Kaifar* las cosas son distintas, tú lo sabes. Allí a nadie le importaría.

—Mentira. Lo haces por ti. Quieres estar con tu padre. Pues, para que lo sepas, cada vez que lo mencionas, yo recuerdo que quiero estar con mis hermanos. Una pena. Los dos nos vamos a tener que quedar con las ganas. Ya veremos en el futuro —añadió al cabo de unos momentos de tenso silencio. Volvió a sentarse—. Quizá... quizá llegue a replanteármelo. No te niego que le he estado dando

vueltas a algunas posibilidades, aunque todo dependerá de cómo vayan las cosas. —La miró fijamente, durante mucho rato—. Maldición. No puedo seguir callándolo. —Más silencio. Más tensión—. Voy a casarme, Ana. La fecha de la boda ya está decidida. El catorce de mayo.

Sintió que se ponía rígida. Oírsele decir era más duro de lo que había pensado.

—Ah... Bueno, felicidades. Qué bien. Mayo es un mes precioso. —Ojalá tuviese fuerzas para mostrarse alegre y despreocupada, haciendo bromas sobre los lazos del vestido o cualquier otra tontería; pero no consiguió pasar de indiferente—. Tu abuela estará muy contenta.

—Lo está. —Ana asintió. Llamaron a la puerta y entró Regina con el servicio de té acompañado de una bandejita de pastas caseras, las preferidas de Arlington—. Gracias, Regina. Buena idea, porque creo que hoy nos quedaremos en casa.

—Podemos salir al jardín si... —empezó Arlington.

—No —Lo interrumpió—. Estaremos bien aquí. —Esperó a que Regina volviese a salir y afirmó, mientras le servía una taza—: Pero comprenderás que algo así cambia por completo las cosas. No lo voy a admitir con facilidad. No quiero estar en la misma ciudad que ella. Ni siquiera en el mismo país.

—Testaruda... —Arlington titubeó y acabó suspirando—. Podré establecerte en *Kaifar* en dos o tres años, quizá cuatro. Cinco como mucho. En cuanto organice las cosas aquí y pueda irme con vosotros. Pero ahora mismo, yo vivo en Londres. Aquí es donde estaréis, tú y el niño, y todos los hijos que vengan en ese tiempo.

Se sintió turbada, por la referencia a otros posibles hijos, pero la dejó pasar.

—Como ordenes, amo, por supuesto —replicó. Arlington frunció el ceño.

—Sabes que no me gusta que me hables así. Solo lo haces cuando quieres reprocharme algo. —Ella no dijo nada—. Aún no me has preguntado con quién me caso.

—¿No? Quizá sea porque no es un dato que me interese en absoluto.

Arlington agitó su té con la cucharilla, aunque no era necesario. En Inglaterra lo tomaba solo y en *Kaifar* muy azucarado. Ana se distrajo, preguntándose de qué modo le gustaría más, realmente. Debía ser agotador forzarse de ese modo a ser casi dos personas distintas.

—Ya lo sabías, ¿verdad? —le oyó decir de pronto. Ana parpadeó y volvió a prestar atención—. Sabes que me caso con Arabelle.

Ana se encogió de hombros.

—Sinceramente, sigue sin interesarme nada.

—Ya. No te preocupes tanto. Te aseguro que me ocuparé de todo. Mi matrimonio no te afectará de

una forma directa, ni a ti ni al niño. —Arlington se frotó las comisuras de los ojos, con cansancio—. Voy a darle mi apellido. Voy a reconocerlo. He estado consultando el tema con mi abogado y...

Ana lo miró alarmada.

—¿Vas a quitármelo? —Se puso en pie de un salto, temblando de pies a cabeza—. Vas a quitármelo, ¿verdad? Y se lo vas a dar a esa acelga rubia para que sea ella quien lo críe. Tendrá una infancia terrible, seguro que intentará que se sienta inferior a los hijos que tengáis vosotros dos.

—No seas absurda. Ni Arabelle haría eso jamás, ni yo voy a actuar de semejante forma. ¿Qué clase de hombre crees que soy? Eres su madre y tú lo criarás. Lo único que he dicho, es que llevará mi apellido. ¿No era eso lo que querías? —Ana apretó los labios, sentándose otra vez, lentamente. De sobra sabía que nada que dijera podría hacerle cambiar de opinión. Todavía no, al menos. Arlington bebió su té, dejó la taza vacía en la bandeja, se levantó y caminó de un lado a otro, pensativo, antes de tomar una determinación—. Quizá lo que tengo que decirte te anime un poco. He descubierto dónde está tu madre.

Ana se irguió en el asiento.

—¿Dónde?

—En un convento de las Hermanitas de la Caridad, cerca de Segovia. Ya estoy organizando su rescate, pero tendrá que esperar. —Se apoyó en la repisa de la chimenea—. ¿Beauchamp sigue sin ponerse en contacto, supongo?

—No, no lo ha hecho. Y te aseguro que me importa un cuerno si vuelve a hacerlo —añadió, beligerante—. Richard, tienes que sacarla de allí.

—Está sana y salva, y bien cuidada, por lo que me han dicho. No corre prisa.

—¡Maldito canalla! —Ana se puso en pie de un salto. De pronto, se sentía llena de energía—. ¿Cómo que no corre prisa? ¡Quiero que la rescates, ya!

Arlington apretó la mandíbula.

—Si llego a saber que me ibas a montar una escena, no te lo cuento. Haz el favor de calmarte.

—No quiero calmarme. ¡No quiero! ¡Solo quiero a mi madre! ¡Quiero que la traigas! ¡Quiero que esté conmigo! —Se encogió, incapaz de controlar los sollozos, hasta caer de rodillas en la alfombra—. Quiero a mi madre... Por favor, Richard, por favor, quiero a mi madre. ¡No puedo soportarlo más!

—Ana... —Arlington se arrodilló y la estrechó entre sus brazos—. Por Dios, tranquilízate. Te juro que haré todo lo posible. Te lo juro. Aunque tenga que ir yo mismo a buscarla. Perdona. Perdona que me ponga a veces así, es... es tan difícil todo esto...

—No puedo más, Richard. Por favor...

Arlington tardó varios segundos en hablar y lo hizo con tono grave.

—Perdóname, Ana. No puedo evitar provocar esta situación, precisamente porque no puedo evitar lo que siento por ti. —Le levantó la barbilla con dos dedos y la miró a los ojos, mientras le limpiaba las lágrimas con el pulgar—. Te quiero. Puede que no lo creas, por cómo vivimos, por las cosas que han pasado, pero es así. Te amo, Ana Cruz-Ortega. ¿Recuerdas que te dije, en el viaje a *Kaifar*, que si me casara por propia voluntad solo lo haría con la mujer sin la cual se me hiciera inconcebible vivir? No sé si esas eran exactamente las palabras, pero sí la idea. —Ella asintió, recordando aquel momento—. Pues tú eres esa mujer. Lo eres, Ana. Y te juro que aunque no pueda... afrontarlo debidamente, aunque no pueda superar nuestro pasado, estaré contigo en nuestro futuro, en lo bueno y en lo malo. Jamás te abandonaré.

Si no te matan, pensó ella, preguntándose si también lo había pensado él. Asintió.

—¿Mi madre...? —susurró. Richard le acarició el cabello.

—Te ayudaré a recuperar a tu madre. Haré lo imposible por rescatarla cuanto antes. Te doy mi palabra de honor.

Ana parpadeó, conmovida.

—Gracias. Gracias, Richard. ¡Ha sido tan duro permanecer lejos de ella, vivir en esta terrible incertidumbre, siempre preguntándome cómo estará! Mucho peor que cuando me vi separada de mi padre, quizá porque siempre he sabido que tú nunca le harías daño. —Las pupilas de Arlington titilaron—. Es un hombre viejo y enfermo, y es inocente, lo sabes. Bastante tenía ya con su dolor, con sus remordimientos, como para preocuparse por el momento presente. Nunca supo en qué andaba yo metida. ¡Si hasta se negó a espiar para Castro! No le harías daño, ¿verdad? —insistió, al ver que él no reaccionaba. Arlington apartó la vista.

—No. No, por Dios, claro que no. No le haría ningún daño. Nunca fue mi intención hacérselo.

—Bien —suspiró Ana, sintiendo que se libraba de un terrible peso—. ¿Me dejarás que le escriba una carta, por favor? ¿Y te asegurarás de que le sea entregada? —Arlington la soltó. Durante un momento, pareció que iba a decir algo, pero no fue capaz de formular ningún sonido. Se giró hacia la chimenea, sentándose en la alfombra, y se pasó una mano por la frente—. ¿Richard?

—Sí —la voz de Arlington sonó estrangulada. Carraspeó—. Sí, por supuesto. Hazlo.

—¡Oh, gracias! —Se arrojó a su cuello y lo estrechó—. ¡Gracias, Richard, gracias, gracias!

—No hay de qué. —Arlington la abrazó con fuerza. Aunque sus ojos seguían mostrando sombras grises, rio y acarició su vientre, que ya empezaba a formar una suave curva. Luego, la besó—. Dios mío, Ana. Me vuelves loco.

Regina odiaba profundamente Londres.

No era que tuviera especial aprecio por ningún sitio, aunque de vez en cuando sentía nostalgia de España, del pequeño pueblo de Morales del Vino, en la provincia de Zamora, donde había nacido. En esos raros momentos, añoraba fieramente su país, sus horas lentas y sus paisajes eternos; echaba de menos el ladrido de *Yucatán* y la risa de Julia, su prima, que era como una hermana pequeña; el aire con olor a verano en los campos de trigo salpicados de amapolas; las largas tardes en la balconada del palacio de Castro; a él...

Por lo demás, se amoldaba bien a cualquier lugar; eso sí, si era cálido, mejor. *Kaifar*, por ejemplo, le había encantado. Allí había sido feliz como en ningún otro momento desde que iniciaron aquel vagabundeo por Europa. Era algo relacionado con la luz. Ana podía ser la artista, pero estaba claro que su doncella tenía una especial sensibilidad para lo luminoso. Por eso le gustaban tanto sus cuadros.

En Londres, incluso en esa época, al sol le costaba brillar con auténtica fuerza. La ciudad amanecía envuelta en bruma y llovía casi todas las tardes. Muchas veces había que encender la chimenea al caer la noche. En el mercado decían que no estaba siendo un buen verano, quizá esa fuese la razón, pero Regina tendía a pensar que allí, ella siempre tendría frío. Esa era otra de las muchas razones por la que Londres le resultaba especialmente detestable. Solo una más.

Regina suspiró. Intentaba no pensar en ello, como intentaba no recordar su vida, ni nada anterior a la misión en la que estaba inmersa en esos momentos. No. No debía dejarse llevar por aquella melancolía. Pero a veces, resultaba tan difícil...

Ana tenía razón, todo lo que había hecho, todo, estaba arraigado en el pasado, las raíces firmemente incrustadas en tierra podrida, tierra de tumba. ¿Y qué frutos podía dar la muerte, sino la muerte misma? Andrew... Quizá nunca pudiera perdonarse por aquello. Eran órdenes, sí, y él mismo se había puesto en situación de ser objetivo en ese enfrentamiento, como el hombre de *Kaifar*. O como el pobre, tonto, Charlie, al que no pudo salvar. Pero eso no aliviaba lo que sentía.

No estaba hecha para ese trabajo. O no para esa parte del trabajo, mejor dicho. Le gustaba la investigación y el riesgo, la emoción de la aventura, pero no el tener que quitar una vida.

Excepto la que había venido a buscar.

Estaba difícil la situación y se complicaba más a medida que se iba alargando. ¿En qué estaba pensando Beauchamp, a qué venía tanta demora? Regina había conseguido algo de tiempo gracias a Ana, pero estaba claro que tarde o temprano las circunstancias iban a complicarse. Arlington terminaría por darse cuenta. Esperaba que, antes, llegase la orden de eliminarlo, o se vería en clara desventaja.

Rechazó la imagen de Ana, suplicando que la ayudase a salvarlo. ¿Se había vuelto loca? Imposible. Pero, claro, Ana no sabía. Si había alguna clase de equilibrio en el mundo, el amor de Ana se compensaba con el rencor de Regina. El deseo de salvarlo de quien lo amaba, con el deseo de verlo totalmente destruido, muerto, frío y sin esperanza de quien jamás podría perdonarlo.

Muerto, muerto, muerto... ¡Lo deseaba con tanta fuerza!

A veces, despertaba en medio de la noche con el cuerpo tenso por el odio, y oía sus gemidos de placer entremezclados con los de Ana, y con los crujidos de la cama. Cuántas veces tuvo que controlarse para no subir y descerrajarle un tiro allí mismo, maldito asesino, vil canalla. Pero, el plan de Castro era otro, así que debía tener paciencia. Se quedaba allí, quieta, mirando hacia el techo en penumbra, escuchando y recordando...

No, no quería recordar.

—No quiero recordar —pronunció en voz alta, secundando el pensamiento.

—¿Me decía algo, señorita Regina? —preguntó Roberts.

Ella parpadeó, maldiciéndose por haber perdido la concentración estando acompañada. Por suerte, no había pasado nada grave.

—No, disculpe, Roberts. Estaba pensando en cosas mías. —Cogió la pala y sacó las galletas del horno. Eran de pasta de piñones y olían de maravilla. A Arlington le encantaban. Había pasado por su mente la idea de usar el veneno, llegado el caso, pero había la posibilidad de que Ana comiese alguna. Y, decírselo, sería como decírselo a él. Ya sabía que, para ese aspecto de su misión, no podía contar con ella. Mejor buscar otro método.

Roberts no dijo nada, siguió a lo suyo. Estaba sentado en la pequeña mesa de la cocina, junto a la ventana, comiendo unas sopas de ajo. A Regina le salían especialmente bien, sobre todo ahora que había localizado un sitio en el mercado donde podía conseguir pimentón de Zamora sin levantar las sospechas de Arlington. Pimentón y un excelente chorizo, también zamorano, porque la mujer del comerciante había resultado ser de Villalpando, otro pueblo de Zamora.

El primer día, llena de entusiasmo, preparó unas sopas para ella y para Ana, pero Roberts, atraído por el olor, había querido probarlas y desde entonces siempre las estaba pidiendo. Incluso un día se quedó a cenar, para que las comiese también su cuñado, Finch. Ambos solían decir que, desde que trabajaban en aquella casa, habían descubierto la comida española y les encantaba... siempre y cuando no cocinase la señorita Ana.

Regina sonrió para sí. Pobre Ana. Había hecho lo posible por sustituirla cuando la tumbó aquella maldita avispa, pero se le daba mejor el espionaje que la cocina.

Roberts la estaba mirando de reojo, se daba cuenta. Seguro que no se iba sin intentar un nuevo avance. Ya le había propuesto varias veces acudir juntos a algún baile, incluso una vez consiguió entradas para el teatro. Pero Regina se había excusado en todas las ocasiones; no quería confraternizar hasta ese punto, si no era necesario.

Llamaron a la puerta. A Roberts le quedaba medio cuenco, que seguramente se enfriaría para cuando pudiera volver. Puso mala cara.

—No se preocupe, ya voy yo, seguro que es el chico de la tienda de la esquina, dejé hecho un

pedido —dijo ella. Roberts se lo agradeció con un gesto. Regina se dirigió al pasillo. De la puerta del salón llegaba justo en ese momento el otro hombre de guardia—. Vuelva a su puesto, no se preocupe. Roberts está en la cocina. Supongo que será el de la tienda.

El hombre asintió y dio media vuelta. Regina abrió, buscando en el bolsillo alguna moneda suelta para darle una propina. Pero no, no era el de la tienda.

El desconocido vestía un abrigo largo de cuero muy desgastado, botas altas en peores condiciones todavía, sombrero deformado por el uso y estaba cubierto de polvo, como si llegase de un largo viaje. Pero, incluso así, había algo en él que llamaba la atención. Incluso Regina, que se consideraba una viuda eterna, tuvo que admitir que resultaba muy atractivo, porque era alto, moreno y de complexión atlética. Tenía una pequeña cicatriz a un lado de la mejilla izquierda, en la parte alta del pómulo, pero que curiosamente le sentaba bien, le daba un aire más varonil y curtido. Sus ojos eran azules, muy claros. *Luminosos*, pensó Regina, algo divertida, recordando lo que había estado pensando pocos minutos antes. Aquellas pupilas la miraron de arriba abajo.

—¿Está lord Arlington? —preguntó, abruptamente, sin más saludo. Regina negó con la cabeza, tomando nota de que el hombre iba armado. Una pistola sujeta a la cintura y espada, ligeramente disimulada por el tabardo.

—Me temo que no —respondió—. No creo que llegue antes de las cinco.

—Maldita sea. Pues no puedo quedarme. Dígale que tengo trabajo, debo irme otra vez. Lo veré a mi vuelta, en cosa de una semana, calculo. Entréguele esto. —Sacó un sobre, lacrado, del interior del abrigo y se lo tendió—. ¿De acuerdo?

—Por supuesto. —Regina lo cogió, fijándose en que no tenía ni nombre ni remitente. Pensaba entregarlo en mano—. ¿Le digo algo sobre quién lo trajo, o lo deducirá por sí mismo? La falta absoluta de modales es una buena pista, seguro.

El hombre la miró algo perplejo. Se echó a reír.

—Dígale que se lo deja su tía Deliah. Pero yo me llamo Harry, guapa. Harry Lanfort. —Se llevó una mano al ala del sombrero—. Usted es Regina, sospecho, ¿no? —Ella iba a asentir, pero no le dio tiempo—. La verdad, no es como la imaginaba.

Regina arqueó ambas cejas.

—¿Eso es bueno o malo?

—Depende. —Se lo pensó un momento antes de meterse en explicaciones—. Arlington se encuentra en una posición demasiado alta y no se da cuenta de que eso le quita perspectiva. Además, está tan acostumbrado a imponer con su sola presencia o la mención de su apellido, que cree de verdad que todos los que están por debajo van a sentir alguna clase de terror reverencial a llevarle la contraria. Y como ha nacido rodeado de lujos, predispuesto a la idea de que lo sirvan sin replicar, casi hasta le resulta difícil imaginar que un criado sea una entidad con vida y motivaciones propias.

Pero, las hormigas nos miramos de frente. Nos conocemos entre nosotras. —Regina parpadeó. La sonrisa de Lanfort creció y ella se maldijo. Qué día llevaba, demasiado nerviosa para cosa buena. Había cometido el error de quedarse sin máscara ante aquel hombre. Y lo peor era que no estaba segura de que fuera buena idea intentar recuperar el papel de criada simplona. Lanfort parecía inteligente y perspicaz. Podía encontrarlo extraño, solapado—. Espero que volvamos a vernos pronto.

—Yo no estoy tan segura de desearlo —replicó ella, cerrando la puerta, para evitar cuanto antes males mayores. Pero se asomó al momento a la ventana, a través de los visillos. El hombre volvió a la calle y se subió a un caballo. Lo oyó reír, y se marchó.

—¿Quién era, señorita Regina? —preguntó Roberts a su espalda. Ella giró, ocultando hábilmente la carta entre el vuelo de sus faldas.

—Oh, nada importante. Un hombre que preguntaba por la casa del doctor Gardiner. Le he dado indicaciones. ¿Ha terminado las sopas?

—Sí. Deliciosas, como siempre, gracias Regina.

Esperó a que Roberts abandonase el pasillo y en vez de dirigirse a la cocina se metió en su dormitorio. Echó la llave a la puerta, sacó el abrecartas del escritorio y abrió con cuidado el sobre, intentando no dañar el lacre. Dentro, había una carta larga, un informe escrito con letra hermosa pero difícil, sobre un viaje hecho por Harry Lanfort a Lisboa, por petición expresa de Arlington.

En su mayor parte, la información carecía de importancia. Todo eran referencias que ya tenía Arlington, y que Lanfort se había limitado a confirmar. Pero, entre los últimos párrafos había algo interesante:

Sin embargo, hay un dato nuevo que creo que será de su interés. Al comprobar la versión de la señorita Cruz-Ortega, acerca de una supuesta carta llegada de Inglaterra, y que fue lo que originó la marcha de Lisboa de su hermano Charles, he descubierto algo curioso.

El dueño del hotel, que es quien aseguró tal cosa a la señorita Cruz-Ortega (según contó ella), me confirmó que fueron así las cosas. O sea, podemos asumir sin ánimo de duda, que la señorita Cruz-Ortega no miente en esa afirmación.

Pero, al insistir, el dueño del hotel reconoció que él nunca tuvo una constancia directa de tal carta, ni de la propia marcha de su hermano, ni se despidió de él, ni lo vio partir.

Exactamente como le pasó a la señorita Cruz-Ortega. Ninguno de los ahora presentes vio esa carta. Ninguno vio a su hermano saliendo del hotel. Ninguno se despidió de él.

En realidad, por lo que he podido concluir, el dueño, que fue quien ha explicado la

historia posteriormente a todos los demás, fue informado de todo ello por un empleado del hotel de aquella época y que, curiosamente, desapareció al día siguiente de la “partida” de su hermano. He podido comprobar que su cadáver fue encontrado entre la basura de un callejón semanas después, apuñalado. Se supuso que había sido objeto de un robo.

Una teoría a tener en cuenta es que el asesino pagase a ese hombre para que diese esa información y luego lo eliminase, para evitar testigos incómodos. Sobre la identidad de quien pudiera cometer un acto tan atroz, con semejante sangre fría, no puedo aventurar nada.

Ese había sido Beauchamp, claro. Había pagado al nuevo conserje para que le ayudara a organizar una explicación para la desaparición de Charlie, y luego lo había matado, porque no podían quedar cabos sueltos.

Cerró de nuevo la carta, añadiendo lacre caliente en la base del sello antiguo, cuidando de que quedase exactamente como antes. Podía entregarla sin mayor problema. No había en ella nada peligroso, porque aunque podía exculpar a Ana, también podía simplemente acusarla de una muerte más, en Lisboa. *Odio esto*, pensó. Ana le caía bien y se sentía culpable. Aunque su historia romántica con Arlington no tenía mayor futuro, hubiese preferido que mantuviese la cabeza fría sin llegar a enamorarse, la situación en la que ella la había terminado colocando no podía ser más horrible. Aunque solo fuese por eso, tenía que ayudarla a rescatar a su madre. En cuanto terminara con Arlington, se ocuparía de eso. Daba igual si tenían que ir las dos a escondidas, la ayudaría a conseguirlo y luego a esconderse. Con su madre y con su hijo, Ana podría ser feliz, y ella se sentiría menos culpable.

Sonó la campanilla del primer piso. Por la hora, debía estar pidiendo el té. Regina volvió a la cocina y empezó a organizarlo, pero mientras se calentaba el agua subió, por si acaso había algún otro recado.

Llamó con los nudillos y entró.

—¿Quería algo, señorita? —preguntó. Ana estaba arrodillada en el suelo, escribiendo una de sus cartas sobre la mesita baja del sofá. Cada vez que pensaba en lo de Cruz-Ortega, la angustia la reconcomía. Regina hubiese preferido no saber que seguía vivo. Haber descubierto que la noticia de su muerte era una estratagema de Arlington resultaba de lo más incómodo. Debería habérselo contado a Beauchamp, debería hacerlo, aún estaba a tiempo; pero Ana no se lo perdonaría y bastante había sufrido ya, en gran parte por su culpa. Además, a esas alturas de la misión, tampoco tenía tanta importancia. Todo aquello había sido organizado para atraer la atención de Arlington y provocar un acercamiento con su hija, con la que había tenido algún asunto en un lejano pasado. Y allí estaba Ana, prácticamente viviendo con Arlington. Embarazada de Arlington. Un éxito completo. ¿Qué más daba el resto?

—Sí, por favor. ¿Te importaría prepararme una tisana de hierbas? No tengo buen cuerpo.

—¿No quiere el té?

—Preferiría tu tisana, a ver si me asienta y luego si eso ya me tomaré el té.

—No se preocupe. Ahora mismo se la subo.

—Gracias. Por favor, pon esta carta en la bandeja del correo, para que Arlington la mande. Así me evito las escaleras.

—Muy bien. Siéntese erguida o se le va a torcer la espalda y se quedará jorobada. —Ana obedeció de forma automática, mientras cerraba el sobre. Regina sonrió para sí. A veces, no podía evitar pensar que Ana era una especie de sustituta de Julia en su vida. Se sentía inclinada a cuidarla igual que a su prima—. Ahora mismo le subo la tisana.

—¿Aún no ha llegado Arlington?

—No. Pero seguro que está a punto de hacerlo. Ya sabe cómo es.

—Sí. Puntualidad británica. —Ana sonrió. Regina salió del dormitorio llena de pensamientos sombríos. Estaba bajando las escaleras cuando se abrió la puerta de la calle y entró Arlington. *Lo dicho. Puntualidad británica.* Le tocó ahora disimular el sobre de Ana. Se suponía que ella no sabía que su padre seguía con vida. En el sobre no ponía nombre. Generalmente, Ana los dejaba directamente en la bandeja de correo y él se encargaba de mandarlos de inmediato a *Kaifar*.

—Buenas tardes, Su Gracia.

—Buenas, Regina —contestó él, quitándose los guantes, con una cara que evidenciaba que andaba pensando en sus cosas. Regina recordó lo que había dicho Lanfort. Realmente, tenía razón. Arlington raramente la miraba dos veces, por lo general, ni una. Aquel día, en la celda de *Kaifar*, durante el interrogatorio, le prestó más atención que nunca, pero siempre partiendo de la idea de que era una criatura que no merecía ser tenida en cuenta en el juego de los mayores. Quizá entonces hubiese podido descubrirla; pero, para su desgracia, ella hizo una interpretación soberbia—. Sube el té, por favor.

—Enseguida.

—Espera. —Se detuvo. Arlington titubeó. Le costaba plantear lo que fuera—. Regina, tú conoces a tu señora. ¿Cómo la encuentras últimamente? De verdad, sé sincera.

Regina ni siquiera lo pensó. No pudo evitarlo.

—Destrozada. Parece más alegre, pero finge. Esto no es para ella. ¡Y su boda, su Gracia, su boda! La señorita Ana no ha nacido para vivir así. Prisionera, sin pintar, lejos de su familia, y en... su situación. Se está consumiendo.

Él frunció el ceño, asintió y subió. *Tú te lo has buscado, por preguntar*, pensó Regina. Entró al despacho y dejó la carta de Ana en su sitio. Minutos después, les llevó el té. Estaban hablando en el

sofá. Nada relevante, algo sobre unos caballos que vieron en *Kaifar*.

Volvió a bajar. Pasó la tarde preparando compota. Oyó los gritos de placer de Arlington y Ana, y el crujido de la cama, y deseó subir y pegarle ese tiro... Roberts, que había vuelto por la cocina con la esperanza de poder conseguir alguna galleta de piñones, carraspeó ruborizado. Regina estuvo a punto de echarse a reír. Pobre hombre. No terminaba de acostumbrarse a la naturaleza de aquella casa. Le preparó café con unas galletas, y también al otro guardia.

Una hora después, aprovechando que Roberts estaba en la letrina, se acercó a la puerta de la calle, sacó la mano y tiró de la campanilla. Al cabo de un momento llegó Roberts por un lado y Arlington empezó a bajar la escalera, por el otro. Ella simuló estar cerrando la puerta.

—¿Quién era? —preguntó Roberts. Regina se encogió de hombros.

—Un hombre, se ha presentado como Harry Lanfort. Traía un mensaje para Su Gracia. —Al volverse, simuló descubrirle entonces en la escalera—. Ah, Su Gracia, tenga. —Le tendió su sobre. Arlington se apresuró a cogerlo. Roberts se fue—. Dijo que era de parte de su tía Deliah. No ha podido esperar, se va de viaje de inmediato, pero me ha pedido que le diga que se pondrá en contacto en pocos días.

—Oh, bien, gracias Regina. —Arlington miró a través de los visillos pero, claro, no vio a nadie. Supuso que Lanfort ya habría salido de su campo de visión y se dirigió a su despacho. Dejó la puerta entreabierta. Asomándose apenas a través de la rendija, Regina vio cómo leía el informe de Lanfort y se frotaba la barbilla, como reflexionando sobre su contenido. Luego, miró hacia la bandeja del correo, donde estaba el sobre de la carta de Ana a su padre. Lo cogió y lo arrojó a la chimenea.

Atizó los restos para que la ceniza fuese irreconocible.

Regina se quedó atónita... ¡Había quemado la carta de Ana! Apretó los labios, completamente indignada. No se lo podía creer, aquel hombre era realmente vil y rencoroso. ¿Qué mal podía hacer que Ana y su padre tuviesen ese pobre consuelo?

Volvió a la cocina, deseando recibir pronto esa maldita orden.

De otro modo, cualquier día le pegaría ese tiro, por su cuenta y riesgo.

3

Días después, Richard entró como una tromba en el salón de lady Arlington.

Esperaba encontrarla sola, puesto que Omar ya había empezado las clases en Eton, pero no lamentó comprobar que estaban también Arabelle y sus padres. Así, resolvería el asunto de inmediato, porque no podía soportarlo más. Pasaba el tiempo y cada vez se sentía más agobiado por aquel asunto. Y eso que Ana ya no se quejaba, hasta habían llegado a un buen momento de su convivencia: llevaban ya un par de semanas en que no se hablaba de los temas desagradables. Ambos

simulaban que el compromiso matrimonial no existía. Ella escribía cartas a su padre y él intentaba ignorar sus pesadillas, dominadas las miradas acusadoras de sus hermanos.

Tienen que entenderlo, se decía. Y, pensándolo bien, de conocer exactamente la historia, posiblemente Andrew y Charlie lo hubieran hecho. Los conocía. Le hubiesen animado a buscar su felicidad. Ojalá pudiera conseguirlo.

Estaba allí para intentarlo.

Saludó a Staunton con una inclinación de cabeza y besó las manos de las damas. Arabelle enrojeció hasta la raíz del cabello, como siempre.

—Qué sorpresa, cariño —le dijo su abuela, dando unos golpecitos en el sofá, para que se sentara a su lado—. Mira por donde ha coincidido una agradable reunión familiar. Le estaba contando a Arabelle divertidas anécdotas de cuando eras niño.

—Espero que nada muy comprometedor.

—No, por supuesto que no. —Todos rieron, menos él. Cuando quedó claro que no iba a decir nada más, lady Arlington carraspeó—. Es una suerte que hayas llegado justo ahora. Precisamente, quería comentaros a Arabelle y a ti, la posibilidad de adelantar la fecha de la boda, quizá a febrero. Mayo es un mes maravilloso, sin duda, pero...

—Un momento, abuela. Por favor. —Ella se detuvo. Debió intuir lo que pasaba porque sus mejillas perdieron color y lo miró con reproche—. Me gustaría hablar de la forma más adecuada de terminar con este compromiso.

—¿Cómo? —Lord Staunton se puso en pie, furioso. Su esposa se limitó a lanzar un grito, aparentemente al borde del desmayo. Solo lady Arlington y Arabelle, que mantenía fijos en él sus bonitos ojos de corza, recibieron la noticia con serenidad—. ¡No se atreverá, Arlington! ¡Si intenta ofender así a mi hija, lo mataré!

—No pretendo ofender a Arabelle, se lo aseguro, nada más lejos de mi intención —replicó Richard, tratando de mantener la calma. Staunton nunca le había gustado. Se alegraba enormemente de haberse librado de él, como suegro. Seguro que hubiese sido un incordio futuro, siempre deseando imponer su voluntad. Eran demasiado parecidos. La convivencia hubiese resultado un infierno—. En estos días, he tenido la fortuna de comprobar que es una muchacha encantadora. Pero no puedo casarme con ella. Solo espero que pueda perdonarme. —La miró brevemente, sintiéndose culpable—. Estoy dispuesto a compensarla en lo que sea y a jurar que ha sido ella quien ha roto el compromiso. Pueden aducir cualquier bajeza por mi parte. Bien sabe Dios que no tendrán que dar muchas vueltas para encontrar algo que les sea útil.

—¿Es... es por esa mujer, Su Gracia? ¿Por la española? —preguntó Arabelle, en un susurro. Su madre se abanicó violentamente. Ahora parecía estar sufriendo una apoplejía. Aquella mujer tenía una versatilidad enorme en sus indisposiciones.

—¡Arabelle! ¡Tú eres una joven dama soltera! ¡No está bien que menciones a esa... esas cosas! — terminó con esfuerzo. Arabelle frunció el ceño.

—Madre, tengo que saberlo. —Volvió a girarse hacia Richard—. Por favor, Su Gracia, respóndame.

Él dudó. No quería hacerla daño, pero no tenía sentido ocultar la verdad.

—Sí. Es por esa mujer. Lo lamento, Arabelle. Nunca debí permitir que esto llegara tan lejos, ni que te enredaran en este asunto. Te pido mil disculpas.

—¡Oh, por Dios! ¡Esto será la ruina de mi niña, su reputación quedará manchada para siempre! — gimoteó lady Staunton—. ¡Edmund, por favor, haz algo!

—Por supuesto que lo haré —bramó lord Staunton, con el rostro enrojecido—. Se lo advierto, Arlington, si no cumple, lo retaré a duelo.

Richard asintió.

—Preferiría resolver el asunto de otra forma, puesto que en los próximos días Arabelle va a necesitar de su apoyo, Staunton, pero, si me obliga, lo mataré. No lo dude.

Habló con tal seguridad que lord Staunton pareció perder parte de su vehemencia. Su esposa lanzó un nuevo gritito y esta vez sí que se desmayó. Arabelle agitó la cabeza.

—Dicen que esa mujer está... esperando un hijo.

—¡Arabelle! —exclamó su madre, abriendo los ojos de par en par—. ¡Una joven dama soltera no sabe nada de esas cosas, ni mucho menos las menciona!

—¡Oh, basta ya, madre! ¡Siga desmayada un rato, por favor! —replicó Arabelle de mal humor. Incluso lord Staunton la miró sorprendido, sin atreverse a entrar en la discusión. Richard estuvo a punto de echarse a reír. Desde luego, su abuela había tenido razón: le había elegido una esposa más que adecuada. De no existir Ana, hubiera aceptado encantado a Arabelle—. ¿Y bien, Su Gracia? ¿Es cierto lo que dicen?

—Sí, lo es. Espera un hijo. Mío —añadió, rápidamente, para evitar que se cuestionase su paternidad.

—Entiendo. —Arabelle se contempló las manos, unidas en su regazo, y empezó a hablar. Mientras planteaba su propuesta, Richard pensó en el miedo que había mostrado Ana, precisamente por la posibilidad que ocurriese algo así; a él ni se le había ocurrido semejante idea—: Yo... sabría ser comprensiva, Su Gracia. Aceptaría a ese niño en mi hogar y lo criaría como propio, sin hacer distinciones. Incluso aceptaría otros, si es que desea proseguir con esa relación. No soy celosa, ni exigente. Estaría dispuesta...

—Arabelle —la interrumpió Richard. Llevado por un impulso, se inclinó hacia ella, le cogió una

de aquellas blancas manos y se la llevó a los labios—. Arabelle, eres demasiado joven. De otro modo, sabrías que hacer esa clase de promesas es algo que resulta prácticamente imposible de cumplir. No dudo de la bondad de tus intenciones y sé que querrías a mis hijos como si fueran tuyos, pero, mi querida muchacha, esos niños tienen una madre. Una madre con la que yo estaría en todo momento, de corazón, incluso al posar a tu lado para los retratos familiares.

Arabelle titubeó.

—Creo que podría...

—No. No digas que conseguirás hacer que me enamore de ti. No es justo contigo. No es modo de iniciar una relación que nos exigiría tanto, a ambos. Tú mereces que te amen desde el principio, lo mereces, por ti misma y de todo corazón. Con el tiempo llegarás a esa conclusión, sin duda alguna, y si ahora permites que te atrapen en una situación como la que describes, el dolor y el rencor te minarán por dentro. Porque, en unos años, te encontrarías atada a un hombre que ama a otra, sin futuro ni esperanza. No puedo hacerte eso.

—Pero... —Las pupilas de Arabelle se llenaron de lágrimas—. Pero yo le amo, Su Gracia.

—Créeme, eso no es cierto. No es posible, porque no me conoces. No sabes prácticamente nada de mí. —Si lo supiera, si estuviera al tanto de algunas de las cosas que había hecho, posiblemente huiría espantada de aquella habitación. Parte de ese pensamiento se le debió traslucir, porque ella asintió levemente, con grave comprensión—. Te lo aseguro: me olvidarás con facilidad y encontrarás a alguien que sí te merezca. No te conformes con menos, Arabelle. Eres una joven encantadora y muy hermosa. No tienes por qué ser la segunda en el corazón de nadie.

—¡Esto es una vergüenza! —dijo lady Staunton—. ¡Una vergüenza! ¡Teníamos acuerdos! ¡Mi hija iba a ser duquesa, iba a ser una de las mujeres más ricas e importantes de Inglaterra y, ahora, será el hazmerreír de todos los salones! ¡Qué horror, qué horror! ¡Jamás podré volver a llevar la cabeza en alto!

—¿No va a intervenir, lady Arlington? —preguntó su marido, mirando a la anciana—. ¿Va a consentir que su nieto rompa este compromiso tan sumamente apropiado? ¿Y para qué? Por nada, imagino, porque supongo que no se le ocurrirá intentar casarse con esa ramera española. Eso, no podría perdonárselo.

—Le ruego que no utilice esa clase de palabras al referirse a Ana Cruz-Ortega —le advirtió Richard, enfadado—. Entre otras cosas porque, como ha dicho su esposa, hay una joven dama soltera delante.

—¡Váyase al infierno! Diré lo que quiera de esa furcia y si Arabelle no tiene que oírlo que se tape las orejas.

—¡Edmund! —exclamó su esposa, dudando sobre si desmayarse otra vez o no.

—¡Staunton, se lo advierto! —dijo Richard, poniéndose en pie—. ¡No le consiento esos insultos!

—¡No son insultos, son verdades como puños! ¡Esa zorra española no...!

—¡BASTA! —El grito tuvo la virtud de apaciguar los ánimos, como una ola helada. Lady Arlington los miró alternativamente—. Hagan el favor de sentarse, caballeros, los dos —Richard y Staunton obedecieron, bastante perplejos—. Todo esto es culpa mía.

—Abuela...

—No. Déjame hablar, Richard. Es la verdad. No debí pedirte algo así, nunca. No, sabiendo que no fuiste educado para hacer ciertas concesiones y, sobre todo, sabiendo lo que sentías por esa mujer. Debí suponer que tarde o temprano llegaríamos a esta situación. Por suerte, ha sido temprano, lo suficientemente temprano como para que Arabelle pueda tener todavía una oportunidad de ser feliz. —Miró a la joven, con auténtico cariño—. Tendrás que disculparme, querida. Me temo que soy una vieja torpe y te he envuelto en una situación sumamente enojosa.

—No, milady, por favor. —Arabelle se dirigió hacia ella, se arrodilló a sus pies y la abrazó—. Siempre ha sido muy gentil conmigo. No diga eso.

—Es la verdad —insistió lady Arlington palmeándole suavemente la espalda. Se lo pensó un momento, más que nada para decidir cómo plantearlo; porque, o Richard no conocía a su abuela, o esta tenía ya pensado el procedimiento a seguir—. Bien, esto es lo que haremos. Mañana por la noche, nos presentaremos todos en casa de los Allgrove. Richard, tú llevarás a esa mujer.

—¿Llevarla? —No, eso era imposible. Podía imaginar el enfado de Ana, si siquiera osaba mencionarlo—. No sé, abuela, no creo que esté dispuesta a aparecer en público. Su estado ya empieza a ser evidente y le prometí no volver a obligarla...

—No importa lo que prometieras —replicó su abuela con firmeza y Richard comprendió que en aquel punto no iba a poder llevarle la contraria. Ana tendría que hacer una última salida como su amante—. Tienes que llevarla. Tienes que darle a Arabelle la opción de enfadarse contigo y romper públicamente el compromiso. Tú, Letty —le dijo a lady Staunton con el mismo tono autoritario—, envía cuanto antes una nota a lady Allgrove diciéndole que habéis tenido una visita de última hora o algo por el estilo y que os resultará imposible acudir a su fiesta. Tiene que parecer que Richard no pensaba encontraros allí y que por eso ha llevado a su... amiga. Cuando los veas, Arabelle, tienes mi permiso para darle a mi nieto una buena bofetada. Se la tiene merecida.

—¡Será un escándalo! —gimió lady Staunton—. ¡Seremos la comidilla de todo Londres, qué digo, de toda Inglaterra, durante años y años!

—Tonterías. No seas pretenciosa, Letty. La buena sociedad se aburre pronto de todo. Este asunto dará que hablar un par de semanas, no más. Y tu hija será presentada como la víctima inocente, joven de grandes virtudes decepcionada por un truhán.

—Abuela...

—Nadie lo dirá en voz alta, o en tu presencia, Richard. Al fin y al cabo, eres el duque de Oxford,

estás por encima de muchas cosas. Pero es la idea general que prevalecerá. —Volvió a dirigirse a los Staunton—. Además, Arabelle tiene una muy buena dote, que mi nieto, aquí presente, se compromete en este momento a duplicar... no, a triplicar. —Richard la miró aviesamente, pero no protestó. Daba por bien perdida cualquier suma con tal de librarse de ese compromiso—. No le faltarán pretendientes.

—No, es cierto —aceptó lord Staunton, a regañadientes—. Pero mi honor exige que le rete a duelo.

—Bien, hágalo. Richard se negará a aceptar.

—¿Cómo? —Se sobresaltó el mencionado—. No puedo hacer eso, abuela. Como bien has dicho, soy el duque de Oxford, tengo una reputación que mantener.

—Claro que lo harás. Y te disculparás públicamente o te aseguro que te las verás conmigo, jovencito. —Lady Arlington se encogió de hombros—. Cómete tu orgullo, o cumple, Richard. Así están las cosas.

4

Ana se apoyó en la pared, en un rincón apartado del salón de lady Allgrove, tratando de aliviar el dolor de su espalda. Esperaba, además, pasar todo lo desapercibida posible durante el mayor margen de tiempo, a ser posible hasta que llegase la hora de irse de allí. El lugar estaba totalmente lleno y hacía mucho calor, demasiado, pese a que habían abierto de par todas las grandes puertas que daban al jardín. Había oído decir a un par de señoras que se trataba de una de las fiestas más concurridas de la temporada. Ella, que había asistido a la fuerza a unas cuantas, podía asegurarlo.

No entendía la insistencia de Arlington, el repentino capricho de llevarla esa noche a ese lugar. Hacía meses que había dejado estar esa parte de su venganza. Pero, allí estaba. Rogar no había servido de nada, ni tampoco la argucia de decir que no se encontraba bien. Eso era lo más extraño de todo, porque Arlington se había vuelto protector hasta la exageración: si a Ana se le ocurría estornudar por una mota de polvo, empezaba a dar voces de inmediato, llamando al doctor Gardiner. Pero, esa noche, no. Le había dicho que hiciese un esfuerzo y que volverían pronto. Que pasaría rápido, pero debían ir. No acababa de entenderlo. Quizá estaba enojado con ella, aunque no creía haberle dado motivos últimamente. Además, aunque se había mostrado bastante huraño toda la tarde, no le había dado la impresión de enfado.

Simplemente había ordenado que se preparase, había cortado de raíz sus protestas, la había llevado a la fiesta y había actuado como antes, como si hubiesen vuelto al punto de partida: tres bailes, marcando territorio, y el abandono.

Lo vio, conversando con un hombre mayor y su esposa. Los tres reían amigablemente. Ana sintió los ojos llenos de lágrimas de frustración y se abrazó, acariciando su vientre con ambas manos. El embarazo ya era imposible de ocultar, ni siquiera con el vestido de talle alto que llevaba. Si en otros tiempos había sido recibida con miradas hostiles, por su condición de querida de Arlington y

extranjera, a saber cuál de las dos cosas veían peor, las de esa noche habían denotado un enorme desagrado. No era de extrañar. Las mujeres en su situación no solían tener una vida pública, en ningún caso; se quedaban encerradas en sus casas y nadie mencionaba su situación, resultaba de mal gusto. Por eso, su presencia allí resultaba indecente desde todo punto de vista y los elegantes del reino, damas y caballeros, habían sabido hacérselo entender de mil modos distintos, en el breve rato que llevaba allí.

Pensándolo bien, Arlington sí que debía estar enfadado con ella, debía de estar completamente furioso. De otro modo, no se explicaba semejante castigo.

Vio que se acercaba una mujer mayor, muy elegante, y trató de apartarse. Tanto si deseaba un poco de paz como si buscaba increparla por su presencia allí, era mejor poner espacio de por medio. Ya había tenido que soportar suficientes veces los ataques verbales de las supuestas damas. Por lo general no le hablaban directamente, se limitaban a hacer comentarios realmente dañinos entre ellas, pero en el caso de las ancianas parecían tener más bula a la hora de embestir de frente, y esta parecía querer hacerlo. Ana se deslizó unos metros, pero la mujer giró y siguió caminando hacia ella. *Bueno, está bien*, pensó, frunciendo el ceño. Si quería insultarla, le daría el gusto. Luego, se iría de la fiesta, sin importar lo que opinase Arlington. No tenía por qué aguantar aquello.

—Es usted Ana Cruz-Ortega, ¿verdad? —le preguntó la anciana, deteniéndose a pocos pasos. Ana dudó, pero terminó asintiendo. Estaba muy orgullosa de ser quien era y lo demostró alzando los hombros y la cabeza. La mujer sonrió—. No sé si me recuerda, pero nos vimos brevemente una vez, hará un par de meses. Yo soy lady Arlington. La abuela de Richard.

Ana parpadeó al reconocerla y perdió al momento todo su aire hostil.

—Oh. Sí, es cierto. —Omitió el hecho de que en aquella ocasión ni siquiera se había dignado a mirarla, no podía tenérselo en cuenta—. Encantada de conocerla, milady. —Le hizo una torpe reverencia—. Perdón. Hoy me duele un poco la espalda. —Se sintió un poco tonta. Aquella mujer estaba muy enferma y ella se quejaba de pequeños achaques—. Richard me dijo que no se encontraba usted muy bien. Espero que se haya mejorado.

Lady Arlington asintió.

—Sí, gracias. Estoy mejor. —Turbada, Ana soportó su escrutinio, que no se redujo a su rostro. La mirada de lady Arlington la recorrió por completo, deteniéndose en su vientre, antes de volver a fijarse en sus ojos. Pasó entonces a tutearla, con la naturalidad de una abuela—. Eres muy hermosa, no hay duda. —Ana no supo que replicar—. ¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré veinticuatro el mes próximo, milady.

—Mmm... A tu edad, yo ya tenía un hijo de cinco años. El padre de Richard —añadió, aunque no era necesario.

—Lo sé. Me ha contado muchas cosas de su familia. Yo... —Hacía tanto calor y estaba tan nerviosa... Ana se sintió un poco mareada. Abrió el abanico y se dio un poco de aire—. Disculpe...

—¿No te encuentras bien? —Lady Arlington se mostró preocupada—. ¿Es por el niño? Espero que todo esté yendo correctamente.

—Sí, todo va bien, no se preocupe.

—Por si acaso, te mandaré a mi médico, niña. Mañana mismo te visitará. Es el mejor de todo Londres.

—Gracias, pero no es necesario...

—Tonterías. No puedo permitir que mi bisnieto sea atendido por cualquiera. —Le puso una mano en el brazo, un toque ligero y lleno de gracia—. No sé qué planes tiene Richard para ti, a ese respecto se muestra muy reservado, pero yo quiero ser informada en cuanto nazca el niño. Espero que lo recuerdes, y que me permitas conocerle y disfrutar de él.

Ana asintió, sintiéndose absurdamente emocionada. Podía comprender lo difícil que era para aquella mujer adoptar semejante postura. El hecho de que diese prioridad al niño, frente al escándalo social que suponía su simple existencia, hablaba bien de ella.

—Lo haré, no se preocupe.

—Bien. —Titubeó—. Puede que... No, *me consta* que la primera vez que nos vimos me comporté de un modo quizá demasiado severo, niña.

—Oh, por favor, no se lo reprocho, lady Arlington. En absoluto. Entiendo su situación.

Lady Arlington suspiró.

—Sí, bueno... Me alegra que comprendas que, a veces, no queda más remedio que actuar de un modo concreto. Aquella era una situación impropia y se me dan francamente mal. Para ser sincera, preferiría que no te hubieses cruzado nunca en la vida de mi nieto. —La miró con un punto de acritud—. Pero, dadas las circunstancias, supongo que debemos seguir adelante y ponerle al mal tiempo buena cara. Incluso, es posible que termines cayéndome simpática.

—Eso me agradaría.

Lady Arlington asintió.

—Si necesitas algo, cualquier cosa, no dudes en decírmelo, puedes contar conmigo para lo que sea. —Empezó a alejarse, pero giró de nuevo hacia ella—. Ah, disculpa, se me olvidaba darte mi más sentido pésame por la muerte de tu padre. Me imagino que fue una noticia particularmente dura en tus circunstancias, estando en un país extranjero y sola. —Sus ojos se deslizaron hacia el vestido dorado, con ligera crítica—. Estoy segura de que lo has sentido, pese a que no hayas considerado conveniente vestirte de luto, como sería lo apropiado. ¿O acaso acabas de dejarlo? Querida, no te ofendas, pero me parece un poco pronto. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Uno o dos meses? No mucho más, desde luego. En fin, quizá sea alguna costumbre española. Reconozco mi ignorancia al respecto. En mi opinión, el continente está demasiado aislado.

Ana parpadeó, aturdida por la perorata. Durante un momento pensó que no había oído bien. Luego, la sala entera pareció oscilar a su alrededor.

—¿Mi padre? —susurró. Lady Arlington arqueó una ceja. A su espalda, Ana divisó el rostro de Arlington. Se dirigía hacia ellas con expresión desencajada. Ana sintió un nudo en la garganta—. ¿Mi padre?

—Sí, tu padre, ¿no? El pintor Cruz-Ortega. —Totalmente desconcertada, se volvió hacia Arlington, al sentirle a su lado—. Richard... ¿no se lo dijiste?

Arlington cerró los ojos y suspiró.

—Dios, abuela. ¿Qué has hecho?

—¿Yo? Nada...

—¿Mi padre ha muerto? —le preguntó Ana, con voz ahogada, sintiendo que era incapaz de controlar las lágrimas. Arlington trató de apoyar una mano en su hombro, pero lo rechazó con un fuerte golpe del abanico—. ¡Contéstame!

Arlington pareció acorralado. Apretó los puños con fuerza.

—Sí, demonios —masculló—. Ha muerto.

Aquella afirmación lo hizo real. Tan real como el dolor que sentía en el corazón, como la profunda tristeza que la embargó en oleadas. Su padre había muerto solo y desesperado en *Kaifar*. En una tierra extraña, rodeado de extraños, tal y como ella temía. No había podido estar a su lado, sostener su mano en los últimos momentos, hacerle saber que lo amaba profundamente, que le agradecía que le hubiese dado la vida y el don de la pintura, y tantas otras cosas que habían hecho que su propia existencia mereciera la pena.

Y todo por culpa del hombre que ahora se alzaba frente a ella, con expresión atormentada.

—¿Cuándo? —preguntó, en cuanto fue capaz de volver a hablar.

—Hace varias semanas —admitió Arlington. Ana jadeó. Todo ese tiempo, ella escribiendo carta tras carta, y su padre yacía bajo la reseca tierra de *Kaifar*. Sintió un rugido dentro de su pecho, un sollozo urgente, ensordecedor, que pugnaba por escapar—. Lo siento, Ana, lo siento muchísimo. Yo... no podía decírtelo. Tú sabes por qué. —Parecía abrumado por un dolor intenso, pero Ana era incapaz de sentir piedad, mucho menos de perdonarlo—. No me odies. No podría soportarlo.

Quiso acariciarle la mejilla, pero Ana se escabulló y en respuesta le dio una sonora bofetada. Ahora sabía que no iba a llorar, no allí, al menos. Lo miró con aborrecimiento.

—Si intentas volver a tocarme, te pegaré un tiro.

Nunca llegó a saber qué hubiera replicado él a eso. Se había originado un tumulto a su espalda y

alguien le tiró de la chaqueta obligándolo a volver. Ana aprovechó la ocasión para irse de allí rápidamente. Quería abandonar Londres, y salir de la esfera de influencia de Arlington lo antes posible.

Ni siquiera el sonido de lo que le pareció una bofetada, consiguió detener su huida.

5

Supongo que me lo tengo merecido, pensó Richard, recibiendo la segunda bofetada en menos de un minuto. Arabelle no fue tan dura como Ana, pero dolió. Se había hecho un intenso silencio en la sala. Incluso la orquesta había dejado de tocar, cosa de lord Staunton, supuso, al verle venir desde allí para colocarse orgullosamente junto a su hija. La muchacha le miró ruborizada e inclinó la cabeza.

—Creo, Su Gracia, que comprenderá que, dadas las circunstancias, no deseo seguir con nuestro compromiso —dijo, con voz clara. Los cuchicheos empezaron al momento. Richard suspiró.

—Lo entiendo, Arabelle. Aun así, le ruego encarecidamente que lo reconsidere —añadió, por pura inspiración, para mejorar la situación futura de la joven—. Es usted una dama encantadora y sería una excelente duquesa. Su comportamiento ha sido ejemplar, a diferencia del mío. No puedo imaginar una mejor esposa que usted.

Lady Staunton gorjeó complacida y Arabelle lo miró con una expresión extraña, que no atinó a esclarecer. Durante un segundo de alarma, Richard pensó que iba a seguir sus palabras al pie de la letra, que se retractaría de lo dicho, llevada por aquel absurdo enamoramiento que creía sentir. Pero Arabelle era una joven con mucha dignidad. Siguió ajustándose a su papel.

—No, Su Gracia —repuso, suave pero firme—. Me ha puesto en una situación sumamente incómoda, aunque no le reprocho nada. Bien sabe Dios que no soy quién para juzgarle. Solo le pido que acepte mi decisión y dé por concluido nuestro compromiso, porque no voy a cambiar de idea. Por favor, considérese libre de seguir con su vida como desee.

—Pero...

—¡Ya lo ha oído! ¡No se acerque nunca más a mi hija, Arlington! —bramó lord Staunton, golpeándole en el pecho con un guante. Algo que jamás se hubiese atrevido a hacer en otras circunstancias y que aumentó el volumen del rumor escandalizado que llenaba la sala. Hubiera hecho lo que hubiese hecho Arlington, no dejaba de ser un duque. ¿Cómo se atrevía lord Staunton a comportarse con él de ese modo? Pero, claro, nadie más que Richard y él sabían hasta qué punto estaba dispuesto a disfrutar con la pantomima—. Pero esto no quedará así. Ella tiene un corazón tierno, demasiado tierno, pero mi honor exige una compensación. Esta misma noche, le visitarán mis padrinos.

—¿Me está retando a un duelo, Staunton?

—Exacto. Le estoy retando —afirmó, todavía más alto. Se veía que estaba disfrutando de la situación. Por una vez, el pequeño y fofo Staunton iba a quedar como un héroe ante todos. Richard apretó los puños, conteniendo las ganas de aceptar el desafío. Era algo que le debía a Arabelle, por su comprensión.

—Me niego a batirme con usted y le ruego que acepte mis disculpas.

—Es usted un cobarde, Arlington.

Los murmullos se llenaron de horror. *Maldito mequetrefe*. En cualquier otro momento, hubiera matado con sus propias manos a aquel hombrecillo.

—No, no lo soy, y no creo estar en la obligación de demostrarlo. De ser otras las circunstancias, o si me llevase usted al límite, no dude de que aceptaría ese duelo. —Staunton palideció ligeramente ante la advertencia, temeroso de que llegase a hacerlo—. Pero tiene razón, mi comportamiento ha sido totalmente inapropiado y no voy a batirme con usted por defenderme. No lo merezco. Ni merezco a una joven encantadora como Arabelle. Les presento a ambos mis disculpas. —Se inclinó ante ella—. Aceptaré su pérdida como un castigo muy duro, pero merecido.

—Bien, bien. —Staunton le lanzó una última mirada amenazadora, cogió por el brazo a sus dos mujeres y se alejó de allí. Momentos después, la música volvía a sonar y el grupo que los había rodeado empezaba a dispersarse, formando corrillos en los que se hablaba animadamente. Richard y su abuela se miraron.

—Bien, ya tienes lo que querías —le dijo, enfadado.

—No, mi querido Richard —replicó ella, en absoluto afectada por su cólera—. Eres tú el que lo tienes. O al menos eso espero, porque ambos hemos pagado un precio muy alto, por todo esto.

Richard giró para enfrentarse a Ana, para intentar explicarle tantas y tantas cosas que no tenían explicación. Pensaba que seguía a su espalda, que había estado allí durante todo el desagradable asunto, apoyada junto a la pared, pero no la vio. Alarmado, miró a todas partes, sin encontrarla.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé —respondió lady Arlington—. Se marchó cuando llegaron los Staunton. Probablemente, se haya ido a casa. Antes de que tú llegaras, me dijo que no se encontraba bien.

—¿Qué no se encontraba bien? —Richard maldijo. Obligarla a ir a ese baile había sido un gran error, en todos los sentidos—. Será mejor que me reúna con ella. Adiós, abuela, iré pronto a visitarte. —Iba a salir de allí, tan deprisa como se lo permitiera la cortesía, pero lady Arlington le detuvo, cogiéndole del brazo—. ¿Qué ocurre?

—Dime solo una cosa, Richard. —Su abuela le miró con gravedad—. ¿Vas a casarte con ella?

¿Iba a hacerlo? Hasta ese momento, ni siquiera se lo había planteado de una forma consciente. Estaba tan acostumbrado a pensar que no tenía ni voz ni voto en ese asunto, que ni lo consideraba.

Solo había buscado romper con Arabelle porque no concebía la idea de comprometerse con otra mujer y establecer otra familia, por no hablar de que era algo que le causaba a Ana un dolor comprensible. Había supuesto que todo aquel asunto terminaba allí, en aquel punto, pero, bajo los ojos escrutadores de su abuela, no pudo negarse que eso era, realmente, lo que había estado buscando. Volver a ser libre y tener la oportunidad de casarse con Ana. A pesar de todo. *Aunque me condene*, pensó. Pagaría una eternidad por la afrenta a la memoria de sus hermanos, a cambio de lo que le restaba de vida con Ana. No quedaba más remedio si, precisamente, quería tener una vida.

—Sabes que sí.

Lady Arlington asintió. Evidentemente, la idea no le hacía mucha gracia, ninguna gracia, pero se controló.

—Sí, supongo que lo sé. Y tú ¿te das cuenta de que lo que ha sido un escándalo sin mayor trascendencia puede llegar a convertirse en algo que se te vaya de las manos? Quizá ni siquiera yo consiga que conserves tu título, Richard.

—Te aseguro, abuela, que ese es el menor de mis problemas. —Si no lo impedían sus remordimientos por el fin de sus hermanos, desde luego no iba a hacerlo aquello—. Y te recuerdo que mi padre también hizo un matrimonio bastante irregular. Debe ser cosa de familia.

—¡Pero tu padre llevó el asunto de otro modo muy distinto! —Lady Arlington lo miró indignada—. Para empezar, jamás trajo a tu madre a este país y solo se dijo que había contraído matrimonio con una princesa oriental.

—Algo que da pie a comentarios elegantes en las tertulias, sin necesidad de ofenderse con la contemplación de la piel oscura de la tal princesa, ya lo sé.

—No seas sarcástico. Hay ciertas cosas que me gustan tan poco como a ti, pero hay que asumirlas. Forman parte de nuestras obligaciones. Si te casa con esa chica, es posible que tengas que abandonar Inglaterra.

—Entonces, lo haré. Si es necesario, me iré a vivir definitivamente a *Kaifar*.

—¡Richard!

—Lo siento, abuela. De verdad, siento darle tal disgusto, pero no puedo evitarlo. —Le cogió una mano, se la besó, y se la llevó al corazón—. ¿Siente el latido? Es ella, la que lo acelera, y la que lo detiene. Es su sonrisa, la que lo sobresalta. Su voz, la que lo estremece. La amo, abuela, es algo que me arrastra, algo contra lo que ya no tengo fuerzas para luchar. Por eso le pido su comprensión y su bendición. Si tengo que abandonar Inglaterra, lo haré. He mencionado *Kaifar* pero viviré feliz en cualquier lugar, porque mi hogar está donde se encuentra Ana. Y si usted quiere, puede venir con nosotros y disfrutar viendo crecer a nuestros hijos. Siempre será bienvenida en mi hogar.

Lady Arlington parpadeó. Liberó su mano y la alzó hacia la mejilla de Richard. Lo acarició con cariño.

—Mi pobre muchacho. Lo entiendo bien. El amor duele mucho, pero también hace infinitamente feliz. Aprovechalo mientras sea tu momento. —Suspiró, dándose por vencida—. ¿Se lo has dicho a ella?

—En parte. Pero creo que lo sabe.

—Sí, esas cosas se saben... —Sonrió—. Entonces, supongo que ya está todo dicho. Lo tendréis difícil, pero hasta el peor temporal acaba pasando. Además, reconozco que me cae bien. —Agitó la cabeza—. Pobrecilla. Siento muchísimo haber cometido ese error, Richard, pero, ¿cómo me iba a imaginar yo que todavía no le habías dicho que su padre había muerto, con todo el tiempo que ha pasado? La verdad, me parece una actitud bastante insensible por tu parte.

—Por favor, abuela, ya hablaremos en otro momento. Ahora, me voy a buscarla. —Se inclinó, besó a lady Arlington en la mejilla y, mandando definitivamente al infierno la cortesía, abandonó la casa de lady Allgrove a la carrera, sin despedirse de los anfitriones y sin responder a los saludos.

Fuera, había un inmenso caos de tráfico, así que no quiso esperar a que le trajeran su coche. A toda velocidad, recorrió un par de calles hasta ver pasar uno de alquiler. Menos de diez minutos después, ya estaba en casa de Ana, pero era demasiado tarde.

Se había ido.

6

—No sé cómo ha entrado. Yo estaba haciendo la ronda y Jones estaba en su sitio, Su Gracia —explicó Finch. Regina, en un segundo plano, lo miraba con ojos desencajados. Jamás la había visto tan desconcertada. No merecía la pena ni preguntarle al respecto—. Ha debido forzar la puerta, se dirigió al despacho y ha abierto la caja que tiene usted para imprevistos...

Richard fue al despacho y lo comprobó. Se había llevado algo de dinero y también su documentación. Había dejado todo lo demás.

—Está bien. Mantengamos la calma. —Se volvió hacia el mozo, que también estaba presente—. Arthur, prepáreme un caballo. Partiré de inmediato.

—Muy bien, Su Gracia —replicó el aludido, saliendo de la casa.

Richard subió las escaleras y recorrió el dormitorio desierto, y el vestidor. Posiblemente, Ana ni había subido allí. Seguían estando todas sus cosas, ni siquiera se había llevado un abrigo. Tuvo una sensación extraña; apenas hacía unos minutos que se había ido y, sin embargo, aquel espacio que había llenado durante meses le pareció un lugar vacío y muerto, carente de toda vida. Como un miembro cercenado, eso era ese dormitorio. Ana se lo había arrancado y lo había dejado atrás. Ya solo quedaba enterrarlo.

Estuvo unos momentos sentado en la cama, embotado por el dolor y la sensación de pérdida,

preguntándose si, aun en el caso de que llegase a encontrarla, podría convencerla de que volviera con él por las buenas, esta vez sin presiones ni chantajes. Se sentía totalmente derrotado, desolado. Ya no le quedaban fuerzas para pelear, mucho menos para imponer. Su única oportunidad estribaba en encontrar algún argumento que la inclinara a perdonarlo.

Luego, siguiendo un impulso, volvió al despacho. Quizá Ana le había dejado una nota allí, despidiéndose, aunque fuera para maldecirlo, y no la había visto.

Nada, no había nada por el estilo, aunque sí que encontró un sobre olvidado en la bandeja de la correspondencia. Ana debía haberlo dejado esa tarde, antes de salir para la fiesta. Desde que obtuvo su permiso para hacerlo, solía escribirle dos o tres veces por semana y se las entregaba a él para que las enviara. Cargado de culpa, Richard era casi incapaz de tocarlas, mucho menos de leerlas, así que solía echarlas al fuego sin más. Esta vez, sin embargo, abrió el sobre y estudió su contenido. Folios y folios de mentiras y verdades entrelazadas, contándole lo feliz que era con Arlington, que se habían casado en secreto y que esperaba un hijo. Que por eso, precisamente, no podía regresar de inmediato a su lado, el médico no lo aconsejaba, pero que Richard le había prometido llevarla en cuanto fuera posible. Le animaba patéticamente a seguir resistiendo, a seguir viviendo con la esperanza de conocer a su nieto.

Richard se dejó caer sin fuerzas en el sillón. El peso de los remordimientos era demasiado grande. Y había algo, algo más, en aquella carta, que lo hacía sentir incómodo. Tardó un par de segundos en darse cuenta de qué, y entonces el corazón estuvo a punto de pararse dentro de su pecho.

La letra.

Ana tenía una letra alargada, muy inclinada hacia la derecha. Era, sin duda, la letra de una artista, bonita y llena de arabescos; muy distinta a la que recordaba del mensaje bajo el óleo, redonda y un poco infantil.

—A ver... —susurró, estudiando los rasgos de la carta como si eso le permitiera pensar más rápido.

Era otra letra. Era otra letra, seguro.

Cierto que podía haberla simulado, pero, ¿para qué? Aquello no tenía sentido. Solo ella había tenido la oportunidad, estaba bajo la pintura... Pero, no. Richard frunció la frente, haciendo memoria. Estaba bajo una zona de marrón homogéneo, según recordaba, porque le llamó secundariamente la atención. En realidad, para ser precisos, cualquiera pudo haberla borrado sin que Ana lo supiera, haber escrito aquel mensaje, y haber vuelto a añadir el óleo sin que se percibiese el cambio. Pero, ¿quién? Cruz-Ortega quedaba eliminado, su pulso no le hubiera permitido elaborar aquellos trazos diminutos.

Solo quedaba una alternativa.

Regina.

Richard miró hacia la puerta, mientras en su mente se iban colocando una a una las piezas del rompecabezas. Lazarus Newbody, confundiendo de habitación y entrando en la de Regina. Regina, sirviendo de enlace en la entrega. Regina en Findon Downs. Regina en Lisboa. Y en *Kaifar*, y en todas partes...

—Maldición —susurró.

Lo había tenido siempre delante, y había estado demasiado furioso y dolido como para verlo. Ana había negado ser la asesina de sus hermanos hasta que descubrió que había estado en Findon Downs. ¿Por qué luego sí? Algo había pasado. No entendía qué, pero la idea de que pudiera no haber tenido nada que ver con esos crímenes le aceleraba el corazón y lo llenaba de alivio. *Ojalá, ojalá*, repetía su mente. Pero, no quería hacerse ilusiones, sería demasiado cruel, terrible, descubrir que se confundía. Tenía que comprobarlo, tenía que desenmascarar definitivamente a aquella mujer. Rápidamente, puso unos papeles limpios en la mesa, cogió la vela y se derramó una buena cantidad de cera caliente en la mano derecha. El dolor lo hizo gritar, aunque lo hubiera hecho de todas formas.

—¡Maldición! ¡Regina!

La puerta se abrió al momento. Regina le miró con su habitual expresión de oveja alarmada.

—¿Su Gracia?

—Me he tirado la vela encima. —Mostró la mano, con la piel enrojecida—. ¡Dios, cómo duele!
¿Tenemos algo para las quemaduras?

—Sí, Su Gracia. —Hizo amago de salir corriendo—. Enseguida se lo traigo.

—No, espera. Tengo que enviar una nota muy importante, eso puede esperar. —Se levantó y le señaló su silla mientras se vendaba precariamente la mano con el pañuelo—. Siéntate y escribe, por favor. "*Lester: Tengo algo muy importante que comunicarte. Mis sospechas sobre Ana...*". ¿Y bien? ¿Hay algún problema?

La miró, ceñudo. Regina seguía en el umbral, probablemente luchando entre las ganas de decirle que no sabía escribir y la curiosidad por enterarse de lo que fuera que quería comunicarle a Lester. La curiosidad venció, no esperaba menos de ella. Regina entró, cerró la puerta, se sentó en la silla y tomó la pluma. Empezó a escribir.

—Repita, por favor, Su Gracia...

—"*Lester: Tengo algo muy importante que comunicarte. Mis sospechas sobre Ana han resultado ser totalmente infundadas*". —Richard se inclinó sobre el hombro de Regina y estudió su letra. Aunque más grande, era la misma del mensaje secreto. sin duda alguna—. Tienes buena letra, Regina.

Ella debió notar algo extraño en su tono, porque giró ligeramente la cabeza y lo miró de reojo. Durante un tiempo indeterminado se quedaron así, escrutándose fijamente, sabiendo cada uno que el otro lo había descubierto.

Regina fue la primera en reaccionar y resultó ser realmente rápida. Se echó a un lado, tomando espacio, mientras se llevaba una mano al tobillo; cuando la alzó, empuñaba una pequeña daga, que movió en arco. Richard dio un salto, pero la punta le desgarró el traje. Regina se puso en pie, derribando la silla, y le amenazó con el arma.

—Está visto que voy a tener que matarte, Su Gracia.

—Así que eras tú, no Ana. —Se maldijo por no haber cogido la pistola del último cajón de la mesa. Había subestimado a aquella mujer—. Tú eras el auténtico agente de Beauchamp en este juego.

—Pues claro. —Sus ojos relampaguearon. El aspecto anodino, absolutamente mediocre, que siempre acompañaba a Regina, la doncella, desapareció como por arte de magia, revelando a una mujer muy distinta, firme y llena de energía, y Richard no pudo por menos de reconocerle el mérito. Como bien sabía, un disfraz era algo que iba mucho más allá de ponerse un atuendo, una cofia o un delantal, y Regina destacaba en esas habilidades—. Pobre Ana. No se lo tengas en cuenta. Para lo poco que fue entrenada, ha cumplido bien. Claro que nadie lo sabe mejor que tú.

Richard entrecerró los ojos.

—¿Pero por qué demonios asumí tus culpas...? Ah, ya entiendo. —Todo cobró sentido de pronto—. Me estaba acercando a ti.

—Exacto. Necesitábamos tiempo y ella lo consiguió. Podrá tener poca experiencia, pero desde luego, le sobra coraje. No te la mereces.

—Al menos en algo estamos de acuerdo.

—Ya. —Oprimió los labios—. Me alegro de que por fin te hayas enterado de todo. Resultaba realmente patético. ¡El *Cazador*! ¡Ja! Llevo meses vigilándote bajo tus mismas narices y has sido incapaz de darte cuenta.

—No lo niego. Has interpretado muy bien tu papel y yo tenía la cabeza en otros asuntos. Mis felicitaciones.

—Gracias. No creas que ha resultado fácil. Han sido muchos años, muchos meses, muchos días, aprendiendo a ser invisible, totalmente insignificante.

Richard lanzó una risa seca.

—Si yo fuera otra clase de hombre, te diría que no merecía la pena tanto esfuerzo por conseguir ser lo que ya eras. —Regina palideció—. Pero no sería justo. Ambos somos profesionales en esto, Regina, y tengo que admitir que has hecho un trabajo estupendo. Ojalá hubiese contado con alguien como tú entre los míos. —Ella asintió, un golpe seco, agradecida. Se produjo un pesado silencio. Estaba visto que ninguno de los dos quería dar el primer paso—. Pero, por eso mismo, porque somos profesionales, sabemos lo que va a pasar. Solo uno saldrá con vida de esta habitación. —La expresión de Regina no cambió. Aferró con mayor fuerza la daga—. Podría perdonarte lo de Charlie.

Al fin y al cabo, aunque fuese un novato, sabía a lo que se exponía cuando cometió el error de mezclarse en estos asuntos. Pero lo de Andrew... —La señaló con un dedo—. Por eso, te juro que te voy a matar, mujer.

—¡No pretendas ahora contar la historia a tu manera, Arlington! —replicó Regina, con indignación—. ¡Andrew sufragaba los gastos del *Grupo*, tu alegre banda de criminales! ¡Por esa razón fue ejecutado! ¡Se condenó él solo!

—¿Qué? —exclamó Richard, sorprendido—. Eso no es cierto.

—¡Sí, lo es! ¡No intentes engañarme! ¡Castro me mostró las pruebas! ¡Las listas de pago, los documentos, las órdenes y pagarés de un modo u otro dirigidos siempre al mismo punto, maldito fuera! ¡Andrew Arlington, siempre como último responsable!

—No sé de qué me hablas. Y, de haber sido cierto, yo lo hubiese sabido. Junto con el título y las posesiones, heredé los libros de cuentas de mi hermano, te lo aseguro, no me he inventado unos nuevos. No hay noticia de ninguna partida, ninguna, para el Servicio Secreto. Ni para el *Grupo* ni para nada. Porque, te daré una noticia: aunque funcionando ligeramente al margen de la mirada oficial, da la casualidad de que al *Grupo* no es un grupo de mercenarios privado: lo paga por completo la Corona Británica.

—¡No me mientas más! ¡Te digo que vi las pruebas y que por eso hice lo que hice! —¿La habían engañado? Posiblemente, porque no parecía mentir. Además, estando por medio gentes como Castro o Beauchamp, cualquier cosa era posible. La barbilla de Regina tembló. Parecía apesadumbrada—. Si te sirve de algo, lo lamento. De verdad, en eso, muchas noches me despierto deseando poder volver atrás. —Se repuso, con un carraspeo, y siguió con cansancio—: No sé qué pasará ahora, porque yo quiero matarte con tantas ganas como tú a mí. —Richard titubeó, sorprendido por tanta belicosidad. ¿Qué podía tener Regina en su contra? —. Pero sí te quiero pedir una cosa, por si acaso. Si eres tú el que sobrevive, tienes que ayudar a Ana. A pesar de todo, creo que la quieres.

—¿Y eso qué te importa?

—En lo que a ti se refiere, nada. Pero sí aprecio mucho a Ana. La has tratado tan mal... —Lo miró con furia—. Me resultaba frustrante ver cómo te comportabas con ella y no poder intervenir. Eres un bellaco.

—Pues o mucho me equivoco o tenías fácil la solución: haber asumido tus culpas en vez de esconderte tras sus faldas. Cobarde. —Casi escupió el insulto. Regina se ruborizó—. Pero da igual. Te aseguro que no tengo la más mínima intención de discutir contigo mi relación con Ana. Habla, ¿a qué te refieres con lo de que necesita ayuda?

—A que, cuando Beauchamp se entere de su huída, se pondrá furioso. Lo conozco. La buscará, la encontrará y la matará, si nadie lo impide.

—¿Y eso? —Richard intentó disimular su sobresalto. También conocía a Beauchamp. Solo necesitaba una excusa, para liberar su violencia—. ¿Por qué iba a hacer tal cosa? Ana cumplió bien

las órdenes recibidas, pintar unos cuadros que luego tú retocabas, a tu manera.

—Sí, ya me dijo Ana que lo habías descubierto. Lo cierto es que yo solo lo hacía en algunas ocasiones, no siempre. Aunque la información que ella aportaba a veces era útil, no le confiaban las auténticas misiones.

—Para eso estabas tú allí.

—Exacto. Ana y su padre me abrían las puertas y me daban la excusa de estar en cada sitio, de un modo discreto. A ella le contaban cualquier cosa, la entretenían con algo. En el caso de tu primo, se le dijo que iba a haber una reunión de alto nivel en *Kaifar*, con personalidades inglesas y quizá alguien más, debía reunir toda la información posible. Era una noticia falsa, aunque ella creo que no ha llegado a saberlo nunca. Pensó que se había anulado o algo así. —Claro que era falsa. Pero ¿cómo podía saberlo desde el principio? Se trataba de la argucia que elaboraron Lester y él, para atraer a la Sombra. Si cuando los españoles mandaron a la Sombra ya sabían que eso era falso... Richard sintió que la cabeza le daba vueltas—. Pero la auténtica misión, la que llevé yo a cabo, fue conseguir la relación de los enlaces de *Kaifar* con ciertos Bancos británicos y americanos. Estoy segura de que Omar ya ha empezado a sorprenderse por la mala racha que lleva. Su dinero está desapareciendo en los sitios más dispares.

—Perra...

—*Kaifar* caerá, como cayeron los Arlington. Has sido un idiota. Y ahora serás un idiota muerto.

Lanzó un tajo que estuvo a punto de sacarle las tripas. Richard dio un salto hacia atrás y trató de mantenerse a distancia, pero resultaba difícil. Regina era muy ágil, y manejaba el cuchillo con auténtica maestría. Se recordó que era una agente peligrosa, bien adiestrada, y que no debía hacer concesiones basándose en su sexo. Richard se movió por todo el despacho, esperando el momento adecuado. Esquivó un par de tajos más y recibió una buena patada en la barbilla, pese a las pesadas faldas que llevaba Regina.

—Ese golpe ha estado bien —admitió. Ella entrecerró los ojos.

—Me ha salido flojo. Intentaba noquearte.

—¿En serio? Para eso, es mejor hacer algo así. —Calculó su siguiente movimiento y, rezando para no equivocarse, lanzó una mano con la intención de sujetarla por la muñeca de la mano armada con la daga. Falló por poco y solo porque Regina se dio cuenta en el último momento de sus intenciones. Sus dedos se cerraron alrededor del filo de la daga. Ahogando un grito, la aferró con fuerza, sin que le importara cortarse, y dio un enérgico tirón, atrayéndola bruscamente. Cuando Regina avanzó hacia él trastabillando, le dio un puñetazo en plena cara con la mano libre.

Regina soltó el arma y cayó al suelo cuan larga era, aturdida. Richard arrojó el cuchillo a un rincón, levantó a la mujer, colocándola de espaldas a él y rodeándole el cuello con el brazo. Apretó con fuerza, obligándola a arquear la espalda.

—¡Bastardo! —jadeó Regina, sangrando por la nariz. Trató de hincarle las uñas en los ojos, pero Richard le sujetó las manos. Al verse totalmente inmovilizada, dejó de luchar—. Está bien, tú ganas, maldito asesino. Solo te pido una vez más que ayudes a Ana, se lo debes. No he informado de que ha huido, pero lo sabrán en pocas horas, y solo hay un sitio al que haya podido ir: a buscar a su madre. Va a ser terrible para ella, cuando descubra que lleva años muerta.

—¿Muerta? ¿María Vega está muerta? —preguntó, horrorizado. Pero, eso no podía ser. Lester le había asegurado que su agente la había encontrado y que se hallaba perfectamente. De hecho, esa misma tarde habían estado hablando de los movimientos que se estaban llevando a cabo para su rescate. Según Lester, su agente había conseguido ya entrar en el convento y hablar con la mujer, poniéndola sobre aviso. María esperaba ansiosa la ayuda.

Lester. Que había preparado con él la trampa para la Sombra...

—Sí. Ana estaba tan angustiada, y yo le debía tanto, que decidí intentar algunas gestiones para localizarla. —La voz de Regina se tiñó de pena—. Hace dos días me enviaron la respuesta. Ha sido horrible, he descubierto que ese canalla de Beauchamp la mató... No me he atrevido a decírselo a Ana, y por eso ahora seguro que se pondrá en peligro...

—¿Pero estás segura de que la mató?

—Totalmente. Por lo que parece, intentó escapar dos veces, de modo que consideró que era más molesta que útil. Ana estaba demasiado asustada como para exigir verla, o mantener correspondencia con ella, y si se descubría que no se había suicidado, se vendría abajo todo el plan.

—Regina, no sé...

—Escúchame bien, Arlington. Ahora mismo, tanto si vas como si no vas tras ella, Ana va a pagar un precio muy alto por su insolencia, por abandonar la misión y marcharse a su antojo. Va de cabeza a la trampa, y sin ti, que eres la presa que ansían. Tienes que ayudarla.

—¿Sabes lo que estás diciendo? ¿Insinúas que el propio lord Walls está trabajando para vosotros? —Regina no contestó, así que apretó con más fuerza—. ¿No vas a responder a eso?

—No. Es una pregunta estúpida. Ya conoces la respuesta. —Sí, claro que lo sabía. Lester Pointer era un traidor. No podía seguir negándoselo. Sintió un frío enorme—. ¿Quién te crees que envió la información sobre la responsabilidad de Andrew en todo esto? ¿Los documentos que probaban que se ocupaba de sufragar la existencia del *Grupo*? Por eso no tiene sentido que lo niegues, ya te digo que no hay duda, era culpable.

Oh, Dios, pensó Richard. No solo era un traidor a Inglaterra, había colaborado para organizar el asesinato de Andrew. Y de Charlie, claro. Regina no era más culpable de lo que lo hubiese sido él mismo, de haberse visto envuelto en algo así, cuando estaba en activo. La habían engañado, manipulado de mala manera. Sintió cómo su odio se canalizaba de otro modo. Ya no sentía enfado contra ella, solo pena. Aunque, quedaba una última cuestión...

—Dime una cosa, entonces, y piensa bien tu respuesta. —le advirtió—. ¿Por qué, el atentado contra Noor?

Regina debió aceptar su consejo, porque tardó un buen rato en contestar.

—De lo de Noor, solo soy responsable en parte y lo lamento enormemente. No sabía que intentarían matarla y cuando me enteré tuve una trifulca enorme con Beauchamp. Fue una suerte estar en *Kaifar*, con su obligación de llevar velo, porque me rompió el labio de una bofetada. Ana y su padre lo vieron, claro, pero les dije que me había caído. No me importó, volvería a hacerlo, aquello me pareció algo... infame, por completo ruin —afirmó, con voz hueca.

—Lo fue, sin duda —convino Richard.

—Y lo de Charlie... Fue Beauchamp, no yo, quien disparó, aunque supongo que soy cómplice, porque sabía lo que iba a ocurrir y ayudé a propiciarlo. Ana me dijo, cuando se enteró, que cómo había podido hacerlo, que Charlie era la clase de joven encantador que no podía caerle mal a nadie. Es cierto. Yo... Intenté convencer a Beauchamp de que no era necesario hacerlo, que quizá, si lo tomábamos prisionero, irías a buscarlo y llegaríamos al mismo resultado. Casi lo había conseguido. Incluso me acosté con Beauchamp para ponerlo a mí favor, una experiencia que, te aseguro, deseé amargamente no tener que repetir jamás; pero tu hermano era demasiado curioso, rondaba siempre a Ana y su padre y...

—Cometió el error de descubrir que Ana era la que pintaba.

—No. Peor. Empezó a sospechar de Beauchamp, por algo que hizo, o que dijo, no estoy segura. Un día, no se le ocurrió mejor cosa que registrar sus cosas y se enteró de todo. Sé que se puso en contacto con Londres. Pobre Charlie, se metió más aún en la boca del lobo, dando la alarma. Lord Walls avisó de inmediato a Beauchamp. Estaba furioso. Me dio la orden y no hubo más opciones. Lo cité en la playa, aduciendo que tenía algo importante que revelarle sobre Ana y su padre. Charles nunca sospechó de mí. Le pasaba como a ti, supongo que por vuestra condición de nacimiento, siempre rodeados de criados invisibles. Apenas me veía, para él era tan solo una doncella, un ser sin importancia, nadie a tener en cuenta. Cometió muchos errores, pero ese fue el más grave de todos. Fue a la cita y se encontró con Beauchamp.

—Era solo un aficionado, Regina —dijo Richard, con infinita tristeza—. No era como tú, o como yo.

—Lo sé. —Apretó los labios—. En cuanto a Andrew... Sí, a él sí que lo maté. En aquella época estaba ofuscada por el odio y el fin de la misión lo justificaba todo... Pero aún así, lo lamenté, ni te imaginas cuánto. Me gustaba, Richard. Me gustaba muchísimo. Él sí me vio, ¿sabes? Desde el primer momento, porque no me presenté como criada, sino como una dama de su nivel. Sé que también le gusté: me hubiese propuesto *Carta Blanca* o algo así. Seguro. Pero no pudo ser.

Richard suspiró. No quedaba más remedio que quitarle la venda, aunque solo fuese para no tener que matarla. Ya no quería hacerlo, pero sabía que si la soltaba sin aclararle la realidad de las cosas, sería ella quien le atacase a él.

—Las pruebas que te mostraron, eran falsas, Regina. —dijo, con voz alta y clara—. Las firmara Lester o no. Eran falsas. Andrew jamás se metió en estos asuntos, ni sufragó el *Grupo* ni era peligroso...

—Mientes.

—No. ¿Por qué debería hacerlo, estando como estamos? Sabes que puedo romperte el cuello en menos de un segundo. —Tiró un poco, moviéndole la cabeza hacia atrás y a un lado—. Un movimiento brusco, seco, así, en esta dirección y estarás muerta antes de darte cuenta. Pero es que es la verdad. Castro lo urdió todo y...

—¡No insistas, Arlington! ¡Vi las pruebas!

—¡No me estás escuchando! ¡Si las viste, eran falsas! ¡Supongo que lo organizaron así para inducirte a hacerlo! Eres una agente más que competente y todavía nadie te había identificado, el elemento ideal para esa misión. ¿No te das cuenta? ¡Todo esto forma parte de la venganza de Castro, quiso matar a mis hermanos, supongo que para que conociese el dolor de la pérdida, antes de matarme a mí!

—¡No es verdad! ¡No es verdad! —repitió Regina, aunque con un punto de histeria en su voz, como si empezara a ceder su seguridad—. Castro es un profesional, jamás alteraría las evidencias ni siquiera por una venganza. Aunque es normal que quisiera matarte —añadió, antes de que Richard pudiera decir nada—. Yo también lo quería. ¡Lo sigo queriendo, maldito, canalla!

—Pero ¿por qué? —Richard maldijo, desesperado—. ¿Por qué me odias tanto?

—¡Porque jamás te perdonaré que asesinases a Pablo!

—¿Pablo? —Tardó unos momentos en comprender—. ¿Pablo de Castro? ¿El hijo del marqués?

—¡El mismo! Era un buen hombre, Arlington —Su voz sonó profundamente triste—. Muy digno, todo un caballero, y jamás le importó la diferencia de nuestras clases. Mi padre era tan solo un pequeño barón, con más linaje que medios, puesto que la fortuna de la familia se volatilizó hace demasiado tiempo. Pablo se reía de esas cosas. Lo conocí al poco de entrar a colaborar con el marqués, me adiestró, me enseñó cuanto sé. Y me dio más de lo que nadie me dará, nunca. Lo amaba. —Se estremeció y Richard temió que hubiese empezado a llorar—. Lo amaba tanto, tan intensamente, que en realidad, me mataste el día en que lo mataste a él. Le rogué, le supliqué a Castro que me permitiera intervenir en esta misión, solo por tener la oportunidad de destruirte como tú me destruiste a mí. Yo quería matarte entonces, quería matarte rápido, *ya*, pero él me dijo que la venganza era un plato que se servía frío... muy frío. Que debía aprender a esperar.

—Por Dios... —Richard cerró los ojos. Recordó que se rumoreaba que Pablo, en el momento de su muerte, estaba cortejando a una joven de la baja nobleza rural, y una broma que había hecho el alemán al respecto, algo acerca de que, aunque hubiese carecido por completo de sangre noble, aquella chica tenía el título de reina. *Regina*. Tuvo la sensación de haber cometido un error con cada decisión tomada en su vida. Definitivamente, ya no quería matarla. No sabía qué hacer con ella, pero

quitarle la vida ya no era una opción—. No me obligues a hacerlo, Regina, por favor. Te lo estoy rogando. No quiero hacerlo.

—Sabes que no es algo que esté en tu mano decidir. Ni siquiera deseo que te lo pienses. Acaba con esto. —Inspiró profundamente—. Quiero reunirme con él. Al menos, en mi caso, va a ser un alivio. Siempre me ha aterrado pensar que quizá Pablo murió sin enterarse, asesinado de la forma cobarde en que le mataste, clavándole un puñal por la espalda.

—¡Yo no maté a Pablo! —Le sujetó la mandíbula, para impedirle hablar—. ¡Escúchame, Regina, no lo hice! Había quedado con él, sí, me lo pidió, iba a contarme algo... Pero nunca acudió al lugar de la cita.

—¡Mientes! —gritó ella, tras soltarse de un tirón—. ¡No dejas de mentir, maldita sea tu alma ensangrentada! ¡Aún conservaba tu alfiler, aferrado en la mano!

—¿Mi alfiler? —¿El alfiler que le había regalado a Ana, el que le reclamó Beauchamp...! Y, por fin, la última pieza del rompecabezas se colocó en su sitio, con un sonido fúnebre—. Mi alfiler lo tenía Beauchamp, Regina.

Ella se quedó repentinamente rígida.

—No... —susurró. Un gemido agónico.

—Lo tenía él. Y clavar una daga por la espalda, es propio de un asesino tan rastrero como él, lo sabes. También deberías haberte dado cuenta que, una muerte como la que describes, es incompatible con el hecho de que me arrancara el alfiler. Supongo que Beauchamp se lo puso en la mano, una vez muerto. Quería que las culpas recayeran sobre mí. —Como con aquel asunto de Madeleine. Buscando su ruina, su perdición; buscando acabar con quien más envidiaba en el mundo—. Quería que Castro me destruyese.

—Eso no... no es posible. No puede ser...

—Sabes que es verdad. —Notó su sollozo, su tormento, lo imposible de seguir viviendo con aquello sobre su alma—. Lo siento, Regina.

—¡No!

De pronto, Regina liberó una mano y le lanzó un codazo por sorpresa que estuvo a punto de obligarlo a soltarla. Richard expulsó dolorosamente el aire de sus pulmones, mientras Regina se impulsaba con todas sus fuerzas hacia delante, hacia donde había caído su puñal, intentando alcanzarlo con la mano. Richard se vio arrastrado en el movimiento, perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre su espalda. Regina gritó, pero consiguió alcanzar el arma y cuando Richard la volvió a alzar, poniéndola en pie casi en volandas, trató de girar para clavársela.

Richard apenas pudo esquivarla y tuvo claro que no sería capaz de evitar un nuevo golpe. De nuevo la tenía bien sujeta, como para girarle la cabeza y romperle el cuello, que sonaría como una rama seca. Sería una muerte instantánea

—¡Maldita sea! ¡Para, Regina!

—¡Hazlo, Arlington! ¡Por favor! ¡Hazlo de una vez!

—¡Ni lo sueñes!

Richard optó por tomar un camino intermedio, para el que también venía bien esa posición: ajustó la presa, en lo que le habían enseñado como *llave del sueño*. Cualquiera que mirase desde fuera podía pensar que la estaba estrangulando con el brazo, pero no. Se limitó a cortar un instante el flujo sanguíneo, para dejarla inconsciente. Ella pateó con fuerza un segundo, pero no tuvo problemas en retenerla. En cuanto sintió que se relajaba, la soltó. El cuerpo de Regina perdió toda tensión y se desplomó flojamente sobre sí mismo. El puñal cayó al suelo con un golpe rotundo, que pareció evaporar toda la violencia desatada en la habitación, dejando tan solo un profundo silencio. Richard se agachó, manteniendo el abrazo, estremecido.

—Maldita sea, Regina —dijo en un susurro. Le acarició la mejilla, muy pálida. En la pelea, se le había soltado el moño y la larga melena caía libremente, en brillantes rizos castaños. Aquella era la auténtica Regina, la que había sufrido por amor y había entregado su alma por pura desesperanza. No podía odiarla, no era más que otra víctima del auténtico verdugo. La depositó con cuidado en el pequeño sofá y abrió la puerta. Finch estaba allí, al otro lado del umbral, sin atreverse a entrar. Al ver a Regina tumbada abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Está...?

—No. —Finch respiró, aliviado, y se quedó allí, esperando órdenes. Richard arrancó los cordones de las cortinas y ató las manos de Regina a su espalda. Luego, dudó sobre qué hacer, puesto que no quería contar con los recursos habituales, ya no eran seguros. Por suerte, casi al instante se le ocurrió una idea y se dirigió al escritorio—. Entra. Coge el coche y lleva a Regina a esta dirección.

—Bien, Su Gracia.

Harry Lanfort podría encargarse de custodiar a Regina hasta que él encontrase a Ana. Lanfort había vuelto de su viaje con un secreto inconfesable, un disparo en un hombro y un mal humor de perros, pero si algo tenía siempre claro Richard, era que podía contar con él, en cualquier circunstancia y por cualquier tema. Además, vivía en un bajo con sótano, en el que tenía una habitación oculta. Podía venir bien para Regina.

Anotó para Finch la dirección del detective en una cuartilla, manchándola de sangre. Se había olvidado de su propia herida, que atravesaba cuatro de sus dedos y parte de la base del pulgar, y estaba sangrando mucho. Aturdido, buscó su pañuelo, pero recordó que lo había usado al inicio de su enfrentamiento con Regina y debía haberlo perdido en algún momento. Finch se dio cuenta de lo que quería y le tendió el suyo. Aunque limpio, no estaba muy blanco y no era, ni de lejos, del suave tejido a que él estaba acostumbrado, pero lo tomó y lo agradeció con un gesto.

—Pregunta por Harry Lanfort. Es un detective privado. Dile que quiero que retenga a Regina hasta

que me ponga en contacto con él. Que no la pierda de vista y la mantenga atada en lo posible. Dile que me encargaré de todos los gastos.

—Muy bien.

—Una última cosa. —Dudó un segundo, para ver cómo plantearlo, pero no se le ocurrió más que plantearlo de un modo directo. Confiaba en Finch—. A todos los efectos, Regina está muerta. ¿Lo entiendes, Finch? Muerta.

—Sí, Su Gracia.

—Bien. Es mejor para todos, sobre todo para Regina, que esa sea la versión oficial. Si alguien pregunta, si surgiese el tema por cualquier causa, dirás que hoy has cogido su cadáver —señaló el cuerpo en el sofá— y lo has arrojado al Támesis. ¿Está claro?

Finch se estremeció con aire supersticioso.

—Desde luego, Su Gracia —dijo, sin embargo—. Sabe que cuenta con mi absoluta lealtad. —Miró con aprensión a la desmayada Regina. Pensó que no iba a atreverse a hacerlo, pero preguntó—. ¿Puede decirme qué ha pasado?

—No. Pero sí que debes saber que puede resultar peligrosa, sobre todo para sí misma, así que, si despierta, no se te ocurra desatarla por mucho que suplique. Dile a Lanfort lo mismo, que no la pierda de vista, insisto, mejor que la mantenga atada hasta que me ponga en contacto con él. Es muy capaz de intentar... alguna cosa drástica. —Pensó en la voz de Regina, en el temblor de su cuerpo en el momento de comprender que todo había sido un gran engaño, que había hecho cosas terribles actuando como una marioneta en manos del asesino del hombre que amaba. Incluso, por salvar a Charlie, hasta se había acostado con él—. No creo que quiera seguir viviendo.

—Entiendo. —Finch había abierto los ojos de par en par—. Regina es una mujer muy animosa. No alegre, no me refiero a eso, no sé si me entiende.

—Vital. Quieres decir que está llena de vitalidad, de energía.

—Eso. Llena de energía. A veces, Roberts y yo hemos comentado que parece dispuesta a vivir por siempre, sobre todo cuando se pone a dar órdenes. ¡Qué temperamento tienen las españolas! Si las cosas son como dice, es que está ocurriendo algo realmente terrible.

—Es el pasado, Finch. Siempre vuelve —inspiró profundamente y sacó la pistola del cajón. Aún le quedaba un último cabo que atar definitivamente esa noche. Finch apretó los labios. Se limitó a mirarle, mientras salía—. Es inútil intentar esconderse.

Arthur ya tenía el caballo listo. Richard lo envió al puerto, con la misión de detener a Ana si lograba localizarla y él se dirigió a la casa de Lester.

Aunque era relativamente tarde, todavía estaban encendidas las luces de la planta baja de la mansión londinense de lord Walls.

Richard enroscó las riendas del caballo en el seto de la entrada, sin más ceremonias, subió de dos saltos la corta escalera y llamó a la puerta. El mayordomo, vestido con ropa de cama y evidentemente arrancado de un buen sueño, abrió casi de inmediato. Lo hizo pasar, informándole de que el señor acababa de volver pocos minutos antes de su club.

Lester estaba en su despacho, sirviéndose una generosa copa de coñac. Al verlo entrar, le sonrió, pero la sonrisa se fue apagando progresivamente al interpretar su expresión.

—Bienvenido, Richard. —Alzó ligeramente la botella de cristal tallado en una elocuente invitación—. ¿Una copa?

—No. prefiero una explicación. —Richard trató de serenarse. Lester no iba a reconocer fácilmente su intervención en aquel asunto y menos si perdía los estribos, pero tampoco podía darle opción de esquivarlo con más mentiras. Tenía que ponerlo contra la pared—. Acabo de tener un... intercambio de opiniones con Regina, la doncella de Ana. Ya te puedes imaginar que hay demasiadas cosas que no me cuadran. Así que te voy a rogar que me evites otra escena de excusas, rodeos y mentiras. Hoy no me voy a ir sin la verdad.

Lester palideció. Tras largos segundos inmóvil, asintió y se sentó. Contempló meditabundo el líquido ámbar, haciéndolo girar lentamente.

—Entiendo.

Algo era algo. Ni siquiera iba a intentar refutarlo. Y aunque lo había sospechado, Richard sintió que se le caía el mundo a los pies. Era cierto. Su amigo, su colega y compañero durante tantos años, era el agente doble. El causante de tantas y tantas desgracias.

—Pero ¿por qué, Lester? ¿Por qué?

Lester se encogió ligeramente de hombros.

—Dinero. La más antigua de las razones, Richard, no pretendo atribuirme méritos que no me corresponden. Pasé una mala racha y perdí una suma considerable en las mesas de juego, prácticamente toda mi fortuna. Me sentí acorralado —reconoció, amargamente—. Simplemente, no vi otro modo de salir adelante y luego... luego ya se convirtió en una costumbre. Los españoles me han pagado siempre muy bien. Gracias a eso, tengo una hija en un selecto internado de señoritas, amparada por una excelente dote, y un hijo en la Universidad, que llegará lejos gracias mi fortuna y mis contactos. Hubiera hecho cualquier cosa por ellos, cualquier cosa.

—No me vengas con tonterías. —Richard sintió que la indignación subía varios grados la temperatura de su cuerpo. Si pensaba que iba a permitirle escudarse en sus hijos, estaba muy

equivocado—. Eso deberías haberlo pensado antes de jugarle su futuro a las cartas.

—No lo niego —admitió Lester, ruborizándose. Al parecer, le quedaba algún atisbo de decencia. Richard no supo si alegrarse.

—Cuéntamelo, todo —ordenó, secamente—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para ellos?

Lester dejó la copa sobre la mesa y apoyó las manos a ambos lados, con las palmas hacia abajo. Tenía la expresión de un sacerdote a punto de decir algo trascendental. Así fue.

—Alrededor de diez años.

—Qué barbaridad. —Richard se sentó y ocultó el rostro entre las manos, sintiéndose enormemente cansado y asqueado de todo aquello—. Qué pecado más grande, Lester. ¿A cuántos de los nuestros mandaste a la muerte?

—No tantos, demonios. No pienses que esto ha llegado tan lejos, España no ha controlado los destinos del Servicio Secreto inglés. Castro solo me pedía... favores especiales. Favores como el asunto de Beauchamp. Llegó un momento en que ni siquiera yo pude seguir encubriéndolo, hubo que organizar su simulacro de muerte.

—¿Y para eso necesitabas sacrificar a uno de los tuyos?

—No. No hubiera tenido que morir nadie, al menos nadie conocido, pero Beauchamp había cometido demasiados errores, y se me ordenó que enviase un agente a eliminarlo. Fue una orden directa del Primer Ministro. Obligado por las circunstancias, mandé a *Veleta* porque era alguien prescindible, sin familia, sin amigos, sin pasado y sin futuro. También mandé, y con unos días de ventaja, un mensaje, a Beauchamp, avisándole de la situación. Por eso lo estaba esperando. No me resultó difícil convencer a todos aquí de que fue él quien había muerto y de que *Veleta* se había retirado tras cumplir la misión. Luego, durante mucho tiempo no hubo más contactos, a excepción de sus pagos, siempre puntuales... hasta que Castro me pidió una documentación sobre... bueno, complicando a Andrew con el Servicio Secreto.

Richard siseó y lo miró con odio.

—Un error enorme, Lester.

—Sí. Lo sé. —Parecía realmente enfermo, pero no se apiadó de él—. Cuando me informaron de su muerte, supuse lo que había ocurrido. Se había utilizado todo para convertirlo en un objetivo. Y luego me ordenó que enviara a Charlie a Lisboa. —Se frotó las comisuras de los ojos, con cansancio—. Aquello fue especialmente duro. Yo apreciaba al muchacho...

—Por favor, te ruego que al menos me evites esa clase de comentarios. ¡Le apreciabas tanto que lo mandaste a una muerte segura, maldito canalla! —gritó, perdido el control, dando un puñetazo sobre la mesa. Lester cerró los ojos—. Eres un hijo de puta, Lester. Dime, explícame, cómo eres capaz de dormir por las noches.

—Esa es fácil de contestar. —Le señaló la copa—. Se llama coñac.

—No me das ninguna pena. ¡Vives en el infierno que tú mismo te has creado y no te perdonaré jamás que mezclases a mis hermanos en él! ¿Me has oído? ¡Jamás! ¡Podías haberme pedido ayuda, el dinero, sabes que te lo hubiera dado! ¡O simplemente podías haber buscando un modo más digno de traicionarnos! Si hubieses venido a por mí, directamente, si les hubieses ayudado a destruirme, sin más, quizá hubiera sentido una mínima lástima por tu situación, pero así, no... Por Andrew, por Charlie, no.

—Ya. Lo de Andrew no lo pude prever. Pero cuando me ordenaron lo de Charlie, intenté convencerlos de que podía provocar un accidente que terminaría con tu vida. —Le ofreció un ligero gesto de disculpa—. Sabes que lo hubiese lamentado, pero lo hubiera hecho, era el camino más rápido y sin más víctimas colaterales, pero se negaron. Castro no buscaba tu muerte de esa manera, quería que sufrieses, que tuvieses tiempo de lamentar el seguir viviendo. Este asunto, Richard, es una venganza. Una venganza personal, de Castro.

—Ya lo sé. Y tú, mi buen amigo, estabas dispuesto a entregar mi cabeza, la de Andrew, la de Charlie, la de Noor, la de *Veleta*, y la de cuantos hiciera falta, a cambio de poder seguir siendo socio de tus elegantes clubes.

No se defendió.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó, por el contrario—. ¿Vas a delatarme?

—No. Al contrario de lo que les ha ocurrido a otros, lo que te suceda, dependerá de ti. Una vez fuimos amigos, Lester, y aprecio de verdad a Mildred y a tus hijos. No me gustaría que descubrieran la clase de traidor que es su esposo y su padre, ni que sufran la vergüenza de ver cómo te juzgan y te ejecutan. —Sacó la pistola y la dejó sobre la mesa—. Pero si mañana sigues con vida, informaré de todo.

Le dio la espalda y caminó lentamente hacia la puerta.

—¿No temes que te dispare por la espalda? —Le oyó preguntar, cuando ya casi estaba en el umbral—. Podría contar las cosas de otro modo. Decir, en los oídos adecuados, que el Duque de Oxford era un traidor.

—Me temo que no serviría de mucho. En caso de mi muerte, llegará a manos de mis abogados un sobre que contiene mi confesión completa, además de una explicación y pruebas de todo lo que ha sucedido hasta ahora. Por tanto, si lo haces, estarás eligiendo la primera opción y terminarás ejecutado. Me daría por satisfecho. —Giró ligeramente la cabeza para mirarlo. Lester no se había movido. La pistola continuaba sobre la mesa—. Piénsalo bien. Lo único que te queda ahora, Lester, es morir con un poco de dignidad.

Solo cuando estuvo en el vestíbulo se dio cuenta de hasta qué punto se había mantenido tenso. Le dolían los hombros y se había clavado las uñas en las palmas de las manos.

Se despidió del mayordomo, salió a la calle, avanzó algunos pasos y se detuvo en la acera.

Detrás, se oyó un disparo; luego, gritos.

Richard inclinó la cabeza y se dirigió hacia su caballo.

Algún punto del Mar Cantábrico, 18 de septiembre de 1875

Inglaterra desapareció en la lejanía.

No había esperado sentir nostalgia, pero no podía darle otro nombre a la triste sensación de pérdida que la abrumó de pronto. Se sentía estremecida por dentro y por fuera. Ana se apoyó en la borda del *Andra Mari*, un pequeño carguero vasco que hacía el trayecto de regreso a la península, y que ocasionalmente aceptaba pasajeros.

Tenía mucho frío, cada vez más. Debería haber cogido un abrigo, o un chal más grueso, pero no pensó en ello cuando pasó por la casa en la que había vivido los últimos meses. Solo pensaba en su documentación, que le exigirían para poder salir del país, y en algo de dinero. Pensaba en escapar, en huir lo antes posible. No quería darle a Regina la posibilidad de hacerle cambiar de idea, ni que Arlington pudiera alcanzarla. No quería verlo, nunca más.

¿Le odiaba, por lo que le había hecho? Ya no estaba segura. Enfadada, sí, mucho, pero la imagen de su rostro, de sus ojos atormentados, cuando reconoció su culpa, lo transformaban todo en un profundo cansancio. *No me odies. No podría soportarlo.* Las palabras resonaron otra vez en su mente. Tenía la sensación de que iban a perseguirla hasta el final de los tiempos. Cuánto mal se habían hecho. Y, sin embargo, la idea de que, en otras circunstancias, hubieran podido ser inmensamente felices juntos, la obsesionaba.

—¿Se encuentra bien, señora? —dijo una voz a su lado, hablando español con un fuerte acento vasco. Ana giró la cabeza. El capitán del barco, no recordaba su nombre, estaba a pocos pasos, mirándola con preocupación. Se obligó a sonreír.

—Sí, gracias, capitán.

Él asintió, poco convencido pero demasiado caballeroso como para llevarle la contraria. Tardó unos momentos en encontrar el mejor modo de seguir con el interrogatorio.

—Hará frío, esta noche, ¿sabe? Discúlpeme, pero me he percatado de que no ha traído equipaje consigo. Y su vestido, pese a ser encantador, no creo que sea lo más adecuado para un viaje como este.

Ana no podía por menos que estar de acuerdo. Sentía la seda helada sobre la piel y el chal de encaje no le resultaba de ninguna utilidad.

—Tuve que tomar el barco apresuradamente. Cuando llegue a España solucionaré el problema.

—Perdone mi atrevimiento, señora, pero, para cuando llegue a España, ya tendrá usted una buena pulmonía. —El capitán se quitó la chaqueta y se la puso sobre los hombros. Aunque estaba desgastada por muchas travesías previas, era de buen paño. Ana se estremeció, en contacto con la

suavidad de la lana y el calor que conservaba la prenda—. Póngase esto, yo tengo otra chaqueta en mi camarote.

—Es muy amable, gracias.

—He pensado... hay a bordo otra dama en... sus mismas circunstancias. —El pobre hombre enrojeció. Para tener el aspecto duro de un lobo de mar, quizá rondando ya los sesenta años, referirse a su embarazo parecía suponerle un auténtico problema—. Permítame que hable con ella. Quizá pueda venderle algo de ropa.

—Se lo agradecería mucho, capitán.

—Un placer. Solo tardaré unos minutos.

Inclinó la cabeza, y se alejó. Ana observó su figura unos segundos, y luego volvió a contemplar el mar.

Capítulo 12

Segovia, 10 octubre de 1875

1

A pesar de estar ya bien avanzado octubre, todavía hacía calor en Segovia, un calor seco, que volvía el aire pesado y asfixiante y pulverizaba la tierra.

Ana salió de la posada y se detuvo unos momentos a contemplar el impresionante acueducto romano, aquella soberbia obra de ingeniería que exigía atención pese a los muchos problemas que bullían en su cabeza. Luego subió, con la ayuda del mozo, al coche de alquiler que la estaba esperando. Cuando se puso en marcha fue vagamente consciente de que llegaba otro coche por el camino del norte, directo a la posada. Más viajeros, imaginó.

Al principio de su escapada, algo así la hubiese puesto nerviosa, pensando que podía ser Arlington dándole alcance, pero a esas alturas ya había llegado a la conclusión de que no tenía intención de seguirla. En realidad, ¿para qué? Seguro que su marcha hasta le había supuesto un alivio, de alguna manera. Se liberaba de una carga en la conciencia y no tendría que ocuparse de cómo afrontar lo de ese hijo bastardo. Eso, sin olvidar que, si Castro lo consideraba un objetivo a eliminar, más le valía tener la cabeza centrada en seguirla conservando sobre los hombros. No, demasiados beneficios por su huida. Ya no se despertaba sobresaltada por las noches, ni temía que les alcanzase un hombre a caballo.

Arlington había quedado atrás. Y, con suerte, Beauchamp aún ni se habría enterado de su marcha. Esperaba que Regina le hubiese echado un capote a ese respecto... Si todo salía como esperaba, podría recoger a su madre y marcharse con ella a alguna parte, todavía no había decidido el lugar. Cambiarían sus nombres por otros perfectamente vulgares, como Carmen y Lola Montes, y había pensado dedicarse a pintar para ganarse la vida. No podría hacer nada realmente llamativo, pero seguro que en los pueblos de la costa podía vender pequeños cuadros con paisajes insulsos, o decorar cerámicas. Claro que, también podrían coser y bordar por encargo, su madre lo hacía muy bien y siempre quiso enseñarla. Antes lo odiaba, pero ahora estaba deseando coger una aguja y seguir sus indicaciones, mientras hablaban y reían, felices simplemente por estar juntas.

¡Qué calor hacía! Ana sacó el pañuelo, se secó el sudor de la frente y se recolocó el sombrerito de paja. De ser otras las circunstancias, se hubiese quedado en el fresco patio de la posada hasta que empezase a refrescar, ya no tardaría. Pero no podía permitirse más demoras, no quería esperar ni un segundo más de lo necesario. Tener a su madre tan cerca le provocaba una sensación extraña, casi efervescente, y ya acababa de pasarse dos días encerrada en la posada, tan enferma que ni podía salir de su habitación. Por suerte, la esposa del posadero, Petra, había resultado ser una mujer encantadora y madre de siete hijos, por lo que supo enseguida cómo atenderla. Ana tenía la sensación de que no la había creído, cuando le dijo que era viuda, pero no hizo comentarios al respecto, ni la juzgó. Con sus caldos y, sobre todo, con su amabilidad, Ana se fue recuperando del largo y difícil viaje. Su

estómago se asentó y pudo plantearse continuar con su misión.

Descubrir dónde se encontraba el convento de las Hermanitas de la Caridad no fue difícil. Petra tenía una cierta idea de que estaba localizado al sur, pero se ocupó de que recibiera la visita del padre Tomás, un sacerdote bajito y gordo, de muy buen humor, que se explayó ensalzando las virtudes de las *monjitas*, como se refería siempre a ellas. Las Hermanitas de la Caridad tenían un convento pequeño y humilde, con un jardín y un huerto bien cuidados. Trabajaban incansables. Se ocupaban de las necesidades de varios pueblos a su alrededor: atendían enfermos, enseñaban a leer a los niños, y procuraban que nunca faltase un plato en cada mesa. Hacían mucho bien en esa zona, mucho bien, repetía el padre Tomás. Dijo conocer a la Madre Superiora, Sor Caridad de Dios, y hasta le escribió una nota de saludo para ella, pidiéndole que atendiese a Ana en todo lo posible.

Ana tocó el papel, que ahora llevaba en un bolsillo, preguntándose si sería suficiente, o si las monjas se negarían a dejar que viera a su madre. No estaba segura de los términos en los que la había internado Castro. Quizá el propio Obispo había dado la orden, no le extrañaría nada, con lo que las monjas podían verse en un serio compromiso. Pues no le importaba. Así montaran un escándalo, no pensaba irse de aquel sitio sin haber recuperado a su madre.

Como si la condenaban a la excomunión, le daba igual.

Tardaron casi una hora en llegar al convento, una hora sofocante que se le hizo eterna. Tenía el corazón en vilo cuando bajó del vehículo, frente al muro encalado en blanco del convento, por el que sobresalía el tejado de un edificio alargado y una baja torre de campanario. La puerta doble, de buenas dimensiones, dibujaba un arco de medio punto en aquel blanco puro, con sus listones de madera anchos y oscuros. Uno de sus lados mostraba una gran ventanilla de reja, algo oxidada por el paso del tiempo, a través de la cual se veía un sendero de tierra barrida y un huerto muy bien cuidado, como había asegurado el padre Tomás. Al fondo, el edificio, encalado en blanco, igual que el campanario, mostraba un bonito porche con sillas de caña, lleno de plantas. La puerta tenía un adorno de cristales de colores en su parte superior.

Se alegró. Era un sitio encantador. Seguro que su madre había estado bien allí.

Ana se limpió el sudor de las manos en la falda del vestido y llamó a la campana que colgaba junto a la puerta. Una monja vestida de negro, con la toca alada de blanco impoluto, surgió por la derecha. Llevaba un azadón en la mano. Al verla, se acercó.

—Ave María Purísima —le dijo, sonriente. Ana se mordió los labios, de puro nerviosa que estaba.

—Sin Pecado concebida —consiguió murmurar. Hacía tanto tiempo de aquellas cosas, de las misas al alba, de los rezos, de los pasajes de la Biblia, a veces tan llenos de aventura... Todo aquello pertenecía a una época muy distinta, en la que se encontraba en paz consigo misma y con el mundo, cuando sabía qué lugar ocupaba y sentía que encajaba bien porque realmente no se le había ocurrido plantearse el no hacerlo. Cuando, en pocas palabras, era totalmente feliz, sin las sombras que luego había ido proyectando la vida. Pero, sorprendida, pensó que no la echaba de menos. Lo hubiera cambiado todo, absolutamente todo, por tener lo que ya no podría tener.

Apartó a Arlington de sus pensamientos. No disponía de tiempo para él, ni para su traición.

—¿Qué puedo hacer por ti, hija mía? —La monja observó su abultado vientre y su sencillo vestido de algodón, comprado por pocas monedas a la mujer del barco. Su expresión se volvió comprensiva—. ¿Acaso vienes buscando asilo? ¿Necesitas ayuda? Esta es la Casa de Dios y, por lo tanto, tu casa.

—No, madre, gracias. Vengo buscando a una mujer. Se llama María Vega —explicó, con ansiedad, temiendo perder los nervios. Estaba tan cerca, tan cerca...—. Me han dicho que se encuentra aquí. —Agarró dos barrotos con las manos, con la sensación de que era ella la que estaba prisionera—. Me gustaría verla. Por favor. Necesito verla.

La monja pareció primero desconcertada; después, tremendamente triste. Sin decir nada, sacó una gran llave de un bolsillo y abrió la puerta.

—Pasa, pequeña —murmuró. Ana lo hizo y la religiosa volvió a cerrar—. Soy la Hermana Portera, Sor Ascensión del Señor. —Inclinó la cabeza a un lado, examinándola con más atención. Al otro lado del muro se oyó un relincho de caballos, y el inconfundible sonido de un vehículo. Ana supuso que su conductor había decidido buscar alguna sombra en la que poder esperarla—. Dime, ¿eres familia de María, verdad?

—Sí, madre. Soy su hija.

—Sí, te pareces mucho a ella. Tienes sus ojos y ese cabello tan negro que... —Algo llamó la atención de la religiosa, porque volvió a mirar hacia la puerta—. ¿Puedo ayudarle en algo, señor?

Ana también se volvió. Sus ojos se dilataron al ver a Arlington en la verja, despeinado y cubierto de polvo, con aire agotado, como si llevara varios días en un viaje precipitado. Probablemente era el caso. *No debería sorprenderme*, se dijo, completamente atónita. Aquel hombre estaba empeñado en controlarla por completo. Trató de ignorar el hecho de que se alegraba de que la hubiera seguido hasta allí.

—Soy el marido de la señora, hermana —aseguró, lanzándole a Ana una mirada con la que le pedía que no le llevase la contraria—. Me gustaría acompañarla.

La monja dudó, algo apurada.

—Esto no es habitual, señor. Los hombres raramente son admitidos entre nuestros muros, a menos que tengan un permiso del Obispo. Va contra las normas.

Arlington apretó las manos en las rejas. Tenía una de ellas vendada.

—Madre, ella no lo sabe.

Sor Ascensión asintió.

—Sí, ya me he dado cuenta. —Seguía vacilando, insegura—. Lo mejor será que esperen aquí un momento, voy a avisar a la Madre Superiora. Ella decidirá. —Se dirigió a la casa. Ana no se movió.

Se limitó a mirar a Arlington impasible.

—Ana, escúchame —pidió él. Parecía realmente afligido—. Lo siento. Tienes que creerme, por favor. Lo siento muchísimo. No te conté lo de tu padre porque... porque temía que, después de haberte dicho aquello tan horrible, después de haberte arrancado de ese modo de su lado, me odiaras y buscaras la forma de irte, de abandonarme. No podría soportarlo, lo sabes, no podría vivir sin ti.

—Le has mentido a esa monja —replicó ella con frialdad—. No eres mi marido y, por lo que me has dicho mil veces, nunca lo serás.

—Claro que lo soy. Y, en cuanto volvamos a Inglaterra, lo seré oficialmente. Ya tengo la licencia y hay un cura esperándonos. Solo tienes que cambiar de religión y...

—¡No me mientas más, Arlington! —Le dio la espalda y se tapó los oídos con las manos. Era algo infantil, pero no pudo evitarlo—. ¡No tengo ganas de oírte!

—¡Te digo la verdad! —Agitó la puerta, que rechinó con un crujido metálico—. Escúchame Ana. Rompí el compromiso con Arabelle. —Eso hizo que se volviese otra vez a mirarlo, atónita—. Aquella noche, por eso te llevé a esa fiesta, pero no pude explicártelo, te fuiste antes de permitirme hacerlo. No podía casarme con ella. Quizá en otras circunstancias, si no te hubiera conocido a ti, si no supiera lo que es el amor... Pero ya no. Imposible. —Tragó saliva, con evidente esfuerzo—. Yo... he sido un imbécil. He estado lleno de rencor, de odio, pero te ruego que lo olvides.

La expresión de Ana no cambió, y fue la primera en asombrarse por ello. Todo aquello importaba, sin duda, pero llegaba en un momento poco oportuno. Solo tenía mente para su madre, para el reencuentro, que sentía ya tan cercano.

—No es tan fácil, Richard. Han pasado demasiadas cosas.

Arlington volvió a agitar la reja, algo enojado.

—También tienes tu parte de culpa. Me mentiste. Me dijiste esa mentira espantosa que me envenenó por completo. ¿Cómo pudiste? —En eso tenía razón y Ana apartó la vista, avergonzada. ¿Cómo se había enterado? ¿Se lo habría dicho Regina? Parecía poco probable...—. ¿Cómo querías que actuase? No podía hacer otra cosa que castigarnos a los dos. A ti, por el crimen cometido, y a mí por el que estaba cometiendo, al amarte.

—¿Por qué crees que no fui yo?

—Lo supe por tu letra, al comparar la carta a tu padre con la del mensaje bajo el óleo. Pero, además, luego Regina me lo confesó todo.

Ana sintió un sobresalto.

—¿Regina? ¿Qué ha pasado? No la habrás...

—No, no la he matado. Al principio fue mi intención, pero luego... En cierta medida, no era más

que una víctima, igual que lo hemos sido nosotros. —Hizo una mueca—. La he dejado a buen recaudo, aunque no sé si intentará hacerse daño ella misma.

—¿Por qué haría eso? —Recordó las veces que intentó inútilmente que le revelase su pasado—. ¿Qué le pasa a Regina, Richard? ¿Por qué estaba tan empeñada en matarte?

—Ya te lo contaré en detalle. Pero lo básico es que pensaba que yo había asesinado a Pablo de Castro, en aquella ocasión, en la mansión Talavera. Regina era su prometida.

Ana se llevó una mano a la boca.

—Oh, Dios mío...

—Sí... Han sido tantas cosas, tantos desencuentros y mentiras. Pero ahora podemos dejar atrás todo eso y empezar de nuevo. No, no de nuevo: empezar de verdad, por primera vez, haciendo borrón y cuenta nueva. Te quiero, y creo que tú todavía me quieres a mí, a pesar de todo. Por favor, dame una oportunidad. ¡Por favor! —Volvió a sacudir la reja, desesperado—. ¡Cásate conmigo!

No sabía si creerle o qué contestarle. Por suerte, la puerta del edificio se abrió en ese momento y salió Sor Ascensión con tres monjas más. Una de ellas, la que parecía mayor, les miró con amable autoridad mientras se acercaban.

—Soy la Madre Superiora de este convento, Sor Caridad de Dios. Por favor, sean bienvenidos. —Hizo un gesto y Sor Ascensión abrió la verja. Arlington entró; caminó hacia Ana, aunque se detuvo a pocos pasos y no intentó tocarla—. La Hermana Ascensión me ha explicado lo que ocurre. —Miró a Ana con infinita pena—. Créanme que lo siento.

—¿Qué? —Lo sabía, no iban a permitir que la viera. Castro debía haber dado órdenes tajantes. Temblando, buscó la nota en el bolsillo—. Mire, el padre Tomás escribió esto para usted. —La monja arqueó una ceja, tomó el papel y lo leyó—. Le advierto que no voy a irme de aquí sin mi madre. De verdad, no quiero crear problemas, ni molestar, no es eso lo que pretendo. Imagino que el marqués de Castro ordenó que no permitieran que nadie hablara con ella, pero, por favor, por favor, por favor, le ruego que lo entienda...

—Ana... —empezó Arlington. Ella se apartó un paso más de él.

—No. No digas nada, Arlington, no deseo oír nada más. Quiero verla. *Ahora* —casi perdió la voz y le salió un sonido ahogado—. Por favor.

La Madre Superiora dudó.

—Tu madre ha muerto, niña.

Ana parpadeó, al principio demasiado aturdida para entenderlo. La monja se había confundido, o ella había oído mal. Sí, eso era, estaba tan nerviosa que ya no entendía nada correctamente. Pero la monja seguía mirándola con expresión sombría... Cuando la idea se abrió paso por fin y se asentó en su mente, el día se volvió frío y muchísimo más oscuro. Notó la mano de Arlington, cogiéndola por el

codo. No le rechazó. Temía derrumbarse de un momento a otro.

—No —susurró—. No es posible...

¿Su madre? Absurdo. Alguien tan lleno de vida, tan incansable, tan alegre siempre, no podía morir. El mismo mundo, el mismo planeta, no podría seguir girando sin María Vega. ¿Cómo iba a apagarse tanta vitalidad, sin que las estrellas estallasen a su vez, de puro espanto? Ella la amaba, la amaba muchísimo. Si hubiera ocurrido algo así, algo tan terrible, lo hubiera percibido, ¿no? Hubiese sentido que le faltaba el aire, que también a ella se le iba la vida, como ahora, ante la sola idea de que fuera cierto.

¿Y cómo podría seguir viviendo, si eso era cierto?

—En realidad, permaneció muy poco tiempo con nosotras, apenas un año —estaba diciendo la Madre Superiora—. Ella...

—¡No es verdad! —Sabía que estaba gritando, sabía que estaba llorando, pero no podía controlarse. Arlington la sujetó cuando empezó a doblarse, abrazada a sí misma, incapaz de soportar el intenso dolor—. ¡No es verdad! ¡Mamá, mamá! ¡Oh, Dios mío, mamá!

—Será mejor que me la lleve de aquí —dijo Arlington.

—¡No! ¡No quiero irme! ¡Quiero ver a mi madre! —Intentó luchar, pero estaba agotada. Se derrumbó en los brazos de Arlington, empapándole la camisa con sus lágrimas. Él la sostuvo con fuerza, murmurando algo en su pelo, intentando inútilmente confortarla. Pero ¿podía haber consuelo para algo semejante? Lo dudaba. Era como si le hubiesen amputado algo, su única ilusión en las horas más oscuras de los últimos años. Sin ella, nada había tenido sentido, se volvía una burla horrenda y macabra, demasiado espantosa como para poder asumirla. Estuvo mucho tiempo así, no hubiera podido decir cuánto. Solo que, cuando el llanto menguó, se sentía totalmente vacía.

—Ana, cariño... —Arlington le limpió algunas lágrimas; imposible eliminarlas todas—. Deja que te lleve a una posada. Descansarás, comerás algo, y luego hablaremos de todo esto. Por favor, hazme caso.

—Tú... tú lo sabías. —Aferró su camisa, arrugando la tela, sintiendo que las lágrimas volvían a arder en sus ojos—. ¡Me mentiste, Richard! ¡Me engañaste también en eso!

Estaba espantada, estaba muerta, estaba hundida más allá de toda posible salvación. Al horror de la muerte de su madre, se unía el de la mentira, la falsedad de Arlington que la había mantenido en su cómico ensueño solo para tener poder sobre ella. Le amaba, siempre le amaría, eso no podría evitarlo, y eso hacía que la idea de seguir viviendo, sola, se le hiciera insoportable. Pero tenía que hacerlo, demasiadas cosas no tenían perdón.

—No, no. —Arlington le cubrió sus manos con las suyas—. Piénsalo, Ana. ¿Por qué iba a ocultarte algo así? Eso te liberaba de ellos y hubieses sido completamente mía. —Aquella afirmación, tenía sentido. Ana titubeó—. No lo sabía, te lo juro. De hecho, también me engañaron.

Cuando te hablaba de los planes de rescate lo decía en serio, porque era lo que me estaban diciendo a mí. Lester Pointer era un traidor. Y yo me enteré de todo esto después de que huyeras. Me lo dijo Regina.

Ana parpadeó, tomada por sorpresa.

—¿Regina?

—Sí. Por lo que parece, ella quería ayudarte. Investigó por su cuenta y lo descubrió, pero no se atrevió a decírtelo. —Ana se estremeció, invadida por un alivio inmenso, agradecida de haberse equivocado. Algo así ya no hubiese podido perdonarlo, jamás. Arlington abrió la boca para añadir algo más, pero cambió de opinión—. Tengo muchas cosas que contarte, montones, pero no es el momento ni el lugar. Prefiero hablar de esto en la posada, cuando te sientas más tranquila. Ahora estás nerviosa, Ana, y agotada. Por favor, vamos, hazlo por el niño.

Ella asintió débilmente y dejó que Arlington la condujera un par de pasos hacia la puerta. Pero, entonces, llevada por una súbita idea, se detuvo.

—¿Dónde está enterrada mi madre? —preguntó a la Madre Superiora.

—Aquí mismo, pequeña, en nuestro propio cementerio, un rincón lleno de paz —contestó la mujer, intentando aportarle algo de consuelo—. Nosotras cuidamos de su tumba como si fuese una de nosotras. ¿Deseas verla?

Ana dudó, porque verla sería el final definitivo para cualquier esperanza. Pero ya no había esperanza, asumió, y no podía irse de allí sin al menos rezar junto a su tumba.

—Sí, por favor.

—Ana, podemos volver en otro momento —protestó Arlington.

—No. Richard, por favor, solo es un momento y necesito verlo. —Se soltó, tratando de demostrar coraje. Al menos, las piernas la sostuvieron por sí misma, aunque le temblaran las rodillas—. Quiero verla, ahora, por favor.

La Madre Superiora asintió y les indicó con un leve gesto que la siguieran. Rodearon el edificio, pasando junto a un pozo encalado también en blanco y adornado con macetas de flores multicolores. Ana suspiró. Ella, las monjas, incluso Arlington, caminaban con la cabeza inclinada, como ausentes, sumido cada cual en sus propios pensamientos; todos ellos formaban una procesión silenciosa, un extraño séquito fúnebre, sin cuerpo, sin ataúd, pero con la pena de la muerte marcada en todos los rostros.

Al ver el cementerio, el paso de Ana se volvió irregular. Ocupaba un terreno bastante amplio, entre la parte trasera del edificio de la iglesia y el muro exterior y disponía de su propia valla blanca, con una puerta sobre la que estaba tallada la frase “*Sic transit gloria mundi*”, que Ana tradujo por “*Así pasa la gloria del mundo*”. La Madre Superiora tenía razón, había mucha paz allí. Era un lugar que inducía a la meditación, con sus cuidados rosales, sus sencillas pero limpias

lápidas, situadas de un modo casi armonioso a ambos lados de los pequeños senderos, sobre los que los cipreses creaban sombras alargadas. Le gustaba, se descubrió pensando que era un lugar en el que se hubiese sentido feliz de pasar su eternidad; pero, aun así, la sensación de pérdida cada vez era un peso mayor en su pecho. Oía un zumbido constante. Apenas podía respirar.

Cuando la Madre Superiora se detuvo junto a una tumba y leyó el nombre de su madre, se desmayó.

2

—¡Ana! —exclamó Richard, llegando justo a tiempo de evitar que se desplomara en tierra. La sostuvo con delicadeza, estrechándola contra su pecho—. ¡Dios mío, Ana! ¡Un poco de agua, por favor! —Una de las monjas más jóvenes salió corriendo hacia el pozo—. Lo sabía, mira que lo sabía. Debimos haber esperado.

—Pobre niña —murmuró Madre Superiora. Agitó la cabeza—. Enterarse así. Ha sido un golpe muy duro.

—¿Puede decirme qué ocurrió? —preguntó Richard. Se arrodilló en la hierba que crecía junto a la tumba y la acomodó lo mejor posible, aprovechando la sombra de uno de los cipreses. Le quitó el sombrero y empezó a soltar los botones que cerraban el cuello de su vestido. La religiosa dudó. Otra de las religiosas intentó darle aire con un pañuelo.

La Superiora dudó.

—No quería comentarlo, al menos no ahora, dado su estado. —Las monjas intercambiaron miradas asustadas—. Fue un asunto demasiado turbio, desde el primer momento, desde que recibimos del obispado la orden de acoger a María. En un principio, no nos importó, por supuesto. Aparte de que es nuestro deber dar cobijo a quien lo necesite, era una mujer muy agradable y muy devota. Pero, María, no quería estar aquí. Lo supimos por ella, aunque para entonces, ya lo habíamos deducido por la escolta que acampó fuera de nuestro muro.

—¿Llevaban algún uniforme especial?

—El del ejército español. Ya ve. ¡A ese punto está llegando el mundo! Eran soldados, hombres de armas, algunos bastante groseros, debo añadir, sobre todo con las novicias. Aquello no nos gustó. Nosotras no somos carceleras. Este es un lugar abierto, tiene que serlo en ambas direcciones. Tras orar durante días y reflexionar a fondo el asunto, escribí al Obispo. Le mandé tres cartas en total y, como no conseguía nada, fui a verlo, pero solo logré que me soltase un sermón acerca de la conveniencia de cerrar los ojos ante los males menores para alcanzar un bien mayor. Aún ahora, sigo sin saber qué bien puede derivarse de un encierro claramente ilegal, ni cómo un hombre de Dios puede admitir ciertos medios, sean cuales sean los fines. —Se mordió los labios—. Pero no debo hablar mal del Obispo, así que, simplemente, no hablaré de él.

—Me hago cargo —gruñó Richard. Si podía, haría que aquel obispo meditase sobre lo

inapropiado de sus actos, durante lo que le quedara de vida.

—La pobre María no aceptaba la situación. Decía que su hija la necesitaba, que no podía permitir que las alejasen. Intentó marcharse, dos veces, la segunda... la segunda con nuestra ayuda. —El grupo de monjas asintió en su totalidad—. Pero el marqués de Castro tiene mucho poder en España y siempre la encontraban y volvían a traerla. Una noche, llegó un hombre. Tenía permiso del Obispo para hablar a solas con María, así que obedecimos. En mala hora. No habían pasado ni diez minutos, cuando oímos un grito espeluznante. Al entrar en su celda, solo la encontramos a ella. El hombre había desaparecido. Había sangre por todas partes. —Todas las monjas se santiguaron al unísono—. La acuchilló varias veces.

—Beauchamp —murmuró Richard.

—El mismo —dijo una voz de hombre a su espalda. Richard giró de un salto, sosteniendo a Ana con una mano y llevando la otra a la pistola que sujetaba en el cinto, en la parte de atrás. Beauchamp le sonrió, rodeado por media docena de individuos armados con fusiles Remington que habían surgido de entre los árboles y desde detrás del edificio. Vestían el uniforme del ejército español—. No te aconsejo que hagas ninguna tontería más, Richard. En serio. Venir aquí ya ha sido suficiente.

—¡Usted! —exclamó la Madre Superiora, pálida como su túnica—. Ese es el hombre que vino a ver a María, señor.

—Ya lo sabe, Madre —replicó Beauchamp, con ligera cortesía. Avanzó hasta quedar junto a Richard y a la inconsciente Ana—. Arlington es un hombre muy perspicaz. Lo ha deducido por sí mismo.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó la monja, indignada—. ¿Cómo se ha atrevido a entrar sin permiso? Este es un recinto sagrado.

—Pero, Madre, ¿no acaba de decir que es un lugar abierto en ambos sentidos?

—Sí. Pero no para el mal. Es usted un asesino. No crea que va a quedar impune ahora que conozco su nombre.

—Es usted valiente, Madre. —Beauchamp contempló pensativo a la monja—. Le propongo una cosa: evitemos las amenazas mutuas. Le aseguro que ganaría esa pelea. —La religiosa optó por guardar un prudente silencio. Beauchamp asintió—. En cuanto a entrar en su bucólico convento, tengo un permiso escrito del Obispo. —Sacó un papel de la chaqueta y se lo tendió. La monja lo cogió, lo extendió y fue palideciendo a medida que sus ojos recorrían las apretadas líneas, firmadas y selladas en rojo—. Me da pleno acceso a este convento, en cualquier momento, y total poder de decisión en caso de conflicto. Conflicto ajeno a lo cotidiano de su rutina monástica, entiéndame, no voy a meterme en la hora a la que deciden hacer su primera misa, si unas prefieren que sea antes de que cante el gallo y otras lo prefieren después.

La Madre Superiora frunció el ceño.

—Haga el favor de mostrar un poco de respeto por esta comunidad. —Le devolvió el documento—. Guárdese sus burlas.

—Perdone. Soy un bruto, pero es que no tengo tiempo para cortesías, ni me gusta que intenten impedir que actúe, cuando debo hacerlo. Mi misión, Madre, es demasiado importante. —Miró a Richard—. Arrestar a uno de los espías ingleses más buscados por nuestro gobierno.

—Usted no es español.

Beauchamp puso cara de disculpa.

—Digamos que ahora sí. O que siempre lo he sido, de corazón. Lo único que importa es que ahora mismo trabajo para este gobierno. —Sus ojos, fríos y duros como el hielo, la obligaron a bajar la vista, con un evidente estremecimiento, que pareció extenderse por el grupo de monjas—. Pero basta, se acabó la cháchara, hermanas. Si son tan amables, les ruego que se retiren al interior del convento. Es una orden dictada por mi respeto a su sensibilidad, créanme.

Las monjas dudaron, mirando a la Madre Superiora en busca de guía. La mujer lanzó un vistazo nervioso a Ana, evaluó a los soldados y suspiró.

—¿Podemos llevarnos a la joven?

—¡Sí! —dijo Richard, mirando esperanzado a Beauchamp. Quizá fue un error, aunque sospechaba que ya estaba decidido desde el principio y así le daba pie a recrearse en su agonía—. Por favor, Stuart, por favor. Ana ya no tiene nada que ver en esto. Déjala en paz. Te juro que no opondré ninguna resistencia, ni intentaré escapar en ningún momento.

Beauchamp se tomó un largo segundo. Un tiempo en el que disfrutó inculcándole quién tenía ahora el poder y por qué iba a utilizarlo para martirizarlo en lo posible.

—No. —Sonrió—. No opondrás resistencia, pero inténtalo si quieres, será divertido. Me han pedido que te lleve vivo, pero nadie ha insistido en que fueses entero.

—Stuart...

—Oh, está bien. —Adelantó un pie, enfundado en una bota mugrienta—. Lame mis botas, Richard. Lámelas, arrástrate ante mí como el perro que eres, y dejaré que la chica se vaya.

—¡Señor...! —empezó la Madre Superiora, pero una nueva mirada de Beauchamp la silenció por completo.

—¿Y bien? —le preguntó a él.

Richard miró a Ana, todavía inconsciente. ¿Qué era más importante, aquella mujer o su orgullo? La respuesta parecía clara. Al dejar suavemente la cabeza de Ana en la hierba, ella parpadeó. Estaba recuperando el sentido. Hubiera preferido que siguiera inconsciente un rato más, pero no podía hacer nada al respecto. Se inclinó hacia delante, a los pies de Beauchamp y pasó la lengua por su bota,

intentando pensar en cualquier otra cosa. Lo oyó reír.

—Pena no poder inmortalizar este momento, mi querido duque de Oxford. Me gustaría enseñarlo por todo Londres. —Ladeó indolente la bota, para darle acceso fácil al otro lado. Richard apretó los puños, y lo hizo—. Me has sorprendido, no creas. No esperaba que la quisieras tanto, resulta muy interesante saberlo. Pero, es una pena, no insistas. No tiene sentido, no voy a hacerlo. Siempre es agradable hacer que se arrastre así alguien tan importante como tú, pero Ana se viene con nosotros. No voy a privarme de la mejor parte de su colaboración.

La superiora afirmó la mandíbula, en un gesto lleno de censura. En el mismo tiempo, antes de que cualquiera de los presentes pudiera reaccionar, Richard se impulsó hacia arriba, desenvainó el puñal que llevaba Beauchamp en su cintura y llegó a amenazarlo con la punta en el cuello.

—Me temo que voy a tener que insistir —masculló. Escupió a un lado, sintiendo la lengua sucia de barro—. Madre, coja a Ana y llévela con ustedes.

—De eso nada. —Beauchamp se tensó más, al notar que Richard apretaba tanto que llegó a cortarlo, haciendo que un hilo de sangre se deslizase por su cuello. Pero aún así, no se dio por vencido—. Capitán, apunten a la chica. Si me mata, disparen.

—Eh... Como ordene, mi comandante —dijo el capitán, tras un titubeo, aunque molesto por la orden. Sus hombres y él intercambiaron miradas, contrariados. Se daban cuenta de lo innoble que sería matar a una muchacha inconsciente y claramente encinta.

Pero lo harían, seguro que lo harían...

—Te aseguro que lo harán —le advirtió Beauchamp—. Leo la duda en tus ojos, sé que te preguntas si serán capaces. Son soldados, Arlington. ¿Qué esperas? Han sido educados para cumplir órdenes. Como nosotros.

—Yo no haría nunca algo así.

—Bueno, no, claro. Por eso vas a perder este envite.

La Madre Superiora se movió entonces. Caminó hasta ponerse delante de Ana, entre ella y el grupo de soldados, que ya apuntaban con sus armas. El resto de las monjas dudó apenas un momento, y avanzaron colocándose a su lado, formando una barrera.

—No permitiremos que se cometa semejante crimen en este lugar —declaró la Madre Superiora. Beauchamp frunció el ceño. Por primera vez, pareció inseguro. Pero siempre le había gustado lanzarse en las apuestas.

—Bueno, entonces habrá que ponerle remedio. Capitán, si Arlington me mata, disparen a discreción. Acaben con él y con la mujer. Si tienen que acabar primero con todas las monjas, háganlo.

—Pero, señor... —El capitán lo miró horrorizado—. Son religiosas.

—Le recuerdo que se están oponiendo a la voluntad del Obispo. —Ante eso, el capitán no replicó, pero los soldados volvieron a coger las armas con firmeza. Beauchamp miró a Richard arqueando una ceja—. ¿Y bien? ¿De verdad vas a provocar una matanza, solo por acabar conmigo? Porque si lo haces, no saldremos ninguno con vida. Ni esas inocentes monjas, ni siquiera tu amada Ana.

No podía hacerlo, claro. Beauchamp lo conocía demasiado bien. Richard maldijo en silencio, sabiendo que aquel canalla lo había vencido, así que lo soltó. Sonriendo como un auténtico bellaco, Beauchamp adelantó una mano con la palma hacia arriba y Richard depositó allí el puñal. En cuanto lo hizo, recibió una bofetada de revés con la otra mano. Beauchamp se la dio con todas sus fuerzas, pero consiguió aguantar de pie.

—Deja que se vayan —pidió.

—Las monjas sí. —Las miró, iracundo—. De hecho, hermanas, ahora es una orden. Fuera de aquí. ¡YA!

La Madre Superiora titubeó. Temiendo que el asunto terminase mal, Richard le hizo un gesto, pidiendo que se fueran. La mujer suspiró, echó un último vistazo a Ana y dio media vuelta. Las monjas la siguieron, los hábitos ondeando al viento, como una bandada de palomas blancas y negras. Beauchamp las observó un segundo y volvió a sonreír a Richard justo un segundo antes de darle un potente puñetazo.

Esta vez sí que no pudo aguantar de pie. Richard giró en el aire y cayó al suelo de bruces. Durante un momento lo vio todo negro. Se alzó de rodillas y se tocó la boca. Retiró los dedos manchados de sangre.

—Eres un pobre tonto, amigo mío. —Oyó decir a Beauchamp. Se volvió hacia él. Estaba frotándose los nudillos de la mano con la que acababa de golpearle. Normal, seguro que le dolía—. ¿Acaso no imaginaste que yo estaría aquí, que te estaría esperando, de hecho? Con el asunto de Lester te perdimos la pista, pero... —Se encogió de hombros—. Ibas a venir aquí. Hace días que vigilo el convento, seguro de que tendría lugar esta escena. Te has metido de cabeza en mi territorio. Ahora, harás lo que yo te diga, o no saldrás vivo de este cementerio. Coloca las manos en la nuca y levántate.

Richard obedeció. Se puso en pie y alzó los brazos. Dos hombres se arrojaron sobre él, lo desarmaron y procedieron a atarle las manos a la espalda con rudeza.

Entonces, Ana se sentó, mirándoles muy pálida.

—Tranquila —le dijo—. No pasa nada.

—Ciertamente. No pasa nada. —Rio Beauchamp. Extendió una mano hacia la muchacha—. Ven aquí, mi querida Ana. —Ella se limitó a mirarlo con cautela, mientras retrocedía sentada, sin terminar de incorporarse. Topó de espaldas con el borde de la tumba de María Vega. Los ojos de Beauchamp se endurecieron más, de ser posible—. Te digo que vengas aquí. Si me obligas a repetirlo, me temo que tendré que dejar de mostrarme tan amable.

—Hazlo —dijo Richard, temeroso de que terminara golpeándola—. No se atreverá a hacerte nada, al menos no aquí y ahora.

—Pareces muy seguro de ti mismo. —Beauchamp perdió la paciencia. Avanzó enérgicamente hacia Ana, la cogió por el cabello y la puso en pie de un tirón, haciéndola gritar—. Siempre cometes esa clase de errores, Richard. Tiendes a pensar que me limitan tus límites y, lamentablemente para ti, no es así. Ya deberías saberlo.

—¡Maldito asesino! —gritó Richard, colérico, forcejeando con sus ataduras. Uno de los soldados le dio un golpe en el estómago con una culata, pero no le importó. En cuanto recuperó el aliento, siguió gritando—: ¡Suéltala!

—¿Soltarla? Nunca. Pero no te preocupes, amigo mío. Esta pequeña traidora va a correr tu misma suerte. —Zarandeo a Ana por el cabello. Ella apretó los dientes, ahogando un nuevo alarido—. Me encargaré personalmente de ello.

Richard respiró profundamente, tratando de relajarse.

—Déjala. Maldita sea, ambos sabemos lo que buscas. Déjala en paz, asegúrate de que salga del país intacta, y te diré todo lo que quieras saber.

Beauchamp lo observó con una odiosa expresión de triunfo.

—Qué interesante. Antes, has dejado atrás tu orgullo por ella y ahora prácticamente todo lo demás. —Lanzó una carcajada—. Así que, finalmente, hay algo que le importa más al *Cazador* que sus propios principios, su propia patria, su reina y toda su ridícula superioridad. —Richard enrojeció. Sintió la mirada de Ana, aturdida—. Amigo mío, de verdad, lamento comunicártelo, pero, esta, es una cuestión personal. No algo de trabajo, no sé si me entiendes. No hay nada que quiera saber y, si lo hubiera, conseguiría sacártelo de cualquier modo, ambos lo sabemos. No tienes absolutamente nada para negociar. O quizá sí. —Arrojó a Ana a los brazos de un soldado y miró al capitán—. Llevaos a la chica al coche y esperadnos allí.

—A sus órdenes mi comandante. —Los hombres se alejaron, llevándose a Ana, que no dejaba de mirar hacia atrás, angustiada. Richard intentó infundirle un poco de valor con los ojos.

—Bien, ahora escúchame, Richard. —Empezó Beauchamp, con su sonrisa socarrona—. Tú no tienes salvación, ambos lo sabemos. De esta no vas a salir. Quizá tú solo... Sí, eres un individuo peligroso, si estuvieras solo tendrías una oportunidad. Pero cargas con el lastre de una mujer encinta. No te vas a ir sin ella. —Chasqueó los dientes—. Y yo te aseguro que no te vas a ir con ella.

—Al grano. ¿Qué ofreces?

—Si de verdad estás tan interesado en salvar a Ana, quizá esa chica y tu hijo tengan todavía una oportunidad. Solo tienes que... seguirle la corriente a Castro, en la entrevista que vais a tener. Concretamente te hablará de una carta insultante que le enviaste. Asentirás como un buen chico. Aceptarás en todo momento que era tuya.

—Una carta insultante, ¿eh? —Lo miró con desprecio—. ¿Y se puede saber por qué haría yo eso? ¿Cuándo la mande?

—Hace unos años.

—Ah... —Richard sintió que nacía una sospecha, y que era casi una certidumbre—. Deja que adivine. Está relacionado con alguna clase de confirmación de que maté a Pablo de Castro.

—¿Lo ves? Eres listo. Y según lo dices, hasta parece cierto. Vamos, no te enfurruñes. Has matado a tanta gente en tu vida que uno más no se notará en las cuentas del infierno.

—Y aún así, me quedo corto a tu lado. —Se lo pensó un momento—. No. No lo haré. No me fio una mierda de ti. Nada. Estoy seguro de que, una vez me haya condenado asumiendo las culpas, vas a intentar cualquier... barbaridad con Ana. Así que en cuanto tenga a Castro delante le voy a contar la verdad. Malas noticias, Stuart: no soy tan tonto como para caer en tu ridícula trampa.

Beauchamp bufó exasperado.

—Está bien, lo plantearé de otro modo —Sacó la pistola y la preparó para disparar.

—No me das miedo —se burló Richard—. Si pudieras, ya me habrías matado, te evitaría este problema de intentar tapar tus miserias. Pero sospecho que Castro me quiere vivo.

—Cierto. Si te mato antes de tiempo se va a enojar, ya me lo ha advertido, así que no, no voy a hacerlo. —Movié el arma en la mano—. Pero voy a tener la pistola preparada. Y, como se te ocurra hablar más de la cuenta, lo más mínimo, voy a dispararle a Ana Cruz-Ortega. Apuntaré a esa barriga enorme que le has hecho y luego diré que se me disparó la pistola. Un terrible accidente.

Richard entrecerró los ojos.

—No te creerán.

—Probablemente. Pero no me van a castigar por ello, créeme. Ella sí que es prescindible por completo. Y, en todo caso, pase lo que pase después, lo que tendrás muy claro, es que tanto ella como tu hijo habrán muerto por tu culpa. —Se inclinó apenas hacia él, sonriendo con media boca—. Pero... si te mantienes tranquilo y me sigues la corriente como un buen chico, la dejaré marchar. Me la follaré primero, claro, eso no es discutible. Sin emb... ¡Ah!

Richard no pudo contenerse. Sabía que era una locura, pero al oírle hablar así de Ana le lanzó un cabezazo con todas sus fuerzas. Como Beauchamp estaba ligeramente inclinado hacia él, sus frentes chocaron tan violentamente que rebotaron. Beauchamp se echó hacia atrás. Richard se giró, lo golpeó en el talón y lo derribó de espaldas. Una vez lo tuvo en el suelo lo pateó con saña, demasiadas veces como para pararse a contarlas. Luego le puso el pie en el cuello y apretó.

—Debería matarte ahora mismo. —Beauchamp se retorció, sin aliento, aferrándole el pie, intentando apartarlo. Richard apretó un poco más, tentado de hundirle la tráquea—. Maldita escoria, hijo de la gran puta.

—Si lo haces... —jadeó Beauchamp—. La matarán...

Sí, seguramente. Consideró sus alternativas. Podía tomarlo prisionero y obligarlo a liberarla, en ese caso quizá podría darle tiempo para huir. Pero estaba atado y aunque pudiera terminar por aflojar la cuerda, tardaría demasiado tiempo... ¿Sería capaz de mantenerlo sujeto así, con el pie en el cuello, pero girar lo suficiente como para que el propio Beauchamp desatase la cuerda? Estaba calibrando la idea cuando, de pronto, aparecieron dos soldados por el camino. Llegaban con aire relativamente tranquilo pero, al ver la situación, alzaron sus fusiles, apuntándolo. No fue necesario que le dijeran nada. No podía arriesgarse a que los otros oyeran los disparos. Conociendo a Ana, la creía muy capaz de hacer una locura.

Richard maldijo mentalmente y apartó el pie del cuello de Beauchamp.

Este se levantó de inmediato. Sangraba un poco de la nariz y estaba furioso como nunca. Richard decidió que no merecía la pena intentar evitar el castigo, además atado apenas podía cubrirse. Los puñetazos se sucedieron de forma imparable, en la cara, en el estómago, en el vientre... No fue un ataque bien planteado y medido, fue algo salvaje, impulsado y cegado por la rabia.

En algún momento cayó de rodillas, no supo cuándo. Tampoco fue consciente del momento en el que los soldados se asustaron y se decidieron a intervenir. Simplemente, de pronto él estaba ahí, arrodillado en el polvo, sangrando mucho por nariz y boca, los ojos tan hinchados que apenas podía ver, y Beauchamp, a varios metros, gritaba a los soldados que intentaban retenerlo, los apartaba a golpes. Al menos sirvió para que recuperase el control.

Se volvió hacia él, resoplando, los nudillos sangrando, la ropa sucia. Lo cogió por el pelo y le alzó la cabeza.

—¡Me la voy a follar, hijo de puta, y te juro que haré que lo veas! Vas a oírnos gritar a ambos, por distintas razones y te vas a tener que comer la rabia por no poder hacer nada. —La noticia llegó con otra bofetada contundente. Beauchamp jadeó y habló con más calma—. Pero, si me complaces en lo que te he dicho, esa zorra podrá seguir viviendo para contarle a tu hijo lo buen hombre que fuiste. ¿Está claro?

Richard asintió como pudo. No veía alternativas, al menos de momento. Entonces, Beauchamp le dio un rodillazo en la cara, que lo lanzó de bruces a una densa oscuridad.

3

Después de un corto trayecto en coche, hasta una casa solitaria, una granja que debía llevar bastante tiempo abandonada, los habían metido en un sótano.

Aunque el sitio olía de forma repugnante a humedad y excrementos de animales pudriéndose lentamente en la oscuridad, al menos había que reconocer que hacía algo más de fresco. Una vez se acostumbró, segura ya de no ir a vomitar, hasta se sintió mejor.

Aprovechó el momento de tranquilidad para evaluar la situación, como le había enseñado Beauchamp. A ella no la habían atado, quizá en consideración a su embarazo o porque no la consideraban una auténtica amenaza, pero estaba segura de que el soldado que tenía a su lado, a su derecha, no le permitiría levantarse de la silla.

Arlington estaba sentado frente a ella, junto a la pared contraria, con un soldado a cada lado; los dos hombres que lo habían arrastrado inconsciente hasta el coche, después de que Beauchamp le diese una paliza en el convento. Al verlo, Ana estuvo a punto de desmayarse del susto, y sin embargo ahora tenía todavía peor aspecto. La nariz y la boca apenas habían dejado de sangrar, la piel se le estaba amoratando por los golpes y un ojo estaba tan hinchado que si no hubiese estado situado en ese punto, quizá no se hubiese sabido qué era. Había recuperado el sentido en el coche, para su desgracia. Debía tener fuertes dolores, a saber si había dañado algún órgano interno. Apenas podía hablar, pero le había pedido que mantuviese la calma.

Qué fácil de decir.

Siguió observando el lugar, buscando algo que pudiera ayudarles, algo que poder utilizar. Si hubiese habido oscuridad, un sótano lleno de sombras, en el que poder esconderse tras un movimiento por sorpresa... Pero se veía bastante bien. Aunque la luz del sol que se filtraba por algunas grietas de la parte alta de las paredes no resultaba suficiente iluminación, habían encendido varias lámparas de aceite. Una estaba sobre una mesa, a un lado, otra colgada de una viga y una tercera cerca de la puerta. Demasiado separadas unas de otras como para poder romperlas en un único movimiento efectivo.

El suelo estaba totalmente cubierto por toda clase de escombros: piedras, maderos, papeles, telas, restos de comida y basuras del tipo más diverso, además de los famosos excrementos y seguro que algún cadáver de rata que otro. Mucho de aquel amasijo podría ser usado como arma, en un momento dado, que jamás había que desdeñar un buen pedrusco o un tablón. El problema no era cogerlas: la cosa estaba en conservarlas. En otros tiempos igual se hubiese arriesgado, dos soldados sí podría controlar, quizá Arlington incluso atado y en sus condiciones pudiese neutralizar al otro. Pero, estando ya casi de cinco meses, imposible. Se sentía torpe y pesada. Además, podían optar por golpearla en el vientre y no quería arriesgarse a que dañaran al niño.

Al principio, Arlington la había mirado con preocupación, y hasta había intentado hablar, supuso que para animarla, pero ya llevaba un rato inmóvil, con los ojos fijos en el suelo, como si estuviera meditando. Quizá rezaba. No era un hombre religioso, bien lo sabía, no se decantaba por ningún dios ni asistía a ninguna iglesia de forma habitual, pero en momentos como ese, tan extremos, la gente reaccionaba de forma sorprendente. Hasta el más ateo podía recurrir a cualquier cosa que confortase un poco el alma.

Ana sintió que se le llenaba la boca de un sabor amargo. La idea de que Arlington fuera a ser ejecutado por su culpa, le resultaba insoportable.

—¿A quién esperamos, señor? —le preguntó al soldado que la custodiaba. Él la miró apenas.

—Al marqués de Castro, señora —replicó con voz queda—. No tardará en llegar.

—Gracias.

El soldado que estaba a la izquierda de Arlington se echó a reír.

—Cuánta cortesía, Carlos. ¿Ya se te ha olvidado que no es una señora? Solo es una zorra traidora, aunque muy guapa, sin duda. Lástima que esté preñada.

—No seas bruto —dijo el otro—. Y no creo que eso le importe mucho al comandante Renato. Sospecho que está deseando ponerle las manos encima.

¿Comandante Renato? Ana supuso que se refería a Beauchamp. Lazarus Newbody, *Lázaro Nuevo-cuerpo* en su versión de resurrección inglesa, Renato, *Renacido*, en su nacimiento español. Qué hombre tan poco original. Como con el tema del código en los cuadros, aquella tontería del número de cañones en las plumas del gallo... Aunque, pensándolo bien, para el interés que les suscitaba su información, resultaba más que suficiente. Era una pena. Seguramente utilizarían su *Código Cruz-Ortega*, como lo había bautizado, con cualquier pintor de segunda fila pero adscrito a sus intereses.

Se estaba lamentando al pensar en sus hermosos cuadros, destruidos en Madrid para revelar los mensajes secretos de Regina, cuando la puerta se abrió bruscamente y entraron varios soldados, seguidos de Beauchamp y del marqués de Castro.

Castro arrugó la nariz, al captar el hedor que imperaba en aquel sitio.

—¡Por Dios, comandante! Si me hubiese dicho que el lugar apestaba de este modo, le hubiese ordenado que sacase fuera a los prisioneros.

—Lo lamento, Ilustrísima —replicó Beauchamp—. En todo caso, recuerde que Arlington es extremadamente peligroso y que bastante nos ha costado reducirlo para traerlo hasta aquí. Creo que es bueno que intentemos todos hacer un esfuerzo y limitar en lo posible sus posibilidades de huida.

Castro gruñó algo, poco convencido, pero siguió avanzando por el sótano. Quedaba un poco ridículo, al intentar comprobar a cada paso dónde ponía los pies, enfundados en unas botas excelentes, que en aquel lugar no durarían mucho tan impolutas. Su elegante traje seguramente tampoco perdería ya nunca el tufo, algo que tampoco iba a suponer una gran tragedia para la historia de la moda. Aunque de buen paño y excelente corte, resultaba sobrio como solo podía serlo el de un buen y aburrido católico español. Variaba de forma incierta entre el gris oscuro y el negro, con el pañuelo de la camisa blanca como único detalle a destacar.

Ana alzó la mirada hacia su rostro y lo observó mientras se acercaba. A esas alturas, calculó, debía tener más de sesenta años. En general, apenas había cambiado en el tiempo que había pasado desde su último encuentro, aunque su pelo estaba totalmente encanecido ya, los últimos cabellos grises se habían vuelto completamente blancos. Pero seguía siendo un hombre pequeño, redondo y mofletudo, con mejillas rubicundas. En otra época Ana pensaba que tenía un entrañable aspecto de abuelo inofensivo, bonachón y aficionado al aguardiente, pero desde la noche en que se mostró tal cual era, el sutil toque de crueldad de las comisuras de sus labios y la dureza despiadada de sus pupilas habían quedado al descubierto. Ya nada podría ser capaz de ocultarlos.

Tragó saliva, cuando sus ojos se encontraron. Aquel hombre era el culpable de la muerte de sus padres, de los dos, puesto que Eugenio Cruz-Ortega se había dejado morir engañado por sus mentiras, pensando que había sido el causante del suicidio de su esposa. Ana juró en silencio que, si tenía la más mínima oportunidad, lo mataría.

Posiblemente él leyó esa promesa en su rostro, porque sonrió con algo que podría describirse como desdeñosa indulgencia, antes de dirigirse hacia Arlington.

4

—Bienvenido de nuevo a mi país, Arlington —le dijo Castro, con voz alegre. No obtuvo ninguna respuesta por parte de Richard, ni siquiera un parpadeo con el ojo bueno. Beauchamp le dio un puñetazo que le abrió de nuevo la herida más grande del labio. Se lamió la sangre y miró despectivamente al marqués.

—Bienhallado, Castro. Tu hospitalidad me abruma.

—Me alegra saberlo. —Castro emitió una risita silbante. Con los años había perdido ya varios dientes—. Antes de que te veas obligado a dejarnos de forma definitiva, te habrá abrumado aún más, te lo prometo. —Lo estudió, sin mayor compasión—. Estás hecho unos zorros. Ya me han contado, tu intento de fuga, pobre diablo. Espero que hayas aprendido también esa lección. No hay forma de escapar. ¿Lo entiendes? —Richard se limitó a mirarlo con el ojo entornado—. Me vale como respuesta para esa pregunta. Pero, la siguiente, espero que la contestes de palabra, por tu propio bien. —Le dio un segundo de margen—. ¿Sabes por qué estás aquí?

Richard hizo una mueca y lo lamentó. Le dolía cada músculo del cuerpo, pero sobre todo los cortes y golpes de la cara.

—Tengo una ligera idea.

—No lo dudo. —Esperó. Como Richard no dijo más, asintió—. Eres un hombre listo. Me alegra que me evites una sesión de negativas y súplicas sin mayor sentido. —Se inclinó sobre él—. Mataste a mi hijo, Arlington, y yo voy a matarte a ti tan lentamente, que llegará un momento en el que lamentarás seguir con vida. Y ese momento se extenderá a lo largo de mucho tiempo, te lo aseguro.

Richard no apartó la vista. Parpadeó una única vez.

—No esperaba menos de ti. He oído hablar de tus métodos más de lo que hubiese deseado.

—Pues ahora tendrás la oportunidad de comprobarlos en carne propia, cabrón. Por cierto, mi más sentido pésame, por las muertes de tus hermanos.

La boca de Richard se tensó, lo que originó un nuevo ramalazo de dolor. Se obligó a recordar que todo aquello era para hacerle perder los nervios, descentrarlo y dejarlo más vulnerable para la sesión de tortura.

—Gracias —contestó—. Aunque considero que el pésame debería ser para la casa de Castro. Has enterrado por completo cualquier rastro de honor que pudiera... —Un nuevo puñetazo de Beauchamp cortó la frase. Richard escupió sangre a un lado—. Vale.

Beauchamp alzó el puño para golpearlo una vez más, pero Castro lo impidió con un gesto.

—Tranquilo, comandante. Tranquilo, no quiero que lo estropee todo antes de tiempo. Siempre hablando de más, Arlington. —Afirmó la mandíbula—. A estas alturas, creo que sabes que no me gusta eliminar a civiles y novatos, pero me temo que formaba parte necesaria del espectáculo. Era el único modo de que te tragases tus burlas y comprendieses lo que es una pérdida de verdad, algo que te desgarrar por completo el alma. Pero si aún no lo has captado adecuadamente, no tardará en ocurrir, no te preocupes. La vida me ha dado una sorpresa, una pequeña alegría, después de todo. —Sonrió hacia Ana—. Estoy pensando en arrancar tu bastardo de las entrañas de esa ramera y trincharlo como un pavo en tu presencia.

Ana se cubrió el vientre de forma instintiva. Richard palideció. Sus rasgos se volvieron de piedra.

—Eres un canalla, Castro, pero no te considero tan falto de toda nobleza. Deja a Ana en paz. Ya me tienes a mí y podrás llevar a cabo tu venganza. A ella no la necesitas para nada. Te juro que si la dejas marchar, si le permites que salga sin problema del país, colaboraré en lo que me pidas hasta que me mates. —Se dirigió a Ana—. Puedes ir a Inglaterra. Habla con mi abuela, ella te ayudará.

—Sí, ya me ha dicho Beauchamp que has perdido la cabeza por nuestra querida Ana. —Castro caminó hacia ella. Deslizó un dedo por el borde de su rostro, justo en el nacimiento del pelo, y luego lo movió desde la sien hasta la barbilla—. No me extraña, desde luego. Yo mismo la he echado mucho de menos estos años. Es una niña encantadora, hermosa, alegre... Y tiene un enorme talento.

—Exacto. Déjala en paz y...

—Nos traicionó, Ilustrísima. —Le dijo Beauchamp a Castro, interrumpiéndolo—. Me mintió, diciendo que su padre ya estaba muerto.

—¿Y tú cómo sabes eso? —Richard entrecerró los ojos—. Regina no te lo dijo.

—¿Y tú cómo sabes que Regina no me lo dijo? —Esperó un segundo, aunque en aquel sótano todos supieron desde un principio que Richard no iba a contestar—. No lo hizo, no. Pero, amigo mío, deberías saber que, ya que pasé por tu preciosa *Kaifar*, aproveché para establecer una línea de información. No es muy rápida, pero sí eficiente. Me consta que no me tienes en gran estima como colega, pero te recuerdo que aprendí con el mejor. —Richard hizo un gesto con la cabeza, apreciando la deferencia. Beauchamp se volvió hacia Castro—. Dijo usted que Ana sería mía, al menos una noche. Llevo mucho tiempo esperando este momento.

Richard miró a Castro.

—Beauchamp... —empezó. Pero Beauchamp desenfundó la pistola. La dejó apuntando hacia abajo, como indiferente, pero cuando sus pupilas se cruzaron, Richard leyó la advertencia. Estaba en

línea directa con Ana. Nada podría impedir que la matase, antes de que cualquier otro pudiera reaccionar. Y posiblemente estaba en lo cierto: solo a él le importaría. En todo caso, el resultado sería Ana y el niño muertos. No podía asumirlo, por ninguna razón.

—No lo entiendes, no me importa si colaboras o no, hasta prefiero que no lo hagas —le estaba diciendo Castro—. Vas a morir, Arlington, morirás por lo que hiciste, por matar a Pablo, pero también por la carta. ¡Esa carta llena de mofa, de desprecio, que me enviaste como respuesta a la mía! Esa en la que, cito textualmente, decías “*Puedes meterte tus jodidas amenazas por ese agujero oscuro que los españoles confundís con la cabeza. Yo lo maté, sí. ¡Sí! Y me río a carcajadas porque no puedes hacer absolutamente nada, por mucho que hables. Me meo sobre el cadáver de Pablo, sobre su tumba, y sobre todas las tumbas de los Castro, linaje de eunucos y bastardos hijos de la gran puta que, por suerte, está a punto de ser erradicado de toda línea de la Historia. Solo quedas tú, viejo chocho y ridículo remedo de espía. Revienta de una vez*”. Como puedes ver, conozco cada línea. La he leído demasiadas veces. Me la sé al dedillo.

Richard se había quedado boquiabierto. Recordaba la carta de Castro, por supuesto, y su respuesta apaciguadora. Nada que ver con aquello. Pero comprendió que iba a resultar bastante difícil convencerlo de lo contrario, al menos en un breve margen de tiempo. Incluso sin la amenaza de Beauchamp hubiese sido difícil conseguir hacerlo cambiar de idea. Castro y él no se caían bien y se habían visto enfrentados demasiadas veces en los tiempos en que estaba en activo. Era intransigente y despótico, con un sentido desmedido de la propia importancia y de lo valioso de su dignidad por encima de cualquier otra. Algo como esas frases, no podría perdonarlo nunca. Además, desde la muerte de Pablo habían pasado ya varios años; tiempo suficiente en el que el rencor y la amargura habían fermentado en un odio ciego, obcecado por destruirlo.

—Richard no ha escrito eso —dijo de pronto Ana—. A veces puede ser bastante brutal, pero seguro que jamás ha escrito palabras tan soeces. Pronunciarlas en un momento de indignación, quizá, aunque tampoco lo creo. Pero escribirlas, jamás. Seguro.

El marqués la miró con el ceño fruncido.

—No creo que debas meterte en este asunto más de lo que ya estás metida, Ana. Además, no quiero hablar más de este asunto.

—¿Por qué? —preguntó ella, sorprendida—. No lo entiendo. ¿Acaso no le gustaría cerciorarse de qué ocurrió realmente, Ilustrísima? ¿No es de eso de lo que va todo este asunto? ¿Asegurarse de que persigue y castiga al auténtico asesino, de que se hace de verdad justicia?

Beauchamp dio un paso amenazador hacia ella.

—¡Tú cállate!

—De verdad, ¿no le cabe ninguna duda? —siguió ella sin hacerle ningún caso. Beauchamp avanzó hasta medio sótano. La pistola temblaba en su mano. Richard se envaró.

—¡Stuart! ¡No se te ocurra...!

—¡Silencio! —La voz de Castro incluso detuvo a Beauchamp. Los miró de uno en uno, enojado. Luego, se centró de nuevo en Ana—. Verás, pequeña, no sé si quiero justicia, lo que sin duda necesito es venganza. No siempre es lo mismo, créeme —se apresuró a añadir cuando ella abrió la boca—, aunque vale para nuestro caso. La cuestión es que, ahora mismo, demasiadas pruebas acusan a Arlington.

—¿Cuáles? —preguntó Ana—. ¿No va a tener ni un juicio, no cabe ninguna posibilidad de defenderse? ¿Y si se equivoca? ¿No merece Pablo que se sepa sin lugar a dudas lo que pasó?

La expresión de Castro mostró un atisbo de incertidumbre. Se giró hacia Richard.

—Muy bien, de acuerdo. Escuchemos lo que haya que decir. ¿Tienes defensa, Arlington?

Richard podía ver a Beauchamp por el rabillo del ojo. Estaba en línea y lo haría. “*Tiendes a pensar que me limitan tus límites y, lamentablemente para ti, no es así. Ya deberías saberlo.*”, había dicho, y era cierto. Dispararía. No parpadearía a la hora de matarla.

—No —susurró. Y, por si acaso parecía poco—. Yo mandé la carta.

Ana lo miró aturdida. La respiración de Castro era corta y rápida. Estaba más rubicundo que nunca.

—Por lo tanto, reconoces haber matado a Pablo. —*Oh, no, maldición.* Le dolía la cabeza, cada corte y cada músculo golpeado, y le costaba pensar. Decidió que lo mejor era estarse quieto y no decir nada, permitir que cada cual sacase sus conclusiones, pero Castro avanzó hacia él y gritó—: ¡Contesta! ¿Mataste a Pablo?

No quedaba más remedio... La cuestión, en esos momentos, era conseguir más minutos de vida para Ana y el niño. Y para él. De algún modo, se juró, los sacaría de allí.

—Sí.

—¡No es verdad! —Ana se puso en pie. Tomado por sorpresa, el soldado que estaba a su lado dudó—. ¿Por qué dices eso? ¡No es cierto!

—Siéntate —le ordenó Beauchamp, pero sin animadversión. Estaba demasiado contento con cómo le iban las cosas. Guardó la pistola en el cinto—. De ti no podríamos esperar otra cosa que el que intentes salvar al padre de tu hijo.

Castro estaba muy pálido, mirando fijamente a Richard.

—Lamentablemente, ahora tengo que irme. —dijo, con voz sombría, que no auguraba nada bueno—. Mañana por la noche tengo un importante invitado, el embajador británico y aún me queda mucho por organizar. —Sonrió apenas, al ver el sobresalto de Richard—. Qué casualidad, ¿verdad, inglés cabrón? Le daría recuerdos de tu parte, pero me temo que resultaría bastante imprudente. Tampoco importa. Le queda poco tiempo de vida.

—¿Qué hacemos con la chica? —preguntó Beauchamp. Castro la miró brevemente.

—Es toda tuya. Pero la quiero muerta en el momento y lugar acordados.

—¡No! —gritó Richard. ¿En el momento y lugar acordados? Eso implicaba que había un plan para algo, en el que Ana ya estaba condenada también. Maldito Beauchamp. Claro que, él, jamás había confiado en su palabra—. ¡Déjala marchar! ¡Ya te he dicho que ella...!

—¡Cállate, asesino! —lo cortó Castro secamente—. No me importa. No quiero saber nada más. Solo quiero oírte gritar de dolor. El resto, me sobra. ¿Es que no lo entiendes? Me da igual si ha sido una perra traidora o un modelo de lealtad. Antes... lo que dije antes no es cierto, no voy a abrirla en canal, ni voy a trocear a su cría. Solo quería jugar un poco, ver tu expresión. —Sonrió y Arlington se forzó a devolverle la sonrisa, a pesar del dolor—. Pero, de todos modos, morirán antes que tú, los dos, para que sepas lo que se siente al perder un hijo. Aunque no es esa la única razón.

—Ya me imagino. Me consta que nunca malgastas una jugada con un único propósito.

—Exacto. Verás, tengo un interés personal por evitar ese empeño de establecer lazos matrimoniales entre nuestro joven y poco inteligente rey y vuestra insulsa princesa británica. Algo que sería realmente molesto, porque acercaría peligrosamente nuestros países y yo he empeñado mi vida en agrandar nuestras distancias. De modo que, mañana por la noche, cuando abandone mi casa, ese embajador entrometido sufrirá un atentado fatal a manos de una pobre demente.

—Canalla... —murmuró Richard, empezando a sospechar parte del plan.

—Una joven desconocida lo matará, me temo, sí. No habrá una confirmación directa de las causas del ataque, a no ser que se considere como tal la evidente locura de la muchacha. Pero, los rumores contarán que lo hizo intentando evitar que se lleve a cabo ese matrimonio, por esa locura de amor que nos caracteriza, tan romántica y española. Ya puedes imaginarte que la idea principal será que Alfonso XII en persona la burló y abandonó al quedar encinta. Todo el mundo sabe que Alfonso XII tiene debilidad por salir de incognito. Algunos alegan que es para conocer cómo vive el pueblo, que se interesa por cualquier camarero o cualquier comerciante del mercado —su cara evidenciaba lo poco creíble que le parecía esa teoría—, pero... bueno, otros como yo, piensan que lo hace para divertirse en la noche madrileña. Alcohol, fulanas, juego y ninguna responsabilidad. Nuestro pequeño ardid reforzará esa teoría.

Richard lanzó un bufido lleno de desdén.

—Nadie se creerá eso. Hasta yo, que no me he interesado por el asunto, sé que el rey español está peleando por conseguir casarse con su... ¿era su prima? María de las Mercedes de Orleans. —Castro asintió—. Un matrimonio por amor, según tengo entendido. Nadie se creerá esas otras tonterías de sus juergas o de que abandonó a una mujer encinta.

—Al contrario, amigo mío. Me temo que tu confianza en el ser humano es enternecedora, pero no tiene mayor sentido. Lo triste es que todos comprenderán que, ese sueño romántico de un rey enamorado y bueno, no era más que pura apariencias. Como todo lo demás que ha prometido,

concluirán. Alfonso quedará como lo que es: un crío caprichoso y venial, esclavo de su lujuria y más preocupado en dónde meterla que en pensar qué conviene a esta santa España. Te puedo asegurar que no se casará con esa mujer, tenemos una candidata más idónea a nuestros intereses. Tras lo que va a ocurrir, su posición se volverá inestable y contraerá matrimonio con quien le digamos.

—Me temo que su madre piensa lo mismo. Y también se va a quedar con las ganas de imponer su voluntad.

Castro hizo un gesto de desagrado.

—Las mujeres no deberían meterse en los asuntos de gobierno. Isabel no es más que un estorbo y una estúpida. Pero en eso, estamos de acuerdo. La de Orleans es poca cosa para reina de España y llega con el lastre de su padre. No puede ocupar un puesto tan relevante, no puede casarse con el rey. Y, si llegara a hacerlo, nos ocuparemos de que sea un matrimonio realmente breve.

Lo dijo con tal seguridad que Richard sintió un estremecimiento de miedo por una joven que nunca había visto. María de las Mercedes le inspiraba una lejana simpatía, porque podía comprender los impulsos del amor. Esperaba que Alfonso y ella tuvieran suerte.

—No te atreverás.

Castro sonrió.

—Atreverme, seguro, pero es algo que depende más de Alfonso que de mí. Ya veremos qué ocurre. Hoy en día pasan cosas terribles: un atentado, un accidente, una enfermedad repentina y mortal... aunque seguro que ambos estamos de acuerdo en que sería frívolo entrar en elucubraciones sobre algo que quizá no ocurra jamás. De momento, centrémonos en preparar las condiciones idóneas que den los frutos que deseamos. Ana tiene un papel que cumplir, mañana por la noche. Será la protagonista de una tragedia y un escándalo escabroso como pocos, que hará que Londres replique, y que se topará con nuestras severas réplicas. ¡Qué vergüenza, que comportamiento impropio por parte de todos los implicados!

—Se sabrá. Todo. Ana dirá...

—Vamos, Arlington. Te lo voy a perdonar porque estás hecho unos zorros y no creo que razones bien. Pero, por razones obvias, no podremos detener con vida a la mencionada joven. Por eso he dicho que necesito su cadáver en un lugar en concreto. No es necesario que el Embajador la vea viva, nunca. Total, nadie lo va a poder interrogar, tampoco.

—¡Canalla! —Richard sintió que algo estallaba en su interior. Consiguió ponerse en pie y se lanzó sobre Castro. Su cabeza le impactó en mitad del voluminoso estómago. El español emitió un sonido ahogado y cayó hacia atrás, mientras los dos soldados sujetaban a Arlington.

Beauchamp aprovechó la ocasión para volver a golpearlo, una y otra vez. Ana gritó y trató de meterse en medio para protegerlo, pero Beauchamp la apartó de una bofetada. El soldado que la custodiaba la ayudó a levantarse y la sentó en su silla. En pocos segundos, también Richard estaba

otra vez en la suya, con el rostro cubierto de sangre. Beauchamp ayudó a Castro a incorporarse. El viejo se apretaba una mano en el estómago.

—Aprovecha el tiempo que te queda para reflexionar sobre todo lo que has sufrido y todo lo que ha ocurrido, Arlington —le dijo con esfuerzo a Richard, que se limitó a sonreír—. Cuando regrese, voy a arrancarte las uñas una a una personalmente. Y, eso, será solo el principio.

Castro dio media vuelta y abandonó el sótano. Beauchamp se dirigió a los soldados:

—Vuelvo enseguida. Que no se muevan —salió, tras Castro.

5

Ana miró a Arlington, conteniendo las ganas de llorar.

—Ha sido un buen intento, Richard —le dijo, en inglés, esperando que ninguno de sus guardianes pudiera entenderlos—. Gracias.

Arlington agitó la cabeza.

—No ha servido de nada. —Se apoyó en la pared, con aspecto agotado—. Lo siento, cariño. Lo siento de verdad. Todo esto es por mi culpa.

—No, no lo creo.

—Sí. Ya lo creo que sí. Puede haber otras implicaciones, pero en su base es una venganza personal de Castro contra mí, y te has visto envuelta. Y si yo no hubiese actuado de una forma tan indigna contigo, no hubieras huido de mí de este modo.

Ana sonrió apenas.

—Da igual. Tenemos mucho que perdonarnos, solo es eso. Pero ¿por qué has dicho que mataste a Pablo de Castro? —preguntó, intrigada—. Eso no es cierto. Ni lo de la carta, seguro...

—En el momento me pareció conveniente. Asumir esa responsabilidad era lo más aconsejable para nuestra salud, créeme. Te recuerdo quién estaba delante y con una pistola en la mano, con un dedo en el gatillo que no dejaba de temblar. Me había amenazado antes: si se me ocurría llevarle la contraria, delatarlo ante Castro, lo pagaríais tú y el niño.

Ana se estremeció.

—Ese hombre está loco.

—Por completo. Mierda y no hay modo de soltar estas malditas cuerdas. —Se giró ligeramente a la derecha. El movimiento atrajo la atención de los soldados, que comprobaron sus ataduras—. Nada, muchachos, no hay nada que ver. No he conseguido soltarlas ni un milímetro.

—Basta ya. Hable en español —le advirtió uno de los soldados, dándole un empujón.

—Será un placer, ya que me lo pides con tanta amabilidad —pero, añadió en inglés, mirándola fijamente—. Te amo, Ana Cruz-Ortega, y moriré antes de permitir que te hagan ningún daño.

—Muy romántico, Richard —dijo Beauchamp desde la puerta. Un soldado entró tras él, llevando un viejo colchón relleno de paja, que dejó caer en un rincón antes de irse. Ana sintió la garganta reseca—. Desde luego, puedes intentarlo. Motivos voy a darte.

Arlington lo fulminó con la mirada.

—Sádico enfermizo.

—No pensaba ser demasiado duro con Ana, que haya que matarla no implica que fuese necesario hacerla sufrir; pero me has irritado tanto, tanto, que no voy a molestarme en contenerme. Ya ves, tienes la culpa de la mayor parte del dolor que voy a provocarle. Atiende bien. Vas a oír cada alarido. Vas a contemplar cada golpe. —Se dirigió hacia ella, la cogió por un brazo y la puso en pie—. Vamos, preciosa. Lo prometido es deuda. Ha llegado la hora de divertirse.

Arlington se puso en pie.

—¡Quítale las manos de encima!

Los hombres que lo custodiaban lo obligaron a sentarse otra vez. Beauchamp lo miró con desdén.

—Tenéis mi permiso para golpearlo cada vez que abra la boca —les dijo a los soldados—. Eso sí, procurad que no dejarlo inconsciente. No quiero que se pierda ni un segundo del espectáculo. —Llevó a Ana a los pies del colchón. Ella trató de mantenerse impassible cuando sus manos se apoyaron en sus hombros, bajaron hasta sus senos, tocándolos con impudicia, haciéndola daño, y luego descendieron hasta el vientre—. Maldita sea... Hubiera debido tomarte aquella noche, en aquella fiesta de Londres. Entonces estabas muy hermosa.

—No sé qué te hace suponer que lo hubieras conseguido.

—Vamos, vamos. Sabes que sí. Recuerdas lo que hablamos, te mencioné la posibilidad de citarte en una posada. ¡Qué cara pusiste!

—Entonces pensaba que tenías prisionera a mi madre.

—Exacto. Por eso hubieras hecho cualquier cosa, siempre lo has hecho. —Ana no replicó. Era cierto—. Ni te imaginas lo mucho que he deseado este momento, desde aquella noche, en aquel jardín. ¿Recuerdas... me corregiste en un poema, quizá recuerdas cuál? Yo no, ni me acuerdo bien de qué hablamos, más allá de pedirte el alfiler de Richard. Pero me juré que te tendría exactamente en esta situación. —Sonrió—. Me gusta hacerlo esperar.

Se acercó y la besó. Beauchamp no era un hombre feo, al contrario, y los años y su cambio de aspecto para variar su identidad no habían hecho sino mejorarlo. La cuidada barba y el pelo

ligeramente canoso le sentaban bien, dándole ese aspecto de poeta, o de elegante de caballero de otras épocas. Era alguien que, en otras circunstancias, hubiese podido atraer la mirada de cualquier mujer, quizá incluso la suya; sin embargo, lo detestaba tanto que no pudo imaginar contacto más repulsivo.

Su boca le pareció repugnante, empapada de una saliva caliente y viscosa que le provocó un vuelco en el estómago. Pero fue la lengua, una masa vibrante, blanda como un gusano, la que estuvo a punto de hacerla vomitar. Forcejeó, intentó retroceder, echarse hacia atrás. Beauchamp la retuvo por la cintura, insistiendo de una forma violenta. Ana notó su erección a través de las ropas.

—No... no...

—Oh, claro que sí. Mi querida Ana, resultabas tan entrañable, sobre todo al principio. Las cosas que pensé hacerte en el jardín de la condesa de Talavera... Ni te lo imaginas.

—Me das asco... —dijo, mareada. Beauchamp rio, empezando a desatarle lentamente los botones que cerraban el corpiño del vestido. Ante la simple insinuación de lo que iba a ocurrir, el sótano parecía haberse saturado de tensión sexual. Los soldados que franqueaban a Arlington contemplaron la escena rígidos, con ojos fascinados.

—Comandante, no creo que sea... —empezó el que había estado con Ana, Carlos, evidentemente incómodo. Beauchamp lo miró y la frase se disolvió en el aire.

—¿Qué tenemos aquí? —Soltó una carcajada—. ¡Un auténtico caballero español!

Carlos puso cara de disgusto.

—Viendo lo que está pasando aquí, no hay que esforzarse mucho para parecerlo.

Beauchamp frunció el ceño. Sin dudarle un solo segundo, desenfundó, alzó el brazo y apuntó con la pistola a la nariz del soldado.

—Vuelve a molestarme y te aseguro que parecerás otra cosa —le advirtió. El soldado le mantuvo la mirada, pero retrocedió un paso. Beauchamp volvió a centrarse en Ana. La camisa color marfil era de mejor tejido que el vestido, comprado precipitadamente para sustituir al de fiesta con el que había huido de Londres. Beauchamp la desgarró de un fuerte tirón con la mano libre. Ana gritó, cubriéndose.

—¡Stuart! —gritó Arlington.

—Ah, ya sabía yo que no podrías permanecer mucho tiempo inmóvil, mi hermosa estatua de hielo. —dijo Beauchamp, sin hacer el más mínimo caso a Arlington. Dio un paso hacia Ana y le colocó el cañón de la pistola bajo la barbilla. Ella lo miró a los ojos. A veces, en la época en que compartieron mucho tiempo, cuando la entrenaba, creía ver retazos de humanidad en ellos, aunque solo fuese una chispa. En esos momentos, no había nada, solo un horizonte helado—. Así quiero tenerte, así, temblando de puro terror ante lo que va a ocurrirte. Quizá creas que no será peor de lo que imaginas, pero seguro que sí, siempre lo es. Puedes llorar y gritar todo lo que quieras, Ana. Eso,

aumentará mi placer.

Ana no pudo contenerse más y le escupió en plena cara. Beauchamp la derribó de una bofetada de través. El colchón era demasiado delgado para protegerla realmente de los escombros del suelo; varias aristas se le clavaron por todo el cuerpo y sintió una punzada horrible en los riñones. Oyó gritar a Arlington, mientras trataba desesperadamente de no perder el sentido. Beauchamp la miró desde arriba.

—¡Stuart! —seguía llamando Arlington. Estaba contra la pared. Los dos soldados tenían que esforzarse para contenerlo. Beauchamp se giró, alzó la mano con la pistola y disparó. La bala impactó en la pared, junto a la cabeza de Richard, a su derecha. Ana gritó.

—¡Cállate! —Arlington lo hizo. Un segundo después, Beauchamp asintió, aceptando su obediencia, más calmado—. No sé por qué te pones así. Es una justa retribución, hombre. Me diste la espalda, me abandonaste.

—¡Mataste a una mujer!

Beauchamp disparó nuevamente, esta vez a la izquierda. Casi le dio al soldado que estaba allí, sujetándolo. El hombre lo miró asustado.

—¡Solo era una ramera, una sucia puta que encontré borracha en un tugurio! —gritó—. ¡Pensé que sería divertido colarla en mi habitación! ¡Tanta elegancia, tanta nariz altiva, ja! ¡Solo imaginar lo que pensaría el Rector Nathall de saber que había metido allí una prostituta de la peor calaña, me llenaba de euforia! ¡Quería reírme de todos vosotros, hijos de putas ilustres y matrimonios perfectos, quería correrme una gran juerga! ¡Maldita zorra! ¡A mi lado comió y bebió como nunca, y probó por primera vez lo que eran unas sábanas limpias y un colchón sin chinches! ¡Y osó reírse de mí! ¡Me llamó bastardo! ¡La maté, joder, la maté y la mataría mil veces más! ¿Te enteras?

—Sí. Pero sigue siendo un asesinato.

—¡Cállate! —El nuevo disparo dio encima, pero por muy poco—. ¡Qué asesinato ni qué niño muerto! ¡Solo era un desecho, no tenía que haber significado absolutamente nada! ¡Nada! ¡Pero me expulsaron! ¡Por tu culpa! ¡De la universidad, del *Grupo*, de tu vida, Richard! ¡Jamás te lo perdonaré! —Arlington lo miró con expresión amarga. Beauchamp parpadeó. Cuando volvió a hablar, su voz tenía un volumen normal. Parecía cansado—. Y, sin embargo, si lo piensas bien, voy a hacerte un favor, mi buen amigo. Voy a evitarle muchísimas penurias a tu hijo. —Se volvió hacia Ana—. Te aseguro que es mejor para él no llegar a nacer.

—No... No lo hagas... Stuart, yo intenté ser tu amigo, traté de...

—Vete al infierno. —Beauchamp se arrodilló ante Ana, dejó la pistola a un lado, fuera de su alcance, la cogió por los tobillos y se los separó bruscamente, instalándose en medio. Ana intentó impedirlo, pataleó, pero la sujetó con fuerza—. Vete al jodido infierno, Richard, y llévate contigo este recuerdo. —Sin transición se tumbó encima de Ana, reteniéndola con su peso. Ella intentó apartarlo, pero le resultó imposible. Beauchamp jadeaba de una forma que encontró asquerosa y,

mientras con una mano le levantaba apresuradamente las faldas del vestido, con la otra luchaba furiosamente por soltarse el pantalón para violarla de inmediato—. Estate quieta, maldita. Quieta...

Ella empezó a deslizar su mano hacia el puñal que llevaba atado en el muslo. Tenía miedo, un miedo espantoso, porque habían llegado a un punto en el que todo dependía de ella. Arlington estaba demasiado golpeado y demasiado vigilado, pero lo conocía bien, eso no iba a detenerlo. En cualquier momento intentaría algo desesperado, algo que seguro derivaría en una situación terrible, algo que supondría la muerte de uno de los dos, con lo que el otro quedaría definitivamente perdido.

Tenía que hacer algo. Pero, si quería utilizar el puñal, que era lo único que se le ocurría como plan con un mínimo de posibilidades, tenía que hacerlo ya, o Beauchamp no tardaría en descubrirlo. Mientras intentaba ignorar la boca del hombre sobre sus pechos, soltó la correa y, muy lentamente, lo movió hasta pincharle en un costado. Beauchamp se detuvo y alzó la cabeza, mirándola con sorpresa. Intentó apartarse, pero Ana ya lo había esperado y fue más rápida: rodeó sus caderas con las piernas y lo sujetó por la chaqueta, reteniéndolo.

—No te muevas —le ordenó, tratando de mostrar una seguridad que no sentía—. Intenta algo, cualquier cosa, y te juro que te rajo de tal manera que, aunque pudieran evitar que mueras, vas a lamentarlo el resto de tu vida.

Beauchamp palideció. Su expresión pareció congelarse.

—No te recomiendo que compliques así las cosas. No quieres verme de verdad enfadado.

—Ibas a violarme y a matarme. ¿De verdad crees que te queda algo con lo que amenazar? —Él no replicó—. Diles a esos soldados que suelten a Arlington. —Como vio que dudaba, pinchó un poco más fuerte—. ¡Vamos!

La excitación de antes se había cambiado en alarma. Los soldados no sabían cómo reaccionar, pero no podría mantener mucho tiempo la situación. Beauchamp miró la pistola, en el suelo, tan cerca. *No lo hagas, no lo hagas*, pensó Ana, que no quería tener que matarlo, pese a todo.

No lo hizo.

Beauchamp se movió de pronto, alzándose ligeramente. Con una mano, le sujetó la muñeca del brazo armado. Empujó, golpeándole la mano contra el suelo violentamente. Sintió un dolor terrible en la muñeca cuando chocó con el borde de un cascote. El cuchillo salió despedido, pero Ana tampoco llegó a lamentarlo.

Con la otra mano, Beauchamp le dio un puñetazo en la cara que la dejó inconsciente al momento.

6

Richard gritó, cuando Ana se derrumbó, totalmente noqueada. Maldiciendo de forma creativa, Beauchamp se incorporó y extendió la mano para recuperar su pistola, pero el soldado que había

protestado antes, Carlos, se le adelantó. Pisó directamente el arma justo un segundo antes de que pudiera cogerla.

—Se acabó, comandante —dijo, desenfundando su propia pistola. Encañonó con ella la cabeza de Beauchamp y se inclinó a desarmarlo—. Apártese de esa mujer, muy poco a poco. Arrastrándose, por favor, no se le ocurra intentar ponerse en pie. —Hizo un movimiento con la pistola, clavándosela en el cráneo, como reafirmando la posición—. Se lo advierto. No me dé motivos para disparar, porque ganas no me faltan.

—Estás muerto —le dijo Beauchamp.

—Y armado, se lo recuerdo. Obedezca. —Beauchamp lo hizo. Lo siguió con la pistola hasta que estuvo bastante lejos de Ana—. Ahí, quieto. De rodillas y ni se le ocurra moverse. —Miró de reojo a sus compañeros—. Soltad al inglés. ¡Vamos!

—Pero ¿qué haces? —le dijo uno de ellos, saliendo por fin del desconcierto—. No, ni hablar. Este cabrón ha admitido que mató al hijo del marqués. No pienso liberarlo.

—No lo mató él, Jimeno, sino el comandante Renato. Solo ha cargado con la culpa porque quería evitar una matanza. A estas alturas sabes que el comandante hubiese sido capaz de cualquier locura.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque hablo inglés. Ya sabes que mi padrino es norteamericano. Lo han comentado antes, entre ellos.

—Es cierto, Ana me preguntó y se lo he dicho —intervino Richard—. Yo no maté al hijo de Castro ni escribí esa maldita carta. Fue él —señaló a Beauchamp.

—Es igual —insistió el tercer soldado, rompiendo el silencio incómodo que se había producido—. Te la estás buscando, Carlos.

—Pues me temo que me la voy a encontrar. Este hombre está loco. Y lo que ha planteado Castro es traición, todos lo sabemos, vosotros también. Ya va siendo hora de que lo detengamos.

—Calla. Esta es una buena oportunidad... —protestó el llamado Jimeno. Como los otros dos lo miraron con expresión de censura, se defendió—. Cojones, es el marqués de Castro. Y ese tipo de ahí, un comandante. ¿Quiénes somos nosotros? Tu madre es puta en Badajoz. Mi padre es un campesino que no tiene dónde caerse muerto y, el de este, porquero. Estamos en el puñetero ejército, tragando mierda, para intentar medrar un poco. ¿Qué crees que nos va a pasar si decidimos que ya no vamos a cumplir más órdenes? ¿Qué?

Carlos titubeó.

—No lo sé, la verdad. Pero lo que sí tengo claro es que no quiero estar con escoria como esta —apretó más la pistola contra el cráneo de Beauchamp—, ni quiero servir a alguien como Castro. Es muy capaz de meter al país entero en una guerra por pura ambición.

—¡Así es el mundo!

—Y una mierda. El mundo es responsabilidad de cada cual. Y yo tengo muy claro qué debo hacer ahora, después de escuchar a este canalla; vosotros veréis qué bando escogéis. Pero si no soltáis al inglés de inmediato, ahora mismo, tendremos problemas todos.

Sus compañeros se miraron. Aunque de mala gana, terminaron desatando a Richard, que se dirigió de inmediato a comprobar cómo se encontraba Ana. Estaba inconsciente, pero no parecía haber daños graves. Richard suspiró con alivio y le ató los botones del vestido, intentando pensar. ¿Podía contar con aquellos tres? Con el llamado Carlos seguro que sí; si tenían una oportunidad en la vida sería gracias a él.

—Gracias —le dijo—. De verdad. Jamás olvidaré lo que ha hecho en el día de hoy. Sin usted no hubiésemos podido salir de esta.

Carlos sonrió.

—No lo creo, señor. La dama tiene redaños y eso ha hecho que me replantase las cosas. —Cambió el peso del cuerpo de un pie al otro—. Y, ahora, ¿qué?

—¿Queda algún vigilante fuera?

—Sí. Dos hombres, haciendo rondas por el terreno de la casa. —Señaló con la cabeza a sus compañeros—. Nosotros nos ocupamos, no se preocupe.

—Bien. —Miró de reojo a Beauchamp—. Saquen a Ana, por favor. Me reuniré con ustedes en unos minutos.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Jimeno. Carlos lanzó una risa seca.

—Qué pregunta. —Entregó la pistola de Beauchamp a Richard, con algo de munición, enfundó la suya y cogió en brazos a Ana—. Anda, vamos.

El grupo salió. Se quedaron solos. Beauchamp lo miró y se echó a reír entre dientes.

—Qué bien, ¿eh, Richard? De la forma más absurda, el destino te ha servido la venganza en bandeja. Maldita perra suerte...

—Créeme, no tiene nada que ver con la suerte. —Hizo una mueca—. Me pregunto si siempre estuviste loco, si es algo con lo que naciste, o si tu mente se rompió en algún momento, con todo lo que fue ocurriendo. No sé... En todo caso, quiero que sepas que ya ni siquiera quiero vengarme, Stuart. —Richard agitó la cabeza—. Pienso, de verdad, que estás enfermo.

—Enfermo... —Beauchamp lo miró enojado, pero también con un brillo calculador en los ojos—. Vaya por Dios. ¿Entonces? ¿Adónde nos lleva eso?

—Al mismo punto, me temo. —Richard preparó la pistola y le apuntó—. No puedo andarme con

contemplaciones. Si te dejas libre, nos buscarás y nos amargarás la vida. Lo sabes tan bien como yo. La prueba la tienes en lo que me has hecho a mí, a mis hermanos... Lo que hubieses hecho a Noor, de tener éxito. Lo que has estado a punto de hacerles a Ana y a mi hijo. Eres peligroso. Mucho. Y yo no puedo asumir el coste que supondría dejarte libre.

Beauchamp alzó las manos a ambos lados.

—Vamos, Richard. No puedes hacerlo. Estoy desarmado, estoy de rodillas. Sería un asesinato a sangre fría. —Se echó a reír—. Claro que, se me olvida que hablo contigo.

—Cierto. Esa clase de comentarios no tienen mucho sentido entre gente como nosotros. Y si quieres que te diga la verdad, por primera vez no me siento culpable, ni un atisbo. No eres una víctima. Aquí, las únicas víctimas, son los que morirían en el futuro, si ahora quedaras libre. Y he considerado qué sentiría, de enterarme de esas muertes

—Eso no...

—Si estuviésemos en Inglaterra, te haría detener, serías juzgado y finalmente ejecutado. Pero va a ser difícil salir de España, no podemos llevarte. De modo que yo tendré que juzgarte, aquí y ahora. Y sabes cuál es la sentencia, no puede ser otra.

—Vete al infierno. ¡Esto es una venganza! ¡Lo es y lo sabes! ¡Arderás por toda una eternidad!

—Lo veo poco probable. En cualquier caso, piensa lo que quieras. No est...

De pronto, Beauchamp movió una mano y le lanzó algo. Fue una acción instantánea, pero Richard casi tuvo la impresión de captarlo todo lentamente, como si los segundos se extendieran de forma anormal en el tiempo. Lo vio, girando sobre sí mismo en el aire. Era un cascote lleno de aristas, una piedra, supuso que cogida del suelo en algún momento de descuido. Richard apenas tuvo tiempo de apartarse de la trayectoria, que iba dirigida con muy mala idea hacia su frente. Beauchamp aprovechó para impulsarse hacia arriba y lanzarse a por él. Estaba lo suficientemente cerca como contar con una posibilidad, ambos lo sabían.

Un segundo de indecisión o de pura torpeza, solo necesitaba eso.

Richard disparó.

No lo pensó, no fue algo racional, sino instintivo. Reaccionó ante la amenaza como le habían enseñado, de forma inmediata y contundente: lo único que importaba en esos momentos era sobrevivir. Beauchamp se estremeció, pero se mantuvo en pie. Se quedó muy quieto. Lanzó una carcajada seca que manchó de sangre las comisuras de sus labios.

—Putos nobles —dijo, y siguió avanzando. Tuvo que apretar el gatillo dos veces más, antes de conseguir derribarlo. Esos disparos sí fueron queridos y meditados. Y el último, al casi seguro cadáver, directamente a la cabeza, para asegurar la ejecución, también.

Tras el estruendo de las detonaciones, se hizo un silencio profundo en el sótano. El hedor de la

podredumbre se entremezclaba ahora con el de la pólvora quemada y la sangre, haciéndose casi irrespirable. Contempló el cadáver; tenía la sensación de haber terminado con un lazo podrido que conducía a una época que hubiese debido ser distinta.

Posiblemente, cuando todo lo calmase el tiempo, podría recapacitar sobre lo ocurrido, pensar en las víctimas que se convertían en el monstruo, en lo trágico de una situación provocada por demasiadas injusticias, pero no era el momento. Ese día, en ese sótano en el que había llegado a pensar que ocurriría lo más espantoso que podía imaginar, solo era capaz de un pensamiento concreto: Beauchamp ya estaba muerto. Sentía un alivio inmenso.

De pronto, el mundo era un lugar mejor.

Madrid, 11 octubre de 1875

Madrid estaba silencioso y oscuro.

Ana conocía bien la ciudad, allí había nacido y había vivido su infancia y su primera juventud, de modo que fue ella quien condujo a Richard a través de un laberinto de callejuelas hasta la enorme mansión de Castro, un palacete encajonado entre altas tapias, muros de piedra gris y aspecto antiguo, con blasones desdibujados por el tiempo, por encima de los cuales surgían las copas de varios árboles. El muro estaba cubierto de hiedra en muchas zonas. Crecía de forma exuberante, en algunos puntos casi al límite de lo realmente estético, pero en su parte delantera estaba especialmente cuidada, formando un hermoso encaje entrelazado. O quizá era que la habían arreglado para la fiesta, meditó Richard, que todo podía ser.

Ya desde sus inmediaciones, el aire les trajo el sonido de una orquesta. La fiesta se había iniciado con las primeras sombras de la noche y a esas horas estaba en pleno auge, con la calle atestada de carruajes. Escondidos detrás de uno de ellos, vieron que en la entrada había un buen número de criados, charlando en corros, además de guardias con uniforme de gala.

—Preferiría no tener que entrar por ahí —murmuró Richard, pensando en voz alta.

Por las bravas, no llegarían muy lejos. Carlos y los otros soldados se estaban ocupando de contactar con algún superior de confianza, para conseguir refuerzos, y habían prometido llevar un mensaje a la embajada inglesa, explicando lo ocurrido. Podían haber permanecido con ellos, pero todo aquello podía llevar su tiempo. Incluso cabía la posibilidad de que, directamente, los metieran en un calabozo hasta que se aclarasen demasiadas cosas. Richard estaba demasiado preocupado. Sabía que tenían que infiltrarse en el palacio de Castro cuanto antes, la vida del Embajador estaba en serio peligro. Hubiese preferido ir solo, pero Ana no lo hubiese permitido. Además, era la que conocía el lugar, la necesitaba para saber cómo moverse.

Pero tenían demasiadas cosas en contra. Ni Ana ni él mostraban el mejor de los aspectos, después de pasar tantas horas galopando. A decir verdad, tampoco lo tenían antes de subirse a los caballos, sobre todo él. El ojo seguía muy hinchado y podía imaginarse el resto de su aspecto. Además, su ropa, desgarrada y sucia, estaba demasiado manchada de sangre como para no llamar la atención y causar alarma a primera vista. Al menos, bajo las capas podía disimular.

—La noche en que me trajo Beauchamp, aquella última vez, me introdujo por una puerta trasera —dijo entonces Ana. Sintió su mano, pequeña y delicada, entrelazarse con sus dedos—. Ven conmigo.

Rodearon el edificio, alejándose del bullicio. En un lateral en el que el muro parecía quebrarse en ángulos complicados, se abrió un estrecho pasaje sumido en sombras. Finalizaba en una puerta de reja, que daba a una zona apartada del jardín; una pequeña lámpara de luz amarillenta, que apenas alcanzaba para poco más que para complicar las cosas, lograba al menos mostrar que había un soldado de guardia.

—Maldición... —Richard calibró la situación. Tenía que eliminarlo lo más discretamente posible. Y rápido. Pero aunque podía ser muy discreto si se lo proponía, el soldado estaba mirando hacia la entrada del callejón y disponía de la luz para vigilar la zona—. Quédate aquí, voy a...

—Espera. Tenemos que asegurar, deja que lo distraiga.

—No. Podría ser peligroso y... —Bajo el resplandor de la luna, vio cómo Ana entornaba los ojos. Tenía razón, al menos aquello podía hacerlo. el riesgo era mínimo. Él se ocuparía de que así fuese: a la mínima, intervendría. Siempre podían simular hacer de matrimonio en plena pelea o cualquier otra triquiñuela—. Está bien. Adelante, pero sé cauta. Intenta que me dé la espalda.

—Si te oye venir...

—No me oirá. —Sonrió, con suficiencia y Ana rio entre dientes—. Pero, en el supuesto de que me oyese, diremos que soy tu marido que va a buscarte, mujer díscola.

Ana asintió, se retocó el pelo, algo que no tenía mucho sentido dado el estado de su peinado, y se internó en el callejón. Oyó al soldado casi al momento.

—¿Señora? —llamó. La miró sorprendido—. Señora, perdone, esta es una propiedad privada, no puede...

—Disculpe, no me... no me encuentro bien. —Richard se asomó a mirar. Justo en ese momento, Ana se tambaleó ligeramente, de una forma bastante efectiva. El soldado, que parecía un muchacho demasiado joven para ejércitos, guerras, y bonitas muchachas embarazadas, la miró con horror, como si temiese que se le fuera a morir allí mismo. Ana dio un par de pasos más, rebasándolo, y se apoyó en la cancela del jardín, obligándolo a girarse—. Creo que me he confundido de calle... ¿verdad? Estoy mareada.

—Sí, señora. Quizá debería verla un médico. Aquí no puede estar. ¿Quiere que la acompañe de nuevo a la calle?

—Sí, por favor. Pero déjeme un momento...

Aguanta ahí, aguanta. Richard ya se estaba deslizando a su espalda, en total silencio. Llegó a situarse tras el soldado sin que se percatase de nada, lo cual no era un gran logro teniendo en cuenta que aquel muchacho hubiese debido estar en cualquier otro sitio, disfrutando de los últimos retazos de su infancia. Apoyó una mano en su cuello, presionando la carótida y cortando el flujo de sangre, y en breves instantes, sin llegar a entender qué había pasado, el soldado se desmayó. Richard lo sostuvo con amabilidad y lo dejó sentado a un lado, oculto bajo la hiedra.

—¿Por dónde?

Ana le mostró cómo, incrustada en el muro, en un punto en el que este se pegaba al edificio, había disimulada una puerta. Era metálica, pequeña y gris, y estaba tan sucia y tan cubierta de hiedra que pasaba por completo desapercibida en el gris del propio muro y más siendo de noche. por suerte había algo de luna, lo que le permitió examinarla. Pasó una mano por su superficie. No tenía manilla

de ningún tipo, ni ninguna señal que pudiera identificar su utilidad, y estaba cerrada con llave. Registró al soldado, pero no hubo suerte, no la llevaba encima. La cerradura no parecía demasiado compleja, pero al tacto estaba tan oxidada como el resto. Esperaba que no se hubiese estropeado el mecanismo.

—Dame un par de horquillas.

Ana se llevó la mano al cabello. Tenía el moño prácticamente destrozado, pero aún le quedaban algunas horquillas sujetas entre los bucles. Sin decir nada, se quitó dos y se las entregó, mientras se organizaba una especie de recogido bajo con el resto. Richard las abrió y las introdujo en la cerradura, tanteando durante varios minutos que se le hicieron eternos. Podía imaginarse la escena si los descubrían ahí, escondidos en las sombras y con semejante aspecto. Por suerte, a pesar de sus temores, y de que su mecanismo tenía una complejidad mayor de la esperada, esa cerradura estaba en buenas condiciones. La utilizaban habitualmente, no se había bloqueado por el óxido. No fue difícil.

Un chasquido señaló el momento de su recompensa.

—¡Pero, Su Gracia! —exclamó Ana en un susurro, simulando escándalo—. ¡Qué vergüenza! ¡No llevar ni siquiera un paje para que haga esa clase de cosas por usted!

A pesar de la tensión, Richard sonrió.

—Hay que ver, mi estimada señorita Cruz-Ortega, lo delicados que son los agentes españoles. Claro, ahora lo entiendo. Por eso iba usted por el mundo espiando con su doncella...

—Tonto —Ana le dio una patada en el tobillo. No fue fuerte, estaba simplemente siguiendo el juego, pero Richard se sentía tan lleno de dolores dispersos que tuvo que contenerse para no soltar un quejido—. ¿Qué hiciste con Regina, Richard?

Hubiese querido seguir concentrado en lo que hacían, pero supuso que no podía esquivar esa pregunta.

—Ya te lo dije, la dejé a buen recaudo. Le he pedido a un antiguo amigo que la cuide mientras estemos fuera.

—¿Qué amigo? Espero que no sea uno del estilo de Lester.

—No —respondió, aunque de pronto se preguntó si no estaría pecando otra vez de crédulo. Lester había supuesto una gran decepción. Esperaba que Harry Lanfort, con quien tantas cosas lo habían unido en el pasado, cuando estaba en activo, no provocara otra mayor. Seguramente no. Aunque lo más probable era que, cuando lo volviera a ver, Lanfort le descerrajase un tiro a bocajarro, sin mediar palabra, por el lío en el que le había metido haciéndolo cómplice del secuestro de esa mujer. Con un suspiro, le cedió el paso a Ana—. Es completamente de fiar, no te preocupes.

La puerta crujió. Conducía a una especie de pasadizo que cruzaba el muro y se anchaba ligeramente a pocos metros. Hacía frío y olía a humedad. Pidió a Ana que esperase y metió también

al soldado. No sería prudente dejarlo fuera, había que quitarlo de en medio y neutralizarlo durante el mayor tiempo posible. Richard le desgarró la camisa y lo maniató y amordazó con las tiras. No aseguró mucho los nudos, solo era un crío; quería que, cuando recobrase el conocimiento, pudiera soltarse por sí mismo en un breve intervalo de tiempo. Aquel asunto no debía reportarle nada excepto un poco de experiencia, como tanta en la vida. Lo dejó tumbado a un lado escondido en la oscuridad, lo más cómodo posible y fue a examinar el sitio.

—¿Ves algo? —preguntó Ana.

—Ssshhh... —pidió. No podían estar seguros de que aquel lugar estuviese vacío. Iluminándose con la poca luz que llegaba de la noche y el farolillo del exterior, avanzó un poco por el pasadizo y comprobó que el suelo no tardaba en convertirse en una especie de escalera con rampa central, como si se hubiese incrustado esta en el medio, o se hubiesen alisado sus peldaños, dejando solo los escalones a los dos lados. Richard comprobó que se hundía hacia abajo en la tierra, con una inclinación muy suave pero constante. Pensó que aquel callejón debía ser un lugar donde se descargaban cosas de esas que uno no quiere meter ni siquiera por la puerta de servicio normal, como para usar la principal. Con ese discreto acceso, podía transportarse lo que fuera de una forma discreta y cómoda al sótano, para su almacenaje.

Más allá de un par de metros ya no veía prácticamente nada, estaba demasiado oscuro, como si, más que hundirse en la tierra, el túnel se incrustara en una pared de negrura densa. Siguiendo la lógica habitual en esos casos, Richard encontró una lámpara a la derecha de la puerta según se entraba, bien a mano para los que usaban habitualmente aquel camino. Encenderla suponía un riesgo, porque podrían detectarlos en la distancia si no andaban listos, pero a oscuras no llegarían a ninguna parte. A la mínima se romperían el cuello o empezarían a dar vueltas sin sentido hasta que los encontrasen por pura casualidad los tataranietos de Castro. Richard optó por iluminar el camino, volvió a coger de la mano a Ana y avanzó.

Con cuidado, descendieron durante varios metros, dibujando poco a poco una amplia curva. Al principio, el silencio era intenso, solo roto por el sonido cantarín de alguna gotera aquí o allá, o el chillido de alguna rata, pero no tardaron en percibir el rumor de la gente y la música, amortiguados por la distancia y los densos muros de piedra. Más que sonido, al principio solo fue una especie de vibración en paredes y suelo, un estremecimiento general, pero luego ya empezaron a deslizarse de vez en cuando algunas notas, sobre todo algunos tonos especialmente agudos.

La rampa terminó de forma abrupta en una pared de reja que les cortaba el paso. Tenía una puerta central que ocupaba toda la rampa y que daba a un sótano enorme, que se percibía lleno de cajas, barriles, sacos y distintos tipos de contenedor.

La puerta no tenía cerradura, así que buscaron el mecanismo por las cercanías. Fue Ana la que lo encontró, en forma de una pequeña palanca disimulada entre las piedras de la pared.

La puerta hizo bastante ruido al deslizarse hacia arriba, para desaparecer en una gruesa ranura del techo. Estaban teniendo ya demasiada suerte, y eso a Richard no le gustaba nada. Bien sabía que la Fortuna era la más caprichosa de las damas, y que si se mostraba complaciente en un momento dado, te daba la espalda por completo en otro, divirtiéndose a tu costa. Nadie en su sano juicio contaba con

la suerte a la hora de lograr seguir con vida en una misión.

Ana se metió en el sótano. En un lado se veía una escalera que subía a un pasillo elevado que daba a su vez a tres puertas más, entre las cuales podían verse dos lámparas que daban la luz suficiente como para poder moverse con cierta confianza por allí, sin temer tropezar con algo o caer en un pozo sin fondo. Ana, menos cauta o quizá más consciente de que apremiaba el tiempo, se dirigió de inmediato hacia allí, pero Richard se detuvo un momento, junto a una de las cajas, bastante grandes. Estaba marcado como material de construcción.

Llevado por un impulso, Richard dejó la lámpara a un lado, buscó una barra de hierro y procedió a abrir la caja, haciendo palanca.

—¿Qué haces? —le preguntó Ana, apareciendo a su lado—. ¿Te has vuelto loco? ¡Pueden oírte! Además, no tenemos tiempo.

—Es un momento. Solo quiero comprobar que... —La caja se abrió con un crujido potente. Richard dejó la barra, apartó la tapa y vieron un montón de paja. Metió una mano, buscando, y terminó sacando un rifle Remington—. Esto.

Ana lo miró sorprendida.

—¿Armas?

—Sí. —Lo examinó. Una buena arma, las conocía bien—. Este tipo de rifle se construye también en España, en Oviedo concretamente, pero yo diría que aquí hay más que toda su producción de un año. —Comprobó otra caja: más fusiles. Algunas pequeñas tenían pistolas, y también había explosivos—. Creo que esto ha sido comprado en secreto a los Estados Unidos. Supongo que están organizando algo...

—Pero, no lo entiendo. La situación de España se ha estabilizado, con Alfonso XII.

—Sí. —Le dio vueltas a lo que había dicho Castro sobre su nuevo rey—. Pero Alfonso es joven y lleva poco tiempo en el trono. Y ha traído cambios drásticos, que quizá algunos no sean capaces de asimilar. Aunque la mayoría ha visto con buenos ojos el Manifiesto de Sandhurst, siempre hay grupos que creen que la nación es lo que menos importa. Que lo único que cuenta es retener poder y gobernar. Castro, uno de ellos. Creo que quieren doblegarlo. Le harán saber que son más fuertes, que están en todos lados, que controlan la situación. Quizá ese matrimonio que quieren imponerle intente disimular un control de la corona por parte de Castro... —Se le ocurrió una idea—. ¿No tiene el marqués de Castro una hija?

—Sí... Pero es una niña... Bueno, ya no tanto, claro. —Ana parpadeó—. Qué tonta. El tiempo pasa para todos. Supongo que tendrá cerca de los dieciocho, ahora.

—Una edad perfecta. Diría que es una clara posibilidad. —¿Podía ser Castro tan ambicioso? Seguro. Y el propio Alfonso había abierto las puertas a la idea, gracias a su devaneo con María de las Mercedes. Si podía casarse por puro capricho con alguien tan poco relevante en esos asuntos,

alguien cuya única valía era ser la quinta hija del duque de Montpensier, en vez de buscar un enlace entre la realeza europea, ¿por qué no establecer un matrimonio con la única hija del marqués de Castro, que poseía un linaje impecable, muy español y de prácticamente el mismo nivel? Richard miró a su alrededor, haciendo un gesto abarcando el sitio, todas las cajas que lo llenaban—. Fíjate. Aquí hay suficiente para armar un ejército...

Oyeron un ruido. Rápidamente, Richard apagó la lámpara y se ocultaron tras la caja que había abierto. De una de las puertas del pasillo elevado surgieron dos soldados. Llevaban lámparas que movieron a un lado y a otro, echando un vistazo indiferente por todo el sótano, antes de seguir su ronda por otra de las puertas. Iban hablando de la fiesta, de unas criadas, y de la cita que había conseguido uno de ellos.

—Vamos —le dijo a Ana, en cuanto desaparecieron—. Ya decidiremos qué hacer con esta información. De momento, todavía tenemos que salvar el pellejo del Embajador. ¡Y el nuestro!

Decidieron utilizar la puerta por la que habían llegado al sótano los dos soldados, tratando de evitar encontrarse con ellos. Al cruzarla, se vieron en una sala minúscula de la zona de los sirvientes. El sonido de la música llegaba hasta allí más claramente.

—Ya me he ubicado —susurró Ana, al cabo de un momento—. ¿Dónde quieres ir?

Podían buscar ropas adecuadas. Pero con el aspecto de su rostro, tampoco sería una gran solución. Además, cada minuto podía ser definitivo.

—Hay que llegar al Embajador.

Ana asintió.

—Al salón de baile directamente, entonces.

Cogió la mano de Richard y lo condujo con sigilo a través de salas y pasillos. Aunque más pequeño que el palacio de *Kaifar*, el de Castro era un auténtico laberinto, pero Ana lo recordaba bien, pese al paso de los años. En un par de ocasiones se cruzaron con criados, sobre todo al acercarse a la zona de las cocinas. Una vez, casi chocaron con uno de ellos. Por suerte, los siervos de Castro caminaban agitadamente de un lado a otro, cargados con bandejas, jarras o botellas de vino, demasiado ocupados en sus propios asuntos como para fijarse en nadie más. Ana y Richard no tuvieron problemas en esconderse y pasar desapercibidos, cruzando entre sombras, ocultándose tras plantas, jarrones o tapices, hasta alcanzar por fin uno de los pasillos que ya conducía directamente al salón de baile. Así llegaron a unas puertas abiertas de par en par. A ambos lados había grandes macetas, con unas exuberantes plantas de hojas palmeadas, que ofrecían buena cobertura. En un montaje que se alzaba a partir de sus copas, un emparrado dibujaba un arco gótico sobre la puerta, con hojas castaño rojizo. Más allá, estaba el corazón de la luz y la música.

—Suele dar un baile importante en otoño, por estas fechas —susurró Ana—. Supongo que será este.

Richard asintió, analizando mentalmente la situación. Aquel era uno de los dos accesos secundarios. Ir por el principal hubiese sido un suicidio directo; incluso de no haberlo supuesto, desde el extremo de un pasillo habían divisado un mayordomo y varios criados situados allí, ocupándose de que cada invitado fuese atendido de inmediato, y Richard ya podía imaginarse qué clase de atención les depararían a dos desarrapados como ellos.

Calibró otra vez el hacerse con unos trajes, aunque fuera de criados, pero para Ana algo así era imposible. Tampoco tenía mucho sentido, se había hecho demasiado tarde. Quizá Castro no se había enterado aún de que su plan había fracasado en uno de sus pilares, la asesina muerta en el acto de su crimen, y podía seguir adelante y matar al Embajador, solo para enterarse después de que no dejaban el cadáver de la mujer en el punto convenido. Debía impedirlo a toda costa.

—Quédate aquí —dijo. Apartó una hoja especialmente grande y miró. Sobre todo veía espaldas, grupos de gente charlando y camareros pasando con bandejas. No logró divisar nadie conocido—. Intentaré localizar al Embajador y vendré a buscarte.

Ana cerró con fuerza los dedos, sujetándole la mano.

—No. De eso nada, Richard. Voy contigo.

Él la miró de arriba abajo. La ropa desgarrada y sucia, el moño sujeto de cualquier manera... Y la cuestión es que no la cambiaría por ninguna dama elegante de Londres. *Esto debe ser el amor*, se dijo, aunque no debía perder el tiempo en tales pensamientos.

—Cariño, estás preciosa, pero no vas vestida de fiesta, precisamente.

—Mira qué novedad. Tú tampoco. Es más, me atrevería a decir que tú llamas más la atención, con ese ojo y lleno de golpes. Y si vamos a la ropa... de descubrirte, pensarán que eres un vagabundo asesino que se ha colado tras esconder el cadáver del portero. No. No voy a quedarme aquí. Vamos juntos, o no vamos ninguno.

—Eres una tozuda.

—En eso me parezco a ti.

—Maldita sea. Tápate con la capa y trata de ser lo más discreta posible. Si nos detienen antes de localizar al embajador, todo habrá sido en vano —masculló Richard, deslizándose hacia las puertas.

El salón estaba atestado. Vestida con sus mejores galas, la alta sociedad madrileña sonreía, alternaba e intercambiaba chismes, como ocurría en cualquier otra celebración europea de ese tipo. Quizá los españoles no eran tan dados a considerarlo todo justificado en base a sus placeres, como los franceses, ni resultaban tan rígidamente exquisitos en sus formas y maneras como los ingleses, y hasta cometían la torpeza de bajar demasiado la cabeza ante las cuestiones religiosas, disfrutando menos de esta vida a la espera de una que a saber si llegaría o no; pero, en todo caso, tenían su propia magia, su propia belleza y jamás podrían pasar desapercibidos. En aquel salón había música, sedas y terciopelos de brillantes colores, destellos de joyas, muchas riquezas, mensajes transmitidos

cautamente por abanicos, y risas, muchas risas. Nada hacía pensar que aquellas gentes luminosas y bellas eran los restos del gran imperio español, ese que se deshacía siglo tras siglo, a la deriva de la Historia.

Condujo a Ana por los extremos del gran salón, tratando de moverse lo justo entre los puntos donde los grandes candelabros creaban alguna pequeña sombra, aprovechando las columnas que formaban arcos en los laterales e incluso las mesas vestidas con pesados manteles que habían situado junto a la pared, y que estaban cubiertas de copas y bandejas con distintas viandas y grandes fuentes con todo tipo de frutas. En una plataforma podía verse la orquesta, compuesta por los mejores músicos que podían pagarse para una ocasión así. Alguien dijo que el rey estaba invitado. Richard cruzó mentalmente dedos, esperando que no fuese cierto. Alfonso tenía fama de salir de incognito a divertirse en las noches madrileñas. Ojalá fuese una de esas y estuviese dejándose el dinero en las mesas de apuestas de cualquier tugurio. Pero no allí. Hubiese sido lo que faltaba.

Los ojos de Richard buscaron, angustiados, moviéndose de rostro en rostro, y terminaron deteniéndose en la figura de Edward Malloren, marqués de Essex.

¿Malloren, allí? Entonces, él debía ser el embajador... Curioso. Supuso que se trataba de un nombramiento ocasional. Tras lo comentado por castro, supuso que estaba gestionando el asunto de la posible boda de Alfonso con la princesa Beatriz. Sí, eso tenía sentido, porque Malloren, aunque de naturaleza diplomática y dotado de un innegable don de gentes, solo se tomaba realmente en serio dos cosas: su partida de *bridge* de los jueves por la tarde y la hora del té. Eso, a menos que hubiese cambiado de forma radical en el año, más o menos, que Richard llevaba sin verlo, cosa poco probable.

Malloren estaba rodeado de un grupo mixto de caballeros y damas y, en esos momentos, observaba lánguidamente a una jovencita que le estaban presentando, una niña poco agraciada pero de aire dulce y buena dote, a decir de las joyas que lucían ella y la mujer que la acompañaba. La probable madre de la muchacha la empujó discretamente, para animarla a sonreír. Pobre Malloren. Y pobre niña, que estaba pasando un mal rato considerable. Bien sabía él que los gustos del marqués de Essex eran otros muy distintos. Más exuberantes. Concretamente, había una mujer pelirroja, en un burdel de Londres, que ya no necesitaba recibir a más caballeros; estaba disponible únicamente para él.

Richard miró el terreno que los separaba: zona de baile, la tarima, gente moviéndose. Si querían llegar discretamente tendrían que retroceder y rodear toda la sala, con el continuo peligro de ser descubiertos, lo que les dejaría en una posición peor, demasiado lejos de Malloren como para solicitar su apoyo. No quedaba más remedio que arriesgarse.

—Vamos. —cogió a Ana de la mano, la llevó hacia la pista, la enlazó por la cintura, y empezó a girar, siguiendo la música, metiéndose entre los otros bailarines.

Tuvo la impresión de que la música subía repentinamente de volumen y lo rodeaba por todas partes. Un giro, otro. Se topó con el rostro de un caballero que lo miró con sorpresa. Luego, fue un criado, atónito. Un par de damas empezaron a comentar. Nervioso, mientras rezaba por no toparse con Castro o cualquier otro problema realmente grave, siguió girando, llevando a Ana en dirección a Malloren.

Estaba saliendo de la zona de baile cuando una mano se apoyó con fuerza en su hombro.

—¡Richard! —Se giró. El corazón le retumbó y volvió a latir al reconocer a Albert Summerwhite, viejo compañero del Servicio Secreto. Soltó a Ana y se llevó una mano al pecho, seguro de que había estado al borde del ataque cardíaco—. ¡Sí, claro que eres tú! ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —Y, luego, siguiendo la línea habitual de Summerwhite, que tenía bastante poco tacto y demasiada sangre irlandesa, de la que se sentía muy orgulloso—: Pero, hombre, ¡tienes un aspecto horrible! ¿Quién te ha dado una jodida paliza? —Los ojos de Summerwhite descendieron por su traje de viaje, polvoriento y sucio—. ¿Y con un atuendo tan poco... apropiado? Horror. Olvida eso último. He sonado como un inglés idiota.

—Summerwhite, ni te imaginas lo que me alegro de verte. —Le dio una palmada amistosa. Estuvo a punto de presentarle a Ana, pero no era momento de cortesías—. Tengo que hablar con Malloren cuanto antes. No me pidas explicaciones, os las daré juntos a los dos, si te parece. Pero corre mucha prisa.

Los inquisitivos ojos de Summerwhite lo estudiaron con interés.

—¿Metido en problemas, amigo?

—De los peores.

Summerwhite asintió.

—Espera aquí. —Se dirigió con paso firme hasta lord Malloren, que seguía intentando escapar de la madre de la niña, y se inclinó para hablarle al oído.

—¿Otro viejo amigo? —preguntó Ana. Richard la miró.

—Si te preguntas si... colaboraba conmigo en algo concreto, no te lo voy a decir. Es información secreta.

Ana rio divertida.

—Vale, ya me has contestado.

Malloren se volvió en su dirección. Arqueó las cejas al reconocerlo, un segundo tarde debido a lo deformado de su rostro. Entonces, hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza, y Summerwhite indicó a Richard que se acercara, mientras el grupo de escolta del Embajador expulsaba sin más ceremonias a la mujer y su hija y adoptaba posiciones indiferentes, pero que ocultaba a su señor de la vista general, para la conversación que iba a mantener. Richard fue hacia allí, llevando de la mano a Ana.

—Malloren —saludó. Ana realizó una reverencia. El marqués los miró un tanto sorprendido.

—Arlington, no esperaba verte por aquí. Y perdóname que sea tan directo, pero cómo te han puesto la cara, amigo mío. Estás hecho una auténtica vidriera. Supongo que eso indica que por aquí

hay problemas más graves que las madres de las jovencitas españolas casaderas. Mis disculpas, señora —añadió, dirigiéndose a Ana. Ella se limitó a sonreír.

—Así es. —Richard no pudo evitar tampoco una sonrisa—. Además, me temo que nos afecta a todos por igual. Será mejor que salgamos de aquí, cuanto antes. Tu vida corre tanto peligro como la nuestra.

Malloren asintió.

—¿Castro?

—Exacto. Él...

—Señor embajador, algunos de mis invitados están deseando presentarle sus respetos —dijo la voz de Castro, manifestándose repentinamente a su lado, como un genio maléfico surgido de alguna botella cercana. Su rostro mostraba una tonalidad rojiza poco saludable. Richard echó un vistazo a su alrededor. Varios hombres de Castro los vigilaban discretamente, un círculo rodeando a su vez el círculo creado por los propios seguidores de Malloren. Sintió un escalofrío deslizándose por su espalda. La suerte estaba echada. Al menos quedaba el consuelo de que no intentarían nada allí, de forma inmediata. O, al menos, eso esperaba. Volvió los ojos hacia Castro, y descubrió que lo estaba mirando fríamente—. No se preocupe. Yo me ocuparé de los imprevistos.

Malloren no pareció impresionado.

—Estoy seguro de que sería un encuentro de lo más agradable, mi querido marqués, porque ya he podido comprobar que sus invitados son gente encantadora. Lamentablemente, tengo un insoportable dolor de cabeza. Por favor, presente mis disculpas, pero debo retirarme.

—¿Tan pronto?

—¿No cuadra bien con su propio horario, señor? Lo lamento de veras. —Le dirigió una ligera inclinación, e hizo un gesto a sus hombres para que se dirigieran a la puerta, incluyendo entre ellos a Richard y Ana—. Si lo desea, podremos reunirnos mañana, o quizá quiera usted visitarnos en Londres una vez terminen las negociaciones que me han traído a su preciosa ciudad. De ser así, no dude de que su hospitalidad tendrá cumplida réplica.

—Espere. —La palabra pareció poseer la fuerza de un conjuro. El grupo se inmovilizó y quedó en silencio. Resultaba inquietante, la tensión, mientras el resto de los allí presentes seguían con su fiesta, al ritmo de la orquesta, sin enterarse de lo que ocurría. Castro apretó los puños—. Lo lamento mucho, mi buen amigo, pero Arlington y la señorita Cruz-Ortega no pueden irse. Tienen que responder algunas preguntas.

—¿Preguntas? —Malloren se arregló indolentemente el encaje de su manga. Discretamente, miró a Summerwhite, que abandonó el grupo—. ¿Preguntas de qué clase? Serán amistosas, digo yo. Del estilo de si prefieres un vino español o uno francés. —Rio, en dirección a Richard—. Lo digo más que nada porque te ha llamado Arlington. No sueles otorgar fácilmente esas confianzas.

Castro entornó los ojos.

—Estoy seguro de que no desea que se produzca ningún conflicto entre nuestros países.

Malloren lo miró pensativo.

—Tanto, como yo lo estoy de que usted estaría encantado de ello. Pero tendrá que ser más preciso. En todo caso, le recuerdo que Richard Arlington es ciudadano británico, y uno de los más insignes, por cierto, además de mi amigo. Si quiere hablar con él, definitivamente le recibiremos con gusto en Londres. Venga en primavera. No, mejor en verano. Estoy seguro de que le encantará.

Castro frunció el ceño.

—Puede ser. —Un destello de malvada inteligencia cruzó sus pupilas—. Sin embargo, la señorita Cruz-Ortega es ciudadana española. Debo insistir en que se quede.

Richard pudo sentir el temblor de Ana, a través de sus dedos. Lanzó una mirada asesina a Castro.

—Sobre mi cadáver —le dijo. Castro sonrió.

—Siempre a su servicio, Arlington.

—Caballeros, caballeros, por favor —suplicó Malloren—. Mantengamos la sangre fría. Veamos, la... señorita Cruz-Ortega se encuentra, evidentemente, en estado delicado, y algo me dice que se trata de otro ciudadano británico. ¿Me equivoco, quizá?

—No —replicó Richard—. Es mi hijo. Ciudadano británico —pronunció con firmeza, casi escupiéndole las palabras a Castro.

—Estamos, entonces, en un conflicto de intereses —aportó Malloren.

—Puede ser —reconoció Castro. Se cruzó de brazos—. Pero estamos también en suelo español, y se hará lo que yo diga. Ella se queda. Por supuesto, Arlington, si quiere quedarse con ella, será bienvenido.

—Vete, Richard —dijo Ana, mirando al suelo.

—¿Qué dices? Ni loco. No digas tonterías, no voy a dejarte aquí.

—Como ya he dicho —ronroneó Castro— será un placer tenerle con nosotros todo el tiempo que sea necesario, Arlington.

—Supongo que se hará cargo de que con su actitud está provocando una situación insostenible, Castro. —La voz de Malloren sonó fría como el hielo—. Una situación a la que mi gobierno deberá responder apropiadamente.

—Hágalo —Castro casi se frotó las manos—. Mi gobierno también tendrá algo que decir

entonces.

—Entonces, y ahora, Castro.

Castro se volvió de un salto, haciendo oscilar sus carnes flojas. A su espalda, la figura imponente de Antonio Cánovas del Castillo, el hombre más poderoso de España, el que había llevado a cabo la Restauración borbónica, y había instalado a Alfonso XII en el trono, parecía llenar por completo el salón. No era una cuestión física, puesto que era un hombre ya mayor, no demasiado grande, pelo blanco y un rostro en el que dominaban las gafas y un gran bigote. Pero Cánovas del Castillo llevaba demasiado tiempo en el poder y parecía impregnarlo todo a su paso, como si arrastrase alguna clase de capa.

Summerwhite sonreía con satisfacción solo un paso por detrás, junto a los dos hombres de la escolta personal de Cánovas del Castillo.

Castro lo miró alarmado.

—Excelentísimo Señor, yo...

El otro alzó una mano, silenciándolo al momento.

—Me gustaría saber qué ocurre aquí. Y, si no le importa, por pura cortesía, escucharé primero a nuestro insigne invitado.

—En realidad, milord Cánovas del Castillo, no es que yo pueda esclarecer demasiado la situación —dijo Malloren, sonriendo cordial a ambos—. Pero mi amigo, Arlington, duque de Oxford, aquí presente, seguro que puede ayudarle con más efectividad en ese empeño.

Richard consideró cuidadosamente la situación. Al fin y al cabo, se encontraban en la casa de Castro, un individuo que estaba organizando una especie de golpe de estado, y los rodeaban sus hombres. Si le presionaba demasiado, temía que llegase a cometer una locura. Poco probable, estando incluso Cánovas del Castillo con ellos, pero nunca había que descartar la osadía de un maniático ambicioso como Castro.

—He recibido una información, acerca de un posible atentado contra su Excelencia el embajador. Por eso me he atrevido a presentarme de esta manera tan poco correcta, aprovechándome de la hospitalidad del marqués de Castro, al que le presento mis sinceras disculpas. —Le dedicó una ligera inclinación de cabeza. Castro la recibió totalmente rígido, sin devolverle ninguna cortesía—. De todos modos, me ha tranquilizado comprobar que el marqués posee una buena cantidad de recursos en su sótano, armamento norteamericano suficiente como para defender España de una amenaza de cualquier tipo.

Se oyeron algunas exclamaciones ahogadas. Malloren miró incómodo a Castro, como si temiese que le fuese a disparar en cualquier momento. Castro enrojeció más todavía.

—Entiendo —dijo Cánovas del Castillo, y quedó claro que entendía perfectamente. Se volvió hacia uno de los hombres de su escolta y le habló al oído. El individuo asintió y se marchó, haciendo

señas a otros hombres de la sala, y a varios guardias. Solucionado eso, Cánovas echó un vistazo al grupo en general, deteniéndose unos segundos en Ana, y luego se volvió hacia Castro—. Es una suerte que hayamos podido enterarnos con tiempo para evitar semejante conflicto. España está en deuda con usted, Su Gracia. Castro, le hago personalmente responsable de que su Excelencia y todos sus acompañantes, incluida la señorita Cruz-Ortega, abandonen nuestro país sin incidentes. Sé que no va a tener mucho tiempo para atender ese asunto, porque usted y yo tenemos que hablar de ciertos temas de seguridad que nos convendrán a ambos, pero estoy convencido de que cumplirá mis deseos.

En las mejillas de Castro aparecieron unas manchas rojizas que hicieron temer que fuera a darle un ataque. Abrió y cerró los puños, pero no tenía más remedio que seguir el juego, o enfrentarse directamente a Cánovas del Castillo. No estaba dispuesto a tanto, teniendo una vía de escape.

—Así será, por supuesto.

—Estupendo. —Se volvió hacia Malloren—. Vamos, les acompañaré hasta sus carruajes.

Malloren sonrió, y Cánovas del Castillo y él encabezaron la marcha charlando amistosamente. Richard fue a seguirles, llevando a Ana, pero la mano de Castro lo sujetó por el brazo.

—Esto no ha terminado, Arlington.

Richard miró la mano hasta que el otro tuvo que soltarlo. Luego, alzó las pupilas hasta clavarlas en sus ojos.

—En eso, estamos de acuerdo. —Iba a marcharse, pero pensó que, al menos, le debía algo a Pablo. Que se supiera quién había sido su auténtico asesino, parecía importante—. Yo no maté a tu hijo, Castro. Ni escribí esa carta.

—¿Qué? —Castro lo miró desconcertado. Indignado—. En serio ¿a qué viene negarlo ahora?

—A que, en ese sótano cuyo recuerdo debería llenarte de vergüenza, tuve que mentir. Beauchamp amenazaba la vida de Ana, no podía arriesgarme. Pero ahora ya no queda ninguna traba. No gano nada mintiendo. Me voy, Castro, me alejo, y con esto Ana y yo quedamos fuera de tu alcance.

Castro apretó los labios.

—Eso ya lo veremos.

—Así sea. —Lo miró con ojos entornados—. Si fuera por ti, no movería un dedo, te dejaría así, no te mereces nada. Pero Pablo era un buen hombre y no quiero que su muerte quede enredada en la mentira que intentó crear su asesino. Por eso, tienes que saber que yo no escribí esa carta insultante, sino otra, una en la que te decía, con el mayor tacto posible, que yo no fui quien cometió ese crimen, que yo no asesiné a Pablo, y que lamentaba su muerte.

—Eso no es cierto.

—Sí, lo es. Porque, yo, respetaba de verdad a Pablo. —Soltó la mano de Ana, que lo miraba con

orgullo y dio un paso hacia Castro—. Por eso, ahora, voy a decirte quién lo mató. Debes saberlo, te lo has ganado a pulso, Castro. Te lo mereces, por la sangre de mis hermanos y por todo lo que has hecho y provocado en el camino de tu venganza. Me pregunto si una única alma será capaz de soportar toda esa carga, sin quebrarse. Sinceramente, no lo creo. Pienso que estás más allá de toda posible redención, que jamás volverás a saber lo que es la paz. Y es lo que te mereces. —Dejó un segundo, para garantizar su atención—. Fue Beauchamp.

—¡No!—gritó Castro, entre iracundo y horrorizado, sin importarle quién pudiera oírle—. ¡Eso es mentira!

—No, no lo es. Piénsalo bien, Castro. ¿Quién me acusó de ello? Beauchamp, que me odiaba desde siempre. ¿Qué me acusa de ello? Una carta que yo no escribí, algo que seguro que podría demostrarse comparando mi letra, si se busca la verdad. Y un alfiler. Un triste alfiler colocado absurdamente en la mano de alguien que fue apuñalado por la espalda. —Si no hubiese sido tan grave el tema, se hubiera echado a reír—. Demasiado obvio. Yo jamás cometo errores tan grandes. Jamás. Deberías saberlo, tras tanto tiempo enfrentándonos.

Castro tenía una expresión extraña, a la vez grave y turbada.

—Lo sé...

—¿Vienes, Arlington? —preguntó Summerwhite, que había vuelto sobre sus pasos y miraba preocupado a su alrededor—. Te están esperando.

—Por supuesto. Ya vamos. —Cogió otra vez la mano de Ana y fue a seguirlo, pero Castro lo sujetó por la chaqueta.

—¿Dónde está Beauchamp?

—En el Infierno —respondió Richard.

Castro parpadeó apenas, y lo soltó. Parecía enfermo, a punto de una apoplejía, más viejo que nunca, pero no sintió lástima por él. No sentía ninguna pena. En realidad, le hubiera gustado poder retorcerle el pescuezo en ese mismo instante, pero la seguridad de Ana era lo único que importaba.

Londres, 5 de julio de 1881

Ana Arlington, duquesa de Oxford, dio un paso atrás, buscando perspectiva, y contempló su obra con una sonrisa de satisfacción.

Básicamente, era el mismo retrato de Arlington en el que aparecía junto al timón del FURIA DEL PROFETA y que había terminado quemado en el jardín, si bien en esa nueva versión, los ojos de su esposo mostraban una expresión mucho más benévola y amable que en el anterior. Hacía demasiado tiempo que no veía aquella mirada enojada y hostil, ojalá no volviera nunca. Ya no tenía sentido considerarla como representativa de la personalidad de Arlington.

Mordisqueó pensativa el extremo del pincel, una de esas manías que nunca podría evitar, mientras se preguntaba si debía añadir algo de escarlata en algunos puntos, para acentuar los tonos del crepúsculo. Estaba casi decidida a hacerlo, cuando oyó ruidos en la habitación de al lado. Debía ser más tarde de lo que pensaba. Rápidamente, dejó el pincel y la paleta, y cubrió el retrato con un lienzo. Justo a tiempo.

La puerta se abrió estrepitosamente, dando paso a Arlington, con su hijo de seis años, el pequeño Andrew, aferrado a los faldones de su chaqueta, y con su hija, Jane, de casi cuatro, en brazos.

—¡Mamá, mamá! —gritó el niño—. ¡Papá le ha comprado un caballito a Jane! ¡Es precioso!

—¿Un caballito? ¿Para Jane? —Ana frunció el ceño y miró inquisitivamente a su marido, que tenía expresión culpable—. Creí que habíamos quedado en que la niña no montaría hasta cumplir los cinco años.

—Mm... No la soltaré, te lo juro —dijo él, inclinándose para besarla en la mejilla.

—Y yo la sujetaré por el otro lado —aseguró Andrew, que había resultado ser un hermano sumamente protector. Ana no pudo evitar reírse y revolvió el pelo de su hijo—. ¿Podré montarlo yo también, papá?

—Solo si Jane te deja. Tú ya tienes a *Kaifar* —dijo Richard, dejando a la niña, que había empezado a patalear, en el suelo.

—Pero tengo que asegurarme que el nuevo es lo suficientemente manso para Jane. —Andrew olisqueó uno de los tarros de su madre y arrugó la naricilla—. ¡Puag! ¡Qué mal huele, mamá, qué asco!

—Es trementina. No lo toques —Ana arregló el lazo de Jane y le dio un sonoro beso en la mejilla—. Id a lavaros las manos. Tomaremos el té en cinco minutos.

—¡Bien, tengo hambre! —gritó el niño entusiasmado, y su hermana lo acompañó con varios chillidos felices—. ¡Vamos, Jane!

Andrew cogió de la mano a su hermana y salieron del cuarto corriendo.

—Es increíble, qué vitalidad tiene —rio Richard, agitando la cabeza—. No ha parado en todo el día, y Jane siempre está más que dispuesta a seguirlo. —Miró el caballete cubierto—. ¿Puedo saber qué tienes ahí? Llevas bastante tiempo muy misteriosa.

—Es una sorpresa.

—¿Ah, sí? —Sus ojos se encontraron. Uno, dos, tres segundos. Ana sonrió ampliamente.

—Eres un pesado. Míralo, anda. Está casi terminado.

—Es que estoy casado con una gran artista. Compréndelo, me puede la curiosidad. —Richard alzó la tela y contempló el cuadro. Magnífico, como esperaba. Pero ya sabía que Ana hubiese podido llegar lejos, de haber querido dedicarse a pintar de un modo profesional. Continuamente llegaban gentes con peticiones privadas, o incluso directores de galerías, interesados en exponer sus cuadros y no por ser, precisamente, la duquesa de Oxford; pero Ana no quería entrar en ese terreno. En los casos de amigos, solo aceptaba realizar algún cuadro con la condición de que jamás fueran vendidos. Prefería pintar por placer, tenía mil cuadros de sus hijos, su marido, su familia, paisajes de *Kaifar*, Inglaterra y España, los lugares donde se sentían como en casa. No deseaba nada más que pintar, así que con hacerlo, estaba satisfecha. Richard no sabía qué pensar al respecto. Se sentía orgulloso de ella y alguna vez había intentado animarla, pero no quería forzar, si prefería seguir así. En todo caso, daba igual. El talento siempre se abría camino, de eso estaba seguro y tarde o temprano el mundo sabría que Cruz-Ortega era un apellido con derecho a estar entre los más grandes. Como ese lienzo que tenía ante él. Soberbio. Verse a sí mismo, irradiando tanta fuerza, tanta determinación, resultaba impresionante. Reconoció la escena al momento—. Es como aquel que... —No pudo continuar. Ana lo hizo por él.

—El que destruiste, sí.

Richard cerró los ojos, al recordar su enfado de aquel día, sus sospechas y su desesperación. Inclino la cabeza.

—Lo siento. Lo siento, Ana. Perdóname.

—No hay nada que perdonar —replicó ella, que estaba terminando de limpiar su pincel. Jamás dejaba esas cosas para otro momento. Decía que se podían estropear, y no importaba saber que él podía comprarle un millón de aquellos pinceles a la semana durante el resto de su vida: cuidaba puntiliosamente los que ya tenía—. ¿Cuántas veces vas a repetirlo?

—Hasta que ya no pueda seguir hablando, me temo. Me porté horriblemente mal contigo.

—Tampoco yo te di muchas facilidades. Además, ahora te portas terriblemente bien. Olvídalo —se acercó a él y le rodeó la cintura con un brazo—. Además, no es momento para tristezas. Tengo otra sorpresa. Algo que creo que te va a gustar más aún que ese cuadro.

—¿Cuál?

Ana le cogió una mano y se la llevó al vientre. No tuvo que decir nada. Los ojos de Richard brillaron.

—¿Estás embarazada?

—Así es, milord duque. En pocos meses voy a darte tu tercer hijo. Creo que con eso se podrá considerar que el linaje Arlington se encuentra debidamente asegurado. Aunque... —lo cogió por la corbata y tiró ligeramente, seductora— si eres bueno y complaciente, quizá me puedas convencer algún día de añadir un cuarto hijo a mis cuadros.

—Ajá. Quizá te engañe para conseguirlo.

—No podrías. Sé que eres un hombre que siempre cumple su palabra. —Sonrió, la mente llena de recuerdos—. Me has dado una casa en Madrid y otra en Londres. Y una en París. Y una en Roma...

Arlington lanzó una carcajada.

—Ana... —La rodeó con sus brazos y la estrechó con fuerza—. Te quiero. Lo sabes, ¿no?

—Siempre lo he sabido, Su Gracia —respondió ella, riendo suavemente—. Siempre.



Yolanda Díaz de Tuesta Martín firma como **“Díaz de Tuesta”** básicamente por abreviar.

Nacida en Bilbao, un frío noviembre de hace un millón de años, empezó a escribir prácticamente enseguida, único dato importante en esta biografía. No es muy dada a hablar de sí misma en público, prefiere ser conocida por sus obras.

Personalmente, se encuentra muy interesada en saber qué ocurrirá en el próximo millón de años.

Géneros principales: Fantasía, Terror, Cifí, Novela Romántica.

¿Te ha gustado esta novela?

¿Te gustaría leer su segunda parte?

¡Por favor, ayuda a su promoción!

¡Comenta su existencia a tus amig@s y conocid@s!

Tras la venta de 3.000 ejemplares de “Trazos secretos”,

se pondrá a la venta

MISTERIOS ÍNTIMOS



Regina Ayala de Fuentesauco ha tenido un pasado tormentoso. Agente del Servicio Secreto español, sufrió la pérdida de su prometido y el engaño de quienes consideraba sus aliados. Debido a eso, llegó a matar a un hombre por el que hubiese podido sentir algo y lo ha perdido todo.

En su situación, seguir viviendo no parece una prioridad.

Harry Lanfort trabaja de detective privado porque los secretos han formado desde siempre parte de su vida. Desvelarlos, es su meta.

Atormentado por sus orígenes, empeñado en no pensar en su futuro, siempre se ha jactado de ser el dueño absoluto de su presente.

Pero también en eso se equivocaba.

No te pierdas, en breve:



SERRANÍA

de Díaz de Tuesta

1813. Andalucía, España.

Son los tiempos difíciles de la invasión napoleónica, con un rey impuesto y un pueblo decidido a morir por conquistar su propio destino.

Solange Motier du Champetières, hija del Barón de Vissac, se siente identificada con él. Enviada a España para casarse con un hombre al que desprecia, se pregunta si tendrá el valor suficiente como para rebelarse.

Francisco Garate, de Bilbao, enriquecido en el Nuevo Mundo, ha emprendido ese viaje hacia el sur para matar a un hombre cuyo recuerdo lo atormenta desde hace años. Pero es un trayecto extraño, en el que la muerte lo ronda, el amor lo tienta y la vida parece ofrecerle una tercera oportunidad.

Podrás leer sus primeros capítulos en Wattpad, como siempre.

<http://www.wattpad.com/user/DiazdeTuesta>



Miembro del equipo creador de

TIEMPO DE HÉROES

Disfruta de la primera novela por entregas totalmente multimedia.

Visita nuestra web:

<http://www.tiempo-de-heroes.com/>

Libros de DÍAZ DE TUESTA Publicados

(Grupo editorial Valentia Autores)



<http://www.grupovalentia.com/>

TERROR

* **SIGNOS PARA LA NOCHE**. Terror. Romántico. Julio de 2011

Página Facebook: <http://www.facebook.com/signos.para.la.noche>

Tienda de VALENTIA AUTORES, en <http://is.gd/vKp8aX>

* **VOCALES DE PRÓSPERA**. Terror. Juvenil. Febrero de 2012

Página Facebook: <http://www.facebook.com/Vocales.de.Prospera>

Tienda de VALENTIA AUTORES, en <http://is.gd/IivxcM>

* **DE TERRORES Y OTRAS ALEGRÍAS** (Recopilatorio de relatos). Febrero de 2012

Relatos de muestra en Blog principal: [Díaz de Tuesta](#)

Tienda de VALENTIA AUTORES, en <http://is.gd/mDBB0m>

LITERATURA ROMÁNTICA

* **TRAZOS SECRETOS** (solo a a la venta en AMAZON)

Página FB: <http://www.facebook.com/Trazos.Secretos>

Si quieres contactar conmigo, tienes distintos medios:

-- Blog principal: [Díaz de Tuesta](#)

-- Página FB: <http://www.facebook.com/escritora.diaz.de.tuesta>

-- twitter: [@diazdetuesta](#)

-- correo electrónico: rhaeli@wanadoo.es

Table of Contents

[Madrid, 5 de julio de 1870](#)

[Findon Downs, West Sussex, 6 de septiembre de 1873](#)

[Londres, 9 de junio 1874](#)

[Nápoles, marzo de 1875](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Algún punto del Mar Cantábrico, 18 de septiembre de 1875](#)

[Capítulo 12](#)

[Madrid, 11 octubre de 1875](#)

[Londres, 5 de julio de 1881](#)

<http://www.wattpad.com/user/DiazdeTuesta>